



DIOS  
LA NATURALEZA  
Y LA  
HUMANIDAD



1

BL245  
M6  
v. 1

008326





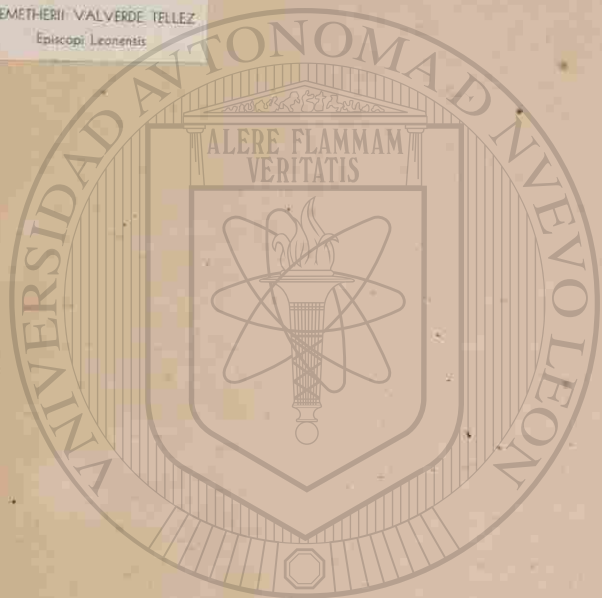
EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080014494

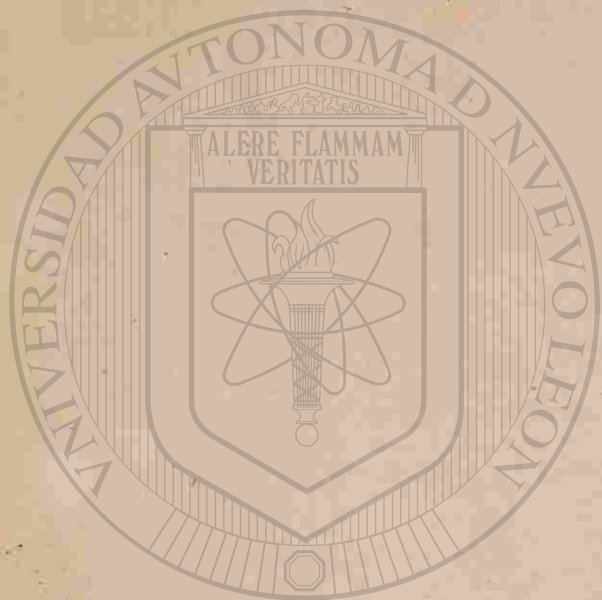


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



# DIOS LA NATURALEZA Y LA HUMANIDAD

ESTUDIOS CRÍTICOS  
SOBRE LOS PRINCIPALES PROBLEMAS

DEL  
MATERIALISMO Y POSITIVISMO EXPERIMENTAL

PARA DEMOSTRAR QUE

ENTRE LA RELIGIÓN CATÓLICA Y LA CIENCIA EMPÍRICA NO PUEDEN EXISTIR CONFLICTOS

POR LA REDACCIÓN

D. FRANCISCO DE PAULA MONTELLS Y NADAL

Doctor en Ciencias

Catedrático de Medicina, ex-Rector de la Universidad de Granada, antiguo Decano de la Facultad de Ciencias  
Catedrático de Química, hoy jubilado, etc.  
Comendador de la Real y distinguida Orden de Carlos III, Caballero de la Real Orden Americana de Isabel la Católica,  
Condecorado con la Cruz de S. Juan de la Orden civil de Beneficencia, etc., etc.

CON UN PRÓLOGO-CENSURA

M. I. Sr. Dr. D. BUENAVENTURA RIBAS Y QUINTANA, PÉRG.

Canónigo de la Santa Iglesia Catedral Basílica de Barcelona

OBRA ILUSTRADA CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

TOMO PRIMERO



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terrae et  
inspiravit in faciem ejus spiraculum vitae, et factus est homo  
in animam viventem. (Gen. ii, 7).

BARCELONA

IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO HIERA

calle de Rosador, núms. 24 y 26

1883



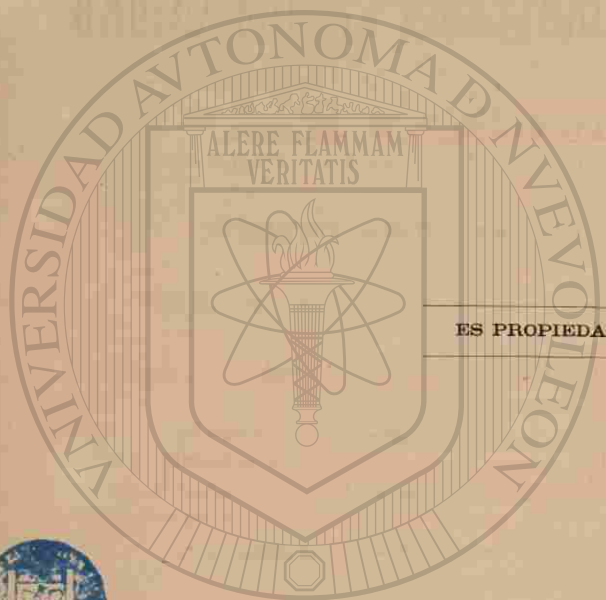
NOVIEMBRE 20 1934

44976

BL 245

M6

v.1



SECRETARÍA DE EDUCACIÓN  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



### À LA MEMORIA DE MI HIJA JUSTA



Una temprana muerte, hija querida, cambió todo mi sér.

Tus relevantes cualidades morales me recordaban à cada instante à tu inolvidable y buena madre, tan pura y tan CÀNDIDA como su nombre.

Parecía que te sonreía un venturoso porvenir, y, sin embargo, fuiste desgraciada. . . . .

Después de aquel funesto desenlace, separado del bullicio de la vida activa, con un pesar profundo y huyendo de las miserias y falsía de los hombres, me he ocupado en coordinar los numerosos apuntes que hace años venía reuniendo sobre la lucha entre la Religión católica y la ciencia experimental.

En los momentos de suprema pena y concentrado dolor, sólo la fe cristiana ha mitigado mis amarguras, y à su amparo he buscado la paz del alma, ya que la dicha y la felicidad eran incompatibles con mi desgracia.

Recibe, hija adorada, este recuerdo de

TU INCONSOLABLE PADRE.

008320



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EXCMO. É ILMO. SR.:



GOTADAS habían de parecer á primera vista la facundia y la sabiduria de los escritores católicos contra los absurdos conceptos de que va saturada la obra de Draper. Después que en artículos de periódico, en folletos y en obras conocidamente magistrales, en España y en todo el mundo, los autores católicos le han probado hasta la más penetrante y arrolladora evidencia al Catedrático de Nueva-York, que no existe verdadero conflicto entre las enseñanzas de nuestra santa Religión y la verdadera ciencia, el tiempo trascurrido ha podido demostrar que, procedente de la Sabiduría inagotable, jamás han de faltarle recursos á la verdad ya para defenderse, ya para brillar en todas las fases en que se la mire ó en que se la ataque. Y mientras los libros que precedieron á la publicación del que motiva estas líneas, demostraron á los hombres observadores, que los adalides del Catolicismo están perennemente preparados, ya para sostener la lucha, ya para provocarla, cuando á ello les impele ó la causa santa de la verdad puesta en duda, ó la indiferencia de espíritu de los que balancean su entendimiento entre lo que temen ó esperan ó desean, el autor de esta obra, anciano ya de días, pero dotado de una virilidad de fuerzas así morales como físicas de que se en-



cuentran pocos ejemplos, habiendo consagrado nada menos que cuatro y cuatro años próximamente al estudio y enseñanza simultáneas de las ciencias naturales en una de las más históricas Universidades de España, con insistencia atormentadora sintió arder en sus venas aquella sangre de fuego de aquellos antiguos catalanes que en épocas pasadas, así defendían con la punta de la espada los fueros y libertades de nuestra tierra, como con la pluma cantaban sus glorias, enarraban las hazañas de sus hijos, ó vindicaban á sus condes y monarcas.

Y no pudiendo ni queriendo nuestro paisano contener la indignación de que se sentía poseído ante los despropósitos que en nombre de un dogmatismo científico estampa Draper en su malhadada Historia tan mal traducida como difundida en nuestra nación, desenlga el escudo, enristra la lanza y se presenta al palenque, no á disputar un premio, sino para tan sólo devolver á la verdad científica su decoro en mal hora vulnerado, por quien no ha contestado siquiera á una sola de las refutaciones que en número considerable, se han ido amontonando sobre su persona y sobre su libro. Y para que cada una de las apologías que sobre la ciencia católica y la Iglesia que es su maestra, fuese la expresión de las tendencias y de la clase de estudios á que se han dedicado sus respectivos escritores, á pesar de que todos han debido ocuparse de todo al refutar á un autor que en su libro diríase que se propuso hablar de todo y de algunas cosas más, el señor Montells se ha detenido en lo que tiene relación directa con las ciencias naturales, ya tal vez porque habrá observado que sus dignos compañeros no lo han hecho tan extensamente como él con razón cree que debía de haberse hecho, ya también porque de día en día, hasta de hora en hora, son más jactanciosos y más atrevidos los ataques que en nombre de la ciencia novísima dirigen á la sabiduría de los católicos, hombres de gran valía, de saber reconocido y muchos en número de los que con pretensiones pueriles blasfeman de lo que ignoran, hasta con notable descrédito de unos estudios y de unos adelantos y de unos descubrimientos que apenas conocen por ni superficialmente.

Datos curiosos sobre la historia antigua y en especial sobre la Roma pagana, de la cual dice Draper que caminaba en el orden religioso á la unidad que es distintivo señalado é inapreciable del Catolicismo, cuando es ya sabido de muchos que contaba en su seno á centenares

las religiones por más que contase por millones sus habitantes; el célebre *Museum* de Alejandría; recientes investigaciones sobre la invasión de los árabes en España; refutación del entusiasmo, del cariño y de la preferencia que á Draper le merece la civilización del Islamismo, consiguiendo que en nuestra nación misma, los árabes debieron muy mucho á la cultura de los cristianos, en la cual prueba nuestro autor con un examen de la filosofía de Averrós que los invasores se ilustraron no poco con la sabiduría de los invadidos, consignando con apreciable oportunidad que la historia de los sectarios del Korán en España es un gran libro en el cual, los detractores del Catolicismo deberían ver desmentido por completo el conflicto supuesto entre la Religión y la ciencia; observaciones nuevas sobre la aparición del protestantismo en Europa después de lo que consignó D. Jaime Balmes: acontecimiento que al fin, muchos van calificando ya con el carácter de retroceso y no de adelanto en la marcha de la humanidad; una especie de panorama en que desfilan los más grandes y renombrados sabios del mundo antiguo y del contemporáneo cuyos estudios y progresos, cuyos descubrimientos en la parte positiva del humano saber se examinan aquí; el antagonismo religioso tan pobremente ponderado por el historiador yanqué, sin descuidar la aplicación de la química, de esta ciencia que, sumamente práctica pasa del gabinete del sabio al taller del artesano; punto en el cual tal vez no han afinado cual se merece los apologistas del Catolicismo contra las aseveraciones de Draper, valiéndose de los mismos adelantos de las ciencias físico-químico-matemáticas: tales son los puntos cardinales que abarca la obra del antiguo Catedrático y jubilado Rector de la Universidad de Granada.

Tal vez en algunos de sus capítulos el lector encontrará difusión y algo de monotonía; pero hay que atender á que precisamente las materias aquí tratadas con alguna detención, son el blanco donde ajustan sus tiros con preferencia por una parte, la escuela materialista representada por Büchner, Vogt, Hæckel, Moleschot, Tuttle, Ulé y otras celebridades científicas contemporáneas que confunden la afinidad química con la fuerza vital, y por otra, los que aparentando ignorar que el organismo en su descomposición va siempre, siempre del más al menos, sientan que el hombre no es ni puede ser considerado como el límite de la creación, y que creyendo original y deslumbradora la teoría de



la generación espontánea, no han llegado á afinar en que resucitan errores de la filosofía griega, expuestos en el poema *De natura rerum* de Lucrecio, digno discípulo de Epicuro, y reproducción de las lucubraciones de las teogonias de la India que Darwin y Huxley no han querido reconocer y que aquí vienen refutadas con una argumentación que no tiene réplica racional, y que con el capítulo titulado *la Religión revelada y la ciencia experimental* constituyen una sección sumamente apreciable de apología Católica.

La geografía, la etnografía, la paleontología, la llamada ciencia prehistórica aparecen en esta obra estudiadas con suma lucidez, con profundidad y con una valentía en la frase, propias de un observador infatigable y hasta de un católico no menos entusiasta que ferviente, ya cuando examina las encontradas teorías de los que fijan la edad del mundo desde seis mil años, hasta á centenares de millones, y la de la aparición del hombre en la época terciaria ó cuaternaria procedente por medio de la abiogénesis de Huxley y Lamarck, ó formado por Dios mismo á imagen y semejanza suya, y las ciudades lacustres y las edades de bronce y de hierro y la cronología de Moisés y lo que hay de verdadero y de fantástico en esas cuevas que, antediluvianas, antehistóricas y antehomológicas, sólo recuerdan cuentos de hadas las más de las veces, porque salvas contadas excepciones, proporcionan más pábulo aéreo á la imaginación que pasto nutritivo al entendimiento de los sabios, como acontece en España, con las *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*. Todo esto constituye en esta especialidad, sin duda alguna, el mejor tratado que se ha escrito después de la obra del abate Moigno y las Conferencias de nuestro P. Llanas, para deducir que, «la verdad es inmutable: no varía en el tiempo, y mientras los descubrimientos anunciados se depuran en el crisol de la experiencia, mientras la lucha y la controversia sigue afanosa para alcanzar esta verdad, jamás podrá ampararse ni estar protegida con el augusto manto de la *Ciencia verdadera*, que es una emanación purísima de Dios.» Y sienta también una proposición altamente apreciable por lo racional y fundada cuando dice que, «la prehistórica no es más que un auxiliar de la antropología» y que «el hombre se ve arrastrado por una fuerza superior, irresistible, que le impele hacia lo extraordinario y sobrenatural, y cuando ha perdido la fe religiosa, busca en sus ideales ese mundo hipotético,

ese mundo fantástico, lleno de dudas y plagado de nebulosidades para satisfacer una de las necesidades propias de su sér: lo maravilloso.»

Manía llega á ser el afán que los llamados hombres de ciencia ostentan en paganizar la ciencia: ciencia que por cierto no han definido hasta la hora presente; afán que va llegando á ser pueril y cuyos esfuerzos van encaminados á pretender demostrar que es perpétuo, irconciliable el antagonismo que media entre la Iglesia católica y los adelantos del saber. El Sr. Montells, con la veneranda autoridad que acompaña á su edad avanzada, con el conocimiento de causa y efecto que le ofrecen sus estudios, á cuyo progreso ha dedicado su vida entera y una vocación tan rara como constante, con la valentía que le prestan su fe profunda y sus arraigadas convicciones religiosas, hace comparecer y desfilar en esta obra á todos los sabios de la antigüedad, á todos los que en esta época llaman al Catolicismo refractario y levantan hasta la región de las nubes sus inyectivas y sus lamentaciones, porque «es, dicen, rueda que no engrana en el mecanismo del progreso indefinido,» y les prueba con razonamiento penetrante, que ni la ciencia verdadera es rémora del adelanto, ni el progreso verdadero está reñido con la ciencia católica que es precisamente emanación del Dios de las ciencias. Si algo debiera temer la enseñanza católica en el terreno científico, sería la ignorancia ó la escasez de conocimientos de los que la denigran, porque sabido es que la temeridad y la obcecación siempre han sido el distintivo de los que ignoran ó están infatuados por lo poco que saben: sin que se encuentren en términos hábiles para profundizar cuestiones cuya trascendencia y encadenamiento no son capaces de ponderar; y como navegante que en noche oscura y en mares desconocidos, perdido el derrotero camina á la ventura, así esos hijos ilusos de la mal llamada ciencia moderna, sin punto de partida, sin sentar principios que son los puntos fundamentales de todo estudio y de toda discusión racional, sin darse cuenta de ello en sus discusiones y en sus libros, asestan heridas de muerte á la lógica, desde el instante en que prescinden de Dios y cierran los ojos á la esplendente luz de la historia del saber humano que es precisamente la historia del Catolicismo. No le sorprende por otra parte á esta Religión, que siendo divina santifica todo lo que toca, no le sorprende que al declinar el siglo XIX, la herejía se revista con el ostentoso oropel de las ciencias

experimentales, como en sus albores se presentaba en nombre del racionalismo descarnado, ó envuelto entre las nebulosidades de una metafísica pudorosa y sin principios ciertos y evidentes, ni le aturden los clamores de la flamante literatura histórica que exhuma los siglos pasados, como si fuesen épocas contemporáneas, porque al fin, la India con sus mismas pagodas, la China con sus centenares de millares de imperios y el mismo Egipto con sus textos cuneiformes, de día en día confirman con la certeza de la revelación Mosáica, las armonías de la ciencia acorde con la fe. A este resultado, á esta confesión humillante para la soberbia de la ciencia descreída, pero confesión gloriosa para los verdaderos sabios, según la Iglesia, han de venir á parar todos los esfuerzos de los que sientan su espíritu acosado por las ansias del saber: y ¿quién sabe? tal vez á no tardar depondrá á los piés de nuestra santa Madre sus preocupaciones y su rencor, esta falange de hombres estudiosos, verdaderamente apreciables bajo muchos conceptos, aun los que, después de haber dicho en el sistema panteísta que todo es Dios, arrojados en brazos del idealismo, lo han reducido todo á la nada; aun los que, juntando y acumulando ambos extremos y para crear nueva escuela, atraídos por teorías que están muy en boga y obtienen señalada privanza en ciertas regiones de Alemania, en síntesis absurdas, que prueban hasta donde pueden llegar las aberraciones de la razón, enseñan que el todo es la nada y que el sér es el no ser. Y á esta confesión seguirá la de los que, escudriñando con el microscopio el mundo de lo infinitamente pequeño y con el telescopio el mundo de lo infinitamente grande, hoy no quieren reconocer que en efecto los cielos cantan la gloria y la sabiduría de aquel Señor *qui possuit in sole tabernaculum suum*, que camina y vuela en alas de los vientos, que sabe el número de las estrellas y las llama por su propio nombre, de cuyas manos es obra toda la creación; desde el insecto hasta la ballena, desde el hombre, rey de todo lo creado, hasta la más pintada y más olorosa de las flores.

Á este resultado feliz, á este retorno á la casa materna de la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica y Romana, que es templo y asiento de sabiduría, por parte de los que divagan en las oscuras regiones del error, han de contribuir, y en realidad contribuyen, obras como la del Sr. Dr. D. Francisco de Paula Montells.

Por lo cual, Excmo. é Ilmo. Señor, habiendo examinado con toda la

atención que se merecen las materias trascendentales que contiene la obra titulada *Dios, la Naturaleza y la Humanidad*, y no habiendo sabido encontrar en ella principios ni doctrinas contra el dogma y la moral del Catolicismo, salvo el parecer de V. E. I., creo que puede concederse el permiso que para publicarla, solicita su sabio autor.

Barcelona 8 de diciembre de 1882, festividad de la Purísima Concepción de la Madre de Dios.

Dr. Buenaventura Ribas y Quintana, Pro.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona.

SECRETARÍA DE CÁMARA DEL OBISPADO DE BARCELONA

Á la solicitud de V. con fecha 23 de agosto ha recaído el siguiente decreto:

«Barcelona 15 de diciembre de 1882.—En vista de la favorable *censura* que ha recaído en la obra *DIOS, LA NATURALEZA Y LA HUMANIDAD*, damos nuestro permiso para que pueda publicarse la referida obra, debiendo antes entregar en la Secretaría de Cámara dos ejemplares visados por el Censor. Lo decretó y firma S. E. I. de que certifico.—El Obispo.—Por mandato de S. E. I. el Obispo mi señor,—Ignacio Palá y Martí, Canónigo, Secretario.»

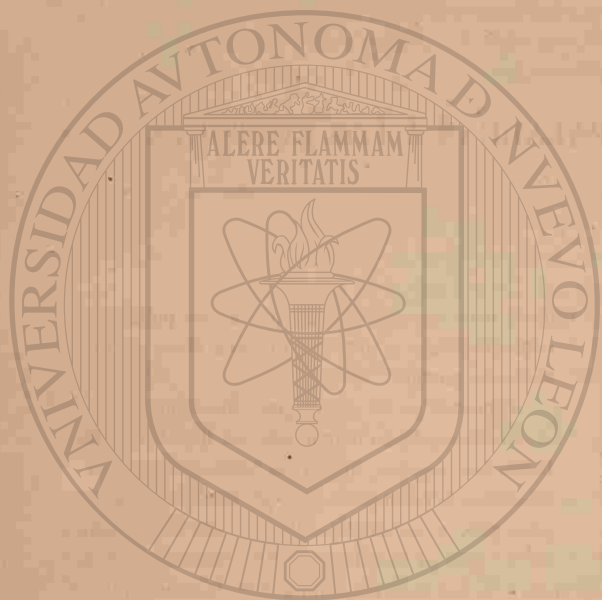
Lo que traslado á V. para su conocimiento y efectos consiguientes.—Dios guarde á V. muchos años.—Barcelona 16 de diciembre de 1882.

Ignacio Palá y Martí, Canónigo, Secretario. ®

Sr. Dr. D. Francisco de P. Montells y Nadal.

UNIVERSIDAD DE VITTO LEON  
1882





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DOS PALABRAS Á LOS LECTORES



Este libro es éste, querido lector, que no es político, ni está destinado á defender ninguna clase de intereses de partido.

Tampoco se ha escrito para los sabios.

Su objeto lisa y llanamente se limita á manifestar los errores, falsas doctrinas y locas pretensiones del materialismo y positivismo científico, para que te persuadas, si acaso tuvieres alguna duda, que al Catolicismo se le combate con armas de mala ley, las cuales están fuera de la órbita que recorre la ciencia experimental y de observación en nuestros tiempos.

Su lenguaje no será el lenguaje levantado de los sabios sino sencillo, inteligible y vulgar al alcance de todas las inteligencias. Queremos que nos comprendan hasta los más ignorantes.

Muchas son las publicaciones en pequeños volúmenes que han invadido la sociedad en que vivimos, y se difunden con intención siniestra en la juventud estudiantil, en las clases trabajadoras y entre aquellos que teniendo una instrucción mediana, si bien suficiente para su honrosa profesión, no distinguen la ponzoña que ellos encierran. Su reducido precio los pone al alcance de todos, su superfi-



cialidad facilita la lectura, y de aquí una propaganda funesta cuyas consecuencias tocamos, por desgracia, todos los días.

Pudiéramos hacer otro tanto; pero se resiste á ello lo levantado del asunto, la importancia que entraña, la santidad de su objeto y hasta, si se quiere, nuestra propia dignidad. Siempre nos ha parecido, que los problemas del materialismo y positivismo modernos, que pretenden escudarse con la ciencia empírica para combatir las creencias católicas, debían tratarse de un modo serio y formal, buscando en la historia, en la verdadera filosofía y en la *misma ciencia*, los materiales necesarios para desvanecer aquellas preocupaciones y aniquilar todos sus sofismas y errores. La teología desempeñó con gloria esta misión enojosa; toca ahora hacer lo mismo á la *ciencia experimental* que invocan los incrédulos.

Si con laudable proceder se han publicado algunos libros escritos con poético estilo y levantada erudición, el error y la duda científica han quedado lo mismo, y aquellos trabajos aunque notables por muchos conceptos, han sido, no obstante, ineficaces para demostrar los extravíos científicos que han aceptado y forman el credo del materialismo y positivismo contemporáneos.

En nuestra larga experiencia hemos observado prácticamente que muchos profesores consagrados al magisterio, sobre todo, aquel que está destinado á la infancia, leen con avidez estas ligeras producciones del materialismo y positivismo; dudan primero de las doctrinas, luego las creen una novedad, considerándolas como verdaderos adelantos de la humana inteligencia, y concluyen aceptándolas de la mejor buena fe para difundirlas y propagarlas, temiendo que se les califique de retrógados ó ultramontanos, epítetos que algunos tienen por ofensivos. Conviene desvanecer el espíritu de ateísmo que en nuestra sociedad está infiltrándose en la infancia.

Esta es, entre otras, una de las colectividades para quienes hemos escrito nuestro humilde trabajo. Los maestros son los que se apoderan del corazón de la infancia é imprimen en estos tiernos seres los primeros sentimientos de religión, virtud y patriotismo. Sólo la *enseñanza primaria* tiene el augusto privilegio de formar las generaciones.

Es necesario que estos profesores encargados de la enseñanza de la infancia conozcan y lean, para que luego comparen y elijan. Nosotros

únicamente les rogamos, *que si comienzan la lectura de este libro, tengan constancia para terminarla*. En él hallarán elementos bastantes para conocer y dilucidar los problemas científicos de actualidad.

¿Necesitarán, acaso, estos Maestros de la niñez, mayor suma de conocimientos, que los marcados por la legislación actual?

Nos parece que no. Por ahora bastan los exigidos si se sabe utilizarlos.

La modesta remuneración de sus trabajos, la manera ingrata, anti-social y hasta indigna como alguno de ellos ha sido considerado, el alcance limitado, aunque importante y santo de la misión que están llamados á llenar, dice á grandes voces, que no deben aumentarse las asignaturas y materias que forman la carrera de Maestro, como alguno ha indicado; lo cual sería inconveniente y no daría el resultado práctico que se desea.

Se necesita otra cosa. Conviene y consideramos indispensable que los Maestros, y con ellos otras clases respetables, tengan mayor *ilustración*, sean en una palabra, más *instruidas*. Esto se consigue con la lectura de libros *ad hoc*, los cuales patenten los errores y falsas doctrinas de imaginaciones extraviadas, que en sus delirios vienen á guarecerse bajo el manto de las ciencias experimentales y de observación.

Siempre hemos creído que *enseñar* y *educar* son cosas del todo diferentes y distintas de las que llamamos *instruir* é *ilustrar*. Se enseña y se educa en el seno de la familia, en las clases de párvulos y en las elementales y superiores de la primera enseñanza; se enseña y se educa en los Institutos y en las facultades de todas las Universidades hasta la licenciatura; se enseña y educa en los Colegios, Escuelas Normales y en las Escuelas especiales y de aplicación; en todos estos gimnasios, en fin, se enseña y educa al que no sabe. Empero se *instruye* y se *ilustra* en los Estudios superiores de los Establecimientos oficiales, en los Liceos y Ateneos, en los Centros científicos, en las Academias, en los Círculos, Casinos y Sociedades, donde el oyente tiene formado ya su perfecto criterio acerca la doctrina que se sustenta; donde el que asiste sabe suficientemente la cuestión que se debate, conoce la materia de que se trata y puede juzgar del estudio puesto á la orden del día; donde la discusión, por último, sirve de luminosa antorcha y la controversia de corriente electro-dinámica á la inteligencia, y son una conse-

cuencia necesaria de la índole y carácter de aquellos discursos propios y peculiares de estos centros del saber del siglo en que vivimos.

Y aquí recordaremos lo que dijo Miguel Lepelletier en el apogeo de la revolución francesa: «Formar hombres, propagar los conocimientos humanos, son las dos partes del problema que debemos resolver. «La primera constituye la *educación*; la segunda la *instrucción*...»

Estas verdades, que nadie se atrevería á poner en duda, se ahogaron entre el torbellino de la impiedad y en el hálito asfixiante de corrompida sangre.

Nuestro libro, pues, caro lector, sin pretensión alguna, aspira á ser útil y provechoso á todos aquellos que no han profundizado lo bastante los arcanos de las ciencias experimentales y de observación en sus diferentes fases y evoluciones, y á los que hacen alarde de conocer los áridos problemas de estas ciencias bajo un criterio exclusivamente materialista y positivista.

Indudablemente que hallarán también en este trabajo planteados y con suficiente número de datos para formar un juicio exacto, otros problemas y teoremas trascendentales palpitantes, que interesan inmediatamente á nuestra agitada sociedad y son en estos momentos la pesadilla de muchas altas capacidades estadísticas y políticas que pretenden dirigir á los hombres por senderos espinosos, emancipándoles del Catolicismo y envenenando la paz del santo hogar de la familia.

En el último cuarto del siglo XIX el espíritu científico empirico ó experimental é incrédulo, ha invadido casi en totalidad nuestra turbulenta generación. Las cuestiones más dificultosas y oscuras y aquellas que tienen su punto de partida en la experimentación directa, han vuelto á ser objeto de preferente estudio, y en este examen analítico bajo la antorcha luminosa de las ciencias exactas, físicas y naturales; en este reconocimiento escrupuloso siguiendo las observaciones de la biología, de la etnografía, de la lingüística y de la arqueología prehistórica terrestre, ó de los estudios siempre difíciles en la profundidad de los mares y en la inmensidad de los cielos; en estas investigaciones importantes de las excursiones geológicas, paleontológicas y antropológicas, que hoy día pertenecen á todas las esferas y jerarquías humanas, se dilucidan con el mayor aplomo y desenfado en reuniones y sociedades

especiales tan profundos como trascendentales problemas. Empero desgraciadamente se resuelven con frecuencia con escasos conocimientos y con un criterio librepensador, que los arrastra por una pendiente inevitable precipitándolos á un abismo sin fin.

¿Quién será tan insensato que se atreva á querer suspender la marcha progresiva de la humanidad? ¿Quién el osado pensador, que fascinado por las leyes de la observación física resuelva de plano estas cuestiones, sin contar con un Agente Todopoderoso, con un Creador inmenso, potencial, eterno, infinito, que dirige estos mundos al través de los tiempos con sorprendente regularidad y armonía?

¡Ah! ¡desgraciado del ateo que busca en el acaso el desenvolvimiento de las leyes físicas y naturales, y á ellas sujeta no sólo los grandes fenómenos del Cosmos, sino los impulsos múltiples de la conciencia humana! Bien decía el gran Bossuet, que la tendencia del hombre es el perfeccionamiento hacia todos los géneros, para lo cual Dios quiso que pusiera los piés en la tierra, mientras que su cabeza se perdía en lo infinito.

¡Ojalá pudiéramos persuadir y convencer á muchos ilusos y con especialidad al señor Doctor J. W. Draper, de los errores, exageraciones y falsas doctrinas que contiene su libro *Historia de los conflictos entre la Religión y la ciencia!*

No tenemos semejante presunción. El señor Draper, profesor de la Universidad de Nueva-York y autor de varias obras, es un sabio de los que no ceden de sus doctrinas, ni se enmiendan de sus errores.

Convenimos desde luego que nuestro libro no estará exento de ellos; pero no de los llamados *ortodoxos*, y que en él se encontrarán muchos lunares y defectos de otra índole; agradeceríamos que se nos señalasen para que, siendo justos y fundados, pudiéramos corregirlos cuando se presentara ocasión oportuna.

Esta tarea sería para nosotros en extremo grata y satisfactoria, y lejos de causarnos enojo, daríamos las *gracias más cordiales* á quien tuviera tanta amabilidad y galantería.

Es muy posible que algún lector concienzado, y tal vez, rigorista en demasía, haga notar, que ciertos pensamientos, principios y teorías se repiten en nuestro libro, aunque bajo diferente forma.

Esto se ha hecho intencionalmente para impresionar al lector, y



presentarle el error materialista ó la exageración positivista con distintos aspectos. Queremos que su juicio se rectifique, y aspiramos á que adquiriera verdadera solidez.

Sentiríamos que una crítica severa ó quizá apasionada, nos señalara defectos en la manera de apreciar la forma y la construcción, creyendo que nos separábamos de las reglas generalmente establecidas por el uso ó por una corruptela; como, por ejemplo, respecto al *artículo* y *terminaciones* de los nombres árabes, que hemos aceptado como de buen origen, en la reseña histórica de los musulmanes en España.

Contestaremos á semejante réplica, copiando á la letra cuanto de importante ha consignado sobre este asunto el señor Don Emilio Lafuente Alcántara, en la introducción de la Crónica árabe *Ajbar Machmúa*.

«Hay datos suficientes, dice este sabio académico de la Historia, (que hace años bajó al sepulcro en edad temprana), para afirmar que la pronunciación de los árabes españoles es muy semejante á la de los modernos marroquíes.

«Los orientalistas extranjeros acostumbran á suprimir el artículo (Al) de los nombres propios; pero no encontramos razón bastante para seguirlos en este punto. Todo nombre que principia con el artículo, es ó ha sido antes, más bien que nombre, un epíteto, un sobrenombre ó un nombre patronímico, y su supresión es inconveniente y á veces ridícula. *Almanzor* no es nombre sino adjetivo, el victorioso; *Al-Harits*, el labrador; *Al-Becri*, el de la tribu de Beer; *Ar-Rondi*, el Rondeño. La supresión del artículo en estos casos y otros muchos equivale á lo que pudiéramos hacer con los dictados de el Bueno, el Sabio, el Católico, el Abulense. En aquellos nombres en que los árabes lo escriben y pronuncian lo hemos conservado en la transcripción; etc.

«Otro tanto puede decirse, continúa el señor Lafuente Alcántara, de ciertas terminaciones que se van generalizando entre nosotros sin razón bastante: *Abasidas*, *Afasidas*, *Yemenitas*, *Kaisitas*, son terminaciones francesas, que no hay motivo para adoptar, teniendo en nuestro idioma la que es más conforme con la palabra árabe, *Kaisiés*, *Yemeniés*, *Modhariés*, etc., puesto que el singular es *Kaisi*, *Yemeni*, *Modhari*, etc., etc.»

Y un poco más adelante, en la 3.<sup>a</sup> regla, añade: «Los plurales de las terminaciones en *i* serán *ies*.»

Inútil será que digamos, porque debe desde luego suponerse, que se han consultado cuantas obras, periódicos, revistas, memorias, manuscritos, códices, crónicas y diccionarios hemos habido á la mano, ya en bibliotecas públicas y particulares, ya en las de las Escuelas especiales de Madrid, buscando con cuidadoso afán materiales apropiados para nuestro objeto. Á pesar de todo, nos dispensamos de las *citas* y *notas*, que harían nuestro trabajo demasiado voluminoso.

Quizá algun docto positivista encontrará en nuestro libro un espíritu de contradicción. Nada de eso. No combatimos á ninguna escuela, sólo por el prurito de combatirla; no negamos teoría ni hipótesis alguna, por negarlas tan sólo; ni mucho menos aplaudimos las doctrinas que están más en boga para explicar las leyes del mundo fenomenal. Nos contentamos con ser más modestos. Ponemos de relieve, tal cual comprendemos, las anomalías, las peripecias y los errores que han presentado las diferentes concepciones de los hombres en el trascurso de la historia de la ciencia; la diversidad de sistemas encaminados á descubrir la *verdad*; todo según nuestro humilde criterio conforme á la doctrina Católica.

No era, por cierto, la tarea que nos habíamos impuesto.

No se nos tache tampoco de pesados y minuciosos. No escribimos una Memoria superficial y ligera, llena, tal vez, de poesía para que sirva de solaz y pasatiempo. Hemos querido escribir un *libro* serio y formal. Exponemos nuestras doctrinas en el campo de la ciencia en todas sus fases y manifestaciones, y rechazando y controvertiendo las escuelas anticatólicas, damos á la vez al lector materiales suficientes para que, según su criterio, compare, juzgue y elija.

El asunto, en nuestra opinión, es demasiado trascendental para ser tratado con hipocresía ó con desdeñosa puerilidad.

La última palabra de la física-matemática es terrible; proclama sin reserva alguna, que la materia que forma nuestro sistema planetario ha estado originariamente esparcida en el espacio incommensurable en pequeños fragmentos, y que la energía primera del Universo era potencial, faltando la luz, el calor, la electricidad y la vida. En verdad que no se puede ser ni más materialista ni más ateo.

Somos católicos de corazón, sin mistificaciones ni espíritu de partido, y en este concepto entramos en el palenque llenos de fe y con absoluta independencia. La fe de Jesucristo, decía el gran Canciller en medio de sus errores, es el aroma de la ciencia. *Fides, aroma scientiarum.*

Si en nuestro trabajo se vislumbrara alguna idea contraria á los dogmas de la Iglesia de Jesucristo ó á la Divina Revelación, téngase por no dicha, quedando desde luego retirada; repitiendo para que se tenga presente lo que dijo Descartes: *He vivido conservando concientemente la Religión en que, gracias á Dios, me educaron en mi infancia.*

De todos modos, lector querido é indulgente, me permitirás que te diga, recordando también un pensamiento del señor Don Melitón Martín, en su magnífico libro *Ponos*; que *este mi hijo* será, si tú te empeñas, manco, tullido y contrahecho; pero al fin y al cabo es mi hijo, y como tal no puedo menos de quererlo.

Con él y tal cual es, pruebo con la mayor evidencia, que *entre la Religión católica y la ciencia no pueden existir conflictos*; ó bien presento *los conflictos de Draper, y el materialismo y positivismo científicos ante la historia y la ciencia.*

## INTRODUCCIÓN

**D**E día en día la lucha entre la Religión verdadera y la ciencia experimental, toma colosales proporciones. El ateísmo ha continuado en nuestro siglo su funesta propaganda, y en sus delirios considera que muy pronto recogerá los sazonados frutos de sus descabelladas predicaciones. Todo se acrisola en el candente horno de la incredulidad, del error y de la calumnia. Los adelantos de la humanidad en la carrera de la civilización, sirven de escabel para elevarse sobre el pedestal de la irreligiosidad. El Catolicismo es atacado y combatido rudamente en sus dogmas más fundamentales por una filosofía positiva y pagana, que ha buscado sus argumentos en las ciencias exactas, físicas y naturales, en la biología, en la astronomía y en la antropología. Apoyados también en todas estas ciencias, debemos rechazar estos ataques.

Una mitad del mundo se agita convulsa, impulsada por la engañadora política bajo el emblema de la libertad civil, y en estas oscilaciones continuadas se hiere profundamente el sentimiento católico de la mayoría de los hombres, se subleva las conciencias de aquellos que sólo desean paz y sosiego, y se pone á la sociedad al borde de un abismo insondable.



Se repiten todos los días los argumentos de siempre, desacreditados hace años por filósofos católicos, se recuerdan las alternativas de épocas ya juzgadas y la historia nebulosa de los primeros pueblos se interpreta á placer y cual conviene á los librepensadores, buscando en dudosas leyendas, en antiguos recuerdos y fabulosos misterios, las tra-



La creación.

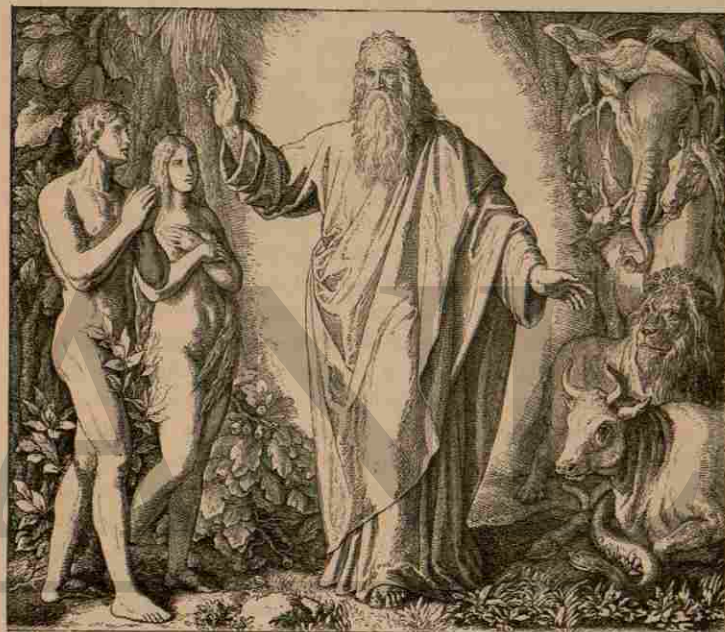
diciones religiosas que veneran los hijos de Jesús ó las proféticas inspiraciones de los Libros Sagrados que son el fundamento del Cristianismo.

Los progresos, pues, del materialismo y positivismo científico, se dejan sentir por todas las clases de la sociedad, y son la causa del mal-estar general que nos aqueja.

Apenas van trascurridos ocho años que un ilustre profesor de la Universidad de Nueva-York, el Doctor J. W. DRAPER, dió á luz un nuevo

libro, que intituló: *Historia del conflicto entre la Religión y la ciencia*. En ella están condensados á su manera todos los errores de las escuelas modernas anticatólicas.

Conociamos de este sabio la *Historia del desarrollo intelectual de Europa*, y nos apresuramos á adquirir y estudiar su último trabajo,



Creación del hombre.

creídos que hallaríamos en él algo útil y científico que aclarase, ya que no resolviese, alguno de los muchos problemas de actualidad.

Y en verdad, que á no ser por el pomposo y altisonante título del libro de Draper, es muy posible que hubiese pasado desapercibido, sin alcanzar el éxito que se le atribuye.

Desde el momento formamos el proyecto de demostrar cuan equivocado andaba en sus pretendidos *conflictos* el honorable Doctor, y



con él todos los que, apoyándose en los descubrimientos de las ciencias experimentales y de observación, han perdido la fe de las creencias católicas.

Nosotros, sostenidos también en estudios experimentales sobre las diferentes fases que presenta la observación empírica de la Naturaleza, ayudados de la razón y protegidos por la filosofía y la historia, nos proponemos demostrar en este libro, que: *entre la Religión católica y la ciencia no pueden existir conflictos*, ó bien, queremos presentar con todo su verdadero valor, *la historia de los conflictos de Draper, y el materialismo y positivismo modernos, depurados por el crisol de la ciencia que tanto invocan.*

Este TEMA, que entraña todos los problemas palpitantes de la ciencia experimental en sus distintas manifestaciones, trae en desasosiego á los sabios, á los estadistas, á los hombres de negocios y hasta á aquellos que están consagrados al trabajo cotidiano; porque presienten grandes y trascendentales trastornos en la marcha progresiva de la sociedad.

Con efecto, todas las civilizaciones han pretendido explicar el origen del planeta llamado Tierra, su desenvolvimiento gradual, el desarrollo de la vida y de la organización, las diferentes evoluciones que ha podido experimentar de un modo brusco ó por el trascurso del tiempo, y la presencia en su superficie de los vegetales y animales hasta alcanzar al *hombre*. En todas las edades y en todas las épocas se han buscado soluciones más ó menos plausibles que ingeniosas para conocer las leyes de la materia y de la fuerza, su primer origen y las transformaciones sucesivas por las cuales han pasado los elementos inorgánicos para constituir la trama de los órganos de los seres dotados de vida; porque en estos problemas van envueltas las principales creencias que el linaje humano tiene aceptadas y siente en el fondo de su conciencia. En todos los tiempos el hombre ha procurado conocer á su manera los fenómenos celestes, las revoluciones de los planetas, el misterioso curso de los cometas, las leyes á que obedecen y las continuas y periódicas apariciones de tantos mundos y tantos soles como tachonan los espacios que llaman inconmensurables, explicándolo del mejor modo posible según el estado de civilización de cada momento histórico. Muchas escuelas filosóficas se han afanado y se afanan en vano para buscar una explicación racional y satisfactoria que dé á

conocer el origen de la Revelación mosaica, mirando con punible desdén las verdades que encierra. Estos utopistas consideran haberlas encontrado en los libros místicos ó poéticos de la India y en sus oscuras tradiciones. Apariencias vaporosas de los librepensadores, que se agitan una vez más para dar á conocer otros soñados conflictos y recibir otros nuevos desengaños. Los pueblos de todos los tiempos y de todas las regiones que viven sobre la superficie de la tierra, reconocen al Sér Creador, eterno é infinito, aun cuando tenga nombres diferentes. Todos los sabios han visto con asombro esa inmensa cantidad de energía potencial representada en todo el mundo, que se ofrece bajo la forma de calor y luz emanados del sol, de movimiento constante y regular del astro central y de los planetas en derredor de sus ejes y de sus órbitas respectivas, buscando inútilmente una hipótesis plausible en el terreno de la ciencia, que pudiera satisfacer las exigencias de escuelas, tan apasionadas como extravagantes...

Y como el fundamento de la Religión cristiana se halla en la Revelación hecha por Dios al Legislador hebreo, de aquí que los ataques más furibundos se han dirigido á desvirtuar y combatir la relación genesiaca, para deducir como consecuencia legítima, que si los dogmas esenciales de nuestra Religión, esto es, que si la Divina Revelación era falsa, falsos debían ser también los preceptos dados por Jesucristo y cuanto de ellos emana. El Cristianismo, según estos pensadores, es una religión caduca, llena de mistificaciones, plagada de maravillas que están fuera del orden natural, é inventada por la malicia y suspicacia de una secta para explotar á sus adeptos. La revolución religiosa, dicen, es inevitable, porque los progresos de las ciencias y los descubrimientos de todos los días son incompatibles con los dogmas que sirven de norma á una gran parte de la humanidad, tan fácil de impresionarse por todo aquello que no alcanza á comprender.

El materialismo levanta otra vez su orgullosa frente para trastornar el orden social, aboliendo las creencias de toda religión positiva y despreciando la tradición y el sentimiento moral. ¡Desgraciados de los ateos y materialistas, ha dicho uno de nuestros publicistas de la escuela liberal (Corradi, D. Fernando), ellos están condenados á sufrir un suplicio continuado sin esperanza de consuelo!

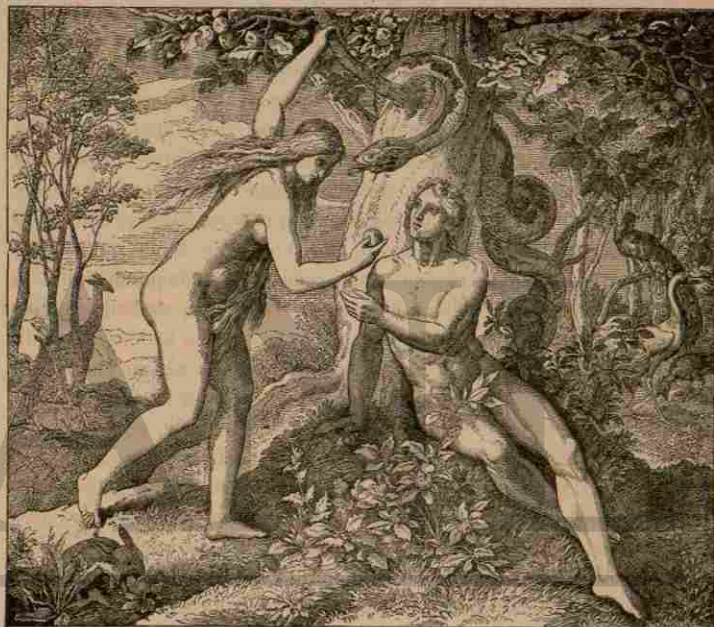


Nosotros, sin pretensiones de ninguna especie, inspirados solamente por un sentimiento de verdadera fe cristiana, y apoyados en cuantos preceptos admite y enseña la Iglesia católica, daremos á conocer nuestras opiniones en el campo de la historia, de la filosofía y de la ciencia empírica, sin zaherir ni lastimar á ninguna personalidad, que para nosotros son todas muy dignas y respetables. Nos proponemos recorrer ligeramente la historia de la humanidad, examinar el desarrollo progresivo de la ciencia en sus diferentes evoluciones, poner de relieve los errores más culminantes, dar á conocer los males y trascendentales perjuicios que pueden sobrevenir á nuestra sociedad con esta propaganda materialista y positivista, y con todo ello probar con la mayor evidencia, que, *entre la Religión católica y la ciencia no pueden existir conflictos*, ó bien, *que los conflictos de Draper son una quimera, y los teoremas y problemas del materialismo, desvarios de imaginaciones sobreexcitadas.*

Las hipótesis más ó menos aventuradas que seductoras sobre la existencia de los primitivos pueblos y el origen de la civilización y su desarrollo progresivo, se han presentado á intervalos históricos, según que la Divina Omnipotencia ha permitido descender alguno de los repliegues misteriosos del velo que oculta las verdades y leyes inmutables de la Creación.

Los sistemas teogónicos y filosóficos de la India, la China, la Caldea, la Persia ó el Egipto, las escuelas de Grecia y Roma, que tanto influyeron en los destinos de la humanidad, las especulaciones para averiguar el origen y antigüedad del mundo que habitamos, los estudios y descubrimientos con que se pretende envejecer al hombre millares de millones de años, la organización artificial, la vida espontánea, la fuerza y la materia, la escala gradual de los seres, la evolución y el trasformismo... de donde deducen el origen simio del reino hominal, los exagerados descubrimientos y hallazgos de la arqueología prehistórica, muchas veces opuestos y contradictorios en sus tendencias y aspiraciones y los adelantos y especulaciones de la biología y antropología interpretados con violencia, sin otro objeto que combatir la tradición cristiana; han grabado á pesar de todo, en el hombre reflexivo, un sello especial arraigado en su conciencia, que en vano ha pretendido borrar el audaz sofisma y el espíritu avasallador

de los partidos. Ni la impresión pasajera de estupendos descubrimientos en la corteza accesible del planeta que conocemos, ni el trascurso de los siglos, ni mucho menos las evoluciones de la sociedad, podrán jamás aminorar, ya que destruir no es posible, la fe y la ciencia divina que se hallan esencialmente encarnadas en el linaje humano por virtud



Caída del hombre.

de una intuición propia y especial de su sér orgánico. La experiencia y el conocimiento práctico bien dirigidos, nos enseñan la realidad de un mundo físico y moral y de una Providencia Suprema y bienhechora. El positivismo científico y pagano, perderá, á no dudarlo, la influencia que ha ejercido sobre ciertos espíritus turbulentos, que confunden lo que pertenece al hombre con lo que corresponde al Sér Supremo. El Sr. Dr. López Mateos en su importante obra de la *Filosofía de la legis-*



lación, dijo: «que no era incompatible conservar á Dios sus respetos, y deshacer las cavilaciones absurdas de los hombres que profanan nuestra creencia...»

Las diferentes hipótesis, las distintas teorías para dar á conocer el sistema solar, siempre en desacuerdo según las épocas y los tiempos, han servido muchas veces de pretexto para ridiculizar en nuestros días la santidad del Catolicismo, confundiendo la tradición revelada, que no ha variado ni variará en el tiempo, conservando siempre su primitiva forma, con las manifestaciones científicas y filológicas, más ó menos erróneas, aun cuando se admitieran como verdicas en la época en que se hicieron; pero que descubrimientos posteriores han demostrado su falsedad. Se han puesto nuevamente en tela de juicio controversias debatidas hasta la saciedad y desechadas por pasadas generaciones como nocivas y altamente perjudiciales para la juventud, sembrando la duda, y emponzoñando el corazón del hombre honrado, haciéndole perder la fe y la esperanza, que son la guía del entendimiento y la brújula del alma, para despojarle de este modo del sentimiento católico que es el iris de caridad.

Y, á medida que la ciencia empírica ha progresado y sus conquistas han penetrado más y más en los arcanos de la naturaleza, se ha pretendido haber encontrado el fantasma indescriptible, el resorte misterioso con que se ponen en movimiento y entran en combate los ignorantes y los infortunados, el *quid pro quo* que llaman *felicidad del linaje humano*, predicando errores funestos y sistemas absurdos; y triste y desconsolador es decirlo, el hombre ha descendido, casi sin apercibirse, del elevado pedestal donde lo levantó la Cristiandad, para entregarse á un escepticismo aterrador, tal vez á un ateísmo disolvente, á un paganismo delirante, haciéndose de día en día más exigente y más desgraciado.

Creéis que el reinado de la nueva filosofía ejerce hoy su poderosa influencia é impera sobre las clases ilustradas é ignorantes de Europa y América, como en otros tiempos dominó el mundo pagano; os hacéis la ilusión que se acerca una crisis terrible, que la actual sociedad está próxima á un cataclismo, el cual ha de abrir una nueva senda para ella más risueña y expedita (Draper); aun pensáis que la humanidad guiada por la pálida luz del materialismo, y del racionalis-

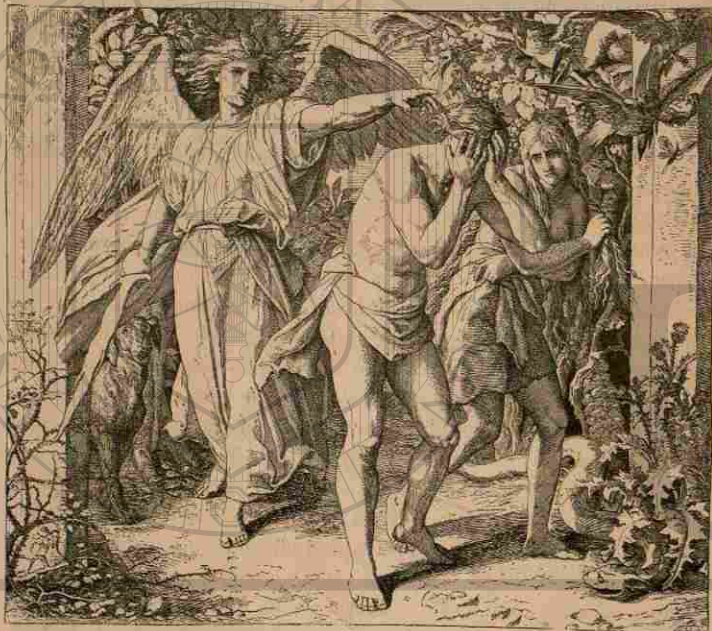
mo, ha de terminar su azarosa carrera creándose un porvenir glorioso, en el que una *libertad* licenciosa en todas sus distintas fases será el áncora salvadora de las generaciones futuras. ¡Ah! la triste experiencia de otras edades y de no lejanos tiempos, responden á todos vuestros delirios, á todas vuestras soñadas utopías. ¡Desgraciados!... Sí; con efecto, *la naturaleza es el reino de la libertad*, pero no de la licencia; ha dicho una eminencia científica contemporánea (A. de Humboldt).

Empero, esta aura vivificadora del linaje humano, este espíritu impulsivo de las sociedades modernas, este potente resorte que Dios encarnó en el hombre, que da al pensamiento noble y elevada expansión, que le pone en perfecto acuerdo y exacta armonía con el progreso y la majestad omnipotente de la creación, que le hace conocer cuan extenso es su poderío y cuan sublimes sus facultades intelectuales y perceptivas; le enseña también los errores groseros y trascendentales en que cae precipitado, cuando sólo busca el placer sensual, el goce de los sentidos y el endiosamiento de la materia. Parangona y aquilata asimismo la historia de la ciencia, para explicar con nobleza de miras y humanitarias aspiraciones los conflictos que en diferentes épocas de su desarrollo han podido presentarse entre las distintas creencias de los pueblos y sus tradiciones; le hace conocer el refinado egoísmo de unos, la supina ignorancia de otros, los extravíos de todos y la mala interpretación de muchos varones doctos, en verdad, que militaron en escuelas opuestas y antagonistas. La *libertad* nos revela, en fin, que no siempre las conquistas de la civilización y del genio han servido para mejorar las condiciones del hombre, que vió disipar el reinado de la antigua filosofía sin provecho alguno, como, á no dudarlo, se desvanecerán también en los modernos tiempos las opuestas tendencias que se han inoculado entre la Religión católica y la ciencia experimental, pretendiendo que la primera sea antitética de la segunda, y ésta irreconciliable enemiga de aquélla. Los principios en que está basada la Iglesia de Jesucristo, no pueden ser más humanitarios ni más *liberales*. La palabra de Dios tal cual se encuentra escrita en la Revelación, no puede estar en lucha con la palabra de Dios esculpida en el gran libro de la naturaleza.

Los hombres jamás se detienen en el justo límite de la libertad individual y política. Recorred la historia de todos los tiempos y de



todos los pueblos y veréis en el sér humano aquel lobo furioso que, con exageración, nos recuerda Hobbes. En nuestros días y en países excesivamente libres como la Unión Americana, hemos visto que la libertad ha sido el pretexto para los trastornos, las huelgas y toda suerte de excesos y calamidades. ¿Qué no sufrió la Italia, la Francia y



Adam y Eva arrojados del Paraíso.

nuestra misma España, cuando la libertad se convirtió en licencia y despotismo? Por esto los progresos de la libertad en los países regidos por constituciones democráticas, están reglamentados para evitar en lo posible las tiranías de la ignorancia, que por desgracia, está encarnada en las masas inconscientes. Grande, majestuosa, sublime, noble, humanitaria sería la *libertad*, si todos los hombres se hiciesen dignos de ella.

Y ¿qué pretenden el materialismo y el racionalismo con sus lubricaciones en contraposición de la general conciencia del linaje



La familia de Caín.

humano? ¿Qué se proponen con su indiferentismo acerca los relatos de los libros del Legislador hebreo, que consideran como apócrifos ó



contrarios á la ciencia, ó como inspirados en la India? ¿Por qué hemos de lanzar nuestro anatema sobre aquello que la razón no alcanza, ni la naturaleza demuestra á pesar de su elocuente lenguaje? ¿Por qué hemos de permitir que se ultraje la Religión de nuestros padres, tan pura en su esencia como humanitaria en sus aplicaciones? ¿Será posible apagar en el corazón del hombre el sentimiento religioso?... Creemos que nó; porque el hombre á su racionalidad reúne sentimientos religiosos y morales. Es una cualidad característica del reino hominal.

La lucha emprendida nuevamente bajo la luminosa antorcha de la ciencia experimental, es en nuestros días una lucha de otra naturaleza y con distintas tendencias que las manifestadas en épocas lejanas con los nombres de escuela dórica y jónica. Esparta y Atenas fueron siempre rivales y enemigas; el idealismo matemático y el naturalismo dinámico jamás hallaron medios para reconciliarse; la civilización al pasar de la India á la Persia había roto con la unidad de Dios, y entonces nacieron estos dos principios antagónicos, que tuvieron su cuna en el Oriente, pero que vinieron después á conmover la ciencia de los griegos. Roma experimentó también sus funestos efectos, y más tarde, andando los tiempos, han trastornado la ilustrada Europa y la joven América con la apoteosis de la materia.

Hoy ha venido otra vez á alterar la marcha tranquila y progresiva de la atenta observación empírica, el origen de las especies vegetal y animal: «Si nos fuera dable resolver este problema, hacía notar Isidoro Geoffroy-Saint-Hilaire, habríamos penetrado en la historia de la creación, y conoceríamos la presencia de la vida en la superficie de nuestro planeta. Misteriosa y divina historia, exclamó el abate Moigno, cuya primera página jamás será leída por humanos ojos; es que el Soberano Autor de todas las cosas se ha reservado eternamente el secreto...»

¿Será, acaso, que el materialismo y el positivismo se presentan ahora á la lucha más resueltos y atrevidos que antes, atacando la conciencia religiosa de las naciones modernas, y buscando en la ciencia empírica los materiales necesarios para derribar las creencias concretas que forman los artículos de fe de la Comunión católica, siempre con el frívolo y ridículo pretexto de destruir y aniquilar el fanatismo

de los pueblos?... No hay que hacerse ilusiones; la solución del problema social está dentro de los preceptos del Catolicismo.

Basta ya de declamaciones insensatas, de predicaciones descabelladas y de suposiciones gratuitas ó aventuradas. Inútil será repetir lo que tantas veces se ha dicho en diferentes tonos y de distintas maneras. Todos sabemos los abusos y las perniciosas influencias de los magnates como poder político, y los beneficios que debió reportar la humanidad en determinadas épocas de la historia. Todos conocemos las demasías de estas poderosas influencias, que en todos tiempos representaron el despotismo intransigente de unos pocos, y la debilidad de los príncipes, que con estoica impavidez contemplaban la decadencia de sus pueblos y la pobreza que los consumía en la más espantosa abyección y estupidez. Muchos, en fin, han pretendido y pretenden aún, que nuestro respetable clero no está al corriente de las nuevas evoluciones de las ciencias modernas, y que su competencia se ve circunscrita á los estudios teológicos. Error lamentable que desmiente la historia. ¿Quién con más provecho y utilidad ha cultivado el fecundo campo de las ciencias exactas, físicas y naturales, que los privilegiados talentos consagrados al sacerdocio católico? ¿No nos enseña la historia, desde el comienzo de la Era cristiana, que entre los varones ilustres sobresalen los sacerdotes? ¿Pues qué, acaso, hoy mismo, no hay un número considerable de clérigos que marchan á la cabeza del progreso intelectual, siendo á la par que profundos pensadores y distinguidos teólogos, eminentes naturalistas y sobresalientes astrónomos? ¿Por qué oscurecer las glorias de una clase digna y respetable que en los modernos tiempos puede también titularse Mentor concienzudo y científico de la humanidad?

Y, si la historia del prolongado período de la Edad media, y aún de una buena parte de la moderna, nos ha pintado con brillantes colores los excesos y demasías de un celo inusitado, hijo de las corrientes filosóficas y hasta políticas, que reinaban en aquella sociedad apreciada de tan distinto modo; en cambio la historia contemporánea nos presenta con matices no menos vivos, los horrorosos trastornos de un materialismo furibundo y de un racionalismo intransigente, que nos recuerda el paganismo sin freno señalado por los sangrientos episodios de la revolución francesa; nos trae á la memoria aquellas espantosas hecatombes y las destructoras jornadas donde millares de víctimas fueron sacrificadas



das á la saña revolucionaria. Las predicaciones inoportunas é insensatas conducen siempre á los ignorantes y desheredados á los límites extremos, y el desbordamiento social es entonces inevitable. Los abusos de los gobiernos, la inmoralidad administrativa, una educación viciosa, el egoísmo de la clase acomodada, las injusticias, el desenfreno de los poderosos, y el olvido de la fe católica, son los grandes elementos para fomentar las revoluciones, que con frecuencia cambian la faz de los Estados políticos. Y cuando se pierde la fe religiosa y se olvidan las creencias, cuando el corazón no siente y el cerebro se excita y la razón se perturba, se rompen los diques sociales, y las masas inconscientes, terribles por sus instintos y fanatizadas por los más audaces predicadores, se desbordan aterradoras, como furioso torrente después de prolongada tormenta. La historia de nuestros días nos ofrece, desgraciadamente, repetidos ejemplos, en los pueblos más civilizados de la vetusta Europa y de la joven América, de un salvajismo aterrador y disolvente, que en vano se pretendería buscar en las hordas antropófagas de África, de América ó de la Australia. Los sangrientos episodios de la *Commune* en Francia, los incendios y asesinatos de los *cantonales* en España, las monstruosas y mortíferas *huelgas* de la república *modelo* de los Estados-Unidos, y los horrorosos pugilatos, incendios, devastaciones, y trágicos crímenes de los nihilistas en Rusia, diluvios todos de sangre y fuego que amenazan tragarse la sociedad, pruebas tangibles son de estas verdades desconsoladoras, que han conmovido el orden político y pretenden concluir con la fe religiosa encarnada en la conciencia de todos los católicos. ¡Ah! casi nos atrevemos á decir, que tantos males como aquejan á los pueblos americanos y á los europeos, provienen de la falta de creencia en unos y de la perversión de la fe católica en otros.

El Renacimiento venía á mejorar la postración é indiferencia que se había apoderado de los filósofos durante el siglo XV. Cansados del escolasticismo y de la dialéctica, creyeron los nuevos pensadores que alcanzarían sus levantadas aspiraciones, depurando en el crisol de la crítica severa y razonada las escuelas clásicas de Grecia y Roma, y se desbordaron por la pendiente del abismo impulsados por los librepensadores, entre los cuales figuraban los letrados y humanistas.

Allí se proclamaron con el mayor descaro los errores, las injurias

y los desmanes anticatólicos; allí tomó nueva vida el paganismo embozado. La tradición mosaica preocupó los ánimos de aquellos sabios, y



El diluvio universal.

la confusión y la anarquía intelectual vinieron á dominar la razón, para entregarse con loco frenesí á la astrología y á la cábala. Aquellas de-



sastrosas contiendas iluminadas por el saliente sol de Guttemberg y Schœffer, donde brillaban los ingenios de Philelpho, Erasmo y Valla; de Gemisthius, Gaza y Juan Pic de la Mirandola; de Reuchlin, Raymundo Llull (Lulio) y Aquilino; de Cardán, Cesalpino y Laramée (Ramus); difundieron doctrinas perniciosas y contrarias al Catolicismo. Los trabajos del cardenal Belarmino fueron vanos; los escritos de Alfonso Tostado, Scaliger y Balbo inútiles; las profundas y eruditas obras del Doctor eximio el P. Francisco Suárez y otros sabios teólogos, aunque tarde, sin resultado alguno. Era ya imposible, apesar de tantos esfuerzos siempre laudables, evitar que la Reforma religiosa estallara y siguiera su satánica y sangrienta ruta. El atrevido fraile agustino, Lutero, no fué más que el miserable botafuego que inflamó la mina abierta y cargada con los trabajos tenebrosos de los librepensadores.

La unidad Católica quedó quebrantada, y el error continuó con más tesón y audacia, y continúa aún después de tanto tiempo trascurrido, por la influencia de las doctrinas de Jansenio, de Voltaire y de Rousseau.

El giro que ha tomado la política Europea y el curso de los acontecimientos en nuestros días, induce á sospechar, que se quiere separar la Iglesia del Estado, aceptando el libre ejercicio de toda creencia religiosa. ¡Ay de la sociedad si llega el momento fatal en que el Estado abandone la Iglesia! ¡Ay de la sociedad si el dogma cristiano no sirve de guía á la moral, y las sectas imperan sin freno alguno! ¡Desgraciada de la sociedad, repetimos, si la intransigencia y la intemperancia también se empeñan en sujetar el progreso lento y sosegado de la libertad humana!!!

El Catolicismo saldrá, á no dudarlo, victorioso é ileso en esta terrible contienda, y el error y el sofisma de las escuelas materialista y positivista, juntas con los librepensadores, serán combatidos y anodados por la luz de la verdad, que difunde la Iglesia de Jesucristo.

Luz de verdad que ha visto pasar las generaciones, hundirse los imperios, desaparecer los reinos, cambiar las constituciones y las formas de gobierno, inundar el mundo con lagos de sangre humana; pero que en medio de tantos desastres y calamidades ha subsistido una Cruz, que victoriosa y resplandeciente ha amparado la sociedad para que emprendiera de nuevo el camino de la civilización. Cruz divina, emblema del Cristianismo, que nunca perecerá y que viene flotando sobre las escuelas irreligiosas de todos los tiempos.

Los problemas capitales que entrañan todas las escuelas filosóficas ateas, están en estos momentos tan velados y se presentan tan oscuros, apesar de los progresos científicos del siglo XIX, como pudieron estarlo en los tiempos de Platón y Aristóteles, de Boecio, Casiodoro y Erigenes, de G. de Champeaux, Gelberto (Silvestre II) y San Anselmo, de San Bernardo, Juan Roselino, Pedro Abelardo, de Averroes, Avicena y Maimónides, de Alberto el Magno, Santo Tomás de Aquino, Duns Escoto y Guillermo de Ockam y de tantos y tantos sabios como en aquellos siglos pretendieron resolverlos. Los problemas materialistas, decimos, siguen tan ignorados é irresolubles como estaban bajo el imperio de las escuelas de Bacon, Hobbes y Locke; de Condillac, Berkeley y Hume; de Descartes, Malebranche, Redi y Espinoza; de Kant, Hegel, Coussin, Krause, A. Comte ó Spencer.

La ciencia empírica continua con perseverante afán en la investigación experimental hasta alcanzar tan suspirado momento, sin que la libertad humana encuentre obstáculo alguno en su brillante carrera. ¡Ojalá alcance pronto la solución satisfactoria de estos oscuros problemas!

Preciso será prestar nuestra conformidad y doblar hoy por hoy la cerviz á algo que escapa de los sentidos; preciso será confesar nuestra impotencia y repetir con el gran Linneo: «Dios sólo lo sabe todo... He leído algunos de estos vestigios al través de las cosas creadas...» El velo del misterio continua impenetrable, cubriendo los grandes secretos que Dios en sus inexcrutables designios, tiene recónditos en el seno de su incomprensible inmensidad.

Conocer las primeras evoluciones de los pueblos, buscar las perfectas analogías entre los libros del Historiador sagrado y los descubrimientos científicos, estudiar concienzudamente bajo sus múltiples fases los progresos de la humanidad después del Cristianismo, presentar un cuadro fiel de los problemas científicos en el estado de nuestra actual civilización para demostrar, que entre la Religión católica y la ciencia experimental no ha existido ni pueden existir conflictos; dar á conocer por medio de la historia, de la filosofía idealista y empírica, de la crítica y de la sana observación, las luchas y controversias sostenidas



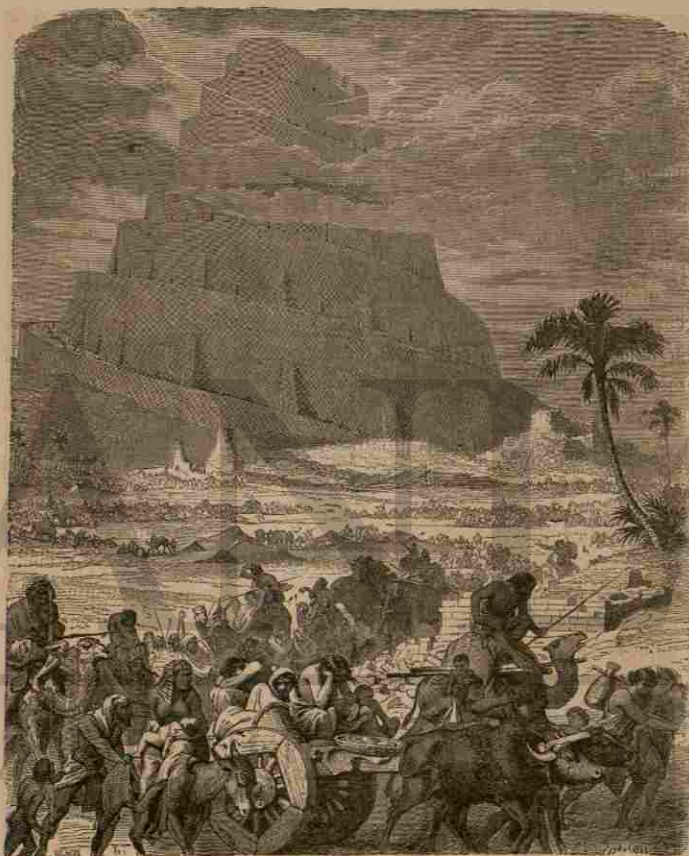
durante estas diferentes evoluciones de la humana inteligencia, descubrir el velo con que se cubren en nuestros días todas las sectas para



Noé maldice á su hijo.

desprestigiar al Catolicismo, sacando de la tumba ideas erróneas y sofismas tantas veces combatidos victoriosamente en anteriores tiempos, haciendo que la ciencia experimental sirva de escudo á su refinada

malicia, para explotar á los crédulos bajo la expectativa de un positivismo repugnante; apreciar con exactitud los ardides de unos, las su-



Dispersión de los pueblos.

tilezas de otros y los engaños y supercherías de muchos, estableciendo hipótesis, presentando teorías más ó menos ingeniosas sobre el origen de la Tierra, su antigüedad respectiva, la autoridad de los libros del



Historiador sagrado, acerca la vida y la organización, la evolución y el transformismo hasta alcanzar al hombre; sobre las leyes que gobiernan al Universo y las fuerzas que rigen á la materia, las que son propias del espíritu y las que corresponden á la riqueza, al trabajo y al equilibrio social, etc., etc., son las cuestiones que nos proponemos estudiar en este libro.

Hoy por hoy, que la generalidad busca con afán la lectura de libros basados en estudios serios y concienzudos; hoy que han perdido el aliciente que en otros días tuvieron las producciones ligeras y de mero pasatiempo, para engolfarse en aquellas que á la par que ilustran recrean, nos parece que nuestro trabajo será, sin duda, de utilidad y provecho para atenuar el efecto que haya podido producir el entusiasmo del momento, sobre todo, en los jóvenes que, atraídos por la novedad, leen con avidez cuanto tiene relación con el dogma católico, y con frecuencia se ven atraídos por los libros que con marcada intención ó con el mayor desenfado, combaten las verdades reveladas en la relación mosaica, la tradición histórica y los fundamentos de la Religión de Cristo.

No es nuestro ánimo combatir con detención las doctrinas que ostentan estas escuelas ateas; tampoco venimos á defender especiales hipótesis ni marcadas teorías. No nos consideramos con los conocimientos suficientes para tamaña empresa. Nos proponemos únicamente estudiar los problemas fundamentales del materialismo y positivismo científicos, antes planteados, porque con ellos se pretende atacar los dogmas del Catolicismo para acabar de una vez con nuestra sacrosanta Religión. La maledicencia y el espíritu de secta no titubean en los medios por injustos y exagerados que sean, si con ellos consiguen alguno de los diabólicos fines que se proponen en su extraviada fantasía. No comprendemos el exclusivismo, la vanidad, el orgullo y hasta la terquedad de muchos sabios consagrados á las ciencias fisico-naturales sosteniendo una cruzada inconveniente y funesta contra la Revelación Divina y la Fe católica.

La defensa del Catolicismo, si es que su pura y sagrada doctrina tiene necesidad de ser defendida, no está hoy día exclusivamente en la esfera de las ciencias metafísicas y teológicas. Se halla más principalmente en el dominio de las ciencias exactas físicas y naturales. Bien lo comprendió el ilustrado presbítero Sr. D. Miguel Sánchez en su obra

intitulada *Cursus Theologiae dogmaticae*, publicada en Madrid en 1874, cuando se ocupa, si bien de un modo superficial, del darwinismo y de otras importantes y graves cuestiones científicas que, al parecer, son extrañas de los estudios abstractos y en particular de los teológicos. En esta clase de conocimientos empíricos será donde nosotros ampliemos nuestros conceptos, para dilucidar las cuestiones palpitantes de la presente época.

No tenemos la dicha de ser teólogos; hemos consagrado nuestra vida á las ciencias exactas, físicas y naturales, y en este terreno trataremos esta cuestión grave y trascendental, auxiliados de la historia y del criterio filosófico. Sabios y eruditos católicos se han ocupado con gran éxito en dar á conocer la armonía y perfecto acuerdo entre la Fe ortodoxa y la razón.

Al desarrollar tan complicado plan, tal cual lo tenemos concebido y estudiado, lo haremos con la imparcialidad propia de nuestro carácter, procurando evitar aquellos escollos y bajíos donde se han estrellado muchos hombres eminentes, que bajo opuestas banderas, militaron en los estudios de la Religión, de la moral, de la filosofía, del derecho y de los fenómenos de la naturaleza.

Y si bien es cierto, que nuestra manera de desenvolver el tema propuesto, abraza una extensión de los humanos conocimientos quizá más lato de lo que al parecer pudiera exigirse y se crean suficientes, buscaremos en reconocidas autoridades las opiniones aceptadas por la Iglesia católica; por que consideramos como un deber de conciencia estudiar la cuestión bajo todas las fases científicas y contestar á los enemigos del Catolicismo con los mismos datos sacados de la historia, de la filosofía y de las ciencias experimentales y de observación. Generalmente se dice, que los estudios prácticos de las ciencias fisico-naturales llevan en sí un carácter esencialmente materialista. Error funesto que trae en pos de sí sistemas absurdos, que degradan al hombre y amenguan su dignidad. ®

Lejos de nosotros ese sistema declamatorio que usan ciertos autores, que suelen confundir la cátedra con el libro, ó el púlpito con la conferencia, apostrofando á sus contrarios y lanzando sobre ellos toda clase de dicterios y palabras inconvenientes ó mal sonantes. Para patentizar y combatir el error, para dar á conocer los progresos y adelantos de que



la humanidad es deudora al Catolicismo, no es necesario perder el aplomo ni olvidar la propia dignidad. Para nuestros juicios y apreciaciones interrogaremos á la conciencia de los pueblos, á sus teogonías y á sus sistemas filosóficos; buscaremos en la historia las pruebas claras y evidentes de las opiniones que sustentamos; pediremos registrar sus archivos y hasta sus leyendas y tradiciones, y entrando con temor y siempre con respeto en el templo de las ciencias exactas, físicas y naturales y en el de la biología y antropología, procuraremos desvanecer los problemas y teoremas que son el fundamento de las escuelas materialista y positivista, donde encuentran sus adeptos las bases sobre que estriban los *conflictos* que ven entre la *Religión católica y la ciencia*. Todo con la mesura y dignidad propia de aquel que ha consagrado casi toda su vida al estudio, y los mejores y continuados años de su existencia, al Profesorado oficial. El lector no extrañará que, bien á pesar nuestro, tengamos alguna vez que aclarar, apoyados en autoridades de la ciencia teológica, algunos teoremas combatidos victoriosamente en otras épocas; pero que en nuestros días han reaparecido con siniestra intención, tal vez, para enaltecer alguna secta con detrimento del Catolicismo.

Y al resolver con la ciencia experimental por guía los teoremas y problemas de la *misma ciencia experimental*, en nuestro concepto equivocados ó exagerados, contrarios á los dogmas católicos, procuraremos ponerlos al abrigo de toda objeción y de la crítica apasionada. Desvanecidos aquellos errores y resueltos los problemas y teoremas en diferente sentido, quedan sin valor alguno las consecuencias que de ellos se han deducido, y demostrado á la vez, que los pretendidos *conflictos* entre la Religión católica y la ciencia no han existido, ni existen ahora ni mucho menos existirán en lo sucesivo. La razón y la fe, la ciencia y la revelación tienen un mismo origen; provienen de la Omnipotencia de Dios.

El lector comprenderá, sin esfuerzo alguno, que este libro se ha escrito con íntimo convencimiento, sin presión de nadie, y, *sobre todo*, sin encargo ni comisión especial; y las doctrinas en él vertidas se hallan arraigadas en nuestra alma hace muchos años, como producto de estudios serios y repetidos, así en las ciencias filosóficas como en las experimentales y de observación.

Hemos dividido nuestro trabajo en dos partes: en la primera recorreremos los progresos de la humanidad hasta nuestra época, si bien á grandes rasgos y bajo un punto de vista general; dando á conocer la historia, teogonías y escuelas filosóficas de los pueblos antiguos y los adelantos de las ciencias exactas y naturales en sus diferentes manifestaciones, cuando adquirieron carta de naturaleza. La idea de Dios en la humanidad, el Oriente, la Grecia, las conquistas de Alejandro, su influencia en la civilización oriental, el reinado de los Ptolomeos y su famosa biblioteca, Roma hasta la irrupción de los bárbaros, el Cristianismo y su propagación, los Santos Padres y la escuela Alejandrina, el Catolicismo, Mahoma y sus secuaces, su invasión y permanencia en España hasta la total expulsión por los Reyes que después se llamaron Católicos, la Edad media, la lucha con el Papado, los escolásticos, el Renacimiento, la ciencia moderna y el siglo XIX, constituyen *doce* capítulos con los cuales probamos del modo mas completo y satisfactorio, que *entre la Religión católica y la ciencia no ha habido conflicto alguno*.

La segunda parte consta de *ocho* capítulos, y tienen por objeto rebatir los principales problemas y teoremas científicos de las dos modernas escuelas materialista y positivista. La fuerza vital, la generación espontánea, el alma y el cerebro, la Religión revelada y la ciencia experimental, la geología y la paleontología, la evolución y el transformismo, las exageraciones de la escuela prehistórica, la perfecta identidad entre la revelación y la ciencia, la antigüedad del globo de la Tierra, el hombre... etc., etc., son otras tantas cuestiones que se estudian con imparcialidad y exacto criterio, buscando en los archivos de la historia natural, de la física y de la química, en la geología y en la paleontología, en la antropología, biología y anatomía comparada, y en cuantos conocimientos se dividen hoy los estudios experimentales y de observación, para poder deducir como última consecuencia, que, *entre la Religión católica y la ciencia, no ha habido conflicto alguno* que lamentar, ó bien, *que los conflictos de Draper, y los problemas del materialismo y positivismo modernos, quedan destruidos por las leyes de la ciencia experimental*.

El *Epitogo* resume todos estos capítulos á ideas más concretas; con las cuales se ve, que con efecto han quedado desvanecidos aquellos

pretendidos conflictos y culminantes errores. No hemos dado importancia alguna á ciertos conceptos propalados para sublevar á los hombres dedicados á la ciencia, aunque separados del gremio de la Iglesia católica. Creemos dentro de nuestra conciencia, que por más que el materialismo y el positivismo hagan cuantos esfuerzos les sugiera su audacia y atrevimiento, no podrán divorciar la Iglesia de Jesucristo del espíritu Católico entrañado en las sociedades modernas. Á la verdad que más intencionadas estas escuelas que los filósofos y enciclopedistas del pasado siglo, se presentan ahora ataviadas con el manto augusto de la naturaleza y con un lenguaje hipócrita y seductor.

Si nuestro trabajo corresponde al sentimiento que inspira á los católicos, que forman casi la totalidad del pueblo Español; si hemos sabido interpretar sus deseos y aspiraciones, separándonos del espíritu de partido y de la intransigencia, que rechaza el Catolicismo; si hemos sabido disipar el error y el sofisma desvaneciendo la densa nube acumulada por el materialismo y el positivismo científico sobre los serenos horizontes de la Iglesia; si conseguimos restablecer la tranquilidad y la calma en el corazón de los fervorosos creyentes de la doctrina de Jesucristo; si hubiéramos llenado, en fin, la misión que nos impusimos al escribir este libro, combatiendo con la ciencia los errores debidos á las falsas ó exageradas interpretaciones de los principios de la misma ciencia, demostrando á la vez que los estudios experimentales no son antitéticos á los dogmas católicos, ni en los progresos cotidianos que se realizan, se rechazan sus santos misterios, ni mucho menos el Catolicismo opone dificultades á su desarrollo y sucesivo desenvolvimiento, dejando incólume la Religión revelada y los preceptos de los santos Evangelios, nos consideraremos dichosos y seguiremos con perseverancia nuestros trabajos é investigaciones, dando gracias á Dios, autor de todo lo creado, por los beneficios que á nuestra edad avanzada (1) nos dispensa todos los días.

(1) Setenta años.

## DIOS, LA NATURALEZA Y LA HUMANIDAD

### CAPÍTULO I

#### IDEA DE DIOS EN LA HUMANIDAD

La idea de Dios está encarnada en todas las razas del reino hominal. — Los Aryas. — El Oriente es el origen de las instituciones humanas. — La idea religiosa. — El Pentateuco. — La Revelación á Moisés establece un culto y una nacionalidad. — La India. — Los fragmentos de un poema caído. — Los Vedas según el Sr. M. N. Bouillet. — La impiedad y el ateísmo. — La filosofía no ha de confundirse con la Religión. — Los hebreos conservan sus tradiciones á través de las vicisitudes. — Se pierde la unidad de Dios. — Decadencia y ruina. — Grecia. — Los senados aristocráticos. — Hesíodo y Homero. — El politeísmo. — Los legisladores y los filósofos. — Las dos escuelas dinámica y mecánica. — Pitágoras y su escuela. — Los epicúreos, los atomistas y los sofistas. — Sócrates, los cínicos, los círculos y los escépticos. — Platón y los académicos. — Aristóteles y los peripatéticos. — Conclusión.



EXISTE en la conciencia humana una filosofía racional que, por criterio propio, distingue lo finito de lo infinito, y á su manera sabe buscar la relación que encadena lo contingente con lo necesario, lo objetivo con lo subjetivo.

Nada hay más grandioso y trascendental, que estudiar la humanidad en su historia, para convencerse que en todas las edades, en todos los tiempos, aún de aquellos que apenas se conservan pálidos recuerdos, se descubre en el hombre una idea fundamental, que domina y embarga todo su ser y está encarnada en las distintas razas que constituyen el reino hominal. Esta idea primera entraña una *verdad* eterna, de la cual emanan natural y lógicamente todas las verdades, es una idea que las envuelve todas, que las absorbe, condensa y resume dentro de su sublime esencia.

El hombre de los desiertos, el pámpano de los bosques, el esquimal y el hotentote; el que anida en los ardientes arenales de Africa, donde la civilización jamás ha penetrado, aquel que vive en los hielos polares, ó el que tiene su morada en los abrasados climas de los trópicos; el informe patagón, el estúpido perchera y el horroroso antropófago de la Nueva Zelanda, entregados á sus instintos naturales, impulsa-



dos por su propia conciencia, se hallan poseídos de un resplandor celeste, y sin discutir, sólo por una intuición purísima, ven lo incondicional, aceptan unánimes y sin controversia lo *infinito*, y acatan y respetan á lo *único*.

La humanidad percibe dentro de sí un sentimiento misterioso, donde necesariamente viene á refundirse lo heterogéneo ante la gran *realidad* que ordena é impera en el mundo fenomenal, ante el gran *todo* que lo abraza todo y lo representa todo en la más perfecta identidad y armonía, para explicar lo múltiple por lo simple, lo vario por lo sencillo, lo compuesto por lo elemental, lo finito por lo infinito. La *idea eterna* reside en el *Sén* que representa la *verdad* misma, de quien deriva la verdad de todo cuanto existe y se percibe fuera de *Él*: Dios.

La idea de Dios y de sus atributos se halla en el orden intelectual absoluto, y en el orden de todos los seres. Es una idea eterna y subsistente, porque es la *verdad* pura é inmaculada, que el hombre conoce por sí mismo, que está en su conciencia y adquiere por su razón y propio criterio. Nadie se lo ha dicho ni explicado, nadie se lo ha hecho concebir ni comprender; y, sin embargo, siente en el fondo de su alma una inspiración dominadora que le arrebató y le dice: ¡Hay un CREADOR!... Una voz constante que le grita: ¡Hay una Providencia!... Por todas partes el hombre se halla en estrechas relaciones con Dios, que dirige su espíritu, ennoblece su corazón, fecundiza su lenguaje y enaltece su culto.

La crítica podrá presentar sus argumentos, la suspicacia sus sarcasmos y la malicia y el error sus epigramas; pero la naturaleza propia y peculiar al sér humano, admite una creencia fundamental que la razón acepta con aplauso. Las maravillas de la creación que admiramos á cada instante en todas las esferas, ya en la superficie como en las entrañas de la tierra, así en las profundidades de los mares, donde pululan mil generaciones de seres microscópicos, como en las altas regiones de la atmósfera, en las que se agitan y viven infinidad de organismos poligástricos, ó en la inmensidad misteriosa de los cielos, en cuyo espacio giran y se mueven en constante armonía un sinnúmero de soles y de mundos, la imagen de un CREADOR providencial, domina y embarga todos nuestros sentidos y arrebató todo nuestro sér; es, por decirlo así, una idea que nace con nosotros.

¿Qué representan sino en las antiguas teogonías el Zeus y el Brahma de los hindúes orientales, el Zervane-Akerene de los persas y el Kokpiak de los asirios? ¿Qué era el Pironi de los egipcios, el Budha de los habitantes del Ganges y el Chang-Ti de los chinos? ¿Y el Alfader de los escandinavos, el Aar-Toion de los hijos de la Siberia y el Bielbog que adoraban los primitivos eslavones, qué cosa indica más que el *Sén* infinito, creador de todos los mun-

dos? ¿No nos dicen los que descubrieron las dos Américas, que en la Isla Española se veneraba á Dios omnipotente con el nombre de Alabeira, en el Perú con el de Punchao y en Méjico bajo la sublime idea de la *unidad* absoluta y suprema? Entre los pueblos primitivos se observa que, cualquiera que sea su situación geográfica, todos tienen las mismas creencias fundamentales, el mismo sistema teogónico, idénticas impresiones morales é iguales fines para la vida.

¿No reconocen las tribus de la Australia un espíritu del *bien* llamado Coyan y otro del *mal* que distinguen con el nombre de Potoyan? Nadie osaría negar que el linaje humano ha creído siempre en un Dios eterno, creador y conservador omnipotente.

Si la idea de Dios se halla encarnada en la humanidad por una intuición purísima, si es un sentimiento unánime de todos los pueblos y de todas las razas, si es un atributo especial y característico del hombre, ¿por qué buscar en las doctrinas cuestionables de las diferentes escuelas filosóficas, debidas al humano progreso y en los adelantos engañosos de las ciencias experimentales y de observación, datos y manifestaciones para negar aquellas santas creencias universales, ó al menos despertar la duda, siquiera sea pasajera ó provisional? ¿Pues qué, acaso, la obra maravillosa de los seis días bíblicos que comprenden la creación de la luz, de los elementos materiales, de los cuerpos terrestres y celestes, de las plantas, de los animales y del hombre, no es una prueba irrecusable de su existencia, de su poder, de su amor inefable y de su grandeza? ¿Por qué este empeño temerario en negar las causas primeras y finales, buscando en el *acaso* la explicación de las leyes que rigen al mundo fenomenal? ¿Por qué se relega la Metafísica como perjudicial é inútil, haciendo que todo dependa de la materia y de la experimentación? Todos los pueblos de la tierra acatan y se prosternan ante una *Divinidad* incomprensible, que dirige el imperio del Universo, regula las fuerzas naturales exteriores é interiores del mundo que habitamos, y es el juez supremo de las acciones humanas; y las repetidas y constantes impresiones físicas de la naturaleza, con todos sus misteriosos accidentes y metamorfosis, elevan por grados el sentimiento á las inspiraciones religiosas, puras y espirituales, como el alma que las concibe.

Grande, majestuosa, levantada y omnipotente, es la idea que de Dios han formado todos los pueblos. Es el pensamiento sublime y elocuente que se halla encarnado en la humanidad. Inmensidad incomprensible, infinito en el espacio y el tiempo, sin pasado, presente ni futuro, increado y eterno; que dicta leyes á la creación para que la tierra, los planetas, los cometas y cuanto existe y puede abrazar el universo pancósmico, obedezcan sumisos dentro de su esfera de ac-



ción, ofreciendo á las generaciones esa armonía constante é invariable, ese orden fijo y permanente que jamás se perturba, y que todos admiramos.

Los sabios y los eruditos convienen generalmente en que los Aryas fueron la raza humana más antigua de cuantas se han dado á conocer hasta hoy en los anales de la humanidad. Pueblo que ocupaba la parte más remota del Asia, á quien deben su origen los hindus y los persas, y que poseía un lenguaje especial y perfecto, del cual derivan el *sanscrit* y el *zend*.

Sus emigraciones se extendieron por el Egipto, la China y otros países, reconociéndose también entre los germanos y aún entre los vetustos pueblos de Méjico y el Perú.

Estas primeras sociedades proclamaron la *unidad de Dios*; empero, una tribu salvaje de la India, olvidando la civilización aryana, aceptó un grosero fetiquismo, que bien pronto fué derribado por sus mismos hermanos, como creencia contraria á la que había admitido aquella primitiva civilización.

¿Y no sería posible, siguiendo las investigaciones de ilustres asiriólogos, que los mismos pueblos aryas y semitas proviniesen de otro más antiguo, desconocido ó ignorado hasta ahora, y que se le ha designado con el nombre de *acadio*? Buscadlo, dicen estos sabios, en las llanuras de Sanaar y allí lo encontraréis con sus signos y caracteres cuneiformes, con sus ciencias rudimentarias, sus oficios mecánicos y sus artes y con sus emblemas religiosos, que se extienden á la raza *turania*. Buscadlo también en la Persia y en la Armenia; entre las tribus del Norte de Afay, en las vertientes del Cáucaso y en las mesetas del Tiber.

« Por su cultura, dice el R. P. Eduardo Llanas en su erudita Conferencia pronunciada en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced de Barcelona el 14 de abril de 1878, fué influida la primera cultura de los Brahmanes, y de su civilización sacaron los principios elementales los turanos de las regiones orientales. » Y un poco más adelante, añade el ilustre orador: « Los autóctones de las razas helénicas, los aborígenes de las razas latinas, no eran, en sentir de esos etnólogos, más que tribus turanas del pueblo *acadio*. »

En vano nos dirán que se conocen tribus, y aún regiones, donde se carece de toda ilustración — como aseguraba el R. P. García hace dos siglos — pueblos, dicen, que desconocen la idea de un *Ser* supremo, que no tienen religión ni culto, que les falta en su dialecto una palabra, un signo, un modo ó manera de manifestar y dar á conocer la simple noción de Dios. Pueblos, en fin, en los cuales no se descubre sentimiento alguno de pudor, de virtud ni de moralidad... Sea en buen hora, si con ello el materialismo y el positivismo científico prueban que no se conocen ideas innatas; que tal parecen ser sus tendencias y extraordinarios esfuerzos.

Acumúlense nombres, señálense localidades y regiones apenas conocidas, dénsese á luz pueblos ignorados con extrañas posiciones geográficas, cuyos exploradores describen casi siempre superficialmente; para nosotros, todo ello demostrará la carencia de verdaderos estudios, reiteradas observaciones y constantes experiencias, practicadas con fe científica y con un criterio exento de pasiones mezquinas y no concebido para un fin determinado. Así vemos que los habitantes de la isla de Kingsmil tienen, á su manera, cierta religión, que, tal vez, no se ha apreciado cual corresponde; que los hotentotes adoran á un dios bueno y otro malo; que los Karens son ateos; que unos celebran y divinizan á su rey, como los negros de Oucanyama y los cafres; que otros rinden culto á la libertad, y en todos se halla algo de religioso, que el orgullo é impaciencia del sabio no ha podido ó no ha querido apreciar. Los señores Livingstone y Alc. d'Orbigny han manifestado que la raza del Africa meridional reconoce la existencia de Dios y de la vida futura; que los americanos más salvajes, aquellos que viven en el fondo de los seculares bosques de las orillas del Amazonas, y los hombres que ocupan las islas de la Polinesia y las tribus de la Australia, todos admiten la creencia de un espíritu superior ó la de seres que se elevan sobre la tierra, y profesan inspiraciones religiosas que constituyen una verdadera teogonía.

Es innegable que en aquellas inteligencias latentes se descubre la idea santa y sublime de la DIVINIDAD. Respetamos, como el que más, la intención antropomórfica del señor Feuerbach, lo mismo que las excentricidades del señor Golbe, convencidos, como estamos, que su ateísmo pasará por nuestra generación sin resultado alguno, como han pasado tantos otros que recuerdan la historia con sentimiento y dolor. El hombre que no conoce á Dios, jamás alcanzará una educación sólida, ni una civilización estable y progresiva.

El ateísmo se ha proclamado por alguna escuela moderna, que, audaz é impotente, ha pretendido luchar contra Dios. El señor de Quatrefages en nuestros días ha dicho con elocuente lenguaje: « He buscado el ateísmo entre las razas humanas más inferiores y entre las más elevadas; pero no lo he hallado en parte alguna, sino individualmente ó en escuelas más ó menos restringidas, como se vió en Europa en el pasado siglo: el ateísmo no se encuentra sino *errático*. » (*L'Espèce humaine*, 1877).

La solución de este problema trascendental, entraña el porvenir de la humanidad, y Dios, en su poder infinito y sabiduría inagotable, ha dado leyes al Universo; leyes inmutables que ningún filósofo ni naturalista, cualquiera que sea la escuela á que pertenezcan, pueden alterar, modificar, suspender ni destruir.

« Si Dios no existiese, ha dicho el R. P. Cornoldi, la Religión cristiana sería



una superstición, una mentira, un atentado á la libertad moral, una tortura para el hombre que le obliga á sacrificar á menudo sus afecciones...» La existencia del hombre físico, prueba la existencia de Dios; y estamos en pleno derecho de decir con el filósofo cristiano: *Yo existo, luego Dios existe.*

En el Oriente se hallan, pues, los faros que han iluminado á la humanidad en las primeras etapas de su desarrollo moral é intelectual. Allí está la nueva cuna de las razas más antiguas de cuantas pueden reconocer y presentar los anales del linaje humano. Ellas fueron las civilizadoras de aquellas vetustas sociedades, que se irradiaron por la faz de la Tierra, para cumplir el precepto sagrado impuesto por Dios después del espantoso cataclismo, que nos recuerda la historia de todos los pueblos. Entonces el hombre contempló los grandes y sublimes cuadros de la divina creación, los sorprendentes y extraordinarios fenómenos que se realizaban en la naturaleza y comenzó á conocer las primeras leyes impuestas por la omnipotencia de un Señor increado sobre la materia bruta é inanimada. El espíritu humano abatido y anonadado entre la inmensidad de tan maravillosos portentos, dobló humilde la cerviz y postrado oró al pié del Tabernáculo.

El hombre en la infancia de la primera sociedad y siguiendo los impulsos de la naturaleza y de su actividad, debió ser pastor. Más tarde se dedicó á la caza y á la pesca, luego al cultivo de la tierra, y, por último, empuñó las herramientas del obrero. De la sombra de corpulento árbol, pasó á construir una choza, la cual cambió en casa, y andando los tiempos y correspondiendo á las exigencias de la familia y de esta tosca y rudimentaria civilización, tomaron origen las aldeas, los pueblos, las ciudades y hasta las nacionalidades, como nos enseña la Revelación Bíblica. Los tiempos prehistóricos de la humanidad sobre la Tierra, serán siempre un manantial inagotable de dudas y suposiciones gratuitas, cuando el sabio pretenda buscar sus datos y cronologías, separándose del Legislador hebreo.

En el lenguaje de las primeras sociedades humanas, dicen algunos sabios indianistas, se ha reconocido la palabra *Zeus*.

Esta palabra en sanscrito representa la idea de Dios *por excelencia*, en quien se reconocen todos los atributos del Señor supremo. De aquí hacen derivar el *Theos* de los griegos y el *Deus* de los latinos. Etimologías, en verdad, muy ingeniosas de ciertos eruditos, que en nuestro juicio pueden aceptarse sin escrúpulo.

Sin embargo, en el pueblo de Israel, dirigido por Moisés, la idea de Dios se manifiesta con la palabra hebrea *Jehováh*, y, por cierto, nos parece un poco aventurado hacer derivar el *Jehováh* de los hebreos, del *Zeus* sanscrito de los hindus; necesitándose para ello una interpretación forzada y la supresión de



Monjes salvados de las aguas del Kin por Teromthia, hija de Eusebio.





la última sílaba hebrea. Y todo ¿para qué? Para sostener que la civilización egipcia tuvo su origen en la India. No sin razón se han llamado á estas afirmaciones delirios indianistas del señor L. Jacolliot.

Y cosa notable y sorprendente, según la extravagante opinión de este orientalista, cuando dice que: «La revelación india, que proclama la formación lenta y gradual de los mundos, es, entre todas las revelaciones, la única que se halla en perfecta armonía con las ideas de la ciencia moderna.»

Según esto, los estudios realizados por infinidad de hombres ilustres, al través de repetidos siglos y generaciones, son nulos y de ningún valor, porque nada dicen á la humanidad actual; pues todo, *absolutamente todo*, como consignaba este profesor, se sabía en la primitiva India.

Nadie nos podrá negar que la moribunda hipótesis de la evolución y el transformismo ha tenido un defensor eficaz en el señor Jacolliot, que ha buscado su origen nada menos que en los Vedas. ¿Y qué dirá ahora este sabio, cuando haya visto que la tan decantada evolución es una quimera, ó una ilusión científica? ¿Cómo compaginará la ciencia evolutiva de los hindus y la formación gradual y lenta de los mundos, con los progresos que han demostrado tan gratuitas suposiciones?

¿Queréis daros razón cierta de la ninguna fe ni autoridad de algunos capítulos de los libros de los brahmanes, llamados Vedas? Escuchad lo que sobre ellos han dicho estos mismos sacerdotes de la India, y luego fijad vuestra opinión. «Los Vedas son anteriores á la creación, y fueron formados, como asegura el Sama-Veda, del alma de aquél que sólo existe por sí, y Brahma los reveló á los hombres...» Estas ligeras indicaciones serán más que suficientes para demostrar, cuan falsas y absurdas son muchas de estas concepciones que nos traen de tan lejanos países, refiriéndose á tiempos muy remotos, que con harta frecuencia se exajeran para deprimir lo que enseñan las santas verdades reveladas. El libro del señor Jacolliot ha sido calificado por el ilustrado P. Gual, de *novelas absurdas*.

Empero, en el estado actual de los descubrimientos etnográficos el pueblo acadio, que la filología comparada ha dado á conocer nuevamente entre las venerandas ruinas de Ninive y Babilonia, siendo anterior según respetables asiólogos y según tenemos indicado, á los aryas y á los semitas y perteneció á la raza turania, viene á destruir las fantásticas ilusiones de algún indianista visionario, que con el afán de deprimir á la Religión verdadera, no ha titubeado en consignar en su libro las extravagancias más inverosímiles y engañosas.

Si la representación de Dios, como creador omnipotente de todo cuanto existe, es, con efecto, una idea encarnada en el corazón del ser humano, que todos sin excepción de razas ni situaciones, aceptaron dentro de su razón,

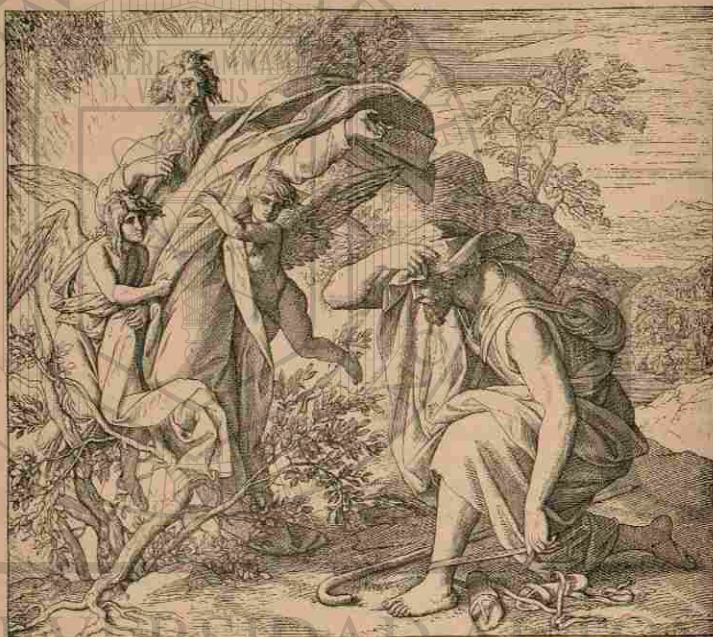
claro está que en ella va hermanada la Religión, la cual sirve para dar á conocer las creencias que formaron los dogmas de aquellas primeras civilizaciones, y con ellos unir á Dios con las criaturas. De manera que desde el instante que los hombres sintieron en sí la existencia de un Sér supremo, omnipotente, creador y ordenador, providencia viviente increada, nació la *Religión*; que muy bien pudo ofrecer algunas ligeras diferencias en sus interpretaciones dogmáticas, aun cuando todas tendían á un mismo objeto y determinado fin. En vano se buscarán distinciones esenciales entre aquellas primeras creencias, porque el fundamento de todas ellas era dar á conocer de una manera ostensible, todo cuanto constituía su religiosidad, encargando á especiales personas la sagrada misión de manifestar á Dios los sentimientos de sus corazones. La Religión fué desde su principio el elemento civilizador que la Omnipotencia divina dió al linaje humano, que unida en lazo estrecho con el estudio é interpretación de los fenómenos naturales, vinieron á constituir los primeros destellos de aquellas vetustas teogonías.

Empero, Dios había elegido á Moisés entre los hijos de Israel para dar comienzo á la ley escrita. Le reveló sus mandamientos, leyes, preceptos, arcanos y juicios, para que instruyese á los hijos de Jacob, declarándole caudillo de aquel pueblo escogido, que debía sacar de la esclavitud. Toda vez que la ley natural había terminado, y con el Profeta hebreo comenzaba la *Ley escrita*, los cinco primeros libros que se designan con el nombre de *Pentateuco*, son probablemente los más antiguos que conoce la humanidad. Ellos sirven de base y fundamento á la Religión cristiana, que es la única verdadera, revelada por Dios y difundida por Jesucristo su Hijo unigénito.

Moisés al nacer debía ser asesinado, cumpliendo los mandatos de Faraón. La instalación de los hebreos en las llanuras de Gessen infundía serios temores, porque la familia de Jacob, poco numerosa en su principio, se había multiplicado extraordinariamente, y sus usos, costumbres y religión, sencillas y patriarcales, presentaban notable contraste con la opulencia y magnificencia que gozaban los egipcios y la grandiosa faustuosidad de la corte de los Faraones.

Bien comprendía el pueblo de Israel su posición precaria y azarosa, en medio de tanta corrupción y grandeza, y por ello, se apresuró á suplicar al Monarca el permiso para abandonar aquella comarca. Empero, si como político quería disminuir la preponderancia de los hebreos, ya diseminándolos por los pueblos, ya cargándolos de trabajos y exacciones, obligándoles á faenas groseras y hasta humillantes, veía que, económicamente considerado, representaban una masa de riqueza material y de fuerza disponible, cuyos productos para el Tesoro real equivalían á la quinta parte de todas las rentas del Estado.

Y entre los repetidos mandatos, por cierto todos contraproducentes, si bien denigrativos y afrentosos para aquel pueblo laborioso, se dió orden terminante de matar á todos los hijos varones que nacieran de mujeres hebreas. Y como no pudiese conseguir su bárbaro propósito, ordenó arrojar al Nilo á estos infantes recién nacidos. Tres meses burló la cuidadosa madre las pesquisas, y como ya no le fuese posible ocultarlo, colocó en una cesta de mimbre al niño pre-



Dios manda á Moisés sacar de Egipto á los hijos de Israel.

parada, dejándole á merced de la corriente, en la hora del baño de la Princesa. Dios salvó al tierno infante, consoló á la madre y tocó el corazón de la hija del Monarca, para que tomase bajo su amparo al niño destinado á cambiar la faz del Egipto, que reunía en su seno una civilización potente y esplendorosa. Moisés debía al fin rescatar á su pueblo de la esclavitud.

La revelación á Moisés es en la historia de los antiguos pueblos el acontecimiento más elevado, sublime y trascendental que conoce el humano linaje;

porque á la vez fundó un culto y una nacionalidad. Las sociedades tanto política como religiosa del pueblo hebreo se debe á la revelación hecha á Moisés por una inteligencia celeste, sin la cual el organismo de los pueblos era imposible. Los seres humanos que viven bajo la influencia del clima y de los productos locales, no constituyen más que hordas semisalvajes sin lazo alguno de sociabilidad.

En la Religión revelada, el sentimiento y la fe se encuentran separadas de toda filosofía racionalista, que muchas veces con sus sutilezas y cavilosasidades,



Confucio.

con sus hipótesis y suposiciones, ha pretendido absorberla dentro de los preceptos de la razón. ¿Ni cómo sería posible subordinar un sentimiento íntimo, una inspiración sobrenatural á la severa lógica del raciocinio? ¿Cómo sujetar á la apasionada discusión, á la crítica imparcial y justa, ni al concienzudo análisis, todo aquello que está contenido en la fe y creencia religiosa del hombre, que lo ha aceptado sin condiciones, que lo venera y acata fuera de toda restricción, porque es el resultado inmediato de aquella misma fe y creencia divinas, alimentadas sin cesar por la llama santa de Dios? El alma racional,



ha dicho el barón A. de Humboldt, por un sentimiento de sí misma, marcha hacia la Divinidad por el espectáculo de las fuerzas naturales, y por ciertos objetos del mundo externo.

La antigüedad, según los señores Niebuhr, Savigny y otros sabios, sólo puede apreciarse por sus reliquias y por las tradiciones. En vano buscaríamos una relación íntima, un lazo indisoluble, una unión fraternal entre las teogonías de la India, la Persia, la China ó el Egipto, y la falsa filosofía. La relación entre Dios y los seres y cuanto existe de contingente, se ofrece siempre en sentido personal, está concentrado al individuo y pasa de lo *único* á lo múltiple. No puede generalizarse, ni mucho menos buscar la armonía en el conjunto de reglas abstractas, enlazadas por un pensamiento que se eleva sobre el mundo de las ideas, y elaborado en la fantástica imaginación que las concibe. Por esto me atrevo á asegurar, que tanto Dupuis como Crenzes y otros hombres ilustres, que han comparado las antiguas teogonías con la astronomía y leyendas calendarias, sólo han probado la influencia del materialismo dominando las inteligencias más privilegiadas que brillaron con esplendor siniestro en la segunda mitad del pasado siglo.

La India con sus primitivos brahmanes, con sus castas que adoraban á Dios, y con el pueblo que, al fin y al cabo, concluyó por abrazar el fetiquismo, el cual representaba el politeísmo en su origen, se dividió en muchas sectas. La de Buddha predicaba una doctrina antagonista á la primitiva de Brahma; hizo muchos prosélitos y se extendió entre los chinos. Los persas y los medas aceptaron las concepciones de Zoroastro, que parece vivió en tiempo de Darío I, y degeneraron después en un despreciable materialismo. El mazdeísmo buscó sus dogmas en el Zend-Avesta (Zérdurt), ó, tal vez, ambos conocieron los libros del Historiador hebreo. Por más esfuerzos que hagan ciertos sabios contemporáneos, resucitando pasados argumentos, los libros mosaicos son, á nuestro juicio, el punto de partida para conocer la historia de la humanidad. Los fragmentos de un poema caldeo, escrito en caracteres cuneiformes sobre ladrillos de tierra cocida, descubiertos por el señor Jorge Smith, han venido á dar mayor fuerza á la tradición hebraica.

Sin duda alguna los fragmentos de este poema caldeo son contemporáneos al relato de Moisés, y sirven para patentizar más y más la relación del pueblo judío. Ante este descubrimiento, ¿cómo armonizar aquella antigüedad fabulosa que establece el sabio orientalista, señor Halled, para los Sastras y el Maha-Barada, cuya traducción ha influido poderosamente á desvirtuar este relato tradicional? La hipótesis de la evolución y el transformismo necesitaba tiempo, mucho tiempo, y este profesor se lo proporciona fundándose en el libro de los brahmanes (?) que se escribió, según dice, hace más de cuatro mil años y en el cual se

remonta la historia de la humanidad á muchos miles de siglos. ¿Para qué se necesitan ya estas sumas fabulosas de millones de años, si hoy la ciencia experimental ha demostrado que la *especie* es fija é indestructible y la evolución y el transformismo un mito?

Oigamos lo que nos dice el señor M. N. Bouillet en su importante *Diccionario universal de Historia y Geografía*, edición de 1864, en su artículo sobre los

«*Vedas*, libros sagrados de los hindus, escritos en lengua sanscrita, en número de cuatro. El primero el *Reg*, que contiene las oraciones y los himnos, escrito en verso; el segundo el *Yadjour*, donde están las oraciones en prosa; el tercero el *Sama*, cuyas oraciones son para el canto, y el cuarto el *Atharvan*, compuesto sobre todo de fórmulas de consagración, expiación é imprecación. (Algunos sólo ven en esta cuarta parte un suplemento muy posterior á las tres primeras). Sobre los Vedas se han hecho muchos comentarios, los *Puranas* y los *Sutras* gozan de autoridad casi sagrada; se ha sacado también de los Vedas un sistema de filosofía ortodoxa, la filosofía Vedanta. Tanto la edad como la doctrina de los Vedas, es muy distinta. Pasan (los tres primeros sobretudo) por haber sido inspirados por Brahma; las leyendas indias atribuyen su publicación á Vyasa, que los recogió y compiló hacia el siglo xv, a. de J. C. En el siglo xvii, de nuestra era, se hizo una traducción persa, por orden de un hermano de Aurengzeyb, que luego se vertió al latín. Anquetil de Perron ha publicado el texto persa con el título de *Oupuekhat*. Hemos tenido durante mucho tiempo en lengua europea algunos extractos de los Vedas: una edición completa de estos libros, traducción alemana, se publicó en Berlín por Rosen y Max. Müller, 1841 y siguiente. El *Reg-Veda* fué traducido al francés, por Langlois, 1848 á 51, y en inglés, por Wilson, 1850. Somos deudores al señor Barthelemy Saint-Hilaire de una erudita disertación, intitulada: *De los Vedas*, 1834.»

Después de este sencillo relato, no creemos que los Vedas merezcan la prioridad que se les ha atribuido por ciertos entusiastas indianistas.

La impiedad y el ateísmo han sido en todas las épocas y en todos los tiempos un germen disolvente, que la fe religiosa sostenida por la ciencia, ha procurado disipar. Si en aquellos remotos pueblos la religión por su falso origen, no era suficiente para demostrar la verdad absoluta, si las castas tenían aprisionados á los hombres, y entre ellos abrigaban odios concentrados de destrucción y muerte, por fortuna el sentimiento cristiano nos enseñó, hace muy cerca de diez y nueve siglos, la *verdad única y absoluta*, dió á conocer la idea innata, la primera palabra que el hombre invoca, el consuelo en sus adversidades y el áncora salvadora en ese mar proceloso en que se agita por un espacio de tiempo limitado... ¡Dios! es la unidad eterna, representación de lo



grande, de lo infinito, de lo bueno, de lo justo; es la reprobación del mal, la guía de la virtud y el principio de la sabiduría. Sin este principio de la fe divina, sin esta creencia que proclama el Cristianismo, el hombre pierde su dignidad, y abandona la mayor de las prerogativas que le concediera el Autor de todo lo creado. La fe cristiana es la virtud divina, á la cual no se opone la verdad de la razón; como nacida de la verdad infalible, se eleva á grandes concepciones, y, como dice la Escritura en su sublime metáfora, puede *trasladar los montes de un punto á otro, como si fueran un grano de mostaza.*

Conocer en lo íntimo de nuestra conciencia y persuadirse en el fondo de nuestra alma racional, que la existencia de Dios es una verdad incontrovertible y fundamental, constituye, en sentir de los sabios y profundos teólogos católicos, uno de los preámbulos de la Fe. El mayor atributo de Dios es la incomprendibilidad; aquí está su grandeza, su pureza, su eficiencia y su eternidad. Dios como esencia sublime, infinita, maravillosa é inmensa no puede definirse. Él se llamó á sí propio *En que es*, según la versión de los Setenta.

Empero, dirigiendo ahora nuestra atención á la filosofía, vemos que todo sistema filosófico trata de representar en el orden intelectual á la ciencia en su parte más delicada y sublime, sujeto á reglas y principios que la reflexión y el examen van perfeccionando por medio del estudio y del buen sentido. La filosofía, en verdad, es el amor á la sabiduría. La certeza tan natural en el hombre, precede siempre en la historia á todos los sistemas filosóficos, y es independiente de las opiniones que sustentan las distintas escuelas y sectas. Por esta razón, no debemos confundir las doctrinas religiosas que el hombre, elevándose á las inspiraciones divinas, puras y espirituales, acepta en su conciencia, con un sistema de poesía, ó una teoría ó hipótesis abstracta, ni mucho menos con ninguna de las cuestiones fundamentales que agitan y han conmovido á la humanidad en el campo de la filosofía. Las limpidas emanaciones de la fe religiosa y de la Divina Revelación, son las fuentes sagradas que nos dan á conocer la primera edad del linaje humano y su progresivo desarrollo.

En los sistemas filosóficos se presupone un fondo de conocimientos adquiridos por la meditación y el estudio, los cuales representan cierto desarrollo intelectual completamente distinto de la inspiración y de la luminosa revelación. La infancia de los primitivos pueblos ofrece irrecusables pruebas que así lo testifican, y la razón viene en apoyo de esta verdad incontestable. Dígase lo que se quiera, la historia antigua, en los primeros desarrollos del reino homínido, será siempre un enigma y presentará oscuros horizontes, sobre todo, á aquellos sabios superficiales que desdeñan la tradición hebraica. En sus especulaciones se engolfarán en lamentables extravíos, que lejos de aclarar y resolver las dudas, despertarán gran entusiasmo entre los espíritus ligeros, el

indiferentismo en los más ilustrados y el desdén en aquellos que, por un estudio reflexivo, han sabido cimentar sus creencias y convicciones religiosas sobre sólidos fundamentos.

«Si estamos firmemente convencidos, ha dicho el Eminentísimo señor Cardenal Wiseman, de que Dios es el autor de nuestra Religión y de toda la naturaleza, debemos tener la íntima persuasión de que, comparando sus obras en estos dos órdenes de cosas, deben ser necesariamente uniformes los resultados.» La ciencia y la Religión, decía el señor Thonissen, en virtud de sus afinidades, vendrán algún día á juntarse con lazo indisoluble.

La Religión cristiana, como única verdadera, tiene sus misterios que la divinizan. Quitadle estos sublimes misterios y tendréis un sistema filosófico más ó menos armonioso ó acabado; pero sujeto á las variables opiniones de los hombres. La Religión cristiana no está bajo la dependencia de ningún razonamiento, sino que sus dogmas han de creerse como artículos de fe que no deben discutirse. Se nos dirá que la fe religiosa es tan confiada, como sencilla; que supone ha de ser creída por su propia verdad y por la legitimidad de sus testimonios, y que no disputa sino cuando se la quiere arrojar de sus propios términos. No, no; la razón no alcanza á descifrar los arcanos misteriosos de la fe cristiana, que escapan siempre de la sutileza y perspicacia de los sabios; la razón se extravía y muchas veces se precipita en el abismo del error; sólo la fe divina la ilustra y la salva. La fe eleva al hombre á lo sublime, al heroísmo, á la santidad. Ella da tranquilidad á nuestra conciencia, paz al corazón y certeza y satisfacción á el alma racional. La fe cristiana emana directamente de Dios. La virtud y el temor á Dios, que provienen de la fe, no reconocen origen, raza ni jerarquía.

La Religión revelada por su esencia divina, permanece incólume en medio de los ataques de la filosofía materialista y positivista; sigue pura é inmaculada y no envejece ni muere por los adelantos y descubrimientos de las ciencias exactas, físicas y naturales. Por el contrario, cada uno de estos descubrimientos es un nuevo don del Altísimo, que nos enseña el íntimo consorcio que existe entre ambas.

El Asia fué, pues, el origen de las instituciones humanas. El Oriente envuelto en tupido velo, ha transmitido entre la confusión y la duda los primeros rudimentos de la civilización. Todo cuanto pertenece á los primitivos tiempos históricos ha venido del Oriente. Allí han encontrado los sabios la cuna del linaje humano. La venerable y santa tradición, la astronomía, la filosofía y hasta la geología, son orientales. La literatura de los primeros siglos de la humanidad postdiluviana, será siempre un caos, si se busca antes de las olimpiadas. La raza turania reconoce á los acadios por ascendientes, y de ellos provienen



los semitas y asirios, pobladores del Asia, donde introdujeron su idioma y su civilización. En las llanuras de Sanaar ostentaron su poderío, que se vió avasallado por Nemrod, hijo de Chus y nieto de Cam. Estas razas primitivas se repartieron la Tierra al comenzar los tiempos históricos. Así en la India como en la Persia y la Media, en la Fenicia como en la Caldea, en la China y en el Egipto, sus teogonías y cosmogonías, despojadas de todo principio filosófico y de toda escuela racional y positiva, establecen sus creencias sobre la tradición histórica, que debemos buscar en los libros sagrados. «La historia, dijo Cicerón, es el testigo de los tiempos, la lumbrera de la verdad y el oráculo de la antigüedad: la historia es el gran libro de la vida.» «En la civilización oriental la divinidad se materializa, y la materia recibe su apoteosis. El alma se halla en reposo, las instituciones en perfecto quietismo y el éxtasis se le considera como el estado natural del espíritu: Dios es todo, el hombre nada.» (Donoso Cortés).

Empero, cuando nuestro estudio se fija en el pueblo hebreo, descubrimos la unidad de sentimiento representada en sus venerandos códices, que son el depósito sagrado de las promesas de Dios y de las tradiciones humanas. Depósito fiel de las verdades divinas, reveladas á sus padres, que atraviesa la inmensidad de los siglos y generaciones, sosteniendo su tradición santa, sus libros sagrados y sus creencias imperecederas. Pueblo que vencedor ó vencido, dominador ó esclavo, en el apogeo de sus glorias ó en la humillación de sus adversidades, jamás se contradice y nunca abandona aquel sagrado tesoro que conserva aún á costa de su sangre.

La doctrina de los israelitas dictada por Dios á Moisés, es el fundamento de toda verdad histórica, y sus anales son los verdaderamente ciertos y seguros. No hay lagunas en esta historia, respetada y consultada hasta por sus mismos enemigos y detractores. En sus preceptos no se observa regla alguna, están fuera de las leyes de la filosofía, nada hay en ellos que señale ni indique el método y el rigorismo científico; sino que se consignan como verdades axiomáticas, que no tienen trabazón ni enlace. El pueblo hebreo supo conservar su pasado para ilustrar el porvenir, sus libros han servido á la humanidad de resplandeciente faro, y de guía al historiador para conocer el origen del mundo que habitamos y el primer desenvolvimiento de la vida orgánica y del reino hominal. Las imposturas de Manethon en aquellas remotas épocas, y las ilusiones fantásticas de Le Sueur, Mariette y otros eruditos de los tiempos modernos, han servido, no obstante, para aclarar los horizontes de un pueblo, cuya civilización alcanzó gran desarrollo. La cosmogonía de Moisés es el eco fiel de los progresos de la ciencia. ¡Dichoso aquel á quien el Omnipotente ha concedido el don de la sabiduría para interpretar las tradiciones bíblicas, consignadas en los santos libros de Moisés!

La primera civilización al pasar de la India á la Persia, rompió la unidad de Dios y entonces nacieron dos principios antagonistas, que en porfiada lucha vienen agitando al mundo y ponen en desacuerdo todas las inteligencias. El fenicio Sanchoniathon, contemporáneo de Moisés, escribió la historia antes de la guerra de Troya y era descendiente de la raza de Cam. Los Vedas ó himnos sagrados de los indios que, según ellos, son los más antiguos que se conocen, datan á lo sumo de 2,500 años antes de Jesucristo; sus tendencias conducen al panteísmo. Los medas, y aun los persas, pretenden que sus escritos tengan carácter especulativo, porque á la vez dan á conocer su religión y su cosmogonía, bajo el punto de vista filosófico. El Zend-Avesta, cuya mayor parte se atribuye á Zoroastro, fundador del mazdeísmo, sin duda se inspiró en el Génesis. Esta misma opinión sostiene el Excmo. é Ilmo. señor Arzobispo de Sevilla, P. Zeferino Gonzalez, en su *Historia de la Filosofía*. Entre los chinos, cuyas creencias y costumbres ofrecen tantas analogías y puntos de contacto, Fou-chi ó Fo-Hi, fué uno de sus primeros sabios y quizá el fundador del Celeste Imperio, y Confucio, uno de los propagadores de la ciencia oriental, donde los doctos y los filósofos han saboreado las primicias de los humanos conocimientos.

Los galos y los germanos habían reunido sus observaciones astronómicas, y tenían su religión y su cosmogonía. Empero, en las investigaciones etnográficas y lingüísticas hechas en Siria, se han descubierto reyes desconocidos, estudios astronómicos y preceptos de sus teogonías de anteriores épocas y que yacían del todo olvidados.

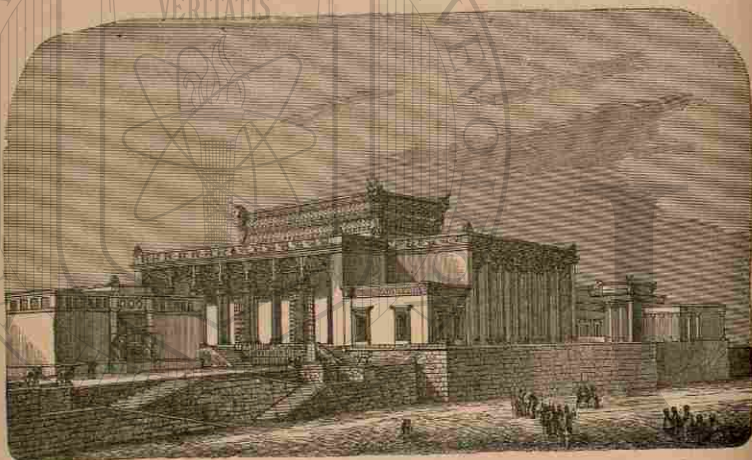
La sencillez en las costumbres y la frugalidad de aquellos hombres, se pierde con sus patriarcas y sus reyes; la soberbia nubla aquellas inteligencias, y el engreimiento y la vanidad suplen á la aplicación y al trabajo. El orgullo se refleja en la maravillosa Babilonia, la deslumbradora Persépolis y la brillante Nínive, que presentan al hombre estudioso, grandes y esplendorosos monumentos, donde la ostentación, la riqueza y la opulencia alcanzaron á lo fabuloso.

El Egipto patria de los jeroglíficos y cuna de los misterios, grave y floreciente durante el mando de Sesostris, contaba algunos siglos de existencia con sus reyes, su religión y sus artes; el monarca pudo elevarse majestuoso á su mayor apogeo, sostenido con sus leyes y virtudes. Un sentimiento de rivalidad fermenta en su pecho, las pasiones se desbordán, la sabiduría y la templanza se oscurecen, y todos con loco frenesi se aprestan al combate. El gran Sesostris extiende sus dominios por Asia y por las márgenes del Ganges; empero, la Persia de Ciro y Cambises se levanta imponente y avasalladora sobre sus rivales, y pretende llevar su civilización por todo el mundo conocido.



El Oriente se desencadena por la haz de la tierra, y se constituye en civilizador universal.

¡Ah! Los pueblos tienen también sus épocas de progreso y decadencia. Aquel Oriente tan pujante, se ha convertido en el país de las ruínas y de los sepulcros. Los emblemas misteriosos, los complicados jeroglíficos sólo nos recuerdan la historia de pueblos y naciones que ya no existen. ¿Qué se hizo de Babilonia y de Ninive? ¿Dónde están los dorados palacios de Persépolis? ¿Son éstas, por ventura, las ruínas desconsoladoras de aquella opulenta Pal-



Ninive.

mira? ¿Qué esqueletos, qué restos, qué cenizas, qué vestigios, aquí y allá abandonados, nos recuerdan que existió Menfis, Tanis, Tebas, Zoan ó Pelusio?... Aquella deslumbradora opulencia de los caldeos y los hyksós, quedó, al fin, aniquilada y destruida; los mandatos de Dios, anunciados por el profeta Isaías, se vieron cumplidos; los palacios, los templos, los jardines, los acueductos,.... todas las maravillas de la inteligencia, del arte, del genio y de la inspiración de los asirios y egipcios, vinieron á servir de guarida á las fieras y de nido á inmundos animales y repugnantes reptiles; hoy son la admiración de los viajeros. ¿Dónde está, pues, ese progreso indefinido?

La Grecia abandonó la vida azarosa é incierta, para constituirse indepen-

diente, conservando su individual autonomía. Los helenos, raza tal vez aryana ó pelásgica, ocuparon la Tesalia, y sus descendientes se propagaron por la parte occidental, personificando las cuatro razas principales que se distinguieron por sus especiales dialectos. El origen de los griegos, á pesar de ser muy moderno, está lleno de nebulosidades, comparado con el del Egipto, la India y la China.

Tribus salidas del Egipto invadieron el país helénico, modificaron las cos-



Templo de Hamses.

tumbres é introdujeron nuevas artes, nuevas fiestas y leyes también nuevas. La agricultura, las ciencias y hasta las inspiraciones religiosas tomaron carta de naturaleza, y comenzó una civilización que representa en la historia la evolución político-social y la cuna de la civilización europea.

El valor y pericia de los griegos en el arte de la guerra, fué superior al de los persas, su actividad aventajó á los fenicios y sus inspiraciones á los hijos del Indostán. Y si en los monumentos griegos no admiramos las gigantescas



moles y las pesadas columnas de la India ó el Egipto, en cambio se ve desarrollado con toda su gracia y esbeltez el sentimiento estético. La civilización griega había dado un paso avanzado sobre la que ostentaban los pueblos más antiguos. Ella nos enseña que la inteligencia es una actividad del hombre, que le conduce á buscar lo bello de la forma, tanto en las ciencias como en las artes liberales.

Los Senados aristocráticos ó anfictionias, se reunían en el templo de Delfos ó en las Termópilas, y adquirieron un poder omnimodo; la sabiduría se condensó en el templo de Esculapio, se consolidó la nacionalidad conservando cada raza su independencia, y la expedición de los argonautas, el sitio de Tebas, las luchas fratricidas de que fueron teatro los palacios de Argos y Micenas, hasta la famosa guerra de Troya, fueron cantados por una pléyade de poetas ilustres anteriores á Hesíodo y Homero.

¡Homero! ¡Gloria tradicional que supo cantar la edad épica de la Grecia! La *Iliada* y la *Odisea*, son la síntesis de la fe y del pensamiento. Guerrera y batalladora la primera, el entusiasmo y el interés se hallan sostenidos por la sencillez del asunto. Moral y reflexiva la segunda, predomina en ella la prudencia y la astucia; pero ambos poemas deben considerarse como depósitos sagrados de los fastos nacionales. La historia de Grecia nos presenta en la primera época, ó sea en su infancia, el sentimiento poético en todo su desarrollo é intensidad; y estos poemas han servido de fuente de ilustración á muchos de nuestros escritores contemporáneos. ¿Admitiremos nosotros, como muchos sabios alemanes, que las obras de Homero, y la *Iliada* en particular, son un eco débil del Ramayana de los hindus? Parece que las concepciones del poeta griego, dicen, son una serie de rapsodias conservadas por la tradición y arregladas en tiempo de Pericles.

La inspiración religiosa sobresale en las concepciones del genio griego, bajo la salvaguardia de las tradiciones mitológicas. Hesíodo, en su *Teogonía*, cantó que el caos y el amor son los principios de toda existencia bien ordenada; es decir, el origen de la doctrina que separa la materia creada del ente creador. El mismo Homero llamó después al Oceano y á Tetis, padres de los dioses y de los hombres. Esto nos recuerda su origen jónico, así como aquél nos dice que su cuna se meció entre los dóricos. Atenas y Esparta, siempre rivales y enemigas irreconciliables. Los atenienses creían que habían nacido de la tierra. Creencia muy generalizada en aquellas antiguas sociedades, que las condujo á celebrar su autochthomia.

La mitología griega tuvo su origen en Asia; pero el genio asimilador de los griegos cambió bien pronto su forma, dando á conocer sus facultades inteligentes y sus rápidos progresos en todas las artes. Por esta razón, el crítico

encuentra una diferencia marcada entre las formas grotescas de la India y la elevación estética de Grecia. En el Oriente, el culto de la divinidad se presentaba con símbolos extravagantes, sacados los más del reino animal; y estas monstruosidades, al abandonar su propio país, vinieron á encarnarse en la majestad de la figura humana y en el espíritu plástico de la poesía griega. Sin embargo, en la primera época se observa todavía la rudeza egipcia, y Dionisio de Argos fué reemplazado por Phidias, que introdujo en el arte, sentimiento y majestad; en la época tercera, representada por Leucipo y Praxiteles, se nota aquella belleza y esbeltez que tanto admiramos en el día.

El politeísmo griego, verdadero antropopatismo, no podía satisfacer al sentimiento y á la razón, y cada vez se alejaba más y más de la inspiración religiosa; este indiferentismo engendraba la duda y se divorciaba de la moral. El culto secreto, consagrado á la meditación y al estudio reflexivo, ejercía en las conciencias una influencia fascinadora y tenía un poder ilimitado sobre el destino y la vida individual de todos los hombres; de suerte, que mientras el culto público impulsaba el arte, le acariciaba en todas sus concepciones y se entrañaba en él, el culto secreto se concentraba en el estudio, que bien pudo llamarse *filosófico*, aun cuando no tuviese este nombre. De aquí tomaron nacimiento las instituciones religiosas reservadas y secretas, que fueron la fuente primera de aquellos rudimentos que más tarde sirvieron de cimiento á la filosofía. De manera, que si las teocracias y las castas habían dominado en el Oriente, entre los griegos perdieron una buena parte de su influencia y prestigio sacerdotal, conservando solamente una organización que recordaba las de la India, la Persia ó el Egipto.

Los históricos adquirieron un misticismo perjudicial y repugnante, que bien pronto se halló en abierta oposición con las nuevas formas religiosas; y los misterios de Samotrace y Eleusis, últimos restos del culto pelágico, degeneraron en ocultas orgías y secretas bacanales. Es que aquella religión, basada en falsas creencias y principios contingentes, envejeció rápidamente para morir entre las ficciones de sus falsos dioses y los extravíos de sus oráculos y sacerdotes. Falta de unidad, siendo el sacerdocio una dignidad electiva, carecía de los vínculos que concentran la acción, y sólo las fiestas y los juegos públicos constituían un centro social, bajo distintos y variados nombres. La antigüedad pagana tampoco había vislumbrado el sublime pensamiento de la unidad peculiar al linaje humano, y sólo la ley de la fuerza era la que aproximaba y unía á los hombres. Todas aquellas razas fueron crueles y sanguinarias, y los sacrificios humanos servían para aplacar la cólera de los dioses del Olimpo.

La Grecia alcanzaba su virilidad. La era de los legisladores preponderaba con todo su poderío, y ejercía su imperio de un modo absoluto. Tradiciones



teológicas basadas en una religión falsa, promesas y adivinaciones siempre absurdas y conceptos adaptables a diversas situaciones, olímpos repugnantes donde se hacía alarde de inmoralidad, todo se vió destruido cuando la ciencia filosófica comenzó a desarrollarse, buscando en la naturaleza, interpretada a su placer, pruebas más tangibles para derribar aquellas utopías.

A la fundación de Bizancio, 638 años antes de Jesucristo, principia la era de los filósofos griegos. La poesía se constituye sobre las sentencias de los siete sabios. Tales de Mileto, que había recorrido el Egipto, sistematiza el espíritu de reflexión, para que pueda adquirir un verdadero desenvolvimiento filosófico. La filosofía y la historia encuentran en las teogonias, tanto religiosa como poética, sus fuentes naturales; la mística cede el campo a la ciencia de la naturaleza, cuyos primeros destellos se reflejan en los escritos de Eferecide. La era de los filósofos vino a terminar con la batalla de Queronea.

Empero, la filosofía, apenas salida de la cuna, se vió aprisionada por el espíritu de disensión. Los unos, continuando en la poesía lírica, elevaron el alma a las regiones empíreas, fundaron el método racional y crearon una aristocracia sublime y vaporosa. Los otros conocieron también el poema épico, se consagraron a la observación de los hechos y fueron el origen de una democracia ambiciosa, la cual partió del sentimiento íntimo y rindió a la materia un culto absoluto y real.

De aquí nacieron dos sistemas opuestos, que ambos pretendieron buscar la *verdad*. Eran dos escuelas antagonistas y contradictorias que se constituyeron en sabios Mentores, y de ellas emanaron otras varias sectas, las cuales, partiendo de un mismo centro, la *naturaleza*, siguieron cada una en sus investigaciones diferente rumbo.

He aquí como explicamos el descrédito de los vaticinios, las hechicerías y los encantamientos, el indiferentismo de Atenas y las exageradas supersticiones de los falsos sacerdotes.

De aquellos dos sistemas, nacieron las dos escuelas con tendencias opuestas: eran la representación genuina de añejas rivalidades. La *escuela dinámica*, el naturalismo jónico, y la *escuela mecánica*, el idealismo itálico. Tales de Mileto, quizá uno de los primeros sabios de Grecia a quien se pudo distinguir con el título de filósofo, decía que «Dios era lo más grande de todo cuanto existía, porque era increado... El mundo, añadía, es lo más bello que puede concebirse, porque es obra de Dios... Este Dios es una cosa sin principio ni fin.» Sin embargo, Tales fué el primer dinámico, y su discípulo Anaximandro sostuvo la mecánica; Anaxímenes entroniza de nuevo la física dinámica y sus discípulos, Anaxágoras y Diógenes de Apolonia, el primero es mecánico y el segundo dinámico.

Digno es de dejar aquí consignado, que 600 años antes de la venida del Redentor del mundo, Tales de Mileto conocía la redondez de la tierra, que, tal vez, aprendiera en el Bhágavata Purána de los indios. También dió a conocer la oblicuidad de la eclíptica, y Anaximandro, la esfera armilar, los cuadrantes solares y el gnomón... Esparta y Atenas, siempre en lucha incesante; Demóstenes, con su elocuencia, veía con placer las desgracias que afligian a su



Homero.

rival, y alentaba el entusiasmo de los guerreros contra Filipo; la pérdida de la batalla de Queronea aumentó la malquerencia y los amortiguados rencores.

La escuela jónica empleaba el método inductivo; buscó en la naturaleza un ser creador, y destruyó, quizá sin advertirlo, la multiplicidad de los dioses de Homero, contra la conciencia y el sentimiento encarnado en el pueblo. Esta escuela aceptó por principio fundamental, *que nada ha sido engendrado de la nada; lo que no existe, no puede recibir la existencia por ninguna causa*



posible, con cuyas proposiciones vino á establecerse el materialismo filosófico, y, tal vez, en ella está el origen de la escuela darwinista de nuestros días.

Anaximenes conocía ya la forma gaseosa, y Anaxágoras, al rechazar como principios naturales el agua, el aire, el fuego y el infinito, presentó la idea de la heterogeneidad de la materia, la de las moléculas, y se elevó á una inteligencia reguladora, con la cual explicó el mundo con sus diferentes evoluciones.

Mas si la escuela jónica creyó encontrar el origen del mundo en el agua y en el espíritu motor; si los dogmas y opiniones sagradas fueron sustituidos por la reflexión y el estudio, discutiendo las proposiciones dentro la conciencia individual; si las sectas que de aquella escuela tomaron nacimiento, proclamaron el fuego y el aire ó la lucha entre los cuatro elementos, para que sus creencias adquiriesen un carácter científico; no fallaron, en verdad, otros pensadores de la escuela itálica, más meditados y escrupulosos, que notaron el error, y elevándose á la región sublime de las ideas, establecieron como creencia fundamental y dogmática, *que existía un principio increado superior á las sensaciones y á los fenómenos.*

La filosofía idealista se levantó majestuosa entre las colonias griegas, y siguiendo las teorías teológicas y metafísicas del Oriente, buscó en el principio universal y en la deducción, el punto de partida de sus creencias especulativas.

Pitágoras aparece sobre la arena filosófica como un poderoso atleta; establece en Crotona su escuela y aspira á perfeccionar el sentimiento religioso, la moral y la política. Filósofo, legislador y profeta, pretendió que sus discípulos, auxiliados de las legislaciones de Zelenus y Charondas, recogiesen con abundancia los ópimos frutos de sus estudios y meditaciones sobre el ya cultivado campo de la poesía y de la elocuencia. La escuela médica de Crotona contribuyó eficazmente á los adelantos de los pitagóricos.

El nuevo reformador quiso establecer los cimientos de una sociedad nueva, y para ello consideró á la naturaleza como el emblema de un ideal invisible, que se revelaba en el alma por medio de fenómenos tangibles, bajo el dominio de los sentidos. La idea universal y la unidad absoluta, fueron para el filósofo innovador, el punto de partida de donde salió la idea sobre la limitación de lo imperfecto y la dualidad de lo definido. La ciencia verdadera se halla, pues, en el Ser inmutable, el sentimiento es el origen de los deseos y la inteligencia la emanación del alma inmortal, la cual sirve para regularizar los pensamientos y las acciones. Pitágoras se presenta ante la posteridad como el punto medio entre el Oriente y el Occidente, como un místico conciliador entre los misterios y los mitos de los sacerdotes y la oscuridad simbólica de la aristo-

cracia dórica. Parecía que la filosofía de los brahmanes se había reproducido bajo el poderoso influjo de tan ilustre como desgraciado maestro.

Las dos esencias increadas y eternas, según este filósofo, esto es, el *espíritu* y la *materia*, sirvieron para explicar todos los fenómenos de la sensibilidad, de la inteligencia y del sentimiento; y tomando por base la tradición del reino humano, buscó en la palabra y en la historia la idea primera de Dios.

Esta escuela aceptó también la redondez de la tierra y del sol, la oblicuidad de la eclíptica, la existencia de los antipodas y supo apreciar las causas de los eclipses de luna y de sol; admitía que el sol está colocado en el centro del Universo, alma cósmica, de la cual participa toda la creación. Pitágoras, si bien conoció muchos problemas de geometría, se valió de la aritmética para sus cálculos.

Desgraciadamente los discípulos de tan eminente maestro, caminando por las regiones etéreas del espíritu, se vieron arrastrados por la pendiente del panteísmo; mientras que los sectarios de Thales olvidaron la intencion moral y marcharon de las partes al todo, precipitándose con loco frenesí á un ateísmo desconsolador.

La escuela pitagórica, después de haberlo divinizado todo, dió á la inteligencia un carácter numérico y al número una existencia intrínseca y real. Chilos y sus secuaces la persiguieron sin descanso hasta que alcanzaron que sus colegios fuesen destruidos, dispersados los discípulos y víctima el filósofo del furor popular. Para el señor Draper, los adelantos y progresos de la inteligencia hallaron fuerte oposición en los dioses del Olimpo, sostenidos por la raza sacerdotal. Para nosotros, fué simplemente la lucha de partidos, porque el sacerdocio ya no ejercía la influencia de otras épocas.

Del seno de la escuela pitagórica nacieron los *eleáticos*, cuyo nombre recordaba una pequeña ciudad de Italia llamada Elea. Esta nueva escuela dió á la física poca importancia y miró con indiferencia la metafísica, concediendo especial predilección á la dialéctica. Jenófanes, su fundador, atacó de frente la mitología y el antropomorfismo, aceptando, como axioma fundamental, *que del no ser se puede pasar al ser*; y al propio tiempo probó la existencia divina por medio del principio de causalidad. Parménides distinguió la razón del fenómeno, y Zenón, extendiendo los horizontes de la dialéctica, se elevó á un idealismo exagerado que le condujo al *escepticismo*, lo cual perjudicó los progresos de la ciencia.

Los eleáticos distinguieron la idea, de la cosa sensible, y negaron el realismo empírico; de aquí resultó la escuela *atomista*, á cuyo frente se colocaron Leucipo, Heráclito y Demócrito. La escuela de Elea se resume en un panteísmo dialéctico y un atomismo mecánico.

En la escuela atomista se reemplaza la unidad por la infinita pluralidad, dejando vislumbrar la aplicación de la filosofía materialista á la moral. Demócrito concedió á los átomos pesantez, y no admitió que la materia pudiera dividirse al infinito; enseñó la teoría de los torbellinos, que representa una hipótesis mecánica insuficiente para explicar el sistema planetario.

Heraclito considera el espacio en toda su inmensidad, provisto de un fluido



Demócrito.

muy sutil, que distingue con el nombre de fuego ó *háilo caliente*; todo cuanto existe, dice, proviene de este agente misterioso, el cual experimenta diferentes metamorfosis y vuelve á su seno porque los átomos son eternos. El positivismo de nuestros días encuentra en Demócrito y Heraclito, sus naturales y verdaderos fundadores; aquí encontrarán los transformistas á sus genuinos maestros.

Phylon en el libro *De la sabiduría*, dijo: que en la naturaleza todo estaba

sujeto á peso, número y medida. Pensamiento sublime que forma la base de la química moderna, que han enaltecido los materialistas contemporáneos, y, sin embargo, pertenece á Salomón; estando consignado en el libro de la Sabiduría. (*Cap. XI, ver. 21*).

Tres siglos antes de la Era cristiana, Epicuro aceptó la actividad de los átomos, y esta teoría, que hoy está en boga, es la que sirve para explicar los grandes fenómenos de la naturaleza. En ella Dios no existe, la Providencia es una quimera y el alma humana un delirio ó un sarcasmo. Todo es debido al *acaso*, la materia es increada y eterna. Hoy todo cede á las causas constantes, y á las lentas y pausadas metamorfosis; el orden cósmico procede y sigue sus movimientos con arreglo á una ley matemática. El mundo de lo infinita-



Epicuro.

mente grande, da una idea del mundo de lo infinitamente pequeño. ¡Cuántos errores y cuántos delirios! Epicuro fué un sensualista delirante.

Un número infinito de átomos, dice el positivismo, sujetos á la ley de la inercia, moviéndose constantemente en el espacio, materia ponderable y éter con su núcleo y su atmósfera etérea y condensada por virtud de la atracción central, donde se verifican sin cesar, choques en todas direcciones, de los cuales resultan movimientos de rotación y de traslación que dan nacimiento á las nebulosas, á los astros, á los planetas y cometas; en una palabra, al gran sistema evolutivo del Cosmos. En este agregado de los átomos, añaden, se pasa de lo imperfecto á lo perfecto de un modo paulatino é insensible por medio de transiciones imperceptibles, de donde resultan tres génesis: la de los elementos, la de las plantas y la de los animales, hasta el grado más perfecto y acabado de la organización representado por el hombre.



Tales son las hipótesis del racionalismo científico de hoy, que se han buscado en el epicureísmo de hace veinte y dos siglos y de las cuales nos ocuparemos á su tiempo, porque nuestro atomismo, á la verdad, no es materialista. En esta escuela están afiliados algunos hombres ilustres y respetables; esta hipótesis, apesar de su audacia y de sus errores, no explica todos los fenómenos conocidos. Hoy viene á complicarla la noción de la idea *fuerza*, como ente imaginario, las corrientes electro-telúricas, los movimientos de atracción y repulsión de la materia ponderable y de sus atmósferas y las fuerzas ocultas como la *fuerza vital*. El atomismo de Epicuro, Lucrecio y Gassendi no es el atomismo del siglo XIX, tal cual debe comprenderse y tiene la química aceptado.

Aquellas doctrinas en lucha siempre abierta y antagonistas en sus primordiales elementos filosóficos, introdujeron la duda para que la vacilación se apoderase de los ánimos. La intuición buscó por guía la calma, y la lógica vino en apoyo de la inteligencia. De aquí tomó vuelo otra escuela llamada *sofista*, dirigida por Gorgias de Leoncio y Protágoras.

Siempre en opuestos bandos, unos combatieron las ideas y otros las sensaciones. La admiración, como dijo Aristóteles después, engendra la filosofía, y mientras el supersticioso acepta las maravillas y admira lo que no alcanza á comprender, la ciencia destruye la superstición. La razón se eleva hasta el principio de un Ser infinito y real, y el estudio psíquico sirve de punto de partida á los progresos de la humana inteligencia. La eternidad de los corpúsculos indivisibles se proclamó por aquellos pensadores como axioma, y los *sofistas* y *retóricos* entraron en el palenque científico, aumentando el número de los contendientes.

Las doctrinas de Tales y Pitágoras habían servido de faro á la escuela de Cos, donde vinieron á fundirse las de Crotona y Gnido.

La filosofía entre los griegos, deseando estudiar la naturaleza, se hizo en ciertas ocasiones impia y atea, y remontándose á la sublimidad de la razón, fué panteísta. Queriendo armonizar lo sensible con lo suprasensible, engendró la duda y el escepticismo. Parecía que las pasiones desencadenadas en todos aquellos sabios ofuscaban la razón, hacían vacilar la marcha de los conocimientos humanos, y el desbordamiento de la inteligencia puso en grave conflicto á la sociedad.

De la razonada discusión descendieron al sofisma; la ciencia, si bien había fundado la prosa atica, se encontraba en un periodo de decadencia; era indispensable enaltecerla, elevarla y dirigirla al sublime fin á que está destinada por el Autor de todo lo creado, haciendo que la moral, el derecho y la virtud fuesen el fundamento de todos los conocimientos humanos.

Sócrates acomete con santo entusiasmo tan noble empresa, y sus doctrinas

entrañan el sentimiento de una moral sublime y persuasiva. Abre ancho campo á la psicología y á la filosofía reflexiva; pero sus discípulos separados del maestro por el sentimiento íntimo y el libre albedrío, marchan por senderos opuestos, y por ello se renueva la contienda con más calor y empuje que antes. Sócrates proclamaba la necesidad de estudiar las leyes internas, y recordando aquella profunda sentencia, esculpida en el templo de Delfos, *nosce te ipsum*, fué el primero que en sus doctrinas dió á conocer el principio de las causas finales. Sócrates, en medio de su profundo saber, fué un empírico.

Jenofonte y Simón, profundizaron los estudios morales; Antistenes, llevando la virtud á la exageración y la abstinencia al ridículo, fundó la escuela *cinica*, donde los alumnos adquirían una triste y vergonzosa celebridad por sus torpes liviandades. Aristipo entronizó los *cirenaicos*, que buscaban la felicidad suprema en los placeres, y concluyeron por conceder que lo bueno y lo sublime está en la muerte.

Tal confusión de principios, tal mezcla de ideas y conceptos, contradictorios y antagónicos en sus fines y aspiraciones, tal anarquía intelectual, engendraron un torpe *escepticismo*; y Pirro, enalteciendo la virtud, dedujo que la ciencia era inútil y falaz. Los pueblos de Megara, Elide y Eretria tuvieron también sus escuelas, que fueron dirigidas por Euclides, Fedón y Menedemo, discípulos de Sócrates.

A la escuela socrática sigue la de su discípulo predilecto, Platón; el cual, dotado de imaginación fecunda, rectitud de juicio y sólido saber, elevó la ciencia á todo su apogeo y quiso amalgamar los dos sistemas fundamentales; la filosofía racional de los jónicos y las tradiciones de la escuela itálica. Platón idealizó sus doctrinas en un grado sublime, mereciendo los aplausos de todas las edades futuras.

Distingue las facultades de saber, sentir y querer, introduciendo la división de lógica, metafísica y moral; buscó el bien supremo é inefable en parecerse á Dios, principio increado, justicia superior y eterna. Dios ha sido siempre el objeto supremo y el último fin de todas las ciencias.

El sistema de Platón resume cuanto de bello, sublime y moral se encuentra en todas las escuelas y sectas que le han precedido, y ofrece, no obstante, cierta originalidad, siendo conocido con el nombre de *escuela de los académicos*, porque los adeptos celebraban sus reuniones en los jardines de Academo. Platón, en medio del politeísmo que dominaba á los griegos, proclamó de nuevo la unidad de Dios; conoció la geometría y redujo el mundo á moléculas con la figura triangular.

Todos los sabios que en épocas posteriores han escrito acerca de la filosofía de Platón, le han concedido levantado genio, profundidad de miras y luminosos



ideales, que secundaban la gran figura de Sócrates al fundar la doctrina moral del *Bien*. En sus lucubraciones buscó cuidadosamente unir la tradición hebraica, fuente de verdad y fundamento de un dogma, con los preceptos que emanaban de la razón. Ya uno de los escritores más distinguidos del Catolicismo de nuestros días, el ilustre señor de Rosmini, ha hecho notar, que en las obras del fundador de la Academia se observan fácilmente dos doctrinas; una positiva basada en la tradición, y otra racional que gravita sobre el mundo de la materia y que por oposición pudiéramos llamar negativa. Otro reputado escritor dice: «Platón seducido por la filosofía de Sócrates consiguió unir la racional con la de tradición, si así puedo expresarme.» Cuando comenzó a decaer el pueblo griego y sus escuelas filosóficas, en general, se vieron faltas de inspiración y sentimiento rebajándose hasta el nivel de miserables aduladores, cuando las espirituales concepciones de los académicos descendieron de las sublimes esferas de la idea para arrastrarse entre el lodo de la materia; la escuela de Platón sostenida todavía por el entusiasmo de muchos de sus discípulos, vio empañar su brillo y decaer rápidamente de tan elevado puesto. Sus fragmentos recogidos al través de los trastornos y acontecimientos sociales, han servido de cimiento para otros sistemas que se han dado a conocer en los tiempos modernos.

Las doctrinas del divino maestro fueron también combatidas por su discípulo Aristóteles, que paseando por el Liceo, dió nacimiento á la escuela *peripatética*, separándose de los principios proclamados en la Academia y seguidos por sus compañeros Speusippe y Jenócrates. El dialectismo comenzó á entromizarse para sujetar la razón á determinados preceptos y á un método severo de argumentación.

Aristóteles quiso reducir la dialéctica á sus justos límites, dió á la experiencia y á la observación una impertancia suprema, y sentando como principio fundamental, que todo cambio supone una materia y una forma, dijo: que la ciencia de la naturaleza era la ciencia general, y que todas las ideas venían de los sentidos. *Nihil est in intellectu quod non fuerit in sensu.*

Y marcando un límite á la elocuencia y á la poesía, dió formas al raciocinio, para buscar lo finito, adoptando el sistema de argumentación. El fundador de la escuela peripatética desplegaba radiante el estandarte del *sensualismo*, é inauguraba un sistema filosófico, que dos mil años después sirvió para realizar una revolución sangrienta y social.

Empero es lo cierto, que si Platón había perdido los sublimes encantos, y la filosofía de las ideas levantadas y los goces de la sana moral estaban desacreditados, en cambio Aristóteles y su escuela, respetando estos goces materiales para no malquistarse con los hombres, sólo proclamaban como

fundamento de su escuela, la atenta observación y la concienzuda experiencia.

El filósofo de Estagira recomienda la *duda filosófica*, como un medio para alcanzar la verdad; pero este principio consignado en su metafísica, está bien lejos de referirse á la *duda moral*, ni mucho menos acepta la *duda* como el grado más sublime de la ciencia, según creyeron muchos escritores y filósofos



Sócrates.

de estos tiempos, especialmente los materialistas y racionalistas del siglo xviii. La *duda filosófica*, en el sentido más sublime y elevado, constituyó el primer dogma de la secta *pirrónica* ó *zelótica* de pasadas épocas, y el punto de partida de los extraviados de Volney, de La Metrie, de Voltaire, de Raynald y de los enciclopedistas, y de otros pensadores distinguidos de los tiempos modernos. Aristóteles, por medio del análisis, supo separar los conocimientos humanos, que confundidos y amalgamados, sólo conducían á un desorden científico.



El preceptor de Alejandro el Magno, el profundo pensador, el observador constante e infatigable, Aristóteles, en fin, ha ejercido sobre la humanidad una influencia fascinadora y hasta trascendental. Sus estudios sobre la naturaleza, la vida y el mundo, han servido de faro á los hombres consagrados á la ciencia y á la especulación filosófica, iluminando todos aquellos reinos que se levantaron con las conquistas del ilustre y egregio discípulo. Aristóteles, con su genio reformador y á pesar de sus tendencias sensualistas tan marcadas, ha dominado durante repetidos siglos las escuelas cristianas de la Europa Occidental. ¿Habrá sido conveniente al Catolicismo? Nos parece que no. Y, á pesar de ello ¿qué se ha hecho hasta nuestros tiempos más que seguir en el estudio de la naturaleza las máximas y preceptos del filósofo estagirita? ¿Qué otra cosa hicieron los árabes sino comentar la escuela aristotélica, tan mal interpretada siempre, porque no conocieron el griego? Aristóteles fué el gran naturalista de la antigüedad, el metafísico, el lógico por excelencia; creyó en la generación espontánea, y en su tratado de los animales dió la preferencia al método inductivo. Fué pensador distinguido, y uno de los talentos privilegiados de Grecia; Aristóteles, por último, fué el genio más potente del mundo antiguo. El renacimiento de su escuela dió vida nueva á las ideas paganas. Jamás pudo imaginar los portentosos descubrimientos que el hombre alcanzaria, ayudado de instrumentos para la observación que él desgraciadamente no conoció.

Las doctrinas de Platón y Aristóteles están bien lejos de llevar la moral al bien absoluto. Sólo buscan la perfección del hombre y confunden la ciencia con la virtud, haciendo que la ética sea parte integrante de la política. Creencias erróneas y fatídicas, altamente desconsoladoras, que dirigen la humanidad á que sea perversa, y la obligan á que acepte sin escrúpulo la eselavitud, la tiranía y el infanticidio; creencias innobles y groseras que le hacen perder la elevada misión y la dignidad que le es propia, negando la unidad del reino hominal, su idéntico origen, su único lenguaje primitivo y la confraternidad humana, como hijos queridos de Dios. A la verdad que la ciencia no ha podido pronunciar su última palabra, teniendo siempre que recurrir á la santa tradición hebraica, más antigua que los anales de los primeros pueblos y que los vetustos monumentos que aun se conservan de las pasadas generaciones.

Todos estos sistemas y métodos dieron aliento á nuevas sectas filosóficas, fundadas en el instinto del poder, combinado con las leyes del deber. Zenón de Chipre y Carneades ostentaron las ideas socráticas, se abandonaron á los placeres, buscando la virtud en la austeridad, ó tan sólo se ocuparon del bien individual. Aristóteles había elevado la filosofía á todo su apogeo; no sin fundado motivo se ha dicho por muchos pensadores contemporáneos, que las dos concepciones filosóficas de Platón y Aristóteles se completan. Ambos con-

tribuyeron al conocimiento de la Ciencia, y resolvieron según sus doctrinas los problemas más importantes que corresponden al pensamiento humano, siguiendo cada uno distinto camino. El racionalismo realista inmanente con tendencia refleja de Aristóteles, unido al idealismo objetivo trascendente de Platón, forman, para el señor Tiberghien, los dos polos opuestos de la Ciencia. El uno partidario y decidido defensor de la *idea*, establece con su poderosa síntesis los principios fundamentales de las ciencias racionales; mientras que el otro, constante en la observación y no separándose del sistema analítico, estudia la mayor parte de los conocimientos de su tiempo para cimentarlos sobre la solidez y estabilidad de una experimentación empírica. Bien puede decirse que con el Estagirita termina aquel movimiento filosófico grande y fecundo iniciado por Sócrates, desarrollado en sus opuestas direcciones por Platón y Aristóteles, el cual paulatinamente fué amortiguándose y vió empañarse aquel brillo y esplendor, que admiran todavía muchos pensadores de nuestros días en su nueva propaganda.

En todos los estudios y grandes concepciones de las diferentes escuelas griegas, observamos el instinto por lo bello y lo sublime, sobresaliendo en ellas la inteligencia. Todos sus jefes tuvieron genio y aplicación; pero siguieron casi siempre un camino falso. Razonaron sobre sistemas, muchas veces imaginarios, partiendo de vanas hipótesis, que convertían en teorías verdaderas á fuer de sutileza é ingenio. Sus doctrinas vinieron á condensarse entre Platón y Aristóteles, quienes con sus preclaros talentos supieron elevarlas á un alto grado de esplendor. Doctrinas contradictorias en su esencia, antagonistas por sus principios, rivales por las consecuencias y enemigas irreconciliables por sus opuestas miras y aspiraciones; doctrinas que han dividido y dividen aún á los filósofos y pensadores en dos bandos llamados *espiritualistas* y *sensualistas*, los cuales, en su constante y encarnizada lucha, disputan en el palenque de la razón, del criterio y del buen sentido, la gloria de haber descubierto la *verdad*. En estas opuestas escuelas han militado San Clemente, Orígenes, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Raimundo Lulio, el exímio Dr. Suárez, Descartes, Leibnitz, Malebranche, Pascal, Bossuet, Kant, Bonald, De-Maistre, Chateaubriand, Balmes, Donoso Cortés, A. Nicolás, Rosmini..., como acérrimos sostenedores de la intuición mental; y Bacon, Locke, Hume, Condillac, Horbach, Galileo, Cuvier, Cabanis, Bonnet, Charpentier, Diderot, D'Alembert, Leroux, Bunsen, Düring, Comte, Bernard, Littré..., como apóstoles del sistema materialista y experimental.

¿Por qué no hemos de conceder al helenismo una influencia eficaz y directa en la civilización romana y en todas aquellas que se desarrollaron bajo su imperio? En la primera época la Física y la Cosmología adquieren verdadero ca-



rácter científico, á pesar de las luchas y controversias del atomismo y del elegitismo. La Lógica y la Psicología, las Ciencias morales y políticas, en la segunda, en medio de sus errores sociales, tomaron estabilidad y firmeza; empero, cuando se quiso buscar el conocimiento científico de Dios y de las cosas divinas en sus relaciones con el hombre y el mundo, todo fué en vano y sus esfuerzos vinieron á estrellarse contra la inmoralidad y el error. Faltaba el prin-

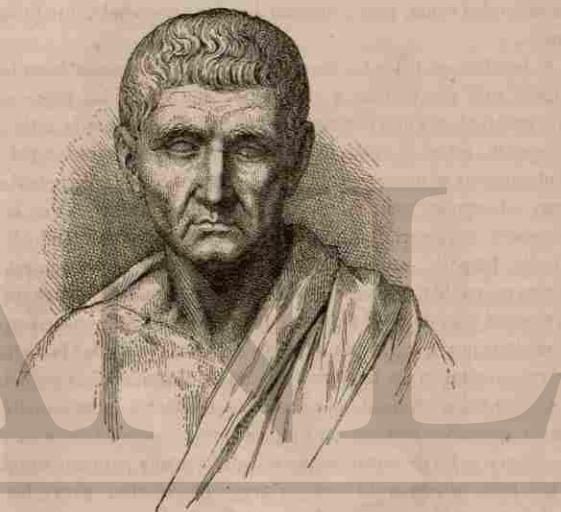


Platón.

cipio divino que Cristo trajo á la humanidad. Aquí repetimos lo que tan oportunamente ha escrito el Excmo. é Ilmo. Sr. Fr. Zeferino González, Arzobispo de Sevilla, en su *Historia de la Filosofía*: «Efectivamente, la antigüedad supo ante todo discurrir; carecía, no obstante, de fuerza moral para obrar; mediante lo primero, desenvuelve la Filosofía y crea las Ciencias, enseñando que éstas reciben el amparo de aquélla, y una vez recibido puede cada cual en su

esfera multiplicar luego con independencia sus juicios y observaciones; sin el auxilio de lo segundo, la civilización greco-romana, incapaz de salvarse por sí misma, busca en vano nuevo principio de vida, que para su generación presta á la humanidad el Cristianismo con la eficacia y divinidad de su doctrina.»

La lucha y la controversia siguen con igual encarnizamiento en el último cuarto del siglo XIX... ¿Cuál será el resultado?... El que ha sido siempre. Los delirios de acaloradas imaginaciones cederán bajo el peso del tiempo, y sus extravíos filosóficos y científicos quedarán, como tantos otros, consignados en la historia. El triunfo de las *verdades reveladas* y de la Religión verdadera,



Aristóteles.

será una vez más enaltecido por la humanidad y por la ciencia, hasta que el orgullo y los extravíos de la razón reproduzcan nuevas contiendas.

Es que las falsas religiones de la antigua Grecia, que muy bien pudieran calificarse de sectas, desaparecían paulatinamente con los progresos de la navegación y los adelantos de las ciencias abstractas. Las extravagancias de los hechiceros, encantadores y centauros, con otras maravillosas y diabólicas concepciones, fueron miradas con desprecio, y hasta la casta sacerdotal, que utilizaba la ignorancia del pueblo en provecho propio, fué perdiendo el prestigio para verse postergada y envilecida. La ciencia experimental, tal cual hoy se



admite, no existía, por más que el genio del hombre hubiese llegado á comprender innumerables secretos naturales y conociese muchas artes mecánicas.

El antagonismo entre las dos escuelas rivales jónica y dórica, comenzó á levantar alguno de los pliegues del velo de la hipocresía, y los dioses de Hesiodo y Homero descendieron del Olimpo para probar su impotencia y su mundano origen. Aquel progreso indefinido á que habían alcanzado las falsas creencias entre los griegos, aherrójaron el pensamiento y amordazaron el genio dentro de los sagrados muros de sus templos, cuya ruina era inevitable al presentarse la luz regeneradora que eclipsó tantas teogonías inventadas por la miseria de los hombres. Era que el Cristianismo iba á terminar la historia de la humanidad caída, para comenzar la que correspondía á la humanidad regenerada.

El hombre, en todos los tiempos y en todas las épocas de su historia, se ha afanado para ser dichoso y vivir feliz. Vida y felicidad buscamos con anhelante solicitud, y á ello consagramos cuanto nos sugiere la actividad de nuestro espíritu, así en el orden físico como en el moral é intelectual. En esta felicidad suprema se encierra como condición esencial la perpetuidad de la vida. Deseo vehemente, aspiración constante del ser humano, que le conduce sin aperebirse á quererla y amarla, identificándose y enlazándose íntimamente con ella. Empero, esto no es posible, porque nuestro cuerpo está formado de materia putrecible, y nuestra razón comprende que el alma es incorrupta, que es inmortal y ha de vivir toda una eternidad. El politeísmo griego sucumbió á su impotencia y á sus torpes liviandades; jamás pudo dar la dicha y bienestar, por que suspiraban los hombres. La vida y la felicidad sólo pueden encontrarse en las verdades reveladas por Dios. Los conflictos entre aquellas sectas y la ciencia, quedaron reducidos á simples apreciaciones de escuela.

¡Desgraciados de aquellos que no admiten una *primera causa!* Para ellos no hay felicidad, es inútil todo principio de creación; para ellos, toda verdad revelada es una impostura; ellos están dominados por el racionalismo y el positivismo, que son el cáncer que les devora la conciencia y les consume el espíritu y el sentimiento moral; para ellos, en fin, no hay paz ni consuelo en esta vida, porque no tienen creencia y rechazan la fe católica para encenagarse en la hediondez del paganismo del siglo XIX.



## CAPÍTULO II

### ALEJANDRO EL GRANDE

Nacimiento de Alejandro y muerte de su padre Filipo.—En Corinto le nombraron general.—Sus conquistas en Asia.—Egipto.—Funda la ciudad de Alejandría.—Batalla de Arbela.—Entrada triunfal en Babilonia.—Pasa á la India.—Muerte de Darío.—Muerte de Clito y de Calixtenes.—Se apodera de la India.—Su carácter se había modificado.—Perdona la insubordinación de los soldados griegos.—Incendia el palacio de Jerjes.—Muerte de Alejandro.—Su cuerpo se conduce á Menfis y luego á Alejandría.—Juicio acerca de este guerrero y conquistador.—Influencia de sus conquistas en la civilización.—El Oriente tenía una civilización propia que había alcanzado gran desarrollo.—Conclusión.



CONSAGRAREMOS este capítulo á recorrer rápidamente la historia de Alejandro Magno, apreciando la influencia que sus conquistas pudieran ejercer en los progresos de la humanidad y en el porvenir de la civilización. Esta ligera reseña nos conducirá, naturalmente, á juzgar sin pasión, la importancia del Museo Alejandrino, y con especialidad la famosa Biblioteca, su decadencia y destrucción, deduciendo, de una manera clara y evidente, si el Museo que crearan los Ptolomeos, y en particular la Biblioteca, fue con razón *la cuna de la ciencia moderna*, como asegura el señor Draper; y de qué manera influyó en el desenvolvimiento intelectual de aquellas pasadas generaciones. Las extraordinarias conquistas del joven macedonio, han asombrado al mundo; pero las consecuencias á ellas debidas, se han apreciado de diverso modo por los sabios.

Cuatro siglos habían corrido desde la fundación de Roma, cuando en Pelle nació Alejandro, 356 años antes de J. C., que más tarde fue llamado *Magno*, por sus portentosas y extraordinarias proezas. Hijo de Filipo, rey de Macedonia y de Olímpias, señalóse su nacimiento por accidentes parti-

culares, que dieron lugar á cuentos y fábulas, que algunas tocaban al ridículo. Sólo después de sus sorprendentes victorias, se recordaron todos aquellos acontecimientos. Sin embargo, se dice que el mismo día que Olímpias dió á luz á Alejandro, fué reducido á cenizas el templo que en Efeso estaba consagrado á Diana.

Filipo había alcanzado el apogeo de su gloria con la sujeción de toda la Grecia. Contaba con numerosas y aguerridas huestes, y pensó llevar la guerra á los persas. Disgustos domésticos engendraron odios y rivalidades, de donde nacieron los favores que dispensaba á Cleopatra su nueva esposa, y los conatos frustrados para matar á Alejandro. Filippo, por fin, sucumbió al puñal regicida de uno de sus soldados, quizá el más afortunado valido.

La inesperada muerte de Filippo sorprendió á su hijo, y dió aliento á los rebeldes; y Alejandro, á pesar de contar con solos veinte años, subió al trono (336), y supo ahogar las terribles sospechas de parricida con que la calumnia pretendía cebarse. Consiguió que en Corinto le nombrasen general, y desde entonces comienzan sus conquistas, que han sido la admiración y el asombro de todos los tiempos, de todos los guerreros y de todos los pueblos.

Sofocadas las defecciones, acallados los disturbios y castigadas las conspiraciones, no sin que algunas veces ejerciera una severidad demasiado iracunda, declaró la guerra á los persas y se hizo nombrar generalísimo de toda la Grecia. Lleno de fe y henchido de esperanza, partió de Pelle en 334 para el Asia con su ejército, que apenas contaba treinta mil infantes y cinco mil ginetes. Fiado en su estrella, repartió cuanto tenía entre sus camaradas, reservándose, como dijo, la esperanza y el tesoro de sus buenos amigos. Pasó con las tropas el Helesponto, penetró por el Asia Menor en busca de los enemigos, atravesó el Granico con impetuosidad y arrojo, y se precipitó sobre los persas, que en número de cien mil infantes y veinte mil caballos se habían atrincherado en la margen opuesta.

Terrible fué el combate, donde el rey macedonio estuvo próximo á perder la vida. El campo quedó por Alejandro, y una victoria completa coronó su valor y su pericia. El caudillo, lleno de gloria, envió al templo de Minerva trescientos escudos guerreros, y á su madre ricos y suntuosos presentes. La Grecia entonó himnos de alabanza á los dioses en honor al general invicto, por tan señalado triunfo.

El guerrero se ocupó con gran diligencia en organizar los pueblos sometidos. Memnon defendía á Halicarnaso, que, al fin, fue tomada por fuerza de armas. Los persas se refugiaron en dos ciudadelas, que también ganó Ptolomeo, hermano y lugarteniente de Alejandro.

Se apodera enseguida de Hiparnes, reprime la traición de uno de sus favo-

ritos, y entra en Jerusalem triunfante. Aquí adoró el nombre de Dios esculpido en la mitra del Sumo Pontífice. En el templo mandó que se hicieran sacrificios, siguiendo el rito de los judíos, y en uno de los libros sagrados encontró una profecía que anunciaba que la ciudad de Tiro se rendiría á los macedonios, y los persas serian dominados por un griego.

Alejandro siguió sus triunfos, rompiendo y derrotando á los bárbaros, llamados así porque no hablaban su idioma: apoderóse de Celene y de la capital de la Frigia, donde cortó el nudo gordiano del carro de Gordio, padre de Midas.

Entonces consideró que había llegado el momento de dar á Darío la gran



Medalla de Alejandro.

batalla. El valiente Memnon había muerto, y esto lisonjeó al guerrero macedonio.

Darío avanzaba con poderosa hueste. La falta de su entendido jefe le obligaba á tomar el mando del ejército, que constaba de más de seiscientos mil combatientes, marchando con la grandeza peculiar á los reyes persas. El paso de Cilicia había sido ocupado por los soldados de Alejandro, la ciudad de Tarso cayó en poder de los griegos, y las aguas del Cidno (Cydnus) refrigeraron el fatigado cuerpo del héroe. Imprudencia que por poco le cuesta la vida. Los cuidados de Filippo, su médico, le devolvieron pronto la salud.

Y cuando Darío seguía su marcha con presteza para apoderarse de los desfiladeros de Issus, considerando al caudillo macedonio moribundo entre los suyos, Alejandro, completamente restablecido, ocupaba la parte opuesta. Los



persas y los macedonios se embisten con furor, los soldados pelean con bravura, la lucha es horrorosa y sangrienta; por todas partes la destrucción y la muerte; hasta se dice que el mismo Darío ha sucumbido á la espada victoriosa de Alejandro. Cien mil soldados persas y diez mil caballos murieron en esta espantosa carnicería. El campo quedó por los macedonios, quienes se apoderaron de inmensos tesoros, multitud de prisioneros, entre los cuales se hallaban la madre, la mujer y algunos hijos del monarca persa, y además muchas damas de alto y esclarecido linaje, á quienes el afortunado guerrero trató con singular benevolencia y distinción. Mandó enseguida á Parmeni6n que pasase á Damasco para recoger los tesoros del infortunado Darío.

La muerte de éste había sido falsa. El rey de los persas vivía y trataba de reunir otro ejército. Una carta escrita en altanero lenguaje, hizo conocer al vencedor que la lucha no había terminado. Alejandro contestó con dignidad y templanza, ofreciéndole devolver á su madre, esposa é hijos sin rescate alguno, como así lo realizó.

Conducta noble y elevada, impropia de aquellos tiempos, en los que la mujer era mirada sin respeto y tratada sin consideración. Estaba reservado al Cristianismo levantarla del fango y de la hediondez, para que fuese la dulce compañera de nuestros infortunios y el ángel tutelar de la familia.

Los vencidos no pudieron menos de aplaudir las distinciones que mandó el guerrero guardar á aquellas que se consideraban como esclavas, y expuestas al brutal desenfreno de la soldadesca. Se dice que cuando Darío se hubo cerciorado de la realidad de tan noble proceder, pronunció esta oración: «Dioses que presidís al destino de los imperios, otorgadme la gracia de transmitir recobrada de sus reveses, á mis sucesores, la fortuna de los persas, para que pueda reconocer los beneficios de que me ha colmado Alejandro con su comportamiento hacia los seres que me eran más queridos en el mundo; pero si ha de acabar el imperio de los persas, si hemos de sufrir las vicisitudes de las cosas humanas, no permitáis que otro que Alejandro se sienta sobre el trono de Ciro.»

El guerrero macedonio continuó su marcha triunfante, haciéndose dueño de Tiro, tomó la ciudad de Gaza y castigó con severidad á Betis, su gobernador; con esta conquista adquiría la llave del Egipto.

Mientras tanto Darío había escrito segunda vez al caudillo macedonio, y con lenguaje más suave reclamaba la paz.

Entonces fué cuando el conquistador del Asia visitó el templo de Júpiter Ammon, que estaba situado en medio de un oasis del desierto de Libia, á más de doscientas millas. El oráculo lisonjeó la vanidad del afortunado capitán, y después del sacrificio y entrega de las ofrendas, concedió á todos los sacerdo-

tes, mercedes y distinciones. Cumplida la ceremoniosa visita, partió para las lagunas Mareótidas, que reciben las aguas del Nilo y comunican con el mar. Admirado de tan hermosa posición, y queriendo realizar las poéticas ilusiones de un sueño, fundó la famosa ciudad de Alejandria (*Iskanderich* de los árabes), centro del comercio entre Egipto, el Golfo arábigo y Europa (332 a. de J. C.)

Diligente cual no otro conquistador, emprendió con éxito favorable diferentes expediciones; vuelve á Siria al frente de cincuenta mil veteranos, y menospreciando á Darío pasa el Eufrates y el Tigris.

El monarca persa, aprovechando la ausencia de su enemigo, había reunido en Babilonia un poderoso ejército, fuerte de un millón y cien mil hombres, el cual lleno de confianza condujo á Arbela.

Un eclipse de luna, que llenó de espanto y terror á los persas, prestó favorable ocasión á los macedonios para presentarles la batalla.

Darío había perdido á su esposa, y exigió de los griegos que le dieran muerte para calmar su desesperación y angustia; escribe por tercera vez á Alejandro solicitando la paz; pero el guerrero invencible que había llorado las virtudes de aquella princesa, le contestó con arrogancia estas terminantes palabras: *Elige entre rendirte hoy ó combatir mañana.*

La batalla dada en las inmediaciones de Arbela decidió la suerte de Darío. Los ejércitos pelearon con furor y desesperación; cuarenta mil persas sucumbieron y sólo trescientos macedonios: el campo quedó por Alejandro. El vencedor hizo su entrada triunfal en la populosa Babilonia, donde pudo admirar su esplendor y sus riquezas. El ornamento de la ciudad, la hermosura de los edificios, la altura y solidez de los muros que la circundaban, los floridos jardines sostenidos sobre sólidas columnas, la frondosa vegetación, aquellos acueductos, aquellos templos, aquellas combinaciones hidráulicas, todo compitiendo con la mayor de las maravillas naturales, fueron otros tantos motivos de sorpresa y justa admiración para los conquistadores.

Allí premió á los soldados y recompensó con largueza su constancia y sus privaciones; recibió los tesoros del rey de Persia, y la ciudad de Susa entregó en metálico cincuenta mil talentos. Quiso penetrar por el interior del país, y en Persépolis dió libertad á cuatro mil prisioneros, y entre placeres y triunfos y agobiado por los laureles, jamás olvidó á sus enemigos. Darío quería aún probar la suerte de las armas.

Empero, la infame traición de Nabarzanes y Besso para entregar el monarca persa, le obligó á sufrir tan triste y amarga suerte; y herido por sus mismos capitanes, murió lleno de gratitud y admiración hacia su poderoso é invencible rival, cuya magnanimidad y clemencia tantas veces había admirado. El cadáver de Darío, embalsamado y cubierto con el manto de Alejandro,



se mandó con regia pompa á Sisigatubis, para que lo hiciese enterrar según el uso de los persas. ¡Tal fué el triste y desgraciado fin de aquel monarca, que había dominado una gran parte del mundo conocido!

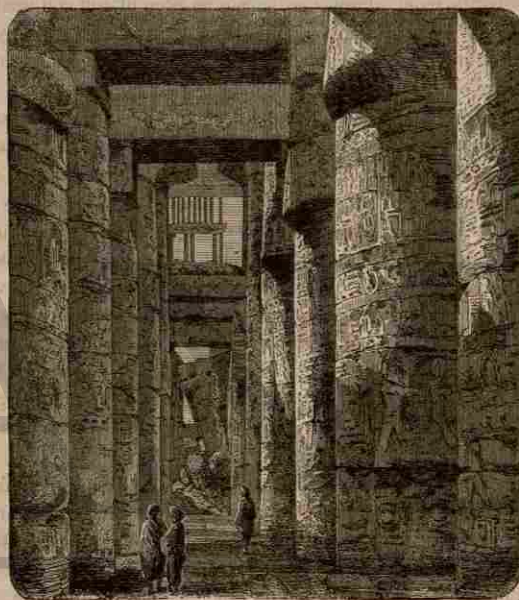


Alejandro, el grande, en Jerusalem.

Después de la muerte de Darío, el guerrero macedonio prosiguió sus gloriosas conquistas, recorriendo con su ejército las tierras que riega el Cáucaso. Ébrio de tantas victorias castigó al infame Besso, venció á los escitas y con-

denó á muerte á Cleto, á pesar del cariño que le profesaba, sólo con el frívolo pretexto de haberle ofendido enalteciendo á su padre.

En su marcha á Gabaza se enamoró de la bella Roxanes, hija de Oxiartes, hermano de Darío, y la hizo su esposa. Esta princesa, á la muerte de Alejandro, quedó en cinta. El caudillo macedonio había concentrado todo su genio y actividad para emprender la colosal expedición de la India.



Templo de Júpiter Ammon.

Una conspiración fraguada por Hermolao, en la que fué envuelto Callisthenes, el mejor de sus particulares amigos el cual le servía de mediador con Aristóteles, le obligó á desplegar una severidad inusitada, tanto más cuanto que el complot no llegó á realizarse. La víctima sufrió con valor los crueles tormentos, sin que nada pudiera descubrirse contra su inocencia. Acción abominable que manchó tantas glorias adquiridas, y de la cual se arrepintió más tarde. Dymnus, Philotas y Parmeniön su padre, fueron también sacrificados.

El Indo y el Ganges embargaban toda su atención, y con gran celeridad,



se hizo dueño de aquel rico territorio. Rindió á Omfis, venció á Porro y su ejército, y dominó pueblos y ciudades. Deseaba ver el Océano, y en el viaje sufrió los rigores del hambre y la peste; después castigó al sápatra Astarpes. Mientras tanto, Nearco, que mandaba la armada macedonia, recorrió los mares desconocidos de la India.

El ejército de Alejandro había experimentado las mayores privaciones y se hallaba fatigado, en el interior de las tropas se dejaban sentir los malos efectos de la insubordinación, algunos sediciosos se presentaron con osadía y fueron castigados. El guerrero había perdido la confianza de los suyos, y entregó la guardia de su persona á los soldados persas. Esta resolución extrema sirvió de pretexto para otra conspiración.

El carácter del monarca se había modificado notablemente. Cariñoso y modesto, magnánimo y compasivo antes, era huracán y rigoroso ahora, hasta enfurecerse. Quería imitar el fastuoso lujo de los persas, y cometía toda suerte de excesos. La adulación se había inoculado en aquella corte, y el rey prestaba oídos á los aduladores. Los disgustos de las tropas macedonias iban en aumento, las quejas llegaron á las gradas del trono, hasta el punto que Alejandro mandó abrir las puertas del palacio para que los soldados expusieran cuanto tuviesen por conveniente. Empero, un antiguo sentimiento y simpatía renace en el magnánimo pecho del invencible macedonio al ver el mal estado de sus soldados, su sincero arrepentimiento, los votos de todos por la felicidad, lo cual hizo que les otorgase el solicitado perdón y volvieran á la gracia del caudillo. Muchos regresaron á Macedonia cargados de ricos presentes y distinguidos con especiales honores.

Durante la victoriosa campaña de la India, dejó á Antipatro de gobernador en Macedonia, y á Harpalo en Babilonia. El primero supo conservar el Peloponeso, pero el segundo abandonó su puesto temiendo el castigo de Alejandro; se marchó á Atenas acompañado de mil griegos mercenarios, y con sus riquezas quiso sublevar al país comprando los oradores más distinguidos. Empero, el honrado, el patriótico, el gran Floción, que antes había rehusado los regalos que el monarca le enviara por considerarle el *único hombre de bien*, rechazó con nobleza las ofertas de Harpalo, desbarató sus inicios planes y consiguió al fin que fuese expulsado de la ciudad. Conducta noble y honrada que ponía de manifiesto las virtudes que todos le concedían.

Alejandro, en medio de sus excentricidades, entre la corrupción y la infamia, se dejó arrastrar por la cortesana Tais, que le impulsó á incendiar el palacio de Jerjes. El guerrero embriagado de amor, coge la antorcha, y el encantado y fantástico palacio, la ciudad de las riquezas artísticas, de las tallas, esmaltes, obeliscos y esfinges, todo fué consumido por las llamas.

De regreso á Babilonia, en extremo conmovido por la muerte de Hefestión, su favorito y particular amigo á quien tributó honores regios, salió á cazar hombres y mandó pasar á cuchillo á los cusanos. Despreciando los consejos é indicaciones de los adivinos, asistió á un banquete en casa de Medio, y no había aún terminado el brindis en honor de Hércules, cuando se vió acometido de terrible accidente, que obligó á los capitanes á trasladarlo á su palacio. La historia, quizá demasiado severa, señala á Antipater, padre de Casandro, cooperador mayor del rey, el haber preparado el mortífero veneno que cortó el hilo de la vida de tan afortunado príncipe.

Alejandro murió dejando su anillo á Perdicas, que lo renunció, y sin designar al que debía sucederle, diciendo: *que el que fuese más digno ocupase su lugar*. Sin embargo, preveía que sus amigos celebrarían las exequias con las armas en la mano. Apenas hubo entregado su alma al CREADOR, cuando los llantos, los sollozos y los gemidos, se manifestaron en aquellos valientes, faltos del capitán invencible, que tantas veces los había conducido á la victoria. Alejandro, que la posteridad apellidó *Grande* (Magno), no había cumplido treinta y tres años (323 antes de J. C.). Su cuerpo fué conducido, de orden de Ptolomeo, su hermano, con toda la pompa oriental, primero á Menfis, y sepultado pasados algunos años en Alejandria en un manseolo riquísimo levantado en el centro de la ciudad, para tan ilustre guerrero y conquistador... La palabra Alejandro significa en griego *protector de los hombres*.

Alejandro el Grande ha tenido entre los escritores antiguos y modernos admiradores y entusiastas, que llegaron á endiosarlo. Sería un insensato aquel que tratara de negar las gloriosas conquistas del valiente macedonio; sin embargo, no han faltado críticos y hasta detractores que vieron en el afortunado caudillo un hombre vulgar, lleno de vicios, plagado de excentricidades y cometiendo toda suerte de tropelias. El mismo señor de Montesquien, uno de sus más fervorosos admiradores, ha dado á conocer las malas acciones de su héroe. Nosotros al reseñar, siquiera sea ligeramente, las victorias del venturoso conquistador, no tenemos otro objeto que poner de relieve las opiniones del señor Draper, demostrando que su *invencible caudillo* no está exento de una justa é imparcial censura.

Con efecto, no contento con haber destruido á Tebas bajo un frívolo y capcioso pretexto, destruyó también á Tiro. Esta venganza quizá pudiera justificarse por el degüello que los tirios hicieron con los prisioneros macedonios; pero lo que estremece á el alma y la razón no concibe, es que cansados los vencedores de tanta carnicería, mandase crucificar en la playa los dos mil prisioneros, á quienes la generosidad de los soldados había conservado la vida. Y que no nos hablen de represalias, ni de necesidades impuestas por



la guerra. Este acto de crueldad inaudita demuestra en Alejandro un corazón cruel y sanguinario, impropio de un guerrero en el apogeo de su poder y de su gloria.

Persépolis fué sacrificada con todas sus riquezas, sólo por satisfacer el capricho de una concubina, y por más que se diga que únicamente se quemaron algunos edificios próximos al palacio, es lo cierto que el guerrero tomó la antorcha que convirtió en cenizas aquel emporio de la riqueza oriental. Ecbatana con sus siete murallas de piedra pulimentada, sus palacios cubiertos de argentadas tejas, sus ricos adornos de oro, sus fantásticas iluminaciones y cuantas maravillas pudiera concebir aquella robusta y espléndida civilización, fué pasto de la saña destructora de Alejandro. Clito y Callisthenes y otros guerreros de importancia, compañeros todos de sus glorias, ¿no fueron sacrificados sin compasión, ni miramientos? ¿Qué no tuvieron que llorar aquellas extensas regiones de la India con sus repetidas crueldades? Los montañeses hindus fueron víctimas de su ferocidad; el país quedó arruinado; el fuego y el pillaje destruyeron y consumieron hermosas ciudades y dejaron yermas ricas comarcas; los cautivos murieron asesinados al filo de las espadas, y Alejandro olvidó aquella magnanimidad que ejerciera con las mujeres y cortesanas de Darío. Ahora las mujeres, los niños, los ancianos y hasta los enfermos fueron pasados á cuchillo. La cacería de hombres para aplacar los manes de Hefestión y ocupar sus ocios, le rebajaron hasta el punto de considerársele como el guerrero más descorazonado, y equipararlo al conquistador más vulgar y miserable.

El nombre de Alejandro era odiado de los parsis. Él fué á turbar la paz y tranquilidad de aquellos extensos países y regiones; él los despojó de sus riquezas, profanó sus templos y redujo los moradores á la esclavitud.

No se esfuerce el caballero Montaigne en torturar su buen sentido y buscar frases á su fecunda imaginación para atenuar la ferocidad de los actos del caudillo macedonio. Jamás un héroe, por grande que sea su fortuna, podrá dispensarse de observar y seguir las leyes del deber, del derecho, de la moral y de la humanidad.

Los arranques de entusiasmo, tanto del señor Draper como de otros sabios, no están del todo justificados. Alejandro pudo ser un gran conquistador; pero fué ambicioso, inhumano y cruel; pudo concebir en sus sueños de gloria la monarquía universal, y amarrar á su carro victorioso, reyes, sacerdotes y magnates; pero fué el azote del Asia, de la India y del Egipto, el destructor de una civilización potente y vigorosa. En cambio, ¿qué introdujeron los griegos en los pueblos conquistados? Se dirá que el helenismo... hermoso hallazgo para aquellas vetustas civilizaciones. El helenismo fué siempre rechazado por

los brahmanes. ¿Es que se quiere que la influencia de Alejandro y de otros griegos que recorrieron la India, vivificara los elementos de la civilización de los brahmanes, como pretende el señor Charles en su erudito libro sobre el Oriente? De ninguna manera. Cuando Alejandro penetró en la India, ésta comenzaba su decadencia después de haber recorrido todos los periodos de prosperidad y grandeza de que son susceptibles los pueblos.

«Alejandro, dice el señor Luis Jacolliot, fué á la India para realizar un hecho aislado, brutal y circunscrito, el cual ha sido exagerado por la tradición helénica y que los hindus no han desdeñado de revelar en su historia.» Nada lisonjero recuerda la presencia de los griegos en aquellas ricas comarcas, que contaban luengos años de existencia. La vida de Alejandro Magno ha sido historiada por Quinto-Curcio, Plutarco y Arrio ó Arriano, que es la que merece mayor aceptación de los sabios.

Ahora bien; ¿qué influencia pudieron ejercer en la civilización de la humanidad las victorias repetidas y las grandes conquistas de Alejandro en Asia, la India ó el Egipto? ¿Qué ventajas reportaban aquellos á quienes los griegos llamaban *barbaros*, con tan atrevidas excursiones?... Toda el Asia ostentaba sus maravillas y sus riquezas, la India presentaba sus imponentes moles, sus misteriosos templos bordados de leyendas jeroglíficas y de símbolos indicativos de una creencia encarnada en aquellos pueblos, y el Egipto desafiaba á los siglos con las pirámides Gizeh, Chephén y Cheeps, que contaban ya más de tres mil años de antigüedad. Monumentos gigantescos, que, según Oppert, no tienen rival en el mundo, construidos antes del primero de sus reyes, Kumano, con el cual comienza la historia de Egipto. El señor Piazzi Smyth, el mejor egiptólogo, que ha descrito la gran pirámide Gizeh, la considera como un monumento original, grandioso, extraordinario y artístico, por su naturaleza, por la idea fundamental que entraña, por su altura, orientación, temperatura, unidades de medida, peso y capacidad, etc. Obra divina y providencial, que parece indicar se construyó por las colonias que condujo Cham ó Mezraim cuando penetraron por el Egipto, después de la dispersión en las llanuras de Sennaár.

El arte estaba allí representado, el sentimiento filosófico identificado con las concepciones del espíritu y con los emblemas de las creencias religiosas. En las manifestaciones de aquella civilización se había alcanzado el límite de la esfera de las creaciones artísticas; cualquiera hubiera pensado que la humanidad se hallaba en el apogeo de su esplendor, y que todo estaba terminado para que la actividad se perdiera en los horizontes del infinito. Sin embargo, han corrido los siglos, se han sucedido las generaciones, y el arte existe y el



hombre sigue en la constante y paulatina evolución de la idea, variando los caracteres para cada época de la historia.

Por todas partes la civilización y el progreso habían hecho sus conquistas, y el genio inventivo y audaz del hombre, manifestaba que la humanidad desde la cuna, fué inteligente, activa y emprendedora. Por esto ha dejado consignado el señor doctor D. José Varela Montes, reputado biólogo español: «Que el hombre ha sido desde su origen inteligente y moral; pero desgraciadamente, dice, ignoramos lo principal de esta época de su colosal existencia, cubierta con el velo impenetrable de los tiempos remotos.»

Obras gigantescas y atrevidas, concepciones arrogantes y maravillosas, prodigios y ricos pensamientos, ejecutados con valentía y atrevimiento, por do quiera se admiraban; quizá en el día, á pesar de los adelantos en todos los ramos de las ciencias de aplicación, no sería dado presentar monumentos tan grandes como acabados, que pudieran equipararse á los de estos pueblos antiguos. La antigüedad alcanzó tal grado de cultura y desarrollo, que los conquistadores creyeron, sin duda, que estaba en su mayor apogeo. Quizá la diplomacia indiana ó de los brahmanes, podía competir con la que envanece las naciones más aventajadas de Europa al terminar el siglo XIX.

Los griegos nada importaron á los pueblos conquistados; muy al contrario, fueron en busca de los adelantos y de las riquezas que aquella civilización tenía acumuladas, apoderándose también de los tesoros de la ciencia condensados en los templos. Así no titubeamos en consignar que la antigüedad en el Asia, en el Egipto y en la India, á las conquistas de Alejandro Magno, tenía su propia civilización, la cual había alcanzado un alto grado de esplendor; y así en las artes manufactureras como en la industria, en la agricultura como en las artes plásticas, en las ciencias de aplicación como en las filosóficas y administrativas, en la teogonía como en la astronomía, en literatura y en legislación, ocupaba su lugar respectivo en la serie de los conocimientos humanos. Si hay algo que pueda probar el estado brillante de la civilización en aquellos pueblos, son los inmensos tesoros acumulados después en el Museo alejandrino.

No desconocemos el valor militar de las rápidas conquistas de Alejandro, si bien la historia nos enseña que estos afortunados guerreros, en cuyas manos viene á condensarse la suerte de muchos pueblos y países, embriagados con el fausto y el poder, cometen horrendos crímenes y cruentos asesinatos. Alejandro, en sus sueños celestiales, vislumbró la monarquía universal, quiso dominear al mundo y no supo reprimir sus pasiones. Su política sería, tal vez, fecunda para sus proyectos; pero aquellas alabadas conquistas se miraron con horror y espanto por los desgraciados sobre quienes gravitaba el yugo del victorioso conquistador.

No negamos, por el contrario convenimos, en que el héroe macedonio fué una figura colosal, grande, digna de ser imitada, empero esta misma grandeza le cegó muchas veces el entendimiento, el orgullo ofuscó la razón y el héroe descendió hasta nivelarse con un guerrero vulgar y sanguinario. Es que los grandes hombres tienen también sus lados sombríos y terroríficos.

Los griegos, no obstante, en sus poesías, dieron á conocer sus costumbres y sus sentimientos. En Delfos se cantaron himnos á la Primavera; Hesiodo describe el Invierno, personificando en su teogonía los fenómenos del mar, y la poesía antigua busca las metamorfosis de la naturaleza para representar la forma humana. En el Tratado acerca del mundo, atribuido por algunos á Aristóteles y por otros á Crisipo, el autor representa el globo de la tierra donde, al parecer, se ha paralizado su esplendorosa vegetación, la cual está fertilizada en seguida por numerosos arroyos, y la superficie poblada de millares de seres pensadores. En estos estudios, muchos de ellos altamente materialistas y hasta transformistas, se dan á conocer principios y leyes bastante aceptables sobre las nubes y la fuerza de los vientos; y al contemplar la hermosura del sol, su extraordinaria magnitud y los raudales de luz que nos envía, el manto que cubre la tierra durante la noche, la multitud de luminares que tachonan el cielo, las variaciones de la luna, la salida de los astros y su aparición constante y uniforme, sin duda, debieron postrarse llenos de admiración ante una Divinidad desconocida. El genio fecundo y entusiasta de Platón buscó en tan sorprendentes y constantes fenómenos y en la infinita magnitud de las obras de la creación, un poder sobrenatural; y en un momento de justa exaltación, exclamó: *Existe un Ser Supremo*. A este filósofo no le fueron desconocidas las revelaciones bíblicas.

Las conquistas de Alejandro contribuyeron á que los griegos imprimiesen al arte un conjunto armónico, dando regularidad á las líneas y presentando un aspecto severo no conocido, que realzaba la belleza y grandiosidad. La civilización de los griegos había buscado sus ricos materiales en el Asia, en el Egipto y en la India. Los libros de la filosofía oriental se remitieron á Aristóteles, así como las observaciones astronómicas, y ejemplares de cuanto raro y desconocido se hallaba en los países conquistados; y los ricos y variados trabajos encontrados en aquellas populosas ciudades, abiertos en madera, piedra y metales preciosos, los canales y acueductos, los túneles que tanto nos sorprenden en el día, los jardines suspendidos, las máquinas para elevar el agua, los templos cuajados de jeroglíficos y misteriosos emblemas esculpidos por diferentes sistemas, las colosales moles que aun desafían el genio destructor de los siglos, los sorprendentes obeliscos, las monstruosas efigies, las observaciones de la bóveda celeste, los estudios sobre la física de la tierra, la qui-



mica y la medicina y otros muchos conocimientos del humano saber, pruebas irreprochables son de los adelantos de los pueblos orientales, cuando Alejandro el Grande turbó con su ambición la paz y bienestar que disfrutaban aquellas extensas regiones; y, sin embargo, se le considera como un conquistador que difundió la civilización por el mundo. ¡Error lamentable!

Si los adelantos en el estudio de la naturaleza, realizados por las principales escuelas filosóficas que se engendraron en el Oriente y vinieron á progresar



Phocion.

en Grecia, dieron á conocer ciertas leyes y principios que sirvieron para desarrollar los dioses del Olimpo; si aquellas varias sectas se vieron escarnecidas y despreciadas con los progresos de una nueva civilización; si la idolatría degeneró en un ridículo sarcasmo y las mundanas teocracias en asquerosas bacanales; si el pueblo, por último, miró con desdén y hasta con menosprecio los oráculos y los magos; esto da á conocer el origen material y grosero de las creencias paganas. Mientras los hombres estuvieron sojuzgados por falsos misterios, respetando y acatando los dioses de la mitología con sus necesidades

corpóreas, rodeados de fábulas, donde ejercían su infame profesión las sibilas y hechiceras, los centauros y los ciclopes, los mónstruos, gigantes y sirenas; mientras el hombre olvidaba que su punto de partida estaba en Dios para vol-



Phocion rebusa los regalos de Alejandro.

ver á Dios, la religión no pudo ser jamás Religión. Todas aquellas ceremonias y cruentos sacrificios, todos aquellos emblemas misteriosos, todas aquellas artes diabólicas, todas aquellas supercherías y engaños, no eran más que far-



sas ridículas por la forma y por el fondo, que debieron ser arrastrados al abismo por los adelantos que realizaba el linaje humano.

La ciencia hizo sus progresos de un modo lento y pausado, y los grandes maestros de la filosofía griega estudiaron muchos de los más trascendentales secretos de la naturaleza; observaron la regularidad de sus leyes, la exactitud de sus movimientos, y en medio de su antagonismo de siempre, quedó establecida como verdad inconcusa la existencia del SER SUPREMO. Sin embargo, esta idea era pagana.

La India, la China, la Persia, la Caldea, el Egipto, todos los pueblos y naciones antiguas que precedieron á los griegos, lo habían dado á conocer con muchos siglos de anterioridad.

Después de tantos adelantos desde Thales á Aristóteles, después de tantos sistemas, métodos y discusiones, pasados los vértigos de aquellas sectas y escuelas, se dió á conocer por Platón la *divinidad de Dios*.



### CAPÍTULO III

#### ROMA, HASTA EL NACIMIENTO DE CRISTO

Roma; su fundación y progreso. — Nómilitor. — Rómulo y Remo. — Numa Pompilio. — La era de los primeros reyes termina con Tarquinio. — La República. — Los Cónsules. — La Dictadura. — Breno, jefe de los galos, es derrotado por el dictador Camilo. — Roma adquiere preponderancia. — Cartago; sus guerras con Roma. — Sila y Mario. — Primer triunvirato. — Catilina y Cicerón. — César y Pompeyo. — Batalla de Farsalia. — Progreso de César: muere asesinado. — Competidores á la dictadura. — Octaviano. — Triunvirato entre Octavio, Marco Antonio y Lépido. — Muerte Cicerón. — Muerte de Bruto. — Marco Antonio y Cleopatra. — Reconciliación de M. Antonio y Fulvia su esposa. — Muerte de Lépido. — M. Antonio recibe de Octavio la inso de su hermana. — División del imperio. — Muere Sexto Pompeyo. — Muere Lépido. — Antonio abandona á Octavia y vuelve á Egipto. — El Senado romano declara la guerra á Cleopatra. — Batalla en el mar Jónico. — Muerte de Antonio y Cleopatra. — Se reviste á Octavio con todas las dignidades. — Augusto emperador. — Rápida ojeada acerca la civilización romana hasta la muerte de Augusto y nacimiento de Cristo. — Conclusión.



UENOS recorridos la civilización de Oriente, las conquistas de Alejandro y el desenvolvimiento de las diferentes escuelas filosóficas que tuvieron su cuna en los fértiles y amenos valles que riegan el Eufrates, el Ganges y el Nilo, para desarrollarse de un modo majestoso y sorprendente entre la raza helénica. Y, en verdad, que si bien las ciencias experimentales y de observación no habían hecho grandes progresos como ciencias, durante esta primera faz de la filosofía indiana y griega, en cambio tampoco había surgido *conflicto* alguno con aquellas teogonías, que muchas veces fueron el depósito sagrado del saber y de la inteligencia. Veamos ahora si nos será posible dar una idea, siquiera sea sucinta, de las evoluciones que experimentó la ciudad Eterna, que con su política y valor supo avasallar al mundo conocido, para entronizar la monarquía universal.

A la muerte de Alejandro, llevaba Roma de existencia cuatro siglos y medio próximamente.

Nacida como todos los pueblos en medio de la superstición, su origen se halla envuelto en misteriosas sombras. Los *aborígenes* ó seres humanos que se forman ó que nacen espontáneamente del seno de la tierra, se se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñalan como primeros fundadores de Italia; pero como la *generación espontánea* no la admite la ciencia, de aquí que estos pobladores no han existido. Otros eruditos quieren que los *aborígenes* fuesen ciertos seres humanos arrojados de las alturas del Apenino para ocupar el Lacio, expulsando á los Siculos y estableciendo varias aldeas unidas por vínculos religiosos, cuyos moradores se reunían para celebrar las fiestas á la diosa Vesta. La tradición, á pesar de las modificaciones que sufre con el tiempo, sirve para dar una leve idea del origen de los pueblos.

Cinco colonias, al parecer, vinieron á fundar los pueblos de Italia.

Una de ellas compuesta de arcadios, bajo el mando de Evandro, llegó antes de la guerra de Troya. Después de este acontecimiento, se presentó Eneas capitaneando varios fugitivos. Este príncipe supo avasallar la dinastía de Latino, y colocó á sus hijos en el trono de Alba-Longa (Alba-Larga), ciudad que estaba situada sobre el monte Albano. Quince reyes sucesores, desde Ascanio á Amulio, ocuparon el solio de Latino.

Este último monarca, Amulio, había destronado á su hermano Númerito, dándole algunos bienes, y su única hija llamada Rea Silvia vióse obligada á consagrarse á Vesta: con esta violencia creyó asegurado su trono. Empero, Marte no aceptó semejante sacrificio, y cuando iba por agua al bosque sagrado, la hizo madre de dos gemelos. Arrojadlos al Tiber, según los rigurosos preceptos de las vestales, las aguas los condujeron á la orilla, al pié del monte Palatino, donde los recogieron unos pastores: se dice que fueron amamantados por una loba. Faústulo, pastor del monarca, se apoderó de los gemelos y los entregó á su mujer Acca Laurencia para que los cuidara; ella fué quien los distinguió con los nombres de *Rómulo* y *Remo*.

Más tarde los dos hermanos dirigieron una colonia de latinos á las márgenes del Tiber, y fundaron una ciudad entre las fronteras de los latinos, sabinos y etruscos... Siempre la fábula y las sombras son las que señalan los primeros orígenes de los pueblos.

Rómulo, en desacuerdo con Remo, y ofendido, al parecer, por haber franqueado de un salto la muralla de la nueva ciudad, que había trazado en el territorio que Númerito les cediera, lo mató traidoramente, y dió á aquella su nombre, entre las solemnidades del culto etrusco. Robó las hijas de los sabinos y cuantas mujeres acudieron á las fiestas, y después de una lucha sangrienta, terminó uniéndose con ellos, atendiendo á las súplicas de las mismas sabinas. Aumentó su poder por medio de la conquista y murió asesinado por los suyos. Rómulo fué colocado en el catálogo de los falsos dioses con el nombre de *Quirino*. Prócuro aseguraba que había subido al cielo en el carro de Marte.

Roma había sido consagrada el 21 de abril del año 753, antes de la Era cristiana.

Un año se atrasó la elección de monarca, siendo elevado al trono el sabino



Rapto de las sabinas.

Numa Pompilio. El primero había sido un héroe, éste fué legislador. Modificó las feroces y sanguinarias costumbres, cambió los instintos destructores para que los romanos adquiriesen hábitos más dulces y morigerados.



La era de los primeros reyes de Roma terminó con Tarquino el Soberbio, que, como decía Cicerón, había introducido á grandes raudales la civilización de Grecia. Doscientos cuarenta y cuatro años habían trascurrido desde su fundación, y el insulto de Lucrecia, perpetrado por el hijo del último monarca, sublevó á los romanos á la voz de Junio Bruto y de Colatino, esposo de la heroína. Se establece la República, el Senado y la nobleza absorben el poder real, y se crearon dos magistrados temporales, que tomaron el nombre de Cónsules.

El reinado sacerdotal había concluido. El poder real ya no existía. Formaba su religión el politeísmo griego modificado por las ceremonias etruscas. Los patricios eran todo, la plebe elegía entre ellos á los que debían ocupar los altos puestos y dignidades, y los esclavos, si bien en corto número, era la clase abyecta de aquella sociedad.

Ya por este tiempo, Roma, con tendencias aristocráticas, era la ciudad de las siete colinas.

Los plebeyos ofendidos se retiraron á un monte, que tomó el nombre de *Sacro* ó *Sagrado*, donde quisieron fundar una ciudad; pero reconciliados con los patricios, por la intervención de los *feciales*, volvieron á Roma. Eligieron de su seno diez tribunos, y se abrogaron la iniciativa para formar las leyes, que tomaron el nombre de plebiscitos.

Los nuevos territorios conquistados se repartieron entre los nobles, y como Casio tratase de hacer una distribución más justa y equitativa, lo arrojaron al Tiber desde la roca Tarpeya. Una nueva proposición de los tribunos tomó el nombre de *Ley agraria*.

Buscaron entre los griegos las mejores leyes para formar un Código, y al presentar los decenviros las diez tablas, el pueblo se sublevó y la institución quedó abolida. Durante el primer período del estado político del pueblo romano, sólo la guerra fué su elemento vivificador.

Restablecido el gobierno de los cónsules y autorizados los matrimonios entre nobles y plebeyos, se erigen los censores nombrando á Cincinato *dictador*, cuando contaba ochenta años de edad. Los tribunos no cejan en sus pretensiones, y consiguen poner al frente de la dictadura al plebeyo Marco Rutilio. Esta época constituye la *edad heroica de Roma*.

Roma había proclamado la República para conseguir la igualdad y la libertad; pero en su recinto sólo se encontraba la desigualdad de clases, la servidumbre y una guerra interior asoladora, sostenida por nobles y plebeyos. Verdad que el influjo de los *feciales* había acallado muchas veces los ánimos y restablecido aparentemente la calma; pero los patricios conservaron los principales fueros y privilegios. La institución de los *tribunos* tuvo por objeto

rechazar la influencia y monopolio de la aristocracia, y los *decenviros* buscaron en las formas jurídicas la unión de los dos bandos por medio del matrimonio. De este modo los plebeyos alcanzaron todas las jerarquías, inclusa la de los colegios *feciales*.

Breno al frente de sus galos derrota el ejército consular, penetra en la populosa ciudad, donde roban, saquean y asesinan á muchos senadores. El dictador Camilo corre á vengar la patria ultrajada, derrotando á los galos en las riberas del Anio.

Roma adquirió otra vez su prepotencia. Empero, avasalladora con los samnitas, estuvo desgraciada y pasó por el yugo de las *horcas caudinas*, consignado en un tratado tan vergonzoso como humillante. Rehecha de nuevo, pudo con su táctica y disciplina vencer á sus enemigos, á pesar de los auxilios que otros pueblos les prestaron. La venganza de los romanos ahogó en lagos de sangre sus anteriores derrotas y particulares resentimientos; y el caudillo samnita, que había salvado la vida á seiscientos caballeros, fué entregado al hacha del verdugo. Roma quedaba vengada.

Cartago, su rival, fundada por la reina Dido, extendía sus conquistas por África y en las costas del Mediterráneo. Su comercio monopolizaba el Occidente, las ricas minas de España le producían pingües beneficios, y con tan poderosos elementos pudo señorearse de Cerdeña, las Baleares y acaso las Canarias. La Sicilia fué teatro de sangrientas luchas hasta que fatigados los marmertinos, llamaron á los romanos, y la Sicilia fué declarada provincia de la ambiciosa ciudad.

La política de Roma se dirigió siempre á sujetar los pueblos italianos. La guerra era el principio fundamental de su sistema de gobierno, y al dictar la paz se imponía á fin de exigir condiciones más ó menos onerosas que irritantes; así es, que la guerra que era una necesidad para el pueblo romano, llegó á convertirse en instinto.

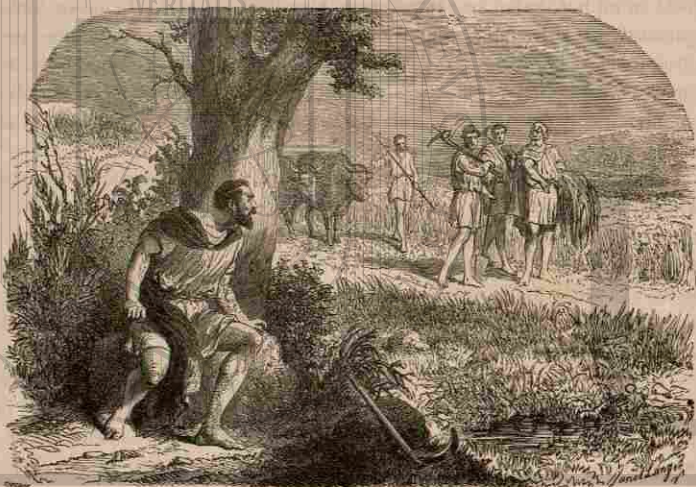
La civilización romana estaba por entonces en su infancia, carecía de artes, industria y comercio; la agricultura era un ejercicio grosero, que servía á la juventud para prepararse á la noble profesión de las armas; todo respiraba el espíritu guerrero, que las circunstancias desarrollaron y las costumbres elevaron á un alto grado de perfección. Roma era conquistadora. De aquí tomó origen la levantada política que alcanzaron los hombres de Estado, hasta el punto que el Senado romano reunía en su seno los más inteligentes y perspicaces patricios, que formaron una política nacional, bajo cuyo amparo supo avasallar ricos y poderosos reinos, á quienes impuso sus leyes y administración.

Las guerras con Cartago, hasta que alcanzó su ruina, haciendo alarde de maldad y perfidia refinada; la posesión de Sicilia, Cerdeña y Córcega; su do-



minación en España; la preponderancia en Africa; la derrota de los cimbrios por Mario; las guerras macedónicas y otros muchos hechos de armas gloriosos, bajo el aspecto sangriento y asolador, colocaron á Roma en el apogeo de su poder. Sólo las luchas intestinas y las ambiciones desenfrenadas de los tribunos, suspendieron por unos momentos la sed de conquista que la devoraba, y sus tendencias absorbentes se hacían sentir do quiera que paraba el vuelo de sus águilas.

Las ciencias, propiamente dichas, eran desconocidas, y si alguna leve noción de geometría, retórica y astronomía se vislumbraba en aquellos patricios,



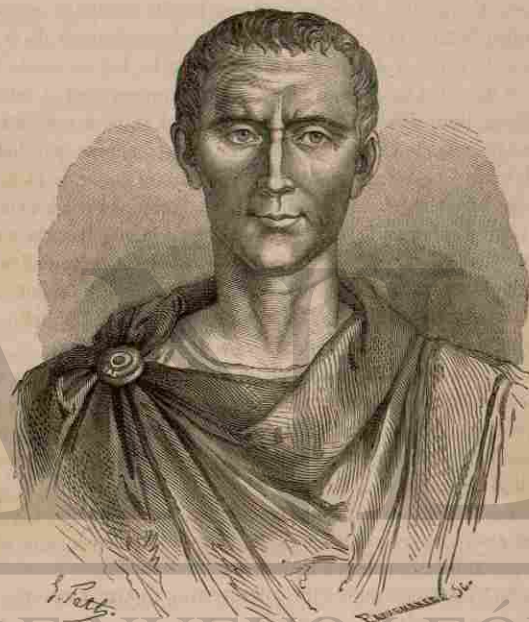
El enviado de Roma encuentra á Cincinato entregado á sus faenas agrícolas.

pronto perdía su importancia por el ruido del foro y la tribuna ó por la gravedad del derecho. La religión les preocupaba muy poco; así es que sería hasta ridículo buscar *conflictos*. Aceptaban los dioses de los países conquistados, y los sacerdotes, protegiendo las malas pasiones y los estímulos deshonestos, pretendieron conservar sus constantes ambiciones avasalladoras.

Sila y Mario se declararon rivales irreconciliables. La sangre de los romanos teñía las calles de la ciudad populosa, hasta que el triunfo de Sila pudo cimentarse con la muerte de Mario, la de sus amigos y el asesinato de Sertorio realizado por Perpenna en España. El partido de Mario había terminado, y Sila se constituyó en dictador, después de haber muerto á Telesino.

Sila fué un tirano. Sin embargo, pacificó el Oriente. Pompeyo venció y derrotó á los piratas del Mediterráneo, y después á Mitridates; llevó sus victorias á Oriente y tomó á Jerusalem. Sila abdicó la dictadura, y bajó al sepulcro.

Los patricios se confundieron con los plebeyos, las costumbres estaban corrompidas, y Pompeyo, Craso y César, después de diferentes alternativas y temiéndose recíprocamente, se coaligaron para formar el primer triunvirato.



Julio César.

La conjuración de Catilina, combatida por la elocuencia de Cicerón, á quien se le dió el sobrenombre de *Padre de la Patria*, exigía enérgicas medidas. Julio César obtuvo de sus colegas el consulado é hizo aprobar la nueva ley agraria; Catón marchó á Chipre, y Cicerón, acusado por Clodio, tuvo también que expatriarse. César alcanzó el gobierno de las Galias, donde sujetó á tan temibles enemigos, y después de varias conferencias convinieron que Pompeyo gobernaría las Españas y Craso el Oriente. La muerte de Craso cambió



las condiciones del triunvirato, y la de Julia, hija de César y mujer de Pompeyo, el lazo de unión entre los dos caudillos. Pompeyo es elevado á dictador; César, ardiendo en celos, penetra en Roma al frente de sus veteranos, se apodera luego de España é Italia, y le nombran dictador y cónsul. Con estos acontecimientos la segunda guerra civil tomaba otro sesgo.

Pompeyo acompañado de muchos senadores amigos y parciales suyos, se había refugiado en Epiro, donde, perseguidos por César, fueron derrotados en los llanos de Farsalia. El dictador en esta batalla mostró su acostumbrada magnanimidad durante el combate, y su tacto político después de la victoria. En las aguas de Egipto y dentro de un barquichuelo, fué asesinado Pompeyo por los suyos de órden del rey su pupilo; y como presentaran al romano vencedor la cabeza, lloró sinceramente la desgracia del valiente y gran Pompeyo.

Entonces fué cuando el caudillo se vió en graves apuros por haber colocado en el trono á la hermosa Cleopatra, hermana y mujer de Ptolomeo Dionisio, á quien hizo ahogar en su propio buque. Dominado por los encantos de la reina y fascinado por su hermosura, bulló en su mente hacerla su esposa. Habiendo quemado los buques, y en la heroica defensa de aquellos palacios del Buchium, el fuego se propagó al arsenal y á la famosa Biblioteca Alejandrina. En esta primera quema las llamas consumieron todos aquellos tesoros, que representaban la ciencia de las civilizaciones pasadas.

Marcha César sobre Farnaces, y en Ponto Euxino lo combate y destruye. Al dar cuenta al Senado, pronunció aquellas célebres y elocuentes palabras: *veni, vidi, vici*. En Africa derrotó á Metelo, á Escipión y á Catón; y en su retorno á España, termina en Munda la guerra civil, donde sucumbe Gneo Pompeyo, hijo de Pompeyo el Grande.

A su regreso á Roma se le tributaron extraordinarios honores, y se le declaró dictador perpétuo con el título de *Imperator*. La democracia, al fin, representada por Julio César, había triunfado.

Las notables reformas emprendidas despertaron implacables odios y amargados rencores, y en medio del Senado fué infamemente asesinado por los conspiradores, capitaneados por Décimo Bruto, Cayo Casio, Servilio Casca y Tulio Cimbro. Veinte y dos puñaladas acabaron con la vida del héroe, que cayó á los piés de la estatua de Pompeyo. Era el día de los idus de marzo del año 44 antes de J. C.

Julio César ha dejado en la historia un nombre imperecedero. General siempre vencedor, jamás vencido; político consumado, legislador profundo, jurisconsulto eminente, poeta, historiador y orador elocuente; astrónomo y geómetra; es admirado de todos. En calidad de Sumo Pontífice arregló el calendario y substituyó al año lunar, introducido por Numa Pompilio, el de 365

días, poniendo cada tres años uno con 366: en este trabajo le ayudó Sosígenes, astrónomo alejandrino.

La infamia de Bruto cuenta, por fortuna, pocos ejemplos en la historia. Había hundido el puñal en el corazón de su bienhechor.

Después de la muerte de César se presentaron varios competidores á la dictadura. Entre ellos sobresalían el cónsul Marco Antonio, Lépido, hombre adocenado, y Bruto, gobernador de la Galia Cisalpina. El testamento de César nombraba por heredero á Octaviano, su sobrino, acompañado de otros dos: éste, aunque débil y enfermizo, fué generoso y espléndido, y supo atraerse las simpatías del pueblo; empero, presentaba una capacidad política nada vulgar, y un corazón cruel para las empresas más temerarias. Era, en verdad, un nuevo competidor; pero temible. Antonio fué derrotado en Módena, y la fortuna favoreció al pusilánime Octaviano, el cual desatendido del Senado, se puso de acuerdo con sus competidores.

Pasa Octaviano el Rubicón al frente de su ejército, como hiciera su tío en otra ocasión; entra en Roma, combate á los republicanos sin descanso y se ejecutan por los triunviros los más atroces asesinatos. Cicerón, en medio de aquellos trastornos y hecatombes pudo escapar á Gaeta, donde le alcanzaron los asesinos capitaneados por Popilio, cortándole la cabeza y la mano, Herencio el centurión, dentro de su propia litera. Marco Antonio y Fulvia quedaban satisfechos y vengados. Esta cabeza que más de una vez había salvado el poder de la Ciudad eterna y la de Verres, sirvieron para adornar la tribuna del Senado. ¡Miserable condición de la humanidad! Fulvia, mujer de Antonio, había tenido el depravado gusto de atravesar con un alfiler la lengua del elocuente tribuno.

Las luchas interiores continuaban con atroz encarnizamiento. Bruto, considerándose ofendido, peleaba contra los triunviros y había conseguido algunas ventajas sobre Antonio y Octaviano en la batalla de Filipos; pero abandonado de los suyos después de la derrota de Tesalónica, murió atravesado por la espada que le presentó su amigo Estratón de Epiro, exclamando: *¡Oh, virtud, te creí una realidad; pero veo que no eres más que un sueño!*

Marco Antonio recorrió la Grecia y parte del Asia entre fiestas y placeres, los aplausos no modificaron sus instintos sanguinarios; hace la guerra á los partos, y en Cilicia manda comparecer á su presencia á la hermosa Cleopatra, reina de Egipto. Esta mujer, temible por su seductora belleza, presentóse en una galera ricamente adornada con la espléndidez y voluptuosidad del lujo oriental.

Subyugado M. Antonio por los encantos de Cleopatra, comete toda suerte de excesos y tropelías para complacerla, y entregado al amor y á la crápula fué el esclavo de la encantadora reina.



Mientras tanto, Octavio repartía los bienes de los italianos entre sus soldados, y Fulvia, mujer de Antonio, impulsada por el deseo de vengar las veleidades de su marido, animaba á los soldados. Poco previsora, se vió envuelta por Octavio, que en Perugia, violando la fe del tratado, ejerció su natural crueldad y degolló á trescientos ciudadanos entre senadores y caballeros.

Lépido, que gobernaba en Africa, fué descuidado é indolente, desapareciendo desde este momento del mundo político.

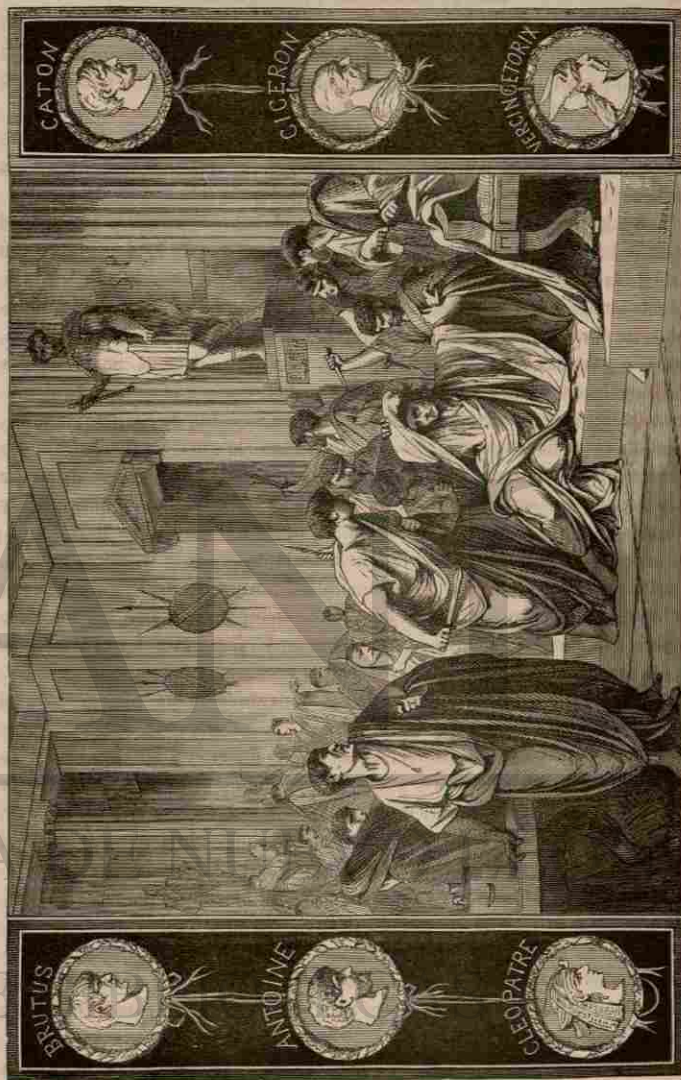
Antonio despierta, al fin, de sus criminales amores; la guerra de Perugia y las amenazas de los partos, le recuerdan sus deberes; marcha á Atenas, se reconcilia con su esposa, y considera como un acto hostil á su persona, la ocupación de la Galia Transalpina por Octavio. Lleno de coraje abandona de nuevo á Fulvia, que sucumbió á tan duro golpe; se dirige á Italia, donde se le incorpora la escuadra republicana que mandaba Enobardo, y se adhiere á su partido Sexto Pompeyo.

Octavio dudando de la lealtad de sus soldados, entró en transacciones con Antonio, el cual recibió como garantía la mano de la virtuosa Octavia.

El imperio romano se divide entre los dos contendientes. Octavio conservó la Dalmacia, las dos Galias, la España y la Cerdeña; y Antonio tomó la parte de Oriente hasta el Eufrates. Lépido continuó, como olvidado, mandando en Africa. Además se convino que Italia quedaría de comun, á fin de organizar ejércitos que deberían servir para hacer la guerra á los partos, ó para que Octavio impusiera á Pompeyo, que aspiraba reemplazar á Lépido en el triunvirato. A pesar de todo se decidió que conservase el mando de la Sicilia, la Cerdeña y el Peloponeso, con otras restituciones y franquicias. Empero, era imposible que hubiese avenencia ni lealtad entre los representantes de aquellas dos colosales figuras de la poderosa Roma, César y Pompeyo, ambos apellidados *Grandes*. El hijo de este último, tan desdichado como su padre y hermanos, vencido en las aguas de Mesina, huyó á Asia y fué asesinado de orden de Antonio.

Muerto Lépido, el imperio romano fué disputado con encarnizamiento por Octavio y Marco Antonio. El primero, precavido político aunque no guerrero, sostenía un poderoso ejército, quizá el más numeroso que hubiera conocido la soberbia Roma; pero exigente y falto de disciplina. Octavio recibió de la ciudad sagrada el título de *pacificador* de tierra y mar; se levantó una estatua triunfal, y le nombraron *tribuno* de la plebe.

Antonio, después de haber recorrido la Grecia entre festines y ovaciones, festejos y otras puerilidades, regresó á Italia con su esposa, donde su hermano, por indicación de sus constantes consejeros Mecenas y Agripa y á ruegos de la misma Octavia, celebró una conferencia, que dió por resultado prolongar el mando otros cinco años.



Asesinato de César.



La desgraciada Octavia no podía sujetar con su prudencia y encantos aquel rudo carácter militar. Los recuerdos de Cleopatra le traían inquieto, estaba fascinado y resolvió volver á Egipto, dejando á su esposa en Italia para que cuidara tanto de sus hijos como de los de Fulvia, su primera esposa.

Desde Siria invita á la seductora Cleopatra para que se reuna con él; pero esta ambiciosa dama, con exquisita sagacidad, le recuerda que Alejandria puede ser también la capital de un nuevo y poderoso reino.

Subyugado el romano por las seductoras caricias de la reina, aumentó el poder del Egipto con la isla de Chipre, la Cirenaida y la Fenicia, una gran parte de la Cilicia, de la Judea y de la Arabia. Marco Antonio estaba embriagado de amor; jamás se podrán concebir mayores goces, mayores voluptuosidades, ni mayores gastos; el Bruchium era el teatro de doradas bacanales, donde se gastaban sumas enormes por los más fútiles deleites. Sus descuidos é indolencia alentaban á sus enemigos; la maledicencia y la envidia le atribuyeron querer elevar al trono de Roma á la hermosa reina de Egipto, y, en fin, repudió á la virtuosa Octavia. El Senado declaró la guerra á Cleopatra, y las dos escuadras se hallaron frente á frente en el mar Jónico. Antonio abandona á los suyos para embriagarse en brazos de su amante, que en magnífica y adornada galera asistía á la batalla como si fuese un simulacro. Marco Antonio vencido en Accio, no pudo resistir á tanta desgracia y se dió la muerte. La reina Cleopatra olvidando su seductora hermosura, se dejó también morir por el veneno de un áspid, que la ciencia distingue hoy con tan histórico nombre. El vencedor encontró en la célebre torre (Timonium) los cadáveres de los dos amantes. El Egipto quedó reducido á provincia romana.

Las guerras civiles, que tanta sangre costaron á Roma, ofrecen para el hombre reflexivo un espectáculo triste y desconsolador.

Después de estas victorias, Octavio se vió revestido con las dignidades de cónsul, censor y gran pontífice. Por debilidad tomó el título de *Imperator*, y el Senado le confirió el nombre de Augusto.

La extensión del imperio romano alcanzaba límites inmensos. Durante el mando de Augusto se le incorporó la Bretaña, la Tracia, el Cáucaso, la Armenia, la Capadocia, la Siria y la Palestina; en Africa la Mauritania. Sin embargo, en los tiempos de Trajano fué cuando alcanzó su mayor extensión.

El reinado de Augusto se llama el siglo de oro de los romanos; las reformas en todos los ramos de la administración se dejaron sentir con beneficiosos resultados, durante cuarenta y cuatro años de paz y sosiego; las leyes fueron también modificadas. El templo de Jano se cerraba por la vez tercera.

Augusto, después de haber asociado á Tiberio en la gobernación de tan vastos Estados, bajó al sepulcro en Nola el 19 de agosto del año 14 de Jesu-

cristo, contando muy cerca de 76 años de edad. Vestido de gala, dijo á sus amigos: *He representado bien mi comedia... Aplaudidme*: fueron sus últimas palabras.

La unidad romana constituía una fuerza poderosa, que daba estabilidad á sus conquistas. Conducta opuesta á las democracias griegas, que solo ejercían sobre los pueblos vencidos una presión inhumana y hasta ilegal. Bajo este punto de vista histórico y filosófico, Roma se elevó sobre los reyes de Oriente, y sobrepusó al gran conquistador de Asia y la India.

Roma se había engrandecido de un modo maravilloso; aspiraba á la monarquía universal, y se hacia superior á los pueblos que la habían precedido. Soberbia, había concentrado todo su anhelo é inteligencia á plantear una buena legislación, estableciendo un poder que, al parecer, alcanzaba tanto al jefe del Estado como al padre de familia; y olvidando el movimiento intelectual de Grecia, sólo se entregaba á los impulsos de sus ambiciosos instintos de guerrera y conquistadora. La filosofía, la poesía y la historia, las artes liberales, las letras y cuanto constituye la civilización de un pueblo, apenas fueron vislumbrados durante la *edad heroica* de la engreida Roma, que por medio de su fecunda actividad supo dominar casi todas las nacionalidades entonces conocidas. En Roma los sentimientos de caridad y filantropía eran del todo ignorados.

Fecunda, en esta época, en virtudes cívicas, había sido espectadora de grandes crímenes, cubiertos con el velo sacrosanto del patriotismo. Bruto presencia la muerte de sus hijos con un estoicismo repugnante; Lucrecia se quita la vida por delitos de otro; Scévola se mutila cortándose la mano que le ha faltado en un meditado homicidio; horribles suplicios se cometen en holocausto de la patria, y Cincinato mancha con sangre sus venerandas canas. Aquí podemos exclamar con Schiller, «que la antigüedad romana pudo formar grandes ciudadanos, pero no grandes hombres.»

El pueblo romano había pasado de vasallo á ciudadano. Se mejoraron las leyes, la civilización comenzó á hacer prosélitos y el entendimiento y la razón empezaron á elevarse. Las conquistas hubieron de romper la valla que separaba las castas, y la espada aproximó y confundió á los hombres y á los pueblos. Roma despertó, en fin, de su letargo para entregarse presurosa en brazos de la ciencia de los griegos primero, y á su especial legislación después. Han pasado dos mil años, y aun imperan entre nosotros las leyes romanas y los progresos de la civilización latina. Hoy se tiene por alguno la loca pretensión de querer, que todas estas leyes fueron tomadas de la India (L. Jacolliot).

Los Scipiones dispensaron á manos llenas su protección para que la cultura se difundiese por todas las clases; la lengua latina mirada hasta entonces con



descuido y quizá con desdén, comenzó á ser el idioma patrio, y Cicerón con sus torrentes de sublime elocuencia, enseñó la pureza en el estilo, la nobleza de las imágenes y la profundidad en la reflexión; Marco Antonio y Craso dieron al discurso gracia y agudeza; hasta la mimica se utilizaba como medio de interesar y conmover al oyente. Hortensio sujetó todas estas concepciones á



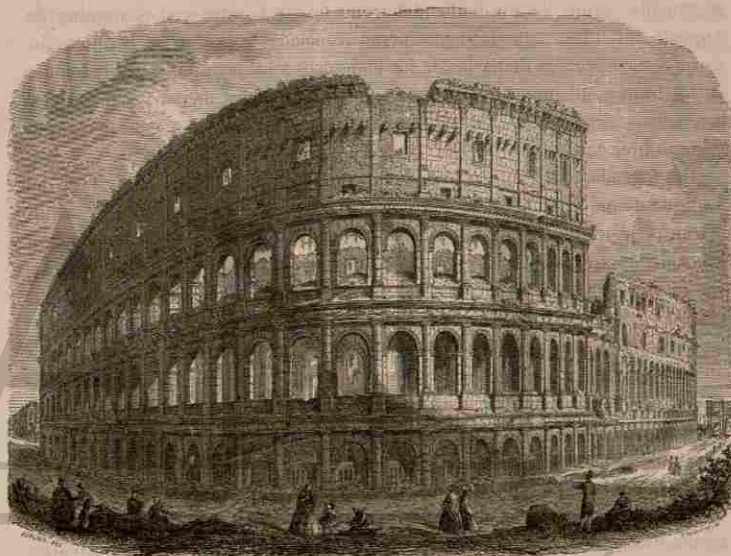
Cicerón.

reglas y principios. La elocuencia romana llegó á su colmo con César, Bruto, Mesala y otros no menos notables oradores.

La filosofía pitagórica había hecho entre los romanos sus secuaces, quienes uniendo la ciencia á la galanura del lenguaje y á la severidad de la jurisprudencia, adquirieron cierto sello de originalidad. Todas las escuelas griegas llegaron á tener en Roma sus representantes, todas ostentaban erudición y elegancia, y revivían aquellas sectas ya casi olvidadas para condensarse en los

epicúreos, los estoicos, los peripatéticos y los nuevos académicos. La Grecia sólo había podido conservar el prestigio de su nombre. Sus antiguas leyes, sus progresivas escuelas filosóficas y las atrevidas concepciones de las artes plásticas quedaron en el país helénico casi olvidadas. Roma les prestó su apoyo, las cobijó con su purpúreo manto, las dió vida en su seno y volvieron á renacer con toda su esplendorosa riqueza y majestad para ofrecer al mundo la evidencia de una civilización efectiva.

Roma, en esta época, alcanzaba la suspirada primacía en los humanos co-



El Coliseo.

nocimientos. Sus conquistas llegaron á subyugar casi el mundo conocido, y sus huestes victoriosas se extendían por Europa, Asia y África. La unidad de la fuerza pudo dominar á las naciones y las ciencias y las artes, la elocuencia y la literatura, la historia y la geografía, la poesía y la sátira, la jurisprudencia y la filosofía, las ciencias naturales y la medicina consiguieron, al fin, un marcado desarrollo, y llegaron á constituir una civilización especial, que no sin razón se llamó *civilización romana*, aun cuando, en general, careciese de originalidad y en algunos puntos fuese rudimentaria.



La Grecia abrumada por el azote de intestinas guerras, sucumbió á las formidables legiones romanas. Los reinos fundados con el imperio de Alejandro cayeron heridos de muerte; una guerra engendraba otra, y la pasión al poder y á las riquezas, al paso que despertaban y sostenían el espíritu de conquista, enervaban la moral y arraigaban los vicios y las malas pasiones. Mario, Sila, Catilina; Pompeyo, César, Bruto, Antonio y Lépido, unas veces vencedores y otras vencidos, prepararon con sus sangrientas luchas domésticas el camino para fundar el imperio sobre sólidas y duraderas bases.

Octaviano levantóse lleno de majestad sobre sus rivales, y más astuto ó más afortunado, zanjó los cimientos del trono de los Césares con el nombre de Augusto. Supo hacer que las leyes fuesen respetadas, y las formas jurídicas llegaron á oscurecer las demasías de los poderosos y las criminales usurpaciones de los tiranos. El imperio de Augusto alcanzó notables mejoras y materiales beneficios por los desvelos de Mecenas y Agripa, sus amigos y consejeros, cuyos nombres conserva la historia con respetuosa veneración.

Desgraciadamente, durante la paz que dió Octaviano se cuidó muy poco del sentimiento moral, y el ardor de las batallas y el fragor de los combates cambiaron bien pronto en una indiferencia y egoísmo punibles, que enervaron los espíritus y los arrastraron á una completa corrupción. Era preciso conservar las apariencias republicanas, en medio de una monarquía celosa de sus privilegios y prerogativas.

Verdad que Roma contaba con formidables legiones que formaban ejércitos numerosos, tenía espléndidos y lujosos palacios, refinada industria, bellas artes y gigantescos circos, grandiosos coliseos, teatros y obeliscos, templos suntuosos, manufacturas y comercio florecientes, anchos y dilatados caminos, interminables vías, puentes maravillosos, sorprendentes acueductos; Roma estaba revestida de mármoles, estatuas y relieves y en su recinto reunía cuanto de más selecto, lujurioso, desvergonzado y cínico puede concebir una civilización descreída, sensual y materialista. ¿Habéis visitado el museo borbónico de Nápoles? Allí encontraréis una sala reservada que contiene parte de las preciosidades extraídas de Pompei que os patentizará cuanto acabamos de decir.

Pompei será á no dudarlo una mina inagotable de riqueza arqueológica, Herculano un foco de luz que enseñará á las generaciones las bellezas de aquel siglo y las costumbres romanas; la historia y el arte encontrarán en ambas, elementos sobrados para corregir los errores de aquellos tiempos y las preocupaciones de pasadas épocas; empero el filósofo católico al estudiar aquellos tesoros inestimables de la incredulidad y del error, al recordar el siglo primero del Cristianismo y al evocar las sombras de sus santos Mártires y los preceptos puros de sus divinos Evangelios, tendrá presente, aún sin quererlo,

la lascivia, el desenfreno y el libertinaje de aquellos patricios. El Museo de Pompei y el Borbónico de Nápoles, junto con las maravillas del arte atesorarán también la impureza, el cinismo y la inmoralidad del agonizante paganismo romano.

Convenimos que Pompei recuerda al viajero, al artista, al arqueólogo y al sabio las costumbres, los usos y la civilización de aquel pueblo que en el apogeo de su gloria, extendió su dominio por el mundo conocido y que embriagado con un paganismo ostentoso y sin fe y enorgullecido con sus ambiciones desordenadas, dirigió á la humanidad por el intrincado sendero de la vida. En aquella ciudad augusta, sumergida en candente lava el año 79 de J. C. (24 de agosto según unos, ó 23 de noviembre en opinión de otros), en aquel espantoso cataclismo que consumió en el fuego y abrasó en fluida escoria y enrojecidas cenizas á toda una generación llena de vigor y lozanía, donde en alegres bacanales imperaba con todas sus voluptuosidades la diosa Venus; encontramos repetidos ejemplos de todos los vicios, de todos los defectos y de todos los excesos de la corrupción y de la crápula. El arte y la historia hallarán en esas venerandas ruinas, ricos y abundantes tesoros para sus estudios y meditaciones; pero la moral y el pudor se cubrirán el rostro abochornados en presencia de tanta prostitución y sensualismo. La poesía y el genio podrán cantar en armonioso metro ó enaltecer en levantada prosa una naturaleza exuberante, las casas, los palacios, los jardines, los templos, los foros, el cielo siempre hermoso y brillante de la Campania; empero la virtud y la honradez se sentirán lastimados y no dejarán de impresionarse al recordar aquellas luchas de gladiadores, aquellos inmundos lupanares, aquella molición y procaacidad, aquella voluptuosidad desvergonzada en los teatros y en las termas y aquella insolencia descocada de una sociedad corrompida por toda suerte de enormidades gentílicas. Pompei y Herculano además de dar á conocer á los eruditos y á los sabios lo bello, lo grande y lo sublime de una generación ya juzgada apesar de su genio y de su grandeza, nos manifiesta también lo que era el pueblo romano en virtudes morales y sociales en el primer siglo del Cristianismo, cuando comenzaba á propagarse la santa Religión del Crucificado.

Tanta grandeza y tanta opulencia, tantos banquetes y festines, donde los manjares se salpicaban con polvos de oro y perlas, tanta disolución y libertinaje, tanta corrupción y desenfreno, trajo en pos de sí la disolución de la sociedad. Sobre seiscientos religiones se profesaban en la ciudad de los Césares; y, sin embargo, aquellos patricios, plebeyos y esclavos no tenían ninguna; en nada creían, eran escépticos ó estoicos, y carecían de moralidad, de virtud, de caridad, de abnegación y de amor al prójimo. Las relaciones é historias que nos han dejado, y han podido conservarse de Varron, Tito Livio, Salustio,



Cicerón, Juvenal, Tácito y Suetonio llenan el alma de dolor y espanto... Corramos un espeso velo sobre tan repugnantes escenas, que se resisten á la decencia, á la moral cristiana y á la honradez.

De aquí podemos deducir, cuán engañados han andado aquellos filósofos materialistas, positivistas y ateos, cuando han podido imaginar que los romanos tendían á la unidad religiosa, y que el monoteísmo estaba en ellos iniciado.

Con la época de Augusto coincide el nacimiento del Redentor anunciado por los Profetas. La venida del Mesías iba á cambiar la faz del mundo, y á cimentar una civilización nueva, que debía propagarse y extenderse por toda la redondez de la tierra.

Empero, antes de ocuparnos de la venida del Redentor y dar á conocer tan notable como trascendental acontecimiento, vamos á dirigir una mirada retrospectiva para darnos razón de cómo se dividió el imperio de Alejandro después de su muerte, y de qué manera tomó origen aquel famoso Museo que ennobrecía la portentosa *Biblioteca*.

Durante el largo período que hemos recorrido de la historia de la humanidad, las ciencias experimentales y de observación no existían como ciencias reales y efectivas. Las hipótesis y las teorías que se dieran á conocer en el campo del empirismo se aceptaban, se modificaban ó desechaban según los lentos y pausados adelantos que se hacían. Faltaba un cuerpo de doctrina basado en observaciones repetidas y estudios serios y concienzudos.

La decrepitud de la sociedad romana en medio de una opulencia deslumbradora estaban á igual altura que el indiferentismo religioso, y la misma multiplicidad de sectas hicieron perder toda noción de creencia y de fe. Y cuando la buena nueva vino á inaugurar la Santa luz que debía difundir el Evangelio, y que reclamaba imperiosamente aquella corrompida generación (porque la filosofía jamás podrá ser origen de creencia ni de fe divina) se vieron palpablemente la falsedad de los dogmas admitidos, erróneos y hasta funestos para la humanidad, sin que resultase *conflicto alguno* con aquellas teogonías, á pesar de sus torpes supersticiones. Entonces se oyó aquella voz celestial que dijo: *Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas*. (San Juan, viii, 12).



## CAPÍTULO IV

### LOS LAGIDAS EN EGIPTO

Generalidades. — División del imperio de Alejandro. — La dinastía de los Lagidas. — Consideraciones acerca de las ciencias hasta la venida de Cristo. — Reflexiones generales. — Conclusión.



ESTA y sorprendente admiración han causado las conquistas de Alejandro el Magno á muchos sabios y eruditos de todas las épocas, y en particular á alguno de los críticos de nuestros días. Las proezas de aquel guerrero afortunado se han apreciado de distinto modo y con pareceres encontrados, y las consecuencias que se siguieron á su inesperada muerte al repartirse tan vasto imperio, han sido comentadas según el espíritu filosófico y las tendencias religiosas de cada autor.

La famosa ciudad de Alejandría, fundada por el conquistador para que le sirviera de ostentoso sepulcro, se hizo la corte de los Lagidas después de la división de aquel imperio, y bajo los nuevos monarcas llegó á ser el centro de la actividad mercantil, el emporio de los placeres y la maravilla de las ciencias.

Hoy todo ha cambiado. En estos momentos que repasamos este manuscrito (Julio de 1882), el cañón británico, adelantándose á la acción colectiva de las grandes potencias europeas, destruye los fuertes y convierte en ruinas y escombros la bella y populosa ciudad de Alejandría. El canal de Suez será tal vez monopolizado por la codicia de la poderosa Albión, que ha sabido utilizar con pretextos más ó menos fundados la ambición de Arabi y la debilidad del Kediye. Dueña Inglaterra de Gibraltar y



de Malta, ejercerá sobre el Mediterráneo una autoridad despótica y avasalladora en pro de sus intereses, y á ciencia y paciencia de Francia, Italia y España y hasta de los imperios del Norte. Siempre la misma lucha; el Oriente y el Occidente. La media luna tendrá al fin que abandonar las grandes conquistas de Mahometo II, para volver á sus naturales dominios...

En Egipto se fundó el renombrado Museo Alejandrino bajo la sabia dirección de los dos primeros Lagidas. En este Museo se encontraba la famosa Biblioteca, jardines botánico y zoológico, grandes colecciones de rocas y minerales, observatorio astronómico, laboratorios, gabinetes, talleres, salas de conferencias y cuanto pudiera necesitarse para presentar la magnificencia y esplendor de una civilización completa y perfeccionada. El Museo Alejandrino fué el gran foco del saber de la antigüedad; el centro de una civilización potente y bien entendida; pero era la ciencia amalgamada de la India, de la Caldea, de la China, del mismo Egipto y de la Grecia; era la ciencia de todos los pueblos que le habían precedido, condensada por las inmensas riquezas de los dos primeros Ptolomeos.

Todos estos acontecimientos históricos se presentan muchas veces confusos ó desfigurados, y hasta con intención siniestra en nuestros días, para zaherir el sentimiento católico, haciendo que la juventud adquiera cierta predisposición para el materialismo y el positivismo, que tanta influencia ejercen hoy en la educación del pueblo...

*Dejo mi imperio al más digno, dijo el afortunado conquistador al morir; y después añadió; pero preveo que mis amigos celebrarán mis exequias con las armas en la mano.*

No se engañaba Alejandro. El consejo de guerra celebrado por los generales fué agitado y tumultuoso, y Perdicas renunció las altas y significativas distinciones del guerrero, depositando sobre el trono las insignias reales y el anillo que el héroe le había confiado.

Se pensó en el niño que Roxana podría dar á luz. Nearco indicó á Hércules hijo de Alejandro y de la bailarina Barsine, Ptolomeo propuso el nombramiento de una regencia hasta que hubiese un príncipe que se pusiera al frente del imperio; unos presentan para regente á Perdicas y otros á Arideo, hermano del conquistador. La familia de Alejandro no merecía la confianza de los generales, porque, incluso el fiel Antipatro, todos aspiraban á declararse independientes.

Los nombres de Leonato, Lisimaco, Ptolomeo, Penceso, Piton y Perdicas se habían hecho célebres, y éste último designado ya como regente por sus sobresalientes cualidades. Perdicas distribuyó los reinos entre sus compañeros, con el fin de que los administrasen; pero todos ellos los tomaron para gobernarlos con absoluta independencia.

Ptolomeo, hijo adoptivo de Lago, y que fué llamado *Soter*, es decir *salvador*, por los servicios que en el sitio de Rodas prestó á los habitantes, obtuvo el Egipto; Leonato la Misia; Antipatro y Cratero las posesiones de Europa; Antígono la Frigia, la Lacia y la Pamfilia; á Lisimaco se le dió la Tracia; á Eumenes la Capadocia y la Paflagonia y á Piton la Media. Perdicas se reservó la regencia y el mando supremo del ejército. Con esta distribución echaron por tierra los grandes proyectos de Alejandro. La envidia hizo sus progresos, las intrigas más ó menos encubiertas tuvieron sus victorias ó sus reveses, hasta que la familia real quedó del todo destruida, siendo víctima de los usurpadores.

Igual suerte les cupo á todos los generales. Parecía que la maldición celeste satisfacía las invocaciones de aquellos pueblos sojuzgados por la espada de Alejandro... Nuestra misión no nos autoriza para profundizar en semejante terreno; sin embargo, no nos podemos eximir de estudiar superficialmente la dinastía de los Lagidas, que reinó en Egipto, donde fundaron la famosa Biblioteca Alejandrina.

Los Ptolomeos bajo el punto de vista moral, se distinguieron por su crueldad y repugnantes voluptuosidades. La familia real, casi siempre, vivía en medio de torpes incestos y atroces asesinatos. Desde Ptolomeo Filadelfo, hijo del fundador, no registra la historia más que horrosos crímenes, que dan á conocer el espectáculo degradante de aquellos monarcas que indudablemente poseían inmensas riquezas.

Ptolomeo Soter hijo de Filipo y de su preciosa concubina Arsinoe, hija de Lisimaco, á quien el rey de Macedonia hizo casar luego con *Lago*, fué el fundador de la dinastía de los *Lagidas*, que gobernó el Egipto durante doscientos noventa y dos años.

Soter estuvo casado con Thais, de la cual tuvo una hija; y después contrajo matrimonio con la griega Berenice. Dió al Egipto grande impulso, haciendo de Alejandria la corte de su reino; aumentó la población, levantando suntuosos edificios, templos magníficos, teatro, circo, gimnasio, hipódromo y en particular el gran Museo unido al palacio en el cual estaba la rica y renombrada Biblioteca, y multitud de habitaciones, pórticos y patios para los poetas y literatos. Establecieron cátedras sobre los diferentes ramos del saber humano, donde los numerosos discípulos pudieran recibir las sabias explicaciones de los maestros. Todo allí era rico, grande y esplendoroso. Soter fué el que comenzó los magníficos edificios del *Bruchium*.

Su hijo Ptolomeo Filadelfo ó *amador de su hermana*, por haberse casado con su hermana, continuó con afán é inteligencia las obras y la política emprendida por su padre. Concluyó el magnífico Museo donde se encerraba el



inapreciable depósito de los conocimientos humanos atesorados por la antigüedad. La Biblioteca contaba más de 400,000 manuscritos; era famosa por su riqueza y muy renombrada, porque en ella se había reunido todo lo selecto y sublime de pasadas civilizaciones. En tiempo de César llegó á reunir hasta unos 900,000 volúmenes. El Serápeo (*Serapeión, Serapium*) fué un templo consagrado á Serapis, mandado construir por los Ptolomeos en honor de esta divinidad pagana; en él había también su biblioteca particular, que contaba



Ptolomeo en el templo.

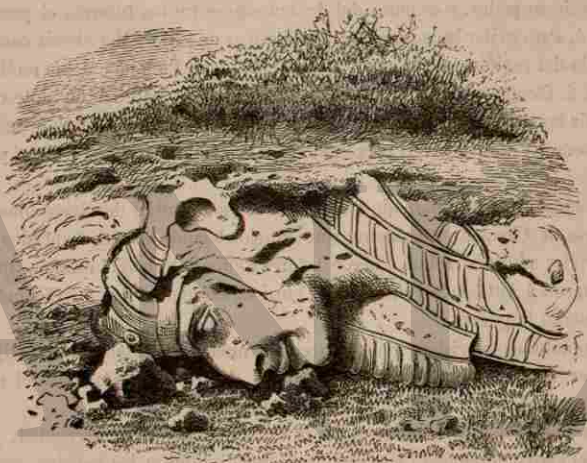
con 300,000 manuscritos. Este templo desapareció presa de las llamas en tiempo de Marco Aurelio, salvándose solamente la estatua y los libros. Empero, reedificado de nuevo, fué destruído posteriormente por un edicto de Teodosio.

Todas las dependencias del Museo estaban servidas con lujo y especial ostentación; se copiaban los manuscritos quedándose con los originales y entregando á los interesados ricas y elegantes copias perfectamente encuadradas, y con frecuencia cantidades en metálico. En aquella esplendorosa

Biblioteca había sabios de todos los países y nacionalidades, los cuales se agrupaban por escuelas. Parece que su primer jefe ó director debió ser Eratóstenes en los tiempos de Filadelfo, y luego Demetrio Falereo.

Filadelfo aumentó su celebridad mandando construir el famoso *faro* en la isla de Faro, que se consideró como una de las siete maravillas del mundo; siendo el director Sostrato de Knidos. Monumento que sobrepujaba en altura á la pirámide Cheops, el cual el monarca dedicó á la memoria de sus padres.

El Egipto próspero y floreciente, llegó á ser durante estos dos reinados, uno de los imperios más ricos y poderosos del mundo. Filadelfo fué aficionado al



El Coloso de Memphis.

estudio de la naturaleza, y en sus bodas y en las fiestas celebradas cuando subió al trono, se dieron á conocer multitud de fieras y animales raros, algunos de notable belleza.

Ptolomeo Evergetes ó *Bienhechor*, hijo de la primera mujer de Filadelfo, conquistó la Siria para vengar á su hermana Berenice, con quien se casó luego. La cabellera de esta princesa se colocó en el templo de Chipre en honor á Arsinoé y en cumplimiento de un voto; empero como desapareciera de aquel lugar sagrado, el astrónomo Conón de Samos formó con esta idea la constelación de las siete estrellas que se observan próximas á la cola del León. Evergetes tuvo grande amor al arte y á la ciencia; de corazón noble y con elevadas



prendas militares, supo hacerse respetar de propios y extraños, conservando en Alejandría el monopolio del comercio, de la industria y de la ciencia.

Ptolomeo Filopator ó *Gloton*, fué cruel y sensual. Con este monarca comenzó la decadencia del imperio. La guerra con Antioco III, trajo muchos males al país, á pesar de haberse ganado la batalla de Xafia. Los romanos intervinieron para ejercer su poderosa influencia en los destinos futuros del Egipto. Sin embargo, Filopator fué amante de las ciencias, y en la destrucción de Rodas por un terremoto, dió pruebas inequívocas de filantropía y generosidad; no obstante se dice que envenenó á su padre.

Ptolomeo Epifanes, que quiere decir *ilustre*, contaba pocos años á la muerte de su padre, y después del desacuerdo entre los tutores, el pueblo se sublevó. Para evitar las ambiciones de los reyes de Siria y Macedonia confiaron la tutela del regio niño al Senado romano. El joven Ptolomeo debía recibir por esposa á Cleopatra, hija de Antioco III, quien en calidad de dote ofreció restituir las posesiones conquistadas en Siria. El monarca de Egipto fué malo y perverso, y murió joven arrastrado por los vicios: contaba veinte y ocho años.

Le sucedió su hijo llamado Ptolomeo Filometor, niño de cinco años, bajo la tutela de Cleopatra su madre, que murió dejando gratos recuerdos de su gobierno y administración. Fueron tutores Leuco y Eubeo el eunuco, quienes reclamaron á Antioco la Fenicia y la Celesiria, ofrecidas en dote á Cleopatra. De aquí estalló la guerra.

Filometor cayó prisionero de Antioco su abuelo, y los alejandrinos eligieron á su hermano Ptolomeo Fiscón, que quiere decir *barrigudo*; pero el mismo Antioco restableció en el trono á su nieto Filometor.

Los dos hermanos se unieron por la ley imperiosa de la necesidad, y buscaron el apoyo del Senado romano. Luégo se dividieron los Estados, tomando Filometor el Egipto y Chipre, y Fiscón la Cirene y la Libia. Renovadas las disensiones, el primero tuvo que fugarse á Italia. El Senado los reconcilió otra vez; pero al poco tiempo volvieron á la lucha, donde fué vencido Fiscón quedando prisionero. Empero Filometor echó al olvido las faltas de su hermano, le cedió la Cirene y la Libia como antes, muriendo después de una batalla. El pueblo le dió el nombre de *Kakergete*, que quiere decir *malhechor*.

Ptolomeo Fiscón ocupó, al fin, el trono de Egipto. Casóse con Cleopatra hermana suya y viuda de su antecesor y hermano; el mismo día de la boda mató á su hijastro y sobrino, repudió enseguida á su consorte para casarse con la hija, que á la vez era también sobrina é hijastra, la cual llevaba el nombre de Cleopatra, y envió á la madre los restos mutilados de su hijo.

En vista de tantas tropelías y crueldades se sublevaron los jóvenes alejan-

drinos, quienes pudieron colocar en el trono á la repudiada reina; pero Fiscón logró sujetar á los revoltosos y conservarse en el poder.

Dividió el reino entre Ptolomeo Latur, *guisante*, que fué su sucesor, y Ptolomeo Alejandro, á quien se le dió á Chipre. Á Apión, hijo natural, le cedieron la Cirenaica.

Ptolomeo Alejandro rechazó la tiranía de su madre, que intentó matarlo; pero supo adelantarse. Mas, expulsado de Alejandría, quiso ocupar á Chipre y pagó con la vida sus crueldades.

Latur subió al trono y no tardó en bajar al sepulcro; pero dejaba dos hijos naturales, Ptolomeo de Chipre y Ptolomeo Auletes ó *tocador de flauta*. Alejandro había dejado también un hijo. Todos estos eran otros tantos pretendientes al trono de Soter, y sus disensiones y alternativas duraron quince años.

Auletes compró el título de rey y fué destronado; pero repuesto por Gabino, mediante la promesa de diez mil talentos, murió al poco tiempo, dejando dos hijos, Ptolomeo Dionisio y Cleopatra, que puso bajo la tutela de Roma. El Senado delegó en Pompeyo la tutela de los regios hermanos.

Ptolomeo Dionisio contaba trece años y su hermana Cleopatra diez y siete. Eran prometidos esposos y bien pronto rompieron los vínculos de tan repugnante incesto, viniendo ella á refugiarse en Siria. Entonces fué cuando Julio César ganó á Pompeyo la batalla de Farsalia. Pompeyo fué asesinado de orden de su regio pupilo, y Cleopatra supo deshacerse de su hermano y marido, mandándole ahogar en el interior del buque que montaba, durante la confusión y los gritos del combate: era el XIII de este nombre y el último de los Ptolomeos.

Cleopatra fué declarada reina de Egipto después de la muerte violenta de su hermano y esposo.

Había sabido introducirse furtivamente en el Bruchium, que César defendía con su valor y pericia, donde supo cautivar el corazón del guerrero. Días de luto y de desesperación manchados con sangre humana derramada á torrentes; días aciagos en los cuales fué presa de las llamas y consumida por el voraz elemento la célebre Biblioteca alejandrina; sin que bastara á reparar tamaña pérdida los 200,000 manuscritos que en tiempo de M. Antonio y por exigencia de la reina se trajeron de Pérgamo. Cleopatra y su hijo Cesarión habido con el caudillo Romano, siguieron al guerrero á su vuelta á Roma, y cuando fué asesinado por Bruto y sus secuaces, ocupaban la magnífica quinta de César situada á orillas del Tiber.

La reina Cleopatra, la hermosa heroína, último vástago de los Lagidas, ha dejado en la historia por su extraordinaria belleza y por sus repetidas liviandades un nombre célebre. El Egipto pasó á ser una de las provincias más



importantes y productoras del imperio Romano. El Egipto murió con su reina Cleopatra.

Hemos recorrido á grandes rasgos la historia antigua y sus sorprendentes y adelantadas civilizaciones hasta el nacimiento de Cristo, cuyo acontecimiento vino á cambiar por completo la marcha, el desarrollo y el porvenir de la humanidad. Tal vez no faltará algún descontentadizo que nos tache de pesados ó de inoportunos. Para nuestro plan ha sido preciso esta ligera excursión por el campo de los acontecimientos de aquellas vetustas sociedades.

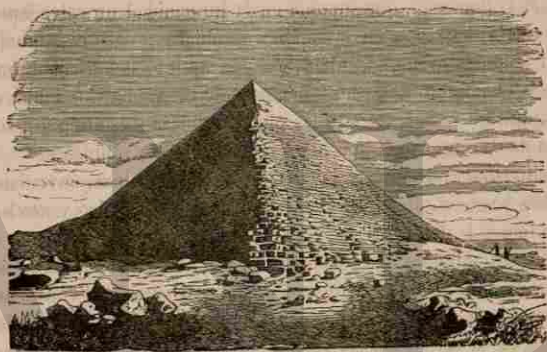
Y nosotros nos permitiremos preguntar ahora: ¿Cuál ha sido siempre la naturaleza interior del hombre? ¿Cuál su alto y trascendental destino?... El criterio fundamental que constituye la religión ó la irreligión de la historia, dicen muchos sabios y eruditos. La idea religiosa es propia y peculiar al corazón humano, es un pensamiento sin el cual no hay progreso ni porvenir. La religión verdadera iba á difundirse por el mundo, para guiar al linaje humano por el buen camino basado en la moral, el derecho y la virtud. La caridad y el amor al prójimo eran sus poderosos auxiliares. Y á pesar de tan santos principios; ¿fue aceptada y respetada de todos? No; sufrió toda suerte de persecuciones y martirios en los primeros siglos, y tuvo en ellos y en los medios disidentes y heresiarcas que hallaron en los príncipes y magnates un apoyo interesado y criminal.

La Reforma protestante hundió en el olvido una buena parte de los frutos que en los últimos siglos de la Edad media á impulsos de la Iglesia católica, se habían acumulado para el estudio de la naturaleza. La Alemania al comenzar la edad moderna, fué cuna del protestantismo, así como en el día es también el país clásico de estas doctrinas, que rompieron la unidad Católica. Allí está el corazón y la cabeza, allí existe el centro del movimiento que todo lo concibe, del espíritu que le sostiene en su conjunto y de la fuerza vital que lo impulsa en todos sus detalles y direcciones. Allí se ofrece al hombre pensador con un carácter esencialmente religioso que le conviene llenar, y para conseguir su objeto recurre unas veces á las formas litúrgicas, otras á la erudición filosófica, y las más á los descubrimientos de las ciencias exactas, físicas y naturales: el positivismo y el naturalismo están representados con toda su intensidad. Interpreta á su manera los libros del Historiador sagrado, se echa en brazos del racionalismo filosófico ó del positivismo experimental, se hace repulsivo á la metafísica, ó bien, cubierto con el manto del misticismo esotérico, busca la clave que perdió desde los primeros arranques del nuevo impulso filosófico. La Alemania de Kant y de Hegel, es hoy día materialista y positivista en su mayor parte. Parece imposible, y, sin embargo, ha pasado de un extremo á

otro extremo. Con el mismo entusiasmo que sostuvo y aun sostiene el idealismo confuso y extravagante de aquellos pensadores, apoya hoy todos los desvarios y las utopías de la razón, bajo un naturalismo que repugna al hombre de recto criterio y de sólido saber.

Por esto ha dicho un escritor moderno, que la patria de Kant es la tierra de promisión para las teorías, y Herschel ha añadido: «Que no hay absurdo que un alemán no haya convertido en teoría...» Cicerón había dejado consignado ya, «que no hay absurdo que no haya dicho un filósofo.»

El protestantismo levantando la bandera del libre examen siguiendo á los humanistas del Renacimiento echó por tierra la autoridad, é introdujo el desorden y la anarquía en el seno del Catolicismo; que no ha desdenado, por



Egipto.—Pirámide de Gizeh.

cierto, que la ciencia experimental en sus adelantos, se haya ocupado de la verdad revelada; porque cada vez se ha probado más y más, que todos aquellos hechos consignados por el Historiador divino están en perfecta armonía y cabal acuerdo con los fundamentos de las ciencias humanas, como tendremos ocasión de estudiar, principalmente en la segunda parte de este libro.

Es un error grave de los protestantes, que en el terreno de la ciencia experimental pertenecen á la escuela unicista, pretender que la Iglesia católica haya pensado alguna vez fusionarse con los idólatras y con los paganos. No; jamás la Iglesia de Jesucristo ha tenido, ni siquiera en un instante de las muchas tribulaciones porque ha pasado, la vergonzosa y funesta idea de ponerse en contacto con ninguna secta. Para aquellos ilusos que pretenden que el Catolicismo siga la evolución de la ciencia, como si fuese una concepción



humana, les recordaremos, *que contra la Iglesia de Jesucristo no han de prealeceer las puertas del infierno*, como dijo el Salvador; luego la doctrina de Jesús no pudo ni podrá jamás paganizarse.

¿No hemos observado en nuestro rápido relato, que la civilización está encarnada en la humanidad desde los primeros tiempos de su aparición en la superficie de la tierra?

El hombre de todas las épocas ha sido siempre inteligente; sus necesidades le han sugerido los medios de satisfacerlas; los fenómenos de la naturaleza han despertado su curiosidad, ha sido esencialmente sociable y amante de la familia; su organización le ha dado un lenguaje ó bien su talento, peculiar al reino hominal, y la disposición de sus órganos le han bastado para hacerse comprender recíprocamente; sin que sean admisibles los delirios y excentricidades de J. J. Rousseau, que suponía en la humanidad un salvajismo repugnante y una articulación en la palabra, gradual y progresiva. Igual se dice ahora. El lenguaje es una facultad, es una aptitud del linaje humano por medio de la cual emite sus pensamientos. ¿No convienen los sabios de nuestros días, que los indios, uno de los pueblos quizás más antiguos, sienten la necesidad de consagrarse á especulaciones filosóficas y religiosas?

El positivismo al sostener y dar pábulo á estas doctrinas, envenena la vida del hombre honrado, lleva la desgracia al hogar doméstico y arrebató á los seres que tienen la debilidad de creerle, el reposo, la tranquilidad y el sentimiento moral y religioso que constituyen el fundamento de toda sociedad. El hombre que pierde la fe Divina renuncia voluntariamente al consuelo y bienaventuranza de la vida eterna. Con razón se ha dicho, que la verdadera ciencia se halla en la perfección del espíritu, así como la virtud en la perfección del corazón.

Los enemigos más ensañados acerca las verdades reveladas por Dios, parten casi siempre de suposiciones gratuitas ó aventuradas, que suelen las más veces basar en algún llamado descubrimiento. Lugar tendremos en la narración de esta obra, de reseñar hallazgos y descubrimientos que alcanzaron en nuestros tiempos gran fama y se hicieron célebres, para luego caer en descrédito por su falta de veracidad. No somos de aquellos asustadizos que creen que el hombre, aun cuando sea muy sabio, se halla investido del don de la infalibilidad; por el contrario, la experiencia enseña todos los días, que aquellas leyes y principios científicos admitidos como verdades inconcusas, aquellos descubrimientos proclamados bajo la égida de un nombre respetable, suelen ser erróneos ó falsos, aun cuando estén en perfecta armonía con la ciencia de su tiempo.

¡Ah! La ley del progreso científico indefinido, dicen, sigue indudable-

mente su marcha, y los descubrimientos su desenvolvimiento natural, sin que jamás pueda la ciencia asegurar que ha pronunciado la última palabra, ó que ha recorrido la etapa final. La *verdad* será para la filosofía un problema que nunca verá resuelto, y en su busca escudriñamos los pliegues misteriosos de ese velo incomprendible que desde las primeras edades y evoluciones científicas constituye el movimiento y la vida de la inteligencia humana. Si conociéramos la verdad absoluta de un modo material y tangible, conoceríamos á Dios, que es la *verdad* misma, y este SER SUPREMO, que es la verdad inmutable sólo le conocemos por sus obras, atributos y cualidades. De aquí proviene lo que se ha llamado por alguno, *conflictos entre la Religión y la ciencia*. (Draper).

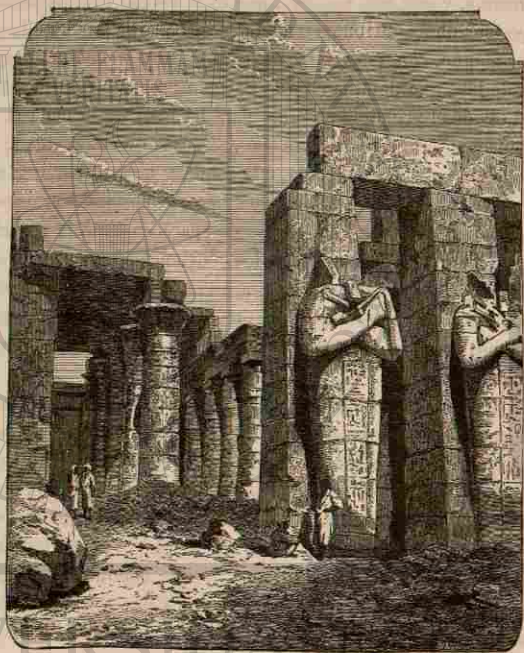
¿Cuál es la idea que domina en este llamado progreso científico? ¿Por qué se relega al olvido el principio absoluto para levantar de la nada el concepto de la combinación y de la metamorfosis? ¿Es acaso que se pretende pasar del átomo ó de la mónera á la molécula, á la célula y de ésta por una evolución progresiva hasta alcanzar al hombre? Nos parece que tantas pretensiones absurdas, tantos delirios y alucinaciones, desaparecen ante la autoridad de la ciencia, cuya luz brillante penetra en las conciencias para dar á conocer las grandezas de aquella *verdad absoluta*, á quien obedece el Universo pancósmico. Si errónea y oscura es la idea de la mónera, errónea y oscura es también la que podemos formarnos del átomo filosófico y de la misma célula en su forma y desarrollo.

No es el *progreso* indefinido en la humanidad, como suele erer la ignorancia y el egoísmo, un aumento sin medida de goces materiales, una aglomeración incesante de todos los capitales para el desarrollo ilimitado, ni un conjunto de preceptos que todos tienden á destruir y perturbar el orden armónico de la sociedad. El progreso material busca el conocimiento de las leyes que Dios imprimió á la materia desde que le plugo formarla. El progreso intelectual se eleva á lo grande y sublime, que le conduce al infinito; el uno jamás se separa de la tierra, es mezquino, pobre y desciende hasta lo inerte; el otro es elevado, abraza lo infinito y lo incommensurable, mira al cielo y desea aproximarse á Dios. La ley del progreso se exagera mucho y se le da aplicaciones más ó menos forzadas, que se traducen en consecuencias, las cuales no corresponden al orden moral ni al dominio de la fe Divina.

Ya lo hemos indicado anteriormente. La civilización ha venido del Oriente, y ha marchado hácia el Occidente. Todos los sabios están en ello de acuerdo, y el mismo Hoeffler, entre otros muchos, al darnos á conocer la historia de la química, que tanta influencia tiene sobre las artes industriales, agrícolas y manufactureras, lo ha demostrado con datos fuera de toda duda.

Por esto las conquistas de Alejandro que marchaban de Occidente á Oriente, fueron de destrucción y muerte; los griegos nada importaron á aquellos pueblos y nacionalidades. Todas las civilizaciones han seguido un rumbo opuesto.

El conocimiento del oro, de la plata y de otros metales se oscurece con la infancia de la humanidad, y no es nada favorable á las divisiones artificiales que se han hecho para dar á conocer su desenvolvimiento. Nadie ha enseñado



Templo de Osiris.

cómo y quién descubrió el pan, ni cuándo se supo que el zumo de la uva fermentado producía un licor tan útil como agradable.

Á nosotros, en verdad, nos causa extrañeza que ciertos sabios torturen sus cerebros para explicar *eso* que llaman edades de la piedra, del bronce y del hierro. El que tenga una idea, siquiera sea leve, de la metalurgia de estos metales, y de la obtención del bronce, que es una aleación de cobre y estaño, comprenderá con cuanta ligereza se ha procedido en este hipotético asunto.

No sin fundada razón ha dicho el señor Doctor H. Doherty recordando la prehistórica: «que en el comienzo de los tiempos prehistóricos el número de familias debió ser muy limitado.» Quizá una parte de la prehistoria no está fuera de la dispersión de la humanidad después del diluvio.

Los indios, lo mismo que los chinos, conocieron muchos metales y en particular aquellos que llamamos preciosos ó nobles.

En los palacios, en los templos, en aquellos obeliscos y grandiosas cons-



La Aguja de Cleopatra.

trucciones admiramos hoy los conocimientos artísticos y arquitectónicos. En verdad que la religión y la filosofía de la raza helénica buscó en la India, en la Caldea y en el Egipto su cultura fundamental. En Babilonia escribían las observaciones astronómicas sobre ladrillos, y los libros sagrados, según Flavio Josefo, estaban grabados en planchas de oro. La porcelana, los vidrios pintados con diferentes matices indestructibles por el calor, los esmaltes y muchos productos de las artes y de la industria fueron conocidos de la antigüedad, como



se ha demostrado muy recientemente por los célebres exploradores señores Layard y Jorge Smith. Poseían también el arte de hilar, tejer y teñir la lana, el lino y el algodón.

La escritura hierática era jeroglífica, y pertenecía á la clase sacerdotal; la demótica ó literal se enseñaba á los profanos y extranjeros.

Para conocer los progresos á que había alcanzado la ciencia antigua, bastará considerar, como hace observar un historiador moderno, que en las pirámides de Egipto, sólo en la que mandó construir Cheops, debieron trabajar cien mil operarios durante cuarenta años no interrumpidos. El laberinto que se fabricó de orden de Moeris, tenía centenares de salas y cuartos y pasadizos de admirable y misteriosa combinación. Los obeliscos de los templos ostentaban filas de magníficas columnas con pilones atorreados, calles y alamedas, todo adornado y enriquecido con esculturas, esfinges y estatuaria. Muchas de estas obras gigantescas fueron trasladadas á Roma, y aún nos ha sorprendido cuando en París en la plaza de la Concordia se levantaba el célebre obelisco de Luksor; el que se atribuye á Cleopatra se conducía hace poco tiempo á Inglaterra y se sumergió en el Mediterráneo; pero por fortuna se puso á flote y pudo llegar á su destino. La Esfinge que representa al pueblo de los Faraones, todavía es la admiración de los sabios y viajeros. El canal de Necos, construido hace más de cuatro mil años, sirvió de luminar á la grande obra ejecutada por la constancia y laboriosidad del señor Conde de Lesseps, uniendo el Mar Rojo con el Mediterráneo.

En estos grandiosos y monumentales trabajos se descubre, desde luego, y nadie podrá poner en duda, que los antiguos anteriores á los griegos, fueron en la escultura religiosa sobresalientes maestros, y en ella han dejado obras notables; otro tanto pudiéramos decir de la arquitectura. Semejantes conocimientos al pasar á Grecia sufrieron esenciales modificaciones, sobre todo para adquirir movilidad y belleza de que carecían en su país natal. De cualquier manera, admiramos todavía pinturas con colorido brillante que aun resiste á la injuria del tiempo, relieves y trabajos bien acabados en granito y pórfido que son el asombro de los artistas y curiosos. Las leyes del Manú son los libros más antiguos de los indios. Manethón es considerado como uno de los primeros historiadores de Egipto, y de sus obras sólo se conservan algunos fragmentos que han perdido una buena parte de su valor histórico después de los estudios del señor Cooper. La literatura oriental ha eclipsado los monumentos especulativos de Grecia y Roma.

Se dice que Ptolomeo Filadelfo, había reunido las observaciones sobre los eclipses hechas en Babilonia desde setecientos cuarenta y siete años antes de Jesucristo; sí, es cierto; pero Simplicio las hace remontar á mil novecientos

años. Se conocía perfectamente la duración del año tropical y la del año sideral; se sabía la precesión de los equinoccios, y el Zodíaco fué dividido en doce partes iguales, distinguiéndose cada una con su signo particular. En el Museo Alejandrino había *esferas armilares, globos* y otros instrumentos así físicos como astronómicos, que sirvieron para el progreso de las ciencias. Más de una vez demostraron que la tierra que habitamos era redonda. ¿Y cómo no debía haberlos, si la teoría heliocéntrica había sido proclamada en la India, luego por varias escuelas griegas y especialmente por Filolao? ¿Qué representan, sino estos globos y esferas? Aquellos filósofos conocieron los dos movimientos de la tierra, el de rotación sobre el eje y el de traslación al derredor de un centro que era el astro solar; así como los movimientos de los planetas Venus y Mercurio en derredor del mismo centro, que era á la vez el centro de todo el sistema.

Y como dudar de estos conocimientos que en nuestros días han servido de poderoso ariete contra el Catolicismo, cuando Salomón consignó en el *Libro de la Sabiduría*; Cap. I. v. 7. donde habla de la *redondez* de la tierra; *Quoniam spiritus Domini replevit orbem terrarum: et hoc, quod continet omnia scientiam habet vocis.* Y en el Cap. IX, v. 3. añade; «Para que gobernase la *redondez* de la tierra con equidad y justicia, y pronunciase juicio con rectitud de corazón. *Ut disponat orbem terrarum in æquitate et justitia, et in directione cordis judicium judicet.*»

Y en el v. 9. dice; «Y contigo tu sabiduría, que conoce tus obras, la cual estuvo también entonces cuando hacías la *redondez* de la tierra, y sabía lo que era agradable á tus ojos, y lo que era recto en tus preceptos. (Libro de la Sabiduría).

Y, si entre los sabios de la moderna civilización hallamos extravagancias y raras concepciones, que luego se comentan á placer por aquellos que descubren en ellas ricos materiales para sus atrevidas teorías, búsquese su origen en los delirios de las escuelas griegas, que en medio de sus adelantos, se reconoce cuanto de absurdo y estrambótico puede concebir una imaginación enfermiza.

Herodoto, Ctesias y Megástenes dan á conocer los enanos, los hombres de ocho dedos, los monoceolos con una sola pierna y otras monstruosidades, que al través de los siglos han alcanzado, muchas veces, carta de naturaleza. Hasta en Heráclito hemos reconocido los fundamentos de la selección natural, que tanto ha complacido al señor Darwin y sus discípulos, y en Epicuro el positivismo de Augusto Comte. Los generales sucesores de Alejandro participaron de estas supersticiones y errores. ¿Qué de extraño tiene que los eruditos de los siglos medios las sacasen del olvido, creyendo que hacían un servicio á la ciencia?



Aquella fábula de los hombres con cola, fábula repugnante que dió origen á la idea de los órganos atrofiados, se sabe de un modo evidente que es un mito. El señor Dejeán ha penetrado por esos países y ha podido examinar por sí que aquellos seres humanos habitantes del Soldán en África; los Nyam-Niam carecían de semejante apéndice, que tanto entusiasmaba á los transformistas.

Todos estos acontecimientos y otros de la misma índole estaban consignados en los libros de la India y del Egipto, y después los enseñaba Pitágoras. Decía Aristóteles que las estrellas del cielo se ocultaban detrás de la luna.

La ciencia de los griegos con sus teorías, hipótesis y grandes concepciones filosóficas, estaba representada en el Museo Alejandrino; allí se había condensado el saber de la antigüedad. Ptolomeo Filadelfo hizo traducir al griego los libros de la Biblia, y esta versión se llamó de los *Setenta*. Quizá desde esta famosa traducción datarán las dudas y variada inteligencia de algunos para con los libros de Moisés. Es lo cierto, que en algún punto y en particular al tratar de la antigüedad del hombre, hay desacuerdo entre la Vulgata, el Samaritano y la versión de los *Setenta*.

Una secta judía que ocultaba sus doctrinas, las cuales se trasmitían de generación en generación por medio de la tradición oral, predicaba dos siglos antes de Jesucristo el retiro del mundo, la mortificación y la mancomunidad de bienes para mejor servir á Dios y merecer la salvación del alma. Estos fueron los *Escenios* ó *Escenios* anteriores á otra que se denominaba de los Therapeutas, que vivían en comunidad. Después de varias alternativas y de luchas de principios, desaparecieron ó se convirtieron en otras sectas; ni los primeros cristianos ni mucho menos los Apóstoles, tuvieron contacto alguno con estos sectarios, cuya doctrina distaba mucho de la sublimidad de aquella que predicaba el Redentor.

Alejandro brillaba cual faro resplandeciente por los raudales de ciencia allí acumulados; pero es lo cierto, que después del reinado de Ptolomeo Filadelfo se introdujo una cultura exagerada y ficticia, mezclando las severas y graves concepciones de Oriente con los preceptos estéticos y científicos de Occidente.

Los diferentes conocimientos de la humana inteligencia marchaban á fines determinados y concretos; y si antes las producciones literarias eran del dominio de los reyes y magnates y las ciencias se dirigían solamente á satisfacer los goces de la vida, ahora traspasaban aquellos límites, se hacían familiares y eran objeto de observaciones y estudios experimentales. La historia generalmente se cultivaba poco, y la poesía buscó sus inspiraciones en lo extraordinario y maravilloso. Teócrito fué un poeta ligero y sencillo, y Menandro y Filemón cultivaron la poesía cómica y festiva.

Aristarco en calidad de erudito, revisó, clasificó y dió pureza á las obras de los griegos; Hiparco, astrónomo griego que fundó la astronomía científica, continuó sus importantes estudios de la bóveda celeste, y Eratóstenes enseñó con mayor copia de datos y como verdad demostrada que la tierra era esférica, según antes se había indicado por los hindus, por la escuela pitagórica y por Filolao, y, sobre todo, por Salomón que fué anterior á todos estos filósofos.

Euclides dió á conocer un sistema de geometría y estereometría de sobresaliente mérito, y por su influencia y dirección se establecieron en las principales ciudades mercantiles escuelas de matemáticas aplicadas á la construcción naval y á otras artes civiles. No ha faltado quien haya creído que muchos de los trabajos que se atribuyen á Euclides pertenecen á Ipsides, y especialmente



Egipto.—La Estalage.

la óptica y la catóptrica. Este sabio floreció como matemático en el siglo II del Cristianismo. Ctesibio sobresale en la mecánica.

Arquímedes descuella en la estadística, en la física y en la mecánica, y el descubrimiento de muchas leyes le condujo á la invención de aparatos y máquinas cuyo número asciende á más de cuarenta, y que aun son de inmensa utilidad. Al formular la ley de la palanca tuvo la arrogancia de decir; *da ubi consistat celum terramque movebo*. El principio en que estriba la teoría de los cuerpos sumergidos en los fluidos, que todavía se conoce con el nombre de *principio de Arquímedes*, bastaría por sí sólo para inmortalizar el nombre de tan ilustre filósofo. Hasta la medicina hipocrática tuvo sus adeptos y consiguió notables mejoras en el Museo Alejandrino durante los primeros albores del



Cristianismo, estableciéndose los estudios prácticos de anatomía. El Egipto se ha considerado como el país clásico para conocer el tránsito de la civilización griega, á la que corresponde á la raza latina. ¿Quién negará que aquella antigua civilización, que tantos tesoros diera á la Biblioteca Alejandrina, era potente y vigorosa?...

Nosotros al estudiar el giro que se ha dado por algunos filósofos á las cuestiones palpitantes de la Religión católica y la ciencia, nos hemos preguntado zen qué consistirán los adelantos verdaderos que la humanidad ha alcanzado en el siglo que está próximo á terminar? ¿Cuáles han sido los beneficios reales que el hombre trabajador, laborioso y honrado ha alcanzado de todas esas evoluciones de la materia? ¿Qué mejoras ha reportado el obrero y el menestral de los adelantos del siglo xix?... No desconecemos las contestaciones que los materialistas y ateos han de darnos á estas preguntas. Apreciamos perfectamente y cual corresponde, el imperio de las ciencias experimentales y de observación, y los adelantos con que pueden con justicia gloriarse; conocemos los descubrimientos que han refluído en bien de la sociedad, progresos extraordinarios que rayan en lo fabuloso, y que aproximan á los hombres como miembros de una sola y única familia; hemos visto cómo transmiten el pensamiento y la palabra estos nervios conductores de un fluido con la incomprendible velocidad de más de cien mil leguas por cada un segundo (más de 335,000 kilómetros); nos admira al ver como se fijan y toman estabilidad las imágenes de la cámara oscura; contemplamos con sorpresa esos castillos artillados que flotan por la inmensidad del Océano contra la fuerza impetuosa de las olas y de las corrientes, burlándose de los vientos y de las tempestades; zumban en nuestros oídos el estridente silbido de las locomotoras, y el ruido estrepitoso de los trenes que aproximan las distancias y despiertan los santos sentimientos de hermandad en todo el linaje humano; los rayos de luz que disipan las tinieblas de la noche iluminando las grandes poblaciones cual si fueran el astro del día fraccionándose á voluntad del hombre, nos encantan y extasian; miramos asombrados las innumerables aplicaciones del vapor acuoso; la fuerza que se consigue durante la combustión del gas del alumbrado, el calor libre que se obtiene cuando se queman los gases que se formaron en aquella: la incalculable expansión de muchos desdoblamientos moleculares y de infinitos preparados químicos; los descubrimientos debidos al microscopio y al telescopio; la imprenta, con todos sus accesorios, que mesora las ideas y levantadas concepciones del hombre, uniendo la ciencia con la Religión; los medios ingeniosos para transmitir la mal apreciada fuerza que representa la presión ó el peso natural de la atmósfera; la galvanoplastia con todas sus aplicaciones extraordinarias... y, á tantas maravillas, rendimos un justo tributo de

respeto y admiración. ¿Qué más? En todas partes aparece para nosotros la idea de Dios omnipotente, que el Catolicismo da á conocer como verdad inefable, que, por cierto no limita el horizonte de la inteligencia.

Empero, cuando nuestra alma penetra en estos suntuosos palacios, en estos brillantes hoteles de los grandes y de los poderosos, en esas moradas donde se ha agotado la elegancia, el lujo y el buen gusto, en esos montones de piedras labradas, colocadas por el arte con simétrico aspecto, allí también admiramos los adelantos del genio y los progresos de la estética. Mas, nos contristamos y todo nuestro sér se satura de pesar y amargura, así que estudiamos aquellas mágicas y encantadoras estancias. Los ricos, los potentados, los banqueros, los señores del dinero, esos reyes de la tierra bullen y se agitan entre perfumes y banquetes, entre el armónico sonido de los hijos de Apolo y el egoismo refinado de los sectarios de Mercurio. ¿Qué les importa la ciencia? Intrigas en la política, engaños en falsas especulaciones, estafas en valores públicos, combinaciones de banca, de las cuales siempre resulta una víctima, enredos torpes é inmorales, el despilfarro, el engaño, el desenfreno, algunas veces la embriaguez... todo cuanto puede concebirse de perverso, repugnante y asqueroso, está allí condensado entre los reflejos del oro y de la plata, entre sedas, tapices, candelabros y piedras preciosas... Hé aquí lo que muchos llaman progreso del siglo xix. Progreso, sí; pero progreso material y desconsolador, útil, beneficioso y placentero, que agobia y aniquila al obrero y al menestral.

¡Ah! Reflejos deslumbradores, decimos nosotros, que representan muchas noches de tinieblas, de vigilia y de llanto; elegantes y voluptuosos trajes que recuerdan los andrajos de multitud de jornaleros expuestos á los rigores de la intemperie; perfumes y aromas deleitables y excitantes, que asfixiarían al pobre macilento cuya constitución orgánica no resiste á tan embriagadoras emanaciones; artesonados faustosos, cortinajes colocados con simétrico estudio, candelabros, arañas, blandas y mullidas alfombras, que nos traen á la memoria aquellas habitaciones subterráneas, lóbregas y húmedas, donde seres humanos hacinados sin pudor respiran la hedionda fetidez de un aire impuro. Allí viven, allí se albergan la mayoría de nuestros artesanos y hombres de trabajo, sufriendo toda suerte de privaciones, con una alimentación escasa y poco nutritiva, sin llenar ninguno de los preceptos de la higiene, envenenando por instantes su sangre, aniquilando poco á poco el organismo hasta alcanzar una muerte temprana después de una agonía prolongada y de horribos sufrimientos. ¡Ah! La sociedad del siglo xix, tiene también sus mártires. Preguntado á todos los pueblos y países, y con especialidad á la ambiciosa Inglaterra y á la bulliciosa república Norte-Americana.

Y, en verdad, que el Catolicismo jamás ha negado al hombre una libertad



amplia y desinteresada, mientras no se convierta en licencia. El entendimiento humano penetra en esferas desconocidas, busca la solución de problemas importantes, acude á la filosofía y á la ciencia empírica; y el Catolicismo le deja en su camino de errores y delirios para luego recibirle de nuevo en su seno, abriéndole sus cariñosos y maternales brazos. Para el Catolicismo la política no existe, no conoce más que católicos.

La santidad del sabio Pontífice Leon XIII contestando á una consulta oficiosa de varios católicos ingleses acaba de repetirlo nuevamente. «En una nación constitucional como Inglaterra, dice el santo Pontífice, donde la diferencia de opiniones políticas no implica que uno de los partidos desee derribar el trono; esto sería un grande error que no podría menos de perjudicar á la Iglesia, sería mezclar la Religión á las luchas políticas.

«Hay muchos buenos católicos entre los liberales, así como entre los con-



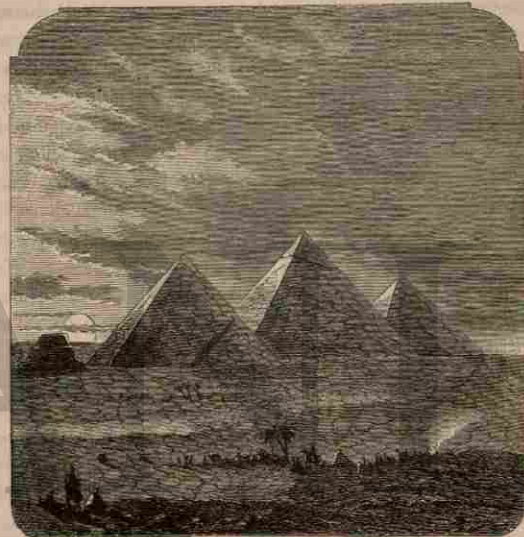
Isis y Osiris. (Sacado de un dibujo egipcio).

servadores. Inglaterra es la única nación de Europa en que la tolerancia religiosa no está reducida al estado de teoría y en que se practica lealmente.»

¿Qué le importan los enemigos y detractores, si la moral católica es sublime y santa? Nacida del centro de la luz no ha de producir tinieblas, y el sentimiento católico, cada día más arraigado en el corazón de la mayoría de los hombres, será el brazo vigoroso que detenga los progresos del materialismo y del positivismo ó unicismo, que pretenden destruir las creencias y fe divina de nuestra sociedad. El Catolicismo ahoga el mal que se le hace con superabundantes bienes.

Declamen cuanto quieran estas escuelas ateas, acudan al sarcasmo y á la sátira, busquen sus envenenadas armas en el ridículo los que nada creen y niegan la existencia de Dios; nosotros los compadecemos de todo corazón, y deseamos que disipe la nube y caiga la venda que perturba su razón y cubre su

vista. Cuanto más se desarrollan las aplicaciones de la materia, menos decaer debiera el sentimiento moral; pero sucede todo lo contrario. El hombre se empequeñece, vive para el bullicio, tal vez para la orgia, y su corazón se hace insensible para mitigar las desgracias de sus hermanos. Si alguna vez en nuestros tiempos responde á las necesidades públicas, lo hace, en general, por un sentimiento de vanidad y soberbia. El progreso de todo cuanto se refiere á el alma ennoblece al hombre, le hace más expansivo, vuélvese más comuni-



Egipto.—Las pirámides.

cativo con sus semejantes y el amor embarga todo su sér, mirando con indiferencia los sentimientos mezquinos de odio, envidia y venganza.

¿Y cómo no contrarestar y oponer un fuerte dique al torrente librepensador, que avanza desbocado mistificando un progreso inaudito, en el cual una parte de la humanidad degradada ha perdido el sentimiento de su fe religiosa y de sus creencias católicas? ¿Cómo no poner en marcado relieve aquellas hipótesis descabelladas, ataviadas con el brillo deslumbrador de las útiles aplicaciones que de ellas se hacen á las necesidades de la vida, si con su apoyo el hombre hiere atrevido cuanto de elevado, santo y augusto encierra la tradición genesiaca? ¿Por qué hemos de contemplar con indiferencia, que se



mancille nuestro espíritu racional, por un instinto inconsciente, por una sensación dominadora ó por una percepción confusa, vulgar y empírica? Nó; el error presenta de nuevo su rostro placentero y audaz, y busca en las ciencias prácticas y de inmediato resultado á las artes manufactureras, á los oficios y á todas las industrias sus argumentos ficticios, que cual brillantes oropeles han de fascinarle y abrirle paso franco y expedito entre nuestra agitada sociedad.

Nada hay más opinable y expuesto á todos los desvaríos de una imaginación fogosa sostenida por la idea de secta, que las investigaciones que se han practicado para conocer el mundo que nos sustenta y los múltiples y variados organismos vivos que pueblan su superficie; nada hay más engañoso para nuestra razón, que el estudio de las vicisitudes que haya podido experimentar la corteza terrestre, cuyo insignificante espesor ha sido explorado por los sabios de todos los países. Y si estos conocimientos han ofrecido, y ofrecen todavía, serias dificultades que dan lugar á contradictorios pareceres y á sistemas inconciliables entre los profesores más eminentes que se consagran á tan árduas exploraciones, ¿con cuánta mayor razón no han de sorprendernos los que se dirigen á investigar los espacios celestes, las regiones interplanetarias y la inmensidad de los cielos, á pesar de los poderosos medios que nos proporciona el cálculo matemático, y de la exactitud y alcance de los instrumentos tanto físicos como astronómicos? La historia nos recuerda á cada paso las alternativas más ó menos trascendentales que ha experimentado la ciencia de los hombres en terreno tan difícil como aventurado, y con harta frecuencia nos avisa de los desvaríos y falsos sistemas á que conduce un principio ó ley aceptado bajo la garantía de la ciencia, pero mal estudiado y peor conocido, cuando sobre él se pretende basar una doctrina empírica fundamental, la cual ha de servir de segura guía al porvenir científico de la humanidad. Aceptar un error en el campo de la observación y de la experiencia, aunque sea con el carácter de hipotético, posible ó provisional, sólo porque va precedido de un nombre respetable, será en todas las épocas y tiempos un medio funesto y humillante, porque las consecuencias y las inducciones que se obtienen con apariencia siempre de verdades bien probadas, servirán tan sólo para extraviar la razón y sumergir el entendimiento entre las tinieblas de la ignorancia y los abismos espantosos de la incredulidad.

La grandeza de nuestra alma hace al hombre que tenga elevadas miras y nobles aspiraciones; el desarrollo y el cultivo de la inteligencia despiertan en el corazón la generosidad; y cuanto más sobresalen las facultades inherentes al espíritu, tanto mayores son los progresos que conquista en el terreno de la moral, del derecho y de la verdadera ciencia. La materia no piensa; el hombre

como materia es egoísta, y sólo desea para sí la vida y el placer, concentrándolo todo en su propio interés. Nuestros filósofos materialistas hacen toda clase de esfuerzos para armonizar los goces indefinidos de la materia con la fraternidad universal. Esto no es posible: son dos ideas que se repelen entre sí; porque de una parte está la materia como cuerpo, y de la otra el espíritu como alma.

Si el progreso de la humanidad, al recorrer la última cuarta parte del siglo XIX, ha de consistir en acumular las riquezas entre unos pocos afortunados; si el progreso se mide por los saraos fastuosos y opíparos banquetes que estos seres afortunados celebran; si, en resumen, no se piensa en otra cosa que en amontonar capitales para explotar á todos los países haciendo que los pobres se vuelvan miserables y pordioseros, confesamos con toda ingenuidad que no comprendemos esta clase de progreso, de adelanto ni de perfeccionamiento social.

Este desmedido desarrollo material que venimos observando en todas las naciones, y especialmente en Europa y América, que ha empobrecido á la clase media y ha llenado de miseria á la que antes era proletaria, que viene divorciando, tal vez sin advertirlo ni quererlo, al hombre del sentimiento religioso, ha sido observado por la Iglesia católica, la cual ha llamado la atención de todos. Nunca se presenta el error en el pensamiento ni el vicio en la vida, ha dicho un filósofo contemporáneo, que no haya sido aislado de la verdad, combatido con las mismas armas de que abusa, y expulsado de la tradición que viene guiando á la humanidad hace más de cuatro mil años. El Catolicismo no mira con recelo ni se opone á estas grandes aplicaciones de la ciencia moderna; por el contrario, las acepta y las aplaude; sino que teme, no sin fundamento y razón, que la moral y el derecho adquieran un camino tortuoso, que se rompan los diques sociales y el desbordamiento anegue en lagos de sangre la generación actual: por esto el Catolicismo se separa de la política. Necesitamos progresar á la par en el sentimiento católico, en el sentimiento espiritual, en las ciencias metafísicas que tanto combate el positivismo; necesitamos buscar la paz del alma, la tranquilidad de nuestra conciencia, el bienestar de la familia, no separándonos de la Iglesia católica, que nos enseña ahora como siempre, el camino del bien para alcanzar la felicidad eterna, que ha de ser el ideal de nuestras puras aspiraciones.

La historia que estamos recorriendo demuestra con lenguaje elocuente cuanto acabamos de apuntar. La influencia del paganismo, su audacia, su intemperancia y hasta su perversidad, alcanzaron todo su desarrollo; pero tuvieron que sucumbir al fin ante la religión de Cristo. Vanos fueron los esfuerzos que hicieron los sectarios de los falsos dioses, inútiles las cavilacio-

nes para adquirir otra vez la preponderancia perdida; aquella mitología complicada, aquel olimpo abigarrado carecía de influencia y prestigio, porque no podía ser estable ni permanente. Euhemero acabó de hundirla probando por medio de las inscripciones sacadas de los mismos templos, que aquel politeísmo representaba á los hombres divinizados, y por lo tanto todas las religiones eran falsas en su esencia; no eran más que sectas crueles por los sacrificios y ridículas por las ofrendas, evocaciones é imposturas... Hasta aquí ¿qué conflicto registra la historia? Ninguno ciertamente. El politeísmo ya desacreditado se hundió por su misma falsedad y ninguna importancia; cedió, bien á pesar suyo, el campo á la verdadera Religión, y después de un último y postrer esfuerzo, por medio de crueles sacrificios y horrendos asesinatos, terribles martirios y destructoras persecuciones, quedó para ser juzgado por la historia. Mientras tanto la *ciencia* en la parte de los conocimientos humanos que podía dársele este nombre, porque los estudios de las *ciencias* experimentales y de observación todavía no alcanzaban la categoría de tales, continuó su camino al amparo del Cristianismo y de la tradición, como tendremos ocasión de estudiar en los capítulos siguientes.



## CAPÍTULO V

### EL CRISTIANISMO Y SUS CONSECUENCIAS

Generalidades.—La humanidad.—La ciencia entre los griegos.—Nacimiento de Cristo.—Antigüedad del judaísmo.—El dogma cristiano es el único verdadero.—El Evangelio.—Tiberio.—Muerte de Jesús.—Los Apóstoles.—Las catacumbas.—Comienza la decadencia de Roma.—Emperadores que se degradan.—Primeras persecuciones.—Constantino protege la Iglesia de Jesucristo.—La cuna de la ciencia moderna no fué el Museo alejandrino.—Las persecuciones aumentan el número de cristianos.—El Cristianismo mejora los costumbres.—Roma y Constantino.—Constantinopla.—La Iglesia católica no es hostil á la ciencia.—Los Pontífices y los Príncipes han protegido la ilustración de los pueblos.—La Iglesia católica impulsa el progreso estético é industrial.—División del imperio.—Juliano.—Joviano.—Valentiniano.—Valente.—Graciano.—Teodosio: su reinado.—Se divide el imperio entre Arcadio y Honorio.—Irrupción de los bárbaros.—Estilicón.—Alarico.—Alarico: se casa con Placidia.—Sigerico.—Wala.—Consulencia.—Gaius.—Antemio.—Pulqueria.—Teodosio II.—Guerra de Persia.—Valentiniano III.—Aecio y Bonifacio.—Atila.—Pulqueria se casa con Marciano.—Honorio abre su mano á Atila.—Segunda invasión.—Batalla de Chalons.—Vuelve Atila.—Se casa con Ildigunda.—Muere por los excesos de la boda.—Asesinato de Aecio.—Muere el monarca.—Máximo emperador.—Genérico.—Avito.—Majoriano.—Los Bagaudos.—Ricimero.—San Severo.—Egidio.—Olibrio.—Julio Népoté.—Orestes.—Augustulo.—Odoacro.—El Senado Romano abdica el imperio del mundo.—Reflexiones acerca los acontecimientos de esta época, los progresos del Cristianismo, los descubrimientos científicos, los Santos Padres, las herejías y los conflictos que todo esto haya podido acarrear entre la Religión católica y la ciencia empírica.



AMOS á recorrer la gloriosa época en que apareció el *Redentor del mundo*, para predicar la nueva Religión que regeneró á la humanidad. Estamos, pues, en el terreno verdadero, donde comienza el Cristianismo su santa misión evangélica, y en este terreno procuraremos demostrar, *que entre la Religión católica y la ciencia no existen conflictos; ó Bien, que los conflictos del señor Draper, y el materialismo y positivismo modernos no tienen razón de ser ante la historia y la ciencia.*

La historia de la ciencia en sus continuas evoluciones, ha dicho un pensador contemporáneo, es un poema sublime, cuyo fondo se halla en la humanidad apreciada por la naturaleza.

Con efecto, la historia de los humanos conocimientos representa una serie no interrumpida de oscilaciones y controversias, que vienen á sucumbir ante un materialismo que quiso sobreponerse á las leyes de la razón y del espíritu.

Empero ¿hemos llegado á conocer estas leyes con sus modificaciones, para que podamos definir con probabilidades de exactitud, lo que se debe entender por ciencia? ¿Se ha alcanzado la meta de los conocimientos que



nes para adquirir otra vez la preponderancia perdida; aquella mitología complicada, aquel olimpo abigarrado carecía de influencia y prestigio, porque no podía ser estable ni permanente. Euhemero acabó de hundirla probando por medio de las inscripciones sacadas de los mismos templos, que aquel politeísmo representaba á los hombres divinizados, y por lo tanto todas las religiones eran falsas en su esencia; no eran más que sectas crueles por los sacrificios y ridículas por las ofrendas, evocaciones é imposturas... Hasta aquí ¿qué conflicto registra la historia? Ninguno ciertamente. El politeísmo ya desacreditado se hundió por su misma falsedad y ninguna importancia; cedió, bien á pesar suyo, el campo á la verdadera Religión, y después de un último y postrer esfuerzo, por medio de crueles sacrificios y horrendos asesinatos, terribles martirios y destructoras persecuciones, quedó para ser juzgado por la historia. Mientras tanto la *ciencia* en la parte de los conocimientos humanos que podía dársele este nombre, porque los estudios de las *ciencias* experimentales y de observación todavía no alcanzaban la categoría de tales, continuó su camino al amparo del Cristianismo y de la tradición, como tendremos ocasión de estudiar en los capítulos siguientes.



## CAPÍTULO V

### EL CRISTIANISMO Y SUS CONSECUENCIAS

Generalidades.—La humanidad.—La ciencia entre los griegos.—Nacimiento de Cristo.—Antigüedad del judaísmo.—El dogma cristiano es el único verdadero.—El Evangelio.—Tiberio.—Muerte de Jesús.—Los Apóstoles.—Las catacumbas.—Comienza la decadencia de Roma.—Emperadores que se degradan.—Primeras persecuciones.—Constantino protege la Iglesia de Jesucristo.—La cuna de la ciencia moderna no fué el Museo alexandrino.—Las persecuciones aumentan el número de cristianos.—El Cristianismo mejora los costumbres.—Roma y Constantinopla.—Constantinopla.—La Iglesia católica no es hostil á la ciencia.—Los Pontífices y los Príncipes han protegido la ilustración de los pueblos.—La Iglesia católica impulsa el progreso estético é industrial.—División del imperio.—Juliano.—Joviano.—Valentiniano.—Valente.—Graciano.—Teodosio: su reinado.—Se divide el imperio entre Arcadio y Honorio.—Irrupción de los bárbaros.—Estilicon.—Alarico.—Alarico: se casa con Placidia.—Sigerico.—Wala.—Consulencia.—Gaius.—Antemio.—Pulqueria.—Teodosio II.—Guerra de Persia.—Valentiniano III.—Aecio y Bonifacio.—Atila.—Pulqueria se casa con Marciano.—Honorio abre su mano á Atila.—Segunda invasión.—Batalla de Chalons.—Vuelve Atila.—Se casa con Ildigunda.—Muere por los excesos de la boda.—Asesinato de Aecio.—Muere el monarca.—Máximo emperador.—Genérico.—Avito.—Majoriano.—Los Bagaudos.—Ricimero.—San Severo.—Egidio.—Olibrio.—Julio Népoté.—Orestes.—Augustulo.—Odoacro.—El Senado Romano abdica el imperio del mundo.—Reflexiones acerca los acontecimientos de esta época, los progresos del Cristianismo, los descubrimientos científicos, los Santos Padres, las herejías y los conflictos que todo esto haya podido acarrear entre la Religión católica y la ciencia empírica.



AMOS á recorrer la gloriosa época en que apareció el *Redentor del mundo*, para predicar la nueva Religión que regeneró á la humanidad. Estamos, pues, en el terreno verdadero, donde comienza el Cristianismo su santa misión evangélica, y en este terreno procuraremos demostrar, *que entre la Religión católica y la ciencia no existen conflictos; ó Bien, que los conflictos del señor Draper, y el materialismo y positivismo modernos no tienen razón de ser ante la historia y la ciencia.*

La historia de la ciencia en sus continuas evoluciones, ha dicho un pensador contemporáneo, es un poema sublime, cuyo fondo se halla en la humanidad apreciada por la naturaleza.

Con efecto, la historia de los humanos conocimientos representa una serie no interrumpida de oscilaciones y controversias, que vienen á sucumbir ante un materialismo que quiso sobreponerse á las leyes de la razón y del espíritu.

Empero ¿hemos llegado á conocer estas leyes con sus modificaciones, para que podamos definir con probabilidades de exactitud, lo que se debe entender por ciencia? ¿Se ha alcanzado la meta de los conocimientos que

se pueden adquirir, así prácticos como teóricos, experimentales ó metafísicos, para señalar un límite al principio de lo que llamamos progreso indefinido? ¿Deberemos buscar, acaso, este progreso en la caída del primer hombre y en sus virtudes sociales, morales, científicas y artísticas? Y, si no es dado señalar un término fijo, si sus adelantos y descubrimientos han de continuar en la serie de los tiempos, si todos los días nos regocijamos con un nuevo instrumento ó un moderno aparato que permite ensanchar el campo de nuestras investigaciones empíricas, si á cada momento se anuncian principios desconocidos que afianzan más y más la moral ó el derecho, ¿cuál será entonces lo que ha de constituir la *ciencia*, como ley suprema, verdadera, evidente y real?

La palabra *ciencia* tiene para algunos cierta elasticidad, y representa conceptos diferentes, según el objeto y fin que se propone una escuela ó un determinado autor. Consultad los Diccionarios y veréis demostrada esta verdad. Hé aquí la razón por que andamos con timidez al fijar una definición concreta, que abrace el conjunto de los conocimientos humanos en este momento histórico, en el cual se pretende que la ciencia sea exclusivamente empírica y experimental.

Esto no puede ser.

Para nosotros la ciencia comprende un campo más vasto y fecundo; creemos que hay ciencias sagradas y ciencias profanas, luego cada grupo de conocimientos ciertos y evidentes constituyen una ciencia especial dentro de esta división, siempre que puedan demostrarse directamente ó por medio de reglas y preceptos emanados del sentimiento religioso, moral y social. Así es, que entran también en la categoría de ciencias, aquellas facultades que no pueden sujetarse á una demostración práctica y experimental; pero de ellas hay reglas y certidumbre en los principios fundamentales en que se apoyan. Hé aquí porque decimos ciencias filosóficas, ciencias jurídicas, ciencias administrativas, ciencias psíquicas, ciencias teológicas, ciencias exactas, ciencias naturales, antropológicas, biológicas, etc., etc. Siguiendo la opinión de autores respetables, diremos: que la *ciencia* es el conjunto de conocimientos que los hombres adquieren de las cosas como resultado de la razón y de la experiencia reducido á sistema. También decimos *ciencia de Dios*, que puede ser de *simple inteligencia* ó de *previsión* y de *preexistencia*.

El *arte* aun cuando lleve en sí una concepción elevada y profunda, no es la *ciencia*. El arte entraña un conjunto de reglas fijas é invariables, que conducen á practicar una determinada cosa. La ciencia representa un conocimiento metafísico de la naturaleza de las cosas, por cuya razón sus principios son *à priori*.

Así en las ciencias experimentales vemos siempre que la observación y el

estudio empírico preceden á los preceptos, axiomas y leyes que constituyen sus fundamentos metafísicos. Por práctica y empírica que sea una ciencia en las funciones primeras, tiene sus bases en la metafísica, sin la cual no podría elevarse á la sublime categoría de ciencia.

Los antiguos decían que la ciencia es un conocimiento de las cosas por sus causas: *Scientia est cognitio rerum per causa*.

Para el gran filósofo cordobés, Sèneca, la sabiduría enseña la naturaleza de Dios, lo que son los infiernos, los lares y los gemidos, qué es del alma después de esta vida, donde mora, qué hace, qué puede y qué quiere.

Concretándonos á la filosofía como ciencia primera, Plutarco la definió diciendo, que era un conocimiento claro y cierto de las cosas divinas y humanas. Opinión que siguieron Cicerón, Clemente Alejandrino y Orígenes.

La ciencia lleva en sí una circunstancia especial, que la señala y distingue, pues, siempre busca el *por qué* de las cosas. Esto la separa de la *opinión*, que generalmente está basada en *probabilidades* más ó menos aceptables.

En una palabra; la ciencia contiene en sí la certeza y no admite duda alguna sobre sus leyes ó principios fundamentales. Así, pues, la ciencia en su genuina acepción, ha de ser un conjunto de verdades ciertas y evidentes, unidas y enlazadas entre sí para dar á conocer uno de los múltiples ramos del saber humano. Y como todos los conocimientos que atesora la humanidad se hallan entre sí relacionados constituyendo un organismo completo, de aquí resulta cierto conjunto que se puede llamar *ciencia universal*.

Sentados estos superficiales preliminares, diremos, que es innegable que los descubrimientos en las ciencias exactas, físicas y naturales se suceden todos los días, modifican las teorías, cambian los sistemas y destruyen muchas veces las hipótesis, notándose en ocasiones un completo desequilibrio, un desacuerdo en su esencia que turba la armonía entre las escuelas militantes, según que domina este ó aquel principio fundamental. Si fuera dado conocer con perfección todas las leyes que Dios imprimió á la materia, si pudiéramos apreciar cual corresponde la naturaleza y magnitud de este agente misterioso á que está subordinado el *substratum*, quizá nos sorprendería que las leyes empíricas no son tan sencillas como creemos, que los fenómenos ó caracteres de que aquél está dotado representan distintas manifestaciones, y que las *fuerzas* ó *FUERZA*, que no conocemos, constituyen el volumen, la figura y el peso de los cuerpos. Estas indicaciones se mirarán probablemente con desconfianza; pero se afirman y adquieren solidez con el descubrimiento de nuevos elementos químicos como el davyum, la solidificación del oxígeno y el hidrógeno, la disociación, el estado radiante, la nueva figura y forma que adquieren los cuerpos bajo el influjo de una intensísima presión, y sobre todo la controversia que en el día



llama la atención de los sabios acerca la hipótesis de Lamarck, Darwin, Wigand, Hartmann, Prel, Pfäundler, Spencer, Comte, Littré y otros ilustrados profesores. Las creencias científicas de los sabios muy raras veces se modifican. Las ciencias teóricas no tienen aquel prestigio que alcanzaron en otros tiempos, y hoy no les sería posible marcar el camino que debieran recorrer los que corresponden á la atenta observación y al orden experimental. El conocimiento

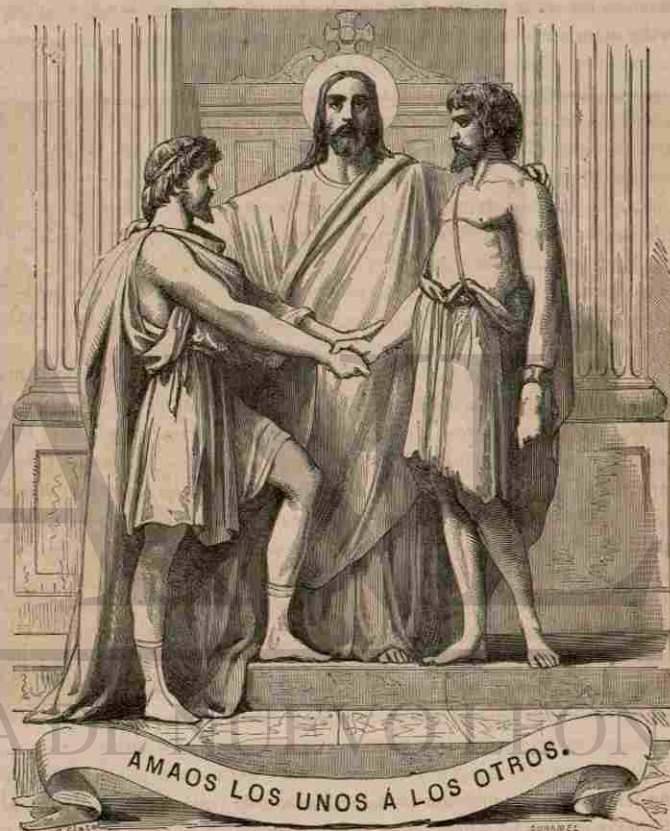


Nacimiento de Jesucristo.

de los fenómenos que presenta la naturaleza á cada instante, no es la ciencia de las leyes constantes é invariables que los dirigen.

La humanidad se propaga por una generación continua, según el sagrado precepto del Génesis: la naturaleza contempla como aparecen y desaparecen las primeras generaciones, que se perpetúan fijas é invariables en cada especie de un modo indefinido, y el tiempo viene á medir sus fuerzas respectivas. Así está dispuesto por Dios desde la creación. En esta marcha majestuosa al través

de los siglos, nada ha cambiado, subsisten inquebrantables las verdades bíblicas, sin que hayan producido *conflicto* alguno ni alterado las bases del derecho y de la moral, ni mucho ménos el orden de los fenómenos de la



naturaleza que obedece á leyes inmutables, todas estas evoluciones filosóficas, todos estos adelantos de la experimentación de las diversas escuelas en las épocas y países cuya historia estamos recorriendo.

La ciencia entre los griegos alcanzó su apogeo, el helenismo imperó entre



los sabios y la mitología avasalló una gran parte del mundo. Aquella perdió su brillo, éste se vió en el mayor desprecio, y la tercera murió por su falso origen. La antigüedad pagana desconociendo, y, tal vez, desdeñando la unidad humana, aceptada en principio desde las primeras civilizaciones, no pudo conocer otros medios para aproximar y reunir á los hombres, que aquellos que emanaban del dominio de la fuerza.

*¡La humanidad!*... Palabra mágica, no pronunciada por ningún filósofo de las distintas escuelas de la India, del Egipto, de Grecia ni de Roma. Palabra desconocida de los legisladores antiguos, ignorada del mundo pagano. Palabra consoladora de esperanza y de fe divina, de amor y de ternura, de paz y de concordia, que siempre ha querido reunir y reúne por el dulce lazo de las verdaderas creencias cristianas las diferentes ramas de la gran familia esparcida por la haz de la tierra. Palabra sacrosanta proclamada por el Hijo-Dios, y simbolizada en la cristiandad.

Las glorias de David y Salomón vuelven otra vez triunfantes, las setenta y dos semanas de Daniel están cumplidas, y la plenitud de los tiempos anunciada por los Profetas de Israel, ha llegado á su venturoso término.

Bajo el reinado de Augusto y á los 732 años de la fundación de Roma y 38 de la Era llamada Española, nació en un olvidado rincón de la Judea el Salvador del mundo, anunciado de los Profetas. Este acontecimiento, el más importante y trascendental que han presenciado los siglos, pasaba ignorado y desapercibido del pueblo conquistador; empero vino á regenerar la humanidad, y á colocarla en el verdadero camino de una civilización nueva y de una libertad imperecedera.

Cristo predica una Religión sublime, practica una moral pura y edificante y proclama que todos son hijos de su Padre. Con la unidad de Dios establece la unidad de la familia humana. La doctrina de Jesus es sencilla, pero elevada, conmovedora y santa; está al alcance de todos. Dios *es uno; todos los hombres son iguales; amaos, pues, los unos á los otros como os ama vuestro Padre celestial, que estará con vosotros hasta la consumación de los siglos.*

¡Religión sublime que abate las jerarquías y destruye las castas; Religión augusta que proclama la igualdad y la fraternidad del humano linaje! El hombre y la mujer, el sabio y el ignorante, el monarca y el ciudadano, el rico y el pobre, el banquero y el menestral, el hombre del campo y el que bulle por las ciudades, todos somos hijos de Dios, todos somos hermanos. Y aquel culto grosero y mundanal, ensangrentado por cruentos sacrificios, donde se inmataba cuanto de más caro y entrañable tiene el hombre, que son sus propios hijos, desaparece ante la sublimidad de las máximas santas que se

reflejan en la luz divina que sale de los purísimos labios del Hombre-Dios. La confraternidad universal es el consuelo de la humanidad, y la ciencia se ha encargado de demostrarlo en el campo de la especulación, cuando la fe cristiana no ha sido bastante para conseguirlo.

En vano se esforzarán los extraviados utopistas para hacernos ver que el Cristianismo proviene del mazdeísmo y del budhismo.

La moral de los discípulos de Jesus es más pura y edificante que los preceptos del brahmanismo. El budhismo y el mahometismo podrán, si se quiere, tener sus primeras fuentes en el Asia; pero el Cristianismo tiene su origen en la santa revelación hecha á Moisés.

La antigüedad del judaísmo alcanza á los tiempos fabulosos, y los hebreos con el nombre de *hycos* conquistaron el Egipto. El origen divino de la Religión de Moisés se demuestra con la prohibición que el Señor dió á su pueblo desde el monte Sinaí: *Yo soy el Eterno, tu Dios; no tendrás otros dioses en mi presencia.*

Pretender que la secta budhista que propagaba su sistema religioso 500 años antes de J. C. tenga los diez mandamientos y otras filiaciones con el Cristianismo, es conceder de una manera formal, que aquellos sacerdotes conocieron los libros del Profeta hebreo. En el Cristianismo Dios es un Sér personal, increatedo, superior á todo cuanto existe y que la razón conoce primero.

¿Ni cómo puede hallarse este parentesco radical, cuando el budhismo es ateo? En la *buena ley*, que es el libro fundamental de las creencias budhistas, falta la base primera, el punto capital, que es la idea de Dios. En la teodicea está el panteísmo brahmán de donde ha tomado origen y vida, el cual quiso combatir Sydbartha Catyatinha, fundador del budhismo.

Los israelitas ocupaban el Egipto desde los tiempos de Abraham y desempeñaban los puestos más distinguidos. Sólo Moisés, inspirado por Dios, pudo regenerar á su pueblo.

El dogma cristiano como revelado, será definitivo y contemplará sin inmutarse las evoluciones de la filosofía y de la ciencia experimental y de observación; porque las verdades reveladas por la Divinidad son inaccesibles á la razón. Las ciencias exactas, físicas y naturales sólo enseñan las leyes y preceptos ordenados por el Sér SUPREMO, y descubiertas por el entendimiento humano.

Estúdiense todas las civilizaciones que propagaron los Acadios y después los Aryas y los Escitas por las cinco partes del globo, y en ninguna se reconoce de una manera terminante la levantada y sublime idea de la *humanidad*. Sólo el Hijo-Dios vino con ella á fundar uno de los santos preceptos que encierra la moral cristiana.

Se pregunta por los materialistas y positivistas, si el Evangelio es una



revelación milagrosa, y si el Cristianismo procede de Dios ó de los hombres. Claro está que siendo revelado procede de Dios. Sócrates y Platón fueron filósofos, sus opiniones y doctrinas han seguido la marcha del progreso humano; pero la Religión de Cristo no cambia ni se modifica porque la ciencia haga sus conquistas, y vaya conociendo, si bien de un modo lento y paulatino, las leyes que Dios comunicó á la materia en sus distintas manifestaciones. La ciencia de la historia podrá descartarse de todo aquello que no le cuadre, ó mejor, de cuanto está fuera del sistema especulativo y de los intereses morales de su autor ó de su escuela; pero á este derecho indisputable que nosotros reconocemos, se sigue el *deber*, que no dudamos se nos concederá también, de respetar nuestras creencias por lo que corresponde y está consignado en los Sagrados Libros y cuanto nos enseña la Iglesia católica.

¿Estará nuestra generación pervertida? Bien ha dicho el señor Schleiden: «Que el materialismo actual no es el fruto de la ciencia, sino la antipatía organizada en sistema contra todas las religiones.» Prosigamos, empero, nuestra tarea en el campo de la historia.

Tiberio sucede á Augusto y su tiranía y perversidad enaltecen á Octavio. A los diez y nueve años de su reinado y seiscientos ochenta y cinco de la fundación de Roma, tuvo lugar el gran misterio de la Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. De aquel madero sacrosanto, emblema triunfante del Cristianismo, partieron los doce discípulos, que cual profundos legisladores se extienden por la tierra para predicar una Religión de paz y mansedumbre, separando el error de la verdad.

Las catacumbas de Roma, criptas sagradas que sirvieron antes de enterramientos, oyen la sublime é inspirada doctrina del Crucificado, que muy pronto se propaga por todas partes con ardoroso entusiasmo y santo fervor. El Olimpo con sus dioses de piedra y metal se ha estremecido ante el poder de aquel Niño desnudo, arrullado en Betlén por el cántico de los ángeles. Es que el mundo se rejuvenece, y una nueva civilización viene á derribar el desmoronado edificio del grosero paganismo. El Thais (Omega) postrera letra de los griegos y el monograma de Cristo (Xptus), aparecen esculpidos en aquellos subterráneos.

El poder de los emperadores romanos era ilimitado, pero precario; el exceso de este mismo poder les conducía al desvario y al crimen. Todos ellos fueron tiranos y no reyes, y los abusos, las demasías y horribles crueldades destruyeron el imperio. La noble asamblea, olvidando su levantada misión, estuvo degradada bajo el cetro de Tiberio, y la juventud consagrada á la filosofía, á las letras ó á la magistratura, con una educación superficial y hasta pedantesca, descendía al vil oficio de miserables delatores.

Roma, pues, embriagada con los placeres y la molicie había perdido sus instintos belicosos y sus arranques guerreros. Los ciudadanos se habían convertido en sibaritas y las damas en impuras meretrices. Las sectas paganas luchaban con su agonía y desesperación: sus templos dedicados á los falsos dioses amenazaban ruina; se destruían los altares; dispersábanse los pontífices;



Llegada de Israel á Egipto.

y el politeísmo que confundió la piedad con el sentimiento nacional, cayó en menosprecio para terminar pronto su inminente ruina.

La púrpura de los Césares había perdido su brillo deslumbrador, la toga del magistrado se convirtió en el grosero sayal que cubría las víctimas, y los excesos, las tropelías y los crímenes alcanzaron el último eslabón de la cadena de las más enormes atrocidades. El manto de Augusto sirvió para cubrir horrendos sacrificios y espantosos asesinatos. Calígula ávido de sangre, sobrepujó



con sus crueldades á Tiberio, y muy pronto desaparecieron las horas felices soñadas durante los siete primeros meses de reinado. Claudio su tío, fué el juguete de los poderosos, y su imbecilidad lo condujo á la tiranía. Los sangrientos horrores de Nerón, el incendio de la Ciudad eterna, sus ridículas farsas teatrales y su eobarde y repugnante suicidio, consolaron por un momento al Senado romano. Los suplicios de Galba y la derrota de Othón en Bedriaco abrieron el camino á Vitelio, cuya gula y ferocidad indicaron que su reinado sería desgraciado. Los peculados y homicidios de Domiciano, los infernales tormentos inventados por Caracalla, las monstruosidades de Heliogábalo, la feroz tiranía de Máximo y tantos otros como mancharon aquella púrpura antes tan temida como respetada, hicieron que el imperio romano se ahogara en el embrutecimiento de la orgía, de la crápula y del asesinato. De nada sirvieron las virtudes de Vespasiano, la filantropía de Tito, ni la prudencia y rectitud de Trajano; de nada sirvieron la clemencia de Nerva, ni las morigeradas costumbres de Antonino y Marco Aurelio. La hora fatal había sonado para la soberbia Roma, y atónita cayó exánime entre el hierro y la matanza de los pueblos, que para huir de su feroz tiranía se habían concentrado en los límites de Europa.

El Cristianismo durante los primeros siglos de su propaganda sufrió terribles persecuciones. El Dios de Israel guiaba la flotante nave entre lagos de sangre, y la humanidad se regeneró domeniando todas las sectas filosóficas. Aquel sentimiento de admiración y curiosidad entre los filósofos de Oriente, pronto cambió en interés y desconfianza, y todos pretendieron interpretar y discutir los sagrados dogmas del Evangelio. Empero en el Occidente se despertaron las pasiones aguijoneadas por la política, considerando las nuevas doctrinas cristianas contrarias á la humanidad, innovadoras y revolucionarias. El paganismo romano, hijo, tal vez, del helenismo, buscó su apoyo en antiguas tradiciones, y los filósofos con sus sutilezas y la aristocracia con sus privilegios, aspiraron á sostener las desprestigiadas sectas, no como creencia fundamental encarnada en la conciencia humana, sino como religión de Estado. Las falsas creencias se hallaban heridas de muerte, la moral y la virtud no existían y la sociedad romana próxima á su ruina. El Cristianismo hijo de Dios y encarnado en el cielo, vino á sellar con la sangre de innumerables mártires la verdad del elemento civilizador, que en vano se pretendió busear entre tiranos embrutecidos, patricios sin dignidad, filósofos sin fe y plebeyos sumidos en la más asquerosa abyección. El Evangelio sostenido por los germanos cambió bien pronto la faz del mundo romano. Desde Celso, Porfirio y Juliano han pasado muchos siglos y generaciones; han variado por completo las teorías é hipótesis para explicar los fenómenos de la naturaleza; los pueblos

y las instituciones políticas han sufrido mil alternativas y metamorfosis; las costumbres son otras; las escuelas filosóficas materialista, positivista y atea no han cesado ni un solo instante de hostilizar de un modo más ó menos embozado y con nombres distintos la Religión de Cristo; todas las argucias y sutilezas imaginables, ya en el campo de la abstracción ya dentro el terreno experimental, se han puesto en juego para ahogar el Catolicismo; hoy no hay más que católicos y materialistas; cuya secta positivista ó unicista, representa la última fórmula de la filosofía incrédula; y es la verdad, que al recorrer los postreros años del siglo XIX, el Catolicismo sigue triunfante y victorioso en todos sus dogmas, á pesar de la guerra que se le hace bajo la égida de la ciencia experimental.

¿Cómo desconocer las preeminencias celestiales de la Religión del Crucificado? Basta recordar que Cristo hizo que el sacerdocio fuese igual para todos sus hijos, y á él pudiesen aspirar todos los hombres aboliendo las castas y los privilegios. Desterró de los altares las víctimas humanas sustituyéndolas por el santo sacrificio de la Misa, que recuerda y conmemora su sagrada Pasión y muerte para redimir á la humanidad.

Roma, pues, enervada por sus desvarios sensuales, por la corrupeión y por el vicio, aceptó, al fin, el Cristianismo, y buscó en la pureza de su doctrina la fuerza de vitalidad, que no habría encontrado en la tiranía y desenfreno de sus tiranos y de sus emperadores.

La Era de Diocleciano había pasado entre lagos de sangre, sus sucesores siguieron en aquellas destructoras persecuciones, y muerto Maximino y después Licinio, el imperio quedó otra vez potente y vigoroso bajo el cetro de Constantino. Las continuas y desgarradoras luchas habían terminado por de pronto, y el nuevo Emperador avisado por el cielo, ó siguiendo una política opuesta á la de sus antecesores, aconsejada por Osio, obispo de Córdoba, ó tal vez inspirado por su conciencia después de haber oído á aquel santo y docto prelado, — que parece lo más natural, — se declaró cristiano y puso á su inmediata protección la fe de Jesucristo. La Cruz, símbolo sacrosanto de la redención, pasó del ignominioso Gólgota á la enseña vencedora que guía desde entonces los ejércitos á la victoria, y brilla refulgente sobre las sienas de reyes y emperadores.

El signo de los cristianos era el glorioso emblema de los poderes constituidos, por todas partes se elevaron oraciones al Padre y Creador omnipotente en nombre de Cristo crucificado; la cristiandad se extendía esplendorosa por Oriente y Occidente inculcando en la conciencia humana el sentimiento íntimo de la santa verdad. La fe, la esperanza y la caridad reemplazan á la duda, á la vacilación y al temor; la igualdad y la fraternidad universal dispiertan en los



hombres sentimientos levantados y dignos; la depravación, el cinismo y el orgullo se sustituyen por la humildad, la resignación y el amor recíproco; el misterio, la impostura y la corrupción se ven eclipsados por la doctrina, la predicación y el culto, donde todos imploran con plegarias á la Providencia divina. El espíritu civilizador, la moral y la oración se unifican en la unidad de la fe cristiana y en el conocimiento del Hijo-Dios. Las ciencias todas, des-



Los primeros discípulos de Jesús.

pués de mil encontradas vicisitudes y del torbellino de las escuelas griegas y romanas, vinieron á condensarse en la escuela alejandrina, cuando apenas se percibían algunos leves fulgores de aquel resplandor durante el reinado de los primeros Ptolomeos, poniéndose más tarde bajo la dirección de filósofos cristianos.

Ya nos será posible vislumbrar que la *ciencia* propiamente dicha y tomada en sentido general y abstracto, tiene un origen mucho, muchísimo más

antiguo que la existencia de los dos primeros Lagidas en Egipto; es decir, de Ptolomeo Soter y su hijo Ptolomeo Filadelfo. La famosa Biblioteca Alejandrina que formaba parte del Museo, que el primero había fundado y el segundo impulsó extraordinariamente, no fué ni pudo ser *el origen de la civilización moderna*. La ciencia cual entonces se comprendía, existía en Oriente, y el estado de prosperidad en que se hallaba cuando las conquistas de Alejandro ofrece una prueba irrefutable. El desarrollo progresivo fué obra de los siglos, sus diferentes escuelas hijas de la especulación razonada, y su condición práctica y experimental producto inmediato del tiempo y de la constante



Cristianos en las catacumbas.

y repetida observación de los fenómenos naturales. El Museo abrió también su seno á todas las escuelas griegas, y con especialidad á las de Aristóteles y Zenón. *La cuna, pues, de la ciencia moderna no puede encontrarse en la Biblioteca Alejandrina*, como sostiene el señor J. W. Draper.

El Cristianismo venía ejerciendo de un modo visible su santa y levantada misión. Mejorando la parte moral favorecía el estudio y alejaba de la sociedad humana las falsas creencias, que usufructuaban la ciencia y el poder civil. Sosteniendo la igualdad de origen demostraba la igualdad de las almas, su redención y su fin. Las sectas paganas fueron individuales, eran creencias de



raza, de pueblo ó de familia. La Religión de Jesucristo era la Religión de la humanidad. De este modo el dogma cristiano proclamó la santa ley de la igualdad política y religiosa, enseñó al hombre el estudio legítimo y progresivo del gran libro de la naturaleza é impulsó los goces y placeres sociales santificando y enalteciendo el trabajo y amparando con su glorioso manto la industria, las artes nobles y las manufactureras, los oficios, la agricultura, el comercio y con especialidad el sentimiento estético. El Cristianismo fijó de un modo definitivo la unidad del linaje humano como descendiente de un padre común, y separó con la mayor esmerapulosidad lo que pertenece al orden religioso de aquello que es propio y peculiar de lo político y del poder civil. Lo primero corresponde á nuestro interior y lo segundo al exterior.

Roma había corrido todas las fases y vicisitudes de la vida de los pueblos. Guerrera y batalladora gozó del poder y de la gloria; jurisperita y dominadora se ahogó entre riquezas y placeres; era poderosa, grande y reunía en su seno la vida artística y monumental de muchas naciones. Preciso era, pues, que descendiera del pináculo y viera caer á pedazos su ambición guerrera y su soñada monarquía universal. ¿Qué nos recuerda la historia de Roma hasta el Cristianismo? Una lucha incesante, una serie de invasiones no interrumpidas durante siete siglos, para declararse señora del mundo, abusando casi siempre de la astucia ó de la fuerza que era para ella su suprema ley. Sólo el Cristianismo conservaba la unidad de miras, extendía sus conquistas y derramaba con profusión la sangre de sus mártires para que se transformara en semilla fructífera de fervorosos creyentes.

Constantino había abrazado el Cristianismo, sin que por ello dejara de dirigir una mirada á los paganos, siquiera fuese política y recelosa. Su conducta probó de un modo indubitable que era cristiano de corazón, y estaba decidido á sostener y proteger la Religión de Cristo contra los errores de la idolatría. El Cristianismo no se separó ni un momento de su augusta y santa misión.

Las aspiraciones del Emperador se conocían sin grande trabajo, porque dictaba resoluciones decisivas en beneficio de los cristianos con lealtad y sin mistificaciones. Traslado la metrópoli donde estuvo Bizancio, que se apellidó por algunos *nea Roma*, y por otros *Constantinopla* en honra y gloria de su fundador. De esta manera Constantino planteaba su nueva política sobre la base del Cristianismo, sin obstáculos ni inconvenientes. La muerte de Crispo su hijo, empañó la gloria de tan gran monarca, que supo sobreponerse á las circunstancias, dando la paz á la Iglesia cristiana.

En vano será que los incrédulos profanen con sus sarcasmos é inventivas la conversión del gran Constantino á la Religión de Cristo. Aquella *crux* que apareció en el aire, emblema triunfante de la redención, aquellas palabras

IN HOC SIGNO VINCES: *con esta enseña vencerás*, le hizo abrazar la nueva Religión á pesar de la influencia de Licinio su rival y co-emperador.

Y después de las disposiciones adoptadas para proteger el Cristianismo y anular poco á poco á los paganos, dejando á los idolos sin alhajas ni adornos para socorrer con su valor á los pobres y menesterosos, publicó aquel célebre Edicto, en cuya conclusión se leen los párrafos que siguen: «Por lo demás, nadie se propase á cometer tropelías con los otros, dejándose llevar de sus particulares sentimientos, sino ayude cada uno á su prójimo como mejor le diere Dios á entender, y si esto no pudiere, déjelo. Porque una cosa es emprender voluntariamente la defensa de la verdad peleando por la inmortalidad, y otra forzar á abrazarla con el terror de los suplicios. He dicho todas estas cosas, y disertado sobre ellas con mayor amplitud y prolijidad de lo que pedia el propósito de nuestra mansedumbre, *porque no quería ocultar ni disimular la verdad de mi fe*, principalmente cuando algunos, según llega á mis oídos, dicen que han sido completamente arrancados los ritos y ceremonias de los templos y la potestad de las tinieblas. *Esto ciertamente aconsejaría yo á todos los hombres si esta conspiración y rebelión violenta del perverso error, para ruina y perjuicio de la reparación del género humano, no estuviera demasiado arraigada en los ánimos de algunos.*» (Traduc. de Eusebio).

Los hijos de Constantino siguieron las huellas de su padre, prohibiendo los sacrificios, la adoración de los dioses del Olimpo y todo ejercicio que recordase de una manera más ó menos directa el paganismo. ¿Y se dirá después que el gran Constantino no profesaba el Cristianismo con verdadera fe y de todo corazón?

El reinado de Constantino, diga lo que quiera el Profesor de Nueva-York y su escuela, fué para los cristianos una luz bienhechora que duró treinta años, y al apagarse dejó imágenes imperecederas y principios trascendentales.

Las ciencias comenzaban á sacudir su antigua y opresora tutela, se conoció la necesidad de separar la ciencia sagrada de la profana, y al realizar esta separación no hubo *conflicto* alguno, sino que ambas siguieron sus progresivos caminos para realizar sus fines en la humanidad.

De suerte que el Cristianismo ganaba el corazón de aquellos desgraciados entre inauditas y sangrientas persecuciones, y apenas pudo salir de las misteriosas catacumbas por la protección de Constantino, cuando continuó afanoso sus trabajos de predicación.

La Iglesia de Jesucristo jamás fué ni ha sido hostil ni refractaria á los progresos de la ciencia experimental, si estos, lejos de pretender oponerse de un modo cauteloso á la verdad de sus principios dogmáticos, se ocupan de mejorar las condiciones físicas de la sociedad, sirven para aumentar la riqueza de los



pueblos, y se aplican á suavizar las fatigas y sinsabores de los hombres dedicados al trabajo. ¡Ah! El Catolicismo acepta de buen grado todos los adelantos, todos los perfeccionamientos de la ciencia y cuanto el hombre puede realizar en todas las esferas de su actividad, siempre que vayan encaminados al bien moral y á mejorar y enaltecer nuestra sociedad, por desgracia, tan materializada.

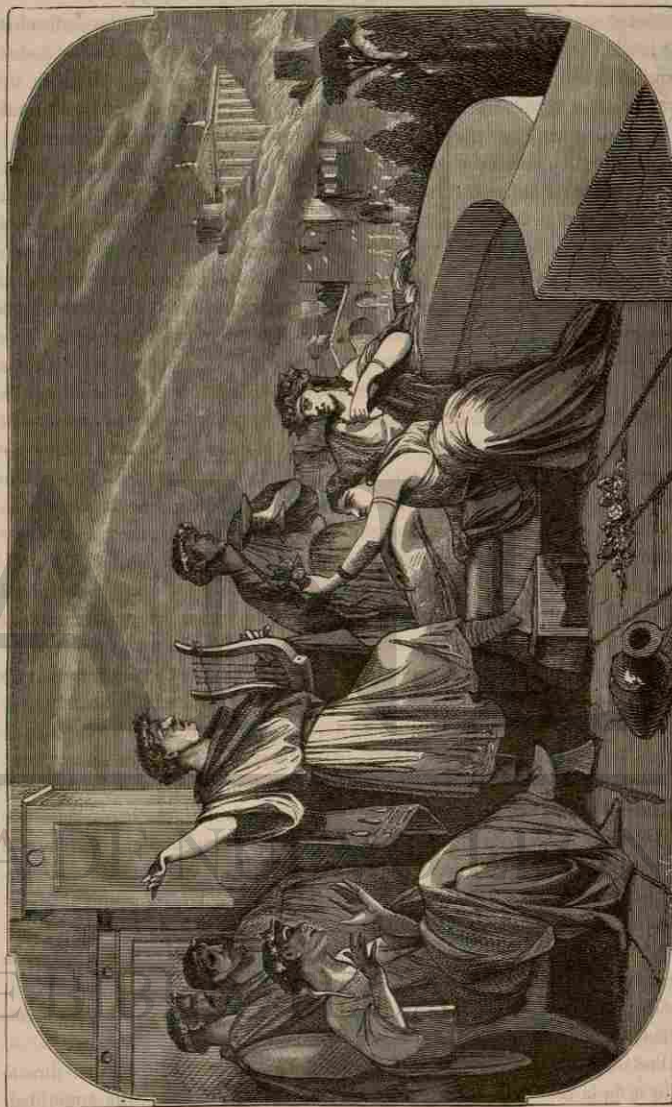
Hubo un tiempo en que el saber y la ilustración se encerraron en los claustros, y de ellos salió aquella luz regeneradora que debía iluminar la nueva vida intelectual de la humanidad. Los Pontífices y los Prelados protegieron con mano generosa los centros de enseñanza é ilustración, y el clero fué el último depositario de la ciencia y del saber. Si en esta época se registran errores, si la escolástica dominó las conquistas de la inteligencia, si descubrimientos ulteriores han demostrado aquellas malas interpretaciones, no fué que la Roma católica se opusiese al progreso europeo, ni que la Divinidad desaprobase los descubrimientos por creerlos vanos y presuntuosos, ni mucho menos que la Iglesia de Jesucristo hubiese sentado por precepto, *que en la revelación mosaica está la norma de la verdad y de todo cuanto Dios ha querido que supiéramos*, ni el ridículo absurdo, en fin, *que el clero no permitía que nadie le aventajara en ciencia*, como dice Draper en su *Historia de los conflictos*. Todos estos sofismas, todos estos dislates no son para discurrir, aclarar ó resolver determinados problemas, sino con el objeto de desprestigiar el Catolicismo, amenguando su influencia y valer, presentando á la faz de la humanidad al Sumo Pontífice como un elemento retrógado, perturbador y refractario al progreso de los pueblos y á los adelantos de la ciencia.

Del Catolicismo salieron cual faros refulgentes las antorchas luminosas que difundieron la luz de la ciencia moderna por todos los ámbitos de la tierra. Desde Morienus Romannus, ermitaño de Jerusalem, Alberto el Grande, Tomás de Aquino y Rogelio Bacon, el P. Francisco Suárez, Luis Vives, Bossuet y Fenelón, hasta el cardenal Wiseman, el P. Secchi, el P. Romano, monseñor Meignan, el abate Moigno y el P. Bosizio, han pasado muchas generaciones y muchos siglos, y durante los primeros destellos de la ciencia experimental sólo vemos al clero propagando con paternal solicitud los rudimentos de las ciencias modernas. Negar estas verdades sería la mayor de las injusticias.

La Iglesia católica ha predicado en todos los tiempos de su historia la unidad en la pluralidad, ha buscado en el orden la libertad, la justicia en la misericordia, la dignidad en el mérito y la felicidad en la virtud.

Cuando los hombres han perdido la libertad, ha dicho el mismo señor Guizot, la Religión se ha encargado de dársela.

Pretender explicar la civilización del humano linaje sin el concurso directo y eficaz de la Iglesia de Jesucristo, sería un imposible y hasta una temeridad.



Verón presentando el incendio de Roma.





Apenas el Cristianismo pudo respirar el aura vivificadora por la protección que le dispensó el gran Constantino, cuando el día 1.º de marzo de 311 se le permitió salir de las sagradas cuevas para cantar sus himnos de triunfo y levantar al Dios de lo creado templos de eterno reconocimiento, cuando pudo proteger directamente las ciencias y las artes, lo hizo sin reticencias, sin espíritu de especulación, sin atender á intereses mundanales y sólo para engrandecer y educar á la humanidad.

Perfeccionar al hombre en sus condiciones metafísicas y morales, ha sido en todos los tiempos de su historia su santa y angusta misión. Colocaos debajo de los majestuosos arcos de nuestras catedrales y basílicas, contemplad con el pensamiento el conjunto de bellezas que encierran y los sublimes recuerdos que evocan. Allí oiréis las grandiosas y celestiales armonías de Ambrosio, Gregorio y Guido de Arezzo. En la pintura veréis en todas partes reproducida la sublime idea de Dios y la creación, las glorias del Creador, y los padecimientos del Hombre-Dios hasta el sacrificio del Gólgota, todo representado en animados lienzos por el Peruchino, Rincón, Poussin, Miguel Ángel, Rafael Sancio de Urbino, Velázquez, Cerrachio, Cano, Murillo y tantos otros inspirados pintores. La arquitectura condensó en su inspiración católica el genio de Grecia, el romano, el gótico, el bizantino y cuanto de bello, elegante, majestuoso y sublime alcanza la humana inspiración. Y si el Renacimiento pudo unir el arte antiguo con el moderno, fué para buscar mayor pureza en el dibujo, corrección en el estilo y majestad y solidez en la construcción. La escultura representando á nuestro Salvador, á su Santísima Madre, á los santos y escogidos que ocupan los altares, despierta en el alma pensamientos grandiosos y recuerdos heroicos. Detalles minuciosos, grabados delicados, tallados graciosos y atrevidos en toda clase de maderas, relieves admirablemente ejecutados en hierro, cobre, latón, bronce y otros metales nobles, objetos de plata y oro, diamantes, perlas, piedras preciosas, grandes artefactos con aquellos mismos metales, tejidos de hilo de plata y oro, con sedas, lino y lana, bordados exquisitos, finos y delicados encajes, por todas partes tapicería, alfombras, cristalería, vidrios pintados, dorados primorosos, ricas porcelanas... todo cuanto han podido imaginar ó inventar de grande y esplendoroso las artes liberales y las artes manufactureras bajo el influjo mágico de las ciencias modernas, lo encontraréis en nuestras basílicas católicas en honra y gloria del Señor. ¡Ah! Bien puede decirse que son exposiciones permanentes, que el sentimiento católico sostiene para enaltecer la Religión verdadera en provecho y utilidad de las clases trabajadoras, para quienes el Catolicismo ha sido siempre el ángel tutelar y su áncora de salvación.

A la muerte de Constantino el imperio se dividió entre Constancio, Cons-

tante y Constantino. Los dos últimos murieron al poco tiempo. Magencio soldado oscuro, se hizo proclamar en Autun jefe supremo; Vetración ciñó también la corona, y Flavio Popilio Nepociano vistió la púrpura de los césares. Todos estos pretendientes brillaron como meteoros, y la batalla de Mursa dió la victoria á Constancio, suicidándose Magencio al verse derrotado y desamparado de sus parciales. Galo fué asesinado entre sus amigos, y Juliano después de una lucha tenaz y perfiada con su pariente Constancio y habiendo éste fallecido, ciñó la diadema entronizando de nuevo la idolatría. Este Emperador se conoce en la historia con el nombre de *Juliano el Apóstata*.

Juliano soñaba levantar el paganismo y disfrutar de una vida material y disoluta. Sus ideas eran de otras épocas, pertenecían á un pasado que en vano han aprovechado las victorias de Alejandro? Y deseó saber asimismo qué ciudad había sido mejor administrada, ó qué ciudadano había mejorado sus particulares condiciones. Juliano era filósofo de la escuela soerática; practicaba, no obstante, los preceptos de la doctrina de Cristo. Comparando la historia del emperador Juliano con los preceptos que hoy día sirven de fundamento á la antropología, se ve cuan erróneas son las deducciones de ciertos estudios modernos: el cráneo de este monarca ha sido clasificado de microcéfalo.

En los tiempos de este emperador se rehabilitaron los templos gentílicos, que Libiano favorecía con inusitado celo. La tradición egipciaca recordaba el fatal vaticinio de un oráculo antiguo: *Si alguna vez cae la estatua del templo de Serapis de Alejandria, la tierra temblará y se hundirá en el abismo*. La estatua fué derribada y el templo derruido. Todo quedó en reposo, y el Nilo continuó su curso natural enviando sus aguas bienhechoras para fecundizar aquel hermoso país.

Á Juliano el Apóstata, sigue Joviano, elevado al sòlio por aclamación de las tropas, el cual volvió á restablecer el culto cristiano como en los tiempos de Constantino; pero bajó al sepulcro á su llegada á Constantinopla. Los jefes confieren el mando á Valentiniano, que murió de repente, y Valente en una batalla dada á los godos cerca á Andrinópolis. El imperio se colocó bajo la dirección de Graciano; pero conociendo la gravedad de las circunstancias por el poder de los ejércitos godos, asoció á la gobernación del imperio al valeroso Teodosio, hijo de Teodosio general experimentado que había conducido á la victoria á los soldados de Valentiniano.

Teodosio supo captarse las simpatías de los godos y destruir á los ostrogodos. Graciano mandó publicar la tolerancia religiosa y murió en la rebelión de la Bretaña á manos de los soldados de Máximo el Usurpador; quien á su vez fué entregado á Teodosio para que con la cabeza pagara el atroz asesinato cometido con Graciano.



Teodosio fué activo y valiente, y conservó el imperio en medio de su decadencia. San Ambrosio le reprendió por su excesiva severidad en Tesalónica, castigó el tumulto de Antioquia, y por la intervención del obispo Flaviano y de San Juan Crisóstomo perdonó á esta noble y rica ciudad. Dignas son de eterna alabanza las santas palabras de un monje dirigidas á dos comisionados imperiales. *Por elevado que esté el emperador, dijo el santo varón, es siempre un hombre, y por consiguiente está obligado á considerar su naturaleza no*



Diocleciano.

*menos que su posición. Aquellos á quienes manda son lo mismo que él, imágenes del Dios SUPREMO; guárdese, pues, de provocar al Todopoderoso, destruyendo las imágenes vivas de la naturaleza divina, para vengar una afrenta hecha á las imágenes inanimadas de su cuerpo. Es fácil sustituir otras estatuas á las derribadas; pero por grande que sea su poder, de tantas vidas como quita, no podrá devolver una sola.* Teodosio había reunido bajo su cetro todo el mundo romano, y dividió el imperio en dos; el de Oriente y el de Occidente. Dió el primero á Arcadio y el segundo á Honorio, que eran sus

dos únicos hijos. Murió en las fiestas que se celebraban en Milán para enaltecer á Honorio en su advenimiento al trono occidental.

Los nuevos emperadores comienzan su augusta misión en edad temprana, y en circunstancias bien difíciles. Arcadio apenas cuenta diez y ocho años, y su tutor es el tímido y ambicioso Rufino. Honorio tiene solos once, y se halla bajo la tutela de Estilicón, hombre valeroso, pero amante de riquezas y placeres.

Tribus extranjeras ocultas en los helados desiertos del Norte, se habían precipitado cual impetuoso torrente sobre el mediodía. Los francos, los sajones, los lombardos, los alemanes, los godos, los vándalos y los hérulos, cayeron



Constantino.

cual nube de fuego sobre el imperio romano. Estilicón los derrotó bajo los muros de Verona. Alarico su jefe retira el ejército á Grecia para rehacerle; invade de nuevo la Italia y sufre otra derrota. Honorio separó á Estilicón de su gracia, licenció á los soldados veteranos y Roma experimentó los azares de dos sitios consecutivos. El hambre diezmó á sus moradores, el Senado dispensó su protección á Atalo, y Honorio degradado y sumiso, recibió de nuevo las insignias imperiales por gracia de Alarico.

La hora fatal del exterminio había sonado para la soberbia Roma, y el 24 de agosto del año 410 y 4163 de su fundación, entró el godo triunfante en la ciudad de los Césares; extraños pendones ondean en la cúpula del Capitolio. El

imperio de Occidente ha dejado de existir. Leves fulgores indicarán á las generaciones futuras su prolongada agonía, y sobre sus ruinas se edificará la civilización moderna amparada y sostenida por la enseña imperecedera de la cruz.

La invasión de los bárbaros, es para nosotros un acontecimiento providencial. El poder de Roma se precipitó á su ruina, y en su hundimiento arrastró consigo aquella civilización caduca y agonizante. El germanismo con sus formas rudas y sus rápidas invasiones, destruyó unas nacionalidades ya perdidas, y el Evangelio derribó las falsas divinidades facilitando á los invasores la repartición de un imperio corrompido.

«Los romanos, ha dicho Herder, han asolado al mundo y por todas partes, han derramado á torrentes la sangre humana. La destrucción, el exterminio y la muerte son el legado del pueblo romano...» En cambio el señor Laurent, considera que la guerra es el elemento principal de la civilización, y se felicita de aproximarse á una época en la cual dejará de existir aquel desolador elemento, que fué el que elevó á su apogeo al pueblo-rey... ¡Ilusiones propias de sus nobles deseos! Después de haber escrito este sabio tan halagüeña perspectiva, y en el espacio de diez años, hemos visto la guerra franco-prusiana, la guerra civil de Cuba y la de España, los trastornos políticos de Italia, Francia y España, los de los Estados de la Unión Americana, la guerra de Rusia con la Turquía, la de Inglaterra en la India... y ahora mismo Méjico tiene en su seno una guerra de partidos que la aniquila, y Chile y el Perú se están destruyendo. Esto sin contar con los internacionalistas, los nihilistas, los cantonales, los socialistas, los anarquistas y tantos otros como están reñidos con la sociedad y el orden (1880). Escritas estas líneas han sobrevenido los acontecimientos de Túnez, la invasión francesa en África para castigar tamaños ultrajes y la ocupación del Egipto por los ingleses.

La Religión de Cristo, no fué, nó, un legado que el imperio romano dejara al mundo, como pretende el señor Draper. Su aparición estaba anunciada por los Profetas y debía realizarse.

Alarico muere á la vista de Sicilia, y le reemplaza su cuñado Ataulfo. Este caudillo ajustó paces con los romanos, y fundó su reino sobre leyes equitativas y estables.

Ocupó una grande extensión de territorio y casóse con Placidia hermana de Honorio. Esta boda cambiaba la suerte de los pueblos conquistados. El conde Heracliano pagó con la vida su falta de probidad y buena fe. Constancio dirigía al emperador y obtuvo algunas ventajas; Geroncio invitó á los suevos, alanos y vándalos á pasar los Pirineos, y como torrentes devastadores recorrieron la Península entre el pillaje, el incendio, la destrucción y la muerte.

Hartos de sangre y rapiña se dividieron, al fin, el territorio consiguiendo los últimos invasores fundar la España visigoda.

Honorio tuvo varios competidores, de los cuales pudo librarse; la alianza celebrada en virtud de las bodas de Placidia, destruyó los ambiciosos planes de Ataulfo, que murió asesinado por Sigerico en el palacio de la joven Barcelona. No ha faltado quien haya atribuido este asesinato á Vernulfo su bufón, instigado por Constancio, rival del monarca. El perverso Sigerico ocupó el trono matando á seis hijos de Ataulfo, y obligando á Placidia á marchar á pié trece millas confundida con las esclavas. El puñal regicida dirigido por la mano de Walia derribó á los siete días al turbulento monarca y ocupó su lugar. Constancio continuando su incierta política, consiguió de Honorio la mano de Placidia, y bajó al sepulcro cuando estaba haciendo los preparativos para la guerra contra el joven Teodorico, que gobernaba en Constantinopla. Por fin, el indolente Honorio, después de un largo y agitado reinado murió sin otra gloria, en verdad, que la de haber protegido con sus disposiciones la Religión cristiana, como lo hiciera su hermano Arcadio en Oriente. Este príncipe después de muerto Rufino, estuvo supeditado al eunuco Eutropio, el cual cometió muchos excesos; pero habiendo perdido la gracia del emperador se vió perseguido y humillado, hasta el punto de buscar seguro asilo en el sagrado de una iglesia.

Gaia murió también á manos de los hunos. La persecución de San Juan Crisóstomo atribuida á la emperatriz Eudoxia, terminó con la vida del Santo; Arcadio bajó al sepulcro dejando un niño de cinco años, que puso á la magnanimidad de Isdegerdes, rey de Persia. Antemio se sobrepuso á todos los oligarcas; pero abandonado de sus aliados pasó el Danubio y entregó la administración del imperio oriental á la inteligente Pulqueria, que sólo contaba diez y siete años.

Las dos hermanas eran religiosas, y Pulqueria prudente é instruida, dirigió con acierto los negocios públicos durante cuarenta años. El reinado de Teodosio II fué pacífico, y en él dominó el sentimiento religioso cristiano.

La guerra con los persas había tomado un aspecto particular. La casa de Arsaces adquiría un carácter modesto y hasta subalterno, y quiso entronizar, á pesar de todo, el culto del fuego. Teodosio había bajado al sepulcro, y Marciano renovó la alianza con los persas, que ganaron la batalla de Avarair.

Teodosio, que había reunido bajo su cetro casi todo el mundo conocido, cedió á Valentiniano hijo de Placidia y Constancio, la mayor parte del Occidente, el cual tomó el nombre de Valentiniano III. Siendo aún muy niño, fué encomendado á la tutela materna; pero sostenido por los generales Aecio y Bonifacio principiaron las rivalidades entre los dos jefes, para dar origen á graves



disgustos: Bonifacio se refugió en Hipona al amparo de San Agustín. Después de la derrota de los romanos vino á Rávena, donde Placidia le colmó de honores. Aecio lleno de celos acudió á las armas capitaneando un ejército de bárbaros, ambos rivales vinieron á las manos, y Bonifacio ganó la batalla, si bien murió de las heridas. En los últimos momentos de su vida perdonó á su competidor, aconsejando á su esposa, que poseía inmensas riquezas, que se casara con él. Aecio marchóse con los hunos, y luego volvió á la gracia de Placidia, que lo elevó á la dignidad de patricio.

Atila, rey de los hunos, llamado *el azote de Dios*, al frente de quinientos mil combatientes, pretendía destruir á la vez el imperio y el trono de Teodoro. Extendió sus conquistas desde los francos á los escandinavos, y llenó de terror al orbe entero, postrándose á sus pies reyes y señores. El mundo bárbaro y el mundo civilizado se vieron subyugados por el cetro de Atila. Las victorias de este caudillo afortunado humillaron á Teodosio, y el imperio fué presa de una horrible miseria. Teodosio había mandado dos embajadas, que Atila recibió con grande aunque tosco aparato.

Pulqueria había casado con Marciano, que lleno de dignidad presentóse al rey de los hunos y le declaró la guerra. Aecio continuó con su ambiguo papel, pero sostuvo la autoridad imperial, y ganó algunas batallas. Meroveo hijo menor de Clodion, se hizo hijo adoptivo de Aecio, y Honoria que vivía en el palacio de Pulqueria, mandó un eunuco á Atila ofreciéndole su mano y los derechos que pudiera tener al trono.

Desairado el feroz Atila por la corte, que ignoraba esta oferta, reunió todas sus fuerzas y las de sus aliados, penetró por las provincias belgas, derrotó á los borgoñones, bajó por la izquierda del Rin hasta Maguncia, asolando, incendiando y matando cuanto encontró á su paso. En Orleans se presentó Aecio capitaneando un poderoso ejército, acompañado de Teodorico y otros aliados al frente de sus huestes. Los campos cataláunicos junto á Chalon-Sur-Marne fueron testigos de una de las batallas más sangrientas que han podido narrar las pasadas generaciones. En ella encontró su tumba Teodorico y ciento cincuenta mil combatientes. Aecio no olvidó después del combate su oficio desleal. Atila pasó otra vez el Rin para invernar y reponer su ejército en la Panonia.

El siguiente año renueva su petición á la mano de Honoria, y rechazado segunda vez, pasó los Alpes con su ejército, y de conquista en conquista llegó hasta Milán.

La fe de Aecio siempre sospechosa, obligó á Valentiniano á refugiarse en Roma, y en tan aflitivo estado sólo la santidad del venerable Pontifice San León y el patriotismo de Avieno pudieron detener al bárbaro en su victoriosa

carrera. Atila accedió á las súplicas del santo, y al retroceder aumentó el número de sus esposas con Ilegunda. Los excesos de la boda causaron su muerte. Valentiniano III, cobarde y afeminado, atravesó con su espada al valiente



Constantino entra en Constantinopla.

Aecio, y como ultrajara la honra de Petronio Máximo, fué degollado por los partidarios de aquel general.

Máximo se hizo aclamar emperador, casóse con la viuda de Valentiniano,



que quiso vengar la muerte de su esposo valiéndose del terrible Genserico. Este ambicioso guerrero al frente de sus vándalos y alanos amenazó á Roma. Máximo murió apedreado y el cadáver fué arrojado al Tiber. Genserico detuvo su destructor impulso á las puertas de la ciudad, por las súplicas de San León; pero no quiso evitar el saqueo por la soldadesca desenfrenada, que duró catorce días.

Avito educado en los ejércitos de Aecio, había sido nombrado general de las huestes romanas; empero muerto el emperador fué elevado al trono protegido por su amigo Teodorico. Los desmanes y la intemperancia animaron al conde Ricimero, después del triunfo que alcanzó en las aguas de Córcega, para hacerle renunciar la púrpura, y fué ungido obispo de Plasencia, muriendo siendo sentenciado y perseguido por el Senado.

El imperio quedó vacante hasta que se concedió á Mayoriano, propuesto por la augusta asamblea. Este monarca derrotó á Genserico, pasó los Alpes y venció á Teodorico, sujetando de paso á los *bagaudos*; y después de haber incendiado á Cartagena, murió en Voghera á manos de sus soldados.

El Senado, obedeciendo á Ricimero, cubrió con la púrpura á Livio Severo, de quien se deshizo cuando podía estorbarle. Egipto amenazaba la Italia después de la victoria de Orleans, y Ricimero encontró medio de envenenarle, ya que no podía vencerle. El rey de los alanos fué derrotado en Pérgamo, y Genserico, á pesar de su edad, dominaba los mares bajo el pretexto de defender los derechos de la esposa de su primogénito. El imperio Oriental nombró á Antemio.

Este nuevo emperador entró en Roma triunfante y dió su hija á Ricimero. Se trató de castigar á los vándalos, cuyo difícil cargo tomó Heraclio, auxiliado de la escuadra de la emperatriz de Oriente mandada por Basilisco. Genserico halló medios para incendiar las dos escuadras, y libróse de tan poderosos enemigos.

Antemio obraba con absoluta independencia; conducta que exasperó á Ricimero, que contando con fuerzas suficientes, elevó al trono á Olibrio, y, como fuese rechazado del pueblo romano, hizo dar muerte al emperador su suegro. Al poco tiempo murió Ricimero, y el ejército pasó á las órdenes de Guldibaldo su sobrino. Olibrio bajó también al sepulcro, y el imperio pasó á Julio Népote, sucesor y sobrino de Marcelino. Los bárbaros á las órdenes de Orestes marcharon sobre Rávena, y Julio lleno de pavor abandonó el puesto, abdicó el trono y se refugió en la Dalmacia su principado, donde cinco años después bajó al sepulcro.

Orestes había sido secretario de Atila: al frente de los bárbaros se hizo temible, y le nombraron patricio y general. Mandó á sus tropas negar la obediencia al emperador y proclamó á su hijo, que se llamaba Rómulo Augústulo. Las

exigencias de los soldados hallaron en Orestes, fuerte resistencia y entonces elevaron al trono á Odoacro, que en Pavia hizo prisionero á Orestes y le condenó á muerte. Á su hijo Augústulo, de extraordinaria hermosura, se le encerró en la quinta de Mario, señalándole una elevada pensión.

La alta dignidad imperial en Roma llegaba á su funesto término. El Senado acordó que Constantinopla, donde gobernaba Zenón, sería en lo sucesivo la sede de Oriente y Occidente; pidiendo para Odoacro el título de patricio y la administración de Italia.

El Senado romano declaraba solemnemente á la faz del mundo, que el Capitolio abdicaba el imperio universal. La señora que llevó sus conquistas por todo el orbe conocido, depuso el cetro, que sus emperadores no supieron sostener. Sobre sus ruinas se fundó la moderna Europa bajo la augusta y santa protección del Catolicismo.

Cuatrocientos setenta y seis años, habían trascurrido desde el nacimiento de Cristo, y mil doscientos veinte y nueve de la fundación de Roma. Había tenido sesenta y tres emperadores.

Roma al perder la forma republicana era señora del mundo. Sus ejércitos habían llevado la destrucción y la muerte por los países conquistados, y los indígenas se convirtieron en esclavos. Su gobierno fué siempre despótico y cruel; el desenfreno de los magnates arruinaba las nuevas provincias sometidas, y los tesoros y riquezas se trasportaban á la metrópoli para sostener el lujo, la corrupción y los vicios. Fué preciso que pasasen muchos años para que el sentimiento por lo bello despertara en los romanos la necesidad artística y literaria; era menester mucho tiempo para que la observación de los grandes fenómenos de la naturaleza pudiesen aplicarse á los usos de la vida. Cicerón, Cayo Graco, Catón y Tito Livio son los primeros que descuellan en la oratoria; siguen Antonio y Craso, Cotta y Sulpicio, César, Bruto, Mesala y Hortensio. Tampoco faltaron pensadores, que imbuidos en la escuela Pitagórica comenzaron á difundir la filosofía con tendencias prácticas. El estoicismo, sin embargo, tenía muchos adeptos, y las distintas escuelas griegas sus genuinos representantes; pero condensadas entre Pitágoras y Aristóteles, fueron más tarde reducidas á cinco agrupaciones; los epicureos, los estoicos, los platónicos, los escépticos y los nuevos académicos.

La filosofía entre los romanos no adquirió una escuela definida ni marchó por un mismo camino, á pesar de sobresalir en ellos el estoicismo. Las bibliotecas fueron en su mayor parte trasladadas á Roma por particulares, y sólo Julio César pensó crear una biblioteca pública, cuya formación estuvo encomendada á Varrón; pero este levantado pensamiento no llegó á realizarse.

Paulo Emilio mandó trasladar la que había pertenecido al rey de Macedo-



nia, y Apeliçión Teyo, Lúculo y otros romanos poderosos poseían excelentes bibliotecas tanto por el número de volúmenes como por su elección.

Luégo en los tiempos de Augusto se crearon dos bibliotecas públicas. Entre los historiadores fueron notables Tito Livio, Salustio, Suetonio y Tácito. César fué sin disputa un historiador original, conciso y sencillo; Cornelio Népoie tuvo buen estilo, pero decayó después hasta el desecido; Trogo Pompeyo, Dominio de Halicarnaso, Diodoro Siculo, fueron escritores de bas-

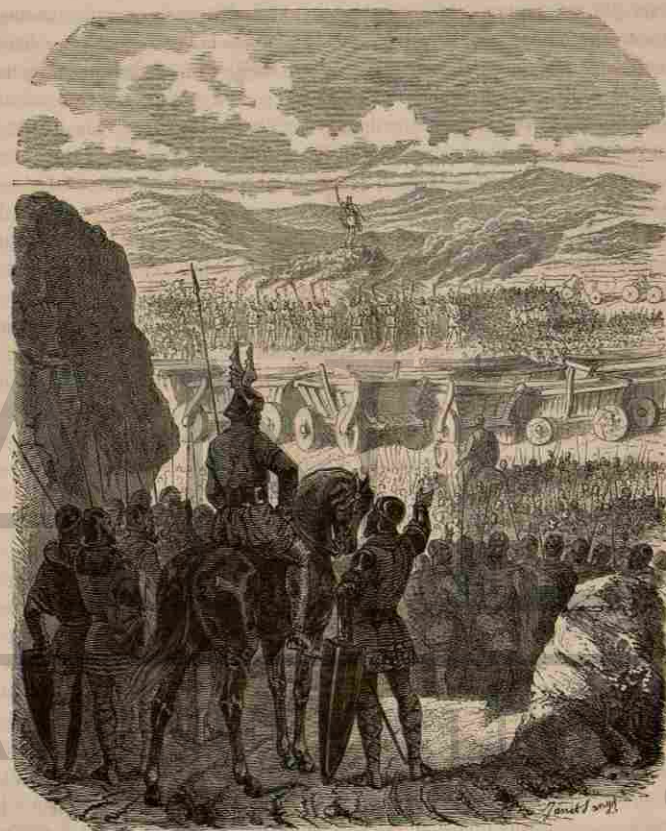


Juliano el apóstata.

tante mérito. Si examinamos la poesía la veremos imitativa, buscando en los griegos la inspiración de que carecía, y entregándose muchas veces á un erotismo repugnante y grosero. Ovidio, Horacio y Virgilio fueron entre todos los más sobresalientes. Empero, si los poetas de Roma no brillaron siempre por su originalidad, dieron á conocer la dicha que trae la paz en pos de sí, lo cual representaba un sentimiento nuevo.

Las ciencias experimentales y de observación fueron, en verdad, poco cultivadas, y por más que se diga no alcanzaban la categoría de ciencias. El

pueblo romano era guerrero ó jurisperito, el fragor de los combates ó los aplausos del foro y la tribuna, constituían su vida pública y absorbían toda su inteligencia. Sin embargo, hubo un Séneca que en sus *Cuestiones naturales*



Atila en la cumbre y los hunos al pie levantando las antorchas.

habla de física; Plinio presenta una brillante enciclopedia de *Historia natural*; Estrabón, Solino, Pomponio y Claudio Ptolomeo describen el *Mundo conocido* y la *bóveda celeste*; hubo *matemáticos* como Frontino ó Isidoro; *agricultores*



como Varrón y Columela, y *arquitectos* representados por Vitrubio. Las *artes liberales* buscaban sus producciones en la cultura y habilidad de Grecia y Siracusa. Es que Grecia se había mecido entre las flores y la gloria de la inteligencia y el arte, y Roma sólo ciñó la corona de la fuerza y del poder.

La *medicina*, que se miró al principio con indiferencia por los romanos, adquiere gran prepotencia y llega á formar escuela, con sus principios y axiomas. Á los remedios preconizados por Mussa y al conocimiento de las virtudes medicinales de muchas plantas dado por Dioscórides, se entronizó el empirismo de Serapión, que fué eclipsado por Erasistrato al fundar la anatomía humana, y después por Asclepiades de Prusa que ensalzó la física mecánica. Los dogmáticos y los metodistas hicieron sus prosélitos, y cada escuela adquirió su fama y su renombre. Estas doctrinas fueron sostenidas por Temisión de Laodicea, Tesalo y Sorano; la discusión volvió á renouarse con ardoroso entusiasmo, y de sus forzadas interpretaciones nacieron las escuelas episintética, ecléctica y neumática.

Parecía que la escuela griega representada por el sabio de Cos yacía completamente oscurecida, y aquellos concienzudos estudios y filosóficas teorías que sirvieran de sólido fundamento á la medicina, estaban de todo punto olvidadas. Y cuando el calor de la discusión y la embriaguez de la lucha ahogaban el genio entre el torbellino de la contienda, Celso en el último tercio de su vida, se consagra á la medicina como parte de la filosofía, hace revivir la escuela griega, recopila los libros más importantes y llega á adquirir los honrosos títulos de *Hipócrates de los latinos* y *Cicerón de los médicos*.

Areteo eclipsó á Arquígenes con sus luminosos escritos; la cirugía dió á conocer algunos adelantos debidos á los trabajos de Antilo; Casio Jatrofista inicia muchos problemas donde la física está unida á la medicina, y que algunos han alcanzado hasta nuestros días. Galeno se hizo eco de la antigüedad, y cual otro Hipócrates destruyó el dogmatismo para entronizar el eclecticismo alejandrino. Filósofo sensualista siguió á Aristóteles; pero descuidó el método que fué el punto de partida del maestro. Dió grande impulso á la anatomía, presentando reglas y teorías sobre los puntos más importantes de la medicina. Galeno ha servido de luminoso faro á la humanidad durante doce siglos no interrumpidos.

Repetiremos lo que antes hemos indicado. Al comenzar el Cristianismo, la escuela estoica predominaba en Roma, y el mismo Séneca, entre otros, recibía la orden de morir con la mayor indiferencia, haciendo alarde de perder la existencia porque despreciaba la vida. La depravación, la lascivia, el libertinaje, el suicidio y cuanto de inmoral y perverso se puede imaginar estaba en boga en la orgullosa Roma, en aquellos siglos que siguieron á la Pasión y Muerte de Jesucristo.

Los Apóstoles se esparcieron por la tierra llenos de entusiasmo y santo fervor, y rebosando virtud y caridad hicieron por todas partes numerosos discípulos. En Antioquía se les dió el nombre de *cristianos*, y el número de los conversos aumentó de una manera prodigiosa; todos con ferviente celo y ardiente fe, enseñaban la nueva ley que regeneraba la humanidad. El espíritu de Dios había descendido sobre ellos, y aquellos oscuros Profetas se encontraron iluminados con la verdad eterna y fortalecidos con el amor divino.

Los enemigos de la Religión del Crucificado quieren que los dogmas del Cristianismo estén contenidos entre las creencias de la antigüedad. De este modo pretenden destruir su carácter sagrado, poner en duda la Revelación mosaica ó negarla en absoluto. La esencia del Cristianismo está, con efecto, en la Biblia, es su continuación y sus libros son mucho más antiguos que los de Zoroastro y Buddha. Si el Cristianismo es hijo de la Revelación hecha á Moisés, si el Evangelio es la ley nueva ¿qué extraño tiene que algunos preceptos se reconozcan en el brahmanismo, en el buddhismo ó en el helenismo? Á pesar de todo, un ilustrado autor contemporáneo, el sabio y distinguido señor Laurent, confiesa con una nobleza que le honra, pues no parece ser muy amigo del Catholicismo, que la *superioridad del Cristianismo sobre el buddhismo y el mazdeísmo es incontestable*. Según el mismo autor, «el buddhismo conduce á un panteísmo desafortado, al aniquilamiento de las criaturas. El mazdeísmo apenas reconoce un Dios criador, y no conociendo el lazo que une al hombre con Dios ¿cómo hubiera podido ver en todos los hombres, hermanos que deben amarse porque están unidos en Dios?»

Los cristianos amaban y ejercían la caridad más desinteresada, siguiendo los preceptos del Divino Maestro; y San Pablo la recomienda y la enaltece eficazmente en su carta primera á los corintios.

Y en verdad que en las Actas de los Apóstoles se lee que el apóstol San Pablo ante el Areópago, dijo: «El Dios que creó al mundo y todas las cosas en él contenidas, siendo como es Señor de cielo y tierra, no está encerrado en templos fabricados por hombres, ni necesita del servicio de sus manos, como si estuviese menesteroso de alguna cosa; antes bien, Él mismo está dando á todos la vida y el aliento, y todas las cosas: *Él es el que de uno solo, ha hecho nacer todo el linaje de los hombres*, para que habitase la vasta extensión de la tierra, fijando el orden de los tiempos ó estaciones, y los límites de la habitación de cada pueblo, queriendo con esto que buscasen á Dios, por si rastreando y como palpando pudiesen por fortuna hallarle, como quiera que no está lejos de cada uno de nosotros. Porque dentro de Él vivimos, nos movemos y existimos; y como algunos de vuestros poetas dijeron: *Somos del linaje ó descendencia del mismo Dios.*»



Decir que los cristianos practicaban el comunismo, es un error grave que sólo prueba las tendencias y deseos de aquellos que lo creen. Jesucristo lejos de condenar la ley de Moisés, que es la antítesis del comunismo, porque se declara altamente protectora de la propiedad y de la familia, dice de un modo claro y explícito, que viene á completar esta ley. Y al preguntarle, qué debían hacer para alcanzar la vida eterna, responde: *guardar los mandamientos*; es decir, el Decálogo, que contiene mandatos sacrosantos que destruyen el comunismo.

Los preceptos consignados en el Evangelio no tienen ninguno de los principios del comunismo, que debe considerarse como antisocial. El comunismo absorbe y centraliza la libertad individual para que sea esclava de la generalidad.

Si Jesucristo hubiese predicado el comunismo, si sus prácticas se encaminaran á abolir la propiedad y la familia, es innegable que habría comenzado su obra regeneradora destruyendo y condenando las leyes del legislador Hebreo, que están destinadas á favorecer aquellas dos sacrosantas instituciones, la propiedad y la familia. Los detractores del Evangelio se engañan de un modo lamentable, y es muy posible que no han calculado los males que sus especulaciones y cavilosas han ocasionado á la civilización. ¡Ah! Entonces nos atrevemos á asegurar, que como hombres sinceros y honrados no habrían esparcido el germen destructor de la moralidad y de la sociedad. Jesucristo ratificando con el ejemplo una moral pura y edificante, santificó la familia y las virtudes domésticas, sobre las de un materialismo grosero peculiar al mundo físico.

Estudad á los comunistas y utopistas con todas sus extravagancias, sus cálculos y sus epigramas, y veréis que en medio de unas instituciones que llaman humanitarias, establecen la esclavitud con sus castigos, sus cadenas y presidios ó trabajos forzados. El siglo donde las ciencias modernas hacían sus más portentosos progresos y comenzaban á cimentarse sobre teorías más razonables y quizá con mayor certeza, parece que debió rechazar con desdén las locuras de Tomás Muncer, las ilusiones de Morelly, las extravagancias de Tomás Moro y las ridiculeces de Campanella, Hythodeo y hasta el Cabet de nuestros días. Cuantas soluciones se han buscado al problema de la propiedad y de la familia por Owen, Mably, Rousseau y otros sabios filántropos, han sido para dirigir por mal camino las masas populares inconscientes, sembrando la duda, haciendo que aumente la miseria y las malas pasiones, y envenenando el santo hogar de la familia.

Nuestra generación ha perdido el sentimiento de las jerarquías sociales y proclama la independencia individual; la idea religiosa se extingue y con ella crece la antipatía de clase; hasta el respeto de la familia y la santidad de los



El papa San León el Grande condena á Attila en las puertas de Roma.



superiores se ven postergados y despreciados. No es la ciencia la que desarrolla el materialismo, no son las leyes empíricas las que afianzan el positivismo, no es la observación atenta y minuciosa del mundo microscópico y la investigación telescópica por los espacios celestes la que sostiene el naturalismo; tanto el uno como los otros crecen á medida que las costumbres se relajan, y la moral y el derecho pierden sus brillantes atractivos.

Roma toda vez que alcanzó el apogeo de su gloria militar y política, se vió colmada de riquezas, que engendraron el lujo y la disipación. Se pervirtieron las costumbres, el derecho y el deber; el fausto, la orgía y la inmoralidad, llegaron á su colmo; el pudor estaba vedado y la disolución social amenazaba la existencia de aquellos patricios. Todo habia desaparecido, y el politeísmo con sus ridículas supersticiones de placer y sensualidad, tenía aprisionados á nobles y plebeyos.

El pueblo romano seguía como siempre alimentado por la superstición y el fanatismo. Los augures eran consultados, se hacían sacrificios horrendos, y las ofrendas y ceremonias, la evocación, las víctimas inmoladas y cuantas fórmulas haya podido concebir una imaginación excitada por la fiebre del combate, se ponía en práctica para alcanzar la victoria.

Los dogmas del Cristianismo, repetimos, se remontan al origen de la humanidad, y durarán hasta la consumación de los siglos, porque son los dogmas de la Religión verdadera. Cuando el hombre al querer adorar al SEÑOR SUPREMO, se ha apartado de la Revelación Divina, sólo ha inventado absurdos y supersticiones, concibiendo toda suerte de delirios, que se han llamado sectas ó teogonías alimentadas por un espíritu filosófico. La historia religiosa de los dos pueblos hebreo y cristiano ofrecen monumentos llenos de autenticidad que lo testifican. El primero contiene la Revelación bíblica que se conserva incólume al través de siglos y generaciones, sin que hayan podido desprestigiarla las sutilezas y los sofismas de sus detractores, ni los adelantos de las ciencias modernas. La Biblia tiene aún el carácter de *infallibilidad* que en todos los tiempos se le ha reconocido. El segundo, descansando en la fe del futuro Mesías, anunciado por los Profetas, el cual debía nacer de una Madre virgen y redimir al linaje humano, ve realizadas aquellas profecías, y Jesús reúne en torno suyo á los discípulos y les encarga que continúen su predicación por toda la haz de la tierra. Es perseguido, padece y sufre, muere y resucita, según estaba vaticinado; se presenta á sus discípulos y les da preceptos para ordenar la Iglesia, que funda sobre el apóstol Pedro, prometiéndole que en medio de persecuciones inauditas, entre los sarcasmos de sus enemigos y las veleidades de algunos de sus hijos, permanecerá firme y gloriosa mientras la humanidad aliente sobre la tierra.

Los errores de Cerintho y de Ebión su discípulo (hasta el año 80, primer siglo), los delirios de los Carpócracianos en el segundo, las extravagancias de Berillo y aún del mismo Tertuliano en el tercero, junto con las locas pretensiones de los Paulicianos ó discípulos de Paulo Samosateno; herejías todas condenadas por la Iglesia, y las primeras rechazadas por las misteriosas palabras del Evangelista *In principio erat Verbum...* etc., que á la vez imponía silencio á los platónicos y á los estoicos, sirvieron, desgraciadamente, para allanar el camino á las diabólicas exigencias de los herejes Arrio, Focio, Pelayo y Nestorio en los primeros siglos, á los valdenses y albigenses ó cátaros después, y á las de Wiclef, Wessel, Huns, Lutero, Enrique, Calvino, Zwinglio, Servet, Jansenio, Febreriano y Döllinger más tarde. Los ataques de los filósofos racionalistas, materialistas y positivistas en estos últimos tiempos, no han turbado su continuación sucesiva, y prueban aquellos vaticinios durante diez y nueve siglos. San Juan en su Evangelio, dice: *La luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas; porque todo hombre que obra mal, aborrece la luz para que sus obras no sean reprehendas.*

Por último, es un error gravísimo considerar al Cristianismo como una sociedad filantrópica, fundada sobre la base del comunismo.

Desde el siglo primero tenía el Cristianismo sus dogmas y su moral, sus sacramentos, disciplina y cuanto era necesario para dirigir al hombre por el buen camino de la honradez, de la virtud y de la honestidad.

En las persecuciones que sufrieron los cristianos se sacrificaron más de once millones de víctimas, creyendo muchos paganos, que habían concluido con los discípulos de Jesús. Tertuliano al finalizar el siglo tercero acudió á los magistrados que autorizaban tan crueles asesinatos, defendiendo los cristianos contra los gentiles. ¡Cuánto no se han engañado los que han pretendido enaltecer el paganismo para que la idolatría se justificara de sus torpes falsedades y los emperadores de su mando despótico y sanguinario! La idolatría fué vencida por la virtud, el amor recíproco y por una moral purísima, donde la caridad es el elemento principal. La Iglesia de Jesucristo en medio de sus persecuciones cantó victoria y entonó himnos de alabanza al Señor, y como dijo Tertuliano: «Nosotros acabamos de nacer, y sin embargo, llenamos ya la tierra hasta los últimos confines de vuestra dominación.»

Si con calma y reflexión comparamos las diversiones y pasatiempos del paganismo romano, con los dulces, caritativos y morales del Cristianismo, veremos en aquellos la crueldad personificada por una indiferencia inhumana, sanguinaria y feroz. ¡Qué horrores nos recuerdan aquellas luchas y pugilatos execrables, aquellos crímenes inauditos de lesa humanidad! ¡Cuánta



sangre derramada para satisfacer el capricho y la inmoraldad de un pueblo estragado por el vicio, sin corazón y sin entrañas! ¡Cuántas víctimas sacrificadas en holocausto de un placer brutal y de un deleite salvaje! El anfiteatro y el circo bastan por sí para degradar ante la posteridad á aquel pueblo, que hacía consistir sus fiestas y regocijos en derramar sin compasión y por mero pasatiempo la sangre de sus hermanos, por medio de las fieras y de los gladiadores... ¡Ah! La vida de innumerables mártires allí sacrificados levantó una nube de incienso cuyo aroma se extendió por toda la tierra, y de aquellos lagos de sangre inocente se reflejó el iris de fe, paz y caridad, que elevó los

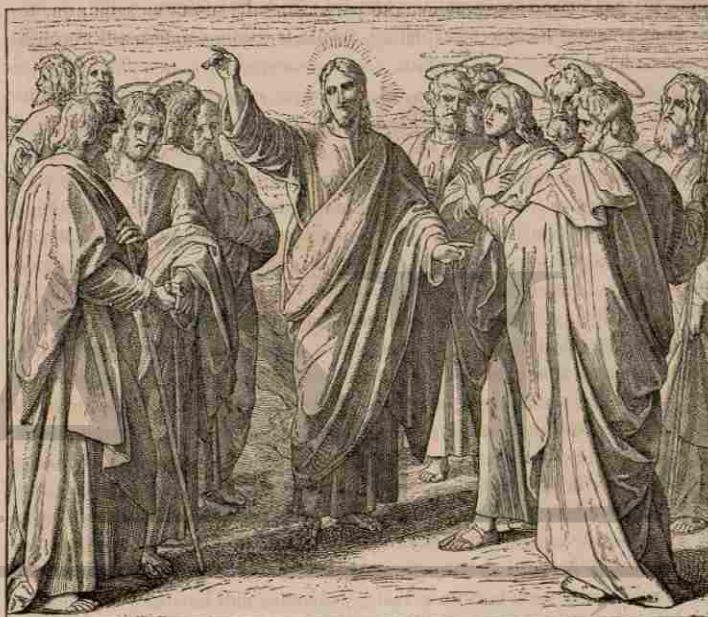


Virgilio.

espíritus santificados por el martirio á la región de los ángeles y bienaventurados.

La ciudad eterna, Roma, había sido espectadora del martirio que sufrieron los Santos Apóstoles Pedro y Pablo el 29 de junio del año 67, santificando con su preciosa sangre la ciudad de los Césares, que debió ser el centro del Cristianismo, como lo fuera también de la monarquía universal. Si la Religión católica debía ser la del linaje humano y la unidad absoluta de la fe cobijar bajo su augusto manto los pueblos del orbe, natural era que eligiesen como centro del imperio espiritual el punto que por tantos siglos había dominado el mundo material. Se dice, y aun se crítica, porque San Pedro no murió en Jerusalem donde había muerto el Salvador Divino, siendo á la vez la capital del mundo católico. (Draper).

Al tiempo de la redención de la humanidad por la sangre derramada en el Calvario, los judíos cerraron los ojos á la luz divina y olvidaron las promesas del Señor, cuyo significado era mucho más elevado, sublime y grandioso de lo que el pueblo hebreo había imaginado. Muy pocos abrazaron de corazón el Cristianismo, y sólo un corto número se bautizaron y entraron en el gremio de la Iglesia de Jesucristo. Si lejos de esto los hebreos hubiesen seguido en su



Misión de los doce Apóstoles.

mayoría los preceptos predicados por los Apóstoles, es innegable que la Judea hubiera sido el centro del mundo católico y el punto de partida de las sociedades modernas. De ahí que sufrieron las consecuencias de su irreligiosidad, se vieron deshechos y sin pertenecer á nación alguna, y dispersos por todo el ámbito de la tierra. ¡Qué tal debió ser el castigo por su falta de creencia y fe divina!

Otra de las puerilidades que se han propalado para desvirtuar la doctrina



de Jesús, es haberla comparado con la de los escenios, queriendo probar, que ofrece mucha analogía y puntos de contacto. Nada tendría de extraño, puesto que esta secta pudo muy bien haber buscado muchos de sus preceptos en los libros de Moisés.

Las ceremonias y los ritos del escenismo alejan en absoluto el contacto que ha podido suponerse con el Cristianismo; esta doctrina en su fondo y en sus aplicaciones resplandece por su sublimidad y celestial origen, mientras que aquella secta no se recomienda ni por su filosofía ni por su sabiduría.

Sin embargo, los enemigos del Cristianismo y sobre todo los librepensadores, echando á volar su fantasía y sus preocupaciones, han abusado de la sinceridad y buena fe de algunos, creyendo que con ello el Dios-Hijo perdía ante la humanidad su esencia divina. Al difundirse la Religión cristiana el escenismo quedó para siempre oscurecido, como antes hemos apuntado.

La Religión de Cristo santificando el matrimonio y elevándolo á sacramento, levantó la mujer á la dignidad de criatura hija de Dios, y el sexo femenino se vió enaltecido y glorificado bajo el amparo y protección de la *Virgen Maria*, que es la hija querida del Señor. Cubierta con el augusto manto de la Religión del Salvador, la mujer es el ángel de caridad y el ornamento de la familia. El hombre la llama compañera, la regenera y la levanta del fango de la degradación, del envilecimiento y de la esclavitud. La Religión de Cristo enseña con el ejemplo toda suerte de virtudes, predica el desprecio de los placeres, combate ese apetito insaciable de los goces materiales, los sentimientos inhumanos de odio, envidia, venganza y concupiscencia; fortifica y anima la familia proscribiendo el divorcio y la poligamia, para que los católicos de corazón no se precipiten por la pendiente del abismo y vivan contentos en medio de esta avalancha materialista y atea, que en todos los tiempos ha pretendido destruir los fundamentos de la sociedad. ¿Quién derribó la tiranía y la esclavitud, sino los dogmas de la Religión del Crucificado? ¡Ah! Habéis tenido la insensatez de hacer perder al pueblo la fe en el Cielo, y ahora os pide cuentas y se ha encargado de liquidar los bienes de la tierra. He aquí el resultado de vuestros trabajos contra el Catolicismo.

La Iglesia cristiana suavizó las costumbres de los bárbaros, modificó aquellos selváticos instintos, y los hombres rudos, de pasiones violentas y sanguinarias, cedieron sin esfuerzo en sus envejecidos hábitos para aceptar la dulzura, la tranquilidad, la paz y los goces inefables del Catolicismo. El mundo se regeneró para que la humanidad comenzara á recorrer una nueva etapa.

Aquellos que son antagónicos al sentimiento católico, se ocupan en poner de relieve pequenezes y nimiedades, que nada representan ni significan, y que son impropias de la levantada y humanitaria representación que tiene en

la sociedad la idea religiosa católica. ¿Qué pretenden probar con decirnos, «que en los altares cristianos se quema incienso, que se usa la sal y el agua, que en ciertas épocas del año están mandadas las flagelaciones, que el celibato y voto de castidad se exige á los que abrazan el sacerdocio...» y otras cosas por el estilo? (Draper).

No comprendamos porque el profesor de la Universidad de Nueva-York se asusta de estas pequenezes. La gentilidad no estaba reñida con la piedad, y la Iglesia cristiana en los primeros siglos aceptó, con aplauso de sus Prelados, todos los ritos y ceremonias que consideró convenientes y que no estaban en oposición con sus dogmas.

Párense un momento y reflexionen todos estos filósofos y vean ante todo, como un puñado de hombres oscuros se lanzaron por el mundo á predicar la *buena nueva*. Hombres ignorantes, desconociendo las ciencias humanas, pescadores y artesanos salidos de las clases más abatidas del pueblo, vean como se presentan ufanos y llenos de fe divina frente á frente de una civilización vigorosa y potente, arraigada en el corazón de todos y con cuantiosos intereses sociales creados por su antigüedad. Veán estos declamadores de *conflictos*, como aquellos hombres de humilde y miserable cuna predicar el Evangelio, inspirados por un poder sobrenatural, cual sabios consumados, como filósofos profundos y políticos eminentes, ante un pueblo corrompido, entregado á los placeres y á los goces sensuales. Ellos vencen al filosofismo de su tiempo; ellos desafían el poder de los emperadores; ellos no temen el martirio, porque su reino es el reino de Dios. La fe divina de los Apóstoles y la autenticidad de los sublimes é inspirados escritos que nos legaron los Evangelistas, son las pruebas más convincentes y auténticas de la santidad y divinidad de la Religión de Cristo.

El apóstol San Pablo en la segunda epístola á Timoteo, dijo: «Toda la Escritura inspirada por virtud divina, es útil para enseñar, reprender, corregir, instruir á la justicia, á fin de que el hombre de Dios sea acabado y perfectamente capaz de toda buena obra.»

La sangre derramada en holocausto de la Religión del Mesías, lejos de haber amortiguado la fe, enaltece aquellos santos corazones y daba á manos llenas ópimos frutos; y el Cristianismo al empuñar Constantino el cetro de Roma, estaba difundido por todo el mundo, hasta el punto de no haber ningún pueblo, como dijo San Justino, aun aquellos más apartados de la cultura, que no elevase sus oraciones y plegarias al Padre y Creador de todas las cosas en nombre de Cristo crucificado.

En vano declamarán los materialistas y positivistas, y en particular los de la secta reformista, sobre las formas del culto católico y sus grandiosas y



sublimes ceremonias; en vano recordarán las supersticiones de la antigua Grecia, los misterios de Egipto ó los mitos de la India, la Persia y la China; en vano buscarán estos otros pobres de corazón y espíritu, nuevos parásitos de la inteligencia y del progreso, en la *escuela liberal moderna* un enemigo irreconciliable de la Iglesia católica; unos y otros se engañan lastimosamente; unos y otros viven y acarician un error vulgar y respiran una atmósfera cuya esencia ignoran. Ni la ciencia experimental con todas sus evoluciones, tal cual debe considerársela en el día, puede ser antitética al Catolicismo, ni éste por su sagrado y divino origen puede oponerse, y con efecto no se opone, á los adelantos y manifestaciones de aquélla; ni mucho menos la *verdadera escuela liberal*, que no ha de confundirse con el desorden y la anarquía, desdeña los preceptos consignados en el Catolicismo, que respeta y acata, mirando hasta con veneración la santidad de la conciencia; ni admite en su credo político doctrinas disolventes y corruptoras. Ha sido siempre una vulgaridad calificar con el nombre de *liberalismo* un sentimiento hermano del Catolicismo, presentándolos como si fuesen dos elementos opuestos ó dos enemigos encarnizados. El *culturkampf* de los filósofos modernos que sostienen el materialismo, cederá bien pronto el campo, sobre el cual ya no puede sostenerse, á la civilización católica; porque no podemos vivir sin fe religiosa y sin creencias, y la humanidad actual no ha de abandonar los bienes terrenales y los tesoros espirituales que Dios ha prodigado sobre nuestro planeta y sobre el reino hominal para buscar un imposible. Precisamente Dios dotó al hombre, para distinguirlo de los demás seres animales vivientes, del sentimiento religioso y estético.

Déjense de comparaciones absurdas y descabelladas; déjense de declamaciones y razonamientos extravagantes respecto al ritual católico-romano; emudezcan también aquellos que guiados por una intolerancia inconveniente, buscan en las ideas modernas y en los descubrimientos y adelantos de las ciencias exactas y de observación, motivos de censura para el progreso de la humana inteligencia.

Ni las representaciones de la Madre de Dios, es decir, de la *Virgen María*, tienen analogía alguna con las vulgares formas de Isis, ni la Diana mitológica con los poéticos y sublimes recuerdos de Leonardo de Vinci, Juan de Sevilla, Andrés del Sarto, Guido Reni, Rubens, Ángel, Rafael Sancio, Cano y Murillo.

Todas las liturgias invocan el augusto nombre de *María* madre de Dios, y todas celebran con suntuosas festividades los misterios y los accidentes gloriosos de su vida santa, bienaventurada y pura. *María* es la lámpara de la Iglesia cristiana encendida por Dios para iluminar á la humanidad.

¿Por qué ensañarse y lanzar toda suerte de blasfemias contra la *Virgen*

*María*, emblema de la pureza, de la bondad, y de la hermosura? El culto á tan excelsa Señora, es mucho más antiguo de lo que se cree por algunos, y los católicos reservan el culto de *latria* sólo y exclusivamente para *Aquel* que es Rey de reyes y Señor de todos los Santos.

Oigamos al R. P. José Mendive en su erudita obra intitulada *La Religión*



Templo de Efeso.

*católica vindicada de las imposturas racionalistas.* «No fueron los cristianos de Alejandría del siglo iv los que introdujeron en la Iglesia la imagen de la *Virgen María* con el Niño en los brazos copiando la pintura de la diosa Isis. Ya antes de este siglo se pintaba en Roma á la Santísima *Virgen* de este modo como se puede ver en la *Hagioglypta* de Juan L'Heureux y en la *Storia della arte cristiana* del P. Garrucci.



»Por otra parte, continua el mismo sabio autor, no era ésta la forma ordinaria en que representaban los egipcios aquella deidad impura, la diosa de las obscenidades egipcias llamada *Isis* en las riberas del Nilo, *Anaitis* en las llanuras de la Armenia, *Astarte* en Siria y en África, *Mylitta* en la Caldea, *Pracriti* en la India y *Venus* en los bosques de la Idalia... etc.»

Las civilizaciones paganas tenían por móvil la esclavitud y la tiranía, la civilización cristiana quiere la libertad y el progreso; pero no el progreso que fascina y engaña á los hombres. ¿Por qué tanto se insiste en pretender que el Evangelio de San Juan sea apócrifo, lo mismo que las cartas de San Pablo? Los santos Evangelios hacen ver que aquellos oscuros pescadores y artesanos inspirados por Dios, fueron profundos pensadores, y difundieron con lenguaje claro é inteligible la santa verdad á ellos confiada por Jesucristo. La Religión de Cristo es inamovible, ve pasar sin inmutarse los adelantos de la filosofía y de la ciencia experimental.

Todas estas puerilidades, que no merecen otro nombre, y que presenta el señor Draper con marcada intención, están tomadas de la secta protestante. El culto á la Virgen María y cuanto ha establecido la Iglesia católica, es para sus hijos artículos de fe que todos acatamos, sin que de ello se resienta ninguna de las ciencias experimentales y de observación, ni mucho menos se altere la armonía del Universo pancósmico.

María es la luz que resplandece y brilla misteriosamente ante las escuelas materialistas y sensualistas, que por desgracia están aprisionando algunos de los talentos del siglo XIX.

Los filósofos cristianos arrojaron toda clase de sacrificios para que la escuela alejandrina fuese la que imperase entre todas las demás. Luchas de doctrinas, controversias é interpretaciones, y hasta calumnias y persecuciones, crueldades y suplicios, fueron el premio de aquellos celosos propagadores de la fe cristiana durante los primeros siglos. Mas el sol de la verdad brilló sobre el horizonte humano, la palabra antes dirigida á la multitud penetró en el corazón de las sectas, y se vió sostenida por relevantes disertaciones y concluyentes argumentos. La controversia y la discusión aparecieron con toda su intensidad, y en el palenque lucharon poderosos atletas y profundos pensadores. Los gnósticos mezclando las doctrinas antiguas del Oriente desarrolladas con inusitado lujo y con un misticismo servil, hablaron de la emanación, de la absorción y de la encarnación de la divinidad, y formaron una fusión de sistemas en los que el panteísmo ó el dualismo hacen vacilar la moral. El maniqueísmo, la cábala y el judaísmo tuvieron también sus prosélitos; el extravío llegó á su término; el delirio entorpeció el buen sentido hasta verse aprisionado por la teurgia y el éxtasis, que á su vez engendraron un panteísmo

funesto y aterrador. Los dogmas y la disciplina de la Iglesia de Cristo fueron separados y discutidos en detall, lo mismo que los sacramentos y los ritos sagrados, las liturgias y las fiestas, la moral, el derecho y las relaciones exteriores. Esta discusión en *detall* era muy del caso para los enemigos del Catolicismo.

La escuela alejandrina buscó la manera de conciliar bajo el punto de vista filosófico, las diferentes sectas de Oriente y de Grecia, y en este estudio hallaron una armonía incuestionable entre la Religión cristiana y la ciencia profana. Sin embargo, como todo lo que está confeccionado por los hombres admite dudas é interpretaciones, unos agrupando los elementos científicos admitidos como verdaderos por las distintas escuelas formaron los *eclecticos*, y otros llevando á Platón por guía, no desdenando tampoco á Aristóteles y aceptando los principales dogmas del Evangelio, quisieron fundar una nueva metafísica, distinguiéndose con el nombre de *neoplatónicos*.

Empero la augusta voz del Cristianismo se levantó potente y majestuosa contra los nuevos filósofos, y aceptando de frente el combate demostró, que ninguna escuela filosófica puede equipararse con la sublime santidad del Evangelio... Ni las apostasias de Ammonio y Saccas, ni los sueños visionarios de Plotino, ni el misticismo de Porfidio y Jamblico, ni las extravagancias de Proclo, pudieron amortiguar aquel fervoroso y santo entusiasmo sostenido por los Santos Padres de la Iglesia durante la lucha entablada para entronizar el paganismo griego, so pretexto de cultivar las ciencias de la naturaleza, que en verdad todavía no estaban reconocidas como tales ciencias.

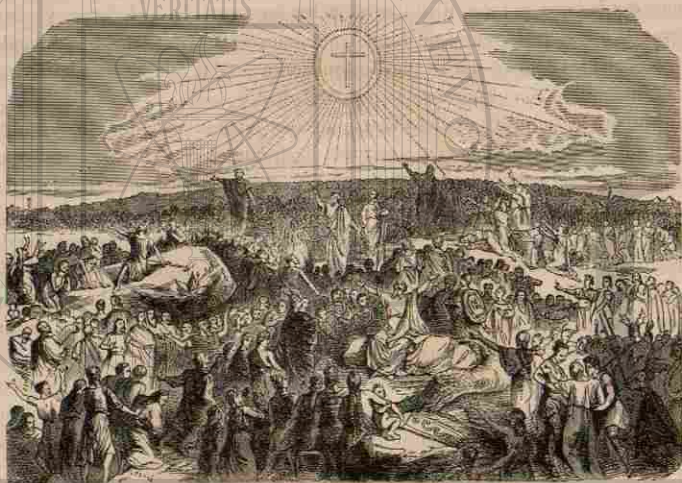
Las tentativas que hicieron los neoplatónicos para identificar la nueva filosofía cristiana con el paganismo fueron vanas; los esfuerzos de los eclécticos para absorber la Religión del Crucificado en sus especulaciones científicas, inútiles. Los Santos Padres practicaban la virtud en medio de la corrupción y el vicio, exponían los dogmas de la fe cristiana entre una sociedad descreída, que había divinizado á sus emperadores por los excesos de la crápula y el asesinato, enseñando los preceptos de la moral en aquellos desgraciados que se habían arrastrado por el fango de la prostitución, dando elevado culto y enalteciendo los ritos de la Iglesia cristiana para que se olvidaran los cruentos sacrificios de la idolatría, y oponiendo, en fin, á los libros impios y obscenos, escuelas cristianas y catecismos llenos de pureza y moralidad. De este modo demostraron que la ciencia profana no estaba reñida con el deber, ni la caridad con la libertad, ni mucho menos el derecho con el progreso. La filosofía cristiana opuesta al egoísmo, buscó su mayor gloria en amar á Dios, y sometida á la autoridad de la Iglesia, confiesa como principio fundamental, que la doctrina que profesa no es suya, sino que emana de una voluntad



más sublime, según *Aquel* que dijo: *Si practicáis mi palabra conoceréis la verdad.*

Los dogmas del Cristianismo, que alguno pretende que fuesen reformados por Constantino, están consignados en los Evangelios, que se escribieron en el siglo primero; mucho antes de empuñar el cetro del imperio romano aquel emperador cristiano.

No nos consideramos con los conocimientos suficientes para hablar del misterio de la Santísima Trinidad, tanto más cuanto que profesamos el principio que estos dogmas no deben discutirse. Sin embargo, diremos al



Somos de ayer, y sin embargo llenamos todo el imperio.

señor Draper para que se tranquilice, que Jesucristo dijo: *Yo y el Padre somos una cosa sola.*

En la Trinidad Divina Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, uno en esencia y trino en personas; EMMANUEL; DIOS *con nosotros.*

En las palabras del Redentor se distingue el Padre, del Hijo Encarnado; luego la identidad de la divina sustancia, y últimamente la divinidad de Jesucristo, en el cual la naturaleza humana está unida a la divina.

Al comenzar el Evangelio de San Juan se lee: *En el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él: y nada de lo que fué hecho se hizo sin Él. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los*

*hombres... Y el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros: y vimos la gloria de Él, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.*

San Pablo lo testifica de la misma manera en el *capítulo primero* de su carta á los hebreos.

Jesucristo ordenó á los Apóstoles predicar y bautizar, y les dijo: *Enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.*

San Juan nos manifiesta, que: *el Espíritu es el que da testimonio que Cristo es verdad. Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre,*



Retrato de la Virgen María.

*el Verbo y el Espíritu Santo: y éstos son una misma cosa.* San Pablo en la primera epístola á los Corintios, afirma la divinidad del Espíritu Santo.

Aquí no podemos dispensarnos de copiar á la letra el capítulo xxiii del tomo IV, de la concienzuda obra del sabio canónigo de San Dionisio de Paris, que muchas veces tendremos el honor de citar en nuestro humilde trabajo, intitulada *Les splendeurs de la Foi*, el cual como profundo teólogo da á conocer los MISTERIOS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD con gran copia de datos y razones de la mayor importancia. Dice así:

«CAPÍTULO VEINTE Y TRES.—*Los Misterios de la Santísima Trinidad.*—Dios  
31—TOMO I.



es uno! Basta la razón para demostrarlo. Pero lo que ninguna inteligencia contingente y finita hubiera podido suponer, si el mismo Dios no se hubiese dignado revelárnoslo, es que en esta unidad infinita haya una misteriosa triplicidad; en esta naturaleza esencialmente una, hay tres personas distintas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Ya en el relato de la creación se demuestra una mezcla imprevista de singular y plural, que caracteriza la multiplicidad en la unidad. HAGAMOS el hombre á nuestra imagen, y á nuestra semejanza! Y Dios creó el hombre. Más adelante, sentado debajo la encina de Mambré, el padre de los creyentes vió pasar por delante como un símbolo ó una sombra de la Santísima Trinidad. Dios se presentó á Abraham bajo tres formas humanas, á las cuales habló en singular, como si hicieran uno: *ne transeas, Domine*, y que le respondieron como si las tres fuesen uno: *revertar*. Vió tres, dice un Santo Padre, y sólo adoró á uno. Luego siguen los Profetas, que celebraron en sus cantos, pero aún de una manera vaga, el Padre, el Verbo y el Espíritu; hasta que al fin Jesucristo vino á rasgar el velo. Id, enseñad á todas las naciones, bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. San Juan Evangelista, eco fiel de la Revelación divina, dice á su vez: Tres son los que testifican en el cielo: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y estos tres son uno! En fin los apóstoles en su divino Símbolo, hacen esta solemne profesión de fe: «Creo en Dios, Padre Todo-Poderoso, ... en Jesucristo su único Hijo, y en el Espíritu Santo.» San Atanasio en el Símbolo de la fe que lleva su nombre y que la Iglesia toda tiene aceptado, definió con admirable precisión este dogma sublime de la Santísima Trinidad: «La Fe católica quiere que adoremos á un solo Dios en la Trinidad, y la Trinidad en la Unidad. No confundiendo las Personas ni separando la sustancia. Pues otra es la persona del Padre, otra la persona del Hijo, otra la persona del Espíritu Santo. Pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tienen una misma divinidad, una gloria igual, una majestad coetánea. Cual es el Padre, tal es el Hijo, tal el Espíritu Santo. Increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo. Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo. Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo. Y no obstante, no son tres increados, tres inmensos, tres eternos, sino uno solo increado, uno solo inmenso, uno solo eterno. Todo Poderoso, Dios, Señor, es el Padre; todo-poderoso, Dios, Señor, es el Hijo; todo-poderoso, Dios, Señor, es el Espíritu Santo. Y no son tres todo-poderosos, tres dioses, tres señores, sino sólo un Todo-Poderoso, un solo Dios, un solo Señor. El Padre no ha sido hecho por nadie, ni creado, ni engendrado. El Hijo es del Padre, no hecho, no creado y sí engendrado. El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, no creado ni engendrado, pero procediendo. Un Padre, pues,

»y no tres padres; un Hijo y no tres hijos; un Espíritu Santo y no tres espíritus santos. Y en esta trinidad no hay anterior ni posterior, más grande ni más pequeño, (mayor ni menor!) Estas tres personas son coeternas y coiguales, de modo que en todo debemos adorar la Unidad en la Trinidad, y la Trinidad en la Unidad, Uno en tres, tres en uno! pero tres personas en una sola sustancia ó naturaleza y una sola naturaleza en tres personas!»

»La fe no enseña que tres dioses no hagan más que uno, ni que una sola sustancia se convierta en tres sustancias, lo cual sería contradictorio en sí y contrario á la razón; pero que una misma y sola naturaleza esté en tres personas, y que estas tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, no hacen más que un solo Dios! De lo que resulta un misterio por encima de la razón; un misterio inefable, un misterio glorioso, del cual nuestra razón iluminada por la fe puede, hasta cierto punto, comprender la soberana conveniencia ó asimismo la necesidad absoluta, y por consiguiente la existencia!»

»El alma humana, de la cual dijo Dios que la hacía á su imagen y semejanza, tiene su trinidad en su unidad! Es, conoce y quiere ó ama. La idea ó el conocimiento es algo distinto del sér; la voluntad es algo distinto del sér y de la idea.

»Mas por lo mismo que mi alma es susceptible de sufrir y sufre de hecho mil diversas modificaciones, en mi sér, la idea, la voluntad son simples accidentes, modos ó maneras de existir, que no subsisten en sí, sino en el alma; no tres personas y sí una sola, como una sola naturaleza. Al contrario en la naturaleza divina, no se puede concebir ni accidente, ni modos, porque es infinita, y ella es todo: el sér, el conocimiento, el amor. Dios siendo, Dios conociéndose ó engendrando su Verbo, Dios amando á su Verbo y amado de su Verbo, constituyen tres personas, en una misma naturaleza, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El águila de Meaux ha dicho en su lenguaje inspirado: «Si yo tuviese como Dios una naturaleza infinita, incapaz de todo accidente sobrevenido á su sustancia y que fuese necesario que todo fuese sustancial en ella, mi potencia (mi sér), mi inteligencia y mi amor tendrían algo de subsistente! y yo sería TRES PERSONAS SUBSISTIENDO EN UNA SOLA NATURALEZA.» Es la última palabra del genio humano sobre el misterio de la Santísima Trinidad!

»La unidad de persona en el alma humana resulta tan bien de su naturaleza finita, que cuando alguna de sus facultades predomina extraordinariamente, se ve nacer una tendencia invencible para personificarla, y darle una subsistencia distinta. Por esto se ha hecho del genio de Sócrates un demonio, de la sabiduría de Numa una Egería, etc.»

»Bajo otro punto de vista, decía San Agustín — prosigue el abate Moigno,



«hallamos en nosotros verdaderamente una imagen de Dios, es decir de esta soberana Trinidad, y bien que ella no sea igual á Él, ó por mejor decir, que esté muy lejana, no hay nada, no obstante, entre sus obras que acerque más próximo á su naturaleza.» En efecto, nosotros somos, conocemos que somos, amamos nuestro sér y el conocimiento que de él tenemos. Sér, Conocimiento, Amor! Ya hemos dicho por qué en el alma humana estas tres cosas no son más que una naturaleza y una persona.

«Por lo mismo que Dios se conoce necesaria y eternamente, engendra de toda eternidad á su Hijo ó Verbo. Porque el Padre ama eternamente á su Hijo, y el Hijo ama eternamente á su Padre, el Espíritu Santo, amor mutuo del Padre y del Hijo, procede eternamente del Padre y del Hijo. Y porque es siempre Dios, Dios sér, Dios inteligencia, Dios amor, fuerza será afirmar una sola y misma naturaleza en tres personas consubstanciales y coeternas, un Dios solo á quien es debido un solo culto, una sola adoración, un solo amor.

«Sin la Santísima Trinidad, decía aún Bossuet, Dios, en el cual toda paternidad toma su origen, á quo omnis paternitas nominatur, Dios, que es más padre que todos los padres, no tendría Hijos. Empero: ¿por qué á la naturaleza divina faltaría esta perfecta fecundidad que da á sus criaturas? El nombre de padre ¿será pues tan afrentoso, y tan indigno del primer sér, que no le pueda convenir siguiendo su propiedad natural? «Yo que hago parir á los otros ¿no podré parir yo mismo?» (Isaias, lxxvi, 9). Y si es tan hermoso procurarse niños por adopción ¿no es más bello y más grande aun engendrar por sí mismo?... De producir por abundancia, por plenitud, por el efecto de una inagotable comunicación, en una palabra, por la fecundidad y la riqueza de una naturaleza dichosa y perfecta?... «Dios de Dios, luz de luz, hijo perfecto de un padre perfecto, que es padre desde que es, que concibe en sí mismo á su Hijo coeterno.» Nada pues de más razonable que el misterio de la Santísima Trinidad, que da á Dios su Hijo único que ama infinitamente y del cual es infinitamente amado, al propio tiempo que de este amor mutuo procede eternamente el Espíritu Santo.

«Si para el alma iluminada por la fe, el misterio de la Santísima Trinidad es eminentemente razonable, si hay en Dios una maravillosa y gloriosa necesidad de su naturaleza infinita, es para la humanidad regenerada un misterio de amor infinito. Porque nos ha amado con un amor eterno, Dios el Padre nos ha sacado de la nada! Y en su misericordia, ha amado tanto al mundo, que le ha dado su Hijo! El Hijo nos ha amado, y se hizo carne, y se entregó por nosotros. El Padre y el Hijo nos han amado tanto, que nos enviaron el Espíritu Santo, Espíritu de consuelo, Espíritu de amor, Espíritu que hace su templo de nuestras almas y de nuestros cuerpos santificados por su gracia,

sus virtudes y sus dones, que incesantemente ruega en nosotros con gemidos que no pueden decirse!

«Hemos hallado la Santísima Trinidad en la Revelación, en la razón iluminada por la fe, en el alma humana hecha á imagen de Dios; la encontramos aún en la tradición, donde ilumina las tinieblas, y en la síntesis de las ciencias donde la unidad en la Trinidad ocupa un lugar verdaderamente extraordinario.

«La tradición.—ARISTÓTELES: ¿Qué piensa Dios? Se piensa á sí propio. Su pensamiento es el pensamiento de su pensamiento, y este número tres es la ley de la naturaleza: nosotros la aplicamos á nuestras devociones hacia los dioses.

«PLATÓN: El primer bien es Dios; la inteligencia es el hijo de este bien primero, que lo ha engendrado semejante á Él, y el alma (el espíritu) del mundo es el término entre el Padre y el Hijo.—En una célebre inscripción griega se leía: El Gran Dios, el Engendrado de Dios, el todo brillante.

μετα θεος, θεογενετος, πανεργος.

«En Egipto el famoso oráculo de Serapis decía: Desde luego Dios, después el Verbo, después el Espíritu, tres dioses engendrados juntos y reuniéndose en uno solo.

«El Oupneckat de los indios dice que Dios es *Trabat*, es decir, tres que no hacen más que uno.

«Los tibetianos invocan á Dios bajo tres nombres: Om, el brazo ó la fuerza; Hu, la palabra ó el Verbo; Hum, el corazón ó el amor.

«En el Laoitzeu de los chinos encontramos este texto extraño: Se sabe comunmente que tres son tres, pero no sabemos que tres sean uno. La primera persona considerándose en sí, engendra la segunda; la primera y la segunda amándose mutuamente, dan aliento á la tercera.

«Añadamos, en fin, que por todas partes vemos aparecer en la naturaleza y en la ciencia, en el mundo abstracto y en el mundo concreto, este dogma símbolo inefable de la Unidad en la Trinidad, de la Trinidad en la Unidad. Esta tesis se encuentra admirablemente desarrollada en la excelente obra, la *Ciencia sagrada*, del señor abate Berseaux, tomo II, página 302 y siguientes. Extractamos solamente algunos rasgos de este magnífico cuadro.

«En la sociedad espiritual: *Jesucristo*, la *Iglesia*, los *fieles*.

«En el alma humana: el *sér*, la *inteligencia*, el *amor*. Somos, conocemos, amamos.

«El fondo de nuestra alma obrando, comprende una idea primera, la *idea del sér*; una primera voluntad, la voluntad de poseer el sér, el *deseo de la beatitud*; un primer sentimiento, el *sentimiento de nuestro cuerpo*.

»Las operaciones de la inteligencia son tres: la *idea*, el *juicio*, el *raciocinio*.

»La idea comprende: un *sujeto* que percibe, un *objeto* que debe percibirse, la *percepción* u objeto percibido.

»El juicio supone el *sujeto*, el *verbo* y el *atributo*.

»El raciocinio comprende tres proposiciones: la primera, *mayor*, engendra la segunda *menor*; la tercera, *conclusión*, nace de la mayor y de la menor.

»El sér en sí es *puramente espiritual*, *puramente material*, ó *mixto*.

»Los tres mundos *espiritual*, *material* y *mixto* no forman más que un solo *universo*.

»Todo sér tiene su *substancia*, su *forma* ó *especie*, su *orden*.

»Todo sér creado ó increado se nos presenta bajo tres cualidades: *bueno*, cuyo tipo es el Padre; *verdadero*, cuyo tipo es el Hijo ó el Verbo; *bello*, cuyo tipo es el Espíritu Santo.

»El mundo material comprende tres clases de seres: los *minerales* que son: los *vegetales* que son y viven; los *animales* que son, viven y sienten.

»Los espíritus celestes se dividen en tres clases ó grandes jerarquías; cada una se divide en tres órdenes.

»El sér considerado relativamente es, ó *causa*, ó *medio* ó *efecto*.

»Considerado como sucesivo, el sér es *pasado*, *presente* y *futuro*.

»En la gramática, hay tres pronombres: *yo*, *tú*, *él*; *mi* ó *mío*, *tu* ó *tuyo*, *su* ó *suyo*; *yo* ó *mi*, *tú*, *él*; *mío*, *tuyo*, *suyo*; *nosotros*, *vosotros*, *ellos*.

»Hay tres términos: *substantivo*, *adjetivo*, *verbo*.

»El substantivo es *masculino*, *femenino* y *neutro*.

»El adjetivo es *positivo*, *comparativo* y *superlativo*.

»El verbo es *activo*, *pasivo* y *neutro*.

»En las ciencias matemáticas, la aritmética comprende tres operaciones fundamentales: la *numeración*, la *adición*, la *sustracción*.

»Todo cuerpo tiene tres dimensiones: *longitud*, *latitud*, *profundidad*. Las magnitudes geométricas son en número de tres: la *línea*, la *superficie*, el *volumen*.

»La línea tiene su *principio* ó punto de partida, su *centro*, su *fin* ó punto de llegada.

»La línea es *recta*, *quebrada* y *curva*.

»La recta es *horizontal*, *vertical*, *normal* ó *inclinada*.

»Dos líneas forman tres ángulos: *agudo*, *recto* y *obtuso*.

»Un triángulo tiene tres *ángulos*, tres *lados* y tres *vértices*. Todo polígono es divisible en triángulos, como todo número puede descomponerse en números triangulares.

»Todo círculo tiene su *centro* ó foco, su *radio* y su *circunferencia*.

»La mecánica comprende tres grandes divisiones: la *estática* ó ciencia del equilibrio, la *cinemática* ó ciencia del movimiento, la *dinámica* ó ciencia de las fuerzas, causas del movimiento.

»Las leyes del mundo planetario son en número de tres: *la ley del movimiento elíptico al rededor de un centro de atracción*, *la ley de las áreas*, *la ley de los tiempos de cada revolución*.

»La química está regida por tres leyes que corresponden á la acción de Dios, que todo lo ha hecho con *número*, *peso* y *medida*: *la ley de las proporciones múltiples*, *la ley de los equivalentes*, *la ley de los volúmenes*.

»Todos los cuerpos objeto de la física ó de la química son *sólidos*, *flúidos* y *gaseosos*.

»En cristalografía, todas las formas cristalinas se reducen á tres tipos: el *tetraedro*, el *cubo* y el *romboedro*.

»En acústica, un sonido cualquiera está caracterizado por tres elementos: el *tono*, la *intensidad* y el *timbre*.

»Hay tres notas fundamentales: la *dominante*, la *tercera* y la *quinta*, forman el acuerdo perfecto.

»Los instrumentos de música son de *viento*, de *cuerda* y de *percusión*.

»En fisiología y psicología se estudian tres grandes objetos: el *cuerpo*, el *alma* y la *unión del cuerpo con el alma*.

»La vida depende de tres órganos, que Bichat llama etapas de la vida: el *estómago*, órgano de la potencia; el *cerebro*, órgano de la inteligencia; el *corazón* órgano de la afección ó amor.

»Tres órganos principales están presentes en todas las partes del cuerpo: el *estómago* por los vasos quilíferos, el *cerebro* por los nervios, el *corazón* por las arterias y las venas.

»La familia está constituida por el *padre*, la *madre* y el *niño*. El hombre, el *padre*, creado independientemente, se alza por la fuerza, representa el Padre eterno. La *mujer*, creada del hombre, su imagen, su gloria, su hermosura, carne de su carne, sangre de su sangre, hueso de sus huesos, figura el Verbo divino, engendrado del Padre; el niño que procede del padre y de la madre, de su amor recíproco, es la imagen del Espíritu Santo.

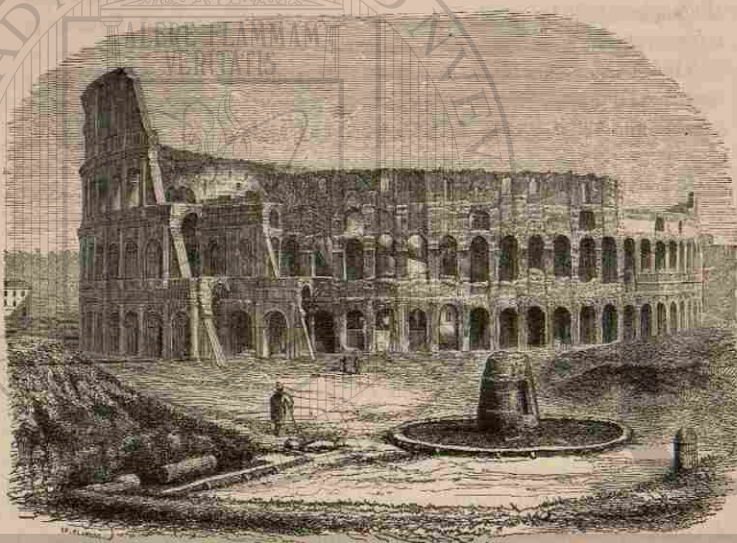
»La sociedad civil está constituida por tres cosas: el *poder*, el *ministro*, y el *sujeto*.

»Podríamos multiplicar al infinito, continua el abate Moigno, estas relaciones, y demostrar que la Trinidad en la Unidad es la ley esencial de la naturaleza. Un autor, animado de las mejores intenciones, M. P. Bouverat, en un pequeño volumen intitulado *Speculum Trinitatis*, ó *resumen de la universa-*



lidad de las cosas en las cuales la Santísima Trinidad ha impreso su sello divino (Hatón, París, 1871), ha multiplicado al infinito las singulares manifestaciones de la Trinidad santa en el mundo físico, moral y metafísico!...

»Luego es cierto, absolutamente cierto y verdadero que, aun sobre los más profundos é inaccesibles misterios, los testimonios del Señor se han hecho perfectamente creíbles... La trinidad de las personas en la unidad de la naturaleza divina es, en Dios, un hecho, no sólo esencial y necesario, sino fecundo



Coliseo (lado del Mediodía).

y vivificante; y en sus relaciones con la humanidad un manantial infinito de grandeza, de santidad y de divinidad.

»Adoremos, pues, y repitamos sin cesar, con la santa Iglesia católica, el antiguo y querido doxología. GLORIA AL PADRE, AL HIJO, Y AL ESPÍRITU SANTO; como era al principio, como es ahora y será en los siglos de los siglos! Repitámoslo sobre todo, en nuestro último suspiro, cuando pidamos sobre nosotros la misericordia de Dios, entonces el sacerdote dirá: «Mucho ha pecado, pero no ha negado *El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo*. HA CREIDO Y SERÁ SALVADO...»

En vano pretenderemos que teólogo alguno se esfuerce en demostrar el misterio de la Trinidad, tomando varias autoridades y enseñando que los cristianos

profesaban esta creencia desde las predicaciones de Cristo, cuando se niega sin rubor la autenticidad del Evangelio de San Juan y las epístolas y cartas de San Pablo. Hasta aquí el espíritu de secta, que ha conducido á hombres ilustrados á lamentables extravíos y engañosas interpretaciones.

Sea en buen hora que los Santos Padres de los primeros siglos de la Iglesia cristiana fuesen *unos hombres de bien*, como los califica el señor Draper con dañada intención; pero es lo cierto que conocieron la ciencia de su tiempo y estaban á la altura de su época. Si hubiesen vivido en los tiempos de Cassini, Kepler ó Galileo, habrían aceptado de buen grado y sin obstáculos la hipótesis de Copérnico, lejos de conocer perfectamente el sistema de Claudio Ptolomeo, cuya fama y reputación llegó á eclipsar todas las escuelas griegas é imperó en el mundo cristiano y no cristiano por más de trece siglos. Empero es lo cierto, que la escuela geocéntrica era la que aceptaban todos, ora fuesen cristianos ó paganos, sin que se le ocurriera á nadie protestar acerca aquella



Brahma, Vishnú, Siva.

errónea teoría. ¿Por qué se pretende que los Santos Padres sean responsables de los errores científicos de su tiempo? ¿Por qué los enemigos del Cristianismo no presentaron entonces las objeciones que hoy día se ofrecen en todos los tonos? Porque entonces no se conocía el sistema copernicano, ni se habían descubierto los instrumentos ópticos que cambiaron el estudio de la astronomía, ni se sabían las leyes que Dios había establecido para los mundos siderales.

Oigamos por un momento á J. J. Rousseau, que por cierto no será filósofo sospechoso para los materialistas y racionalistas de nuestros días, ni lo hubiera sido para los humanistas del Renacimiento, y con especialidad para Ficino, que pretendía que Platón fuese un Moisés que hablaba griego y Sócrates el tipo de Jesucristo.

«Yo confieso, ha dicho el autor del *Emilio*, J. J. Rousseau, que la majestad de las Escrituras me pasma; la santidad del Evangelio habla á mi corazón.



Leed los libros de los filósofos con toda su pompa, y los encontraréis pequeños comparados con éste. ¿Es posible que un libro tan sublime en todo y tan claro sea obra de los hombres? ¿Es posible que el héroe de quien hace la historia sea puro hombre? ¿Su estilo es el de un fanático, ó el de un sectario ambicioso? ¡Qué suavidad! ¡Qué pureza en sus costumbres! ¡Qué gracia tan excitante en sus instrucciones! ¡Qué elevación en sus máximas! ¡Qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡Qué majestad de espíritu! ¡Qué delicadeza y qué justicia en sus respuestas! ¡Qué dominio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre? ¿Dónde el prudente, que sabe obrar, sufrir y morir sin cobardía y sin ostentación? Cuando Platón pinta su justo imaginario, cubierto de todo oprobio del crimen y digno de todos los premios de la virtud, dibuja con todas las señales a Jesucristo. La semejanza es tan propia que todos los Padres la han advertido, y no es posible engañarse. ¡Qué preocupaciones, qué ceguedad no es menester para comparar el hijo de Sofronia con el Hijo de María! ¡Qué distancia de uno al otro! Sócrates, muriendo sin dolor, sin ignominia, sostuvo con facilidad hasta el fin el carácter de su persona; y si esta fácil muerte no hubiese honrado su vida, se dudaría si Sócrates con todo su entendimiento había sido un sofista. Se dice que inventó la moral; otros la habían practicado mucho antes; no hizo otra cosa que decir lo que ellos habían hecho, ni más que poner en lecciones sus ejemplos. Aristides había sido justo antes que Sócrates dijese que era justicia; Leónidas había muerto por su país antes que Sócrates hubiese hecho del amor á la patria una obligación; Esparta era sobria antes que Sócrates hubiese alabado la sobriedad, y, antes que hubiese definido la virtud, abundaba Grecia en hombres virtuosos. Pero Jesús, ¿dónde había tomado entre los suyos esta moral sublime y pura, de la que Él solo fué el maestro y el ejemplo? Del seno del más furioso fanatismo se escuchó la más alta sabiduría, y la nobleza de las más heroicas virtudes, honró el más vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente entre sus amigos, fué la más dulce que puede desearse; la de Jesús, espirando en los tormentos, injuriado, burlado, maldecido de todo un pueblo, es la más horrible que se puede temer. Sócrates tomando el vaso lleno de veneno, bendice al que con lágrimas se lo presenta; Jesús en medio de un suplicio espantoso, ora por sus crueles verdugos. A la verdad, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios.

Este pasaje del *Emilio* de Rousseau, se ha repetido por muchos autores. Es un parangón que los católicos no podemos aceptar aun cuando se transparenten en él los pensamientos cristianos del filósofo ginebrino. La luz sobrenatural sólo resplandece en el Redentor del mundo, que nadie pudo tacharle de haber pecado, y en sus amarguras y aflicciones cuando entregaba á su Eterno Padre

su espíritu humano, imploraba el perdón de los hombres sin tener en cuenta su sabiduría, su riqueza ni su posición social. La humanidad quedó regenerada, el largo periodo de los sacrificios humanos terminó con el sacrificio del Hombre-Dios, y el Mártir del Gólgota abrió con su sangre las puertas de la vida eterna.

Las cuestiones filosóficas habían adquirido otra vez un carácter elevado, y amenazaban turbar la paz que bajo el cetro de Constantino disfrutaba la Iglesia de Jesucristo. La sublimidad de Orígenes creó la exegética bíblica y fundó la filosofía teológica; en estos concienzudos estudios, que desgraciadamente no están exentos de errores, rebatió con victoria las objeciones de Celso, presentando infinidad de hechos indubitables, profecías cumplidas y milagros realizados por los Apóstoles.

El arrianismo y el socianismo buscaron en los errores acerca la preexistencia, según los libros de Orígenes escritos después de su destierro de Alejandria, argumentos para sostener sus sutilezas. Casi se puede asegurar que además de Arrio, encontraron en los escritos de aquel filósofo datos para presentar nuevas herejías, Macedonio sobre el Espíritu Santo, Pelagio acerca la gracia y Nestorio y Eutiquio contra la Encarnación. ¿No vemos en las herejías de Arrio un racionalismo encubierto? El Concilio de Nicea condenó el arrianismo, que había encontrado eco entre los visigodos, y adoptó medidas vigorosas para aniquilar las demás herejías, que también tenían sus prosélitos.

Los Santos Padres, de común acuerdo, caminaron á un mismo fin, y San Clemente de Alejandria, con su piedad y fervorosa fe, inició á los neófitos en la verdadera ciencia. Atanasio, Cirilo, los Gregorios, Crisóstomos, Basilio y Jerónimos, Lactancio, Ambrosio y Agustín, y tantos otros santos varones, combatieron con sus inspirados talentos aquellas herejías, con las cuales los sofistas pretendían trastornar la unidad de la Iglesia de Jesucristo y el progreso de la Cristiandad.

Tertuliano, con espíritu levantado y cristiano, exclamaba: «¿Qué tiene Jerusalem para hacer con Atenas? ¿Qué dependencia trae la Iglesia con la Academia? Nuestra institución no ha nacido del pórtico de Zenón, sino del pórtico de Salomón. Allí clamaba y enseñaba Jesucristo: *buscad al Señor en la sencillez del corazón.*»

¿No véis esas religiones paganas, que están dominadas por las castas y por la esclavitud, bajo el amparo de la filosofía? ¡Ah! Los hombres hijos de Dios, se ven separados por sus condiciones sociales, y los poderosos monopolizan á su antojo la riqueza, el poder, la ciencia y toda suerte de goces y de sentimientos levantados al amparo de las falsas creencias. Sólo la Religión de Cristo los hace hermanos y los iguala á todos ante Dios.



La asamblea de Nicea presidida por el Emperador, había unido con el sagrado lazo de la fe cristiana á pueblos que estaban separados por los usos, leyes y costumbres. La Cruz del Redentor brillaba en el Capitolio y la estatua de Júpiter se había derribado. El principio de la unidad divina acababa de difundirse con el de la unidad humana.

La Religión santa de Jesucristo destruye las castas, rompe las cadenas de la esclavitud y de la tiranía, anatematiza el vicio, enaltece la pobreza, ennoblece al plebeyo, ampara al débil, predica la moral, practica la caridad, y esparce la luz divina de la ciencia sin distinción de jerarquías sociales. Bien dijo San Gregorio Nacianzeno, que el primero de los bienes es la ciencia, y que muchos desgraciados en vez de adorar á Dios rendían homenaje á sus obras; San Basilio el Grande estableció estrecha alianza entre las ciencias sagradas y las profanas, y San Clemente de Alejandría, varón ilustre lleno de ciencia y virtud, para quien la verdadera filosofía es obra de la Providencia, dijo que la ciencia de las escuelas griegas se halla en los libros de Moisés; este profundo pensador cristiano se puso frente á frente del eclecticismo racionalista de la escuela alejandrina. Según sostiene el mismo Santo, el estudio de las ciencias es un baluarte inexpugnable para el alma, con el cual está segura de todo peligro... Los Santos Padres de la Iglesia latina buscaron hechos prácticos; pero no por esto dejaron los estudios filosóficos, para utilizar cuanto bueno y conveniente había en beneficio y defensa del Cristianismo. San Jerónimo, entre otros muchos, es digno de particular mención, porque se declaró partidario del estudio de las ciencias, que lejos de causar un mal, dice, hacen un santo servicio á la Religión.

Otro de los insignes filósofos cristianos fué San Agustín, obispo de Hipona, á quien en opinión de La Bruyere sólo se pueden comparar Platón y Cicerón; que Leibnitz llama un *grande hombre*; que el cardenal Maury deseaba que los clérigos estudiasen siempre en sus obras para ocupar dignamente la cátedra cristiana; y que Fenelón y Villemain le concedían un espíritu sutil, vigoroso y levantado, así en la mística como en la metafísica. Empero un escritor moderno (Draper), *hablando con respeto*, ó como á él le plazca, de los escritos de San Agustín, asegura que *nadie ha contribuido más que ellos* (los escritos), *á crear el antagonismo entre la ciencia y la Religión*. Lejos de nosotros admitir que la ciencia revelada considere las investigaciones y los descubrimientos como inútiles y presuntuosos; ni mucho menos que las investigaciones humanas sean efecto de culpable curiosidad para penetrar los secretos que no plugo á Dios descubrirnos, como ha consignado el Profesor de Nueva-York... De las doctrinas de San Agustín sólo pueden deducirse dos conclusiones: que la filosofía es inferior al Cristianismo, y que puede unirse á él como la yedra

al árbol que la sustenta. Declara el Santo Doctor, que los cristianos hallarán grandes verdades, así científicas como morales y religiosas en los libros paganos, y desea el Prelado que las hagan servir para el triunfo del Evangelio. Que el Santo Doctor dijera, que toda ciencia pertenece á Dios por derecho de creación, no debe inferirse que los Santos Padres en general, ni el Obispo de Hipona en particular, admitiesen que la ciencia sagrada fuese la suficiente suma del saber humano, como ha dicho el señor Draper. La Iglesia católica distingue dos clases de estudios, los sagrados y los científicos. Estos se hallan siempre en la esfera de las investigaciones difíciles y complicadas de la filosofía y de la experimentación. Por esto el enciclopedista señor V. Beauvais no alcanzaba á comprender el antagonismo entre estos dos grupos de conocimientos, los sagrados y los profanos. Antagonismo que en nuestros días forma las delicias de algunos sabios de las escuelas materialista y naturalista. Bien dijo San Clemente de Alejandría, que juzgaba bajeza de alma temer á la filosofía pagana. *El que tenga tan débil fe*, dice el Santo, *que con ella se desvanezca, no ha conseguido la verdadera ni poseído nunca la verdad: ésta es insuperable y el error desaparece fácilmente*. Con efecto, el error impera un momento, triunfa un instante; pero este imperio y este triunfo son efímeros y pasajeros. Las obras de los hombres son deleznable, mientras que las de Dios son inmutables, porque en ellas está representado el derecho.

Los Padres de la Iglesia, repetimos, sólo conocieron para explicar el mecanismo del mundo el sistema de Claudio Ptolomeo que imperaba en la escuela alejandrina, y los vicios de esta teoría se reflejan en sus escritos. San Agustín y San Jerónimo fijaron su mayor atención en el dogma, y cuidaron bien poco de todo aquello que estaba en relación con la ciencia profana. Ésta, errónea en sus fundamentos, como lo han probado los deseubrimientos posteriores, no podía suministrar los datos necesarios, que el estudio continuado ha puesto fuera de toda duda.

Los errores científicos cometidos en los escritos católicos fueron propios de aquellos tiempos. Los filósofos y los sabios han progresado en las ciencias de aplicación, y en sus estudios de hoy notamos las faltas de otras épocas. Al pretender comparar la ciencia con la Religión católica, debe distinguirse lo que es propio del dogma, y lo que pertenece á la ciencia propiamente dicha.

Hay una diferencia notable entre las opiniones de los sabios y las verdades bien demostradas de la ciencia. Éstas, apesar de todo, no pueden considerarse como permanentes; aquellas varían todos los días, se modifican y algunas veces se desechan por deficientes.

Se acusa á la respetabilidad de San Agustín la falta de acuerdo entre la



Religión y la filosofía natural, y de aquí haber surgido algunos *conflictos* con la ciencia. Se ha consignado por el señor Draper, que las obras del Santo Doctor son *sueños* incoherentes. Sin duda que el profesor de Nueva-York tiene sobre ellas gran prevención. San Agustín, dice: «¿Cómo hiciste, pues, el cielo y la tierra, y de qué máquina te serviste para hacer obra tan maravillosa? ¿Por qué no lo hiciste como el artífice, que forma el cuerpo de otro cuerpo, según una cierta idea que el ojo interior del alma contempla en sí misma? Pero ¿de dónde tiene él esta facultad sino de Ti? El artífice obra sobre una materia preexistente, que tiene la aptitud de llegar á ser aquello que él quiera hacer de ella: materia tal como tierra, mármol, oro y otras semejantes. Pero aún estas materias ¿cómo hubieran existido si Tú no las hubieras criado? Tú eres quien ha dado al artesano el cuerpo y el alma que manda á sus miembros, y la materia de que forma ésta ó aquella obra; Tú le diste un genio con que entendiera el arte y compusiera dentro de sí la idea que debe sacar á fuera. Tú le diste el sentido corpóreo, que trasmite á la materia que el alma concibe, trae al ánimo lo mismo que ya ha producido para que pueda compararlo con la norma que ha tenido á la vista para ver si está bien...» Y después añade el mismo Santo: «No hiciste el universo en el universo... por que antes que el universo fuese hecho, no había universo donde él pudiese ser hecho. No tenías á mano cosa alguna de qué hacer el cielo y la tierra; por qué ¿de dónde hubieras podido tomar lo que todavía no habías hecho, para hacer alguna cosa? Y á la verdad, ¿qué cosa existe sino por qué Tú existes? Hablaste, pues, y las cosas fueron hechas, y las hiciste con sola palabra...» (Conf. I. XI. capítulo 3).

¿Qué hay aquí de contradictorio entre la ciencia del siglo XIX y la confesión del Santo Doctor? El criterio del Obispo de Hipona es levantado, filosófico, profundamente cristiano, y estrecha con dulce lazo el orden ideal ó psíquico con el material. Prueba sin ningún género de réplica, que fuera de Dios nada existe, que todo lo contingente proviene del soplo divino y de su santa omnipotente palabra, y que todo cuanto constituye los mundos de la materia en la inmensidad de los espacios, es obra de la existencia de Dios.

Bien dijo el Excmo. é Ilmo. Sr. P. Zeferino González, Arzobispo de Sevilla, en su concienzuda y erudita obra *Filosofía elemental*, que «la filosofía del gran Obispo de Hipona representa y contiene el primer ensayo relativamente sistemático y completo de la filosofía cristiana.»

Esta doctrina no pudo presentar *conflicto* alguno, y los ateos, que todo lo atribuyen á la casualidad y á los átomos infinitos, eternos é increados de la escuela de Epicuro, Lucrecio y Gassendi, caen anonadados ante la sabiduría que todo lo contiene, que todo lo abraza, que es anterior á cuanto existe de

material y objetivo, la cual está sostenida por la fe divina, enaltecida por la esperanza y eternamente consolada por la caridad, que son las virtudes cardinales que el Cristianismo dió á conocer y han sido proclamadas y enseñadas por el Catolicismo.

Cuando notamos la manera apasionada é injusta como algunos hombres ilustres, profesores distinguidos, pensadores eminentes, combaten las ideas y principios que los Santos Padres dejaron consignados en sus escritos; cuando vemos criticar de un modo apasionado á San Agustín, el mejor y el más profundo filósofo cristiano de su tiempo; acerca de la configuración de la tierra y otros problemas científicos oscuros en aquellos tiempos; pero aclarados hoy y tal vez resueltos, al menos tales son las ilusiones de muchos sabios, más ignorados en estas épocas lejanas; nos preguntamos: ¿qué hubieran escrito los señores Darwin, Huxley, Draper, Hæckel, Büchner, Vogt, Molleschott, Tindall, Littré, Boi-Reymond, Mill, Schopenhauer, Hartmann y toda esta pléyade de sabios que han escrito en nuestros días como acérrimos materialistas y positivistas; qué habrían escrito, repetimos, si hubiesen vivido en los primeros siglos del Cristianismo? ¿Qué habrían escrito los ilustres Newton, Laplace y Arago; los Le-Verrier, Herschel y el R. P. Secchi; los Lyell, D'Orbigny, Ampère, Davy, Berzelius, Bernard y el mismo A. Comte? ¿Qué habrían dejado consignado tantos y tantos hombres distinguidos consagrados hoy al estudio de la ciencia experimental y de observación, si hubiesen vivido en aquellos primeros tiempos, en que el Cristianismo comenzó á difundir sus doctrinas?... Á la altura mayor á que había alcanzado entonces la ciencia se hallarían también todos estos sabios; y poco más ó menos escribirían lo mismo que han dejado consignado aquellos santos y doctos varones de la cristiandad...

Verdad que el joven Graciano había trazado la línea divisoria entre el poder temporal y el espiritual, adquiriendo éste último un dominio particular y una dirección apropiada al objeto. El Obispo de Roma elevado á la supremacía de Papa, dió á este poder el carácter de universalidad, y la unidad del sacerdocio era necesaria para realizar de hecho y por principio una civilización moral y espiritual para todo el linaje humano, que debía sustituir completamente á otra, que estaba falta de moralidad aun cuando generalizada también. El Pontificado puso su silla en Roma y la ciudad centro del poder temporal del mundo antiguo, pasó á ser el centro espiritual del mundo moderno. La Iglesia se afirmaba más y más sobre el orden de la sociedad como autoridad pública, aplicaba saludables remedios al cáncer devorador de los pueblos, y conservaba el sagrado de las letras, de la tradición y de las artes. Y si la ciencia no se extendió cual convenia y deseaba, al menos tuvo la fortuna de no verse aprisionada sin utilidad ni provecho entre las castas privilegiadas.



sepultada en los gabinetes de los sabios ó aherrojada en las bibliotecas, como sucedió en otros tiempos entre los griegos, con varias de los romanos y en algunas de Alejandria después de la protección que le dispensaron los Ptolomeos.

La ruina de la idolatría era inevitable. La ciencia en nada contribuyó á esta ruina, como tampoco había influido para su engrandecimiento. La aparición del Cristianismo fué un acontecimiento que había sido revelado por los Profetas, el cual debía realizarse en la humanidad para establecer definitiva-



Muerte de Sócrates.

mente la Religión verdadera, que tiene sus fundamentos en Moisés y fué continuada por el Dios-Hijo.

Las sectas filosófico-religiosas, que apenas habían vislumbrado la existencia de Dios como principio increado, eterno y creador de lo objetivo y subjetivo, no alcanzaron á comprender el íntimo consorcio entre el hombre y su Creador, entre Dios y la criatura. Por ello perdieron su influencia y cayeron por el poder moral y celestial del Cristianismo.

Las terribles persecuciones que sufrieron los cristianos en los cuatro pri-

meros siglos, denotan la lucha entre la verdad y el error, entre el filosofismo de los emperadores romanos y la santidad de las nuevas doctrinas; entre el materialismo y el espiritualismo.

Hay algunos hombres que arrastrados por la pendiente del abismo han lanzado sus blasfemias contra la Religión católica, haciéndola responsable y



Constantino herido repentinamente por la luz del Cristianismo.

solidaria de los acontecimientos que no están en armonía con sus fantásticas ilusiones. Tal sucede con la destrucción de la *Biblioteca* alejandrina, que se pretende fuese incendiada por el fanatismo cristiano (Draper), aparentando olvidar la historia de los dos incendios bien conocidos de todos.

Ya hemos indicado que el primero ocurrió durante el sitio de Alejandria por Julio César, 47 años antes de la Era cristiana; y siguiendo á Tito Livio,

aquel guerrero mandó quemar todas las naves que había en el puerto, el fuego se propagó por los edificios próximos y prendió en la Biblioteca, consumiendo las llamas los libros allí conservados. Quema que tuvo lugar, como dice Ebers, en la obstinada defensa que hizo en el Bruchium. Si bien Teófilo, Obispo de Alejandria, devastó los templos de los idólatras por mandato del emperador Teodosio, conservó íntegra la Biblioteca del Serápeo, donde estaba también la de Eumenes rey de Pérgamo, regalo de Marco Antonio á Cleopatra. Al terminar el año 640 de Jesucristo, el califa Omar mandó entregarla á las llamas, sin atender á las súplicas de Juan el Gramático.

Esta es la creencia generalmente admitida; sin embargo, muchos egiptólogos rechazan semejante especie, y el señor Ebers en su libro intitulado *Egipto* asegura: que «es una tradición de época posterior; pues cuando la ciudad fué tomada por los árabes, hacia ya mucho tiempo que las grandes bibliotecas públicas estaban deshechas, por haber sido trasladados á Constantinopla los libros más preciosos.» (Traduc. de Bergnes de las Casas).

El Museo alejandrino representará siempre el eslabon misterioso que enlaza los conocimientos pasados con los descubrimientos futuros. *Nunca* podrá considerársele como la verdadera cuna de la ciencia moderna, según ha consignado en nuestros días el señor Draper.

El imperio de Oriente arrastraba aún su miserable existencia y prolongada agonía; algunas veces daba leves fulgores de su antiguo poderío y de sus pasadas glorias, sin que le fuera dado volver á adquirir la prepotencia y el ascendiente político de aquellos días más felices y afortunados.



## CAPÍTULO VI

### MAHOMA

*Prolongada agonía del imperio de Oriente.—Justiniano.—Cosroés.—Focas.—Heraclio.—Sus victorias.—Nestorio.—Los nestorianos.—Los árabes.—Sus cuatro razas.—Los escitas.—Las tres Arabias.—Religión.—Nacimiento de Mahoma.—Principian sus predicaciones.—Su muerte.—Nuevos califas.—Sus conquistas.—La Tingitania.—Abandonan la conquista.—Vuelven pasados veinte años.—Ocba funda la ciudad de Kairován.—Kocella.—Eslavitud de los hereberes.—Zohair.—Hassan.—La Kahena.—Muza.—España.—La casa de los Baitas.—Sube Recaredo al trono de Leóvizido.—Urua II.—Witerico.—Sisebuto.—Recaredo II.—Suintila.—Ricimerio.—Sisenando.—Chintila.—Tulga.—Chindasvinto.—Recesvinto.—Wamba.—Ervigio.—Egica.—Witiza.—D. Rodrigo.—El conde D. Julián y su hija Florinda.—Traición del conde.—Primer reconocimiento de Yarik.—Yarik vuelve á España.—Batalla de Guadi-Beca.—Traición de los hijos de Witiza y D. Oppas.—Yarik se dirige á Sevilla y luego á Toledo.—Moqits á Córdoba.—Los hijos de Witiza reciben la estipulación.—Muza en España.—Desavenencia entre los dos caudillos.—Teodomiro.—Tratado de Oribucia.—Abdalariz.—Los dos caudillos parten para Damasco de orden del Califa.—Abdalariz es nombrado wali.—Se casa con Egilons.—Muza es castigado y sus hijos asesinados.—Muere Muza.—Wálics que siguieron.—Consideraciones generales sobre Mahoma, su secta y su civilización.*



MAHOMA había aspirado al dominio universal valiéndose de la fuerza, y la Iglesia de Jesucristo lo adquiría poco á poco predicando la verdad. La unidad romana perdió su prepotencia y se descompuso en pequeñas fracciones, que luego se convirtieron en reinos; pero en la Europa bárbara sólo la Iglesia cristiana conservó el carácter de sociedad, y en ella vinieron á encerrarse los tesoros de la ciencia religiosa y profana. De modo, que al desaparecer del mundo político el imperio romano, los pueblos recobraron su independencia y comenzaron á girar de nuevo en su propia órbita. La pérdida de la ciudad soberana se debió sólo al materialismo, sostenido por las sectas paganas, que llegaron á dominar de un modo absoluto todos aquellos pueblos. Con los bárbaros y sin los bárbaros, el Cristianismo hubiera triunfado de tantas religiones caducas.

Apenas el materialismo atravesó el Adriático y su virus se inoculó por la sangre de la Reina del mundo, comenzó á sentirse herida en el corazón. Un vértigo fascinador la entorpeció todos los miembros, y victoriosa y jurisperita, guerrera y dominadora, cruel y sanguinaria, puso su suerte futura á merced de los Césarés, que la aprisionaron como pobre insensata. ¡Ah! La experiencia desgraciadamente



enseña, con ejemplos sacados de la historia estas verdades indisputables, que están fuera de toda duda, y horrorizan y espantan al hombre honrado. El materialismo y el racionalismo inficionan en los tiempos modernos con su baba destructora la Inglaterra, y se estremece el edificio social y político hasta alcanzar la tiranía; el materialismo y el racionalismo comunican su veneno á la Francia, y convulsa cae exánime y se anega la civilización francesa entre lagos de sangre; el materialismo y el positivismo se han introducido hoy en España entre las clases trabajadoras; penetran en todos los países entre el pueblo laborioso y honrado, y por do quiera que predominan ó ejercen su tenebrosa influencia, allí está la anarquía, el desenfreno, la orgía política... la muerte civil de la sociedad. La Rusia nos ofrece en este instante un ejemplo lúgubre y desgarrador. En medio de sus delirios, los que nada creen, aquellos que sólo rinden tributo y homenaje á la materia, sufren un suplicio eterno que les desgarrá el corazón y les tortura la conciencia.

«No es el petróleo, dice el señor Figuiet, el que ha reducido á cenizas muchos monumentos de París; es el materialismo...» y después añade: «El materialismo es, por consiguiente, el padre de todos los males.»

Nosotros podemos también decir: no fué el petróleo el que incendió la hermosa campiña de Andalucía, ni el que redujo á cenizas las brillantes fábricas de la industriosa Alcoy, ni el que cambió la faz del laborioso y honrado pueblo catalán... ni el que trajo á España los trastornos y destrucción de Cartagena, los asesinatos de Montilla, los incendios de Jerez, la anarquía de Valencia y Málaga, y toda suerte de aflicciones y calamidades... fué el asqueroso materialismo, que con su compañero el positivismo, son el azote de la presente generación y el cáncer devorador de nuestra sociedad. Hoy mismo son responsables de tantas desgracias é incendios como afligen á nuestra trabajada España (8 de setiembre de 1879). Y esto que los positivistas proscriben de su credo toda idea de revolución.

Prosigamos, empero, nuestra ojeada histórica.

El imperio de Oriente seguía aún su prolongada agonía, su vida era lánguida, y la consunción lo devoraba. En este largo período que ha de durar más de mil años, tendrá diferentes alternativas ofreciendo señales evidentes de un vigor ficticio y poco estable. Los reinados de León, Zenón y Anastasio hasta Justiniano, que dió pruebas de virilidad y cedió la diadema treinta y nueve años, fueron una llamarada bienhechora, cuya luz sirvió de faro al progreso de Constantinopla. Rechazando la filosofía profana regularizó la administración, y sentó sobre sólidas bases la ciencia del Derecho. Una colección de leyes escritas en medio de la decadencia romana, los plebiscitos, los senado-consultos, los códigos Gregoriano, Hermogeniano y Teodosiano,

junto con las instituciones de los diferentes reyes y emperadores, habían formado un conjunto heterogéneo y contradictorio, que sumergía la legislación romana en un caos. Reservado estaba á Justiniano, en medio de sus victorias, organizar las leyes romanas para que recuperasen su antiguo esplendor jurídico. El *Digesto ó las Pandectas*, la *Instituta* y el *Código*, son producciones de la ciencia del derecho, que después de catorce siglos se consideran como el fundamento de nuestra legislación.

¿Contribuyó á este progreso jurídico alguno de los preceptos y leyes de la India? Sería muy posible en opinión de cierto sabio indianista; pero no olvidemos que Roma se inspiró siempre en una legislación levantada y política que se distinguió con el nombre de *razón escrita*, destinada á avasallar á los demás pueblos.

Justiniano ha sido considerado por varios escritores como uno de los emperadores más grandes que florecieron durante los mil años que arrastró el Bajo imperio; en cambio ha habido otros sabios que le han calificado de cruel, déspota y malvado. La lucha entre *verdes* y *azules*, hizo correr la sangre á torrentes. La aristocracia bizantina se vió humillada más de una vez. ¿Cómo conciliar esta diversidad de pareceres?

La crueldad se manifestó en muchos casos durante sus sanguinarias conquistas, y sólo Belisario, mientras tuvo poder y preponderancia, dió señales inequívocas de sus sentimientos humanitarios, que parecían haberse olvidado. El Bajo imperio ya que no era conquistador, tampoco fué generoso.

La Religión cristiana era la única que podía salvar la decadencia y postración del Bajo imperio. Para ello hubiera sido preciso que la moral imperase, que la caridad arrobases los corazones y la fraternidad entonase aquella vida lánguida y moribunda. Toda vez que estas virtudes se habían olvidado, la ruina era inminente.

Cosroés el Grande, protegido de la secta monofisita, ostentaba en su frente la tiara de los monarcas persas, que había recibido por la voluntad de Cohades, y fué por mucho tiempo el terror de los romanos. Á la muerte de Justiniano, la corona de Oriente pasó á Justiniano II, que abdicó á favor de Tiberio II: este monarca sólo pudo conservarla cuatro meses y la transmitió á Mauricio.

Focas recibió de las huestes acampadas más allá del Danubio el título de Augusto, y Mauricio después de muchas victorias y abandonado de los suyos, buscó un refugio en el sagrado de una iglesia. Allí fué asesinado con sus cinco hijos por el infame Focas. La esposa arrancada también del seno de la Iglesia católica con otros tres hijos fué decapitada por tan asqueroso tirano; la proscripción, el asesinato y toda suerte de suplicios y atrocidades siguieron á tan sangrientas escenas.



El centurión usurpador, á quien la naturaleza negara la regularidad y armonía de las formas humanas, murió descuartizado, y sus restos entregados á las llamas.



Destrucción del ejército de Sennacherib.

Heracio se hallaba en África y no quiso secundar á Focas, negándole los tributos y la obediencia. Su hijo Heracio, llamado el Joven, se encargó de castigar al tirano.

Heracio el Joven, fué coronado por el voto general, y recibió la diadema de manos del patriarca Sergio. Heracio impulsado por su fe religiosa supo conseguir extraordinarias victorias sobre los persas, hizo frente á los azares de la guerra, restituyendo las trescientas banderas, todos los prisioneros, el Santo Madero de la Cruz del Salvador, las ciudades perdidas y cuanto habían conquistado los adoradores del sol. Cosroés el orgulloso murió en la cárcel entre atroces angustias asesinado por los suyos, (quizá por su hijo Siroés), ante el insulto, la infamia y la desesperación, temiendo que sufrir una agonía terrible al ver degollar á sus veinte y ocho hijos.

La Iglesia católica conmemora la restitución del Santo Madero por Heracio con la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

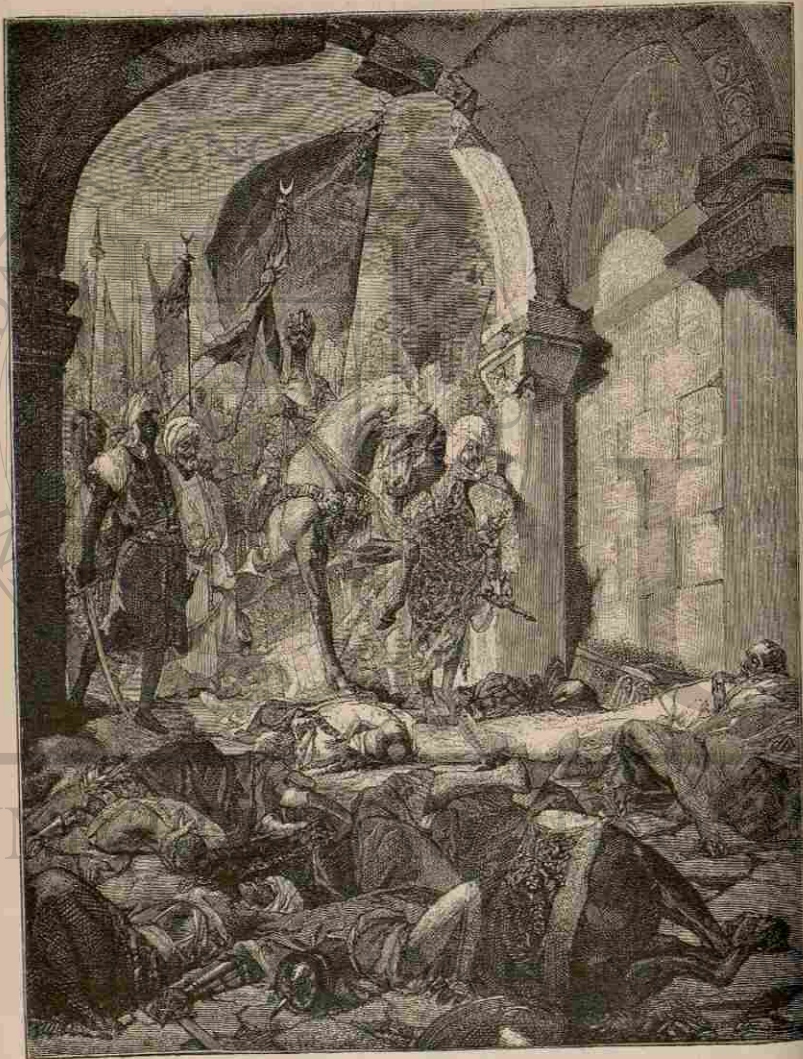
Nosotros nunca hemos creído que tantas victorias alcanzadas por el joven Heracio, que no contaba con recursos materiales para hacer frente á tan poderoso monarca, que tantas conquistas realizadas sobre aquél que en su soberbia, no quiso conceder la paz hasta que el emperador de Bizancio abjurara del Dios crucificado y adorase al sol, fuesen efecto de un milagro; y, sin embargo, el invencible persa, el que había quemado el sepulcro de Cristo, destruido las Iglesias y lanzado al viento las reliquias, se vió abatido, humillado y perseguido, lleno de baldón é infamia, y, por fin, asesinado con sus hijos por sus amigos y por los soldados que mandaba Siroés.

Y ahora diremos al señor Draper: no fué preciso que el sol retrocediera de su curso turbando la armonía de la naturaleza, ni que la tierra abriera sus abismos espantosos para tragarse al tirano. La espada del Omnipotente hacía sentir su poderosa y mortífera acción por la invencible mano del joven Heracio, que rescató aquellas santas reliquias, y al desgraciado Cosroés le alcanzó una suerte más triste é infortunada que á Sennacherib.

Nos parece conveniente dejar el imperio romano. Seguir paso á paso las principales vicisitudes del Bajo imperio en su larga agonía hasta la completa destrucción por los turcos, nos conduciría más allá de nuestro propósito. El último emperador que vió romper su corona para ser presa de los musulmanes fué Constantino XII. Este monarca protegido del emperador Juan, hizo poderosos esfuerzos para defender el trono, y murió entre las ruinas de la antigua Bizancio, la moderna Constantinopla que sufrió los rigores del asalto por las tropas que acandillaba Mahometo II (1453).

Las irrupciones germánicas con sus distintos nombres y sus constantes divisiones, cansadas ya de sangre y de pillaje, fatigadas de sus devastadoras correrías, buscaron estabilidad y fijeza, aceptando la forma monárquica para consolidar sus conquistas. La Europa se vió por de pronto bajo los cetros de





Entrada de Mahomet II en Constantinopla.

Teodosio y Clodoveo, y sus sucesores dieron origen á la mayor parte de las grandes nacionalidades modernas.

Todas las herejías basadas en interpretaciones gratuitas ó falsas, se combatían victoriosamente en los Concilios, hasta aclararlas y ponerlas fuera de toda duda y objeción; y aquella, al parecer, anarquía espiritual, volvió al seno de la Iglesia católica á casi todos sus hijos mal dirigidos ó extraviados.

Nestorio nombrado Patriarca de Constantinopla perseguía con extremado rigor á los arrianos, cuya doctrina no era nueva, y á cuantos profesaban alguna herejía. Aristotélico por educación, de carácter duro y falto de caridad evangélica, cayó en un error grave, preguntando: si María debía llamarse *madre* de Dios, ó madre de un hombre. Distinción altamente peligrosa, porque niega la Divinidad de Jesucristo, y la consubstancialidad con el Padre, recordando aquellas herejías de Cerintho y Ebión, de los Carpocracianos, Berillos, Panlicianos y otros de los tres primeros siglos del Cristianismo. Esta herejía fué combatida de nuevo por Eusebio, por Cirilo obispo de Alejandria, y sobre todo por el tercer Concilio ecuménico de Éfeso, convocado expresamente por el emperador Teodosio.

Nestorio fué desobediente, y tuvo que condenársele sin oírle. Encerrado en su morada, despreciando ó oyendo con el mayor desdén los tres llamamientos que le hicieron para que se presentara en la Asamblea de Éfeso congregada de orden expresa del monarca y expusiera allí sus doctrinas, con toda libertad; nada contestó, desobedeciendo aquellas regias invitaciones, por cuya razón fué destituido de la Silla patriarcal. El ofendido Emperador, que hasta entonces había sido su mejor amigo y protector, se convirtió en enemigo, y por razón de Estado le desterró en un oasis de Egipto.

Allí adquirió muchos prosélitos, que tomaron el nombre de *Nestorianos*. Estos sectarios buscaron en los pueblos que baña el Eufrates, elementos bastantes para propagar sus creencias y doctrinas. El colegio de Edesa que daba á la Persia los sacerdotes se hizo nestoriano, y de este centro salieron la mayor parte de los adeptos que propagaron la secta por la Siria y la Arabia. Nestorio había bajado al sepulcro abandonado de sus amigos.

De la academia que Barsuma había fundado en Nisibe, marcharon muchos secuaces á la Tartaria y la China, y uno de ellos fué elevado á la Sede patriarcal de Selencia. Hoy permanecen todavía en Oriente, y conservan dos patriarcados; uno en Mesopotamia y otro en Persia.

La Confesión griega consta de cuatro comuniones principales; la Nestoriana ó Caldea, la Monofisita ó Eutiquiana, la Ortodoxa y la Maronita.

Entre las conquistas religiosas y morales que se atribuyen á los nestorianos, comenzó otra nueva secta que vino á aumentar sus prosélitos con la



fuerza del alfange y derramando á torrentes la sangre humana; y con una audacia y rigor inconcebibles y sin ejemplo, impuso una religión sensual, grosera y fatalista. Tales fueron las conquistas que pudieron realizar los árabes, quienes abrazaron con supersticioso fervor y fanatismo la doctrina de Mahoma, el cual había recibido de los nestorianos las primeras impresiones religiosas.

Los árabes, así llamados por la situación geográfica que ocupaban, entre la Persia, la Siria, el Egipto y la Etiopía, constituían cuatro razas de origen semítico, que se han distinguido con una terminología particular y especial por los autores musulmanes más eruditos.

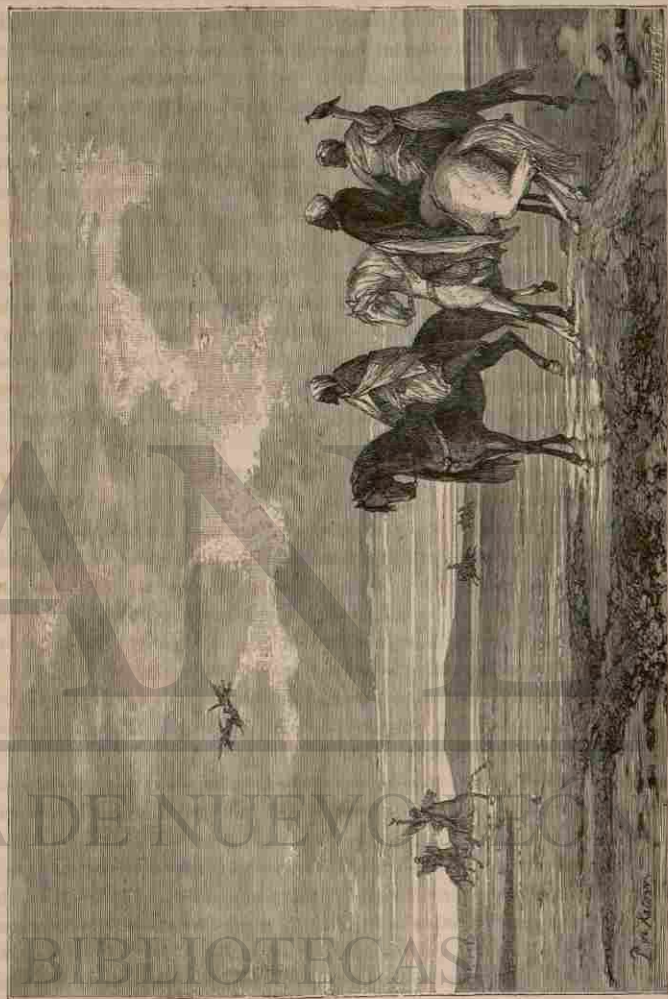
La primera de estas razas fue designada con el nombre de *Al-Arab-al-Arēba*, que quiere decir, *árabes arabizantes* ó árabes puros, que descendían de Aram y de sus hijos de Cham. Estaban constituidos por varias tribus, muchas de ellas ya extinguidas; mereciendo recordarse los Ameleciés, los Adies, los Tamudies, los Tasmies, los Djadies y otros de no menor importancia, cuya historia se halla velada con el misterio que generalmente cubre la infancia de los pueblos.

La segunda raza lleva el nombre de *Al-Arab-Al-Mostarēba*, ó *árabes arabizados*, descendientes de HAVVA hijo de Seba, los cuales fundaron una dinastía compuesta de *Tobbas* y de su posteridad. Fueron contemporáneos de los reyes sirios de Babel, de los de Djerameca, de los Samaritanos, del imperio fundado por Alejandro, y vivieron también bajo el poder de los Césares de Roma.

La raza tercera se distingue con la denominación de *Al-Arab-el-Tabēalil-Arab*, ó *árabes sucesores de los árabes*; quienes provienen de tres troncos, que son: CODÁ, nieto de *Himyer*; CAUTÁN, que es el Ietán de la Biblia; é ISMAEL, hijo de Abraham. De los dos primeros descienden las tribus Yemenies, siendo Ismael el ascendiente de Adnan.

La cuarta y última raza llamada *Al-Arab-al-Mostaljema*, ó *árabes barbarizantes*, son los descendientes de CODÁ, de CAUTÁN y de ADNAN, cuyos nietos *Hebū* y *Moder* fueron los fundadores de muchas tribus.

Quando las campañas de Ciro, de Alejandro y de los Romanos, se distinguieron con el nombre de *Escitas*, aquellos que pudieron salvarse de la espada de los conquistadores, y reunidos en tribus nómadas, se entregaban al cultivo de los campos del Yémen, á la custodia de los ganados y al robo. Los descendientes de Adnan dieron origen á la tribu de Coreich ó *Coraa*, los cuales fundaron el reino cuya capital era Medina. De esta tribu nació el Profeta, que supo reunir en un solo cuerpo político los elementos dispersos de aquellas razas.



Árabes en el desierto.



Antes del Islam eran los árabes ya célebres por su poderío y por sus atrevidas hazañas, viviendo bajo la presión de reyes, señores y tobbas ó sucesores. Sin embargo, los sirios habían comenzado su civilización edificando varias ciudades, donde algunos se dedicaron á diferentes ramos de industria y comercio. Otros continuaron aún en la vida nómada, recorriendo los campos y desiertos para apacentar los ganados en el extenso territorio que comprende las tres Arabias; la Feliz por su apacible clima y rica vejetación, y la Desierta donde se hallan los dilatados arenales que la hacen menos habitable. La Arabia Pétreá ó tercera era el país de los *nabatheos* y de las altas montañas.

Profesaban en aquella lejana época la religión del antiguo sabeismo ó adoración de los astros, creyendo que cada tribu tenía en el cielo un protector especial; esto, en verdad, daba nacimiento á otras tantas sectas, hasta que Mahoma las reunió bajo un solo Dios y un solo Jefe.

Nació *Mahoma* (Mohammed ben Abd-Allah Al-Qorayschy), en la Meca por los años 569 de Jesucristo. Hombre de genio superior destruyó antiguas supersticiones, y creó una nacionalidad. Descendiente de la familia ilustre de la tribu Coraixie, su abuelo había rechazado á los reyes Etiopes, de cuya hazaña tomó origen la era llamada del *Elefante*.

Mahoma se instruyó en la doctrina de los nestorianos y en la filosofía que le sirve de guía basada en los principios proclamados por Aristóteles y su escuela. Atraído por los encantos de una viuda de la Mecca llamada Khadidjah, de la cual cuidaba los negocios, y ésta mirando con respetuoso entusiasmo su probidad, ilustración y hasta su gallarda persona, se casó con él, viviendo en matrimonio veinte y cuatro años. Esta nueva posición más holgada, la influencia que dan las riquezas y sus conocimientos generales, entregado á la meditación religiosa y con un continente grave al par que imponente, le dió en el país gran prestigio é influencia; y este prestigio y esta influencia se desarrollaron con toda intensidad cuando retirado á la gruta de Hírar se consagró por completo al rezo y á la contemplación. Desde entonces declaró que iba á sacrificar toda su vida á la predicación de la verdad, que estaba condensada en un solo principio; en el principio de la unidad de Dios. Poco afortunado en aquellas primeras predicaciones acudió á la espada, destruyendo con su valor la idolatría y sosteniendo aquel principio de la unidad, que fué siempre el fundamento de su secta. Muerta Khadidjah volvió á casarse con la hermosa Ayesha, joven que apenas contaba nueve años, y á pesar de su juventud y belleza la vida de Mahoma fué hasta su muerte bastante desarreglada.

Contaba ya cuarenta años de edad, cuando principió á declararse contra los ídolos. Con una audacia sin ejemplo y una perseverancia extraordinaria,

llevó á cabo sus atrevidos proyectos, y sus repetidos triunfos y austera severidad lo elevaron á la alta dignidad de rey, legislador y profeta.

A su muerte le sustituyó Abdel-Capa, que ejercía en la Meca la magistratura criminal; pero habiéndose casado su hija Ayesha con Mahoma, tomó el nombre de Abu-Bekr, que quiere decir *Padre de la virgen*.



Mahoma.

El nuevo Califa nombrado por los seis electores, colocó al frente del ejército al valiente Yecyd, á quien dió saludables consejos de moderación y prudencia. Supo reprimir las primeras sublevaciones, dejando á su muerte por sucesor á Omar, que vió frustradas sus esperanzas por las continuas revueltas; y últimamente la necesidad le hizo luchar con el representante de la familia Omeyya, que alcanzó el califato por medio de la intriga y de las armas. Entonces tomaron origen aquellos puritanos del islamismo, que defendían la libre elección del Jefe del Estado, que á la vez lo era también de la Religión.

Estos partidarios del sufragio se apellidaron *Kharedjies* ó disidentes, los cuales hicieron muchas víctimas y redujeron á vergonzosa esclavitud las mujeres y los hijos de sus adversarios. Vencidos en Siria, en Arabia y en Caldea, los restos se diseminaron por varios países y muchos pasaron á Africa, donde fueron bien recibidos de los Bereberes.

Los soldados del Islam extendieron sus conquistas por la Persia y la Siria, penetraron en las Indias y en la Tartaria, recorrieron el Egipto y se hicieron dueños de Ifrikiya (Africa), cuyos extensos territorios yacian bajo el yugo bizantino. Empero la autoridad de los Césares se había debilitado por el cisma de los Donatistas, por las frecuentes sublevaciones de los indígenas y por las excursiones de los vándalos; hasta el punto, que la raza latina acosada por todas partes, tuvo que encerrarse en las grandes poblaciones para ponerse al abrigo de sus murallas, á pesar del valor y habilidad de Belisario y de los ejércitos capitaneados por Salomón y Juan Troglita.

La Tingitania había caído en poder de los godos ya españoles, donde su autoridad se ejercía por las órdenes é instrucciones de la corte de Toledo. La Cirenaica y Trípoli fueron subyugadas por Gregorio que murió muy pronto á manos de los árabes, quienes se hicieron dueños de Sufetula; pero considerando que carecían de fuerzas para sostener sus conquistas ni mucho menos para apoderarse del resto del país, evacuaron la provincia, haciendo pagar á los naturales una contribución exorbitante.

Veinte años habían ya trascurrido cuando se presentaron de nuevo capitaneados por Moavia-Ibn-Hodeidj, que se apoderó de Usilitanum (Djebila); y Oeba su sucesor fundó la importante ciudad de Kairowán, que más tarde debía ser la capital del África musulmana. Llevó sus conquistas hasta el Atlas acompañado en todas estas expediciones de Koeila, á quien trató con la mayor crueldad; empero este caudillo seguía secreta correspondencia con su tribu. Oeba confió demasiado en su poder, y murió asesinado al poco tiempo. Los estandartes del Califa de Damasco ondeaban victoriosos más allá de Jezzán y del Océano Atlántico.

En verdad que durante mucho tiempo los árabes conquistadores libertaron á los bereberes del yugo afrentoso de la esclavitud. Obligados á cultivar los feraces terrenos de la Ifrikiya por cuenta de poderosas familias romanas, cargados de tributos y sin representación civil ni propiedad, arrastraban una vida pobre y desgraciada, llena de penalidades y siempre sujetos á la dominación de los señores de la soberbia metrópoli.

El nombre de Ifrikiya provenía del príncipe conquistador Ifricos-Ibn-Saifi, de la dinastía de los Tobbas reyes del Yémen.

Las tribus himyerías de Ketama y Sanhaga, se convirtieron paulatina-

mente en bereberes; de suerte, que la autoridad de los árabes desapareció por completo.

Y si bien los nuevos conquistadores les arrancaron las cadenas de su ignominia y de su envilecimiento, no fueron, por cierto, más benévolo que aquellos patricios, abusando del derecho de conquista, y sin tener un plan preconcebido les imponían irritantes servicios, les cargaban con fuertes exacciones y les obligaban á ocupar una gran parte del tiempo en plegarias y oraciones y en continuadas ceremonias, todo lo cual les forzó á ampararse de nuevo de sus antiguos señores.

Reunidos y haciendo un esfuerzo supremo, pudieron lanzar á sus enemigos del territorio, y fundaron en Kairowán el primer imperio berebere. Su jefe Koeila, que había sufrido toda suerte de persecuciones y castigos, ejerció el mando solos cinco años, y hasta los mismos árabes que residían en el país elogiaban el celo, la templanza y la justicia del emir.

El Califa de Damasco encargó á Zoheir-Ibn-Caís vengar la muerte de Oeba, y con poderoso ejército derribó el trono de Koeila. El sucesor de Zoheir, llamado Hassán-Ibn-en-Nomán se apoderó de la ciudad de Cartago, no sin que sufriera un descalabro de parte de la Kahena, reina aguerrida y valiente que gobernaba la poderosa tribu de Djerana.

Hassán buscó al fin un refugio seguro en la provincia de Trípoli, y se hizo fuerte mandando construir varios castillos, que aún conservan el nombre de *Castillos de Hassán*. La Kahena protegida, como cuenta la historia de los bereberes, por los espíritus infernales, tenía dos hijos, que por su consejo entraron al servicio de los árabes, y después de haber fallecido la reina estipularon la paz, con la condición de suministrar un contingente de tropas, que formaba un cuerpo auxiliar de doce mil hombres.

Hassán organizó el país, la administración y la paz entre los bereberes, que muchos profesaban el Cristianismo ó el judaísmo.

Las guerras intestinas habían ahuyentado á los moradores tanto de la Ifrikiya como del Maghreb, hasta el punto que Hassán tuviera que repoblarlas con extranjeros venidos de lejanas tierras.

Muca-ben-Noceir sujetó á los bereberes del Auras, conquistó la mayor parte de la Tingitania y se hizo dueño de toda el África, imponiendo por la fuerza usos, costumbres, leyes y religión. Tárik su segundo, estableció en Tánger, donde se instalaron doce mil bereberes y veinte y siete mil árabes encargados de enseñar el Korán. Hubo frecuentes apostasias, repetidos disgustos y defecciones, y bien puede asegurarse que hasta la conquista de España no abrazaron los bereberes con fervor el Islamismo.

El Islamismo, pues, imperaba en África, mientras que en España andaban



desencadenados todos los elementos de corrupción, desenfreno é inmoralidad. El caudillo árabe impulsado por el conde Don Julián no titubeó en realizar el atrevido pensamiento, que tiempo hacía acariciaba su fantasía. Experimentado guerrero y prudente capitán quiso antes, siguiendo las instrucciones del Califá, hacer una pequeña excursión, encargando la conquista de España al bélico Tárik, jefe de la vanguardia del ejército islamita.

La casa de los Baltas era de origen visigodo, y una vez establecida en España abrazó con fervor la herejía arriana. De aquí resultaron luchas sangrientas entre los españoles, que desgraciadamente se prolongaron algunos siglos. Las leyes que se promulgaban tendían á ahogar la civilización, y las nuevas conquistas debilitaron el poder real. La estirpe reinante quedó extinguida, el derecho hereditario perdido y la aristocracia reunida en asamblea se abrogó la facultad de nombrar los monarcas. El clero influyó poderosamente en este nuevo orden de cosas. Discordias civiles y religiosas que causaron graves trastornos al país se dejaron sentir, hasta la elevación de Recaredo al trono de Leovigildo. Transformación debida á los sabios consejos de San Leandro y San Isidoro.

Su hijo Liuva II murió asesinado por Witerico, y éste á su vez, sucumbió en un banquete al puñal de sus mismos amigos y secuaces. Sisebuto ocupó el trono, y consiguie algunas ventajas sobre los imperiales, y Heraclio concedió la paz con la precisa condición de expulsar á los judíos. Muerto el monarca ciñó la corona durante tres meses su hijo Recaredo II.

Suintila elevado al trono, asoció á la gobernación del reino á su hijo Ricimero. Este monarca desalojó á los imperiales, y tuvo que fugarse, perdiendo la vida en la emigración. Entonces proclamaron á Sisenando, que bajó al sepulcro á los cinco años de reinado. Los obispos y la nobleza eligieron á Chindifila, que pensó asegurarse poniendo á sus dos hijos bajo el amparo de la Iglesia.

Tulga fué depuesto por el pueblo. Chindasvinto lleno de energía reprimió al clero y á los magnates; asoció á su hijo Recesvinto, el cual ciñó la diadema después de su muerte. Este monarca bajó al sepulcro hallándose en la aldea de Gérticos. Wamba se ve obligado á dejar la esteva para empuñar el cetro, y consigue señaladas victorias, empero un brevaje le quita el conocimiento y le visten con el hábito de la penitencia. Wamba murió á los siete años de este infame acontecimiento, en el monasterio de Pampliega.

Ervigio autor de tan repugnante atentado, fué ungido con el óleo santo, y dejó la corona á su yerno Egica, que después de haber repudiado á su esposa, asoció al gobierno á su hijo Witiza. Elevado éste al solio de Recaredo cometió grandes desaciertos y crueldades, permitiendo el matrimonio á los clérigos, y

dando órdenes para que los judíos volviesen á España. A su muerte tenía tres hijos, llamados Olmundo, Artabas y Rómulo (1).

Don Rodrigo ayudado de sus amigos y parciales elevóse al trono. Celebró con la orgía el triunfo de sus victoriosas intrigas, y siguió una vida desarreglada entre placeres y festines. En medio de tamaños desórdenes se impresionó de la bella Florinda, dama de la reina Egilona é hija del conde Don Julián, gobernador de Ceuta y partidario de Witiza.

Toledo era la fortaleza y capital de la España goda. Los hijos de los nobles servían á los monarcas, que cuidaban de sus fortunas y porvenir. La ofendida Florinda escribió á su padre la deshonra que la agobiaba, y el Conde lleno de furor exclamó: «Por la Religión del Mesías, que he de trastornar su reino y he de abrir una fosa á sus piés.»

Este hecho ha sido negado por muchos escritores, entre ellos, el Señor Don Modesto de Lafuente en su erudita *Historia general de España*, diciendo «que ninguno de los escritores árabes dan á conocer semejante suceso.»

Nos parece que este señor está equivocado; porque lo hemos visto consignado en varios autores islamitas. Al-Makkari lo refiere dos veces, y en la crónica anónima del siglo XI *Ajbar Machmud*, también se relata con toda claridad, corroborando lo que dijo el monje de Silos.

La honda pena del Conde ultrajado, despertó la insaciable sed de venganza, y con el arzobispo Don Oppas y los hijos de Witiza, concertaron con los árabes la perdición de España.

El conde Don Julián atravesó el Estrecho y se presentó en Toledo con un pretexto para reclamar á su hija. El Rey dió su permiso, no sin que dejara de encargar á su amada el mayor secreto. Al despedirse el Conde le dijo Don Rodrigo: «Cuando vuelvas procura traerme algunos halcones de los que sueles regalarme, porque son las mejores aves de presa que tengo.» Á lo cual contestó Don Julián: «Por la fe del Mesías, oh Rey, que si vivo he de traerte unos halcones como jamás los hayas visto.»

El Conde pasó después á la residencia de Muza, donde celebró un pacto, estipulando ventajosas condiciones para sí y sus compañeros. Las plazas que tenía bajo su mando fueron entregadas á los infieles.

Los historiadores hablan de la casa de los cerrojos en Toledo, y de un lienzo groseramente pintado que encontró Don Rodrigo encerrado en un arcón. (2).

(1) La crónica árabe *Ajbar Machmud*, sólo designa dos hijos, Obba y Siseberto.

(2) Nos parece muy oportuno dar á conocer á nuestros lectores, lo más importante de nuestras Crónicas respecto la casa de los cerrojos de la ciudad de Toledo.

Cuenta la crónica, que en Toledo había una casa de tiempo antiguo cerrada con muchos cerrojos,



Durante el año de 697 á 698 de la Era cristiana, el califa de Damasco Al-Walid, nombró gobernador de la Ifrikiya á Muza-ben-Nosair, creyente de los Benú Omeyya, viniendo á ser esclavo de Abdo-l-Aziz ben-Meruán, hijo de Meruán I.

Muza atravesó la Siria y el Egipto, aumentando en estas correrías el reducido ejército que acandillaba, hasta llegar á Tánger que conquistó por

y que guardaban hombres de toda confianza para los godos, encargados de que no se abriese, pasando este encargo de unos á otros. Siempre que había nuevo rey, se le presentaban estos encargados y el rey les daba un nuevo cerrojo que colocaban en la puerta sin quitar el del antecesor. Cuando fué proclamado Don Rodrigo, que era hombre investigador, despierto é inteligente, se le presentaron los guardas para que les diese el cerrojo de costumbre, y él les dijo que no pensaba hacer tal cosa, sino ver lo que había dentro de la casa, estando firmemente resuelto á abrirla. Trataron de disuadirle, manifestándole que ninguno de los reyes anteriores se había atrevido á hacerlo; mas el monarca sin hacerles caso, se dirigió á la casa. Esto causó gran pesar al pueblo, y los magnates le suplicaron humildemente que desistiese; empero él, creyendo que iba á encontrar allí riquezas, no accedió á sus ruegos. Rompió los cerrojos, y encontró la casa vacía, sin más que una caja con un cerrojo que mandó abrir, creyendo que las preciosidades contenidas en ella habían de satisfacerle; pero la caja también estaba vacía, sin contener más que un rollo de pergamino, en que estaban pintados los árabes con sus turbantes en la cabeza, montados en sus caballos de pura raza árabe, armados de espadas y arcos, con sus banderas en las lanzas, en cuya parte superior había un letrero con caracteres cristianos, que fué leído y decía así: «Cuando los cerrojos de esta sean rotos, y se abra esta arca, y aparezcan las figuras que contiene, los que están pintados en este rollo entrarán en España; la conquistarán y reinarán en ella.» Entristeció esto á Rodrigo, que se arrepintió de lo hecho, siendo grande su pesar y el del pueblo por este suceso. Mandó que se volviesen á colocar los cerrojos, y que las guardias siguiesen como antes, aplicándose á la gobernación del Reino y olvidando aquel aviso. (Al-Makkari).

Rodrigo de Toledo acerca de este suceso, dice: «Erat autem tunc temporis Toleti palatium a multorum Regum temporibus semper clausum, et seris pluribus obseratum. Hoc fecit Rex Rodericus contra voluntatem omnium aperiri... sed quam aperuit praeter unam arcam repositam nihil invenit, qua aperta reperit quemdam pannum, in quo latinis litteris erat scriptum: Quod quum contingeret seras frangi; arcam et que palatium operiri, et videri quae inibi habebant, gentes ejus effigiei quae in eo panno erant depictae Hispaniam invaderent et suo dominio subjugarent... Erant autem in panno depictae facies, ut vultus, dispositio et habitus Arabum adhuc monstrat, qui sua capita tegunt vittis sedentes in equis habentes vestes diversis coloribus variegatas tenentes gladios et ballistas et vexilla.»

Y en la *Crónica general* se lee: «E torna agora aqui la hestoria a contar, e dize que en la cibdad de Toledo auie un palacio, que estava siempre cerrado tiempo auie ya de muchos reyes, e tenia muchas cerraduras. E el rey Rodrigo fizol abrir... e non fallaron en él ninguna cosa, sy non un arca otrosy cerrada, e el mandola aurir, e non fallaron en ella sinon un paño pintado que estauan en él escritas letras latinas, que dezien asy: — Quando abiertas estas cerraduras seran quebradas, e el palacio e el arca seran abiertos, e los que yacen lo fueren a ver, gentes de tal manera como en el paño están pintados entrarán en España, e la conquistarán; e serán ende señores. E el rey quando aquello vió pesole mucho... e en aquel paño estauan pintados omes de caras e de parescer, e de manera, e de manera, e de vestidos, asi como agora andan los Alaraues, e tenían las canezas cuiiertas con tocas, e estauan caualleros en sus canallos e los vestidos de muchos colores, e tenían en las manos espadas, e señas e los pendones alçados.» *De Rebus Hispaniis*. Cap. XVII.

fuerza de armas. Aquí estableció el centro de las operaciones militares que meditaba.

Autorizado por el Califa, después del convenio celebrado con el Conde de explorar el país, mandando á las costas occidentales de Andalucía una pequeña columna á los órdenes de Tárik su liberto, llamado entre ellos Abul-Zora. La columna expedicionaria constaba de cuatrocientos soldados, entre los que había cien jinetes: pasaron el Estrecho en cuatro barcas y desembarcaron en el *Ardalós* ó isla verde, que desde entonces tomó el nombre de Tarifa ó Djezira-Tarít. Tropas eran aquellas ligeras y aguerridas, que recorrieron sin encontrar obstáculo alguno las ricas comarcas occidentales de Andalucía, regresando á sus cuarteles sin haber experimentado la más insignificante pérdida, cargadas de ricos despojos y abundante botín.

El entusiasmo de los árabes y en particular el de los bereberes que habían abrazado el islamismo al ver regresar á sus compañeros fué indescriptible. Habían recorrido una comarca importante por su feracidad, por la bondad del clima y por el dulce y apacible trato de los moradores. Por todas partes brotaban los elementos de riqueza y bienestar, corroborando de este modo cuanto había dicho el fementido conde en su entrevista con el caudillo musulmán. Desde luego se creyó que la conquista de España sería cosa fácil y segura, sin grandes sacrificios y de glorioso porvenir; tanto más cuanto que la traición de Don Julián había puesto en poder de la media luna importantes plazas fronterizas, castillos y muchos puntos estratégicos, que eran las puertas naturales por donde debían penetrar los enemigos.

El éxito venturoso, pues, de la primera correría animó á Muza, y resolvió con la mayor premura mandar á Tárik al frente de siete mil musulimes, casi todos berberiscos y libertos, haciendo muchos viajes con las cuatro barcas, y reuniéndose al abrigo de un monte muy fuerte, que desde entonces tomó el nombre de Djebel-Tarec ó montaña de Tarec, hoy el Peñón de Gibraltar. Nombre que el al-mohade Abd-el-Mumén cambió por el de Djebel-el-Feth ó *Monte Victoria*, y también *Montaña de la entrada*; junto á la cual mandó edificar una ciudad, Gibraltar. Aquellas nuevas denominaciones pronto se olvidaron para adquirir la primitiva.

Llamado Don Rodrigo precipitadamente dejó el sitio de Pamplona, reuniendo todas sus fuerzas para marchar sobre el enemigo. Tárik pidió con urgencia refuerzos y participó á la vez la toma de Algeciras y del lago de Janda. Muza envióle cinco mil hombres, de suerte, que el ejército de Tárik constaba de doce mil musulmanes, y además la gente del país que acandillaba el conde Don Julián.

Los dos ejércitos enemigos se encontraron á orillas del Guadi-Becca, cerca



del lago de Janda en la cora de Sidonia. Varios días pasan en pequeñas escaramuzas, hasta que la batalla se hace general. El choque es terrible y horroroso, todos pelean con furor y entusiasmo, la tierra tiembla á los golpes de los guerreros y el aire resuena con el ruido de los atambores y añafles y con los estrepitosos gritos de los combatientes. Cien mil soldados capitaneados por Don Rodrigo, á cuyo frente milita la flor de la nobleza goda, defienden la integridad de la patria, la nacionalidad, la religión, las costumbres, las familias y la hacienda, amenazado por doce mil musulmes y seis mil españoles, bajo las órdenes del conde traidor. Tres días de sangrienta lucha y horrible matanza, no fueron bastantes para terminar aquella atroz carnicería.

Giberto hijo de Witiza mandaba el ala derecha, y Obba su hermano la izquierda; el centro estaba á las órdenes del monarca. Los príncipes desleales con su tío el arzobispo Don Oppas tuvieron una conferencia previa y dijeron: «Este hijo de la mala mujer, se ha hecho dueño de nuestro reino sin ser de estirpe real, antes bien uno de nuestros inferiores: aquella gente no pretende establecerse en nuestro país; lo único que desea es ganar botín: conseguido esto, se marcharán y nos dejarán. Emprendamos la fuga en el momento de la pelea, y el hijo de la mala mujer será derrotado. En esto quedaron convenidos.» Después pasaron al campo enemigo para conferenciar con el caudillo.

La pelea arreciaba en los últimos días; los árabes comenzaron á perder su brío y empuje y Tárik recorría las filas, y lleno de bélico entusiasmo y ciego de furor se lanzaba en lo más comprometido de la pelea. Allí hirió á Don Rodrigo, que montado en su caballo de batalla hacía esfuerzos sobrehumanos para sostener el valor de los godos. Los hijos de Witiza y su tío, abandonaron traidoramente las banderas y se pasaron al campo enemigo. La mortandad fué inmensa, el campo se vió cubierto de cadáveres y moribundos, y la victoria se decidió por los enemigos de la cristiandad. La categoría de los godos se distinguió por las sortijas que llevaban.

Nunca hemos admitido que Don Rodrigo, monarca godo, hubiese peleado, como dicen ciertos autores, montado en el regio carro incrustado de marfil y oro y llevando la corona y manto de púrpura, según una estampa que poseemos. Así como somos de opinión, que anduvo imprudente al confiar las dos alas del ejército á sus más encarnizados enemigos.

El viernes veinte y seis de julio de 711, acabó la monarquía goda en los campos que riega el Barbate. Aquel trono que radiante y esplendoroso había extendido el vuelo bajo las diademas de Ataulfo, Recaredo y Wamba, sucumbe al soplo del furioso huracán venido de los desiertos de la Arabia... Es que la inmoralidad de los príncipes mina los tronos, la anarquía de los pueblos los debilita y la traición de los magnates los derriba.

Se ha dicho también que Don Rodrigo después de la derrota se apartó del mundo, muriendo en un sitio agreste cerca de Viseo en Portugal. En las crónicas árabes se asegura, que los musulmes hallaron el caballo tordo que montaba, atascado en un barrizal, con la silla cubierta de brocado de oro, guarnecida de rubies y esmeraldas, y el manto tejido con oro y bordado de perlas y rubies. El cristiano que montaba este caballo, añaden, había caído con él, y al sacar el pié quedóse en el fango un botín de extraordinaria riqueza.

Sentiríamos, en verdad, que se nos tachara de minuciosos, nunca de inoportunos, si damos á estos apuntes de la historia patria, demasiada extensión.



Batalla de Guadi-Becca (llamada de Guadalete).

Rogamos á nuestros lectores su benevolencia, si acaso consideran que nos hemos extralimitado. Hemos querido explicar, si bien muy á la ligera, un punto importante de nuestra historia, algo confuso y algunas veces en abierta contradicción en los autores clásicos.

El vencedor de Don Rodrigo premió á sus soldados, y sin perder tiempo dirigióse sobre Ecija, donde dió una segunda batalla.

Los árabes vencedores se detuvieron en un abundante manantial, que tomó el nombre de *Fuente de Tárik*. En Algeciras una anciana prisionera predijo al guerrero su gloria y su fortuna, y al dormirse vió al Profeta acompañado de los cuatro primeros califas.



Tárik se dirigió por Sevilla á Toledo, pasando por Jaén y siguiendo hasta Guadalajara; dobló el desfiladero del Guadarrama y llegó á Almeida. Allí se dice que encontró la célebre mesa de Salomón con trescientos sesenta y cinco piés, y cuajada de piedras preciosas.

Ebn Hayyán asegura, que esta joya servía de atril en la Iglesia mayor de Toledo en las grandes solemnidades. Era la mesa, de oro macizo, incrustada de perlas, rubies y esmeraldas, producto de donaciones de los ricos y opulentos magnates. Ibn-Abd-el-Hakén quiere, que se encontrara en Narbona. Tárik retrocedió y vino á situarse en Toledo, no sin que antes hubiese conservado cuidadosamente un pié de la histórica mesa; había llegado en su excursión hasta la región que baña el Ebro.

Moquits (Mugueyts) con otra columna se dirigió á Córdoba (Córdoba), donde degolló á los cristianos refugiados en la Iglesia de San Acisclo. La Kora de Rayya y la de Al-Bira se entregaron, y al posesionarse de Granada obligaron á los judíos á establecerse en un barrio aparte. Los movimientos del ejército de Tárik fueron aconsejados por el conde Don Julián.

Los hijos de Witiza recibieron del Califa de Damasco las recompensas estipuladas. Los descendientes del Conde fueron también distinguidos de los musulmanes durante dos siglos, y el último llamado Abul Seleimán Ayub, cultivó la ciencia de las tradiciones, muriendo en el año 937 de la Era cristiana.

Muza, envidioso de las glorias de Tárik, pasó á España al frente de diez y ocho mil soldados. Y variando de dirección tomó el Condado de Niebla, Medina Sidonia, Carmona y Sevilla. Rindióse Mérida creyendo que era el Profeta, y marchó enseguida hacia Toledo. Sátele Tárik á recibirle, y sufre de su jefe un latigazo en la cabeza. Desde entonces comienza el encono entre los musulmanes; unos conservan el nombre de árabes, y otros se llaman africanos. Esta división fué fatal para su porvenir; Tárik, aun que de origen persa, era africano.

Muza pidió el botín y reclamó la célebre mesa, que Tárik presentó faltándole un pié y asegurando que de aquella manera la había encontrado. El Wacir hizo que se construyera otro de oro macizo.

Desde la división de los dos caudillos, reinaba entre los musulmanes una enemistad sorda y concentrada; porque los africanos animados por un espíritu de independencia creyéronse lastimados y humillados en la persona de Tárik, que había nacido entre los Zenetes del Maghréb. Los árabes engreídos con su autoridad, impulsados por las pasiones y ejerciendo siempre una presión inconveniente contra sus compañeros, les hacían sufrir un yugo insostenible y hasta deshonoroso.

El intrépido y denodado Teodomiro con un puñado de valientes, quiso oponerse á la marcha triunfante del ejército que capitaneaba Tárik, y en los campos de Úbeda hizo prodigios de valor, procurando fatigar á los árabes con escaramuzas continuadas, levantando el espíritu abatido del país y sosteniendo la lucha, siquiera fué para conservar algún resto de la honra mancillada. La Sierra Segura era para el caudillo español un refugio seguro é inexpugnable, y allí aislado, sin socorro alguno y no contando con otros auxilios que su actividad, su genio y sus mermadas fuerzas, sostenía con fe inquebrantable la independencia de la patria contra el furioso vendabal venido de los arenales de la Arabia.

Teodomiro á pesar de sus repetidos contratiempos sostuvo lleno de santo entusiasmo el levantamiento de los cristianos en toda aquella comarca y en tierras de Baza, Guadix y Almería. Perseguido por los musulmanes sin descanso, acosado por todas partes por fuerzas considerables capitaneadas por el hábil y político Abdalaziz (Abdo-I-Aziz ben Muza) hijo de Muza se vió obligado á encerrarse en Orihuela, no sin que antes perdiera la batalla de Lorca. Allí por medio de un ardid guerrero supo intimidar á los vencedores y celebró un ventajoso tratado, que se llama tratado de Orihuela (1).

Abdalaziz había venido á España con tropas de refresco. Joven, valiente y de gran capacidad, venció á Sevilla, donde asesinaron á muchos cristianos, derrotó á Teodomiro, considerándole no obstante como un hábil y astuto guerrero. El árabe continuó después pacificando las comarcas de Segura y Guadix, pasó por Granada, Antequera y Málaga, y por todas partes estableció la paz, no sin que pactase con el caudillo cristiano.

Tárik había recuperado el mando de orden del Califa, y reconciliado en apariencia con Muza, marcharon las dos huestes reunidas y rindieron á Zaragoza.

(1) El tratado de Orihuela, documento bastante raro que nos dió á conocer el señor Casiri, sacado de la crónica de *Dhobb*, dice así:

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso: rescripto de Abdalaziz, hijo de Muza, á Teodomiro hijo de los Godos: séale otorgada la paz, y sea su Profeta, á saber: que no se le hará guerra á los suyos: que no se les desposeerá ni alejará de su reino; que los fieles no matarán, ni cautivarán, ni separarán de los cristianos sus hijos ni sus mujeres, ni les harán violencia en lo que toca á su religión; que no se les incendiarán sus iglesias, sin más obligaciones por su parte que las aquí pactadas. Queda convenido que Teodomiro ejercerá pacíficamente su poder en las siete ciudades siguientes: Orihuela, Valencia, Alicante, Mula, Biscarot, Aspís y Lorca; que él no tomará las nuestras ni socorrerá, ni dará asilo á nuestros enemigos, ni nos ocultará sus proyectos; que él y los suyos pagarán por cabeza cada año un dinero de oro, cuatro medidas de trigo, cuatro de cebada, cuatro de vino, cuatro de vinagre, cuatro de miel y cuatro de aceite: los esclavos y campesinos pagarán la mitad. Fecha el 4 de reidjeb del año 94 de la hejrida (5 de abril de 713). Firman el rescripto presente, Otmán ben Abi-Abdal, Habi ben Obuda, Edrisben Maicera y Abul Casin-el Mozell.



Empero separados de nuevo, Muza adelantó hacia el país de los Francos, aniquilando á los pueblos y haciéndoles experimentar toda suerte de vejaciones. Mientras tanto Târik marchaba hacia Valencia, siendo más político y humano, y se detuvo en Denia. Sin embargo, llamados con reiterada insistencia por el Califa, emprendieron su largo y penoso viaje, llevando muchos tesoros y treinta mil prisioneros.

Las glorias de Muza y Târik como conquistadores de España son incontestables. En menos de dos años se hicieron dueños de un país, que los romanos necesitaron repetidos siglos; en verdad que las circunstancias no eran las mismas.

Abdalaziz fué nombrado wali y estableció el Diván en Sevilla. Arrastrado por los encantos de Egilona ó Umm-Asim, reina viuda de Don Rodrigo, la hizo su esposa.

El califa Suleimán castigó á Muza, y mandó asesinar á sus hijos. Mas el infortunado candillo al presentarle las cabezas las reconoció todas, y lleno de indignación invocó al cielo contra los infames asesinos de sus valientes hijos. Pobre y agobiado por las ingratitudes, murió en Wadil-Cora su patria. ¡Qué así suelen recompensar los reyes los grandes servicios de sus caudillos!

Después de estos acontecimientos la España musulmana se vió sujeta á la ambición de sus walis, á sus constantes rivalidades y frecuentes intrigas, llegando hasta el número de veintinueve desde Ayub-ben-Habib el Gami hasta Yocuf ben Abderrahmán el Jehri, cuyas tendencias fueron declararse independiente. Empero la presencia de Abderrahmán ben Moáwiya (Abdó-r-Rahmân ben Moáwiya ben Hixem), que la Providencia había reservado para sus altos fines, vino á trastornar por completo los ambiciosos proyectos de Yocuf.

Ahora sé nos permitirá preguntar: ¿Quién fué Mahoma? ¿Cuáles eran los fundamentos de su secta? ¿Qué ilustración tenían sus sectarios en la ferviente época de las mayores conquistas? ¿Qué conflictos hubo durante la preponderancia del islamismo entre la ciencia y la religión católica?

Si oímos al señor Draper y todos los que han levantado su bandera contra el Catolicismo, Mahoma fué un dechado de virtudes, un modelo perfecto de caridad y filantropía.

Educado, dicen, en el convento de Bosrah, donde se profesaba la secta nestoriana por el monje Bahirad, cuando apenas contaba doce años, era el niño converso un prodigio de inteligencia, y tenía ardientes deseos de instruirse, sobre todo, en materias religiosas. Allí, parece, que concibió un odio inextinguible á las prácticas idolátricas de Oriente, y habló de Jesús, no como hijo de

Dios, sino como Hijo de María; doctrina que defendían los nestorianos. Allí también adquirió las nociones científicas de la escuela aristotélica, que era la de sus maestros; quienes tenían á gloria ser los representantes de la ciencia de Aristóteles.

Había alcanzado ya la edad de la independencia, como asegura el señor Draper siguiendo á otros historiadores, cuando hizo varias expediciones á Siria, y por su inteligencia y probidad mereció la confianza de una viuda rica de la Mecca llamada Khadidjah, la cual puso á su cuidado todos los negocios. Impresionada de su persona encargó á un esclavo le manifestase los deseos de casarse con él. Veinticuatro años estuvo casado y fué un modelo de esposos; hasta el punto, dice Draper, que en un país donde la poligamia estaba permitida, jamás la afligió con otra rival. Su segunda mujer Ayesha, una de las beldades más sobresalientes de la Arabia, le decía un día: «No era ella vieja? ¿Y Dios no os ha dado en mí otra esposa mejor en su lugar?—«Nó, en verdad,» exclamó Mahoma, y con una explosión de honrado reconocimiento, según Draper, uno de sus admiradores, añadió: «No hubo jamás otra mejor. Ha creído en mí cuando los hombres me despreciaban; ha venido á mí cuando yo era pobre y estaba perseguido por la gente...» ¡Mahoma era pobre y Khadidjah rica! Es posible que temiese disgustarla para no volver á su primer estado de pobreza.

Se ha dicho que Mahoma, siguiendo el ejemplo de los anacoretas cristianos, se retiró á la gruta del monte Hirah para entregarse á la meditación y al rezo. Allí examinó con toda su inteligencia los dogmas de la cristiandad asiática, y vió si dentro de su conciencia podía aceptarlos no incurriendo en blasfemia.

En aquellas reflexiones solitarias en el fondo de la gruta, llegó á deducir, según cuentan sus biógrafos, que sólo resaltaba á su vista con toda pureza el principio de la unidad de Dios.

Tuvo alucinaciones, éxtasis, ensueños y fué trasportado, como dicen sus admiradores, por Gabriel á las regiones empíreas de los cielos, atravesando seis de los siete de que consta, y todo su ser se estremeció cuando las manos del Señor le tocaron el pecho y el hombro. Esto provenía del hecho conocido ya de los médicos, recuerda Draper, sobre el ayuno: esto es, que si el ayuno se prolonga y se une á la excitación cerebral, hay alucinaciones, etc. Opinión del profesor de Nueva-York respecto á Mahoma, que venimos extractando de su *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia*.

Mahoma fué arrojado de la Mecca y se refugió en Medina. Pasados seis años de predicación había reunido unas mil quinientas personas; pero en las batallas ó escaramuzas de Bedr, Ohod y de las Naciones, descubrió y dió á conocer



el humanitario principio de *que el mejor de todos los argumentos y el que más convence es la espada*. Luego se asegura que decía con elocuencia oriental: *Se encontrará el Paraíso á la sombra de las espadas cruzadas*.

En una serie de operaciones militares bien dirigidas, (entiéndase que habla el señor Draper) venció á los adversarios; la idolatría de la Arabia quedó destruida, el dogma fundamental de la doctrina proclamado y el apostolado de Mahoma universalmente reconocido... Y después de algunos detalles acerca la muerte del Profeta, pregunta ó desea saber el señor Draper: «Hablabamos, pues, sin respeto de semejante hombre? Sus preceptos, dice, son hoy la guía religiosa de una tercera parte de la raza humana.» etc.

Esto ha escrito en el libro antes citado, el entusiasta defensor de los musulmanes, señor J. W. Draper.

Veamos ahora lo que otro historiador de gran crédito (el señor César Cantú) ha dicho respecto al fundador del islamismo.

Mahoma perdió á sus padres siendo aún muy niño, y al morir el abuelo Abdol Motaleb, á cuyo cargo estaba, quedó recomendado á su tío Abu Taleb, que se le consideraba como jefe de los Coreiscies (Coraix).

Dedicado al comercio hizo con Taleb varios viajes á Siria, y en uno de ellos conoció en el monasterio de Bosrah al monje nestoriano Bahira, que quedó prendado de los juicios y respuestas del joven adolescente. Entrado ya más en años peleó contra los Quenanes y los Avezenes, y tanto en las conversaciones con los principales, como en la manera de resolver cierta cuestión suscitada por las tribus sobre la colocación de la piedra negra en la nueva Kaaba de la Mecca, aumentó la consideración de los magnates hacia su persona.

Era por su figura simpático, de vasta memoria, recto juicio y hablaba el dialecto con pureza y propiedad.

Su educación, á pesar de estas dotes, había sido descuidada, porque no sabía leer ni escribir.

¡Cosa extraña, decimos nosotros, habiéndose educado en el colegio nestoriano de Bosrah!

A los 25 años casóse con la viuda Khadidjah que tenía 40. Desde entonces gozó de mayores comodidades, y de una posición aventajada por las riquezas que la vinda poseía.

Aficionado á cuestiones dogmáticas y preocupado con meditaciones religiosas, solía retirarse en los meses de Ramadán á la caverna de Hera para fortificar su espíritu en la soledad. Allí adquirió el antagonismo contra la idolatría, que fué la pesadilla de toda su vida; y probablemente bullió por su ardiente imaginación la idea de reducir las diferentes creencias á una sola. En este estado pasó quince años, y, tal vez, habiéndose arraigado en su conciencia la

presunción de que él sólo estaba destinado á reformar el mundo, y era un *profeta enviado al pueblo negro y al pueblo rojo para abolir por medio de su religión todas las religiones anteriores*, resolviese comenzar sus predicaciones.

Contaba ya 40 años cuando se le apareció, mientras oraba, el ángel Gabriel; refirió la visión á su esposa añadiendo, que le había designado como apóstol del Señor. Varca, sacerdote cristiano, declaró á Mahoma profeta de los árabes.

Sus primeros prosélitos fueron Alí su primo, Said su esclavo y Abu Bekr uno de los diez magistrados de la Mecca.

Cuando empezó sus predicaciones encontró fuerte resistencia en los Coreiscies; hasta el punto que Omar salió en su contra; pero en el camino cambió de creencias y se declaró uno de los más entusiastas musulmanes. En estas predicaciones daba á conocer algunos capítulos que Gabriel traía del cielo, y fueron después el fundamento del Korán.

Los habitantes de la Mecca le eran desafectos, y acompañado de sus creyentes, cuyo número era de 83 hombres y 18 mujeres con algunos niños, se fugaron á la Abisinia. Poco después murió Abu Taleb, y luego la esposa del Profeta.

El ángel Gabriel seguía hablando á Mahoma, que recibió á los doce enviados de Yatreb, ciudad rica donde encontraron buena acogida sus doctrinas; y después de haberles dado sus instrucciones, quedóse en la Mecca acompañado de Alí y Abu Bekr. Los Coreiscies resolvieron matarle, pero supo burlar sus planes y se ocultó en una de las cavernas de Tur. Pasado el peligro el Profeta con Abu Bekr marcharon á Yatreb, donde le recibieron con gran alborozo. Mahoma iba montado en una camella. En esta ciudad puso el centro de la nueva secta, y por ello se llamó *Ciudad del Profeta*. Este acontecimiento forma la primera *erá* de los musulmanes, y corresponde al 20 de julio de 622.

Desde este momento comienza el Profeta á imponer sus creencias por medio de la fuerza.

Alí casóse con su hija Fatima, y la hija de Abu Bekr, Ayesha, que sólo tenía *nueve* años, con Mahoma, que ya alcanzaba 54.

En esta época organizó el culto, ordenó el ayuno en el mes de Ramadán y señaló las oraciones.

Sus correrías comenzaron por la rapiña, que ejercía sobre las caravanas que se dirigían á la Siria; su frase favorita fué siempre: *La espada es la llave del paraíso*.

Derrotó á Abu Soflán su enemigo personal, que con los suyos protegía una rica caravana, y los catorce musulimes secuaces de Mahoma que perecieron, más que ladrones se les consideró los primeros mártires del islamismo. En



Ohod perdió la batalla; pero como Gabriel envió desde el cielo su palabra, pudo sujetar á los creyentes, que empezaban á dudar del apostolado.

Una vez subyugadas las tribus que confinaban con la Siria, sobre las que consiguió algunas victorias obedeciendo siempre los *mandatos de Gabriel*, se propuso exterminar á los judíos Koraidies, que fueron aniquilados y destruidos de su orden por Saad. Al repartir las esclavas se reservó para sí la más hermosa. Cuando dominó las tribus de la Arabia, la hija del jefe de los Mostalequies, llamada Djawira, vino á aumentar el número de las mujeres de Mahoma: esta guerra se llamó *de las naciones*.

Los Coreiscies lejos de sostenerse en la Mecca, oyeron el relato de uno de sus enviados y se pusieron de acuerdo con el Profeta. Sus partidarios que ansiaban el saqueo de la gran ciudad, viendo frustradas sus esperanzas comenzaron á murmurar, dando señales de descontento. Para tenerlos propicios dirigióles contra los judíos de Kaibar, donde saciaron la sed de sangre y botín. Muerto el caudillo en la refriega, Mahoma se casó con la viuda.

El estandarte del islamismo llegaba ondeante hasta el Yémen, y victorioso se extendía por aquellas dilatadas comarcas. Entonces el Profeta creyó llegada la hora de presentarse como jefe, y escribió á los príncipes; algunos le despreciaron, otros le mandaron presentes y los más abrazaron la nueva secta. La muerte violenta de uno de sus embajadores ocasionó á la Grecia una lucha de siglos, durante la cual en una sola batalla murieron cien mil rumanos ó rumanos.

Mahoma se consideraba en el apogeo del poder, y emprendió la peregrinación á la Mecca con todas las ceremonias de su culto. Excitado por las grandes riquezas que encerraba la populosa ciudad, atacó con los suyos la Kaaba para lanzar á los Coreiscies allí refugiados, derribar los 360 ídolos y recoger todos los tesoros. Y si bien uno de los preceptos de su ley, emanada, como decía, del cielo, prohíbe derramar sangre en lugar sagrado; dijo, que otra ley revelada también, levantaba aquella prohibición, y fueron inmoladas varias víctimas. En la colina Al-Safa recibió del pueblo el juramento de reconocerle como Señor temporal y espiritual, y terminadas las ceremonias exclamó: ¡Dios es grande!

Muchas tribus le mandaron embajadores, y resolvió hacer la guerra á una liga de árabes y griegos, para cuyo objeto reunió un ejército de diez mil jinetes y veinte mil infantes. Y para conservar el entusiasmo bélico entre los suyos, ordenó una peregrinación á la Mecca dirigida por Abu Bekr. Entonces recitó el capítulo de la Conversión, que según decía, le había sido revelado poco antes. Es un resumen de los hechos principales y del derecho público.

En febrero de 632 emprendió otra peregrinación dirigida por sí, en la que le acompañaron noventa mil creyentes, hizo los sacrificios, reformó el calen-

dario y de vuelta á Medina se vió acometido de una fiebre intensa que duró quince días, pasados los cuales murió con la mayor resignación en brazos de su esposa Ayesha. Tenía Mahoma 63 años, había profetizado durante 23 y dominado 10...

Ahora bien: hemos presentado á Mahoma tal cual lo retrata la historia, sin pasión ni tendencia alguna; y si examinamos las dos copias veremos que están sacadas del mismo original, aun cuando en el fondo presenten diferencias importantes. En la primera se pretende levantarlo, eualtecerlo, equipararlo al justo y buscar un tipo de virtud, que al santificar su falsa doctrina, deprima aquella que fué comunicada por el Dios-Hijo.

Mahoma debió, en verdad, poseer una capacidad intelectual superior, claridad de juicio y valor temerario. Sin embargo, sus alucinaciones eran demasiado frecuentes, y esto las coloca en la categoría de supercherias; y como en ellas suponía que le inspiraba Gabriel, de aquí el descrédito que después han tenido entre los hombres instruidos é imparciales. Se nota con frecuencia marcadas contradicciones, que en sentir del crítico le quitan una gran parte de su valor religioso.

Muchas veces daba á conocer estas fugidas revelaciones divinas para sancionar sus desórdenes y profanaciones. En todos los preceptos sagrados sólo admite *cuatro esposas*, y no obstante tuvo á la vez hasta *quince*. Esta profanación la autorizó fingiendo una revelación celeste, que permitía casarse con la mujer ajena. Además de las indicadas quince esposas, tenía Mahoma *once* concubinas. De estos desórdenes, de estas inmorales se han historiado escenas escandalosas, muy poco edificantes para aquel que pretende pasar á la posteridad por modelo perfecto de virtud y religiosidad. De aquí resultó, que el Korán se aumentara con un nuevo capítulo producto de otra revelación, en virtud de la cual se permite á los musulmanes faltar á sus juramentos.

Para cohonestar el repudio de Aísa, hija de Omar, á quien guardaba consideración y respeto, tuvo otra alucinación, en la que se presentó Gabriel y le dijo *que para recompensar los ayunos y la piedad de la esposa repudiada, podía admitirla en su lecho...* Seguir paso á paso la vida de Mahoma, estudiar sus pormenores, analizar los hechos para deducir consecuencias legítimas dentro de la verdad y del recto criterio, se resiste á la moral y la decencia. Sin esfuerzo alguno se puede considerar á Mahoma como un fanático visionario, audaz y atrevido en medio de pueblos incivilizados, capitaneando primero una cuadrilla de bandoteros y luego un ejército de fanáticos, atraídos con la esperanza del robo y el botín.

La presencia del islamismo entre aquel cúmulo de herejías y controversias suscitadas por los falsos cristianos, era natural y hasta legítima. De todos mo-



dos. Mahoma se ha considerado, en medio de sus desórdenes, como un hombre superior á su época que supo reunir aquellas razas dispersas para formar una nación guerrera y conquistadora.

Abu Bekr llevó sus predicaciones á la Arabia, reunió un poderoso ejército atraído por la esperanza del robo, á cuyo frente puso al valiente Yezid ben Abi Sofían, que extendió sus conquistas por Grecia y Persia. Las ciudades de Tadmor, Haurán, Bosrah, Emesa, Damasco y Balbic sufrieron el terrible azote de aquellos fanáticos.

Habiendo fallecido Abu Bekr eligieron á Omar ben Alchitab, que continuó la conquista por Siria y Egipto.

Á la muerte de este califa le sustituyó Otmán ben Afán, el cual mandó á los caudillos á la conquista de Africa: fué asesinado por unos conspiradores. Luego siguieron otros jefes con el nombre de Califas, que tuvieron distinta suerte, hasta la lucha sangrienta entre Omeyyas y Abbasyes. Los caudillos que guerrearon en Africa fueron diferentes, y entre ellos merece particular mención Muga ben Nosair, que conquistó á España.

Comparar ahora como el islamismo hizo sus prosélitos con las conquistas de la cristiandad, parece ridículo y hasta absurdo; pero para aquellos que no temen enaltecer al Profeta divinizando al Korán, á pesar de lo que enseña la historia, nos permitiremos algunas ligeras reflexiones.

Mahoma predicaba contra la idolatría, y nadie fué más idólatra que él y sus sectarios. La *Suana* nos dispensa entrar en detalles. Convenía á los pueblos y patentizaba la veracidad de sus predicaciones por medio de la conquista, que traía en pos de sí el robo, el estupro, el asesinato, el incendio y la esclavitud; es decir, todas las calamidades imaginables. El Cristianismo rechaza tamañas barbaridades, y sólo la persuasión, la caridad, el amor recíproco, la confraternidad fueron y son las armas que esgrime. Los ídolos cayeron por sí mismos sin que jamás fuese necesario para derribarlos la matanza ni la desolación. El mahometismo es carnal y asqueroso, el Omnipotente, para él, un Dios antropomorfo, y todas sus tendencias y aspiraciones durante su desenvolvimiento, la persecución y la muerte de los cristianos. Tantas conquistas, tantas batallas, tanta destrucción y muerte, encontraron un Carlos Martell y un Pelayo; así como al terminar el siglo xv se vieron completamente vencidos por los monarcas castellanos, que tremolaron el estandarte de la Cruz en las torres de la fantástica y voluptuosa Alhambra.

Si la secta de Mahoma se extendió con la destrucción, el robo y el asesinato hasta las orillas del Loire; si Gibbón con toda su ciencia, en abierta oposición con el Catolicismo, creía que los sarracenos con otra marcha de mil millas alcanzarían los confines de la Polonia y las montañas de Escocia; si Roma fué

también saqueada y los sepulcros de sus santos Mártires violados, y el altar de San Pedro emblema del *Cristianismo romano* enviado á Africa, como ha consignado el señor Draper; entiéndase que desde estos momentos cambia por completo la historia del mahometismo. Por lo que á nosotros corresponde podemos asegurar, que el califato de Occidente entre vaivenes y alternativas se desarrolló bajo la influencia de los Omeyyas, brilló algún tiempo; pero al fin marchó á su completa ruina entre lagos de sangre; se establecieron pequeñas monarquías, que unas tras otras sucumbieron al poder de los príncipes cristianos; se apagaron las luces de la civilización musulmica y avasallados un tiempo por el Korán, regresaron sus hijos llenos de baldón y oprobio á los candentes arenales africanos para volver á su primitivo embrutecimiento, dejando un triste y sangriento recuerdo de aquella terrible conquista, que después de ocho siglos próximamente vino á terminar con la sumisión de Boabdil. El pueblo islamita tuvo en España sus naturales evoluciones. Durante su prosperidad florecieron sabios en todos los ramos del saber humano, al principiarse su decadencia se vió abatido y la ciencia y la sabiduría se hundieron en el lodo de su primitiva superstición é ignorancia.

La ardiente fantasta del árabe despojada ya de su repugnante fatalismo, había levantado encantadores palacios de filigrana y encaje, y su congénita impetuosidad y arrojo los lanzó á temerarias conquistas y arriesgadas expediciones. Su carácter antes triste y melancólico en medio de arenales abrasadores, donde el simoún arrastra en espantosos remolinos cuanto encuentra á su paso, se modificó y cambió en nuestra España, para adquirir costumbres más suaves y dulces, y las rudas asperezas natales dejaron paso libre al sentimiento del amor, que enalteció aquellos corazones para que se desarrollasen con toda la pureza de la época, la hidalguía, la nobleza y la caballería. Los palacios de Córdoba, Zahara, Sevilla y Granada, y los de Toledo, Zaragoza y Valencia, oyeron los inspirados ecos de su poesía, las melodías apasionadas de sus trovadores y los cánticos guerreros de sus valientes capitanes. Los moros al abandonar los amenos campos de nuestra Andalucía, volvieron á sus insíntos salvajes y perdieron su peculiar ilustración.

Mahoma está fotografiado en el Korán que es su obra sublime, y á la vez el código civil y religioso de los musulmanes. Lejos de nosotros hacer el análisis de este libro, que para los sectarios del islamismo ha venido del cielo. En él se descubren pasajes oscuros y dudosos, que dieron lugar á relatos y apreciaciones, á juicios é interpretaciones de parte de los teólogos y comentadores musulmanes, notándose manifiestas contradicciones. Á pesar de todo, está escrito en estilo sencillo, elegante y correcto, si bien carece de método y conduce al fatalismo. Se ha dicho que tuvo varios colaboradores.



A primera vista parece, que un libro sagrado mirado por los mahometanos con tanto respeto y veneración, y sobre el cual se han hecho por sus adeptos tan exagerados elogios, no permitía comentarios ni interpretaciones; y no obstante, los doctores islamitas se han ocupado en profundizar é ilustrar ciertas cuestiones, constituyendo una teología ficticia sujeta á la discusión y á la controversia, de donde resultaron multitud de sectas, entre otras los Hanifaies ó secta de la razón, los Malecites que obedecen ciegamente la tradición, los Sa-feies, Anbalies, Motazalies, etc.

Los sectarios de Mahoma en sus rápidas conquistas, hallaron los pueblos en desorden, fatigados y extenuados unos, y otros en completo desconcierto los elementos de gobierno. Nada más fácil que imponer sus creencias bajo la influencia de la destructora cimitarra y del temible yutagán. En aquellas conquistas, que encontraron su término en los campos de Poitiers, los musulmanes lejos de propagar una civilización especial y nueva, apagaron los numerosos faros que había encendido la cristiandad, y puede asegurarse, que hasta que tuvieron un centro de gobierno con una forma determinada y estable en Bagdad, Alejandría y Córdoba, no se acordaron de fomentar y proteger las ciencias. Los adelantos de los persas de nada les sirvieron, ni modificaron siquiera sus costumbres. Se ha dicho que Omar había mandado destruir los restos de la grandiosa biblioteca alejandrina.

Aquellos restos de la ciencia antigua, que para alguno, como el obispo Paulo Osorio, *no eran más que pergaminos inútiles*, mientras que para Draper fueron el fundamento de la *ciencia moderna*, sirvieron para calentar los baños durante seis meses consecutivos.

¿Serían acaso los restos de la biblioteca del Serápeo, que según hemos indicado fué enriquecida con la de Eumenes rey de Pérgamo á petición de Cleopatra, los que sirvieron para calentar los baños?

«Si estos libros, dice el ignorante Califa, están de acuerdo con el Korán, son inútiles; y si no, son malos. Así, pues, que se destruyan.»

Este acontecimiento propalado y difundido por los historiadores de todos los países y creencias, ha sido negado por Ebers, como antes hemos designado.

Sin embargo, sea de ello lo que quiera, muy pronto olvidó Omar, que el Profeta había dicho: *Todos los males proceden de la ignorancia, y sin embargo, hay un mal peor, el de ignorar uno mismo su ignorancia.*

Al terminar este capítulo rogamos otra vez á nuestros lectores nos dispensen su benevolencia, si nos ocupamos con demasiada extensión de la historia de los musulmanes de España.



## CAPÍTULO VII

### LOS MUSULMANES EN ESPAÑA Y LA RECONQUISTA

POR LOS CRISTIANOS HASTA SU COMPLETA EXPULSIÓN

Los estudios árabes.—La civilización de los árabes en España suele exagerarse.—Los Omeyyas y los Abasies.—Sus odios y destrucción de los Omeyyas.—Abd-er-Rahmán ben Moháya funda el califato de Occidente.—Nace el príncipe Hixem.—Abderrahmán I sofoca varias rebeliones y muere; mandó construir la mezquita mayor.—Hixem I.—Al-Hakem I.—Abderrahmán II.—Mohammad I.—Al-Mondhir.—Abdallah.—Abderrahmán III.—Pone el busto en la moneda.—Al-Hakem II.—Hixem II: su memoria.—La sultana Sobeha.—Al-Manzor (el victorioso).—Los negocios de Africa.—Los ziries.—Muerte de Al-Manzor.—Sus dos hijos Al-Mohaffer y Abderrahmán.—Muere la sultana Sobeha.—Muere Al-Mohaffer.—Abderrahmán pretende suceder al joven amir.—Guerra civil.—Muere Abderrahmán.—Mohammad el Meruan y Suteimán.—Hixem II muere para el pueblo.—Al-Wadhíh.—Hixem II sale del escondite y recobra su dignidad.—Manda matar el Meruan y luego Al-Wadhíh.—Khairán.—Desaparece Hixem II.—Suteimán se apodera de Córdoba.—Los zanhagas.—Hixem III.—Gehwar y su hijo.—Desaparece el califato.—Se fundan varios reinos, taifas ó señorios.—Reclamán el auxilio de los Al-Moravios.—Yaqub fundador de Marruecos viene á España cuatro veces.—Los Al-Mohades.—Progreso de los cristianos.—Yakub Al-Manzor.—Batalla de Alarcos.—Batalla de las Navas.—Al-Nasir.—Abén Hod y Al-Hamar.—Se funda el trono de Granada.—Algunas reflexiones.—Comienza la reconquista.—Derrota de Al-Kamah en Covadonga.—Pelajo es aclamado Rey.—Reyes, Condes y Señores que ocuparon los tronos de Asturias, Cataluña, León, Navarra, Castilla y Aragón, hasta que se unieron para formar la unidad Española por el enlace de D.<sup>a</sup> Isabel I de Castilla y D. Fernando V de Aragón.—El reino de Granada hasta su capitulación por Boabdil.—Opinión del Emperador Carlos V.—Apéndice.



Muy justo será que demos á conocer ahora el pueblo árabe después de sus rápidas conquistas, siquiera sea para presentarlo tal cual era, mirando con desdén esas alabanzas exageradas, esas virtudes muchas veces mistificadas sin otro objeto que rebajar y deprimir á los pueblos que profesan la Religión que propagó el Cristianismo. El señor Draper, á quien refutamos como á otros de su escuela, demuestra cierta predilección y simpatía por las doctrinas del Profeta. Respetamos su entusiasmo.

La afición á los estudios árabes se ha desarrollado, principalmente de unos cincuenta años á esta parte, de una manera pasmosa. Esto nos impone el deber de ser algo más extensos de lo que quisiéramos. Las antiguas crónicas, los códices, las leyendas, los anales, manuscritos desconocidos, inscripciones, libros olvidados, historietas y hasta los cuentos populares, han sido puestos de nuevo en el crisol de la crítica y del severo análisis.

Se pretende levantar á un pueblo que brilló en España durante ocho siglos próximamente, que vive hoy sin aspiraciones, sin gloria, sin artes, sin industria ni manufacturas, sin comercio, y que imposible ve pasar las generaciones sin cuidarse de su suerte futura; ni siquiera

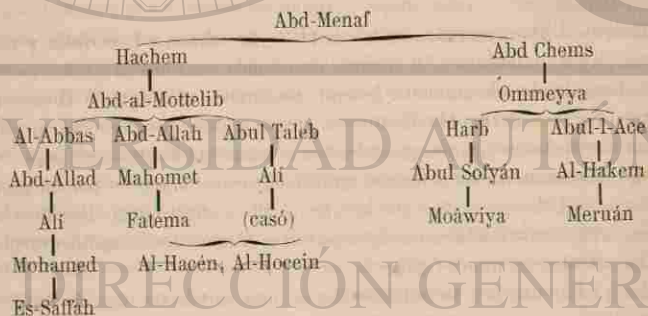


sabe imitar los progresos y adelantos que se realizan todos los días en los pueblos civilizados de Europa y América.

Nuestros arabistas siguen con constancia y laudable propósito, examinando multitud de documentos y añejas leyendas para dar á conocer la civilización que tuvieron los sectarios del islamismo durante su prolongada dominación en España. Civilización muchas veces abultada por el entusiasmo; pero útil y provechosa siempre por la luz que produce para la historia patria. En medio de los portentos y maravillas que se describen y de los adelantos de una raza guerrera y conquistadora, con frecuencia cruzan por nuestra mente los trabajos apócrifos y diabólicos de Miguel de Luna y Alonso del Castillo, las travesturas del P. Juan de Echevarría, los falsos descubrimientos de Medina Condé, Alderete, Patiño, Flores, Vázquez Ciruela y López Madera y otros muchos que fueron falsos ó adulterados: todo, sin contar con los que dió á conocer el ilustrado autor de los *Falsos Cronicones*, mi malogrado amigo el señor Don José Godoy y Alcántara, y otras inocentadas que conocemos ó hemos presenciado.

Y hé aquí otro de los motivos, porque damos á la historia de la dominación sarracena en la península Ibérica, mayor extensión de la que corresponde en un libro de esta índole, haciendo al propio tiempo notar, que la lucha prolongada entre moros y cristianos no produjo *conflicto alguno con la Religión católica y la ciencia experimental*.

Dos familias poderosas y rivales, por cuyas venas corría la misma sangre, debían disputarse en destructora lid la herencia de Mahoma. Tales fueron los Omeyyas y los Abbases descendientes ambos de Abd-Menaf, como se indica por el árbol genealógico que sigue:



La silla del imperio había pasado de Medina á Damasco por la audacia y valor de Moáwiya, hijo de Abul Sofyán enemigo irreconciliable del Profeta. Puesto á la cabeza de los vengadores del asesinato de Otmán y protegido de

Amru, pudo con su espada realizar la elección. Moáwiya hizo el trono hereditario, obligando á Hasán Al-Hocein, hijo de Ali y nieto de Mahoma, renunciar al mundo para pasar el resto de sus días junto al sepulcro de su abuelo. El imperio islamita debía presentar un espectáculo triste y desconsolador; expuesto á continuadas revueltas, á infames traiciones y horrendos asesinatos, terminó con la destrucción de la familia Omeyya para que se entronizara la Abbasye. La bandera negra quedó victoriosa en aquella sangrienta y destructora lid.

La victoria de los Abbases fué el triunfo del Oriente, y los persas que tanto habían contribuido á ella, tuvieron que comenzar la civilización de aquel pueblo despótico, audaz y guerrero. Los últimos sucesos acaecidos á los Omeyyas son de la mayor importancia para la historia de los musulimes españoles, que en verdad, es para nosotros más interesante que otra alguna, si queremos apreciar el origen, persecuciones, trabajos y penalidades de aquel que fundó el califato de Occidente.

Cuando á Meruán ben Mohammad, último califa de los Omeyyas, le derrocaron del trono los Benul-Abbas, muriendo el monarca destronado y remitiendo su cabeza á Abd Allad ben Aly, todos los individuos de aquella familia ilustre, sin atender á sexo, edad ni posición, fueron perseguidos y asesinados do quiera se encontraban.

Aquellos de los Omeyyas que pudieron fugarse, anduvieron errantes hasta que encontraron seguro asilo donde ocultarse entre las tribus árabes. Dos de ellos Abdó-l-Wáhid ben Culeimán hijo de Culeimán ben Abdó-l-Melic, séptimo califa de la dinastía Omeyya; y Al-Gamir ben Yecid, hijo de Yecid II, noveno califa de la misma estirpe y hermano de Al-Wáhid II, lograron por de pronto salvar la vida.

Los Benul-Abbas añadieron á la crueldad, la infamia y la perfidia, y para engañar á los individuos de la dinastía destronada, escribieron á todos los gobernadores dando una amnistía general, asegurando no obstante la persona de Culeimán ben Hixem hijo de Hixem, décimo califa, y otorgando con profusión por medio de sus delegados, cartas de seguridad ó salvo-conductos.

Más de sesenta personas fueron amnistiadas y recibieron de sus enemigos las mayores distinciones. Era que la infamia y la perfidia habían llegado á su colmo: todos estos infelices fueron asesinados después con inaudita crueldad por los satélites del nuevo Califa.

Abdó-r-Rahmén ben Moáwiya estaba en una partida de caza en Zeitún y pudo salvarse, encargando á su hijo Abo Ayob, que unido con sus tíos, hermanos de Moáwiya, fuesen á reunirse con él.

La ferocidad de Abul Abbas no tenía límites, los infortunados Bení Omeyyas eran degollados ó despedazados á golpe de maza, y la matanza que tuvo



lugar cerca del río Abo Fotrós, vino á completar aquella atroz carnicería. Los que pudieron escapar se dirigieron al África. Habían fijado ya su residencia por varios pueblos de los nietos de Meruán I, llamados Chozay ben Ábdó-l-Aziz ben Meruán y Ábdó-l-Melic ben Omar ben Meruán. El gobernador de esta región, Ábdó-r-Rahmén ben Habibán Ali Obaida, de la tribu de Fihir, no opuso resistencia alguna, y los proscriptos pudieron establecerse sin dificultad.

Ábdó-r-Rahmén ben Moáwiya ben Hixem, á quien la Providencia reservaba para sus altos designios, fué uno de los refugiados en este país hospitalario. Al estallar la revolución apenas contaba diez y siete años, y ya tenía un hijo llamado Çuleimán y por sobrenombre Ábo Ayób; estaban instalados en el distrito de Kinnestrín.

«Me hallaba á la sombra de la alquería, cuenta el mismo Abderrahmán, cuando el niño Çuleimán, que tenía unos cuatro años, entró azorado y se arrojó á mis brazos. Estaba yo padeciendo una fuerte irritación de ojos, y sin querer lo separé de mí; pero el niño insistía y manifestaba tener miedo. Entonces sali á la puerta y vi ondear la bandera negra de los Abbasyes; uno de mis hermanos entró diciendo lo que ya sabía. Tomé algunos adineros y acompañado de mi hermano menor salimos, no sin haber dado instrucciones á mis hermanas y encargando que mandasen al criado con lo que pudiera necesitar, en el caso de lograr salvarme.

«Salimos, pues, en unión de Bedr, mi libertó, hasta las orillas del Eufrates, allí encargamos á un hombre que nos comprase caballos; pero el infame nos delató á un jefe Abbasye, que con sus soldados se dirigió á la alquería donde estábamos escondidos. Considerándonos perdidos sin remedio, emprendimos la fuga, nos ocultamos en unos jardines, y como fuésemos también descubiertos procuramos ganarles la delantera hasta llegar al río y nos arrojamus á él.

«Bien gritaban los malvados para que nos volviéramos, continua Abderrahmán; yo nadaba cuanto podia, y habia adelantado á mi hermano; quise á la mitad del río volverme para ayudarle, pero ¡ay Dios! el infeliz al oír aquellas palabras de paz retrocedía temiendo ahogarse. Apenas llegó entre aquellos asesinos le cortaron la cabeza: tenía trece años.

«Emprendimos la marcha hasta Palestina, y allí recibí dineros y alhajas que me trajo Abo Xuchaá; todos reunidos tomamos el camino por sendas ocultas hasta Ifrikiya, donde encontré otros individuos de mi familia.

«El gobernador Ebn Habib sabia por relación de un judío, que cierto individuo de la familia Omeyya llamado Abdo-r-Rahmén estaba predestinado para hacerse dueño de España, y se distinguía por dos rizos de cabellos que le caían sobre la frente.

«Abu Habib habia degollado á los dos hijos de Al-Wálid ben Yecid, apoderándose de todas sus riquezas; pero habiéndome avisado convenientemente, abandoné este país acompañado de los míos y nos diseminamos por las comarcas berberiscas.»

Abdo-r-Rahmén marchóse á Bara y vivió en la tribu de Micuesa, pasando muchos apuros y trabajos; luégo se trasladó á la costa hospedándose en Sabra (Çabra) con los de Nefza que eran parientes suyos, y Bedr siempre leal siguió al lado de su amo en todas sus adversidades é infortunios, esperando tiempos mejores y más bonancibles.

Tranquilo vivia Abderrahmán en Sabra unido con los de Nefza, cuando creyó conveniente darse á conocer de los caudillos españoles. Resuelto á salir de la inacción escribió á sus clientes de España, participándoles sus desgracias é infortunios, reclamando los derechos como patrono y el deseo de alcanzar entre ellos una elevada dignidad con su eficaz apoyo. Al propio tiempo pedía noticias acerca las probabilidades de poder alcanzar el imperio de España.

Bedr condujo la carta á su destino; reunió varios jefes para conferenciar y mandaron por Yuçuf ben Bojt, que se hallaba en la división de Kinnestrín (Jaén) y era persona influyente y de la mayor importancia. Todos de común acuerdo convinieron no contestar á la petición hasta que consultaran con As-Somail. Este guerrero estaba encerrado en Zaragoza, sitiada por sus enemigos, y un mensajero buscó un medio ingenioso de introducir varias piedras donde se habían escrito dos versículos, que le anunciaban un pronto socorro.

Abderrahmán habia mandado el sello para que escribiesen á los parciales, y con efecto desde el camino lo hicieron á As-Somail, recordándole los beneficios que tenia recibidos de los Benú-Omeyya.

Óbaid-Allah entregó la carta al caudillo que excusó contestar, y después de haberle presentado á Bedr, se dispusieron para regresar á Toledo.

En la primavera siguiente el wacir Yuçuf quiso emprender la campaña contra Aragón, haciendo toda suerte de sacrificios; pero Óbaid con los suyos retardó los preparativos y no pudieron incorporarse al ejército. As-Somail siempre ebrio, habia tenido la discreción de guardar el secreto, y preguntándole que resolvía en el negocio de Ebn Moáwiya, contestó, que merecía su aprobación; y respeto de Yuçuf, añadió, «yo procuraré que el calvo dé su hija en matrimonio á Abderrahmán. Si consiente en ello reconoceremos su alto favor, y si rehusa fácil será hundirle la calva con nuestras espadas.» Empero, bien pronto varió de parecer, y manifestó con el mayor desenfado, que su alfange sería el primero que se desenvainaría contra Abderrahmán.

El negocio habia adquirido malas condiciones, y en tal estado, los partidarios de los Omeyyas resolvieron, que una comisión marchase con toda urgen-



cia en busca de Abderrahmán, que en Moquila aguardaba con ansiedad el regreso de su liberto. ¡Y cual no fué su alegría, cuando una tarde apercibió el barco que maniobraba para echar el ancla! Bedr fué á nado en busca de su señor y le dió cuenta de su arriesgada misión y del apoyo que había encontrado.

Abderrahmán lleno de majestad y dulzura recibió con marcadas distinciones á la comisión, nombró en seguida á Temam, llamado Abo-Galib, su ministro y acompañado de sus hijos Guleimán y Abdallah se embarcó sin perder tiempo con los comisionados, navegando con rumbo á la costa granadina. Desembarcaron en Almuñecar, y reunidos con otros muchos parciales se dirigieron á la que sólo era Alquería de Torrox.

La guerra civil entre los caudillos árabes españoles, su separación de la corte de Damasco y la anarquía que dominaba en las diferentes tribus, eran circunstancias especiales que favorecían las pretensiones de Abderrahmán y le abrieron el camino para alcanzar sus ambiciosos deseos, fundando en Occidente un nuevo califato.

Yuçuf, wacir de carácter fogoso, entró con su ejército en Zaragoza, donde cometió varios asesinatos, mal aconsejado por As-Somail; y cuando bullía en su mente la atrevida idea de fundar un nuevo reino, recibió de su esposa la desagradable nueva de haber entrado en España, Ebn Moáwiya, el cual en su primer encuentro había derrotado al gobernador de Al-Bira (Granada).

Alarmado Yuçuf con esta noticia consulta á As-Somail, el cual opinó que debía buscarse al pretendiente, darle batalla y matarlo; otros no obstante propusieron buscar medios más suaves, mandándole una embajada y algunos regalos, pues consideraban que debía hallarse necesitado.

Desde la caída de los Omeyyas la autoridad de los califas de Oriente había decaído en España, hasta quedar del todo extinguida. Los Abbasyes no se ocuparon en sostenerla, y los gobernadores ó wacirs considerándose independientes, habían concebido el audaz proyecto de fundar un nuevo reino ó califato.

La presencia de uno de los Omeyyas en España venía á cambiar la situación de los musulmanes, que faltos de una autoridad fija impuesta por la corte de Damasco, habían aumentado entre los wacirs y sus allegados toda suerte de odios, rivalidades y enemistades. Las sectas entre los musulmanes fueron siempre enemigas pèrtinaces é irreconciliables, y los disturbios y venganzas personales, dieron mayor fuerza y vigor á las guerras civiles, que indudablemente hubieran concluido muchos siglos antes con el imperio de la media luna en nuestra Península. La reconquista no se habría retardado hasta terminar el siglo quince.

Por otra parte, era un inconveniente de gran monta los enconos propios de un fanatismo intransigente peculiar á dos religiones rivales y enemigas; una que predicaba paz y caridad, y otra guerra, destrucción y muerte. Los musulmanes jamás quisieron aceptar la Religión verdadera; que de aceptarla, de otro modo cambiara su destino; amalgamándose y confundiéndose con los españoles, cuál lo hicieron los godos en anteriores siglos, es innegable que habrían variado los acontecimientos.

La embajada de Yuçuf fué recibida con marcado desagrado, arrojando Osmén al rostro de Jálid, la carta oficial de que era portador y también autor. Aherrojado en seguida se le consideró como un revoltoso, siendo únicamente distinguido en calidad de embajador su compañero Óbaid.

Ebn Moáwiya escribió á todos los distritos y á los berberiscos, y á este llamamiento acudieron los Yemenies, algunos de Kaís y de Tsakif y de otros varios puntos en número escaso. Entonces determinó recorrer los distritos del Yémen, Emeso, Palestina y Jordán hasta la Kora de Sidonia y entraron en Sevilla.

Yuçuf salióle al encuentro. Después de varias maniobras y cuando la creciente del Guadalquivir hubo disminuido, los soldados del pretendiente pasaron el río, trábase reñido combate y Abderrahmán queda victorioso. Aprovechando el tiempo se dirige á Córdoba, donde penetra sin dificultad. Yuçuf y As-Somail huyen despavoridos; pero en el camino se reunen con la caballería aragonesa que acaudillaba el hijo del walf, y juntos se encaminan hácia Toledo. Revuelven en seguida sobre Jaén, y rehecho el ejército dirigen sus operaciones á la Kora de Al-Bira (Granada). Acude Abderrahmán presuroso, celebran varias conferencias y terminan la campaña con el tratado de Armilla, pueblecito situado á media legua de Granada; el monarca reunido con los caudillos al frente de sus ejércitos, regresó á Córdoba.

Yuçuf siempre revoltoso ayudado de otros jefes, levanta el estandarte de la rebelión, y pretende poner sitio á Sevilla; pero el nuevo Califa sátele al encuentro, y cuando trataban de atacar al enemigo, Omar Al-Meruaní y su hijo, un lance personal entre un berberisco y el abisinio Abol-Basri, decidió del combate. Los compañeros del abisinio victorioso se lanzaron furiosos sobre sus contrarios y en pocas horas el ejército de Yuçuf quedó desecho para cantar victoria el que capitaneaba el gobernador de Sevilla Omar. Abderrahmán recibió tan halagüeña noticia en Almodóvar, y recompensó con generosidad á los dos caudillos, que desde entonces fueron siempre sus leales y particulares amigos.

Vencidos los rebeldes, Yuçuf huyó hácia los montes de Toledo y fué degollado á cuatro millas antes de alcanzar la gótica ciudad por Abd-Allah. Su hijo



mayor fué descabezado en la cárcel, otro hijo pudo escapar y dió origen á la guerra de Cazlona y al desgraciado As-Somail se le extranguló dentro de su prisión. Así terminó aquella rebelión, que quiso imprudentemente derribar el naciente trono de los Omeyyas en España.

Abderrahmán toma el título de Rey. Al año siguiente (757) la sultana Howara le dió un infante que se llamó Hixem. El monarca tuvo que reprimir y castigar varias sublevaciones.

Los Abbasyes habían trasladado á Bagdad la silla del imperio, y declararon la guerra al Califa de España. Los árabes del Maghreb en poderosa hueste pe-



Corte del califa Abderrahmán I (El Magnánimo).

netraron por tierras de Andalucía capitaneados por el wali de Kairowán El-Elá ben Mugneit. Sale Abderrahmán á campaña acaudillando su ejército y destruye al enemigo. Esta victoria decisiva dió poder al Califa cordobés y solidificó el trono de Occidente.

Abderrahmán quiso hacer de la capital de su imperio una ciudad opulenta, rica y centro de la ilustración musulmática occidental.

Verdad que la religión del Profeta no se prestaba á semejantes innovaciones, ni el estudio de la historia era entre los musulmanes un ramo de literatura cultivado con sano juicio y recto y severo criterio; así es que aherrojados por un ciego fatalismo, carecían de la libertad tan necesaria en la filosofía como en la crítica. La historia podrá ser para los orientales un relato de placer

ó pasatiempo; pero para nosotros ennoblece el alma, levanta el heroísmo, excita nuestro espíritu y produce tesoros inapreciables para las generaciones presentes y futuras. El nuevo Califa no pudo hacer mas que llamar á la corte á los sabios de todos los países y con especialidad á los cristianos, que mejores cronistas primero, sólo supieron escribir para enaltecer el poder real, levantando hasta la adulación y el servilismo las cualidades personales de los amires.



Puerta del Sol en Toledo.

Asegurado el trono cordobés con el nacimiento del príncipe Hixem, que colmaba todos los deseos y aspiraciones del monarca, siempre se le veía con su natural dulzura, afabilidad y gentileza; con cuyas dotes dominaba los ánimos de todos, tratando con igual benevolencia á cristianos y musulmanes. Y cuando los graves negocios del Estado y las frecuentes expediciones por su reino le dejaban algún ocio, se entretenía en cultivar los jardines del palacio, recordando los tiempos venturosos, que en medio de los vaivenes de su juventud había pasado en Siria. Entonces fué cuando plantó la célebre palmera

que vino á sustituir al histórico plátano, que ocho siglos antes plantara en el mismo sitio uno de los más esclarecidos capitanes de las legiones romanas.

Abatida en España la bandera negra de los Abbasyes, el Califa apaciguó varias rebeliones fatimies, y pensó, con preferencia á otras cosas, en la construcción de la mezquita mayor de Córdoba (hoy Catedral), y en muchas mejoras de pública utilidad.

Abd-el-Ghafy sostenía aún el estandarte rebelde en la Alpujarra y Serranía de Ronda y en las Koras de Al-Bira y de Rayya (Málaga). Encargado de perseguirle Ased-el-Schebani, wali de la primera, que había mandado construir la alcazaba en la parte que constituía la ciudad de Granada sobre la vertiente del cerro donde estuvo la antigua Illiberis, — alcazaba que aun en el día subsiste, si bien en su mayor parte derruida ó transformada en casas de vecinos, — cayó herido de muerte y vino á sucumbir en su querida Granada. Se nombró wali al caballero Abdel-Salem ben Ibrahim, que después de los desastres de Sevilla, hirió de un bote de lanza al Ghafy en los campos de Écija. Toledo y Zaragoza entraron en la obediencia del Califa; pero la última faltó á sus juramentos, buscó la protección de Carlos Martell, que con su ejército llegó hasta las puertas de la ciudad. Los jefes zaragozanos olvidando traidoramente lo antes pactado tuvieron cerradas todas las puertas, y Carlos tuvo que retroceder con los suyos para encontrar la sepultura en las gargantas de las montañas de Roncesvalles.

El califato de Córdoba representaba, en verdad, un cuerpo político heterogéneo formado con elementos opuestos y poco avenibles. Así es, que el monarca pasó la mayor parte de su reinado dominando continuadas revueltas, promovidas casi siempre por yemenies, bereberes y sirios. Los cristianos sometidos ó *mozárabes*, también quisieron más de una vez recuperar su independencia y autonomía propia, pero fueron poco afortunados. La palabra *mozárabe* no denotaba que aquellos individuos hubiesen abjurado la religión cristiana, ni mucho menos ninguna clase de apostasia.

Rennidos los walis, gobernadores y altos dignatarios del califato, Abderrahmán I declaró sucesor suyo á Hixem (787) que era el menor de sus hijos. Murió en la ciudad de Mérida á los 39 años de edad: fué llamado con justicia *el Grande, el Magnánimo*.

Su hijo Hixem, que se apellidó *el Bondadoso*, tuvo que reprimir á sus hermanos Abdalla y Guleimán, y después de la batalla de Bulche, vinieron á un acomodamiento. Hixem publicó la guerra santa, concluyó la mezquita principal y bajó al sepulcro siendo todavía joven. Nombró para que le sucediera á su hijo primogénito Al-Hakem.

Al-Hakem I (Al-Háquem ben Hixem) llamado *el Sabio*, tuvo que sujetar la

rebelión de sus tíos, y á la vez, hacer frente á las huestes de Carlo-Magno, y después de haber declarado á su hijo Abderrahmán por sucesor, murió pasada la atroz matanza que tuvo lugar en los arrabales de Córdoba.



Interior de la Mezquita mayor de Córdoba (hoy Catedral).

Abderrahmán II (Abdo-r-Rahmèn ben Al-Háquem), subió al trono con general aplauso, y no obstante tuvo que sujetar á su hijo Abdalla. Llevó sus conquistas hasta Urgel (Cataluña), y se vió en la necesidad de reunir á muchos



obispos suplicándoles mandasen moderar el celo y fervor de los cristianos. Nombró para que le sucediese á Mohammad, uno de sus cuarenta y cinco hijos.

Mohammad I (Mohammad ben Abdo-r-Rahmén) tuvo varias alternativas durante su califato. Rechazó á los magioges, que eran unos piratas que desembarcaron en las costas andaluzas. Persiguió á Hafsum que de jefe de bandoleros se elevó á caudillo, y murió repentinamente en Córdoba, habiendo dejado por sucesor á su hijo Al-Mondhir. Fué poeta y tuvo extensos conocimientos en las ciencias exactas.

Al-Mondhir (Al-Mondzir ben Mohammad), era valiente y guerrero, muriendo atravesado por las lanzas de sus enemigos encerrados en el castillo de Hueite, cuando se hallaba al frente de su escolta. Había reinado sólo dos años.

Parecía que al comienzo de cada reinado, se jugaba la suerte del califato al azar de una batalla. A la muerte de Al-Mondhir, el Gran Consejo proclamó á su hermano Abdallah (Abd-Allah ben Mohammad). Los hijos de Hafsum sostenían con audacia la guerra civil, y los tios del rey aumentaron con sus rebeliones los conflictos. Empero la toma de Mérida, la prisión del wali de Lisboa, la derrota de Sawar (Sawar Al-Cais ben Hamdún) en Medina Al-Bira, que en la Alpujarra había tomado el título de rey, la atroz matanza en los llanos de Granada de las tropas de Saïd ben Chude, que había sustituido á Sawar, no fueron bastantes para dar la paz á aquellos pueblos. Mohammad ben Abdallah-hif, llamado Azomor, que reemplazó á Saïd, refugióse en las asperezas de Sierra-Nevada y de la Alpujarra que es una de sus dependencias. Al-Kasin, tio del monarca, continuaba aún sus correrías, hasta que el Califa dejó de existir frente los muros de Zamora, habiendo nombrado por sucesor á su nieto Abderrahmán, que había mandado educar con especial esmero. Abdallah después de un reinado de 50 años, siempre agitado y turbulento, hizo varias conquistas en África, y reunió en su corte á los hombres más eminentes y distinguidos de su época. Entre ellos debemos mencionar á Muça-ben Hodair Al-Háchib, Abdol-Hámid ben Bacid, Abdo-l-Melic ben Chawar, Ismail ben Bedr, Ebn Abi Ica el Kadhi (Kadhi de Elvira y gran poeta), Al-Mondzir ben Caid, poeta y orador distinguido, Ica ben Potais que deseollaba entre todos por su singular elocuencia (920).

Abderrahmán III, llamado el *hijo del Mactul*, ó hijo del asesinado, estaba protegido de su tio Al-Mudafar que lo quería con la mayor ternura. Fué el primero de los amires de Córdoba que tomó oficialmente el nombre de Califa. El pueblo le apellidó *Al-Mumentín*, que significa *Príncipe de los fieles*. En la primera campaña que emprendió pudo vencer á los rebeldes acaudillados por Omar ben Hafsum. Puso el busto en la moneda. Salió de nuevo á campaña y derrotó á Azomor que se había refugiado en Alhama, y cansado de la vida del

campamento vino á descansar en Granada (que ya era conocida generalmente con este nombre) en los poéticos cármes (casas de recreo) de las orillas del Dauro y del Genil. Rindió á Toledo, derrotó las huestes de Hafsum compuestas de mustimes y cristianos y protegió á los idrisies del Maghreb proclamándose rey de Fez. Enriqueció notablemente el fantástico palacio de Medina Azahra, y luégo ganó la batalla que le hizo dueño de la ciudad de Zamora con su triple muralla. Durante este reinado tomaron gran desarrollo todas las ciudades del imperio cordobés, y recibió á los enviados de Grecia. Sin embargo, estas grandezas y prosperidades no le rebajan la nota de amir intolerante, sacrificando alguna vez á muchos cristianos. Empero no puede negarse que bajo su reinado todos los ramos del saber humano fueron protegidos con largueza, dejando á su muerte por sucesor á su hijo Al-Hakem: cuando bajó al sepulcro tenía 64 años.

Al-Hakem II (Abul-Abbas-el-Hakem), se le designó con el nombre de *Amir-el-Mumentín*. El reinado del anterior monarca se ha llamado el *siglo de oro* de las letras andaluzas. El hijo Al-Hakem continuó la política de su padre, protegiendo las letras y las ciencias. Algunos reveses sufridos en campañas emprendidas tal vez sin meditación, le obligaron á organizar un ejército respetable que puso á las órdenes del valiente y entendido Ghaleb. Las victorias alcanzadas tanto en España como en el Maghreb, demostraron al amir cuán acertada había sido la elección. Todos los conocimientos de las ciencias fueron protegidos con esplendidez durante este amirato, y se asegura que la Biblioteca del palacio Meruán llegó á reunir la respetable suma de 600,000 volúmenes manuscritos. Murió á los 73 años, dejando por heredero á su hijo único Hixem II.

Contaba Hixem II (Hicham-el-Mowaïed) solos diez años cuando fué elevado al solio de los Omeyyas. Era de constitución débil y recibía una educación afeeminada.

La sultana Sobeiha ó Sobehya madre del joven monarca, encargó el gobierno del reino á su secretario Mohammad nombrándole primer Hagib ó ministro; tan célebre en las crónicas con el sobrenombre de *Al-Manzor*, que quiere decir *el victorioso*.

Mohammad ben Abd-Allah ben Abi-Amer (Al-Almanzor), amparado por la sultana que le dispensaba sus favores, dotado de espíritu guerrero, amante de las grandes empresas y ambicioso de gloria póstuma, sólo pensó en el bien general, enalteciendo su nombre y protegiendo atrevidas expediciones.

Los negocios de África presentaban mal aspecto. Boloquin ben Ziri, gobernador de la Ifrikiya, obligó á los príncipes zenatas á ponerse al amparo de las murallas de Ceuta; Mohammad ben Al-Kheir buscó la protección de Al-Manzor, el cual puso un cuerpo de ejército á las órdenes de Djáfer ben Ali: era



tal el entusiasmo entre aquellos soldados, que faltando buques para el transporte, muchos querían atravesar el Estrecho á nado.

Á la altura de Tetuán, retrocede Boloquin exclamando al ver el ejército enemigo: «Ved ahí un áspid que nos amenaza con su boca.» El ministro español, Al-Manzor, sólo quiso conservar la plaza de Ceuta.

Después de la derrota de Al-Hacén ben Kennún, que en el Cairo había sido favorecido por Al-Aziz, hijo de Al-Moëzz, Al-Manzor recorrió las fronteras del imperio, llegando á dominar el condado de Castilla, de Salamanca, de Leon y de Zamora.

En el Maghreb se habían hecho importantes conquistas. Ziri ben Atía fué llamado por el ministro á Córdoba, donde le colmaron de honores y distinciones: quedando su hijo Al-Moëzz en calidad de lugarteniente. Igual invitación recibió el competidor de Ziri, llamado Yeddu ben Yala, quien dió una contestación poco conveniente, llena de insultos y amenazas. Y como no se obtuviera ningún resultado favorable, á pesar de la protección que á Ziri se dispensara, Al-Manzor autorizó á este caudillo para que arreglase los negocios de tan extenso país.

Los fatimies capitaneados por Yeddu y por Beni Yfrén sostenían la bandera negra, insignia de los Abbasyes; pero la defección de Abu-l-Behar, hijo de Ziri ben Menad, acompañado de otros guerreros, cambió el aspecto de las cosas, y los Omeyyas vieron sometido á su autoridad el Maghreb central desde Zab á Orán.

Después de haber derrotado á los rebeldes que de nuevo se sublevaron, Ziri ben Atía recibió, en premio de su fidelidad á los Omeyyas españoles, el gobierno de todo el país.

El valiente Al-Manzor había vencido al conde Borrell é hizo prisionero al rey Don Garcia, que murió de las heridas.

Empero Ziri en África cansado de su fidelidad, tomó las armas contra los musulmanes españoles. Vadeh recibió el encargo de castigarle, pero no logró su objeto. Entonces Al-Manzor mandó á su hijo Abd-el-Melek-al-Modaffer, el cual puesto al frente de las tropas alcanzó en las orillas del río Mena una completa victoria: á ello contribuyó probablemente la alevosía de un criado de Ziri, que traidor y vengativo le hirió con tres botes de lanza.

Ziri herido y rodeado de su familia marchóse al desierto, y Al-Modaffer, dueño del campo, quedó encargado del gobierno del Maghreb. Restablecido el orden, arreglada la administración y nombrados los oficiales de los departamentos, regresó á España cargado de laureles.

Al poco tiempo murió Ziri ben Atía, y fué reconocido como jefe su hijo Al-Moëzz. En la batalla de Calatañazor en España, halló también su tumba el va-

liente Al-Manzor, hasta entonces tan afortunado, después de una completa derrota; tal vez la primera que sufriera en su larga carrera de político y conquistador. No cuidando de las heridas y arrancándose los vendajes, murió en Medinaceli en brazos de sus amigos y compañeros; tenía 63 años.

Siempre hemos creído que Draper era un entusiasta admirador de Mahoma y su doctrina y gran partidario del arabismo. Por esta razón hacemos algunas indicaciones acerca la historia de los islamitas en España. El gran Al-Manzor puesto al frente del partido llamado ortodoxo musulmán durante la larga memoria de Hixem II, sostuvo el poder absoluto, y oscureció las glorias científicas y literarias del último Califa. Desde entonces comienza la decadencia de los árabes andaluces, que les condujo á la anarquía para destruir la riqueza, la ciencia y el esplendor del califato de Occidente.

Era Al-Manzor ben Abi-Amer, sabio, político y guerrero; ha sido quizá el único favorito que ha consagrado su omnipotencia y su valer al bien general, ejerciendo con sumo desinterés todos los actos de liberalidad y filantropía en pro de los pueblos puestos á su cuidado.

La sultana Sobehya murió también en aquellos días. Hixem II quedó bajo la custodia de Al-Modaffer, que tomó la dignidad de Hagib. Al-Moëzz ben Ziri ben Atía fué nombrado gobernador del Maghreb, y al poco tiempo Al-Modaffer bajó al sepulcro á consecuencia de una grave enfermedad.

Le reemplazó su hermano Abderrahmán, hijo segundo de Al-Manzor, que atrevido y presuntuoso soñó que podría ser el sucesor de Hixem II. La guerra civil era inevitable, el meruán Mohammad Abdel-giabar se puso al frente de la rebelión, los beligerantes se acometieron con furor, y el pretendido heredero fué tan desgraciado en la lucha, que murió en cruz á manos del verdugo cual si fuera un villano. La anarquía imperaba por todas partes, y en África cada jefe quiso declararse independiente. Eunuco, esclavos, americs, africanos y aristócratas andaluces, se disputaban el poder. Sus rivalidades no conocieron límites, sus odios fueron inextinguibles, se aborrecían de muerte y sólo deseaban su recíproca destrucción. Unos eran españoles y otros advenedizos.

Mohammad el meruán se hizo nombrar hagib, concibió el infame proyecto de deshacerse del monarca, y por indicación y consejo de Wadhil el eslayo, lo encerró donde nadie pudiera saber de él: Hixem II había muerto para el pueblo, que vió con asombro celebrar los funerales con regia pompa.

Mohammad II (el meruán) pertenecía á la familia de los Omeyyas. Los africanos descontentos de la elección se sublevaron, colocándose á su frente un Hixem que se llamó también Suleimán, el cual á la primera refriega cayó prisionero y fué decapitado de orden del Califa intruso.

Los africanos toman por jefe á Suleimán ben Al-Kakem, que se hizo llamar



*Al-Mostain*, quien auxiliado de los cristianos derrotó *Al-Wádhih* y luego al mismo *Mohammad* en la batalla de *Kantisch*. *Suleimán ben Al-Kakem* entró en Córdoba victorioso. Los africanos habían triunfado. Los pueblos de la Kora de Rayya (Málaga) comenzaron á dar señales de insubordinación.

*Al-Wádhih*, siguiendo las huellas del africano, celebró alianza con los condes de Urgel y Barcelona, y reunidas las huestes dieron la famosa batalla de *Achat-Albacar*, en la que el califa *Suleimán* colocado á retaguardia y advertido del movimiento estratégico, huyó despavorido; después de esta derrota se retiraron á *Medina Azahra*. Y cuando con el resto de las tropas marchaba hacia *Estepona*, tal vez á embarcarse para África, fueron alcanzados por los soldados de *Mohammad*, y trabóse de nuevo sangriento combate, donde el vencido de ayer es el afortunado de hoy: los africanos tomaron la ofensiva.

*Hixem II* sale de su escondite ayudado de *Al-Wádhih*, que después de la derrota de *Estepona*, unido con *Mohammad* y los restos del ejército se encerraron en Córdoba.

El monarca recobra por pocos momentos su perdida dignidad, y *Mohammad* (el meruán) muere á manos de los eunucos. *Al-Wádhih* toma á Toledo, y muere también de orden de *Hixem*: *Khairán* es nombrado *hagib*.

Los africanos renuevan sus ataques y *Suleimán* se apodera de Córdoba. *Khairán*, restablecido de sus heridas, celebró en *Almuñecar* (Granada) una coalición con *Ali*, señor de Ceuta, y su hermano *Al-Kasin* que lo era de Algeciras, con el objeto de socorrer y amparar el trono del legítimo monarca *Hixem II*. Desde este momento desaparece el califa de la escena ignorándose cuál sería el desenlace. *Suleimán* fué proclamado en Córdoba como Califa, y los africanos avasallaron á los árabes. La historia de los primeros conquistadores ha terminado, y comienza la que corresponde y es sólo peculiar de los moros españoles.

Los *Zanhagas* ó *Zanag* era una tribu berebere que ejerció una influencia poderosa en la suerte del Maghreb. Descendía de *Sanhadj*, el cual tenía otros tres hermanos de madre, que se llamaban *los hijos de Tiski*. Esta tribu se dividía en setenta ramas.

La guerra civil dieztaba á aquellos pueblos, los zenetes fueron destruidos por los *zanhagas*, quienes con el nombre de *Al-moravies* (almoravitas ó moravitos) unos fueron partidarios de los *Omeyyas* y otros de los *Abbasyes*. Los zenetes á su vez habían tomado la revancha, y una comisión condujo á Córdoba la cabeza de *Ziri ben Menad*, enemigo de España, que fué colocada en lo alto de una torre. Los *zanhagas* antes vencedores eran ahora los vencidos. *Boloqqin* hijo de *Ziri* fué nombrado lugarteniente de la *Ifrikiya*. Desde entonces comienza la dinastía *zirie* ó *zeirita* (980).

*Badis*, nieto de *Boloqqin*, con la mayor audacia se proclamó soberano de la *Ifrikiya*, y tuvo que defenderse de los ataques que le diera el señor de Fez, partidario de los *Omeyyas* de España. Un año apenas había transcurrido, cuando *Zawi ben Ziri ben Menad*, unido con algunos de sus hermanos conspiró contra su sobrino el nuevo amir. Los revoltosos celebraron con *Felpul* estrecha alianza, empero se vieron perseguidos con furor y enañoamiento por *Hammad*, hasta el punto de verse obligados á refugiarse en la montaña de *Chunuán*, desde donde *Zawi* acompañado de sus hijos, sobrinos, parientes, amigos y adeptos pasaron á España. *Al-Manzor* los recibió con especial benevolencia, y reunidos con los zenetes formaron una guardia adicta á su persona.



Entrada en la Vega de Granada.

*Zawi ben Ziri* estableció en Córdoba la autoridad de *Suleimán*, recogió la cabeza de su padre, y en premio de tantos servicios se le dió el señorío de Granada, donde colocó la capital de sus nuevos estados y el baluarte de su partido. Innumerables familias abandonaron las solitarias praderas de su país natal para trasladarse á las risueñas y poéticas márgenes del Genil y del Dauro.

El trono de Córdoba era el juguete de los ambiciosos y descontentos, pasando por todas las calamidades é infortunios de una monarquía decrepita y vacilante, donde el engaño, la traición y el asesinato fueron los únicos elementos de prestigio y firmeza de que disponía. *Hixem III*, nombrado por el *Diván*, era el último califa de Occidente; con este príncipe quedó extinguida la familia *Omeyya* (1036), y con *Gehwar* y su hijo el califato de Córdoba.



Los walis se habían declarado independientes, y esta audacia los colocaba en la necesidad de abrogarse los derechos de regalia. Cada partido tenía su representante, y este jefe contaba con amigos y parciales. La corte de Córdoba había desaparecido de un modo vergonzoso, y sólo el nombre recordaba alguna que otra vez su pasado poderío y perdido esplendor. Por todas partes se había roto la cadena que enlazaba las diversas jerarquías sociales y administrativas. Los ziríes se hicieron dueños absolutos de Granada; los al-ameríes, de Almería y Segura, extendiéndose por Murcia, las Baleares y Denia, donde residía Mugehid; los idrisíes ó edrisitas de Málaga; en Zaragoza mandaba Al-Mondhir y en Huesca y Tortosa dos parientes suyos. Por otra parte se veía á Mohamad Abul Kasim dueño de Sevilla, á Abdalaziz que reinaba en Valencia, Ismail en Toledo y Abdallá en las Extremaduras y los Algarbes. Estas diferentes soberanías con sus cortes y ejércitos, tenían señoríos dependientes de la corona, exigían impuestos, cobraban tributos y los más acuñaban moneda; eran verdaderas monarquías.

Todas ellas tuvieron su desarrollo, pero que más ó menos tarde marcharon en marcada decadencia. La sevillana temiendo que sus enemigos pudieran destruirla, quiso reunir una asamblea para implorar el auxilio y protección de los al-moravíes, que en el Maghreb habían hecho prodigiosas conquistas. Sólo Zagud de Málaga se opuso con la mayor energía, y Omar amir de Badajoz tuvo el encargo de llevar á debido efecto tan desagradable misión.

Los moravitos (Al-Morabetín) ó *al-moravies*, congregados para el servicio de Dios, propagaban sus doctrinas con la lanza y la espada. Capitaneados por Omar y luego por su hermano Abul-Bekr se apoderaron de casi todo el Maghreb. Yucuf ben Tachefin recibió el mando de las tropas y á la vez la esposa del caudillo, la bella y diplomática Zeinab. En las vertientes del Atlas trazó la ciudad de Marruecos, que vino á concluirse en el reinado de uno de sus hijos (1131).

En Fez recibió Yucuf la embajada, y después de oído el consejo de doctores resolvió pasar á España. Cuatro veces distintas vino el monarca al-moraví, y en ellas se hizo dueño de todas las pequeñas monarquías; sólo Zaragoza á cuyo frente estaba Aben Hud, pudo sostenerse algún tiempo protegida por el castellano. Nombró para sucederle al príncipe Ali que era el menor de sus hijos, y murió en Marruecos cuando ya había cumplido los cien años (1106).

El imperio de los al-moravíes fué de poca duración. En África se había levantado otra secta, la de los *al-mohades*, que potente y victoriosa seguía las doctrinas de Al-Mehdi, y estaba capitaneada por Abd-el-Mumén. Los ejércitos al-moravíes fueron destrozados, llevando aquéllos sus victorias hasta Marruecos. Empero derrotados y dispersos por Ali ben Yucuf, supieron rehacerse para

emprender la campaña de los siete años, que les dió la posesión del Maghreb.

No era posible que los moravitos pudieran sostener la lucha. Tachefin salió de España y la Andalucía se sublevó. Abd-el-Mumén mandó un cuerpo de tropas al-mohades, que apoyados por Ahmed ben Hud, se hicieron dueños de las pequeñas monarquías musulmanas que aun existían.

Los cristianos hacían marcados progresos en la reconquista; Abd-el-Mumen había bajado al sepulcro, y su hijo Abul Yakub después de algunos arreglos con los españoles murió en Santarén.

Yakub Al-Manzor bi Fadhl Alah, ofendido de la carta que le enviara Don



Batalla de las Navas de Tolosa.

Alfonso VIII, emprendió la guerra santa, que vino á decidirse en la famosa batalla de Alarcos, donde el castellano fué derrotado por haber faltado á sus compromisos los aliados. Y como de vuelta á Marruecos dejara de existir, su hijo Al-Nasir, llamado el *Verde*, publicó de nuevo la guerra santa, vino á España con grande ejército y suntuoso aparato. Empero Don Alfonso animado por el pontífice Inocencio III, aprestó su hueste, y en las Navas de Tolosa se dió una de las batallas más sangrientas que han narrado las historias (16 julio 1212). La victoria fué de los cristianos, y la Iglesia católica en conmemoración de esta hazaña extraordinaria celebra la fiesta de la *Santa Cruz*. El califa vencido murió envenenado en Marruecos.

Los nuevos amires sucumbieron unos en pos de otros. Abul Ali, llamado



Al-Mamún pudo aún sostenerse; pero los al-mohades le fueron rebeldes proclamando á Yaki ben-Al-Nasir, que vino á la Península con poderosa hueste, y fué derrotado por los musulmanes españoles capitaneados por Al-Mamún.

La anarquía había llegado á su colmo, y la España islamita se vió aprisionada por dos valientes caudillos, Aben Hud y Al-Hamar. El primero, partidario de los Abbasyas, vino á sucumbir en Almería por la traición del alcaide Abde-rrahmán, mientras que el segundo, defensor de los Omeyyas, fué declarado por su tío Al-Nasir sucesor y heredero, y fundó el trono de Granada, donde vino á condensarse el poder de los musulimes españoles.

¿Cuántas calamidades no hubieron de sufrir los cristianos durante las luchas desastrosas con los musulmanes en España? Las conquistas de los árabes rompieron la unidad española y los conquistadores y los vencidos fueron siempre dos razas enemigas irreconciliables por su religión, usos, costumbres é idioma. La sangre vertida por la cimitarra agarena había corrido á torrentes, la civilización cristiana amenazada y perseguida, la esclavitud aherrrojaba á los hijos de Jesús, y los pueblos latinos corrían inminente peligro. Todo conducía á sospechar, que muy pronto la media luna se apoderaría del Occidente por completo.

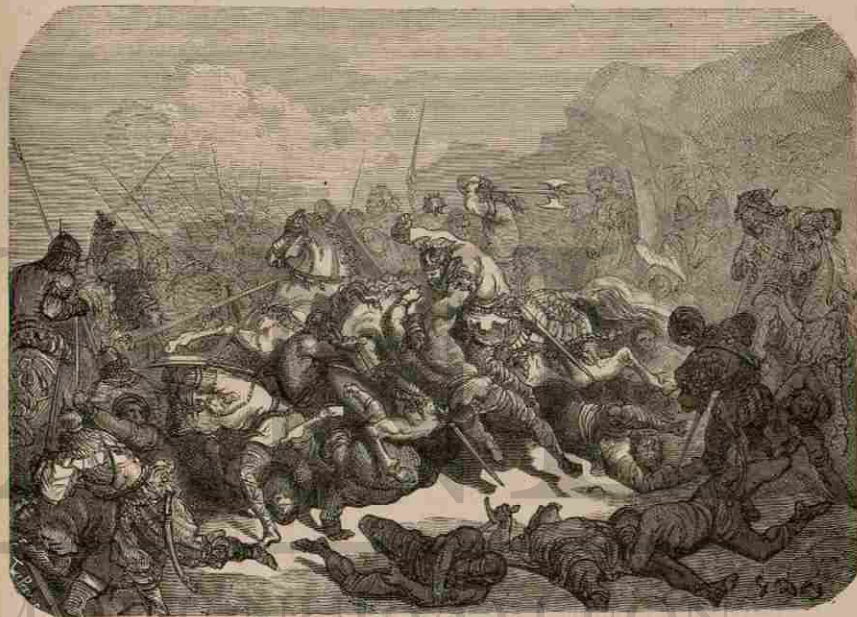
La victoria de Poitiers marcó el límite de aquellas devastadoras conquistas, que vinieron á afanzarse en España con la instalación del califato. Por fortuna las enemistades y continuadas revueltas de los hijos del Korán, sus defecciones y asesinatos, según hemos apuntado, habían preocupado á los principales jefes, los cuales no pudieron evitar que los príncipes cristianos aumentasen el número de guerreros y capitanes, extendiendo las fronteras de sus nacientes reinos. Estos monarcas olvidaron, más de una vez, su sagrada misión por rencillas de familia, que amenguaban su importancia y retardaban la anhelada reconquista.

En medio de aquella constante agitación durante los primeros siglos que siguieron á la invasión de los musulmanes, sólo la Iglesia de Jesucristo supo conservar con valor heroico su independencia y unidad, sin que le arredraran las víctimas y los mártires inmolados por su fe inquebrantable y su ardiente entusiasmo en la doctrina santa del Crucificado. De aquí proviene la superioridad del Romano pontífice.

En vano se dirá que los árabes midieron un grado de círculo terrestre, ó que resolvieron varios problemas de álgebra y geometría; que en astronomía, en física y en química estuvieron á gran altura, que hubo entre ellos filósofos y médicos profundos, oradores, poetas y políticos, que no faltaron músicos, y que, en fin, cultivaron con provecho cuanto en su tiempo se conocía y sabía. Toda esta riqueza, todos estos tesoros de la ciencia que buscaron entre las escuelas griegas y especialmente en Aristóteles, cuyos libros encontraron

traducidos al árabe porque ellos no sabían griego, fueron comentados con inusitada libertad.

Por otra parte, la religión del profeta hieló el corazón y seca el cerebro, porque en ella todo es aridez y muerte. Tuvieron que faltar á los preceptos alcoránicos para que en las mezquitas pudiera lucir la ornamentación y la riqueza de minuciosos detalles y delicados primores creados por su ardiente fantasía, que todos admiramos al recorrer los restos de estos palacios y mezquitas.



Batalla de Poitiers.

Lejos de nosotros dudar de las bellezas artísticas de los árabes, y aun mejor de los moros, durante su larga permanencia en España. Bellezas que más de una vez hemos contemplado en Zaragoza y Valencia, y, sobre todo en Córdoba, Toledo y Sevilla y en nuestra querida Granada. ¿En qué época comenzaron los sectarios del islam á fundar sus escuelas y madrizas en la capital del califato? Si los escritores españoles eran cortos en número y concisos en demasía, porque la grande empresa de la reconquista absorbía todo su ser, no por ello dejaron olvidados los apuntes históricos de indisputable mérito, los



cuales si bien no pueden llamarse *historias* han servido, no obstante, para escribirlas.

No podemos aceptar, que la civilización de los árabes en España floreciese durante los 44 años que trascurrieron desde la conquista hasta la presencia del primer Omeyya, que fundó el califato de Occidente. Las contiendas y las rivalidades de los jefes, los desmanes y atropellos de los wacis, las continuas defecciones de los malcontentos y revoltosos y la guerra con los cristianos, fueron causas poderosísimas que alejaron toda idea de una civilización formal y suficientemente robustecida, para que ostentase una grandeza y prosperidad digna de elogio. Esta civilización verdadera la encontramos al afianzarse el califato de Córdoba, y á ella debió contribuir la de los griegos, judíos y romanos.

Y que los islamitas españoles siguieron después de la conquista la civilización romana y goda, en su mayor parte, parece testificarlo el estudio practicado en los monumentos que se conservan de aquellos tiempos. Las grandes y múltiples vías romanas descritas en el *Itinerario de Antonino* y en el *Anónimo de Ravena*, estudiadas con tanto acierto por Cornide, Fernández-Guerra (Sr. D. Aureliano), Saavedra (Sr. D. Eduardo), Caballero, Coello (Sr. D. Francisco), Zeán Bermúdez, Gómez Arteché, Hübner y otros sabios, son una prueba que no puede reprocharse. Lo repetimos: los árabes españoles fueron agricultores, industriales y manufactureros; cultivaron la filosofía y la medicina; vémosles que sobresalen en la botánica y en la farmacia, en la poesía y en la literatura, ejerciendo grande influencia durante el período de la Edad Media; pero esta civilización no la importaron del Oriente, sino que cultivaron en provecho propio la que poseían los cristianos y los judíos *sphardim*. En verdad que se siente un disgusto indefinible cuando se estudian los escritos de muchos pensadores modernos, todos hombres ilustres por sus conocimientos, al ver como elevan sus elogios al pináculo del entusiasmo, ensalzando á los hijos del islamismo más de lo justo y razonable. Nos parece que algunos de estos trabajos revelan cierta intolerancia, y una disposición preconcebida para desprestigiar, en determinados casos, el Catolicismo. Y si no ¿por qué admitieron á pesar de su tan decantada ciencia astronómica el sistema de Claudio Ptolomeo, que imperó durante trece siglos no interrumpidos?

Con bastante ligereza é inoportunidad nos recuerda el señor Profesor de ciencias exactas del Instituto libre de Estepa D. Ubaldo Romero Quiñones en su libro intitulado *La religión de la Ciencia*, trayendo á plaza la mayor parte de los primeros científicos de los árabes que da á conocer Draper en su obra de *Los conflictos*, á la que aquel Profesor se halla muy encariñado, « que Al-Mamun conoció la esfericidad de la tierra y dió orden á sus matemáticos

de medir un grado de círculo terrestre; que crearon la química (sic) y fundaron los primeros observatorios astronómicos en Sevilla, la *Giralda* y Samarcanda... etc.» El profesor Draper nos dice respecto á observatorios y escuelas lo que sigue: «El imperio árabe se cubrió en todas partes de escuelas y colegios; los hubo en Mongolia, en Tartaria, en Marruecos, en Fez y en España: en uno de los extremos de este vasto imperio, mucho más extenso que el romano, se elevaba el observatorio de Samarcanda, y en el otro el de la Giralda en Es-



El Alcazar de Sevilla.

paña... etc.» (Traducción ya citada). Consideramos un descuido pasajero del señor Romero Quiñones aquello *del observatorio de Sevilla y del de la Giralda*; porque todos los españoles y en particular si son andaluces, saben que la Giralda, que pudo ser el observatorio astronómico del amir de Sevilla, es la torre que tiene hoy la catedral sevillana y aun conserva aquel mismo nombre.

Ya hemos dicho que el saber de los sectarios de Mahoma en España se exagera demasiado por los arabistas, y causa extrañeza que, después de tanto sa-



ber y tanta ciencia que han hecho exclamar al señor Quiñones: «La ciencia matemática árabe, que era por entonces la síntesis más completa del mundo intelectual, nutrida de sabiduría... etc.,» el califa Al-Mamun hiciera traducir al árabe el tratado de Ptolomeo (Claudio) sobre la matemática celeste que dió á conocer con el nombre de *almagesto*. No se comprende, decimos nosotros, como tantos sabios islamitas incluso el mismo Califa y luégo sus sucesores, que conocían perfectamente la esfericidad de la tierra y otros muchos problemas, que tardaron aún siglos en darse á los vientos de la publicidad, dieran tanta importancia á la sintaxis de Claudio Ptolomeo que se halla en completa y absoluta contradicción con el cúmulo de observaciones practicadas por los árabes en aquellos tiempos en las orillas del Mar Negro y en la llanura de Shinar y después próximo á Cufa en Mesopotamia. La aceptación unánime y general que tuvo entre los árabes el sistema de Ptolomeo, que después del califato de Al-Mamun siguió imperando en absoluto por todo el mundo científico hasta el siglo xvii, nos demuestra, que los conocimientos astronómicos de los islamitas en los siglos vii y siguientes hasta su completa expulsión de España á fines del siglo xv, no estaban á mayor altura que los que poseían la generalidad de los hombres consagrados al estudio de los fenómenos naturales, y con especialidad los celestes; porque de no ser así el califa Al-Mamun no hubiera perdido el tiempo mandando traducir al árabe el sistema de Claudio Ptolomeo, que estaba en completa oposición con los conocimientos que, se dice, había adquirido sobre la esfericidad de nuestro planeta.

Los estudios en el fecundo campo de la historia dan á conocer las vicisitudes y vaivenes de los pueblos, sus glorias y adversidades, sus pasiones y miserias, sus luchas intestinas y sus constantes aspiraciones para alcanzar todos los adelantos y progresos de la humanidad. Por esto nos parece un poco forzada la definición que ha dado de la Historia un sabio profesor á quien la suerte, como á otros muchos, tal vez, no le ha sido propicia.

«La *historia*, según opina el señor Lingard, sólo presenta un cuadro repugnante de las miserias que ha sufrido la humanidad por las pasiones de algunos hombres.» Si en determinados episodios hay alguna verdad, no podemos estar conformes en el todo de la definición. La *historia* será siempre el crisol donde se purifiquen y aquilaten los errores de la humanidad, y el espejo que refleje todos sus extravíos, sus virtudes y sus heroicidades. Para F. Schlegel la historia es una lucha constante de las naciones y de los individuos contra los poderes invisibles.

Los estudios en el campo de la filosofía enseñan las conquistas pacíficas de la ciencia, sus múltiples y variadas aplicaciones, y el sin número de hipótesis y teorías que se han dado á conocer para explicar los diferentes fenómenos

que se presentan, ya en el orden moral y psíquico, ya en la esfera del derecho natural, ya, en fin, en la constante evolución del mundo físico y experimental.

El paganismo, divinizando la materia y santificando el poder y la tiranía, apresuró la ruina de la antigüedad. La decadencia moral provenía de la falta de fe y de creencias religiosas. El Evangelio vino á salvar la sociedad, y el Catolicismo enseñó á adorar á Dios, espíritu puro, esencia increada, unidad indivisible que guía y dirige las leyes generales y particulares así de lo infinitamente grande como de lo infinitamente pequeño.

El Cristianismo tomó su puro y radiante vuelo desde las criptas sagradas, donde los santos Mártires con sus sublimes esencias espirituales trasportaron aquellos dogmas y preceptos por todo el ámbito de la tierra. El pensamiento de Dios los iluminaba cual antorcha refulgente para el consuelo de la humanidad. Es que el Catolicismo, siempre grande, siempre augusto y misericordioso, derramó con frecuencia agua bendita en la tumba de sus obecados enemigos.

Se pretende con insistencia que existen desacuerdos entre el Catolicismo y la ciencia experimental, y de ahí nace la indiferencia, ya que no el menosprecio, con sus sagrados dogmas. El progreso de la ciencia será variable é ilimitado, y en su esplendoroso camino jamás se encontrará en oposición con las creencias dogmáticas católicas, que son infinitas, permanentes é inmutables por su naturaleza y origen divino. En la lucha que hemos examinado entre el Cristianismo que nacia y el paganismo que agonizaba, se descubre un hecho verdadero é innegable; el íntimo consorcio entre la Religión de Cristo y la ciencia experimental.

En las conquistas de los hijos del islam, sólo hemos visto fanatismo, destrucción y muerte primero, fatalismo luégo y exageración y exclusivismo después. La ciencia del árabe consignada en el gran libro del Profeta, Al-Korán, es un tejido de principios y preceptos inconexos, que muchos de ellos ni siquiera están dentro el buen sentido y del criterio racional; de ese criterio que se adquiere contemplando los fenómenos naturales, psíquicos y morales que se reproducen constantemente con pasmosa regularidad y armonía, ó se realizan en el movimiento progresivo de la vida de los pueblos.

La milagrosa reaparición de la monarquía española en Asturias, la manera como fué desarrollándose paulatinamente y el prestigio que alcanzara en medio de tan poderosos enemigos, son circunstancias dignas de llamar la atención del lector católico.

Las concesiones que los musulmanes hicieron á los españoles en determinados casos, respondían á una necesidad imperiosa del momento; tal era la de



conservar, en lo posible, el país conquistado para que los moradores continuaran en sus faenas cotidianas. ¡Ah! Los españoles sufrieron grandes y penosas humillaciones, á pesar de la política y sagacidad de los conquistadores al llevar á cabo algún tratado; que no pasa un pueblo de una á otra dominación sin que vea quebrantados los fueros de su independencia y perdidos todos los sagrados derechos de sus leyes y creencias religiosas.

Hoy que la crítica mordaz y apasionada halla con frecuencia ocasión propicia para desprestigiar cuanto tiene relación con el Catolicismo, enalteciendo la autoridad y la ciencia de los musulmanes, sin cuidarse de ser justos é imparciales al dar á conocer aquellos héroes y capitanes, que sin parar en dificultades ni tropiezos emprendieron con denuedo y bizarría la colosal empresa de restaurar la monarquía goda, y con ella la reconquista de la patria oprimida; la Religión ultrajada y las leyes, usos y costumbres hollados y mancillados por el árabe vencedor; hoy que se sacan á plaza las opiniones de filósofos antiguos y las creencias ya olvidadas de sectas sin crédito ni prestigio, para inventar delirios á los cuales se les ha dado el nombre de *conflictos*, y para que causen efecto se les pone frente á frente del Catolicismo; el conocimiento de los principales acontecimientos de la reconquista de la historia patria y de la evolución científica; en la forma que venimos haciéndolo, abrirá extensos horizontes iluminados con la luz de la verdad y del recto sentido. En vano se pretende que la Iglesia de Jesucristo ha variado en el trascurso de los siglos, confundiendo con el dogma la influencia que el Pontífice pudiera tener en los negocios públicos y civiles. El dogma de la Iglesia cristiana católica sigue constante en su misión civilizadora, de tal manera, que cuantos esfuerzos hagan los positivistas y ateos serán infructuosos.

Ya lo hemos dicho y repetimos ahora. No combatimos directamente ninguna escuela ni secta; estudiamos los principales problemas de la ciencia en sus diferentes fases, y con ello los errores de Draper y su escuela y demás sectas ateas para que nuestros lectores conozcan los abismos á que conduce el racionalismo.

¡Desventurados los racionalistas, dice el R. P. José Mendive en su libro intitulado *la Religión católica vindicada de las imposturas racionalistas*, que, en medio de tanta luz, se ciegan temerarios por su propia voluntad, y no quieren ver lo que está patente á los ojos de todo el mundo.

Se han dado á la prensa multitud de producciones científicas ó literarias en pequeños volúmenes, que la juventud busca con avidez y lee con curiosidad, en los cuales más ó menos directamente, ó con inimitable desenfado, se ataca la verdadera Religión, perturbando la marcha tranquila y sosegada á la par que majestuosa, que vienen siguiendo hace años los estudios de geología,

paleontología, biología, morfología y antropología, y los de física, química é historia natural... etc.

Han hecho en nuestros días mucho ruido *la Historia de los conflictos entre la Religión y la ciencia*, que el señor Draper nos ha dado á conocer; pero en este libro no vemos que se haya resuelto ninguno de los problemas fundamentales que traen en desacuerdo á los sabios actuales. Á decir verdad, el tal libro sólo ha producido escándalo.

También han sido de gran efecto los escritos publicados con los ilustres nombres de los señores Boucher de Perthes, Büchner, Hon, Wogl, Huxley, Hæckel, Darwin... etc. Todos ellos, en general, nos hablan con entusiasmo de la *naturaleza*, de los fenómenos *naturales*, de las fuerzas *naturales*, de las leyes de la *naturaleza*... etc.; y, dicho sea de paso, aun no hemos definido y fijado de un modo real lo que debe entenderse por la palabra *naturaleza*. Aquí pudiéramos decir con un autor moderno: «Dáis á la palabra *naturaleza* un valor autoritario, absoluto, supremo, incondicional, y no señaláis si se limita á nuestro planeta, al sistema solar ó al Universo pancósmico.»

Nosotros vemos ahora la cuestión de siempre. Nos parece que retumban por nuestros oídos los gritos desaforados de los enciclopedistas y las blasfemias de sus hermanos los escépticos y racionalistas, durante la mayor parte del siglo pasado; empero la lucha está planteada ahora con más hipocresía, porque los que atacan al Catolicismo lo hacen casi siempre sin nombrarle, dirigiendo sus envenenados tiros á desvirtuar los dogmas, escudados en los descubrimientos y teorías de la ciencia experimental. En los tiempos que corremos hay más intención y malicia.

Los trastornos políticos exaltan las pasiones de los hombres, que siempre tumultuosas y desordenadas é influidas por una filosofía errónea y capciosa, lejos de mejorar la administración pública y la condición del obrero, han servido para zaherir el sentimiento católico y los dogmas que le sirven de fundamento.

Somos francos: creemos que el positivismo y el materialismo contemporáneos se esfuerzan en vano sacando á plaza cuestiones debatidas en otras épocas, donde el Catolicismo tiene demostrado con elocuente lenguaje su origen divino. Jesucristo es el pan de la vida, no el simple revelador de una nueva religión. El Cristo Hijo de Dios coetáneo con el Padre. La filosofía en sus especulaciones ha encontrado obstáculos insuperables, que sólo ha conseguido vencer amparándose de la noción cristiana. Esa anhelada *unidad* buscada con afán por aquellos que proscriben la metafísica, se aprecia perfectamente en el conocimiento de Dios por el Cristo y en el Cristo. Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo: Dios de Dios, uno en esencia y trino en personas... ¡Nos que-



rrá decir el señor Draper, si en esta creencia cristiana católica se perjudica la fuerza expansiva del vapor, la acción de las corrientes de la electricidad dinámica, las modificaciones que la luz hace experimentar á ciertos compuestos

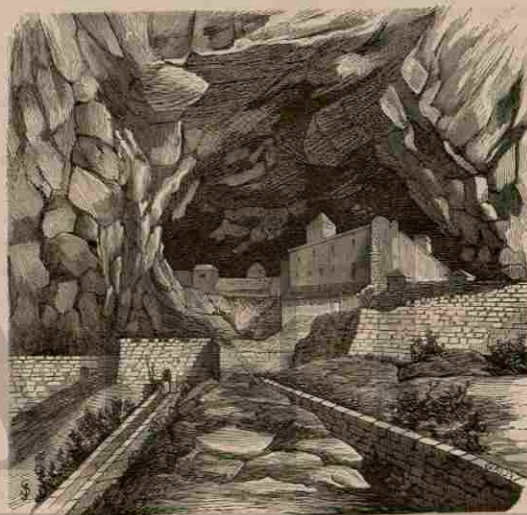


Pelayo.

químicos, las diferentes ondulaciones del misterioso éter, ó al movimiento armónico de lo muy grande ni de lo muy pequeño?

Os afanáis, repetimos, en buscar la unidad, queréis que no haya más que una fuerza, una materia, una ley, y os olvidáis de reconocer esta suspirada *unidad* en la Iglesia cristiana. Allí está lo absoluto con todo su esplendor y ma-

jestad augusta. En el principio cristiano veréis condensada la perfección, que demuestra la verdad despojada de mistificaciones y deslumbradoras utopías. Ante la fe católica desaparece el paria y el faquir, no existe el sudra y el hebreo; el sunnya, el eslavo, el ilota y el siervo adquieren la dignidad propia y peculiar al sér humano; todos resultan iguales ante Dios. La humanidad os enseña la unidad apetecida, la unidad que tanto os interesa conocer, y que buscáis en los arcanos insondables de los fenómenos naturales. Ante la ciencia de la naturaleza.—no lo olvidéis.—nada hay que sea absoluto, sólo se encuen-



Covadonga.

tran relaciones de dimensión, peso é intensidad, que apreciamos y medimos de un modo convencional y hasta arbitrario.

Los árabes, quizá diríamos mejor los bereberes, capitaneados por Tárík, Muza y otros caudillos, engolfados en sujetar las ricas comarcas españolas, habían mirado con menosprecio las quebradas regiones donde se refugiaron los fugitivos cristianos. Del fondo de aquellas grutas inaccesibles, de las entrañas de cuevas insondables, del corazón de empinadas montañas, de la cima de elevados cerros, del confin de dilatados bosques, salió el eco guerrero que llamó á todos los buenos españoles para defender la libertad, la religión y la patria (718). Todos aquellos que no transigieron con el nuevo sistema civil,



político y religioso establecido por los conquistadores, vinieron á condensarse en las quebradas regiones de Asturias y Vizcaya, habitadas por los galegos y astures y por algunos otros pueblos, que acudieron presurosos á tan patriótico como santo llamamiento.

Apenas trascurrieron tres años, cuando estaban ya establecidos en las llanuras de Canicas, y levantaron á Pelayo sobre el pavés asturiano.

Al Kamah fué derrotado al pié del monte Auseba. La naturaleza se conjuró contra el árabe usurpador, y las flechas, los dardos, los peñascos y hasta el desbordamiento del río Deva ayudaron al naciente ejército de Pelayo, y Covadonga sirvió de tumba á los infieles y traidores.

Á la muerte de Don Pelayo ocupó el trono de Asturias su hijo Don Favila, que fué víctima de la ferocidad de un oso.

Le substituyó Don Alonso I, llamado el *Católico*, casado con Ormesinda hija de Don Pelayo, que ensanchó sus conquistas dejando el cetro á su hijo Don Fruela I. Este esforzado y valiente monarca ganó la batalla de Pontumio, y fué asesinado por los suyos.

El trono asturiano se vió regido por su tío Don Aurelio que había asesinado á su hermano, pero á su vez, fué también víctima del puñal de los revoltosos capitaneados por Gutierre Osorio. Luégo la corona pasó á su hermano Don Silo, que se asoció á Don Alfonso II; no sin que durante su reinado dejara de ser afortunado en algunas batallas.

Don Mauregato se apoderó de la corona ayudado del califa de Córdoba, y en recompensa, dícese que pactó el tributo llamado de las *cien doncellas*. Los autores de más crédito niegan tan ignominioso tributo, que repugna á la dignidad humana.

La nobleza unida con el pueblo, eligió por monarca á Don Veremundo I, *Diácono*, el cual renunció la corona á su legítimo heredero Don Alonso II apellidado el *Casto*. Este monarca realizó grandes y atrevidas excursiones y reinó 31 años, llamándose rey de Oviedo.

Á su muerte la corte nombró á Don Ramiro I, que tenía por competidor al conde Nepociano: en este reinado colocó el arzobispo Don Rodrigo la ilusoria batalla de Clavijo.

Le sucedió su hijo Don Ordoño I, en cuyo reinado los cristianos fueron perseguidos con inaudita crueldad. Al bajar al sepulcro, el cetro pasó á manos de su hijo Don Alfonso III, llamado el *Magno* por sus proezas, quien dió gran impulso á la restauración. Sus tres hijos le fueron ingratos, empero todos llegaron á empuñar el cetro de Asturias. En este reinado floreció el célebre Bernardo del Carpio.

Mientras en Asturias se cimentaba una nueva monarquía por los heroicos

esfuerzos de un puñado de valientes españoles, en Cataluña otro hombre arrojado y de corazón noble, llamado Otger, que se había refugiado también entre las breñas y escarpadas rocas de los Pirineos, levantaba un nuevo estandarte (754) para defender asimismo su religión é independencia y destruir al enemigo común. Nueve esforzados varones apellidados después los *nueve barones de la fanu* se unieron al esforzado caudillo, y muy pronto se formó una hueste respetable y temible que aterró á los ejércitos agarenos. Las victorias alcanzadas en el valle de Aneu y en el de Ampurias, junto con los continuados encuentros, en los cuales siempre fué Otger el vencedor, llegaron á sembrar el terror y el espanto entre los sectarios del falso profeta.

Por muerte del invencible Otger y oyendo las amonestaciones del guerrero moribundo, fué elegido como caudillo Dapifer de Moncada, quien legó su cometido á Seniofré, tomando desde luégo el nombre de los *Independientes de Cataluña*.

Los árabes habían adelantado en sus conquistas y dominaban el país hasta Narbona. Empero Ludovico Pio envió sus soldados para vengar anteriores derrotas, los cuales tuvieron que replegarse no pudiendo resistir al empuje de la caballería musulmica que acaudillaba Al-Kakem. El Consejo de Tolosa acordó no obstante volver otra vez á la lucha (796) y organizó nueva expedición á las órdenes de Ludovico, que afortunadamente dió los más felices resultados, llegando á bloquear á Barcelona, que no pudieron conquistar después de muchos y repetidos combates. Mas nuevos y valientes guerreros animaron á los sitiadores, el caudillo musulman Zeid quiso buscar un apoyo seguro y eficaz en el amir de Córdoba, pero cayó prisionero; la ciudad heroica falta de su capitán se entregó á los soldados de Ludovico capitaneados por Guillermo de Tolosa. Barcelona fué erigida en *condado*, siendo su primer conde el intrépido Bara; después de la victoria se distribuyeron entre aquellos guerreros muchas mercedes y distinciones.

Bara al frente de un cuerpo de ejército y ayudado de otros caudillos coadyuvó para que Ludovico llevara á feliz término la conquista de Tortosa, que no pudieron realizar por la tenaz resistencia que los moros opusieron, levantando el sitio después de un reñido y sangriento combate. Al año siguiente volvieron á la lucha con el mismo resultado; pero en la tercera expedición guiada con mejor fortuna, logró el ejército de Ludovico posesionarse de la codiciada ciudad. El conde de Urgel derrotó á los piratas en las aguas de Mallorca, que estaban ya fuera de la tregua celebrada por Ludovico; y acusado el conde Bara de traidor, quedó vencido en el juicio de Dios por Senila. De aquí el que se nombrara para conde de Barcelona á Bernardo, hijo de Guillermo de Tolosa. Empero acusado á su vez de traición para con su rey y señor, murió después



de varias alternativas, dejando á la posteridad trágica y plañidera memoria. En los tiempos de este conde los sectarios de Mahoma se apoderaron otra vez de Barcelona y Urgel.

Los partidarios del conde Bara levantaron el estandarte de rebelión, capitaneados por Ayzón. Parecía en su principio que saldrían airosos con su empresa, pero tuvieron que refugiarse en Zaragoza, huyendo del ejército franco que les perseguía.

Bernardo había recibido grandes mercedes de Ludovico, y se le acusaba de mantener con la emperatriz criminales amores, por cuya causa se le despojó



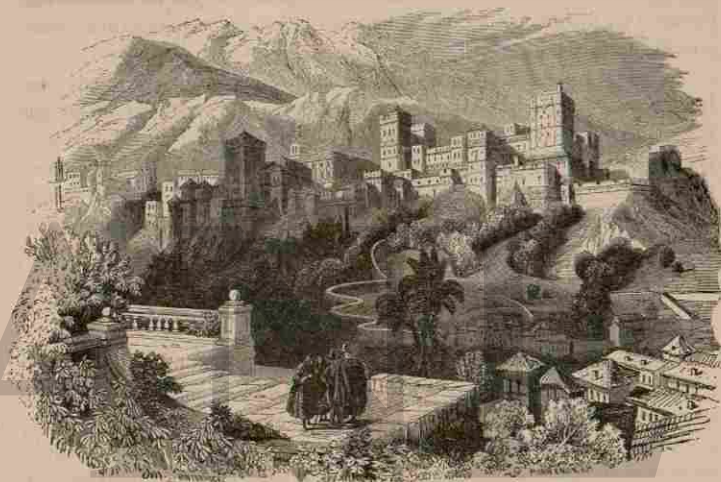
Ramon Berenguer I el Viejo, séptimo conde de Barcelona.

de todos sus honores y dignidades: el condado de Barcelona pasó á Berenguer hijo de Hunrico, el cual sólo reinó cuatro años. A su muerte el condado volvió á Bernardo reconciliado ya con el emperador.

Muerto el conde Bernardo trágicamente, pasó el condado de Barcelona á Seniofredo, á éste siguió Aledrán, después se nombró á Guillermo, y luego á Alarico ó Udalrico, que parece estaba casado con una hija de Bara.

Al propio tiempo entre los navarros, en el último cuarto del siglo nono, aparece como fundador de una monarquía García ó Garcés, hijo de García Arista, llamado Iñigo Arista ó Sancho Iñigo, quien celebró un pacto con Don Ordoño I, intitulándose gobernador de Pamplona.

Durante aquellas luchas intestinas que traían á los musulmanes en completo desconcierto, los cristianos no supieron ó no quisieron aprovechar tan favorable coincidencia para destruir al enemigo común. Verdad que las rivalidades pululaban también entre los defensores de la fe, y los magnates y poderosos señores sólo aspiraban á declararse independientes imitando á los sarracenos. De modo que unos y otros tendieron á fraccionarse, siguiendo el espíritu feudal de la época. En medio de aquellas rebeliones y constantes intrigas, no faltó algún príncipe pusilánime, que descuidando su sagrado compromiso olvidara que



La Alhambra de Granada.

en manera alguna debía desatender su misión de liberrar á su patria del yugo sarraceno, lo cual no era incompatible con el fervor de un rey cristiano.

Los tres hijos de Don Alfonso III se repartieron la monarquía después de la muerte de su padre. Tocóle á Don García el reino de León, que pasó á su hermano Don Ordoño II, titulado ya rey de Galicia. Este monarca emprendió jornada contra moros y murió en Zamora, pasando la corona á las sienes de su otro hermano Don Fruela II, que llevaba el título de rey de Oviedo. Empero, orlaron sus sienes las coronas de Asturias y León refundidas en una sola.

Don Alonso, cuarto de este nombre, llamado el *Monje*, hijo del anterior monarca, renunció el cetro á favor de su hermano Don Ramiro II, el cual después de haber castigado á sus parientes, alcanzó repetidas victorias contra mo-



ros. Durante este reinado se ha supuesto también la batalla de Clavijo. A la muerte del monarca la corona de León pasó á las sienes de su hijo primogénito Don Ordoño III, que de grave dolencia murió en Zamora.

Subió al trono Don Sancho I, llamado el *Craso*, y creyendo que sería inútil por su mucha obesidad, pretendió la corona Don Ordoño IV, apellidado el *Malo*; pero vuelto el monarca legítimo á su agilidad natural, recuperó el centro, y el intruso huyó cobardemente para acabar la vida entre los agarenos.

Al bajar á la tumba Don Sancho I, ocupó el trono de León su hijo D. Ramiro III, que hurano y sin prestigio descendió al sepulcro, siendo proclamado Don Bermudo II. Este monarca ganó á Al-Manzor la famosa batalla de Calatañazor, y murió agravado de la gota...

Según las antiguas crónicas catalanas, siguió á los Independientes de Cataluña un tal Jofré, Vifredo ó Humfrido, señor de Ria ó de Arriá, en Conflent que gobernaba el país con independencia. Por haber marchado contra Tolosa se le privó de todos sus títulos y honores; empero cuando deseoso de sincerarse cumplidamente de los cargos que le imputaban sus enemigos, se dirigía á la corte acompañado de su hijo, en el camino fué asesinado villanamente por los partidarios del conde Salomón ó tal vez por el mismo conde. El joven Vifredo, que apenas contaba diez años de edad, juró sobre el cadáver de su padre vengar aquella infame muerte, y siguió á los asesinos hasta la corte de Carlos el Calvo.

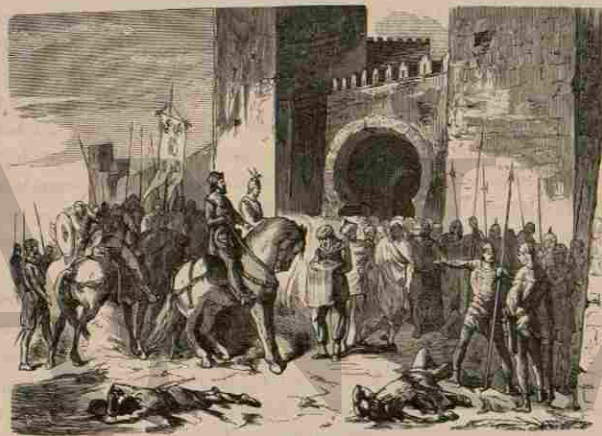
Salomón que era conde de Cerdeña y Rosellón, lo fué también de Barcelona; y es común opinión que murió á manos del Velloso para aplacar los manes de su padre. Todos estos condes fueron feudatarios de los reyes carlovingios.

Vifredo llamado el *Velloso*, fué educado por el conde Balduino, y hallándose en edad competente vino á Barcelona, donde dió muerte al conde Salomón, que había sido el asesino de su padre, proclamándose conde de Barcelona. Casóse luego con Vinidilda hija de los condes sus amigos y protectores, dando por todas partes pruebas repetidas de su valor y arrojo: tales fueron sus extraordinarios prodigios que fué considerado como el primer guerrero de su tiempo. Herido en la batalla que sostuvo contra los normandos, y pidiendo al monarca una divisa para escudo, Carlos mojó los cuatro dedos en la sangre del guerrero y señaló cuatro barras, diciendo: *De hoy más estas serán, conde, vuestras armas*: tal es el origen del escudo catalán.

Los musulmanes aprovecharon la larga ausencia de Vifredo y se apoderaron de varias plazas; mas apenas restablecido de sus heridas pidió permiso al rey para lanzarlos de sus estados, y además que le librara del feudo, todo lo cual fué concedido por Carlos, arrancando de aquí la soberanía de los condes de Barcelona. Los sarracenos se retiraron ante el valor indomable y la tenaci-

dad del Velloso; el cual ayudado de sus buenos catalanes recorrió en triunfo las comarcas de Lérida, Barcelona y Narbona. En estas gloriosas conquistas es fama que tomaron parte varios hermanos suyos. Es opinión de muchos eruditos, que Vifredo el Velloso murió en el año 898, pasando el triple condado de Barcelona, Ausona y Gerona á su hijo Vifredo II.

El Velloso á su muerte tenía nueve hijos. Vifredo II en quien recayó la soberanía era el segundo, porque el primero llamado Rodulfo era abad del monasterio de Ripoll fundado por su padre. Vifredo II, que algunos conocen con el nombre de Borrell I, continuó la guerra contra los moros, y parece que murió de veneno, dejando una hija que se apellidaba Riquilda (912).



Toma de Sevilla por San Fernando.

Por muerte de Vifredo II la corona condal pasó á las sienes de su hermano Sunyer, que poseía el condado de Besalú y carecía de sucesión varonil. Pocas empresas guerreras acometió este príncipe y sólo protegió las fundaciones religiosas, retirándose en el monasterio de la Grasa, donde concluyó sus días. El trono condal se dividió entre Borrell y Mirón su hermano, que murió muy pronto sin dejar sucesión. Sólo quedó Borrell II, que tuvo que hacer frente á todos los contratiempos y vicisitudes que se suscitaron, protegiendo no obstante á las ciencias, de las que fué muy adicto y admirador. De vuelta de Roma perdió á su esposa Lutgarda, y desde entonces comenzaron las desgracias de Cataluña; Barcelona cayó en poder de Al-Manzor, y Borrell llamó á todos los nobles y gentes de guerra. Un ejército de valientes caballeros, aumentado con



nuevecientos guerreros llamados *homens de paratge*, cayó cual nube de fuego sobre la hueste mahometana y recuperó la envidiada ciudad, siguiendo sus victorias hasta haber reconquistado todo el condado. Borrell II bajó al sepulcro á los pocos años (992).

Los condados de Barcelona, Ausona, Manresa y Gerona pasaron á su hijo primogénito Ramón Borrell III, y el de Urgel á su segundo llamado Armengol. Los moros volvieron otra vez á Cataluña, hasta que llegó á celebrarse una alianza con los catalanes, de la cual resultó la expedición que éstos hicieron á Córdoba, donde alcanzaron abundantes laureles (1010). Vuélto Borrell III á la capital de sus estados se entregó al cuidado y fomento de su reino, habiéndole sobrecogido la muerte. La corona pasó á su único hijo llamado el *Curvo*...

Sancho García pudo extender el territorio de Navarra, y entregó el gobierno á su hijo García (Abarca), que perdió la batalla de Val-de-Junquera. Por su muerte pasó el cetro á su hijo Don García II llamado el *Tembón*...

Los castellanos eligieron dos magistrados, que fueron Nuño Rasura y Lain Calvo. Al primero le sucedió su primogénito Nuño Fernández, y el sucesor de éste llamado Fernán González tomó el título de *Conde*, apoderándose de Talavera y Madrid. Este conde fué el fundador del trono de Castilla, tratando paces con el califa de Córdoba: murió en Búrgos. Antes se habían reconocido como condes de Castilla á Don Rodrigo, Don Diego Rodríguez y Don Gonzalo Rodríguez.

Á la muerte de Don Bermudo II la corona de Asturias y León pasó á las sienes de su hijo Don Alfonso V, que falleció en el cerco de Visco. Ocupó el trono Don Bermudo III, que desgraciadamente vino á sucumbir en la batalla de Carrión: era el último descendiente de Don Alfonso I (el católico). Doña Sancha, su hermana, heredó á Asturias y León, y casada con Don Fernando I, reunió este monarca bajo su cetro á Castilla, Asturias y León, realizando muchas conquistas á los musulimes acompañado siempre de su esposa (1037). Don Fernando era hijo segundo del de Navarra.

Don Sancho II llamado el *Fuerte*, hizo á sus hermanos cruda guerra y reunió de nuevo á Castilla y León que se habían separado por disposición de su padre, siendo víctima en el sitio de Zamora de un bote de lanza que le diera Vellido Dolfos.

Don Alonso, que se hallaba en Toledo protegido por Al Mamun, fué elevado al trono: era el *sesto* de este nombre y se le distinguió con el epíteto de el *Bravo*. Gobernó con su hermana Doña Urraca, habiendo jurado en manos del Cid Campeador, Ruy Díaz de Vivar, no haber tenido parte en la muerte de su hermano, y después de la lucha con el aragonés se coronó el hijo de Doña Urraca con el nombre de Alfonso VII: este monarca que se le conoce con el

elevado título de *Emperador*, ganó muchas batallas que le permitieron extender sus dominios. Ya en vida había dividido el reino entre sus dos hijos Sancho y Fernando.

Su primogénito Don Sancho III el *Deseado*, murió en Toledo á los veinte y seis años, y ceñía ya la diadema castellana: dejó un niño de tierna edad que luego fué Don Alfonso VIII. Durante la menoría de este príncipe hubo las terribles contiendas entre las dos poderosas familias Castros y Laras. Fué el vencedor de las Navas, muriendo en la aldea de Arévalo, y dejó á la infanta Doña Berenguela tutora del príncipe Don Enrique.]



Don Jaime I de Aragón el Conquistador.

Guó la corona de Castilla el príncipe Don Enrique I, y en razón á la poca edad del monarca nombróse á Don Álvaro Núñez de Lara en calidad de regente. Su hermana por su mucha discreción, había sido nombrada tutora. El joven monarca murió en Palencia á los trece años, de una herida en la cabeza, ocasionada por un descuido que envolvía grave responsabilidad para el regente.

Á la muerte de Don Fernando II que era rey de León, se proclamó á su hijo Don Alfonso IX, el cual de su segundo matrimonio, anulado como el primero por el Pontífice, tuvo al príncipe Don Fernando, *tercero* de este nombre...

Berenguer Ramón I apellidado el *Curvo*, era todavía muy joven cuando

ciñó la corona condal, teniendo que ponerse al frente de los negocios públicos la condesa viuda Ermesinda. Mujer singular, que á su extraordinaria belleza reunía una gran discreción y ánimo varonil. Empero alcanzando el joven conde la edad conveniente, casó con Sancha hija del Duque de Gascuña, y tomó enseguida las riendas del gobierno, cimentando el derecho y la ley sobre sólidas bases: no fué este conde amigo de guerras ni triunfos estrepitosos. Muerta su esposa casó en segundas nupcias con Guisla hermana del conde Hugo de Ampurias y á su regreso de una expedición que hizo á Roma, pasó á mejor vida, dejando el cetro á su hijo.

Era éste, Ramón Berenguer I, llamado el *Viejo* por su tino, sensatez y prudencia en el gobierno, el cual contrajo matrimonio con Isabel, hija al parecer del conde de Carcasona. Cataluña presentaba en su conjunto un estado abatido y lastimoso, y para buscar un remedio eficaz á tanta postración moral, creyó conveniente convocar una asamblea de magnates, donde se decretó la llamada *tregua de Dios*, y otros preceptos y medidas en beneficio de la Religión y sus ministros.

Restauró las fronteras donde hizo levantar varios castillos y supo reprimir con mano fuerte la soberanía de la casa Vizcondal y la de otros elevados personajes, llegando hasta el punto de que los moros le rindiesen parias.

En esta época (1030) existían en Cataluña los condados de Urgel gobernado por Armengol II, el de Ampurias donde se hallaba Hugo hijo de Vifredo conde del Rosellón y Ampurias (el del Rosellón tocó por herencia á Gilaberto), el de Besalú gobernado por Bernardo *Talla-ferro*, y el de Cerdaña que lo poseía Vifredo hijo de Oliva Cabreta y después Ramón ó Raymundo su hijo.

Ramón Berenguer I casó en segundas nupcias con Blanca, la cual fué repudiada para contraer tercer matrimonio con Almodis, de la que tuvo cuatro hijos; dos de ellos gemelos. Paseó sus armas triunfantes por Urgel, Lérida y Tarragona, obligando al amir de Zaragoza á pagarle parias y celebrando varios tratados y alianzas que le permitieron ensanchar sus Estados: la consagración de la catedral de Barcelona extendió la jurisdicción eclesiástica. En su última época planteó la reforma civil y procuró remediar los males que afligian á la Iglesia; se compilaron los *Usatges*, y poco después se adoptó el oficio romano por la intervención del cardenal Hugo (1071). Para contrabalancear el auxilio que los cristianos de Castilla y Galicia prestaban al amir de Toledo, contrató con el de Sevilla apoyarle con una fuerte hueste de guerreros. Entonces fué cuando se cometió el horroroso parricidio de la condesa Almodis por el hijo primogénito del primer matrimonio, llamado Pedro Ramón, sin que se hayan podido vislumbrar las causas que pudieron inducirle á semejante crimen. El asesino murió en su peregrinación á Tierra Santa; su padre después de tan

triste acontecimiento bajó también al sepulcro: Ramón Berenguer I contaba sólo cincuenta y dos años de edad (1076).

Á la muerte de Ramón Berenguer I el *Viejo*, ciñeron la corona condal de Barcelona, los dos hermanos gemelos. El primero se llamaba Ramón Berenguer II, y el otro Berenguer Ramón II. El uno de carácter dulce, gallarda presencia y blonda y rubia cabellera fué apellidado *Cap d'estopa*; y el segundo más duro y avieso, ha sido señalado por la posteridad con el denigrativo epi-



D. Alfonso X el Sabio.

teto de el *fratricida*. Desde el principio de su reinado hubo poca armonía entre los dos hermanos, dividiéndose entre sí los estados y señoríos, y celebrando al fin un tratado que se le designó con el nombre de *definición y pacificación*. Ramón Berenguer había contraído matrimonio con la hija del duque de Calabria llamada Matilde, y de este enlace nació un hijo que se apellidó como el padre, Ramón Berenguer.

Poco tiempo había trascurrido, cuando yendo de caza Ramón Berenguer, *Cap d'estopa*, entre San Sadurn y Hostalrich, fué asesinado alevosamente: las



crónicas señalan á su hermano como autor de este asesinato: de aquí el sobre nombre de *fratricida*. El cuerpo del desgraciado monarca sacado de un lago, fué sepultado en la catedral de Gerona.

El fratricida se sentó en el trono condal contra lo terminantemente dispuesto por su padre, y Matilde con su hijo recién nacido continuaron en Rodez, viéndose precisada á pedir auxilios á los hermanos Senescal. Muchos nobles y caballeros quisieron vengar la muerte de Ramón Berenguer y se reunieron en asamblea, pero el fratricida supo asegurarse en el trono á despecho de todos, y además obtuvo la codiciada tutela del príncipe su sobrino que había dejado en la orfandad.

Después de haberse salvado en Cataluña de la terrible tormenta, acometió empresas temerarias contra el Cid Campeador, en una de las cuales cayó prisionero; pero recobrada la libertad pudo llevar á término la reconquista de Tarragona (1089). Vuelto de nuevo á la lucha contra Don Rodrigo Diaz de Vivar (el Cid), fué con suerte tan malhadada, que le hizo segunda vez prisionero, siendo rescatado mediante una suma enorme. Después de muchas alternativas y vicisitudes y de haberse celebrado el *juicio de Dios* ante el rey de Castilla, partió para Palestina con la primera cruzada, donde halló una muerte gloriosa, digna, en verdad, del cristiano y del caballero.

El conde Ramón Berenguer III que le sucedió, era aún muy joven cuando comenzó á empuñar las riendas del gobierno. Era la época infausta en que los almorávides dominaban en España. Perdida su primera esposa, que era hija del Cid, contrajo segundas nupcias y celebró diferentes alianzas con varios magnates, consagrándose con preferencia á la guerra contra los musulmanes. La toma de Balaguer, población de no escasa importancia ya por aquellos tiempos, el descalabro de los almorábitos y otras muchas hazañas y conquistas, demuestran hoy el carácter belicoso del conde. Muerta su segunda esposa, celebró terceras nupcias con Dulcía de Provenza, y con la dote de esta señora aumentó sus Estados. Arreglados sus negocios de familia, y puestos en buen orden los ciertos magnates, se dispuso para auxiliar con sus tropas á los pisanos contra los moros mallorquines, y después de haber llamado á los grandes y señores de sus Estados formó una cruzada que salió del puerto de los Alfaques con rumbo á las Baleares.

Grande era para Ramón Berenguer III la gloria que iba á adquirir: conquistó primero á Ibiza y luego se apoderó de Palma de Mallorca después de una lucha obstinada, donde sucumbieron los más valientes capitanes. Vuelto precipitadamente para defender á Barcelona (1113), derrotó á los sectarios de Mahoma en el *paso del Congost*, resolviendo enseguida pasar á Italia en busca de nuevas y gloriosas empresas. Regresa otra vez á Cataluña y rinde muchos castillos y plazas, adquiriendo con justicia el renombre de *Gran Capitán*. Ta-

rragona, Tortosa y Lérida le tejieron una corona de laureles legítimamente adquirida. Tratados y convenios celebrados con los primeros reyes y magnates de la época, colocaron al noble conde de Barcelona Ramón Berenguer III, entre los primeros políticos de su tiempo. Muerta la condesa Dulcía y después de haber arreglado asuntos domésticos de gran interés y trascendencia, hizo que le condujeran al hospital de Santa Eulalia contiguo á su palacio y en traje de templario, como si fuera un humilde mendigo, aguardó la muerte con verdadera resignación cristiana (1131). La posteridad le distinguió llamándole *Berenguer el Grande*.

Toda vez que hubo bajado al sepulcro Ramón Berenguer III, heredó el condado de Barcelona su hijo primogénito Don Ramón Berenguer IV, que apenas contaba diez y siete años de edad. Al comienzo de su soberanía tuvo que reprimir las demasías de la indomable casa de los Castellet, y aconsejado de Olegario, arzobispo de Tarragona, llamó á Cataluña á la Orden de los templarios y trató matrimonio con Beatriz, hija única del conde de Melqueil. Los acontecimientos del reino de Aragón hicieron que Doña Petronila su presunta reina se desposara por razón de Estado con Ramón Berenguer IV, cuyo matrimonio no llegó á consumarse hasta pasados catorce años. Don Ramiro II padre de Petronila había hecho cesión de la corona, y á la vez ordenado á todos sus vasallos que obedeciesen al conde como su rey y señor.

Á pesar de los inconvenientes que se suscitaron, el conde desplegó en este complicado negocio gran tacto y prudencia. La restauración de Aragón y su unión con Cataluña elevaron al conde á su mayor apogeo como guerrero y político previsor, sagaz y entendido. Acallado y sujeto el conde de Ampurias, celebradas paces con el de Navarra y el castellano por la mediación del conde de Tolosa, que dejaron á Berenguer aislado, y zanjados cuantos inconvenientes presentaba el testamento del *Batallador* á favor de los caballeros del Temple, del Hospital y del Santo Sepulcro, órdenes militares todas de gran prestigio y poder, pudo consagrarse á la pacificación y obediencia de varios magnates poderosos que andaban algún tanto soliviantados y descontentos. También se ocupó de la guerra con los báucios, que había tomado colosales proporciones. Vuelto de la conquista de Almería preparó una cruzada para rendir á Tortosa; y á pesar de haber roto la tregua el navarro, pudo aún conquistar á Lérida, Fraga y Mequinenza, donde repartió grandes mercedes ó hizo numerosas donaciones. Llevada á debido efecto la boda con Doña Petronila, nació de esta unión el príncipe Don Ramón que más adelante trocó su nombre por el de Alfonso, siendo el segundo de este nombre.

Recto y justiciero ante la ley, prudente y comedido en los consejos y valiente y arrojado en los campos de batalla, la fama de nuestro conde llegó á



ser universalmente reconocida y admirada, siendo buscado como mediador y amparo en los grandes peligros y desventuras y en todas las desavenencias. Apenas falleció Don Alfonso de Castilla, tuvo Don Ramón Berenguer una entrevista con Don Sancho el *Deseado*, para arreglar algunos asuntos relativos á ciertas ciudades que aun permanecían en poder del castellano; celebró después una liga con el rey de Inglaterra y un tratado con el emperador de Alemania á fin de concluir de una vez con los Báueros, que de nuevo se habían presentado á la lucha; y dirigiéndose á Turin para dar cumplimiento al artículo sexto del tratado celebrado con el emperador Federico, le sobrecogió una terrible enfermedad de la que murió (1162), estando en el Burgo de San Dalmacio en Génova. Con Ramón Berenguer IV concluyeron los *Condes reyes* de Barcelona para principiar con los *Reyes condes*. Este monarca ha sido respetado, elogiado y hasta admirado de la posteridad, que le ha distinguido y enaltecido con el dictado de *Santo*.

Don Ramiro es el *primer* rey de Aragón, el cual halló una muerte gloriosa en el campo de batalla. Su hijo Don Sancho hizo cruda guerra á los musulmanes, y habiendo fallecido en el sitio de Huesca, fué reconocido por sucesor su primogénito Don Pedro I, quien recobró la ciudad de Barbastro que habia sido conquistada por su padre. Huesca se entregó, y el monarca pasó á mejor vida sin dejar sucesión.

La corona aragonesa cubrió las sienes de Don Alfonso I, llamado el *Batallador*, que estaba casado con Doña Urraca. Hizo diferentes expediciones, ganó muchas batallas y rindió á Zaragoza, encontrando una muerte digna de un valiente en la batalla de Fraga. No tuvo sucesores, y el cetro aragonés pasó á las manos de Ramiro II, *apellidado el rey cogulla* ó el *Monje*, por haber sido abad de Sahagún. De su matrimonio con Doña Inés de Poitiers, nació Doña Petronila. Murió en el monasterio de San Pedro el viejo, de Huesca, después de haber abdicado el cetro á favor de su hija.

Cuando Don Alfonso II, hijo de Ramón Berenguer IV y de Petronila, hubo cumplido catorce años, la Reina madre le entregó las riendas del Estado. El nuevo monarca aumentó sus reinos por herencia y falleció en Perpiñán, dejando la corona á su primogénito Don Pedro.

Don Pedro II de Aragón y Cataluña después de varias correrías marchó á Roma, y se casó con Doña Maria, señora de Montpellier, de cuyo matrimonio, como por novela, nació el príncipe Don Jaime. Parece que protegía la herejía de los albigenses, y murió en los campos de Muret...

La Navarra se había extendido bajo el mando de Don Sancho el *Mayor*, que descendió al sepulcro en edad avanzada, dividiendo sus estados entre sus cuatro hijos.

Don García III rey de Navarra embelleció la ciudad de Nájera, y halló su muerte en la batalla de Atapuerca. Ocupó el trono su primogénito Don Sancho III, que fué asesinado por su hermano Don Ramón arrojándolo á un precipicio desde un monte elevado.

Los navarros sentaron en el trono á Don García IV, contra la elección que se hizo á favor de Ramiro, á la sazón monje de San Ponce de Torreras. Después de muchos disgustos de familia vino Don García á morir en Estella. Fué su heredero el joven Don Sancho IV llamado el *Sabio*, que falleció después del arreglo habido por la mediación del rey de Inglaterra. Le sucedió su hijo Don Sancho V, apellidado el *Fuerte*, el cual celebró un tratado secreto con el marroquí, y agobiado por los años y por las penas pasó á mejor vida hallándose en Tudela. Los navarros proclamaron por rey á Don Teobaldo...

La Castilla estaba gobernada por García Fernández, que dejó de existir hallándose prisionero. Su hijo Don Sancho I sucedió á su padre, y obtuvo de Don Bermudo III, la doble merced de titularse rey y la mano de su hermana Doña Sancha; pero antes de realizarse la boda fué asesinado por Rodrigo Vela.

Y como notara Don Alfonso VII, que los condes de Portugal se manifestaran indiferentes cuando su elevación al trono, marchó á Zamora donde tuvo una entrevista con su tía Teresa, hija de Don Alfonso VI y de su amiga Doña Jimena Muñoz; mas á pesar de las excusas dadas, las desavenencias se ventilaban en los campos de San Mamed.

Estaba esta señora casada con Enrique de Borgoña, y con talento y sagacidad se proclamaron independientes, dando el dictado de rey de Portugal á su hijo llamado Alfonso Enríquez, el cual murió batallando contra infieles en Santarén. Le sucedió el primogénito apellidado Don Sancho I de Portugal, que bajó al sepulcro, dejando el reino á Don Alfonso II su hijo. Este monarca se ocupó de las cuestiones eclesiásticas más bien que del gobierno de su reino, y por su muerte ciñó la corona Don Sancho II llamado *Capelo*...

El reino de Granada era el último Estado y la última forma de la monarquía musulmana en España. Sangrientas y asoladoras guerras civiles nacidas de odios y rivalidades debilitaron poco á poco el poder musulmico, y la batalla de las Navas abatió el estandarte de Mahoma, insignia de los ejércitos victoriosos de los al-mohades, viniendo á aumentar los males y las disensiones de los ambiciosos, que á cada instante comprometían sus intereses y nacionalidad.

Don Fernando III, rey de Castilla por renuncia de su madre Doña Berenguela, aclamada por las cortes de Valladolid, después de haber apaciguado las turbulencias de los primeros años de su reinado y reconciliado con su padre Don Alfonso de León, se consagró en exterminar á los moros, haciendo continuas correrías y algaras en los buenos tiempos, y descansando en Toledo du-



rante el invierno. Había celebrado cortes en Burgos para que reconocieran á su primogénito Don Alfonso (1222). En esta época puso la primera piedra de la grandiosa catedral toledana (1228); tomó á Úbeda y la ciudad de Córdoba con otros muchos castillos y plazas fuertes, y dió la célebre carta para la aprobación é instalación de los estudios generales que formaron la Universidad Salmantina (1240). Por muerte de su padre ciñó la corona de León. Los reinos de Asturias, León y Castilla se hallaban otra vez reunidos.

Mohammad I había fundado el trono de los naseries ó *nasritas*, cuyos estados estaban limitados por la Sierra Morena, las montañas de Córdoba y Murcia, estribaciones de aquella y la costa del Mediterráneo desde Cabo Carnerero al Estrecho. La capital era Granada, y al monarca se le distinguía con el sobrenombre de Al-Hamar, que quiere decir *hijo del Rojo*. También en la historia se le apellida Al-Ghaleb Bilá, *vencedor por la gracia de Dios*. Al declararse independiente tomó el título de *Amir el Moslemín*.

Hijo de una familia distinguida de Arjona, donde su padre poseía cuantiosos bienes, parece que se había dedicado á la agricultura. Sin embargo, descendía de la antigua estirpe *nasrita* ó *nazerie*, y uno de sus abuelos había guerreado á las órdenes del Profeta, siendo señor de la tribu Khazrej.

Las repetidas victorias y las plazas y castillos conquistados le habían dado gran nombradía, y el pueblo granadino lo aclamó *vencedor*, contestando Mohammad aquellas célebres palabras tantas veces repetidas en el alcázar de la Alhambra: «WE LÉ GHALEB ILÉ ALLAH» *no hay otro vencedor sino Dios*. Palabras que en letras de oro sobre fondo azul en una barra diagonal que divide el escudo con campo de plata, fueron las armas que adoptó el monarca granadino, siguiendo la usanza de los cristianos.

Al-Hamar mirando con recelo la facción de los oximeles que comprometía su reciente trono, buscó la protección del Rey Santo, que amenazaba á Jaén. El tratado allí celebrado dió á Castilla la región que baña el Guadalquivir. Asegurada de este modo su corona, mandó construir el magnífico y fantástico palacio de la Alhambra (*gassr-alhhamra*) *el palacio rojo*, que al través de los siglos, la parte que se conserva, es aún la admiración de propios y extraños.

La defección de sus yernos, walies de Guadix y de Málaga, le obligó á salir á campaña á pesar de su edad avanzada (82 años), y á la media legua de la capital le sobrevino un accidente, muriendo en brazos del infante de Castilla Don Felipe.

Sus contemporáneos le llamaron el *Magnífico*. Durante su reinado los merinies fundaron en Granada los *voluntarios de la fe*.

Don Alfonso primogénito del castellano, había conquistado á Murcia, y Don Fernando llegó hasta las puertas de Granada, sin que le intimara el apoyo

de los reyes de Tremecén y Marruecos solicitado por Al-Hamar. Este monarca para acallar la facción de los oximeles, echóse en brazos del castellano y celebraron el tratado de Jaén, donde hicieron su entrada triunfal.

Sevilla fué conquistada por Don Fernando III auxiliado del Granadino (28 diciembre 1248), y después de haberse apoderado de Cádiz, Jerez, Sanlúcar y de otras poblaciones importantes, bajó al sepulcro á los 54 años de edad. La Santidad de Clemente X le canonizó en 1671.

El rey Don Jaime I de Aragón, había conquistado á Mallorca, Valencia y Játiva, muriendo lleno de gloria, y en cumplimiento de sus deseos se le dió sepultura en el monasterio de Poblet. Fué uno de los guerreros que por su valor y arrojo puede equipararse con el rey Santo. La posteridad le ha dado el epíteto de *Conquistador*.

Don Alfonso se proclamó rey de Castilla, y fué el *décimo* de este nombre; ratificó el tratado de Jaén. La posteridad con justicia le apellidó el *Rey sabio*, y sin embargo no fué afortunado en el gobierno. Bajó la ley de la moneda, restituyó varias plazas, proyectó expediciones aventuradas, tuvo pretensiones á la Navarra y sostuvo onerosas cuestiones sobre el imperio de Alemania, al cual había sido propuesto por la república de Pisa. Estas y otras empresas arriesgadas que ninguna realizó, habían empobrecido el país.

Muchos nobles se desnaturalizaron; la reina Doña Violante le dió un hijo, que se llamó Don Fernando de la Cerda, por un cabello que tenía en el pecho; el cual casó con Doña Blanca, hija segunda de San Luis. El infante murió en Ciudad Real, cuando acudía á vengar la derrota que sufriera el bravo Don Nuño González de Lara por los merinies.

El infante Don Sancho hijo segundo, del rey, al frente de las tropas y unido con el señor de Vizcaya se dirigió sobre Córdoba, declarándose sucesor de la corona. La reina Violante con sus nietos marchóse al amparo del aragonés, y Don Alfonso X, agobiado por los pesares y los disgustos de familia y empobrecido el país, se vió en la imperiosa necesidad de mandar la corona á Marruecos; pero el amir se la devolvió con gran suma de oro. Murió á los 62 años, dejando un nombre lleno de respeto y consideración.

En Navarra á Don Teobaldo I, llamado el *Grande* ó el *Trovador*, le sucedió el joven Teobaldo II, que murió de peste en Trápani, pasando el cetro á Don Enrique I que también falleció muy joven, siendo proclamada su hija Doña Juana, la cual después de varias reyertas se casó con un hijo del rey de Francia y se incorporaron todos sus estados á la corona francesa (1284).

Los descendientes de Al-Hamar gobernaron con suerte variada; unas veces protegidos por el rey de Marruecos ú otros principes africanos, y en muchas ocasiones coaligados con los cristianos, sufrieron reveses de más ó menos im-



portancia, que lastimaban sus intereses y la integridad del territorio. Empero, nada contribuyó tanto á la decadencia musulímica granadina, como las continuadas luchas civiles, las rivalidades domésticas, las ambiciones, los celos y las defecciones.

Verdad que Mohammad II, llamado el *Fakih* ó el juriconsulto, reunió en el alcázar gran número de sabios, dispensándoles su régia protección; pero tuvo que guerrear con los walis de Guadix y Málaga sus cuñados á quienes derrotó cerca de Antequera, y correspondiendo á la galante invitación de Don Alfonso pasó á Sevilla acompañado de los magnates que expatriados se habían establecido en Granada. Allí la reina consiguió una tregua, pasada la cual renováronse las hostilidades. Este amir unas veces bajo la protección del rey de Marruecos y otras coaligado con los castellanos pudo mantenerse en el trono. Su sucesor Mohammad III continuó protegiendo la ciencia como su padre; de carácter bondadoso y dulce, fué no obstante un príncipe desgraciado. Tuvo que sujetar al wali de Guadix que otra vez aspiraba á la independencia y sostener la guerra con los monarcas de Aragón y Castilla. Los contratiempos irritaron el pueblo que voluble y revoltoso proclamó á *Al-Nazar*; el monarca casi ciego cedió el trono á su hermano, pasó luego al palacio de Generalife y después á Almuñecar, donde murió trascurridos cinco años (1322).

Don Sancho IV, llamado el *Bravo*, manifestó desde muy joven grande valor y atrevimiento. Había ocasionado graves disgustos á su padre y sin miramiento alguno usurpó los derechos de los hijos de su hermano mayor, los infantes de la Cerda, los cuales sostuvo por fuerza de armas. Estaba casado con Doña María de Molina que le había dado primero una niña que se le puso Isabel por nombre y luego un hijo que fué Don Fernando IV. El Pontífice había puesto grandes obstáculos á validar este matrimonio, porque entre otros capítulos alegaba que Don Sancho estaba casado con Doña Guillerma de Moncada. Agitada y turbulenta había sido la vida de este monarca, siempre en guerra con cristianos ó musulmanes, y en la conservación de la plaza de Algeciras se inmortalizó el bravo, valiente y heroico patriota Don Alfonso Pérez de Guzmán, que la historia ha distinguido con el nombre de el *Bueno*. Otorgado su testamento en Alcalá de Henares (1295), y encontrándose muy grave, fué trasladado á Toledo en hombros, donde murió el 26 de abril. En sus últimos instantes sufría atroces remordimientos por las ingratitudes que ejerciera con su padre.

Al Nazir ó Nazir (Abul-Giux-Nazar), á su arrogante figura, tenía una instrucción elevada, considerándosele como un sabio; empero sus relevantes cualidades no impidieron que fuese destronado por su sobrino Wálid, viniendo á morir en Guadix, cuyo territorio le cedió el intruso usurpador. Con Al-Nazar terminaba la sucesión directa de los Al-Hameres de varón á varón.

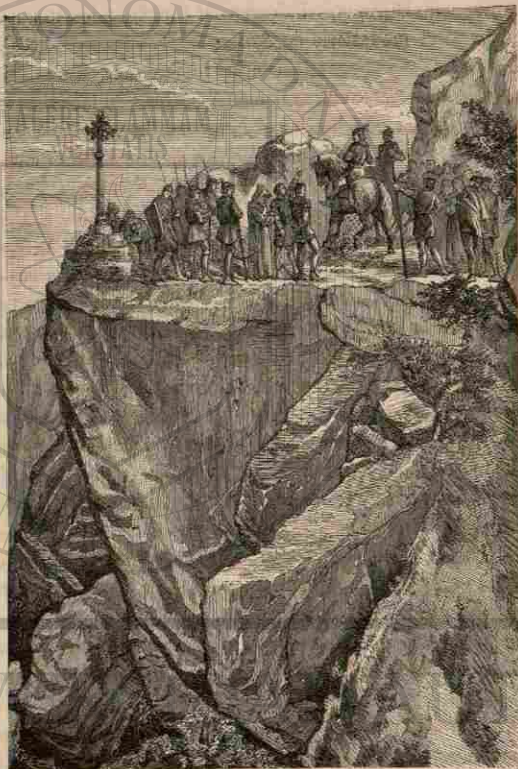
En Aragón había ceñido la corona Don Pedro III, apellidado el *Grande*, quien manifestó en el acto solemne de la coronación, que *no recibía la corona de mano de la Iglesia*. Tuvo muchos días de gloria en la guerra contra moros; derrotó á Carlos de Anjou y se posesionó de la Sicilia; se hizo dueño de Nápoles y de la Calabria; venció á la Francia y por todas partes hizo sentir el peso de su poder é influencia. Murió en Villafranca del Panadés á los 46 años de edad, y fué sepultado en el monasterio de *Santas-Cruces*. (Santas Cruces). Durante este reinado (1282), las campanas de Palermo hicieron oír el lúgubre tañido de aquellas visperas horrosas, que se llaman Visperas Sicilianas. Le sucedió su hijo Don Alfonso III llamado el *Liberal*, que conquistó las Baleares, teniendo por consejero á Roger de Lauria y murió en Barcelona á los 27 años de edad, cuando había concertado bodas con Leonor de Inglaterra, después de haber firmado el tratado de Brignolles que arreglaba los disgustos de Valencia y los bandos de las dos poderosas casas de Entenza y Moncada. Don Alonso de la Cerda se proclamó otra vez rey de Castilla protegido por el aragonés.

Á la muerte de este monarca quedó al frente de los negocios públicos el infante Don Pedro, mientras llegaba su hermano Don Jaime II, que sostenía sangrienta guerra con su hermano Don Fadrique, perdiendo éste la armada en la batalla de Cabo Orlando. Vuelto de nuevo á la lucha se vieron frente á frente Roger de Lauria y Roger de Flor, cesando por fortuna la contienda por el tratado de Castronovo. Don Jaime II arregló las desavenencias de la Silla apostólica, dió principio á la catedral de Barcelona, fundó la Universidad de Lérida, y murió en Barcelona á los 76 años de edad. Durante este reinado, tuvo lugar el interregno, que se conoce con el nombre de *Cautividad de Babilonia*, la expedición de catalanes y aragoneses á Grecia y Turquía, y el célebre proceso y abolición de los templarios. Ocupó el trono Don Alfonso IV de Aragón y III de Cataluña, llamado el *Benigno*, que no tardó en verse agravado por la hidropesía que le llevó al sepulcro estando en el palacio de Barcelona.

Á la muerte de Don Sancho el *Bravo*, la nación se hallaba fuertemente agitada y los principales magnates andaban inquietos y revoltosos. El reconocimiento del joven Fernando que apenas contaba nueve años hallaba una oposición obstinada entre los parciales del infante de la Cerda, y de Don Juan, tío del huérfano, que refugiado en Granada se tituló sin escrúpulo rey de Castilla y León. Todo andaba revuelto, y la reina buscó un apoyo eficaz en el elemento popular, siendo designada como tutora del monarca con poderes ilimitados y nombrada regenta por las cortes de Valladolid. Doña María de Molina, reina viuda, declaró de una manera solemne y digna, que á nadie cedería la educación y custodia de su hijo el joven Fernando. La memoria del rey era un pretexto para los revoltosos, que más de una vez pusieron á Doña María en la



necesidad de transigir, valiéndose como de espantajo de Don Alfonso de la Cerda, que contaba con muchos partidarios y coaligados, haciendo del reino una división triste y vergonzosa. El elemento popular apoyó á la reina viuda, y aunados los consejos se formaron las hermandades, para resistir á la noble-



suplicio de los hermanos Carvajales.

za: los *concejos del reino de Castilla* señala los servicios y subsidios con que asistieron al monarca. Estas turbulencias aumentaban y se hicieron más terribles con el desarrollo del hambre y la peste que afligian las más ricas comarcas.

Algunos magnates como Don Juan y el de Lara volvieron al servicio del

rey, que legitimado por la Bula que su madre había mandado publicar en Burgos, dispuso su boda con Doña Constanza de Portugal. Era el joven monarca voluble y se dejaba supeditar por los favoritos. Falló más de una vez al respeto y consideración de su madre, poniéndola á merced del infante Don Juan y del de Lara. Empero mejor aconsejado, emprendió jornada contra moros, en la cual murió el héroe de Tarifa, Guzmán el *Bueno*. El asesinato á las puertas de palacio de Juan de Benavides, que era uno de sus predilectos favoritos, lo exacerbó hasta el punto que en un momento de furor y arrebato mandara sacrificar á los dos hermanos Carvajales, que según parece habían retado al favorito, arrojándolos por la peña de Martos. Uno de ellos protestaba de la inocencia de ambos y aplazó al Rey ante la justicia de Dios en el término de treinta días. Don Fernando IV murió en Jaén el mismo día que terminaba el plazo: hé aquí el llamarsele *Fernando el Emplazado*; la rendición de la ansiada plaza de Málaga estaba ya anunciada. El cadáver se enterró en la catedral de Córdoba.

Ismail Abul-Wálid pertenecía á la dinastía de Abén-Hud por línea paterna, pues era hijo de Al-Ferag wali de Málaga, y reunía cualidades recomendables para el mando. Ganó la batalla de Caparacena, en la vega de Granada, donde hallaron al poco tiempo su tumba los infantes de Castilla, Don Pedro y Don Juan. Fué no obstante asesinado por su primo Mohammad Ismail, que protegía una noble doncella cristiana de extraordinaria hermosura, hecha prisionera en la toma de Martos. Este acontecimiento elevó al trono á su hijo que apenas contaba doce años, llamado Abul-Abdallah, que tomó el nombre de *Mohammad IV*.

Todos los amires granadinos eran víctimas de infames asesinatos, y el mismo Yussuf Abul Hégiag, llamado *Juzuf ben Ismail ben Ferag*, hermano del anterior, el cual dictó ordenanzas y reglamentos, reformó la administración y desarrolló todos los elementos de prosperidad, sucumbió también al puñal de un loco ó fanático cuando se hallaba orando en la mezquita del alcázar.

Fué el primero que al querer conquistar á Tarifa *empleó máquinas e ingenios de truenos que lanzaban balas de hierro grandes con nafta causando gran destrucción*.

Su hijo Yussuf ben Ferag fué proclamado con el nombre de Mohammad V, siendo lanzado del poder, á pesar de su carácter franco, liberal y humano, por su hermano Ismail, hijo de la segunda sultana de su padre. El amor de una esclava salvó al monarca, que envuelto en un albornoz pasó por entre los conjurados y pudo escaparse á Guadix y luego á Fez, donde halló distinguida hospitalidad y protección fraternal. Ismail más tranquilo quería mejorar la administración; empero los preparativos y expedición del amir destronado, que quedaron sin efecto por la inesperada muerte del rey de Fez, y su falta de dotes intelectuales, animaron á su cuñado Abul-Said llamado el Bermejo, el



cual puesto al frente de una turba de sediciosos se apoderó del trono, cometiéndose contra su pariente toda suerte de tropelías. En vano quiso desenderse en el palacio de los Alixares, y á la cabeza de los suyos con ciega desesperación hizo retroceder á los sublevados hasta la entrada de la calle de Gómeres, donde cayó prisionero. El pérfido Abul-Said después de haberle despojado de los ricos vestidos, mandó conducirlo á la cárcel, encargando á sus satélites que en el camino le cortasen la cabeza.

Abul-Said se hizo proclamar rey de Granada, y cometi6 toda suerte de vejaciones y atropellos con los partidarios del amir vencido. Mohammad V vino á situarse en Ronda, donde pudo organizar una pequeña hueste, protegido por Don Pedro de Castilla. Said buscó la alianza del conde de Barcelona, que lo enemistó con el castellano; y perdido el afecto de su pueblo que le miraba con odio, quiso buscar un apoyo seguro por medio del maestre de Calatrava que tenía cautivo, de donde provino la expedición que hizo á Sevilla acompañado de otros caballeros y moros de calidad, hasta el número de treinta y siete. Don Pedro con la mayor perfidia se apoderó de todos los tesoros, mandóles asesinar en medio de la bafa y el escarnio, reservándose la triste y poco envidiable gloria de atravesar con su lanza en el campo de la Tablada al infortunado y confiado Abul-Said. Después de esta sangrienta y horrorosa escena Don Pedro dispuso les fuesen cortadas las cabezas, y se expusieran al pueblo sevillano, como sangriento trofeo de su perversidad, para luego mandarlas á Granada.

Mohammad V recuperó el trono, mandó publicar una amnistia y celebró alianza con Don Pedro, á quien auxilió con sus tropas. El reino granadino se elevó á gran altura y mereció los aplausos de todos los monarcas. Mandó coronar á su hijo con el nombre de Abul-Abdallah Yussuf II, y bajó al sepulcro en edad avanzada, siendo llorado de sus súbditos. Este amir continuó la política de su padre, mandando ricos presentes al castellano, y como sus súbditos le acusasen de mal musulmán, se sublevó su hijo segundo, que envidioso miraba con desdén á su hermano mayor Yussuf.

Muerto el amir Yussuf II por haber vestido una aljuba envenenada, regalo del rey de Fez que se titulaba amigo suyo, ocupó el trono su hijo segundo Mohammad VI. El hijo mayor Yussuf de carácter afable y bondadoso, amante de la tranquilidad y de la paz doméstica, no opuso resistencia, y consintió que con un frívolo pretexto se le encerrase en la fortaleza de Salobreña. Era el amir de arrogante figura, ingenio vivo, mirada penetrante y de ánimo esforzado y valiente. Había tenido distintas alternativas durante sus algaras y sus guerras, y después de la tregua á consecuencia del sitio de Alcaudete que defendía con valor heroico Martín Alonso de Montemayor, concibió, en un momento de coraje

por la excitación de la intensa fiebre que le devoraba, el asesinar á su hermano mandando al alcaide de Salobreña una orden terminante. «Cady de Schalobanyah, decia la carta, mi servidor. Al momento que recibas de manos de mi mensajero esta carta, quitarás la vida á mi hermano Sydy Yussuf, y me enviarás por el dador su cabeza. Espero que no faltarás á mi servicio.» El príncipe al notar la turbación del alcaide, le dijo con la mayor sangre fría, ¿qué manda el rey? El alcaide por toda contestación le entregó la orden. «Pues bien, dijo Yussuf, á lo menos acabaremos nuestro partido.» Estaban jugando al ajedrez. Dos caballeros que llegaron á todo escape anunciaron la muerte de Mohammad VI.

El prisionero marchó á ocupar el trono y tomó el nombre de Yussuf III, el cual procuró toda suerte de prosperidades, no sin que perdiera á Antequera: su muerte señala el principio de grandes disensiones y luchas intestinas, que no terminaron hasta la completa ruina de los musulimes españoles concentrados en Granada. Su hijo Mohammad VII, Al-Hayzari, ó el *izquierdo* ó *zurdo*, fué un tiranuelo, y pronto se vió lanzado del trono por su hermano Al-Zaquir, *pequeño* ó *segundón*, que tomó el nombre de Mohammad VIII.

El hijo de Don Fernando el Emplazado, fué proclamado en Jaén con el nombre de Alfonso XI, y puesto bajo los auspicios del infante Don Pedro y de su abuela Doña María de Molina. Su madre Doña Constanza falleció en aquellos días. Y como falleciera también su abuela Doña María, resolvió tomar las riendas del gobierno, dando desde luego en Toro señales de crueldad. En Sevilla conoció á Doña Leonor de Guzmán, á pesar de estar casado con Doña María de Portugal.

Las pasiones del Monarca se hacian sentir por todas partes, hasta el extremo de ser exhortado por el Pontífice para que entrase en más honesto camino. La reina se había retirado con su único hijo Don Pedro en un monasterio. Reconciliada la familia real por la mediación del Papa, recibió grandes auxilios de Portugal y unido con su monarca alcanzaron la decisiva y famosa batalla del Salado. Vuelto á campaña para ganar á Gibraltar, fué victima de la peste. El cuerpo fué conducido á Sevilla.

Al bajar al sepulcro Don Alfonso XI, su legítimo hijo Don Pedro, sólo contaba 16 años. Descuidada su educación, de carácter fogoso y ardiente fantasía, había acariciado grandes deseos de odio y venganza contra la protegida de su padre Doña Leonor de Guzmán, la que después de haber sufrido mil bajezas y humillaciones, fué asesinada en el alcázar de Talavera.

La Guzmán tenía varios hijos, el mayor llamado Don Enrique, conde de Trastámara, huyó á Portugal. El Monarca cometi6 en Burgos diferentes asesinatos; en Valladolid aceptó la boda con Doña Blanca hija del duque de Borbón, y mandó matar á Don Alfonso Fernández Coronel. Ya por este tiempo conocía



á Doña María de Padilla, que siempre cautivó su corazón: este conocimiento tuvo lugar en su viaje á Asturias..... Seguir paso á paso los crímenes de Don Pedro I nos conduciría más allá de lo que permiten estos apuntes; la historia le ha calificado de *Cruel*, si bien á Voltaire en un momento de buen humor se le antojó llamarle *Justiciero*.

Los asesinatos y crueldades de Don Pedro terminaron con el *fratricidio* realizado en el castillo de Montiel, donde Don Enrique, hijo mayor de la favorita, ayudado de Dugueslin, hundió varias veces su daga en el cuerpo de su hermano. Triste fin de aquel monarca feroz, vengativo y sanguinario, cuyas pasiones violentas jamás supo reprimir!.....

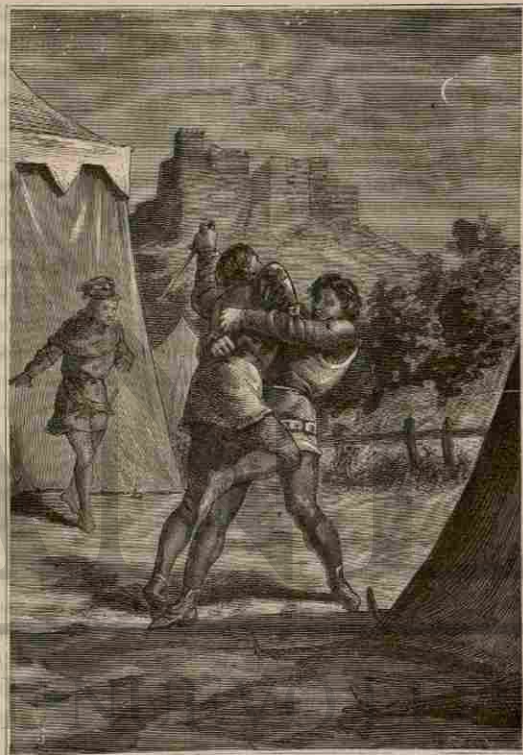
En Aragón Don Pedro IV, el *Ceremonioso*, arreglaba favorablemente los negocios de sus dos coronas, la aragonesa y la catalana; el mallorquin se sometió á su autoridad, reprimió la *Unión* y vino á morir en el palacio (*Palau*), en Barcelona. (Hoy sólo existe la Iglesia de este palacio).

En Navarra sucedió al de Evreux su hijo, conocido por el nombre de Carlos el *Malo*; era amigo de Don Pedro, y á la vez trataba con el de Trastámara. Murió en Pamplona en una orgía.

Después del desastre de Montiel, ocupó el trono castellano el conde de Trastámara, con el nombre de Enrique II, llamándosele el de las *Mercedes* por las muchas que otorgó. Don Enrique II llamado también el *Bastardo*, introdujo en España una dinastía ilegítima, cuyo último representante fué la magnánima Doña Isabel I. Á su muerte le sucedió su hijo Don Juan I que con su esposa se coronaron en Burgos, tuvieron un príncipe al que pusieron por nombre Enrique y fué el *tercero* de este nombre. Estuvo casado en segundas nupcias con Doña Beatriz de Portugal, por cuya razón á la muerte del monarca trató de ceñir la corona portuguesa, decidiéndose en la batalla de Aljubarrota, donde los castellanos fueron vencidos. Murió cuando hallándose en Alcalá de Henares iba á visitar á los Farfanés que con sus familias acababan de llegar de Marruecos. Durante este reinado se dió al presunto heredero de la corona de Castilla el título de Príncipe de Asturias, y comenzaron á usarse los de Duque, Marqués, Condestable y Mariscal. Le sucedió su hijo Don Enrique III, el cual declaró en las cortes de Burgos que tomaba las riendas del Estado. Estaba casado con Doña Catalina de Lancaster; pero sus muchas dolencias lo llevaron al sepulcro á los 27 años; se le conoce con el nombre de Don Enrique el *Doliente*.

En Aragón el cetro estaba en las manos de Don Martín que se hallaba en Sicilia. Al poco tiempo se fundó la *Universidad de Barcelona*, y bajó al sepulcro su hijo Don Martín el joven. El padre contrajo segundas nupcias á pesar de sus dolencias y veía con profundo pesar que aun continuaba el cisma de la Iglesia católica; no pasó mucho tiempo sin que estando en el monasterio de

Valldoncella entregara el alma á Dios: con la muerte de *Don Martín el viejo*, quedaba extinguida la línea masculina de los antiguos Condes de Barcelona, que había dado reyes á Aragón durante 270 años no interrumpidos. Ya por este tiempo parecía que la estrella de Don Pedro de Luna tocaba á su ocaso. Ale-



Muerte de D. Pedro el Cruel.

jandro V, elegido Papa en el concilio de Pisa, murió y fué proclamado el cardenal de Cossa, que tomó el nombre de Juan XXIII.

La corona castellana por muerte de Enrique III pasó á las sienes de su hijo Don Juan, que apenas contaba dos años de edad, siendo regente Don Fernando en unión de la Reina Madre. El infante salió á campaña y ganó á Antequera-



ra, por cuya razón se llamaba el de *Antequera*. Luégo en el parlamento de Caspe fué proclamado rey de Aragón: entonces comenzó en la corte castellana la prianza de Don Álvaro de Luna. El de Antequera tomó el nombre de Don Fernando I de Aragón.

Don Juan II de Castilla, salido de la menor edad, contrajo matrimonio con Doña María de Aragón, y entregado á la poesía y á la música descuidó los negocios públicos, que despachaba el condestable Don Alvaro. Acallados por de pronto los disgustos con la nobleza, salió el Monarca á campaña contra moros, acompañado del de Luna y ganaron la batalla de Sierra-Elvira en la vega granadina. Las luchas interiores obligaron al Condestable á retirarse con su hijo á sus Estados. La nobleza formó la liga, y el Rey con el infante Don Enrique y el favorito concertaron la *contra-liga*. Mas como Don Juan II contrajera segundas nupcias con Doña Isabel de Portugal, poco afecta al de Luna, á pesar de habersele elevado al importante cargo de Gran Maestre de la Orden de Santiago y las veleidades del príncipe Don Enrique, llegaron á perderse la confianza hasta el punto, que Don Juan II miraba con desconfianza al Maestre. En Burgos mandó Don Álvaro dar muerte á Don Alonso Pérez de Vivero, por cuya causa se prendió al privado por Alvaro de Zúñiga, y se le condenó á muerte por una comisión de juristas del Consejo. El poderoso Don Álvaro de Luna, el favorito de Don Juan II, el que era señor de horca y cuchillo, murió en el cadalso en Valladolid como un criminal.

Don Juan II constantemente entregado á favoritos, lleno de tristeza y pesar bajó también al sepulcro acosado de remordimientos, lamentándose de su mala estrella: del segundo matrimonio dejaba la princesa Doña Isabel y Don Alfonso...

Muchos caballeros abencerrajes á cuyo frente estaba el wacir Yussuf ben Zeragh fueron desterrados de Granada, siendo acogidos con benevolencia en la corte de Don Juan II. Este monarca oyendo las proposiciones de Gelil ben Geliel, llamado el *Tornadizo*, cuñado de Yussuf ben Al-Hamar, que ansiaba ceñir la diadema granadina, salió á campaña acompañado de su favorito Don Alvaro de Luna y de poderoso ejército. Al penetrar en la vega se le incorporaron los ocho mil ginetes ofrecidos capitaneados por el atrevido pretendiente, todo como estaba pactado. La batalla de la *Higuera* fué reñida y sangrienta, y se declaró por el castellano. Yussuf con los suyos siguió á la hueste victoriosa, se le proclamó rey de Granada y firmado el tratado de Ardales vino á ocupar el trono con el nombre de Yussuf IV. El Al-Hayzari marchóse á Málaga con su familia, amigos y tesoros. Los años y los disgustos llevaron al sepulcro al nuevo amir Yussuf, y Mohammad VII ocupó por tercera vez el solio granadino. Nombró wasir al caballero Aldelbar y mandó publicar una amnistía ge-

neral, de la cual sólo se exceptuaba al intrigante Geril. Poco tiempo duraron las treguas con Castilla; rompiéronse las hostilidades, y en Alora encuentra una muerte gloriosa el Adelantado de Andalucía. En Lórcá sucumbe Don Juan Fajardo, se toma á Solera y Huescar por fuerza de armas, y el desastre afrentoso de los caballeros de Alcántara, despierta á la corte de su mal entendida benevolencia y le obliga á dictar severas órdenes para que no se renueven tamaños conflictos. La algara capitaneada por el obispo de Jaén Don Gonzalo de Zúñiga, la toma de los Vélez, la declaración de varios pueblos como mudejares y la conquista del castillo de Huelma, reanimaron los abatidos espíritus, y dieron un aspecto halagüeño á los negocios, si la desgraciada expedición del conde de Niebla contra Gibraltar no viniera á turbar aquella alegría.

Ben Ismaíl sobrino de Mohammad acompañado de muchos caballeros marcharon á buscar la protección del castellano, y otro sobrino apellidado Ben Osmin, que gobernaba en Almería, penetró en Granada, y con su oro y sus amigos movió una sedición apoderándose del trono. Mohammad VII, Al-Hayzari, quedó encerrado en una torre de la Alhambra.

Mohammad IX, Ben Ozmin, conocido con el nombre de el Ahnaf ó el *cajo*, fué proclamado rey de Granada. Sus correrías le proporcionaron abundante botín, no sin que dos veces fuesen batidos y deshechos por el conde de Arcos. La atrevida algara de levante confiada al valor y pericia de Abdilbar encontró su tumba en la batalla de Alporechón: el caudillo fué degollado infamemente por los verdugos del amir.

Los desaciertos y crueldades de Osmin le hicieron odioso al pueblo, mientras que Ismaíl aumentaba sus partidarios al amparo de los castellanos. Por fin, llegó el día que Ismaíl salió de Montefrío al frente de su ejército, y el infame Osmin se hizo fuerte en la Alhambra; pero viéndose perdido concibió un proyecto audaz y diabólico. Manda emisarios al campo enemigo manifestando que se halla dispuesto á abdicar el cetro á favor de su pariente Ismaíl, y desde luego invita para que se presenten en el alcázar todos aquellos que por su rango y categoría tuviesen derecho á presenciar la augusta ceremonia. Muchos desgraciados, casi todos de la tribu abencerraje, fueron degollados en una sala contigua al patio de los Leones, que aun conserva el nombre de *sala de los abencerrajes*. Los cuerpos hacinados en el pavimento y las cabezas amontonadas en la taza todo de mármol blanco, dejaron unas manchas rojizas, de aspecto ferruginoso en notable abundancia, que á través del tiempo se conservan para eterno oprobio y baldón del aquel miserable monarca vengativo, despótico, cruel y tirano.

La tradición las señala como *manchas de sangre* abencerraje, derramada para lavar la frente de la ofensa que el jefe de esta tribu había inferido al últi-



mo monarca (Boabdil). Esta *paparrucha* y otras muchas, como la del *velusto ciprés* que aun se enseña en el Generalife, provienen de los cuentos y patrañas fraguados por el supuesto Ginés Pérez de Hita en su libro intitulado *Guererras Civiles de Granada*, las cuales han servido para muchas novelas. Algunos dudan que estas manchas provengan de sangre; sea de ello lo que quiera ¿quién ignora la facilidad con que el mármol toma artificialmente los colores? Osmin había huído con algunos de sus adictos á merodear por tierras de Almería y por la Alpujarra.

La palabra *traición* resonó en las filas de Ismail: todos quedaron aterrados al ver tanta sangre derramada con la mayor perfidia y villanía, y el traidor corrió en pos de nuevos crímenes en el corazón de Sierra Nevada.

Ismail, ó Muley Cad, fué proclamado rey de Granada.

Por muerte de Don Fernando I ciñó la corona aragonesa su hijo Don Alfonso V, apellidado el *Sabio*, que bajó al sepulcro en el castillo del Ovo (huevo; Nápoles), protegiendo la Universidad barcelonesa que había fundado Don Martín. Su hermano el infante Don Juan, que á la sazón era rey de Navarra por su esposa Doña Blanca, entró en posesión del trono aragonés, que comprendía Aragón, Cataluña y Mallorca, Sicilia y Valencia. De este modo vinieron á reunirse todos aquellos reinos bajo el cetro de Don Juan II (de Aragón). El Monarca había contraído segundas nupcias con Doña Juana Enriquez, y el príncipe de Viana, hijo del primer matrimonio, reclamaba la herencia de su madre. Después de sangrientos encuentros entre *biamonteses* y *agramonteses*, donde el príncipe fué vencido por su padre, murió de un modo misterioso en Barcelona, que siempre le manifestó gran simpatía en sus desgracias ayudándole con fuerzas materiales y con sus tesoros.

Don Juan al fin hizo su entrada triunfal, y los catalanes le obsequiaron con una magnífica silla de plata, que él aceptó regalándola á la Catedral para que sirviera de base á la custodia que se venera en la procesión del Corpus (1).

En estos años murió el anti-papa Don Pedro de Luna y cesó el cisma que tenía afligida á la Iglesia. También se dieron por Alfonso V desde Italia los decretos acerca los *pageses de reimensá*, y se impulsó por el mismo monarca la *Universidad Barcelonesa*.

Don Juan II dejó de existir en el palacio episcopal á la edad de 84 años.

El príncipe Don Enrique cañía en sus sienes la corona de Castilla con el nombre de Enrique IV. Por sus veleidades y continuas contradicciones gozaba

(1) Tuvimos un placer indescriptible cuando en la solemnidad del Corpus vimos, despues de cincuenta años de ausencia, la histórica Silla ó Sillón de plata maciza, que recuerda la entrada del Monarca en Barcelona.

de poco prestigio y hasta se le motejaba con el denigrativo epíteto de *Impotente*. El desenfreno no tenía límites, llegando al extremo de decir sin miramiento ni respeto alguno, que la reina favorecía á Don Beltrán de la Cueva más de lo que á su recato y honor importaba. La reina dió á luz una niña que el Arzobispo de Toledo primero y después el pueblo llamaron la *Beltraneja*. Los confederados en Ávila depusieron á Don Enrique para proclamar á su hermano Don Alfonso, que no tardó en bajar al sepulcro.

Todos los partidos dirigieron sus miradas salvadoras á la infanta Doña Isabel, que vivía retirada en un monasterio de Ávila, y había sido jurada *Princesa de Asturias* por el pacto celebrado en los *Toros de Guisando*.



Doña Isabel I.

Don Juan de Aragón á su muerte dejó un hijo del segundo matrimonio llamado Don Fernando, el cual había sido declarado rey de Sicilia por su padre.

La princesa Isabel entre los diferentes pretendientes que aspiraron á su mano, favoreció á su primo el aragonés, quien se desposó con la heredera de Castilla en la ciudad de Valladolid, en medio de fiestas y regocijos. En Segovia fueron proclamados con todas las formalidades de costumbre en aquella época, usando de la fórmula: «*Castilla, Castilla por el rey Don Fernando y su consorte Doña Isabel, reina propietaria de estos reinos!*»

La batalla de Toro desvaneció todas las ilusiones de la Beltraneja, cuya señora terminó sus días en el convento de Santa Clara de Coimbra.



La unidad española quedó casi realizada, y desde aquel momento sólo faltaba completar la expulsión de los moros granadinos.

Hemos llegado, pues, á la última etapa de los moros en España, que constituía una raza de *moros españoles*. Estos no podían sostenerse en sus dominios á pesar de la política y de sus fuerzas materiales. Los pueblos tienen también sus períodos, y el astro de los sectarios de Mahoma en España, marchaba presuroso á su ocaso. Los islamitas habían tenido desde las primeras invasiones sus vaivenes y sus reveses. Y, si la religión del falso profeta se extendió en su principio por dilatados países con increíble velocidad, haciendo prosélitos por medio del alfanje, y subyugando á pueblos empobrecidos por los desmanes y pasiones de los poderosos; si los moradores se hallaban rebajados y envejecidos con el yugo de la metrópoli, ó por los excesos de los reyes y magnates godos, que oprimían y sojuzgaban extensas regiones enervadas por continuados sufrimientos; la audacia de los árabes y su sed insaciable de conquista halló su primera derrota general en las orillas del Loire.

El descalabro de Tolosa que obligó al wacir Abderrahmán á tomar el mando supremo del ejército, pudo muy bien apagar el entusiasmo del fanatismo agareno. Atraviesa el caudillo la Galia Narbonense, sigue el Ródano, y la Borgoña se vió ocupada por los infieles hasta los confines de la Alsacia. Vuelve sobre la Aquitania, pasa el Garona, toma á Poitiers y penetrando por el Loire pone sitio á la ciudad de Tours.

Las iglesias y los monasterios fueron robados y los Santos escarnecidos, como dice Draper; pero bien pronto se vió el terrible castigo á tanto sacrilegio é insolencia, por la irresistible maza de Carlos Martell. La matanza fué horrorosa, Abderrahmán murió como un valiente en medio de los suyos, y siete días de atroz carnicería dejaron destruído aquel ejército poderoso, que había sido el terror de la cristiandad; 40 mil muslimes, dicen los autores de más crédito, sucumbieron en aquella sangrienta jornada. (Hemos registrado algún autor que los hace subir á 375 mil). Los restos extenuados vinieron á encerrarse en Narbona para repasar otra vez el Pirineo.

No fué menester que los Santos hicieran milagros, en la forma que pretende el señor Draper, porque el invencible Carlos estaba bajo la influencia de un poder misterioso, y con su maza destruyó cuanto se le opuso á su paso y aniquiló á los enemigos de la cristiandad. ¿Qué más se quiere?... Este héroe del Catolicismo, ahijado de San Rigoberto, arzobispo de Reims, bajó al sepulcro en 741.

¿Cuál fué después la suerte de la media luna en España? Ya lo hemos visto. Se establece en Córdoba el califato y se extiende la civilización cristiana adquiriendo formas alcoránicas, hasta alcanzar una especial *rabinico-mustímica*.

Los odios y rivalidades de raza rompen, al fin, la unidad de la monarquía de Occidente, y al paso que toman origen nuevos señoríos, que luego se erigen en reinos independientes siguiendo el espíritu feudal dominante, se debilita el poder y se enervan las fuerzas del Estado. Los reyes españoles siguieron en el entretanto su comenzada reconquista, ayudados por el sentimiento católico, tan fecundo en gloriosos resultados en aquellos aciagos y turbulentos tiempos.



Don Fernando V de Aragón.

Ismail ó Muley Cad dueño de la capital y su alcázar, fué proclamado rey de Granada, y premió á sus amigos y parciales; se reconoció vasallo de Castilla y quiso consagrarse á la prosperidad de su pueblo. Cifraba tan risueñas esperanzas en su hijo primogénito llamado Abul Hixem: joven valiente, de imaginación fogosa y afecto á la guerra; los granadinos veían en él todo su porvenir. Algunos reveses inevitables produjeron un tumulto, que obligó al amir á dejar el trono, pasando á Almería, donde falleció junto á la familia de su



hija (1465). En Granada se proclamó con frenético entusiasmo á Ali-Muleh-Abúl-Hixem-ben-Ismaíl, ó *Abu-l-Haşam* (el Xequé, mayor).

El reinado de este príncipe fué agitado y tumultuoso. Dentro de la ciudad vivían muchas familias ilustres con sus correspondientes jefes; y cada una tenía cierto número de caballeros y allegados más ó menos grande. Entre ellos había sus afinidades y antipatías, marcadas rivalidades, ocultos rencores, que llegaron á comprometer más de una vez la estabilidad de la monarquía musulímica.

Los reyes de Castilla continuaban con tesón la guerra con el granadino. Hixem tenía que hacer frente á los azares de la lucha, á las defecciones de sus jefes y á las intrigas encubiertas de su hermano Az-Zagal (Valiente); que, no obstante, reprimió á el alcaide de Málaga. Vuelto Hixem á sus habituales algaras y correrías, tuvo la desgracia de hacer prisionera á Isabel de Solís, (idealizada por el Excmo. Sr. Don Francisco Martínez de la Rosa), hija del comendador Sancho Giménez de Solís alcaide de la Higuera en Martos; cuya señora Hernando de Baeza en su crónica de Boabdil, se empeñó que fuese *una pobre mozuela barrendera*. ¿Esta crónica, que tradujo al español el señor Lafuente Alcántara (Don Emilio), será verdadera? Contiene tantos lunares é inexactitudes, que da motivo á dudar de su autenticidad.

El amir, enamorado ciegamente de su cautiva, se entregó con loco frenesí en brazos de la bella cristiana, olvidando á su esposa Aixa, la *Horra* ó *honestá*, hija de Osmín y parienta suya, y la sagrada defensa de sus pueblos.

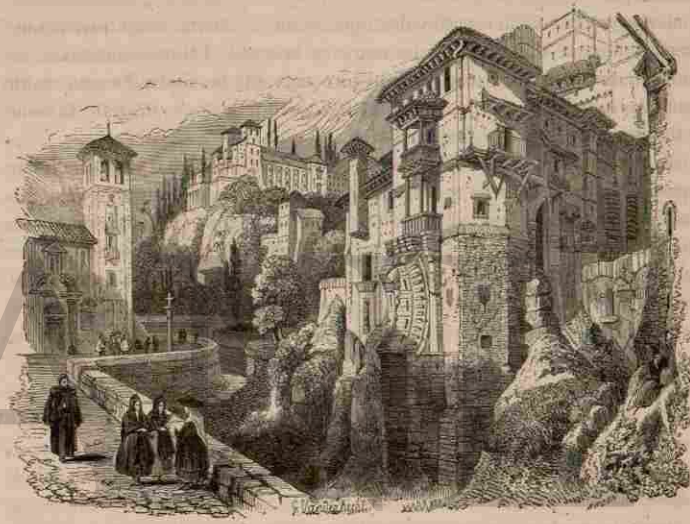
¡Ah! El monarca de Granada no pensaba mas que en los goces sensuales, y olvidaba á los cristianos, que con valor heroico se apoderaban de los mejores baluartes. Aquellas glorias literarias y científicas alcanzadas por la escuela cordobesa, fueron extinguiéndose paulatinamente; así como la ilustración que alcanzaron las academias granadinas en los primeros descendientes de Al-Hamar, hasta el punto, que excitado Hixem por las exigencias de los enviados del rey Fernando, contestara lleno de despecho: «Que en Granada no se labraban sino alfanjes y hierros de lanza.» El monarca castellano dijo, en el silencio de su calculada política: «Yo arrancaré á esa granada los granos uno á uno.»

La hermosa cautiva al desposarse con Hixem, que había repudiado á Aixa, tomó el nombre de Fatima, conocida generalmente con el de *Zoraya* ó *Lucero de la mañana*. La reina repudiada juró ódio eterno, destrucción sin cuartel á su veleidoso esposo; y sostenida por los zегries, tuvieron efecto defecciones y colisiones con los abencerrajes, que eran amigos del rey, que más de una vez ensangrentaron las calles de la capital.

En Granada no se pensaba en ninguna clase de ilustración, era un campo de batalla sostenido por las disensiones de los partidos, las intrigas de Aixa,

los planes tenebrosos de Az-Zagal y los opuestos pareceres de Boabdil inspirado por su madre y sus parciales. La decadencia se hacia sentir por todas partes, la ruina era inevitable, la destrucción del reino granadino cosa segura.

¿Era, acaso, que esta general decadencia, que todos conocieron, correspondía á los preceptos del Korán? No; porque lo mismo los árabes que los moros prescindieron de ellos con repetida frecuencia. El Korán es la antítesis de la civilización y la argolla de hierro que ahoga la cultura.



Restos de un arco moruno.

El reino de Granada ahora, como el califato de Córdoba antes y las pequeñas taifas, señoríos ó monarquías después, tuvieron el mismo fin. Todas corrieron igual paralelo científico é intelectual.

Hixem fué muy desgraciado al querer por tres veces recuperar á Alhama, que el marqués de Cádiz defendió con valor heroico. Abul Abdillah, Al-Zaquir Muhammad XI, conocido con el nombre de Boabdil, alentado por los enemigos de su padre se escapó de la torre donde estaba retenido, y fué proclamado rey de Granada. Hixem huyó á Málaga, y el reino se dividió entre el padre y el hijo.

El *Rey Chico*, que así se distinguía á Boabdil, quiso salir de la inacción y de la indolencia, y en la jornada de Lucena cayó prisionero. El padre recobró



precipitadamente la autoridad soberana. Aixa rescató á su hijo, que se marchó á Almería, luego á Málaga y enseguida á Córdoba, temiendo la venganza de su tío Az-Zagal, que en Almería asesinó á Abul-Hachá-Yussuf segundo hijo de Hixem. Al partir Boabdil para unirse con su hermano, la terrible Aixa exclamó: «El que no reina en la capital, no reina.»

Az-Zagal al regresar á Granada sorprendió y acuchilló á noventa caballeros de Calatrava. Esta carnicería lo elevó al trono de su hermano, que ciego y abatido por los años quiso todavía blandir la lanza. Alligido y resignado depone el cetro, y con su esposa y dos hijos se retira á Illora, luego pasó á Salobreña, y de aquí á Mondújar para morir en brazos de Fatima: el cadáver, según la tradición, fué enterrado en el pico más alto de Sierra-Neveda, como tenía dispuesto. Hoy se llama *Pico de Mulhacén* ó de *Muley-Hascén*. El reino se dividió entre Boabdil y Az-Zagal.

La toma de Loja, donde el rey Chico y Gonzalo-Fernández de Córdoba en representación del Castellano, celebraron un tratado; la conquista de Vélez-Málaga, Málaga y Baza después; y las defecciones y alarmas en Granada, donde Az-Zagal al querer socorrer á Vélez fué derrotado por sus mismos correligionarios y vino á situarse en Guadix con su exigua corte; obligó á éste, que se apellidaba el *héroe granadino*, á entregar su sombra de trono, para titularse Rey de Andarax. Boabdil se vió también comprometido á dejar el cetro en virtud de lo estipulado en la capitulación de Loja. Az-Zagal al poco tiempo trocó en metálico el equivalente de sus Estados, y pasó á África con su familia y sus tesoros, donde se le privó de la vista y de las riquezas. Aquel hombre ambicioso, usurpador del trono de su hermano; el fratricida, en fin, murió en el mayor desconsuelo lejos de su querida Granada, pobre y envilecido ante la posteridad.

Boabdil quería aún sostenerse á todo trance. Los reyes de Castilla mandaron publicar la *guerra santa*, y situaron los reales en la aldea llamada *Ojos de Huescar*. Unos y otros escaramuceaban todos los días, los encuentros personales y lances caballerescos eran frecuentes, y tanto los sitiados como los sitiadores hacían alarde de valor y destreza.

La reina deseó ver la ansiada ciudad, lo cual dió lugar á la *batalla de la Reina*, donde la augusta Señora tuvo que guarecerse bajo el espeso follaje de un laurel junto al pueblecito de la Zubia: este histórico laurel existe todavía en la huerta que fué de un convento, y hoy de la propiedad particular de Su Majestad Doña Isabel II.

La inadvertencia de una dama, entrega á las llamas al Real castellano, y Doña Isabel manda edificar la ciudad de Santa Fe, que se vió terminada en poco más de dos meses.

Mientras tanto en Granada el hambre hacía sus estragos, Boabdil siempre perplejo é irresoluto llegó por último á conocer lo grave de la situación, y por todas partes sólo ve el envilecimiento, la cobardía y la humillación. Vaga por su mente la palabra *capitulación*, y desesperado y alligido escribe al monarca valiéndose de su leal Hamet Hóleilas, Hernando de Zafra y Abul-Cacim el Muleh fueron los encargados de las conferencias para el arreglo de la entrega; y como el Rey Chico siguiera en sus vacilaciones, los Reyes de Castilla aceptaron la generosa oferta de Gonzalo de Córdoba, que en traje de moro penetró en la Alhambra, donde encontró al de Zafra.

Después de dudas y perplejidades, celebradas varias conferencias con Boabdil, firmóse por el amir, al fin, las anheladas capitulaciones, que fueron acep-



Rendición de Málaga.

tadas por los Reyes Don Fernando y Doña Isabel: se firmaron el día 25 de noviembre y 21 de diciembre de 1491.

Y como los ánimos de los granadinos habían sido excitados por un fanático, y el Rey Chico manifestase en el Albaicín con patético acento y triste elocuencia su desesperada situación, y la necesidad de cumplir lo estipulado para evitar nuevas escisiones y asonadas, escribió secretamente á Fernando á fin de entregar la ciudad y sus fortalezas al siguiente día. Todo se dispuso para que así se realizara.

Era el dos de *Rabín* primero de la egira 897; *dos de enero de mil cuatrocientos noventa y dos*. El ejército cristiano estaba formado en la próxima llanura de Santa Fe. El astro refulgente del día seguía majestuoso hacia su zenit, y los rayos vivificadores se reflejaban en la plateada cabellera de la imponente Sierra-Neveda. Los Reyes y los Infantes de Castilla vestidos de rigurosa gala, —á pesar del luto por la muerte de su yerno Don Alfonso, príncipe de Portu-



gal.—acompañados de la ilustre falanxe de valientes campeones y guerreros y de los magnates y prelados, se dirigieron con gran magnificencia hacia Granada.

Llegaron á la margen izquierda del Genil no lejos del puente que lleva su nombre, donde hoy existe una ermita bajo la advocación de San Sebastián que substituyó á la mezquita. El Rey mandó hacer alto.

Allí se presenta Boabdil con noble talante, aire sombrío y apesadumbrado, acompañado solamente de algunos amigos y cincuenta ginetes de escolta. El Rey de Castilla le dirige palabras afectuosas y no permite señal ni ceremonia que manifieste humillación. Entonces con tono grave y solemne, pero algo conmovido, dijo: *Tuyos somos, rey invencible; esta ciudad y reino te entregamos, confiados usáds con nosotros de clemencia y de templanza.*

Y después de entregar las llaves de la ciudad, dirigióse con los suyos á Santa Fe, para arreglar la marcha á sus nuevos Estados de la Alpujarra.

Acto continuo el conde de Tendilla, el maestro de Santiago, el marqués de Cádiz, los prelados de Toledo y Sevilla, Fray Hernando de Talavera, arzobispo electo de la nueva ciudad conquistada, y otros ilustres guerreros y capitanes al frente de tres mil ginetes y otros tantos peones, se dirigieron á la Alhambra por camino fuera de las murallas para no alarmar al pueblo que estaba encerrado en sus moradas. En la torre que hoy conserva el nombre de *Torre de la Vela*, tremolaron los estandartes de la Cruz, de Santiago y de Castilla, en medio de entusiastas aclamaciones, de prolongados vivas y de la inmensa alegría que inundaba el alma de los conquistadores.

El altar de campaña de los Reyes estaba prevenido, y con el mayor fervor dieron las gracias al Todopoderoso por la feliz terminación de tan colosal empresa, entonando la real capilla un solemne *Te-Deum laudamus*. Concluido este grandioso acto religioso los Reyes y su comitiva regresaron á los reales de Santa Fe.

El conde de Tendilla se consagró sin descanso á ocupar militarmente la ciudad y sus fortalezas, los castillos y baluartes, tomando cuantas precauciones creyó convenientes para asegurar, tanto á los vencedores como á los vencidos, la tranquilidad y el orden: un silencio sepulcral reinaba en aquella populosa ciudad. Los habitantes, sin distinción de clases, lloraban á su pérdida Granada.

El día seis de enero los monarcas hicieron su entrada solemne y oficial.

La unidad Española estaba consumada, y la ciudad de las mil y treinta torres pasaba á ser un rico florón de la corona de Castilla.

La terrible amenaza que hiciera el Rey Fernando estaba cumplida. *Había arrancado uno tras otro los preciosos granos de la hermosa y codiciada Granada.*

El catorce de enero, Boabdil acompañado de su madre, la implacable Aixa, su esposa la sultana Moraima, sus hijos, hermana y algunos individuos de la familia, salía para su pequeño señorío enclavado en el corazón de la Alpujarra.

Al llegar á las colinas cerca el pueblo del Padul, distante de la capital poco más de dos leguas, desde donde se descubre á Granada por última vez en aquella dirección, derramó abundantes lágrimas de despecho y dolor. Entonces su madre, la altiva Aixa, dijo con tono severo aquellas célebres palabras,



Boabdil, último rey de Granada.

que la historia nos recuerda: *Llorala como una mujer, puesto que no has sabido defenderla como hombre.*

Cuando el emperador Carlos V (primero de España), visitó á Granada, y Don Antonio de Guevara, su cronista, le relató este suceso, contestó el César: *Tuvo gran razón la madre en decir lo que dijo, y ninguna el rey su hijo en hacer lo que hizo, que si yo fuera él, antes eligiera esta Alhambra por sepulcro que vivir fuera della en la Alpujarra.*

La caída del trono de Granada hundió para siempre el poder de la media.



luna en el Occidente, y abrió á los defensores de la Cruz el hermoso reino que fecunda con su savia bienhechora la gigantesca Sierra-Neuada (1).

Poco tiempo permaneció Boabdil en sus nuevos estados de la Alpujarra, pues realizando en metálico cuanto ellos pudieron valer junto con sus demás posesiones, tahas y señoríos, partió con el resto de su familia (la Sultana Moraima había fallecido de pesar y tristeza) para África en los primeros días del mes de octubre de 1493, donde halló una muerte gloriosa en los campos de batalla, defendiendo los derechos de un pariente suyo que en sus desgracias le amparara con generosa hospitalidad. Según las crónicas árabes los sus hijos llamados Yussuf y Ahmed fueron poco afortunados, y su descendencia se extinguió en Fez entre la aflicción y la miseria.

(1) Hemos indicado que en el sitio donde tuvo lugar la entrega se erigió una ermita consagrada á San Sebastián. Una lápida conmemorativa recuerda al caminante tan glorioso acontecimiento, para ejemplo de las futuras generaciones y lauro inmarcesible de aquellos monarcas.

Esta lápida que conmemora la toma de Granada dice así:

«Habiendo Muley Boabdil, último rey moro de Granada, entregado las llaves de esta dicha ciudad el viernes 2 de enero de 1492 á las tres de la tarde, en la puerta de la Alhambra, á nuestros Católicos Monarcas, después de 777 años que esta ciudad sufría el yugo mahometano desde la pérdida de España, acaecida en domingo 2 de noviembre del año 714, selló dicho católico rey á despedir al expresado Boabdil hasta este sitio, antes mezquita de moros y entonces erigida en ermita de San Sebastián, donde dieron las primeras gracias á Dios nuestro Señor el glorioso conquistador y su ejército, entonando la Real Capilla el *Tedeum*, y tremolando en la torre de la Vela el estandarte de la fe: en cuya memoria se toca á dicha hora la plegaria en la Catedral, y se gana indulgencia plenaria rezando tres Padre Nuestros y tres Ave Marías.»

## APÉNDICE AL CAPÍTULO VII

Como documento importante y á la vez poco conocido, y sobre cuyo contenido se suelen hacer diversos comentarios, copiaremos á la letra las capitulaciones que hicieron los reyes Don Fernando y Doña Isabel, con Muley Boabdil, llamado el *Rey Chico*, para la entrega de Granada y Albaicín, con la Alhambra y demás castillos y fortalezas que se hallaban aún en poder de los moros.

### Capitulaciones que se hicieron entre los Reyes Católicos y el rey Boabdil de Granada sobre la entrega de la ciudad (1)

«Las cosas que por mandado de los muy altos y muy poderosos, é muy esclarecidos Príncipes, el Rey y la Reyna nuestros señores fueron asentadas, y concordadas con Abul Casin el Muley, en nombre de Muley Boabdil Rey de Granada, y por virtud de su poder que del dicho Rey mostró, firmada de su nombre, y sellado con su sello, son las siguientes.

«Primeramente es asentado y concordado, que el dicho Rey de Granada, y los Alcaydes y Alfaquies, Cadis, Alguaziles, Sabios, Mofes, viejos y buenos hombres, y comunidad de chicos y grandes de la dicha ciudad de Granada, y del Albayzin, y sus arrabales, ayan de entregar y entreguen á sus Altezas ó a su cierto mandado, pacíficamente y en concordia, realmente y con efecto, dentro de sesenta días primeros siguientes, que se cuenten desde veinte y cinco días deste mes de noviembre, que es el día del asiento de esta escritura y capitulacion, las fortalezas del Alhambra, y Albizan, y las puertas de la dicha ciudad y del Albayzin, y de sus arrabales, que salen al campo, y las torres de las dichas puertas, apoderando á sus Altezas, ó a sus Capitanes, y gentes en todo lo que dicho es. Y que sus Altezas manden á sus justicias que non con-

(1) Copia literal de Bermúdez de Pedraza, pág. 16 y siguientes de la *Historia Eclesiástica de Granada*; edición 1638. Es de advertir que cuando se rindió Granada los Reyes de Castilla aun no tenían el título de Reyes Católicos.



sientan, nin den lugar que Christiano alguno suba sobre el muro, que es entre el Alcazaba y el Albayzin, por que no descubran las cosas de los Moros, y si subieren que sean castigados.

»Y assimismo, que dentro del dicho término darán y prestarán a sus Altezas aquella obediencia de lealtad e fidelidad, y harán y cumplirán todo lo que a buenos y leales vasallos deben, y son obligados a su Rey y Reyna, y señores naturales. Y para la seguridad de la dicha entrega, entregará el dicho Rey Muley Boabdili, y los dichos Alcaydes, y otras personas susodichas a sus Altezas un dia antes de la entrega de la dicha Alhambra en este real, en poder de sus Altezas quinientas personas con el Alguacil Yuzaf Aben Comixa, de los hijos y hermanos de los principales de la dicha ciudad y su Albayzin, y arrabales, para que estén en rehenes en poder de sus Altezas por término de diez dias, en tanto que las dichas fortalezas del Alhambra y Albizan se reparan y proveen, y fortalecen. Y cumplido el dicho término, que sus Altezas ayan de entregar y entreguen libremente los dichos rehenes al dicho Rey de Granada, y a la dicha ciudad y su Albayzin y arrabales. Y que durante el dicho tiempo, que los dichos rehenes estoviesen en poder de sus Altezas, les mandarán tratar muy bien, y les mandarán dar todas las cosas que para su mantenimiento uvieren menester. Y que cumpliéndose las cosas susodichas, y cada una de ellas, segun y en la manera que aqui se contiene, que sus Altezas y el señor Príncipe Don Juan su hijo, y sus descendientes tomarán y recibirán al dicho Rey Muley Boabdili, y a los dichos Alcaydes, y Cadis, y Alfaquies, Sabios y Mofies, y Alguaziles, y caballeros, y escuderos, y comunidad, chicos y grandes, machos y hembras, y vezinos de la dicha ciudad de Granada, y del dicho Albayzin, y de sus arrabales, y villas y lugares de su tierra y de las Alpuxarras, y de las otras tierras que entran so este assiento y capitulacion, de qualquier estado y condicion que sean, por sus vassallos súbditos y naturales, y so su amparo y seguro, y defenaimiento real, y les dexarán, y mandarán dexar en sus casas y haciendas, y bienes muebles y rayzes, aora y en todo tiempo para siempre jamas, sin que les sea fecho mal ni daño, ni desaguizado alguno contra justicia, ni les sea tomado cosa alguna de lo suyo, antes serán de sus Altezas y de sus gentes honrados, favorecidos y bien tratados, como servidores, y vasallos suyos.

»Item es assentado y concertado, que al tiempo que sus Altezas mandaren recibir y recibieren la dicha Alhambra, manden que sus gentes entren por las puertas de Bib-Elachar, y por Bi-bueyde y por el campo fuera de la dicha ciudad, por donde pareciere a sus Altezas, y que no entren por dentro de la dicha ciudad la gente que ha de ir a residir a la dicha Alhambra al tiempo de la dicha entrega.

»Item es assentado y concordado, que el dia que fueren entregadas á sus Altezas la dicha Alhambra y Albizan, y puertas y torres de dicha ciudad y Albayzin y arrabales que salen al campo, segun dicho es, que sus Altezas mandarán entregar al dicho Rey Muley Boabdili, el infante su hijo que está en poder de sus Altezas en Moclin, y el dicho dia pornán en toda su libertad en poder de dicho Rey, a los otros rehenes Moros que con el dicho infante entraron, que están en poder de sus Altezas, y a las personas de sus servidores, y servidoras que con ellos entraron que no se ayan tornado Christianos.

»Item es assentado y concertado, que sus Altezas, y sus descendientes, para siempre jamas, dexarán vivir al Cadis, y Sabios, y Mofies, Alfaquies, y Alguaziles, y Caballeros y escuderos, y viejos, y buenos hombres, y comunidad, chicos, y grandes, y estar en su ley, y non les mandarán quitar sus Algimos y Almais, y alumedanos, y torrés de los dichos alumedanos, para que llamen a sus çalaes, y dexarán y mandarán dexar á las dichas algemios sus propios y rentas y como aora lo tienen, y que sean juzgados por su ley, consejo de sus Cadis, segun costumbre de los Moros, y les guardarán, y mandarán guardar sus buenos usos y costumbres.

»Item es assentado y concordado, que non les tomarán ni mandarán tomar sus armas y caballos, nin otra cosa alguna, aora ni en tiempo alguno para siempre jamas, exepcto todos los tiros de pólvora, grandes y pequeños, que han de dar y entregar luego a sus Altezas.

»Item es assentado y concordado, que todas las dichas personas, hombres y mujeres, chicos y grandes de la dicha Ciudad, y el dicho Albayzin, y de sus arrabales, y tierras, y de las dichas Alpuxarras, y de las otras tierras que entran so este partido y asiento que se quisieren ir a vivir allende, y otras partes que quisieren ir a vivir, que pueden vender sus haciendas, y bienes muebles y rayzes a quienes quisieren, y que sus Altezas, ni sus descendientes aora ni en tiempo alguno para siempre jamas, no pueden vedar ni vedar a persona alguna que se los quieran comprar, y que si sus Altezas los quisieren, que se los den, pagándolos, y comprándolos por sus dineros antes que a otros, y que non estando sus Altezas para la compra, e para pagar el precio si quisiere la tal hacienda que se vendiere.

»Item es assentado y concertado, que a las dichas personas que assi quisieren ir a vivir allende, y a otras partes, que sus Altezas y sus descendientes, para siempre jamas, los dexen ir, y passar libremente con todas sus haciendas y mercancias, y joyas, y oro, y plata, y armas con los dichos tiros de polvora, y otras cualesquier cosas. Y que sus Altezas a las que se quisieren passar allende, les manden fletar de a aquí a sesenta dias primeros siguientes, diez navíos grandes en los puertos de sus Altezas, que les pidieren, para en que



passar los que luego quisieren passar, y que los haran llevar libre y seguramente á los puertos de allende donde acostumbran desembarcar los mercaderes sus mercaderias. Y que dende adelante por término de tres años primeros siguientes, les mandarán dar a los que durante el dicho término se quisieren passar allende, navios en que passen, los quales les mandaran dar puestos en los puertos de sus Altezas, que los pidieren cada y quando que durante el dicho término de los dichos tres años se quisieren passar, seyendo primeramente requeridos sus Altezas para que den los dichos navios cincuenta dias antes de el término en que ayán de passar.

»Y que assimismo los harán llevar a los dichos puertos, seguros, donde acostumbran desembarcar los dichos mercaderes. Y que por término de los dichos tres años sus Altezas no les mandarán llevar ni lleven por el dicho passage, y flete de los dichos navios, derechos, ni otra cosa alguna. Y que si despues de cumplidos los dichos tres años en qualquier tiempo, para siempre jamas, se quisieren passar allende, que sus Altezas les dexen passar, y que por el dicho passage no les ayán de llevar, ni lleven mas de una dóbla por cada cabeza; y que les manden dar sus Altezas navios en que passen pagando el flete. Y que si los dichos bienes que assi tienen en la dicha ciudad de Granada, y su Albayzin, y arrabales, y tierras, y en las dichas Alpuxarras, y en las otras tierras que entran so este partido y assiento non las pudieren vender, que puedan poner y pongan procuradores por sí en los dichos bienes, ó los pongan en poder de algunas personas que coxan, y reciban los frutos y rentas dellos, y lo que assi rindieren se lo puedan embiar y embien allende, o a donde quiera que estuviéren sin embargo alguno.

»Item es assentado y concordado, que aora ni en tiempo alguno sus Altezas, ni el dicho señor Príncipe ni sus descendientes, no ayán de apremiar ni apremien a los dichos moros, assi a los que oy son vivos, como a los que dellos sucedieren, a que traigan señales.

»Item es assentado y concordado, que sus Altezas por hazer bien y merced al dicho Rey Muley Boabdili, y a los vezinos de la dicha ciudad de Granada, el Albayzin, y sus arrabales, les harán merced por tres años primeros siguientes, que comiencen desde el dia de la fecha de este assiento, y capitulaciones, de todos los derechos que solian pagar por sus casas, y heredades, con tanto que ayán de dar y pagar, y den, y paguen á sus Altezas los diezmos del pan, y panizo, y assimismo el diezmo de los ganados que al tiempo del dezmar oviere en los meses de abril, y mayo, y que sea del ganado nuevo, por la orden que diezman los Christianos.

»Item es assentado y concordado, que dicho Rey Muley Boabdili, y las otras susodichas personas de la dicha ciudad, y Albayzin, y sus arrabales, y tierras

y Alpuxarras, y de las otras tierras que entran so este dicho assiento, y partido, ayán de dar, y entregar, y den y entreguen a sus Altezas luego al tiempo de la dicha entrega, libremente, sin costa alguna, todos los cautivos, y cautivas, Christianos, y Christianas, que tienen en su poder, ó en otras partes. Y que si algunos ovieren tenido algun cautivo, ó cautiva, que ayán vendido allende, y otros se los pidieren, diziendo, que los tienen, que jurando, y mostrando testigos, con juramento que hagan, que el tal cautivo vendieron antes de este assiento, y que no es suyo ni está en su poder, que non sean obligados a lo dar.

»Item es assentado y concordado, que sus Altezas no les ayán de tomar ni tomen al dicho Rey Muley Boabdili, y a las otras dichas personas, sus hombres ni bestias, para ningun servicio, salvo a los que querran ir de su voluntad, pagándoles su justo jornal y salario.

»Item es assentado y concordado, que ningun Christiano sea osado de entrar en casa de oracion de los dichos Moros, sin licencia de los Alfaquies, y que si entraren que sean castigados por sus Altezas.

»Item es assentado y concordado, que ningun Indio ni Moro, no sea recaudador, ni recetor, ni tenga mando ni jurisdiccion sobre ellos.

»Item es assentado y concordado, que el dicho Rey Muley Boabdili, y los dichos Alcaydes, e Cadis, y Alfaquies, y Sabios, y Mofies, y Alguaziles, y Cavalleros, escuderos de la dicha ciudad de Granada, y del dicho Albayzin, y de sus arrabales, y tierras, y de las dichas Alpuxarras, y de las otras partes que entraren so este partido y assiento; que serán honrados, y mirados por sus Altezas, y sus dichos oidos, y guardados sus buenos usos y costumbres. Y que sean pagados a los Cadis, y Alfaquies, sus quitaciones y derechos, y franquezas, y todas las otras cosas, y cada una dellas segun y en la manera que lo oy tienen, y gozan, y deben gozar.

»Item es assentado y concordado, que si debate o quiston viniere entre los dichos Moros, que sean juzgados por su ley para ciena, y por sus Cadis, segun costumbre de los moros.

»Item es assentado y concordado, que sus Altezas no manden echar huéspedes, ni los sacar ropa, ni aves ni bestias de las casas de dichos Moros, ni tomen dellos sus Altezas, ni sus gentes contra su voluntad, salas ni combites, ni yantares, ni otros desafueros algunos.

»Item es assentado y concordado, que si algun Christiano entrare por fuerza en casa de algun Moro, que sus Altezas manden a las justicias que procedan contra el.

»Item es assentado y concordado, que en lo de las herencias de los dichos Moros, se guarde la orden y se juzguen por sus Cadis, segun la costumbre de los dichos Moros.



»Item es assentado y concordado, que todos los vezinos y moradores de las villas y lugares de la tierra de la dicha ciudad, y de las dichas Alpuxarras y de las otras tierras que entraren so este dicho assiento y capitulacion, y de las otras tierras que vinieren a servicio y obediencia de sus Altezas treinta dias despues de la dicha entrega gozen de este assiento y capitulacion de los dichos años de franqueza.

»Item es assentado y concordado, que las rentas de las dichas Alpuxarras, y cofradias, y otras cosas dadas para limosnas, y las rentas de las escuelas para abeçar mochachos, queden a la gobernacion de los Alfaquies, y que las dichas limosnas las puedan gastar, y distribuir como los dichos Alfaquies vieren que conviene y es menester. Y que sus Altezas no se entremetan en cosa alguna de las dichas limosnas, ni se las manden tomar, nin embargar aora ni en tiempo alguno para siempre jamas.

»Item es assentado y concordado, que ninguna justicia no pueda proceder contra la persona de ningun Moro por el mal que a otro uviere fecho, y que non padezca padre por fijo, nin fijo por padre, ni hermano por hermano, ni primo por primo, salvo que por quien hiziere el mal que lo pague.

»Item es assentado y concordado, que sus Altezas manden perdonar a los Moros de Alcavtil, todas las cosas que han fecho, y cometido contra el servicio de sus Altezas, assi de muertes de hombres, como en otra cualquier manera.

»Item es assentado y concordado, que si algun Moro estuviese cautivo y se huyere a la dicha ciudad de Granada, y su Albayzin, y arrabales, y a las otras partes de el dicho assiento, que sean libres, y que las justicias, ni sus dueños, no puedan proceder contra ellos no siendo negros de las Islas, ni Canarios.

»Item es assentado y concordado, que los dichos Moros no ayan de dar, ni den, ni paguen a sus Altezas mas derechos de aquellos que acostumbran dar y pagar a los Reyes Moros.

»Item es assentado y concordado, que si qualquier de los vezinos naturales de la dicha ciudad y su Albayzin, y sus arrabales y tierras, y de las Alpuxarras, y de las dichas otras partes que estuvieren allende, que tengan término de tres años primeros siguientes para venir a gozar de todo lo contenido en este assiento y capitulacion.

»Item es assentado y concordado, que si algunos cautivos Christianos ovieren pasado ó vendido allende, y que estén fuera de su poder, que non sean ossados a los tornar ni menos a bolver lo que por ellos los ovieren dado.

»Item es assentado y concordado, que si el dicho Rey Muley Boabdili, y los dichos sus Alcaydes, o algunos de los dichos vezinos naturales de la dicha ciudad de Granada, y Albayzin y sus arrabales, y de las Alpuxarras, y de las

dichas otras partes que se passasen allende no les agrade la estada allá que tengan término de tres años para bolver, y gozar de todo lo capitulado.

»Item es assentado y concordado, que todos los mercaderes de la dicha ciudad y su Albayzin y arrabales y tierras, y de las dichas Alpuxarras, y de las otras partes que entraren so este assiento y capitulacion, pueden ir y venir allende a concertar sus mercaderias, salbos y seguros y puedan andar y tratar por todas las tierras y señorios de sus Altezas, y que no paguen mas derechos, ni rodas, ni castillerias de las que pagan los Christianos.

»Item es assentado y concordado, que si algun Christiano o Christiana se uviere tornado Moro o Mora en los tiempos passados, ninguna persona sea ossado de los amenguar ni baldonar en cosa alguna, y que si lo hizieren que sean castigados por sus Altezas.

»Item es assentado y concordado, que si algun Moro tuviere alguna Christiana por mujer que se aya tornado Mora, que no la pueden tornar Christiana sin voluntad, que sea preguntada si quiere ser Christiana en presencia de Christianos y Moros, y que los hijos y hijas nacidos dellas, no sean apremiados por fuerza a se tornar Christianos.

»Item es assentado y concordado, que a ningun Moro ni Mora non hagan fuerza que se torne Christiana o Christiano.

»Item es assentado y concordado, que si alguna Mora casada o viuda, o donzella, se quisiere tornar Christiana por amores, que no sea recibida hasta que sea preguntada y amonestada por los dichos terminos del derecho, y que si algunas joyas y otras cosas sacare forciblemente de casa de su padre, o de sus parientes, o de otras personas, que sean vueltas y restituidas a poder de cuyas fueren, y que los justicias procedan contra quien las hurtare, como de justicia devan.

»Item es assentado y concordado, que sus Altezas y sus descendientes para siempre jamas, no pedirán ni consentirán que se pida, ni mandarán tornar ni bolver al dicho Rey Muley Boabdili, ni a sus servidores, ni criados, ni a las otras dichas personas de la ciudad y su Albayzin, y arrabales, y villas y lugares de su tierra, y de las dichas Alpuxarras, y de las otras partes que entren so este dicho assiento, todo lo que tomaron en tiempo de las guerras, de caballos y bestias, y ropa y ganado mayor y menor, y plata, y oro, y otras qualesquier cosas assi a Christianos como a Moros mudejares o a otros qualesquier Moros, nin las heredades que los dichos Moros han tomado, y puesto que alguno conozca qualquiera cosa de lo que le ha sido tomado, que no tenga para lo poder pedir e si lo pidiere que sea castigado por ello.

»Item es assentado y concordado, que si hasta aqui algun Moro, oviere amengüado, o ferido, o muerto, o denostado a algun cautivo, o cautiva Chris-



tiana, teniéndolo en su poder, que no les sea demandado aora ni en ningún tiempo.

»Item es assentado y concordado, que de las hazas, e tierras realengas, non paguen mas derechos despues de cumplidos los dichos tres años de la dicha franqueza de aquestos que segun su valor y justicia, y derechamente devieren pagar, segun las tierras comunes.

»Item es assentado y concordado, que los Indios naturales de la dicha ciudad de Granada y del Albayzin, y sus arrabales, y de las otras dichas tierras que entran en este partido y assiento, gozen de este mismo assiento, y capitulacion, y que los Indios que antes eran Christianos, que tengan término de tres meses para repassar allende, y que se cuenten desde diez y ocho dias del mes de diciembre primero venidero.

»Item es assentado y concordado, que los Gobernadores y Alcaydes y Justicias que sus Altezas mandaren poner en la dicha ciudad y Albayzin, y en las otras tierras que entraren so este assiento y capitulacion, sean tales que los sepan bien honrar y tratar, y les guarden todo lo capitulado, y si alguno dellos hiziere cosa no devida, que sus Altezas les manden castigar, y poner otros en su lugar que los traten bien.

»Item es assentado y concordado, que sus Altezas y sus descendientes para siempre jamas, no pedirán al dicho Rey Muley Boabdili, ni a ninguno de los dichos Moros cosa alguna que uvieren hecho en qualquier manera hasta el dia del cumplimiento del dicho término de la entrega de la Alhambra, que es durante el dicho término de los dichos sesenta dias en que la dicha Alhambra ha de ser entregada.

»Item es assentado y concordado, que ningún cavallero, ni Alcayde, ni criado de los que fueren del Rey que fué de Guadix, no tenga governacion ni mando sobre ellos.

»Item es assentado y concordado, que si oviere algun debate o pleyto entre Christiano o Christiana con Moro o Mora, que el dicho debate sea determinado seyendo presente un Alcayde Christiano y otro Alcayde Moro, porque ninguno no se quexe de lo que fuere juzgado y determinado entre ellos.

»Item es assentado y concordado, que sus Altezas por hazer bien y merced al dicho Rey Muley Boabdili, y a las otras personas vezinos y moradores de la ciudad de Granada y su Albayzin y arrabales, y alquerias de su tierra, que a sus Altezas plaze de les hazer merced de todos los cautivos, y cautivas, Moros y Moras de la dicha ciudad y Albayzin, y sus arrabales, y de las dichas alquerias de su tierra, que están en estos reynos, libremente sin costa alguna, e sin pagar derechos en los puertos, ni en otras partes los quales sus Altezas les manden entregar en esta manera: los cautivos y cautivas Moros y Moras de la

dicha ciudad, y del dieho Albayzin, y sus arrabales y de las dichas alcarias de su tierra que están en la Andaluzia, dentro de cinco meses primeros siguientes, y los cautivos Moros y Moras que están en Castilla de aqui a ocho meses primeros siguientes y que dos dias despues de aver entregado los cautivos Christianos a sus Altezas, les ayan de entregar dos cientos cautivos Moros y Moras, los ciento de los que están por rehenes, y los otros ciento de los que no están por rehenes.

»Item es assentado y concordado, que al tiempo que sus Altezas mandaren entregar a la dicha ciudad y Albayzin los cien cautivos, y los cien rehenes Moros que sus Altezas manden entregar a su hijo de Albadramin, que está en poder de Gonçalo Fernandez, y a Hozmin que está en poder del Conde de Tendilla, y Aben Reduan que está en poder del Conde de Cabra, y a su hijo del Moduar y a su hijo del Alfaqui Aden, y a los cinco escuderos que se perdieron en Abra ben Abencerraje, sabiendo donde están.

»Item es assentado y concordado, que qualquier lugar de las Alpuxarras que se levantara por sus Altezas ayan de entregar y entreguen a sus Altezas todos los cautivos Christianos y Christianas que tienen sin que sus Altezas les den por ellos cosa alguna quinze dias despues que se levataren por sus Altezas. Y que si algunos cautivos Christianos tuvieren por rehenes, que les den y entreguen al dicho término, y que sus Altezas les manden dar sus cartas de justicia para que les sean dados sus rehenes Moros, que los tales Christianos tienen.

»Item es assentado y concordado, que sus Altezas manden dar seguro para los navios de allende que aora están en los puertos del reyno de Granada para que se puedan ir seguramente, no llevando ni embiando desde aora cautivo ni cautiva Christiana, y que persona alguna no les haga señal ni daño, ni desaguizado alguno, ni les tomen cosa alguna de lo suyo, y que si pasaren, o embiaren los dichos cautivos Christianos o Christianas, que el dicho seguro no les valga. Y que al tiempo que passaren sus Altezas puedan mandar y manden a uno o dos Christianos que entren en cada navio a requerir y ver si llevan algun Christiano o Christiana.

»Item es assentado y concordado, que non sean llamados nin llevados a ninguna guerra contra su voluntad: y que si sus Altezas vieren menester para alguna guerra los cavalleros que tuvieren cavallos y armas, que ayan de ir, quando sus Altezas los llamaren para en las partes de Andaluzia, pagádoles su sueldo desde el dia que partieren de sus casas hasta que buelvan a ellas.

»Item es assentado y concordado, que hayan de gozar y gozen de las haciendas y heredades que tienen en Motril.

»Item es concordado y assentado, que sus Altezas manden que les sean



guardadas sus azequias por donde va el agua a la ciudad, porque beben della, y que non consientan sus Altezas, nin den lugar que ningunos Christianos o Christianas, ni Moros, ni Moras, laben ropa en las dichas azequias, ni hagan en ellas otra cosa de que venga daño a la dicha agua, y que si alguno lo hiziere, que sea castigado por ello.

»Item es assentado, que si algun cautivo Moro seyendo cautivo dexó a otro Moro en fiança por si para salir del cautiverio, y al dicho Moro que assí dexó en fiança se huyere, y fuese assí a la dicha ciudad de Granada, como a las dichas villas y lugares de su tierra, que ninguno de los dichos Moros no sean obligados o cosa alguna por ello, nin las justicias les apremien sobre ello.

»Item es assentado y concordado, que las deudas que deben unos a otros por recaudos y obligaciones, que pague cada uno lo contenido en los recaudos y obligaciones a quien lo deva, y que por este assiento y capitulacion no sean libres de la tal deuda.

»Item es assentado y concordado, que los alguaciles que sus Altezas mandaren poner para procurar los hechos de los Moros, ayán de ser y sean Moros agora, y en todo tiempo para siempre jamas.

»Item es assentado y concordado, que los almotacenes de los dichos Moros sean assimismo Moros, y que no pongan sus Altezas Christianos en los dichos officios aora y para siempre jamas.

»Item es assentado y concertado, que las plaças y las carnicerías de los Christianos sean apartadas de las de los Moros, y que las mercaderías y carnes de los Christianos, no las pongan a la buelta de la de los Moros, y que las alguno lo hiziere que sea castigado por ello.

»Item es assentado y concordado, que de todo lo que dicho es, les manden dar sus Altezas al dicho Rey Muley Boabdili, y a la dicha ciudad de Granada el dia que entregaren a sus Altezas la dicha Alhambra y Albyzan, y puertas, y torres, como dicho es, sus cartas de privilegios, fuertes, y firmes, rodados y sellados con su sello de plomo pendiente en filos de seda, y confirmado del dicho señor Principe su hijo, y del Reverendísimo Cardenal de España, y de los Maestres de las Ordenes, y de los Prelados, Arzobispos y Obispos y Grandes, Duques, y Marqueses y Condes, y Adelantados, y Notarios mayores de todas las cosas aqui contenidas, para que valgan y sean firmes y valederas, aora y en todo tiempo para siempre jamas, segun y en la manera que aqui se contiene.

»Nos el Rey y la Reyna de Castilla, de Leon, de Aragon, de Sicilia; por la presente asseguramos y prometemos por nuestra fee y palabra Real, de tener y guardar, y cumplir todo lo contenido en esta capitulacion, en lo que a nos toca e incumbe realmente y con efeto, a los plazos y términos, y segun, y en

la manera que en esta capitulacion se contiene, y cada cosa y parte de ello, sin fraude alguno. Y por seguridad dello, mandamos dar la presente firmada de nuestros nombres, y sellada con nuestro sello. Fecha en el nuestro Real de la vega de Granada a veinticinco dias del mes de noviembre de mil quatrocientos y noventa y un años.

»Por ende nos los sobre dichos Reyes don Fernando y doña Isabel, queriendo cumplir, e cumpliendo lo que assí por nuestro mandado se ha assentado por esta dicha nuestra carta de privilegio rodado, o por el dicho traslado, signado de el escrivano público, como dicho es, loamos y aprovamos el dicho assiento, y capitulacion, segun, y en la manera que se contiene, y lo avemos por bueno, cierto, firme, y valedero, para aora, y en todo tiempo, segun, y en la forma, y manera que aquí está contenido, y por esta nuestra carta de privilegio rodado, mandamos al Principe don Juan nuestro muy caro y muy amado hijo, y a los Infantes, Duques, Marqueses, Condes, y a los Prelados de nuestros Reynos, y Maestres de las Ordenes, Prioros, Comendadores, y Subcomendadores, Alcaýdes de los castillos y casas fuertes y llanas, y a los de nuestro Consejo, Oydores de la nuestra Audiencia, y a los Alcaldes y Alguaziles de la nuestra Casa y Corte y Chancilleria, y de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros Reynos y señorios, y a los nuestros Capitanes generales y otros nuestros Capitanes y gente de armas de la mar, y de la tierra, y a otras qualesquier personas nuestros súbditos y naturales, de qualquier ley, y estado o condicion que sean, que vos guarden y hagan guardar todo lo contenido en el dicho assiento y capitulacion de suso incorporado, e vos non vayan nin passen, nin consientan ir ni passar contra ello, ni contra cosa alguna ni parte dello, aora ni despues de aora en tiempo alguno para siempre jamas, ante vos guarden y hagan guardar todo lo contenido en este dicho assiento y capitulacion en todo por todo segun y en la manera que de suso es contenido y declarado. Y mandamos y defendemos firmemente, que ninguno ni algunos no sean ossados de ir, ni passar contra cosa alguna de lo aquí contenido, con apercibimiento que nos les hazemos, que quien contra lo contenido en este dicho assiento y capitulacion fuere o passare, o consintiere ir y passar, que avrán la nuestra ira, y mandaremos proceder contra ellos por todas las penas, assí civiles como criminales en que caen e incurren los que passan y quebrantan assiento y capitulacion y seguro, y defendimiento puesto y dado por su Rey y Reyna, y señores naturales. Y a mayor abundamiento aseguramos, y prometemos, y juramos por nuestra fee y palabra Real, que guardaremos, y mandaremos guardar todo lo aquí contenido, y cada cosa y parte dello aora, y despues de aora, y en todo tiempo para siempre jamas en lo que a nosotros toca de guardar y mandar guardar y cumplir, y



que no iremos ni vernemos, ni consentiremos ir, ni venir, ni passar contra ello, ni contra cosa alguna ni parte de ello, aora ni en algun tiempo para siempre jamas, de lo qual todo lo que dicho es, mandamos dar esta nuestra carta de privilegio rodado, escrita en pergamino de cuero, e firmado de nuestros nombres, y sellado con nuestro sello de plomo pendiente en filos de seda colorada. Dada en nuestro Real de la Vega de Granada a treinta dias del mes de diziembre, año del Nacimiento de nuestro Señor Jesu Christo de mil y quatro cientos noventa y un años. Yo EL REY. Yo LA REYNA. Yo Hernando de Zafra secretario del Rey y de la Reyna nuestros señores, la fize escribir por su mandato.

Y nos los sobre dichos Rey don Fernando, y Reyna doña Isabel Reynantes en uno con el Príncipe don Juan, y con doña Isabel princesa de Portugal, y con los infantes doña Juana, y doña Maria, y doña Catalina nuestros muy caros, y amados hijos, en Castilla, en Leon, en Aragon, en Sicilia, en Toledo, en Valencia, en Galizia, en Mallorca, en Sevilla, en Jaen, en los Algarves, en Algezira, en Gibraltar, Conde y Condesa de Barcelona, señores de Vizcaya, y de Molina, Duques de Atenas y de Neopatria, Condes de Rosellon, y de Cerdania, Marqueses de Oristan, y de Gociano. Confirmamos y aprovamos este privilegio.

Don Juan por la gracia de Dios principe primogénito, heredero de los Reynos de Castilla, de Leon, de Aragon, de Sicilia, etc. confirmamos este privilegio.

Doña Isabel Princesa de Portugal, Infante de Castilla y de Aragon, confirmo este privilegio.

Don Pedro Gonzalez de Mendoza, Cardenal de España, Arzobispo de la Santa Iglesia de Toledo, Obispo de Ciguenza, Primado de las Españas, Chanciller mayor de Castilla, primo del Rey y de la Reyna, confirma.

El Infante Don Enrique de Aragon primo del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Alonso de Aragon Duque de Villahermosa, sobrino del Rey, confirma.

Don Alvaro de Zuñiga, Duque de Bejar, Conde de Bañares, Justicia mayor de la casa del Rey y de la Reyna y su vasallo, confirma.

Don Pedro Fernandez de Velasco Condestable de Castilla, camarero mayor del Rey y de la Reyna y su vasallo, confirma.

Don Diego Sarmiento, Conde de Salinas, repostero mayor del Rey y de la Reyna y su vasallo, confirma.

Don Juan Tellez Giron, Conde de Ureña, notario mayor de Castilla, confirma.

Don Pedro Enriquez, adelantado mayor de Andalucia, tio del Rey, y su vasallo, confirma.

Don Gutierre de Cárdenas, Comen-

Don Diego Hurtado de Mendoza, Arzobispo de Sevilla, confirma.

Don Alonso de Fonseca, Arzobispo de Santiago, confirma.

Don Alonso de Cárdenas, Maestre de la Orden de Caballeria de Santiago, confirma.

La Orden de la Cavalleria de Calatrava, de el Rey y la Reyna son administradores perpétuos, confirma.

Don Juan de Zuñiga, Maestre de la Orden de Cavalleria de Alcántara, confirma.

Don Alvaro de Zuñiga, Prior de la Orden de San Juan, confirma.

Don Luis de Zuñiga, Obispo de Burgos, confirma.

Don Fray Alonso de Burgos, Obispo de Palencia, Conde de Pernia, Capellan mayor de la Reyna y su confesor, confirma.

Don Fray Fernando de Talavera, Obispo de Avila, confesor mayor del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Pedro Ximenez de Prexamo, Obispo de Ceria, confirma.

Don Inigo Manrique, Obispo de Córdoba, confirma.

dador mayor de Leon, de la Orden de Santiago, Contador mayor del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Juan Chacon, Adelantado del Reyno de Murcia, Contador mayor del Rey y de la Reyna, confirma.

El Comendador Rodrigo de Ulloa, Contador mayor del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Juan de Rivera, Notario mayor del Reyno de Toledo, confirma.

Don Pedro Enriquez, Notario mayor de Andaluzia, confirma.

Don Fadrique Enriquez, Almirante mayor de Castilla, Conde de Mógica, primo del Rey y su vasallo, confirma.

Don Enrique de Guzman, Duque de Medina Sidonia, Conde de Niebla, primo del Rey y de la Reyna y su vasallo, confirma.

Don Gaston de la Cerda, Duque de Medina Celi, Conde de Santa Maria del Puerto, Primo del Rey y de la Reyna y su vasallo, confirma.

Don Inigo Lopez de Mendoza, Duque el Infantado, Marques de Santillana, Conde del Real, primo del Rey y de la Reyna y su vasallo, confirma.

Don Fadrique de Toledo, Duque de Alva, Conde de Piedrahita, primo del Rey y su vasallo, confirma.

Don Pedro Manrique, Duque de Nájera, Conde de Treviño, vasallo del Rey, confirma.

Don Bertran de la Cueva, Duque de Alburquerque, Conde de Ledesma, vasallo del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Rodrigo Ponce de Leon, Duque de Cadiz, Marques de Zahara, Conde de



Don Alonso de Valdivieso, Obispo de Leon, confirma.

Don Juan Arias, Obispo de Oviedo, confirma.

Don Juan de Medina, Obispo de Astorga, confirma.

Don Juan de Arias, Obispo de Segovia, confirma.

Don Juan de Meneses, Obispo de Zamora, confirma.

Don Fadrique, Obispo de Mondoñedo, confirma.

Don Enrique, Obispo de Lugo, confirma.

Don Paulo, Obispo de Orense, confirma.

Don Juan Tellez Giron, Conde de Ureña, Notario Mayor de Castilla, confirma.

Arcos, vassallo del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Pedro Ossorio, Marques de Astorga, vassallo del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Andres de Cabrera, Marques de Maya, vassallo del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Garci Fernandez Manrique, Marques de Aquilar, vassallo del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Rodrigo Alonso Pimentel, Conde de Venavente, vassallo del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Diego Fernandez de Córdoba, Conde de Cabra, Vizconde de Iznajar, Señor de Baena, confirma.

Don Bernardino de Mendoza, Conde de Cornuá, vassallo del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Bernardino de Quiñones, Conde Luna, vassallo del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Diego Lopez Pacheco, Conde de Santistevan, vassallo del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Juan Manrique, Conde de Castañeda, vassallo del Rey y de la Reyna, confirma.

Francisco de Leon, Notario mayor del Reyno de Leon, confirma.

«Yo Fernán Alvarez de Toledo, Secretario del Rey y de la Reyna nuestros señores, y Gonçalo de Baeça Contador de relaciones de sus Altezas, Regentes de la escribanía mayor de los sus privilegios y confirmaciones, fuimos presentes a todo lo que dicho es. Fernán Alvarez, Gonçalo de Baeça.»

Este importante documento prueba hasta la evidencia la desconfianza de los moros, y el deseo de los reyes de Castilla de ocupar á Granada á toda costa; así es, que por una parte los vencidos procuraban asegurar todos sus derechos.

descendiendo á pequenezas propias de la administración local, mientras que los vencedores aceptaban estas exigencias, dejándolas consignadas en el tratado para contentarles, asegurando de este modo la pronta rendición de la plaza y la conclusión del imperio de la media luna en España.

Y lo que acaba de demostrar esta desconfianza de parte de Boabdil, es el tratado secreto que celebró con los reyes Don Fernando y Doña Isabel, el cual no tenía más objeto que asegurar su porvenir y el de su familia, cuya copia literal es como sigue:

Capitulaciones particulares hechas con el rey Boabdil y con la Reyna madre y mujer

«En el nombre de Dios todo poderoso Padre, Hijo y Espiritu Santo, que son Tres Personas y una esencia divina, que vive y reyna por siempre sin fin, y de la bienaventurada Virgen gloriosa santa María su madre, a quien Nos tenemos por señora y por abogada en todos los nuestros fechos, y a honra y servicio suyo; y del bienaventurado Apostol señor Santiago, luz y espejo de las Españas, patron y guardador de los Reyes de Castilla y Leon, y de todos los otros santos y santas de la Corte celestial. Queremos que sepan por esta nuestra carta de privilegio rodado, o por su traslado signado de escrivano público, todos los que aora son, o serán de aquí adelante, como Nos don Fernando y doña Isabel por la gracia de Dios, Reyes de Castilla, de Leon, de Aragon, de Sicilia, de Toledo, de Valencia, de Galizia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarves, de Algezira, de Gibraltar, Conde y Condesa de Barcelona, Señores de Vizcaya y de Molina, Duques de Atenas y de Neopatria, Condes de Rosellon, y de Cerdania, Marqueses de Oristan y de Goziano. Vimos ciertos capitulos que por nuestro mandato fueron assentados, y concordados en el asiento y capitulacion del Rey Muley Boabdil, fechos en esta guisa.

«Item es assentado y concordado, que sus Altezas ayan de fazer y fagan assimismo merced a las Reynas su madre y hermana, y a la Reyna su mujer y a la mujer de Muley Bul Naçar, de todas sus huertas, y tierras, y hazas, y molinos, vaños, y heredamientos que tienen en los dichos términos de la dicha ciudad de Granada, y en las Alpujarras, para que sea todo suyo, y de sus herederos y sucesores por juro de heredad para siempre jamas, y lo puedan vender, traspassar y gozar, segun y por la forma y manera que los dichos heredamientos del dicho Rey.

«Item es assentado y concordado, que todos los dichos heredamientos del dicho Rey, y de las dichas Reynas, y de la dicha mujer del dicho Muley Abul



Naçar, sean libres y francos de todos derechos, según que hasta aquí lo eran, para aora y para siempre jamas.

»Item es assentado y concordado, que cada y quando que el dicho Rey Muley Boabdili; y las dichas Reynas, y la dicha mujer del dicho Muley Abul Naçar, y sus hijos y nietos, y descendientes, y sus Alcaydes, criados, y sus mujeres, y los de su casa, y sus criados, y sus cavalleros, y escuderos, y otras personas, chicos y grandes de la casa, se quisieren passar allende, que sus Altezas les manden fletar aora en qualquier tiempo para siempre jamas, para en que passen allende, ellos y las dichas personas, machos y hembras, dos carracas de Genoveses si las ubiere al tiempo que se quissieren passar, sino quando las ubiere, y les manden dar las dichas dos carracas libres y borras, y francas de todos los fletes y derechos para en que lleven sus personas y todos sus bienes y ropas y mercaderías, y oro y plata, y joyas, y bestias no llevando tíros de polvora grandes ni pequeños, y que por el embarcar y desembarcar no les llevarán ni mandaràn llevar sus Altezas los dichos derechos y fletes, ni otra cosa alguna. Y que les manda a llevar seguros y honrados y bien tratados, y guardados a qualquier puerto de los puertos de los Turcos, Levante y Poniente de Alexandria, o de la ciudad de Tunes o de Oran o de los puertos diferentes donde mas quisieren desembarcar.

»Item es assentado y concordado, que si al dicho tiempo, que passasen no pudieran vender el dicho Rey y los dichos sus hijos, nietos y viznietos y descendientes, y las dichas Reynas y la dicha mujer del dicho Muley Abul Naçar, y los dichos sus Alcaydes, y criados, y servidores, algunos de los dichos sus bienes raizes, que puedan dexar y dexen procuradores por sí, que coxan y reciban las rentas dellos, y lo que rindieren que lo lleven libremente a las partes y tierra donde estuvieren sin embargo alguno.

»Item es assentado y concordado, que de todo lo dicho es, les manden dar sus Altezas, y den al dicho Rey Muley Boabdili, y a las dichas Reynas, y a la dicha mujer de Muley Abul Naçar, el día en que se entregara a sus Altezas la dicha Alhambra, y fuercas, según dicho es, sus cartas de privilegios fuertes y firmes, rodados y sellados, con su sello de plomo pendiente en filos de seda, confirmado de dicho Señor Principe Don Juan su hijo, y del Reverendissimo Cardenal de España, y de los Maestres de las Ordenes, y de los Prelados, Arçobispos, y Obispos, y Grandes, y Duques, y Marqueses, y Condes, y Adelantados y Notarios mayores en forma de todas las cosas aquí contenidas para que hallan y sean firmes y valederas para aora y en todo tiempo para siempre jamas, según y en la manera que aquí se contiene. Y que así al dicho Rey, como a las dichas Reynas, a qualquier dellos, sus Altezas manden dar sus escrituras y privilegios por sí a cada uno dellos de lo que les pertenece. E aora

la Reyna Zeti Fatima (1) madre del dicho Rey Muley Boabdili, nos suplicó y pidió por merced que le confirmassemos y aprobassemos los dichos capitulos de suso incorporados en quanto a la dicha Reyna tocan y atañen.

»E nos los señores dichos Rey don Fernando y Reyna doña Isabel, queriendo cumplir y cumpliendo lo que así por nuestro mandado se assentó por esta dicha nuestra carta de privilegio, o por el dicho traslado signado de escrivano publico, como dicho es, loamos y aprobamos los dichos capitulos según y en la manera que en ellos se contiene, y los avemos por buenos, ciertos y firmes, y valederos por aora y en todo tiempo para siempre jamas, en todo y por todo, según en la forma y manera que aquí es contenido, y por esta nuestra carta de privilegio rodado mandamos al Principe don Juan nuestro muy caro y amado hijo, y a los Infantes, Duques, Marqueses, Condes, y a los Prelados de nuestros reinos, y Maestres de las Ordenes, Prioros, Comendadores, y Subcomendadores, Alcaydes de los castillos y casas fuertes y claras, y a los de nuestro Consejo, y Oydores de la nuestra Audiencia, y a los Alcaldes, y Alguaziles de nuestra Casa y Corte y Chancilleria, y de todas las ciudades, villas y lugares de nuestros Reynos y Señorios, y a los nuestros Capitanes Generales y a otros nuestros Capitanes y gentes de armas de la mar y de la tierra, y a otros qualesquier personas nuestros subditos y naturales, de qualquier ley, estado y condicion que sean, que vos guarden y hagan guardar todo lo contenido en los dichos capitulos de suso encorporados, y no vos vayan ni passen, ni consienten ir ni passar contra ellos, ni contra cosa alguna ni parte dellos, aora ni despues de aora en tiempo alguno para siempre jamas, antes vos guarden y fagan guardar todo lo contenido y declarado. Y mandamos y defendemos firmemente, que ninguno ni algunos no sean ossados de ir ni passar contra cosa alguna de lo aquí contenido, con aperebimiento que nos les fazemos, quien contra lo contenido en estos dichos capitulos fuere, o passare, o consintiere ir, o passar, que avrá a la nuestra ira, y mandaremos proceder contra ellos por todas las penas assi civiles como criminales en que caen y incurren los que passan y quebrantan assiento y capitulación y seguro puesto y dado por su Rey y Reyna, y señores naturales. Y a mayor abundamiento aseguramos, y prometemos y juramos por nuestra fee y palabra Real, que guardaremos, y mandaremos guardar todo lo aquí contenido, y cada cosa y parte dello, aora y despues de aora, y en todo tiempo para siempre jamas, e que no

(1) La madre de Boabdil se llamaba Aixa y no Fatima como equivocadamente estamparía el copista. Repudiada Aixa, el monarca Muley Hixem se casó con su cautiva Doña Isabel de Solís, la cual abjuró de la Religión cristiana católica, y tomó el nombre de Fatima y por sobrenombre Zoraya. Es un error lamentable que se nota con frecuencia en autores de reconocido mérito.



iremos ni vendremos, ni consentiremos ir ni venir, ni passar contra ello, ni contra cosa alguna ni parte dello aora ni en algun tiempo para siempre jamas. De lo qual todo que dicho es, mandamos dar esta dicha nuestra carta de privilegio rodado, escrito en pergamino de cuero, firmado de nuestros nombres y sellado con nuestro sello de plomo, pendiente en filos de seda a colores. Dado en nuestro Real de la Vega de Granada, a treinta dias del mes de diciembre, año del Nacimiento de nuestro Señor Iesu Christo de mil y quatrocientos y noventa y uno. YO EL REY. YO LA REYNA. »

«Yo Fernando de Zafra secretario del Rey y de la Reyna nuestros señores la signé por su mandado.

«Y nos los sobre dichos Rey don Fernando, y Reyna doña Isabel, Reynantes en uno con el Principe don Juan, y con doña Isabel princesa de Portugal, y con las Infantas doña Juana y doña María y doña Catalina, nuestros muy caros, y amados hijos, en Castilla, en Leon, en Aragon, en Sicilia, en Toledo, en Valencia, en Galizia, en Mallorca, en Sevilla, en Córdoba, en Córcega, en Murcia, en Jaen, en los Algarves, en Algezira, en Gibraltar, Conde y Condesa de Barcelona, Señores de Vizcaya, y de Molina, Duques de Atenas, y de Neopatria, Condes de Rossellon, y de Cerdania, Marqueses de Oristan, y de Gociano. Confirmamos y aprovamos este privilegio.

Don Juan por la gracia de Dios, Principe primogénito, heredero de los Reynos de Castilla, de Leon, de Aragon, de Sicilia, etc. confirma este privilegio.

Doña Isabel, Princesa de Portugal, Infante de Castilla y de Aragon, confirma este privilegio.

Don Pedro Gonzalez de Mendoça, Cardenal de España, Arçobispo de la Santa Iglesia de Toledo, Obispo de Signença, Primado de las Españas, Chanciller mayor de Castilla, primo del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Diego Hurtado de Mendoça, Arçobispo de Sevilla, confirma.

Don Fadrique Enriquez, Almirante mayor de Castilla, Conde de Mòdica, confirma.

Don Gaston de la Cerda, Duque de Medina Celi, Conde del Puerto de Santa María, confirma.

Don Iñigo Lopez de Mendoza, Duque del Infantado, Marques de Santillana, Conde del Real, confirma.

Don Fadrique de Toledo, Duque de Alva, Conde de Piedrahita, confirma.

Don Pedro Manrique, Duque de Nájera, Conde de Treviño, confirma.

Don Bertran de la Cueva, Duque de Alburquerque,

Don Alonso de Fonseca, Arçobispo de Santiago, confirma.

Don Alfonso de Cárdenas, Maestre de la Orden de Cavallería de Santiago, confirma.

La Orden de la Cavallería de Calatrava de que el Rey y la Reyna son administradores perpétuos, confirma.

Don Juan de Zuñiga, Maestre de la Orden de la Cavallería de Alcántara, confirma.

Don Alvaro de Zuñiga, Prior de la Orden de San Juan, confirma.

Don Luis Acuña, Obispo de Burgos, confirma.

Don Fray Alonso de Burgos, Obispo de Palencia, Conde de Pernia, Capellan mayor de la Reyna, confirma.

Don Fray Fernando de Talavera, Obispo de Avila, Confesor mayor del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Pedro Ximenez de Prexano, Obispo de Coria, confirma.

Don Iñigo Manrique, Obispo de Cordova, confirma.

Don Alfonso de Valdívieso, Obispo de León, confirma.

Don Juan Arias, Obispo de Oviedo, confirma.

Don Juan de Meneses, Obispo de Zamora, confirma.

Don Fadrique de Guzman, Obispo de Mondoñedo, confirma.

Don Bernardino de Carvajal, Obispo de Badajoz, confirma.

Don Pedro Fernandez de Solis, Obispo de Cadiz, confirma.

Don Alvaro de Zuñiga, Duque de Bejar, Conde de Bañares, Justicia mayor de la casa del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Pedro Fernandez de Velasco, Condestable de Castilla, Camarero mayor del Rey y de la Reyna, confirma.

Conde de Ledesma, confirma.

Don Rodrigo Ponce de Leon, Duque de Cadiz, Marques de Zahara, Conde de Arcos, confirma.

Don Pedro Ossorio, Marques de Astorga, confirma.

Don Garcí Fernandez Manrique, Marques de Aquilar, confirma.

Don Rodrigo Alfonso Pimentel, Conde de Venavente, confirma.

Don Diego Fernandez de Cordova, Conde de Cabra, Vizconde de Iznajar, Señor de Baena, confirma.

Don Bernardino de Mendoça, Conde de Coruña, confirma.

Don Diego Lopez de Pacheco, Conde de Santistevan, confirma.

Don Juan Manrique, Conde de Castañeda, confirma.



Don Juan Tellez Giron, Conde de Ureña, Notario mayor de Castilla, confirma.

Don Pedro Enriquez, Adelantado mayor de Andalucía y Notario mayor de ella, confirma.

Don Diego Sarmiento, Conde de Salinas, Postero mayor del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Gutierre de Cardenas, Comendador mayor de Leon, de la Orden de Santiago, Contador mayor del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Juan Chacon, Adelantado del Reyno de Murcia, Contador mayor, confirma.

El Comendador Rodrigo de Ulloa, Contador mayor, confirma.

»Yo Fernando Alvarez de Toledo, Secretario del Rey y de la Reyna nuestros señores, é Gonçalo de Baeza, Contador de las relaciones de sus Altezas, Regentes de la escrivania mayor de los sus privilegios, e confirmaciones, fuimos presentes á todo lo que dicho es, Fernando Alvarez, Gonçalo de Baeza (1).»

En virtud de estas capitulaciones ó privilegio rodado, el rey Boabdil, que entregaba en rehenes quinientas personas hasta que la ciudad y sus fortalezas estuviesen ocupadas por los cristianos, recibió de los reyes de Castilla la seguridad ya estipulada de tratar á los moros como súbditos y amparar sus personas y propiedades. Á Boabdil le dejaron por juro de heredad las villas y lugares de las tahas de Berja, Dalías, Marchena, Bolodny, Lachar, Andárax, Ugijar, y otras de menor importancia libres de tributos y gabelas, y también los bienes que poseía en vida su padre Muley Hixem. Asimismo quedó en pacífica posesión de todos los suyos la sultana Aixa y los demás individuos de su familia, y por último los reyes de Castilla hicieron merced á Boabdil de treinta mil castellanos de oro, que montaban *catorce cuentos é quinientos é cincuenta mil maravedis*.

El 14 de enero de 1492 partió de Santa Fe el último rey de Granada para posesionarse de sus nuevos Estados en el corazón de la Alpujarra: tenía sólo 30 años de edad.

(1) Copia literal de Bermúdez de Pedraza.

Don Juan de Rivera, Notario mayor del Reyno de Toledo, confirma.

Don Pedro Enriquez, Notario mayor de Andalucía, confirma.



## CAPÍTULO VIII

### LUCHAS DEL PAPADO

Falta de consideración á la respetabilidad del Pontífice. — Los abusos y anomalías. — El Evangelio de San Mateo. — Lo que fué en su origen la Religión cristiana. — Como piensa cierta escuela sobre la supremacía de los Papas. — El superior Jerarca toma el nombre de Papa. — Se separa el poder temporal del espiritual. — Gregorio III. — La dinastía Merovingia. — La ciencia se concentra en el clero. — Pipino de Heristal. — Pipino el Breve es elegido rey de los Francos y consagrado por el Papa. — El Pontificado recibe cuantiosos Estados. — Carlo-Magno: es coronado por el Pontífice: protege la ciencia, abre escuelas y funda la Universidad de Paris. — La Alemania adquiere la dignidad imperial. — Comienzan los graves disgustos con el Papado. — Gregorio VII. — Enrique IV. — Conrad. — Enrique V. — Guerra de las investiduras. — Pascal II. — Gelasio II. — Gregorio VIII. — Calixto II. — La casa de Francoña queda extinguida y se entroniza la de Hohenstaufen. — Los Guelfos y los Gibelinos. — Inocencio II. — Guelfos y Gibelinos italianos. — Federico I. *Barbarroja*. — Adriano IV. — Muerte de Arnaldo de Brescia. — Alejandro III. — Enrique VI. — Inocencio III. — Federico II. — Honorio. — Gregorio IX. — Inocencio IV. — Conrad IV. — Con su muerte la casa de Suabia abandona la corona imperial. — Se forman dos Confederaciones. — Urbano IV. — Manfred. — Carlos de Anjou. — Conrad. — Empeñada la restauración. — Sufrir algunos desengaños y pierde la batalla de Tagliacozzo. — Caer prisionero con sus primos Federico y Enrique. — Clemente IV lo reclama. — Carlos de Anjou los condena á muerte. — Sus restos fueron depositados en el Convento del Carmen de Nápoles. — Conclusión.



SIEMPRE que la historia del Catolicismo esté exenta de preocupaciones y separada de las contiendas de las sectas y partidos asi políticos como filósofo-religioso, dará á conocer el origen de marcados derechos, su enlace y unión con los primeros cristianos y el objeto moral que pudo haber en la remota época de su fundación.

¿Por qué se falta todos los días por personas ilustradas, como el señor Draper, de una manera más ó menos embozada ó directa á la respetabilidad del Sumo Pontífice? ¿Por qué se le apostrofa y se le zahiere por intitularse sucesor de San Pedro? ¿Por qué escritores de mérito y saber vierten su hiel y coraje, queriendo probar que en parte alguna del Evangelio se habla del Santo Padre ni de la Santa Sede en la forma y manera como está constituida? ¿Por qué se rechaza que Jesucristo hiciera á San Pedro cabeza de los demás Apóstoles y su Vicario en la tierra? ¿Por qué, en fin, se niega que el Papado sea de institución Divina? ¿Cuánto no se ha discutido en estos últimos tiempos, y aun en épocas anteriores, acerca la infalibilidad del Pontífice?

Estos diferentes modos de pensar han producido contradicciones lamentables, errores funestos, sofismas engañosos, que se dieron á conocer ó se indi-



caron en medio de revueltas y trastornos, que llenaron de aflicción y amargura á la Iglesia de Jesucristo.

Se habla también con inusitada ligereza de abusos y anomalías, de eismas y antipapas, de trastornos y guerras desoladoras, todo siempre con la deliberada intención de lastimar el Catolicismo en su cabeza visible, como desgraciadamente sucede con el profesor norte-americano, imitando ó siguiendo las huellas de Condorcet y otros filósofos del siglo XVIII. Se saca á plaza la extensión que alcanza el poder temporal, su influencia en los destinos de las naciones y otras preeminencias y regalías, hijas de pasadas circunstancias por las que atravesó el mundo católico. Á ello se atribuye una ambición personal y un deseo irrevocable de querer establecer un poder superior, universal, semipolítico y absorbente, al cual debían subordinarse todos los poderes públicos constituidos en la tierra.

Y sin que nosotros veamos en todo esto conflicto alguno para el progreso de la ciencia en sus múltiples manifestaciones, como pretende ver el señor Draper; sin embargo, nos permitiremos hacer algunas breves consideraciones sacadas de la historia.

Cualquiera que examine con imparcialidad y recto juicio el mayor número de cargos que se hacen al Papado, aquel que estudie sin prevención las partes más sobresalientes de este zarandeado proceso, después de haber reconocido al Pontífice como jefe Supremo y cabeza visible de la Iglesia de Jesucristo, se convencerá que todo este alegato no tiene importancia alguna científica ni filosófica; tendrá que convenir con nosotros, que semejantes regalías son peculiares de las condiciones y creencias de otros tiempos, del estado tempestuoso de los actuales, de la falta de fe, y de las condiciones inherentes al corazón humano.

Nosotros no somos ultramontanos, en el sentido que se aplica generalmente esta palabra, ni neo-católicos; tampoco pertenecemos á los luteranos ó calvinistas, ni á ninguna de aquellas agrupaciones que se llaman anglicanos, galicanos, reformistas, armenios, ni á otra secta. Somos, lisa y llanamente, hijos de la Comunión Católica, Apostólica y Romana como lo fueron nuestros padres; como si dijéramos, católicos viejos; pero sin preocupaciones ni exageraciones, que siempre hemos rechazado. Es más; aceptamos de buen grado y sin mistificaciones todos los progresos verdaderos de las escuelas modernas en tanto no afectan al espíritu fundamental del dogma, y por esta razón vamos á consignar algunos datos suficientes para desvanecer aquellos llamados *cargos ó conflictos*.

San Mateo dice en el Evangelio (xvi., 17, 18, 19): «Eres muy dichoso, Simón, hijo de Juan, porque no es la carne ni la sangre la que te ha revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos.

«Y también te digo, que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

«Y Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que tu atares en la tierra, será también atado en los cielos, y todo lo que tu desatares en la tierra será también desatado en los cielos...» «Yo estoy orando para que tu fe no desfallezca...» «Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas,» dijo Jesús á Simón Pedro después de haber resucitado.

De estas santas palabras que el Divino Redentor dijo á Pedro delante de los demás discípulos ¿no es verdad que señala con su nombre propio aquel que



Gregorio I (Greg. Mag.)

ha de ser el jefe después de su muerte? Y parece natural y hasta lógico, que el Hombre-Dios designara entre los apóstoles, cuál de ellos debía ser la cabeza visible de la Iglesia para que le acataran como superior.

¿Qué fué la Religión cristiana en su principio? Una reunión de hermanos, perseguidos por los emperadores, teniendo que ocultarse en las catacumbas para no ser asesinados ó martirizados por los sicarios del paganismo. Estas comuniones se regían por preceptos altamente humanitarios bajo la dirección de los ancianos, que llevaban el nombre de *presbíteros*, y su jefe era elegido por los mismos apóstoles. Este jefe, que se le distinguía con la denominación de Inspector ó *Obispo*, velaba á fin de que no se alterase la pureza de las doctrinas.



Las asambleas ó *Concilios* fueron instituidos por los Apóstoles. El de Jerusalem, según aseguran sabios ilustres, lo presidió San Pedro, el cual inició las cuestiones y fué el primero que emitió su opinión.

Veamos ahora como piensa cierta escuela respecto la supremacía del Papa sobre los reyes, por su origen divino; por más que nosotros *no aceptemos semejante modo de pensar*.

«Como toda soberanía humana moralmente constituida, dicen, representa el derecho divino, y como quiera que este derecho ha sido creado por Dios, de ahí que no puede ser destruido ni aniquilado por los hombres; y este debe ser el dogma fundamental de toda religión verdaderamente social.

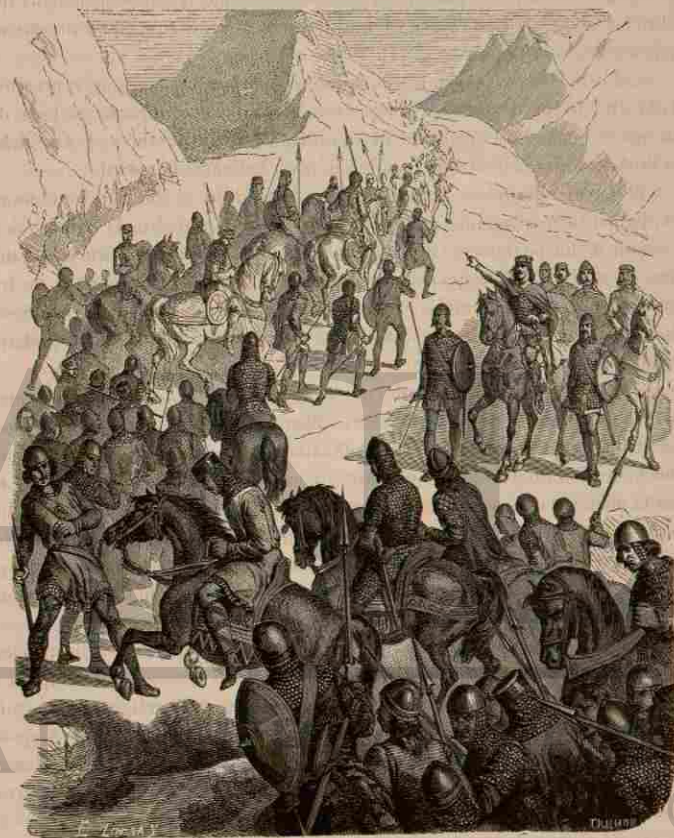
«El derecho divino es incondicional é invariable, el derecho humano es relativo, si bien debe obrar con independencia y con arreglo á la naturaleza y porvenir de los pueblos; de donde deducen, que el poder creado en virtud del derecho divino, está muy por encima de todo otro poder que emana de los hombres; y como el Pontífice es en la tierra el representante de aquel derecho, su influencia ha de pesar sobre las naciones y sobre todos los poderes constituidos... etc.»

¡Ilusiones!... Cuestiones peculiares á las Academias y Liceos, que resuelve de otro modo el derecho del más fuerte. Siempre hemos considerado estas teorías demasiado exageradas, y sobre todo altamente peligrosas para los tiempos que corremos. Nuestro objeto se reduce á una simple indicación, para que se vea la manera como se razonaba respecto la primacía del Pontífice sobre los demás poderes constituidos. No estamos tampoco llamados á dilucidar ni discutir acerca cuál de las doctrinas es más aceptable: si el *galicanismo* ó el *ultramontanismo*, que partiendo ambas de un mismo centro, marchan por rumbos opuestos y se hacen irreconciliables.

Ahora bien: siendo el Pontífice el representante de lo divino en la tierra, ejerció por mucho tiempo la iniciativa sobre todos los poderes civiles; empero si Carlo-Magno aceptó con el mayor entusiasmo y lleno de fe religiosa-católica la alianza y dirección de la Iglesia de Jesucristo, en cambio Don Pedro III de Aragón, apellidado el *Grande*, rehusó la tutela del Papado, que por cierto no la reclamó, y el monarca en el acto solemne de la coronación declaró con la mayor arrogancia, que *era independiente y no recibía la corona de manos de la Iglesia*.

¿Tenía algún origen fundado este privilegio del Pontífice sobre los príncipes y monarcas? Indudablemente. El papa Nicolás había sido coronado en presencia de Luis III, el cual llevó después de la ceremonia la brida de la cabalgadura. Entonces se consideró el Papado como superior á toda jerarquía civil, y como dice la crónica de Regino: «El Papa reinó sobre los reyes y tiranos, y los sometió á su autoridad, como dueño del mundo.»

Su severidad para con los impíos y la protección y benevolencia que mostraba á los que practicaban los preceptos evangélicos, fué seguida de su sucesor Adriano II, quien al dar la sagrada Eucaristía á Lotario, que había repudiado



Pipino el Breve forzando el paso de los Alpes.

á su esposa Teutberga, le dijo: *Si has renunciado al adulterio, si has roto toda clase de relaciones con Gualdrada, este Sacramento te proporcionará la salvación; pero se cambiará en castigo si sigues siendo perverso.*

Lotario bajó al sepulcro á los pocos días.



Mas sea de ello lo que quiera, á medida que la Iglesia aumentaba sus dominios, aumentaba también la autoridad episcopal; su jurisdicción era más extensa y cambiaba la forma, porque así lo reclamaban y hasta lo exigían las circunstancias. Los tributos antes voluntarios se hicieron permanentes, los Obispos como sucesores de los Apóstoles ordenaban á los presbíteros y diáconos, el clero rural se subordinó al Obispo como jefe de la diócesis, el cual á su vez está bajo las ordenes del Metropolitano ó Arzobispo.

Entre los supremos jerarcas el de Roma era el primero, luégo seguían el de Antioquia, Constantinopla y Jerusalem. Estos tres últimos tomaron el nombre de Patriarcas. Constantino, en calidad de Emperador pedía la reunión de los Concilios, el joven Graciano consideró como *sacrilegio* que el Emperador conservase la supremacía de Gran Sacerdote, y publicó un edicto por el cual, «remitía al Obispo de Roma el examen de los demás preladados, á fin de que no fuesen los jueces profanos los que entendieran en asuntos de Religión, sinó un Pontífice de la misma con sus clérigos.»

Ved aquí separado el poder temporal del espiritual. Parece que se quería que el uno dirigiera el mundo político y el otro el moral y religioso. En el Concilio de Efeso se leyó una carta del *Papa*. El Santo Padre buscando la unidad del sacerdocio y de la cristiandad, quiso que su poder tomase el carácter universal apellidándose *Católico* desde la Silla de Roma. Los reyes y los pueblos todos de Europa, Asia y aun de Africa, que profesaban la Religión de Cristo, aceptaron la supremacía del Pontificado, que ejercía su santa autoridad en beneficio de todos, bajo el manto augusto de una Religión de paz y caridad. Dígase lo que se quiera: el Pontificado derribó la esclavitud para levantar el pavés de la libertad humana; más de una vez dominó á la tiranía, impuso su autoridad á los opresores, amparó al pueblo y dió á conocer prácticamente, como dijo el señor Girardin, el principio de las monarquías representativas.

La Iglesia de Jesucristo, representada en su cabeza visible, atravesó una serie de persecuciones terribles, de cismas y de guerras, y aunque débil y humilde sufrió resignada todos los vaivenes y grandes oscilaciones sin perder el aplomo sobre la sólida base de su origen, dirigiendo la nueva civilización que nació al pié de la Cruz y afianzando el poder de las nacionalidades puestas á su cuidado.

La regeneración comenzó bajo los auspicios de Gregorio III, que desconfiando del emperador, buscó en un príncipe extranjero la salvación del Pontificado, entregándose á la defensa y firme apoyo del invencible Carlos Martell.

La dinastía Merovingia había entrado en el gremio de la Iglesia de Jesucristo, y Clodoveo recibió del papa Anastasio II el título de Rey Cristianísimo ó hijo primogénito. Después de este príncipe se pierde la unidad real, y el cri-



Coronación de Carlos Magno



men ensangrentó los palacios de Brunequilda y Fredegunda, hasta que la descendencia de los merovingios vino á sepultarse con Dagoberto, (Dag-Bert), que vió apagar los últimos resplandores de las tradiciones públicas que todavía se conservaban del fecundo é inspirado genio de la antigüedad. El saber y la ciencia quedó por mucho tiempo concentrado en el clero, según antes dijimos, que fué, por cierto, su fiel depositario y guardador.

Después de haberse establecido varias monarquías, Pipino de Heristal, duque de Francia, se hizo dueño del poder y volvió á reconstruir la perdida corona para fundar una nueva dinastía.

Carlos, hijo natural de Pipino, realizó la obra de su padre, pero no se atrevió á terminarla; á su muerte dividió el territorio entre sus dos hijos Carlomán y Pipino el *Breve*. El primero abrazó la vida del claustro.

Protegido Pipino por la Iglesia se sentó en el trono, y el Pontífice exclamó: «Dios te ha elegido para que seas por la autoridad de San Pedro, príncipe y rey de los Francos.» El Papa Esteban consagró en la Iglesia de San Dionisio á Pipino, á su mujer Bertrada y á sus dos hijos Carlos y Carlomán. La extirpe Carlovingia quedó afirmada en el trono; pero pronto perdió la unidad y con ella la preponderancia, para que la Iglesia católica experimentara y sufriera días de luto y de amargo desconsuelo.

Pipino el *Breve* desde entonces fué el hijo predilecto de la Iglesia de Jesucristo, y combatió con fe y entusiasmo á todos sus enemigos. Restableció la autoridad moral del Papado, quiso que el sucesor de San Pedro tuviera completa independencia, que nadie ejerciera sobre él presión alguna, y pudiera obrar con toda libertad á fin de realizar los divinos destinos, para lo cual le hizo donación de cuantiosos Estados.

A la muerte de Pipino ciñó la corona su hijo Carlo-Magno, y desde luégo dedicó todo su poder á cimentar el trono con repetidas conquistas, llegando á ser el soberano más poderoso de Europa. Lleno de ferviente catolicismo, fué coronado por el Pontífice; el pueblo lo aclamó Carlos Augusto. He aquí como el jefe visible de la Iglesia se consideró investido del poder divino, por aquel principio; *Que toda autoridad dimana de Dios*, y por ende se constituía jefe de la humanidad.

El gobierno del Emperador y Rey, el gran Carlo-Magno, supo conciliar el orden con la libertad, y fué esencialmente representativo. Protegió la ciencia, ordenando al abad de Fulda que abriera escuelas episcopales y cenobiales, regeneró la escritura, elevando la dignidad moral del hombre, y difundió las luces de la inteligencia, fundando la Universidad de Paris, de la cual se declaró protector. Con tan grata perspectiva iba á terminar el siglo VIII.

Sin embargo, la Iglesia católica sufrió graves disgustos de los sucesores de

Carlo-Magno, sobre todo, los que siguieron á Ludovico Pio. La Alemania, la Francia y la Italia formaron tres estados independientes, y la primera con sus intrigas llegó á alcanzar la dignidad imperial.

De aquí provinieron defecciones é ingratitudes, hasta el punto que el Papa, que se le consideraba el Jefe supremo de los reyes, se viera depuesto y nombrado en su lugar un antipapa.

Mucho se ha escrito acerca de los antipapas, queriendo con ello demostrar la volubilidad del Pontífice y sus inestables principios de gobierno.

La historia viene en apoyo del Pontificado, demostrando que la tiranía de los emperadores sobre la Iglesia de Jesucristo, había reducido al Santo Padre á ser un simple delegado suyo, nombrándole según su capricho y voluntad, destituyéndole á su antojo y colocando un antipapa que se plegara á sus exigencias y proyectos.

En vano Othón el *Grande* renovó las donaciones hechas por Pipino, Carlo-Magno y Ludovico Pio, añadiendo otras por propia voluntad, siempre pretextando el deseo de dar importancia é independencia al Papado. Sus descendientes obraron con dañadas intenciones, considerándose como representantes de la monarquía espiritual universal.

La Iglesia católica marchaba fluctuando á merced de continuadas borrascas, los emperadores de Alemania elevaban ó deponían Pontífices, nombraban las altas dignidades y la Santa Sede estaba en cierta manera sojuzgada. Durante este largo periodo ¿qué extraño tiene que el Catolicismo se viera rebajado falto de la influencia que constantemente había ejercido para conciliar y defender los intereses de la Iglesia, y hasta que una parte del clero careciera de la ilustración peculiar á tan respetable clase?

Parecía que las cruzadas habían cambiado la manera de ser de la Europa y todas las instituciones sufrieron trastornos más ó menos profundos que radicales. Entonces se abrió de nuevo un combate encarnizado y hasta personal entre los emperadores de Alemania y el Papado, que duró cerca de siglo y medio. En estos pugilatos sangrientos ambos contendientes quedaron quebrantados.

La primera de estas luchas desastrosas estalló entre Gregorio VII, (Hildebrando, antes abad de Cluny) y Enrique IV de Alemania. *Nada parecido se había visto aún*, dice con justa razón el señor Guizot.

Gregorio VII supo realizar gloriosamente la regeneración civilizadora y la libertad del Pontificado, para desprenderse de la presión imperial que le ahogaba. Hildebrando se había mecido en humilde cuna, era erudito en letras sagradas y profanas, recto de corazón, prudente y de carácter firme, de vasto entendimiento y de costumbres severas é irreprochables. Y era tal la opinión



que tenía formada de la época, que escribía á Hugo, que á la sazón empuñaba el báculo pastoral de la abadía de Cluny, lo siguiente: «Ojalá pudiera haceros comprender las tribulaciones que me asaltan, los incesantes trabajos que me abruman cada día. He pedido muchas veces al divino Salvador que me saque de este mundo ó me permita ser útil á nuestra Madre común. Si vuelvo los ojos al Occidente, al Mediodía, al Norte, apenas descubro algunos sacerdotes que hayan llegado al episcopado por las vías canónicas. Entre los príncipes seculares no encuentro ninguno que prefiera la gloria de Dios á la suya. la justicia al interés: si fijo la atención en mi persona, me hallo tan agobiado en mis actos, que no veo esperanza de salud sino en la misericordia de Jesucristo. Si no alimentase la esperanza de una vida mejor y de ser útil á la Iglesia, no permanecería en Roma, sábelo Dios, donde me encuentro encadenado hace veinte años, flotando entre un dolor que se renueva diariamente y una esperanza demasiado remota.» Y luego más adelante continuaba diciendo: «Nuestro único deseo es que los ímpios se conviertan; que la Iglesia, conculcada, confusa y dividida, recobre su antiguo esplendor; que Dios sea glorificado en nosotros, y que nosotros con nuestros hermanos, y hasta con los mismos que nos persiguen, podamos alcanzar la salvación. Por una vil merced prodiga el soldado su vida, y ¿temeríamos nosotros arrostrar la persecución por lograr la vida eterna?»

Empero nombrado ya Papa con el nombre de Gregorio VII, empleó toda su influencia, sabiduría y esta firmeza de carácter en él característica para tan importante revolución, la cual debió quitar á los emperadores la facultad de nombrar el Santo Padre. Gregorio VII creó la monarquía pontificia.

El Pontificado fiel á su divina misión rechazó el yugo de aquellos ambiciosos monarcas, sosteniendo la libertad italiana contra los ataques de la casa de Hohenstaufen, y combatiendo la herejía que se había inoculado con el mayor descaro por varias ciudades de las cuales la de Milán era el centro y cabeza.

Sin embargo, la lucha entre los poderes espiritual y temporal estuvo acallada durante el entusiasmo de las primeras cruzadas, y á los emperadores de la casa de Suabia no les faltó pretexto para levantar el estandarte de la rebelión, nombrando á su antojo y capricho los falsos Pontífices.

En el entre tanto la ciencia miraba sin prevención alguna estas repetidas tempestades, y tranquila y sosegada seguía con paso firme, aunque lento, sus progresivos adelantos. Investigaba con afán las grandes leyes que Dios imprimiera á la materia, cuestionaba entre hipótesis y teorías más ó menos atrevidas y resolvía á su manera y en el campo de una especulación suspicaz y aventurada los áridos y complicados problemas, sin que el Catolicismo presentara otra oposición, que la de sostener el dogma en toda su pureza.

La Iglesia de Jesucristo jamás ha querido imponerse, no se impone, y sólo busca el triunfo de sus doctrinas en la santidad de los dogmas y en la moralidad de sus preceptos. ¿Qué más se quiere? ¿No ha sido el Catolicismo el que ha procurado con cristiana solícitud el bienestar de las masas desheredadas, aliviando á la pobre humanidad de la miseria que le agobia? Mirad el pastor protestante como en medio de su seneillez busca los pergaminos de su hidalguía, mientras que el sacerdote católico habiendo nacido noble alarga la mano al desvalido, enjuga las lágrimas al desgraciado, socorre al pobre y por todas partes aparece humilde hijo del pueblo imitando al Divino-Maestro.

Enrique IV tuvo la audacia de instalar en el Vaticano un antipapa, buscó el apoyo de la clase media y artesana para obrar contra los grandes feudatarios de Alemania, los cuales destruían la unidad creada por los Othones; pero aquellos se sublevaron emancipándose de unos y del otro para establecer las *ciudades libres*, y la Europa pudo aún conservar su libertad amenazada por tan ambicioso monarca.

Enrique IV había quedado huérfano á los seis años. Su juventud fué borrascosa y dispada en demasía, y más de una vez se le vió malo y perverso.

Gregorio VII tuvo que amonestarle, y le citó á Roma para que compareciese ante un concilio; pero contestó al Pontífice con una carta falta de respeto y llena de groseros insultos.

Colocado el monarca por propia voluntad en abierta oposición con el Papa, fué excomulgado. Cencio prefecto de Roma, queriendo sin duda complacer á Enrique, cogió por los cabellos á Gregorio, cuando estaba celebrando en la noche de Navidad el nacimiento del Hijo-Dios, y lo arrastró hasta el palacio papal. El pueblo sublevado arrancó al Pontífice de manos del asesino, y en triunfo volviólo á la Iglesia para concluir el santo sacrificio de la misa.

Enrique IV reunió un concilio en Worms, donde Hugo, uno de los cardenales depuestos, leyó un acta llena de imprudentes acusaciones, y acordaron en su vista no reconocer como pontífice á Gregorio VII. ¡Insensatos!

El Rey fué excomulgado por segunda vez y destituido de su elevado rango junto con los prelados que habían concurrido á Worms. Providencia que los sajones y taringios recibieron con especial aplauso, y los católicos con alegría y satisfacción.

Gregorio buscó un refugio seguro en el castillo de Cañosa, propio de la condesa Matilde, donde se presentó Enrique vestido de penitente, y consiguió á fuer de repetidas súplicas y humillaciones la absolución del Papa (1077). El Sumo Pontífice fiado en sus protestas y juramentos se la otorgó de buen grado; mas al poco tiempo lleno de despecho lanzóse precipitado en brazos de los enemigos del Papa, para comenzar una guerra asoladora que duró más de treinta



años. Los alemanes depusieron á Enrique IV, y eligieron á Rodolfo, duque de Suabia.

Gregorio VII se mantuvo neutral, los sajones se disgustaron y en Maguncia y luégo en Bressanone el Papa fué nuevamente depuesto por Enrique, nombrando para el Pontificado al arzobispo de Rávena, que tomó el nombre de Clemente III. La guerra continuaba sin consideración ni respeto; Enrique IV fué derrotado en Elster; Godofredo de Bullón mató á Rodolfo; y Roberto rescató al Pontífice que del castillo de Sant' Angelo se había trasladado al de Letrán. Seguro en este punto excomulgó al antipapa. Luégo escoltado convenientemente pasó á Salerno, donde entregó su alma al Creador, exclamando: *He amado la justicia y he odiado la iniquidad; pero no muero en el destierro.* (23 de mayo de 1085). El poder y el prestigio del Pontífice se hallaban á una altura inconcebible.

Los juicios emitidos acerca Gregorio VII, han sido muy contradictorios. Para nosotros basta con lo que dijo en cierta ocasión el Gran Capitán de los tiempos modernos: *Si yo no fuese Napoleón, querría ser Gregorio VII.*

¿Era esta conducta del Papado en aquellos aciagos tiempos y en medio de tales aflicciones, un disentimiento al progreso y libertad de los pueblos? Ciertamente que no. Nos parece que el señor Draper conocerá con cuanta injusticia y marcada parcialidad ha juzgado á Gregorio VII, que fué la gran figura del siglo XI.

¿Cómo consideraba los poderes temporal y espiritual el gran Gregorio, en aquellos tiempos en los que el derecho público estaba cubierto de nebulosidades? Oigamos al Pontífice en su *Epístola III*: «La Iglesia de Dios debe ser independiente de todo poder temporal; el altar está reservado para aquel que por un orden no interrumpido sucede á San Pedro; la espada del Príncipe le está sometida, y viene de él porque es cosa humana; el altar, la cátedra de san Pedro emanan sólo de Dios, y de Él dependen únicamente.» «La Iglesia debe ser libre, debiendo llegar á serlo por medio de su jefe, el primer hombre de la cristiandad, el sol de la fe, el Papa que ocupa el lugar de Dios, cuyo reino gobierna en la tierra, y sin él no hay reino. Así como las cosas del mundo son de la incumbencia del Emperador, las de Dios corresponden al Papa. El Estado es distinto de la Iglesia. Ésta es una como su fe; uno su jefe, el Papa; unos sus miembros, los fieles: si la Iglesia existe por sí misma, por sí también debe obrar: si se quieren que prosperen el imperio y la Iglesia, es necesario que el sacerdocio y la monarquía asocien sus esfuerzos en obsequio de la paz del mundo.

»Emanando el Papa de Dios, todo le está subordinado; ante su tribunal deben ser llevados los asuntos espirituales y temporales; la Iglesia es el tribunal



Enrique IV en traje de penitente ante Gregorio VII.



de Dios, y decide acerca de los pecados de los hombres; enseña el camino de la justicia... etc.»

Estas indicaciones, sumamente insignificantes comparadas con las infinitas que se encuentran en sus cartas, probarán la energía de aquel carácter fuerte que se propuso regenerar la Iglesia católica. El estado de perturbación que dominaba en toda Europa, el movimiento de las cruzadas, las resistencias rebeldes de los príncipes alemanes, que en continuada lid con el Pontífice aspiraban á colocarlo bajo su inmediata dependencia, justifican el lenguaje del gran Gregorio VII.

Pasado un año fué elegido Victor III, que no se atrevió á salir de Monte Cassino. Le sucedió Urbano II, que siguió las huellas de Hildebrando.

El hijo de Enrique IV, llamado Conrado, halagado por las ciudades libres, rebelóse contra el padre; pero murió al poco tiempo abandonado de todos, no sin que el monarca se reconciliara con sus enemigos. Quedaba otro hijo también rebelde, que tomó el nombre de Enrique V. El padre había fallecido poco antes en Lieja perseguido por el hijo.

Desgraciado anduvo el nuevo monarca con los señores feudatarios, no obstante de sus pretensiones de dar las investiduras á los prelados y el homenaje ligio; y amenazando al pontífice Pascual II con poderoso ejército, se firmó, al fin, para evitar mayores males, el arreglo de Sutri. Este arreglo fué anulado por los Cardenales reunidos en Letrán, donde el Arzobispo de Viena lanzó sobre Enrique V la terrible excomunión. El Papa aprobó en Concilio cuanto habían realizado los Príncipes de la Iglesia. El Monarca con el mayor desenfado se apoderó de los cuantiosos bienes de la condesa Matilde por fuerza de armas. Estos bienes habían sido legados á la Iglesia católica por la piadosa condesa.

Muerto Pascual II, le sucedió Gelasio II, que fué muy maltratado y arrastrado por la Iglesia, por otro Cencio, (Frangipani), nombrándose á Bourdin, que tomó el nombre de Gregorio VIII. El Papa huyó á Francia, donde bajó al sepulcro: era un antipapa nombrado por el Emperador.

Los Cardenales eligieron á Calixto II, que con habilidad suma supo sobreponerse al antipapa encerrándole en un convento de donde pudo escaparse. Enrique V asustado por la excomunión, firmó en Wurzburg la paz con los barones y con el Papa; y todo quedó aprobado en la dieta de Worms, en la cual se hicieron mutuas concesiones, renunciando el Emperador el derecho de dar la investidura del báculo y el anillo. De este modo terminó la primera guerra de las *investiduras*, que había durado 48 años. Aquí, en verdad, el Emperador había conservado sus pretensiones para ocasión más oportuna.

Y ahora nos atrevemos á preguntar ¿era que el Pontífice quería unir el po-

der religioso con el civil, ó más bien, que éste pretendía apoderarse de aquél por medio del engaño y por la fuerza de las armas?...

Con la muerte de Enrique V quedó extinguida la casa de Franconia, que durante un siglo llenó de luto á la Italia y á la Alemania.

De aquí dimanaron dos partidos enemigos encarnizados: uno que sostenía el principio de elección llamado de los *Güelfos* (welfs), y otro que quería el principio hereditario, que tomó el nombre de *Gibelinos* (Gibelignos).

La corona era disputada por las tres poderosas casas de Supplinbuog, Franconia y Hohenstaufen. Lotario II que pertenecía á la primera, elegido por la asamblea de Maguncia fué desgraciado, y murió cerca de Trento. Conrado que había tomado el título de rey de Italia, obtuvo la preferencia, dejando desairado á Enrique de Baviera yerno de Lotario. La casa de Hohenstaufen ó de Suabia se vió en el poder.

La Silla pontificia estaba también entre dos competidores, y San Bernardo designó á Inocencio III, que al parecer era á quien pertenecía de derecho. La Iglesia protegió á los lombardos que alcanzaron la libertad, y la Italia vió también alimentarse en su seno aquellos bandos enemigos de güelfos y gibelinos.

La elevación de Federico I, llamado *Barbarroja*, al trono cambió completamente la marcha de los sucesos. De gallarda presencia, sencillo en sus costumbres, enérgico en los mandatos, de talento, amante de la justicia, si bien un tanto avaro, supo sujetar á la república romana. Adriano IV se refugió en el castillo de Sant' Angelo, hasta que al fin coronó á Federico.

Retirado de Roma y hallándose en la dieta de Besanzón, recibió del Papa la célebre carta, donde interpretando la palabra *beneficia* á su manera, volvieron á excitarse los ánimos y á encenderse los apagados rencores. Un odio inextinguible se apoderó de aquellos corazones, que produjo guerras, asesinatos, incendios y toda suerte de calamidades. La hoguera consumió á Arnaldo de Brescia, que había sido entregado por el conde de Campania. Este asesinato dejaba trasparente las intenciones de Federico Barbarroja.

¿Y que le decía el Pontífice en la tan célebre carta para que el emperador Federico Barbarroja se considerase humillado? *Te hemos concedido la corona imperial, y no hubiéramos vacilado en concederte mayores beneficios si fuese posible su existencia.*

Es muy posible que los ánimos se exacerbaban cuando el cardenal Bandinelli, papa después con el nombre de Alejandro III, dijo delante de la dieta de Besanzón: «Si el Emperador no tiene el imperio del Papa, ¿de quién lo tiene?» Expresión poco á propósito en aquellos momentos, que por poco le cuesta la vida. El papa Adriano explicó el sentido en que empleaba la palabra *beneficia*, siempre en perfecta consonancia con la Escritura.



El Emperador molestaba al Pontifice por cuantos medios le sugería la ambición, ya apoderándose de los derechos reales en sus múltiples variedades, ya queriendo revisar los derechos pontificios, usando de un lenguaje poco respetuoso y mandando á las ciudades los *podestás* ó magistrados que ejercían la potestad real. En estas revueltas y atropellos la ciudad de Lodi fué destruida y se llevaron á efecto toda suerte de atropellos, robos, vejaciones y asesinatos.

Adriano IV había fallecido y fué reemplazado por Alejandro III, á quien ultrajara también el Emperador, que arrastrado por el coraje cometía toda suerte de excesos.

La unidad católica había estado en grave compromiso por la temeridad de Federico I. Las quejas de los milaneses se repitieron, quienes desamparados andaban errantes y sin asilo seguro; de aquí la necesidad de olvidar pasados rencores y unirse para protegerse haciendo frente al enemigo común, que era el Emperador. Verona, Vicencio, Trevisa y Pádua auxiliados de los venecianos formaron una liga con los milaneses, que tenía por base defender la libertad, evitar que los alemanes penetrasen en la Lombardia y recobrar aquellos derechos que tenían en tiempo de Enrique III.

Alejandro III se había refugiado en Francia y protegía la Liga; á la cual mandó su bendición, lo mismo que á Guillermo I de Sicilia y Enrique III de Inglaterra: algunos otros Estados y monarcas la favorecieron con metálico y combinaciones diplomáticas.

Federico miró con cierto respeto las ciudades confederadas, tomó á Roma, y en un momento de furor mandó quemar la gran basilica de San Pedro. La Italia oponía una resistencia invencible, que el clima y los miasmas palúdicos auxiliaron. Falto de ejército, tuvo que pedir otro á la emperatriz, el cual fué también deshecho y derrotado en la llanura de Legnano. Agobiado por los republicanos y sin poder satisfacer el empréstito de los genoveses, se reconcilió con la república de Pisa, dejándolos á todos burlados.

Vuelto el Pontifice alentado por la actitud de Venecia, la cual derrotó las galeras genovesas donde cayó prisionero un hijo de Federico, y cansado éste de tantos años de lucha, firmó con Venecia un tratado reconociendo al Pontifice, con otras garantías estipuladas á favor de la Santa Sede.

La estrella del Emperador comenzaba á marchar á su ocaso, y se apresuró á volver al seno de la Iglesia. Empero faltando á todo lo convenido, coronó á su hijo rey de Alemania é Italia con el nombre de Enrique VI. La lucha entre la poderosa casa de Hohenstaufen y el Papado había sido un duelo á muerte.

En Venecia el gran Federico Barbarroja ejerció el oficio de ujier con el Papa, prestó los homenajes antes establecidos y de costumbre entre sus antecesores, tuvo el estribo y agarrado de la brida condujo la cabalgadura hasta el palacio.

Federico se hizo cruzar (1188), siguiendo la costumbre de su tiempo para conciliarse en Tierra Santa con la Religión que tanto había humillado y ofendido en la persona sagrada del Pontifice, y queriendo pasar el río Cidno en Cilicia, menos afortunado que Alejandro, se ahogó en la corriente. Sus carnes, dice C. Cantú, fueron sepultadas en Tarso y sus huesos en Tiro (1190).



Inocencio III recibe el homenaje de Juan sin Tierra.

El reinado de su hijo Enrique VI fué de corta duración; pero en él las crueldades, las devastaciones, las muertes violentas, los horrores, los incendios no tuvieron comparación ni ejemplo. Murió cuando apenas contaba 32 años, y los autores más refractarios á la Iglesia católica, no han encontrado ni una palabra de consuelo para tan desgraciado tirano.



En los últimos instantes de su vida pudo aún reconciliarse con la Iglesia, dejando al Padre Santo tutor del joven Federico, que sólo contaba cuatro años de edad.

Inocencio III, que á la sazón ocupaba la Silla pontificia, sólo tenía 37 años. Dotado de cualidades nada comunes, vasta erudición, carácter enérgico y gran tacto para los negocios, reorganizó la Iglesia, mejoró la moral y buenas costumbres, dió impulso á la beneficencia fundando hospitales y fué protector de las bellas artes.

La anarquía se presentaba con todos sus horrores. Los gibelinos coronaron á Felipe de Suabia y los güelfos á Othón IV. El joven Federico II se intitulaba Rey de romanos; pero el Pontífice á quien apelaron favoreció á Othón, que al poco tiempo asesinó á su contrario, casándose después con su hija Beatriz. Esta señalada preferencia no evitó que el ambicioso Othón, faltando á su juramento y á los sagrados compromisos, se declarara enemigo del Papa; el cual le presentó como rival poderoso y temible á Federico II, que apoyado por los gibelinos adquirió celebridad y nombradía. Su hijo Conrado, que aun estaba en la cuna, fué coronado.

La Europa llena de asombro aguardaba el tremendo desenlace. Othón quedó vencido, Federico se consagró como Emperador (25 de julio 1215), y el gran Inocencio III bajó al sepulcro (16 de julio 1216), con el mayor consuelo por haber realizado todos sus deseos y aspiraciones.

Honorio ocupó la silla de San Pedro; pero la dulzura de su carácter no era á propósito para una época turbulenta, llena de infamias y villanías.

Era Federico II hombre de gran capacidad, ilustrado y entusiasta del materialismo. Fundó por propia inspiración la Universidad de Nápoles.

Gregorio IX había sustituido á Honorio. El partido republicano continuaba en sus revueltas y repetidas insurrecciones, y establecida la paz en la dieta de Maguncia, concluyeron los güelfos y gibelinos italianos.

Á Gregorio le reemplazó Inocencio IV, y cuando la noticia llegó al Emperador, exclamó: «He perdido un Cardenal amigo, para tener un Papa enemigo.»

No se engañaba. El Pontífice supo sostener los fueros de su elevada dignidad; pasó á Génova y á Lyon, donde excomulgó á Federico, mandando á los electores que nombrasen otro emperador. Federico II se hallaba en Turín, y despedido hizo que le trajesen la corona de hierro, y colocándosela en la cabeza, dijo: «Desgraciado del que se atreva á tocarla! Desgraciado del Pontífice que ha roto todos los lazos que con él me unen, y que ya no me deja seguir otros consejos que los de la cólera!» Federico II después de vencido en Toscana, murió en Firenzuola en la Pulla (13 diciembre 1250), pudiendo aún reconciliarse con la Iglesia católica: tenía 66 años.

Con la muerte de su hijo Conrado IV la casa de Suabia dejaba abandonada la corona imperial. La anarquía y el desconcierto imperaron por todas partes, y para garantir la seguridad de los ciudadanos se formaron dos confederaciones; la *Confederación del Rhin y la Ansa ó Liga anseática*.

Manfredo conquistó la Sicilia y protegió á los musulmanes con inusitada imprudencia; pero fué excomulgado por Urbano IV, que había sustituido á Inocencio. Carlos de Anjou hermano del Rey de Francia, se coronó Rey de las dos Sicilias, y Manfredo murió en la batalla de Benevento. Era hijo natural de Federico II.

Carlos de Anjou era ambicioso y tirano; hombre de guerra cuidaba poco de la administración. El disgusto general levantó los ánimos de muchos, que ayudados por los que todavía conservaban el nombre de gibelinos, se acordaron



Federico II poniéndose la Corona de hierro

del hijo de Conrado IV, que se le distinguía con el diminutivo de *Conradino*. Era nieto de Federico II, y vivía retirado bajo la protección del duque Luis de Baviera.

Fácil se creyó la restauración por el joven Conradino y sus amigos, que llenos de ilusiones y esperanzas salieron á campaña, recibiendo el primer desengaño á su llegada á Verona. Fueron desairados en la Lombardia y el joven pretendiente conservó aún sus aspiraciones favorecido de los africanos y alentado por Don Enrique de Castilla y por su primo Federico duque de Austria. Lleno de confianza se dirigió al frente de sus tropas hácia los Abruzzos, y en Tagliacozzo encontró el ejército de Carlos, por cierto bastante reducido. Los franceses quedaron dueños del campo de batalla, y el desgraciado Conradino con sus primos Federico y Enrique cayeron prisioneros cuando después de la derrota emprendieron la fuga.



Carlos de Anjou lleno de despecho estuvo inexorable. Quiso dár al asesinato que bullía en su mente una forma legal, y para ello nombró dos síndicos de cada una de las ciudades de la tierra de Labor. Constituidos en tribunal, un proto-notario leyó la acusación, que era superficial y hasta ridícula.

Vanas fueron las instancias y gestiones de Clemente IV, á pesar de hallarse gravemente enfermo, de cuya dolencia fué víctima, inútil la carta por la que reclamaba al regio prisionero, perdidos los razonamientos de algunos jueces, y especialmente de Guido de Suzaria, quien con noble entereza y valor dijo: «Si vino á este reino con ejército, fué porque lo miraba como una herencia que la fuerza le había arrebatado. Vencido y aprehendido en su fuga, es prisionero de guerra y debe ser tratado como tal.»

De todos aquellos jueces, sólo uno pronunció la terrible sentencia de muerte; los demás guardaron un silencio imponente y Carlos tuvo que resumir los cargos y fallar. Conducta que estaba en oposición con las prácticas jurídicas de todas las legislaciones conocidas.

En la plaza del Carmen de Nápoles se levantó el patíbulo cubierto con paño de color escarlata, el cual recordaba que la víctima descendía de sangre real. Conrado de Suabia (Conradino) y Federico de Austria subieron con paso firme las gradas del cadalso. Carlos de Anjou ocupaba un baluarte no léjos del patíbulo desde cuyo sitio dirigía aquella atroz matanza.

El proto-notario leyó la sentencia y Conradino con clara entonación, dijo: «Vil esclavo, tu amo declara culpable al hijo de un rey. No sabe que el igual no puede condenar á otro igual.» Enseguida volviéndose al pueblo y con voz pausada añadió: «Aunque Dios me ha criado á su semejanza me ha hecho mortal, y por lo tanto he de morir; pero se me ha condenado injustamente. Que se pregunte á los reyes de la tierra; que digan según su conciencia, si el hijo que trata de recobrar la herencia de su padre es culpable. De todos modos, sino merezco perdón, que á lo menos sean indulgentes con mis inocentes amigos. Que aquellos que llenos de fe en la justicia de mi causa me han seguido, no participen de mi suerte. ¡Oh! si nada puedo alcanzar en su favor, pido como una gracia especial que me hieran á mí primero, para no tener el sentimiento de verles morir.»

Enseguida abrazó á Federico, llamó á su madre y... Conradino había entregado su alma á Dios. Federico de Austria tomó con loco frenesí aquella ensangrentada cabeza y la besó... Después de Federico fueron decapitados los demás reos.

Los caballeros franceses puestos de rodillas al pié del cadalso estaban indignados, y Roberto de Bethume, yerno de Carlos de Anjou, se precipitó sobre el proto-notario y de una estocada lo dejó sin vida.

La desgraciada Isabel vino desde Baviera á recoger los restos de su hijo y de su sobrino. Una estatua de aquél y una inscripción para éste, que aun existen en el claustro del convento de Carmelitas de Nápoles, recuerdan la deshonra y el crimen realizado con inaudito cálculo por Carlos de Anjou, hermano del piadoso San Luis rey de Francia.

La lucha entre los papas y los emperadores de la casa de Suabia que duró siglo y medio, se ha apreciado de distinto modo, según las tendencias y simpatías de los escritores. En general todos reconocen que el Sumo Pontífice es el jefe de la cristiandad, y sus decisiones sancionadas por los concilios deben



Conradino.

ser acatadas y obedecidas por todos los católicos. ¿Por qué no hemos de ver en el poder que inició Gregorio VII, la aurora risueña que inauguraba un porvenir lleno de augusta majestad y de gloria inmarcesible? ¿Qué, acaso, el pontificado de Inocencio III, no demuestra al mundo la poderosa influencia del Papa, cuando puede obrar con absoluta independencia del Estado? ¿No auxilió y protegió á los desvalidos contra la tiranía de los opresores? Pues al prestar su eficaz apoyo y apostólica protección á la infortunada Ingeburga reina de Francia, contra los crueles tratamientos de su marido ¿no ejercía un acto de alta y levantada misión en pro de la humanidad y de la civilización católica? Los Pontífices destruyeron más de una vez la ambición insaciable de aquellos emperadores, de los reyes y grandes magnates, sus desarreglos inmorales y



sus locas y desastrosas aspiraciones. ¿Qué hubiera sido de Europa y de la civilización moderna, si el materialismo de Federico II no hallara en su camino la entereza del Catolicismo representado por aquellos doctos y santos varones, que sólo con sus armas espirituales hacían vacilar la corona de los emperadores de Alemania, siempre desleales? Aquellas funestas doctrinas, las más hijas de los filósofos de la escuela cordobesa, permanecían en parte latentes entre los filusos, y fueron el germen que preparó el terreno de los *libre pensadores* y de los partidarios del *libre examen*, que debía allanar el camino á la reforma de Lutero iniciada por Wicel y Juan Hus.

La supremacía del Papa sobre todos los poderes, ha sido y aún en el día es, una creencia arraigada entre ciertos filósofos, publicistas y escritores de nota y nombradía. El espíritu moderno quiere introducir una división sistemática, buscando en el Cristianismo, que llama *filosófico*, un elemento de progreso. Esto parece imposible, porque cuanto tiene reconocido como dogmático la Iglesia católica no es discutible, entra en la fe religiosa y en la conciencia individual, y no admite la controversia, que puede y con efecto se establece en todo principio filosófico. La Religión católica no es una secta expuesta á la especulación científica.

El materialismo y el positivismo unificados con el manto de la ciencia experimental han pretendido absorber la teología y la psicología, queriendo que se disuelvan en sus ideales, y que marchen al compás de la evolución atea, que por desgracia embarga en estos momentos inteligencias privilegiadas y de primer orden. Entonces tendríamos una nueva construcción cristiana, un Catolicismo vergonzante, una religión, en fin, grosera y materialista, sujeta á los vaivenes de las pasiones y á los cambios teóricos de los estudios científicos; una religión sin dogmas revelados, sin sublimidad, sin ideal, sin esperanza en lo futuro, y, por decirlo de una vez, una religión burocrática y venal.

El Pontífice como sucesor de San Pedro recibió los poderes de Jesucristo, y así como los jefes de la Iglesia cuidan de dirigir las almas en toda la cristiandad, reina también en los cuerpos. Y, como aseguraba el cardenal Damiano: «No pretende absorber el poder temporal; pero tiene derecho de mandar sobre él, cuando convenga al interés de la sociedad.»

El venerable Pontífice que hoy ocupa la silla de San Pedro, acaba de decirlo: «La Iglesia deja á sus hijos toda su libertad de acción en los asuntos puramente políticos, con tal que esa acción esté arreglada por los principios de la justicia y de la moral cristiana.» Tales han sido las palabras solemnes que ha pronunciado la sabiduría de nuestro padre León XIII.

En esta lucha sangrienta entre guelfos y gibelinos, que sólo hemos bos-

quejado, cada partido tuvo sus razones ocultas y sus miras ambiciosas; y mientras los unos buscaban la emancipación del poder civil y la estabilidad de las monarquías, los otros apoyaban al Papado, que sólo defendía la independencia y libertad de la Iglesia católica. Cuando esta Iglesia se halla oprimida por el Estado, no puede ejercer la santa misión que Dios le confiara sobre la humanidad. Los tronos que han pretendido vislumbrar en la Iglesia Romana un poder usurpador, han sido destruidos y hasta aniquilados por otro poder que se ha engendrado al calor de la libertad civil, que se presenta hoy formidable y destructor; y que sólo ve en los reyes unos déspotas engullecidos, tiranos usurpadores que destruyen en los festines y en el fausto, la riqueza del pueblo, hija del trabajo y desarrollada con el sudor de su frente.

Las contiendas con los emperadores, fueron siempre promovidas por la ambición, la deslealtad y las doctrinas averroistas que á despecho de los Pontífices se inoculaban por Europa.

Los filósofos del siglo décimo octavo ejercieron también contra el Papado una propaganda funesta, que puso en grave expectación á los católicos sinceros. Es preciso que la maledicencia, la desesperación y el encono lanzaran sobre la humanidad aquel germen corruptor, que el tiempo ha incubado para perturbar el orden actual. En la Iglesia católica de la Edad media los papas salieron las más de las veces de la democracia, hijos de modestos artesanos, fueron los que sostuvieron las libertades públicas y los derechos del hombre hollados y escarnecidos por miserables opresores y tiranos. La civilización se ahogaba bajo la argolla de hierro de la anarquía feudal; pero el Papado puso á flote aquella civilización, rompió las cadenas y salvó la sociedad. Ni Hildebrando (Gregorio VII) fué un tirano, ni mucho menos Inocencio III un ambicioso usurpador, como ha consignado con excesiva ligereza un autor moderno. Dice el señor C. Cantú, que: «lo que se ha dado en denominar tiranía de los Papas, estaba fundado en este pensamiento; humillar para ilustrar, no para envilecer.» «Para ser justos, ha dicho el barón A. de Humboldt, es preciso proclamar con reconocimiento, los nobles y valerosos esfuerzos que al fin de la Edad media, como en los primeros tiempos del Cristianismo, hizo el clero en masa para defender los derechos que el hombre tiene de la naturaleza.» El ilustrado protestante señor de Macaulay acaba de decirnos: «el Papado es impercedero.»

Ni las defecciones de los grandes magnates y potentados, ni las ambiciones inconvenientes y peligrosas de reyes y emperadores, ni las atrevidas discusiones y controversias de osados innovadores, ni la misma corrupción del siglo, pudieron alterar en lo más mínimo los dogmas divinos revelados, que son y han sido siempre la base inmutable de la Iglesia de Jesucristo. El siglo XIX ha



querido reivindicar aquellos funestos errores. Los Pontífices han salvado muchas veces a civilización que desbocada corría al abismo, y su influencia y prestigio renacerá, á no dudarlo, (escribimos este capítulo al terminar el año 1881) por el imperio irresistible de las circunstancias. *El Catolicismo es imperecedero*, ha dicho también el mismo protestante inglés, señor de Ma-caulay.

Si algo pudiera enaltecer la historia del Papado durante aquellas prolongadas contiendas, será siempre la previsión y el fin como prepararon las primeras cruzadas, que satisfacían á la vez un pensamiento altamente religioso y llenaban una necesidad política y previsorá, de trascendental importancia, que salvó el conflicto que amenazaba la existencia de la Europa cristiana, rebajó los bríos á los moros andaluces y sostuvo y dió estabilidad á la religión verdadera amenazada por el poder de la media luna en Oriente. ¿Qué de esfuerzos no tuvo que hacer el Pontificado para que los monarcas, sobre todo los de Francia é Inglaterra, pudieran apaciguar sus rencores á fin de que la paz imperara entre los fieles defensores de la Cristiandad?...

## CAPÍTULO IX

### EL FEUDALISMO, LOS MUNICIPIOS

#### LOS ESCOLÁSTICOS Y LAS CRUZADAS

La Edad media. — Su división. — Elementos que contribuyeron á formar la Edad media. — Influencia de la invasión arráccena. — El Catolicismo latino. — San Leandro y San Isidoro. — Las escuelas de Carlo-Magno. — Ilustración de los árabes. — El feudalismo. — Su decadencia. — Los municipios. — El municipio tiene su origen en los romanos. — La escolástica. — Toma nacimiento en las escuelas de Carlo-Magno. — Los nominalistas y los realistas. — Sus contiendas filosóficas hasta Guillermo de Ockam. — La protesta de Cartier de Gersin. — Resultados generales del largo periodo de la Edad media. — Las Cruzadas. — Sus consecuencias. — La Alquimia y los Alquimistas. — En el siglo XIII se fundan varias Universidades. — Notables personajes que se dedicaron á las ciencias en esta época.

PERFECTAMENTE ha dicho el Excelentísimo é Ilustrísimo Señor Arzobispo de Sevilla, R. P. Fr. Zeferino González, que la historia de la Edad media no se ha escrito todavía.

Durante este largo periodo que abraza mil años próximamente, tuvieron lugar grandes y sorprendentes acontecimientos, así religiosos y morales, como políticos y científicos; los cuales cambiaron la faz de la Europa antigua, crearon nuevos intereses sociales, nuevas instituciones y teorías, hipótesis y doctrinas sobre todos los ramos del saber humano también nuevos.

La reconquista de España, que hemos bosquejado, y que comprende los dos periodos más importantes de la Edad media, dió á los monarcas castellanos estabilidad política y poderosa influencia en los negocios del mundo conocido. Prestigio y firmeza que aumentó después de la toma de Granada de una manera portentosa, con los extraordinarios y trascendentales descubrimientos y conquistas de Colón, y las gloriosas hazañas de Cortés, Vasco Núñez de Balboa, Almagro, Pizarro y otros intrépidos españoles.

Los musulmanes vencedores antes en las orillas que riega el Guadi-Becca y vencidos después en las murallas de la codiciada Granada, volvíronse á las candentes playas africanas para sufrir el castigo que la Providencia les tenia reservado.



querido reivindicar aquellos funestos errores. Los Pontífices han salvado muchas veces a civilización que desbocada corría al abismo, y su influencia y prestigio renacerá, á no dudarlo, (escribimos este capítulo al terminar el año 1881) por el imperio irresistible de las circunstancias. *El Catolicismo es imperecedero*, ha dicho también el mismo protestante inglés, señor de Ma-caulay.

Si algo pudiera enaltecer la historia del Papado durante aquellas prolongadas contiendas, será siempre la previsión y el fin como prepararon las primeras cruzadas, que satisfacían á la vez un pensamiento altamente religioso y llenaban una necesidad política y previsorá, de trascendental importancia, que salvó el conflicto que amenazaba la existencia de la Europa cristiana, rebajó los bríos á los moros andaluces y sostuvo y dió estabilidad á la religión verdadera amenazada por el poder de la media luna en Oriente. ¿Qué de esfuerzos no tuvo que hacer el Pontificado para que los monarcas, sobre todo los de Francia é Inglaterra, pudieran apaciguar sus rencores á fin de que la paz imperara entre los fieles defensores de la Cristiandad?...

## CAPÍTULO IX

### EL FEUDALISMO, LOS MUNICIPIOS

#### LOS ESCOLÁSTICOS Y LAS CRUZADAS

La Edad media. — Su división. — Elementos que contribuyeron á formar la Edad media. — Influencia de la invasión arráccena. — El Catolicismo latino. — San Leandro y San Isidoro. — Las escuelas de Carlo-Magno. — Ilustración de los árabes. — El feudalismo. — Su decadencia. — Los municipios. — El municipio tiene su origen en los romanos. — La escolástica. — Toma nacimiento en las escuelas de Carlo-Magno. — Los nominalistas y los realistas. — Sus contiendas filosóficas hasta Guillermo de Ockam. — La protesta de Cartier de Gersin. — Resultados generales del largo periodo de la Edad media. — Las Cruzadas. — Sus consecuencias. — La Alquimia y los Alquimistas. — En el siglo XIII se fundan varias Universidades. — Notables personajes que se dedicaron á las ciencias en esta época.

PERFECTAMENTE ha dicho el Excelentísimo é Ilustrísimo Señor Arzobispo de Sevilla, R. P. Fr. Zeferino González, que la historia de la Edad media no se ha escrito todavía.

Durante este largo periodo que abraza mil años próximamente, tuvieron lugar grandes y sorprendentes acontecimientos, así religiosos y morales, como políticos y científicos; los cuales cambiaron la faz de la Europa antigua, crearon nuevos intereses sociales, nuevas instituciones y teorías, hipótesis y doctrinas sobre todos los ramos del saber humano también nuevos.

La reconquista de España, que hemos bosquejado, y que comprende los dos periodos más importantes de la Edad media, dió á los monarcas castellanos estabilidad política y poderosa influencia en los negocios del mundo conocido. Prestigio y firmeza que aumentó después de la toma de Granada de una manera portentosa, con los extraordinarios y trascendentales descubrimientos y conquistas de Colón, y las gloriosas hazañas de Cortés, Vasco Núñez de Balboa, Almagro, Pizarro y otros intrépidos españoles.

Los musulmanes vencedores antes en las orillas que riega el Guadi-Becca y vencidos después en las murallas de la codiciada Granada, volvíronse á las candentes playas africanas para sufrir el castigo que la Providencia les tenia reservado.



Preciso será examinar ahora, someramente, el carácter y tendencias de este importante período llamado *Edad media*, sobre todo, en la parte que corresponde al feudalismo con sus inaccesibles castillos, á los filósofos con sus interminables contiendas acerca los principios que deben servir de regla así en lo lógico como en lo moral para las diferentes energías del alma, á los árabes con sus progresos científicos, á las cruzadas con su fe religiosa y su elemento civilizador y á los municipios con sus aspiraciones democráticas sostenidas por el clero, que modificaron y cambiaron la esencia del orden civil para preparar la época notable de un Renacimiento filosófico y trascendente, que ejerció su poderosa influencia en la política, en la moral, en el derecho y, especialmente, en la ciencia y en la religión.

La Edad media, según opinión general, abraza un espacio de tiempo de 977 años, comprendidos desde la caída de Augustulo en 476 á la toma de Constantinopla por los turcos en 1453; alguno ha indicado como término la completa expulsión de los moros granadinos. Podemos admitir, siguiendo un autor moderno, que este prolongado período representa tres épocas bien caracterizadas. La de Mahoma, la de Carlo-Magno y la de las Cruzadas.

Aquellos dos grandes acontecimientos históricos que sirven de límites, dan á conocer la destrucción de otros tantos imperios. El de Occidente y el de Oriente, que concluyó con los últimos vestigios del poder de Roma.

Cuatro elementos diversos contribuyeron á formar la Edad media. La civilización pagana ya en decadencia, el barbarismo germánico, el Cristianismo á quien le cupo la mayor parte y el mahometismo.

Los germanos habían destruido la unidad política, y el yugo imperial se hizo trizas ante el poder de los bárbaros del norte. El Cristianismo con la santidad de su doctrina, difundía la unidad religiosa; pero el pueblo al recobrar la libertad civil, descendió á la servidumbre y quizá á la esclavitud, y en vez de un déspota se vió humillado y hasta sojuzgado por tiranos. Una constancia á toda prueba y un valor heroico y desinteresado, sostenido por la fe católica, pudieron á fuerza de tiempo, romper las cadenas ignominiosas de un feudalismo repugnante y avasallador. La invasión de los árabes y el desarrollo inesperado que dieron á sus conquistas, influyó poderosamente en la nueva civilización, que dominó durante las dos últimas épocas de la Edad media; gracias al elemento católico.

Pueblos de distintas razas y nacionalidades ocuparon los países que antes habían constituido el imperio Occidental, y la falta de armonía en los usos, costumbres é idiomas trajeron en pos de sí una confusión de poderes, una mezcla de intereses, una organización especial basada en la gradación de jerarquías y una dependencia mutua de suyo odiosa, servil y hasta brutal.

El Catolicismo latino constante en su misión divina, extendía y difundía la unidad de la fe cristiana, y dirigió todos sus esfuerzos á compactar el mundo civilizado; pero el feudalismo quiso dividir más y más aquella sociedad para que preponderase el individuo por el derecho de la fuerza. De aquí nació el atraso y la barbarie con que se ha calificado, generalmente, este prolongado espacio de tiempo. La raza germánica comenzó á destruir los centros de ilustración, el Estado desapareció ante la rudeza del señor feudal y la ciencia buscó un refugio seguro en el silencio angusto de los claustros.

El genio fecundo de Grecia y Roma, aquellos resplandores de la antigüedad clásica, que insensiblemente iban apagándose, las tradiciones que todavía se conservaban al través de los tiempos y de las vicisitudes de la humanidad, vinieron á sucumbir con Dagoberto I (Dag-Bert) y la invasión sarracena.

Gloria inmarcesible adquirieron en nuestra España aquellos varones ilustres que supieron conservar la ciencia. Entre ellos sobresalen los gloriosos é insignes hermanos San Leandro y San Isidoro que enaltecieron los tesoros del saber, y de aquella ciencia próxima á ocultarse en los monasterios. Era preciso combatir el arrianismo, y la herejía fué anonadada y destruída. La conversión de Hermenegildo y Recaredo son de ello un testimonio fiel. San Isidoro ha sido proclamado el *gran doctor de las Españas*, el genio más potente, universal y sintético de su siglo.

Muy cerca de dos centurias estuvo casi toda la Europa sumida en la más crasa ignorancia, en un barbarismo repugnante y de consecuencias graves. El gran Carlo-Magno la sacó de su letargo, y mandó á Baugulf, abad de Fulda, que abriera escuelas públicas. De este modo regeneró la escritura, fundaba al propio tiempo la Universidad de París y creaba la Academia Palatina (785) que fué la primera que se erigió en el mundo científico.

La invasión de los sectarios de Mahoma por la España cristiana cuando todavía no contaban un siglo de existencia después de la muerte del Profeta, vino á derribar el poder de los visigodos, y dió origen á una lucha tenaz y encarnizada que sostuvieron los españoles durante cerca de ocho siglos. Lucha sangrienta y porfiada, llena de heroísmo, que apenas dejó entronizar en la Península el régimen feudal. Por esto la monarquía española, desde que comenzó la reconquista, la hemos visto llena de majestad seguir paso á paso sus gloriosos triunfos y sus infortunados reveses, hasta alcanzar la suspirada unidad nacional con la toma de Granada.

Los árabes al invadir la España visigoda, digan cuanto quieran sus partidarios y admiradores, eran incivilizados, fanáticos, intolerantes y faltos de costumbres sociales. Pueblo arrogante y fiero con los vencidos, que había salido de los desiertos de la Arabia, errante, sin sujeción y lleno de ilusiones



fantásticas hijas de un estúpido sensualismo. Protegidos por los hebreos y en contacto con los españoles, pudieron adquirir formas sociales más suaves, condiciones por ellos ignoradas y consagrarse á muchos artes y oficios que no conocían. Tal vez la propia necesidad y el deseo de conservar la conquista cuando contemplaron la benignidad del clima, las morigeradas costumbres de los españoles, sus leyes, la majestad de los templos y la general riqueza del país, les hiciera conocer, que nada era más natural y apropiado para afianzar aquellos tesoros, que transigir con los hijos de los pueblos conquistados, dejándoles, siquiera fuese por el momento, sus leyes civiles y sus creencias religiosas; pero esta tolerancia, que formaba la esperanza de los judíos, fué de poca duración y estuvo equilibrada por los excesivos tributos que imponían los conquistadores. La civilización, tanto romana como goda y judía, comenzó á despertar su natural inteligencia, el impulso que Carlo-Magno diera á la educación su natural curiosidad, y en la península Ibérica principió su desarrollo intelectual, para adquirir toda la majestad de un pueblo culto, en los prósperos reinados de los Omeyyas, que aspiraron á sobrepajar la que en Bagdad comenzaba sus señalados progresos con la protección que la dispensó el califa Al-Raschid y su hijo.

Aarun-al-Raschid descendía de la dinastía de Abbas; quiso imitar al emperador de Occidente, comenzando por impulsar el sentimiento religioso en el Oriente, y aliviar los sufrimientos de los cristianos de Cartago, Alejandria y Jerusalem, que Meruán II, último de los Omeyyas, había extremado en demasía.

Con la nueva civilización la raza árabe llegó á poseer en Europa las costumbres, usos é ideas caballerescas, que en la Edad media ostentaban los poderosos señores feudales. Si la generosidad, la cultura y el valor personal; si la gracia, el sentimiento y el amor; si la elegancia, el lujo y la galantería pudieron desenvolverse entre los hijos del Hegiaz en virtud de circunstancias especiales y del contacto con los cristianos y hebreos de España, para refinar sus voluptuosos placeres, ó á fin de aumentar sus heroicos esplendores en el Califato de Córdoba, no debemos buscar semejantes progresos en el refinamiento de los capitanes que acompañaban ó siguieron á Tárik y Muza, cuyos caudillos fueron conquistadores y guerreros y *no literatos ni hombres de ciencias*.

No hay para qué exagerar los conocimientos científicos y literarios de los árabes, cuando penetraron en Europa. Es innegable que ninguno de los pueblos conocidos se hallaba (y aún se halla) con mejores condiciones, ni jamás fué más apropiado para el progreso y la ilustración que la raza semítica. Su carácter emprendedor, su audacia y valentía, el talento natural y hasta la sal-



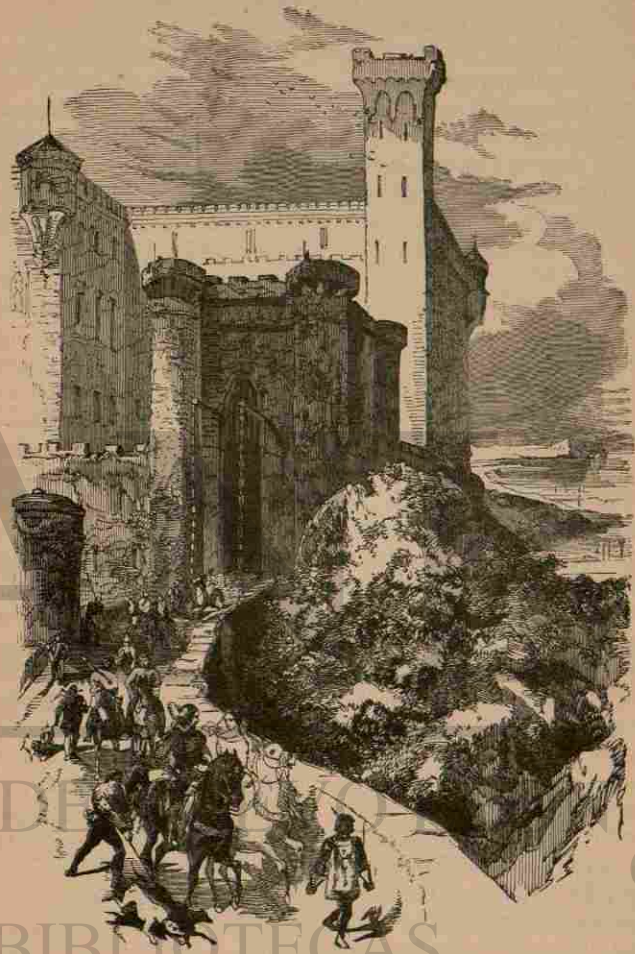
señor feudal volviendo de una excursión por sus dominios.



vaje independencia de que tanto suele abusar en todos tiempos y circunstancias, la colocan al nivel de las naciones más aventajadas; y sin embargo, vivía entonces y vive hoy día sumido en la indolencia, en la sensualidad y en la barbarie. Sus glorias literarias y científicas pasaron con sus Califas, y poco á poco se extinguieron con los reyes y señores de taifas. Sin aspiraciones, sin ninguna de las nobles ambiciones de los estados libres, sin artes, sin industria, sin comercio, faltos de ciencias y porvenir, inspirados solamente por una creencia material y fatalista, se han embrutecido hasta alcanzar la odiosa servidumbre. La secta de Mahoma profesa una religión inmóvil, que arrastra á los hombres, bien á pesar suyo, al envilecimiento y á la abyección. El estandarte de la media luna está próximo á desaparecer del mundo civilizado.

Nosotros sólo vemos en el atraso lamentable del pueblo árabe la influencia de la religión; nada más que la religión. Fué preciso en aquellas épocas, que los preceptos alcoránicos se quebrantaran, y éstos fueron muchas veces quebrantados. Hay en ellos superstición y fanatismo. En prueba de lo expuesto, vemos al pueblo americano, que mora bajo la poderosa influencia de las regiones tropicales, es apático y descurrido, indolente y flojo por efecto del clima, vive sintiendo el peso de un fatalismo natural y funesto que no puede evitar; y sin embargo, educado por las benéficas y santas máximas del Catolicismo, sacude la pereza, espera con fe los productos de su trabajo y laboriosidad, y su ilustración le abre un dilatado y fecundo campo en el congreso general y un lugar distinguido en el progreso de la humana civilización. Sólo el Catolicismo puede ofrecer estas transformaciones y positivos adelantos.

El feudalismo grosero, ignorante y orgulloso, sostenía la servidumbre, la esclavitud y la desigualdad de clases. Con tan erróneos elementos no podía ser de modo alguno, el que impulsara la marcha de un progreso científico indefinido, ni los adelantos morales y sociales del porvenir. Sólo la Iglesia de Jesucristo, representada por los Gregorios é Inocencios, sostenida por la radiante antorcha del pensamiento, predicó con ardiente entusiasmo y santo fervor las leyes de este progreso incesante, que fué destruyendo aquellos repugnantes privilegios que amenguaban la dignidad del hombre. El dogma cristiano de común origen y destino para todos los mortales, proclamado por los Obispos y predicadores ortodoxos durante la Edad media, fué un llamamiento constante que condujo á los pueblos á su emancipación, uniendo y amalgamando las diferentes condiciones é igualándolos entre sí. Por este medio la Iglesia abrió ancho campo á la civilización moderna en presencia de unos mismos preceptos legales y religiosos, de los cuales resultó la igualdad civil y política. Hermanos primero ante Dios, fueron después iguales en presencia de la ley, y por ello adquirieron el título de ciudadanos cristianos. En el seno,



Señora feudal saliendo de su castillo.



pues, del Catolicismo se cimentó la libertad que sostiene aún y sostendrá la Iglesia de Jesucristo, recordando aquella sublime máxima del Evangelio: *Todos somos hijos de Dios!* Ahora ya no nos sorprenderá que el señor E. Girardin, entre otros haya consignado, que: «la Iglesia es la que ha creado el gobierno representativo.»

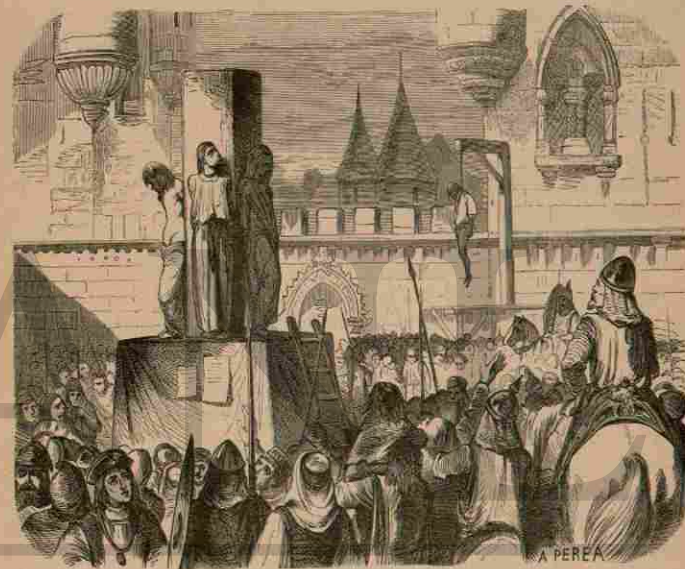
¿Por qué el feudalismo fué ajeno á las garantías políticas, á la fuerza particular, y, en general, á toda fuerza pública?... Durante esta época el individuo no conocía otro derecho que aquel que provenía de la fuerza, y sostenido por él atropellaba la razón y hacía sentir su yugo sobre la clase plebeya que gemía bajo el peso de la servidumbre. ¿Qué importa que el señor de vidas y haciendas otorgase alguna que otra vez insignificantes mercedes y pasajeras distinciones á sus siervos, si al cabo no salían de la villana condición de vasallos pegados á la gleba? El feudalismo llegó hasta la tiranía. Por esto el señor Guizot ha dejado escrito: «que la peor de todas las tiranías es aquella, que ve desde su asiento los límites de su imperio. Los caprichos de la voluntad humana, dice, se desarrollan entonces con toda su intolerable altanería y con irresistible prontitud.» Los señores feudales ejercían su dominio y despótico poder con daño de los siervos, sobre el aire que se respira, sobre el calor del sol que nos vivifica y sobre la lluvia que fertiliza la vida. ¡Ah! El pudor se resiste á reseñar ciertos privilegios y costumbres del régimen feudal, que aumentaban el martirio y los tormentos de aquellos hombres desgraciados que se llamaban de la *picota* ó del *rollo*. Por eso el mayor de los enemigos que tuvo el feudalismo en la segunda y tercera época de la Edad media fué, sin duda alguna, la Iglesia de Jesucristo, que al propagar la unidad de la fe católica, destruyó el elemento individual, que admitía como fundamento de su sistema político la diversidad de clases y jerarquías.

Se dirá, quizá, que el Catolicismo aceptaba también ciertas distinciones. Sí; es muy cierto: empero estas jerarquías no alteraban ni fraccionaban los poderes públicos, ni el territorio mermaba, ni mucho menos la unidad del dogma sufría modificación alguna. Eran jerarquías que no se oponían á los principios proclamados por Jesucristo, y todos podían aspirar á ellas; porque como ha dicho un pensador contemporáneo, «el clérigo lleva en el bolsillo junto con el breviario la tiara pontificia.»

El feudalismo seguía con todos sus excesos y demasías, siempre imperando por la fuerza, y cuando se pudieron contener los robos, los latrocinios y las iniquidades de los grandes magnates y poderosos señores, la Iglesia católica recobró la influencia y prestigio que los hombres de los castillos almenados le habían usurpado. Entonces el feudalismo comenzó á declinar visiblemente y las monarquías extendieron sus brazos para amparar á la sociedad. El feuda-

lismo vino á sucumbir ante las prisiones y el cadalso, por la influencia de otros poderes que se desarrollaban entre los hombres libres: tales fueron los *municipios*. Los municipios y la clase media auxiliaron al poder real, que sólo representaba el derecho de nacimiento y la iniciativa de una autoridad absoluta.

Mucho debieron contribuir también á esta nueva faz histórica de la Edad media las Cruzadas, propagando y extendiendo el sentimiento de fraternidad



La picota y la horca junto al castillo feudal.

que proclama el Evangelio. Cuando el siervo había empuñado las armas y participaba del espíritu guerrero, antes privilegio exclusivo del señor; cuando en los campos de batalla se borraba todo sentimiento de servidumbre, para que brillara con luz divina la libertad concedida por Dios al linaje humano; cuando, en fin, se vieron confundidas todas las nacionalidades, todos los caracteres, todas las costumbres y hasta las jerarquías y dignidades; el feudalismo perdió su poder y su importancia, y bien se puede asegurar, que desde aquel momento histórico dejó de existir. El Catolicismo con las Cruzadas, que dan á conocer la gran previsión del Papado, había dado notable impulso en el



progreso de la humanidad, porque abrió anchos y dilatados horizontes que debían utilizar las generaciones futuras.

Los *municipios*, en el fondo de origen romano, según opinión de autores respetables é imparciales, fueron otro de los elementos civilizadores, que comenzó á tomar seguro vuelo entre el movimiento intelectual del siglo XII. Se dirá que en muchas ciudades y villas permanecieron latentes, ó que carecieron de verdadera influencia durante repetidos años y aun de siglos. La tendencia de estos cuerpos ó colectividades municipales, que tuvieron asimismo los nombres de *comunes* y *concejos*, fué siempre democrática, y debieron hallarse en abierta oposición con los señores feudales. Es muy posible, que si los municipios no hubiesen estado protegidos por el clero, habrían sucumbido en la contienda.

En los municipios sólo bullían y desempeñaban oficios los hombres libres, como los comerciantes é industriales, y además todo aquel que había conservado la independencia y la nobleza de la dignidad humana; mientras que los otros eran hombres de fuerza, que hacían alarde del oficio de las armas ó vasallos pegados al terreno del señor: bien se puede decir, que en aquellos tiempos el hombre pertenecía á la tierra y no la tierra al hombre. Á medida que la libertad del municipio iba echando raíces, mientras que la clase emancipada extendía su influencia y adquiría vigor y poderío, se equilibraba la seguridad individual, y el respeto á la propiedad, que hasta entonces se había hollado por bandidos y ladrones, los cuales muchos de ellos se encastillaban luego en sus moradas almenadas, era ya un hecho verdadero. El municipio fué, pues, una garantía de orden y seguridad, que contribuyó á robustecer y afianzar las diferentes nacionalidades, cuya vida había sido hasta entonces lánguida y enfermiza, introduciendo como elemento para la constitución del Estado político de toda nación, el llamado *tercer estado, estado llano ó popular*. He aquí por qué no ha faltado quien haya considerado á los municipios como la reacción del derecho y la paz contra la fuerza y la guerra. Por otra parte, los disturbios entre la Santa Sede y las altas potestades del imperio alemán trajeron sobre el Catolicismo muchos días de luto y aflicción, según hemos dado á conocer en el anterior capítulo.

En España estos municipios ó concejos eran tradicionales, y se remontaban al tiempo de los Iberos. Se habían conservado y aún robustecido durante las dominaciones romana y goda, sufriendo todos los vaivenes y vicisitudes de la Europa occidental, y hasta llegaron á desaparecer de las grandes poblaciones, donde dominaban los sectarios de Mahoma. Sin embargo, la prolongada estancia de los moros en la Península, pudo hacer olvidar las antiguas costumbres con sus nombres propios, que daban á conocer las dignidades y jerarquías

municipales para introducir otras nuevas de origen árabe, que todavía se conservan entre nosotros, según ha dado á conocer mi amigo y compañero el Señor Doctor Don Francisco J. Simonet, catedrático de lengua árabe de la Universidad de Granada. Empero es un descuido lamentable deducir de ello, que el municipio fué importado por los hijos del Islam, como ha consignado el Excelentísimo Señor Don Ángel Fernández de los Ríos en su obra *Luchas políticas*,



Juan de Padilla jefe de los comuneros de Castilla.

por el solo hecho de haberse olvidado ó extinguido los primitivos nombres romanos y godos.

En tiempos más modernos, es decir, después de la expulsión de los moros granadinos, los municipios alcanzaron notable incremento y gran influencia política. El poder Real, siempre suspicaz y receloso, creyó ver ciertos inconvenientes á sus prerogativas; de aquí resultó que en Castilla se confederaron algunos de ellos para oponerse á la absorción que les amenazaba, y sus patrió-



ticos esfuerzos vinieron á estrellarse ante el cruento sacrificio de Padilla, Bravo y Maldonado, que con escándalo de propios y extraños se consumó en Villalar....

Digase lo que se quiera, el Catolicismo, propagando las santas máximas del Evangelio, fué y ha sido en todos tiempos el elemento civilizador más poderoso, liberal y eficaz de cuantos se han conocido; mientras el Korán sostenido por el alfanje del mahometano, ha llevado la intolerancia y la destrucción, el fanatismo y la barbarie por las regiones y países que han tenido ó tienen la desgracia de vivir bajo la odiosa dominación de la secta del Profeta.

En el segundo y tercer período de la Edad media, la *escolástica* nacida por una parte del renacimiento de la enseñanza imperial y de la ciencia de los hijos de Moisés, y del prestigio que adquirieron los árabes por la otra, formó desde luego dos partidos, que sostuvieron dos afirmaciones contrarias tomadas de las escuelas griegas, las cuales dieron origen á una controversia acalorada y sostenida, donde se renovaron las antiguas contiendas entre lo universal y lo individual, el principio y el hecho, la razón y los sentidos, lo material y lo inmaterial. Aplicaron con entusiasmo inusitado la dialéctica á la teología y la Iglesia católica se vió obligada, muchas veces, á intervenir con su autoridad. Verdad que los contendientes eran casi siempre sacerdotes, grandes dignidades de la Iglesia, obispos, comunidades y órdenes religiosas, que mezclaban con frecuencia imprudentemente la filosofía con la teología.

Es posible que Boecio teniendo en cuenta los escritos de doctos varones, fuese el primero que diera vida al verdadero escolasticismo. La universalidad de sus conocimientos y sus formas dialécticas, ayudados de una argumentación vigorosa, dieron grande importancia á las escuelas de Carlo-Magno, de donde, según opinión de respetables eruditos, tomó nacimiento la escolástica. Casiodoro y Alcuino tuvieron una buena parte en tan noble tarea.

Nada tiene de extraño. La civilización romana conservaba, sobre todo en España, su reconocida lozanía, y pudo presentar sabios ilustres y pensadores profundos que se hallan en el catálogo de los santos, como Isidoro, Braulio, Eugenio, Idefonso, Julián y otros no menos dignos y virtuosos, como Tajón. El señor de Hauréau historiador distinguido y erudito que se ha ocupado con notable acierto de la escolástica, dice: «La España cristiana era, á mediados del siglo VIII, una de las regiones más civilizadas del mundo antiguo. Como Italia y como las Galias había tenido bárbaros; pero en circunstancias menos funestas.» «Habrémós de buscar el renacimiento de las letras sólo en los dominios del poderoso emperador católico, ó quizá en alguna nueva herejía? Nó; porque los españoles y los isleños británicos, contribuyeron también á aquel importante movimiento intelectual. Si otras pruebas no existieran, véase la

forma didáctica de que se valieron para combatir el *adopcionismo* Beato y Heterio, contra la reconocida erudición de Félix obispo de Urgel y su discípulo Elipando, y aun del mismo Alcuino.

El escolasticismo no fué una doctrina especial, ni una escuela particular, como se cree por algunos; este nombre se tomaba en adjetivo para calificar de una manera sistemática á una ciencia dada, así en plena escolástica se decía, filosofía escolástica, aritmética escolástica, teología escolástica, etc. La historia de la escolástica no será otra cosa, que el estudio imparcial de las controversias que tuvieron lugar entre los jefes de los distintos partidos militantes, durante la segunda y tercera épocas de la Edad media. Escuelas que habían luchado en los tiempos de Platón y Aristóteles, que fueron debatidas por los alejandrinos y que nuevamente volvían al palenque de la discusión.

Los *nominalistas* y los *realistas* eran los dos partidos que ahora se disputaban la gloria de haber descubierto la verdadera sabiduría, la esencia de las cosas objetivas y subjetivas. Y aquellos problemas que no pudieron resolverse por los sabios de la antigüedad, se les dió una solución plausible bajo un criterio nominalista.

Si los pueblos bárbaros pudieron desfigurar y pervertir los buenos principios que imperaban entre los estudios durante la dominación romana, la influencia de los hebreos y luego de los árabes en todos los conocimientos humanos, con sus cavilosas sutilezas y extravagancias, con sus comentarios, interpretaciones y aventuradas consecuencias, acabaron de corromper las doctrinas de Grecia y Roma, que aun se conservaban con respetuosa veneración. Con un latín adulterado ó semi-bárbaro, animados de su genio disputador y transgiversando los libros de Aristóteles contribuyeron al desarrollo de la escolástica, y sostuvieron después, por desgracia, los métodos con su autoridad é independencia.

Al llamamiento de Carlo-Magno, había acudido el monje irlandés llamado Juan Scoto, conocido vulgarmente por *Erigena*, uno de los talentos más potentes del siglo IX. Filósofo admirador de Plotino y sobre todo de Proclo, entronizó un sistema panteísta que se acercaba al neoplatonismo, con el cual hizo muchos prosélitos. Le refutó victoriosamente el obispo de Troyes llamado Prudencio Galindo, nacido en España y uno de los prelados más ilustres de aquella época. Erigena fué el autor de la obra intitulada *De la división de la Naturaleza*.

En verdad, que si muchos de aquellos sabios sólo habían creado escuelas, Juan Scoto dirigió todo su saber y talento á fundar un *sistema*, en el cual dá á conocer la ciencia de los principios.

Todos los sistemas propuestos por los discípulos de la escuela de Fulda fue-



ron nominalistas: sin embargo, Remigio de Auxerre sostuvo que la ciencia tiene por objeto el conocimiento del ser como sustancia primera por su generación y esencia universal, en cuyo seno del gran todo las existencias individuales no son otra cosa que puros accidentes. Auxiliado por Guillermo de Champeaux y por Gelberto (después Silvestre II, que había hecho sus estudios en Gerona), establecieron la escuela realista de un modo definitivo.

En todos los sistemas de la escolástica se descubren bajo distintas formas, tres tesis fundamentales: la de los universales *ante rem*, la de los universales *in re* y la de los universales *post rem*. Al rededor de estos tres centros se agrupan metódicamente todas las cuestiones controvertidas. Apoyaron la escuela realista Odón de Cambrai, Hildeberto de Lavardún, y se vió á Berenguer de Tours, que colocado entre los nominalistas, fué no obstante condenado por la Iglesia por las cuestiones teológicas, que impugnó San Anselmo con un misticismo elevado, que muy bien puede calificarse de realista. A pesar de todo, la Iglesia católica admitió durante mucho tiempo sus doctrinas, aceptando las conclusiones teológicas descartadas de las pruebas. Examen que no se hizo hasta la época de Santo Tomás de Aquino.

En los primeros años del siglo doce (1120) el obispo de Chalons-sur-Marne, Guillermo de Champeaux, fué uno de los fervorosos sostenedores de los universales *in re*. Con una dialéctica elocuente y persuasiva pretendió, que la naturaleza de estos universales fuese sustancia primera, siendo los individuos modalidades adventicias ó simples fenómenos que desaparecen sobre la superficie de este único é invisible sujeto. El sistema de este filósofo,—si bien para la filosofía moral condujo á consecuencias poco aceptables—enseña á la filosofía natural, que en sus investigaciones debe emplear una observación más circunspecta y un análisis detenido y minucioso.

Las teorías de Guillermo de Champeaux, en verdad, ya conocidas, por seductoras que ellas fuesen en sí, hallaron no obstante una resistencia poderosa en los partidarios de la razón pura. Estos pensadores preguntaban ¿qué es el pensamiento del hombre? Bernardo de Chartres, dijo: «Es una emanación del pensamiento de Dios. Y como era partidario de los gnósticos, alcanzó con sus razonamientos sobre las ideas divinas, los últimos términos del realismo.

Ante esta perspectiva se levantaron las protestas del joven Pedro Abelardo. Discípulo de G. de Champeaux, peripatético en toda su pureza, aristotélico por convicción debido á sus profundos estudios en el *Organum*, animado de poderosa y extraordinaria dialéctica, combatió con energía la multiplicación arbitraria de los seres, empleando muchas veces un lenguaje agresivo. El nominalismo de Abelardo comienza por una negación y concluye por una afirmación dogmática. Todos sus antecesores habían luchado contra aquel principio que

consideraba á los universales como otros tantos sujetos nacidos, según la escolástica, para prestar á las cosas la base sustancial.

Nó; respondió Abelardo con cierto espíritu racionalista. Los universales no



Abelardo enseñando filosofía.

existen á título de naturalezas ni de sujetos; no hay en el inmenso dominio de las criaturas ó de las cosas nacidas nada que no sea esencialmente individual, y que por necesidad no adquiera el sello ó la forma de la individualidad. Em-



pero debemos confesar, continúa, que si los universales no son principios de sér, *principia essendi*, son siempre principios de conocer, *principia cognoscendi*; porque en la primera definición de un objeto se afirma el sér ó no sér de este mismo objeto. Mas afirmar el sér de una cosa determinada, es reconocer que pertenece á la categoría de sustancia, y todo modo categórico es universal; pues los universales tienen en sí y por ellos mismos la propiedad de ser ésto y no aquéllo. Propiedad que según los nominalistas no puede aplicarse á las cosas individuales. Hay indudablemente en los universales formados por sujeto de definición y por principios de conocer, diferencias marcadas como la sabiduría que se distingue perfectamente de la hermosura, el valor de la filantropía; pero todos proceden de la inteligencia que los forma por el método de abstracción. Y para salvar la desconfianza que el espíritu puede tener en estas nociones generales de las cosas que no están relacionadas con su naturaleza, Abelardo presenta la teoría de la *percepción* y establece la necesidad de la *certeza*. Abelardo dió á conocer la nueva teoría del *conceptualismo*, justificó la opinión generalmente aceptada por los peripaléticos, y el nominalismo fué desde entonces una doctrina que formó escuela.

Pedro Abelardo después de sus desgracias se consagró á la teología, y con muy poca fortuna por cierto escribió sobre el misterio de la Trinidad, renovando antiguos errores. Escrito calificado de hereje por el concilio de Soissons (1129). Retirado á Nogent-sur-Seine, mandó construir el oratorio conocido por el Paraclito. Siendo abad de San Gildás, quiso sostener la disciplina y se le acusó nuevamente de hereje, condenándosele otra vez en el Concilio de Sens (1140). En esta asamblea tuvo por adversario á San Bernardo. Queriendo justificarse se dirigió á Roma, cuando de paso por el monasterio de Cluny, el abad Pedro el *Venerable* pudo reconciliarlo con la Santa Sede y con San Bernardo: murió en 1142. Con estos sucesos el realismo filosófico adquirió favor y preponderancia.

Abelardo había sido discípulo de Champeaux, á quien hizo cruda guerra, como antes dijimos, y no de Roselino, según el señor Don Abdón de Paz, en la memoria titulada *Luz de la tierra* (pag. 226), siguiendo probablemente el Diccionario de Gregoire. Sin embargo, confirman nuestra opinión, entre otros, el señor César Cantú, el Diccionario Enciclopédico de la lengua española y el Diccionario general de ciencias filosóficas.

Uno de los sabios y profundos realistas de aquellos tiempos, fué Gilberto de la Porré obispo de Poitiers. Espíritu innovador, probablemente inspirado por las doctrinas de la escuela de Córdoba, genio atrevido, supo distinguir la ciencia trascendental de la ciencia de la naturaleza. Este filósofo decía, que si la generalidad de las cosas había principiado desde que el soplo del Creador pro-

dujo el movimiento, las formas primordiales se habían conservado intactas en su naturaleza por el nuevo acto que produjo las formas secundarias. Así las primeras sustancias del aire, continúa el filósofo, del fuego, del agua y de la tierra, de la humedad, de la porosidad, etc., han sido son y serán siempre en sí permanentes é inmóviles, separadas de las sustancias subalternas ó *formas nacidas*, que comunican la esencia de los fenómenos sensibles.

Este realismo fundamental había pasado desapercibido, hasta que San Bernardo le acusó de blasfemia, y fué condenado por la Iglesia.

San Bernardo abad de Claraval, fué una de las figuras más sobresalientes del siglo doce. Partidario celoso de la ortodoxia, enemigo de mezclar la teología con la dialéctica, de carácter positivo y sin mistificaciones, su voz era oída con entera fe por la Europa cristiana. El gran filósofo nominalista, el desgraciado teólogo Pedro Abelardo se declaró vencido en la conferencia de Sens por la elocuencia del Santo.

¿Qué resultó al cabo con estos distintos modos de juzgar las diferentes opiniones de la escolástica? Que unos como Juan de Salisbury se lanzaron en brazos del escepticismo; otros se mostraron indiferentes como Pedro Lombardo ó de Lombardia, que en sus *Sentencias* le sirvieron de guía aquellas que con tanta gloria había escrito el ilustre Tajón; los hubo que se entregaron al misticismo, entre los cuales mencionaremos á Ricardo de San Victor; y muchos renunciaron al estudio de la filosofía para adquirir el título de gramáticos, músicos ó médicos. Esta confusión é indiferencia dió nuevos bríos al realismo el cual obtuvo el eficaz auxilio de los lógicos.

Al terminar el siglo XII entraron en el palenque de la filosofía otras dos ciencias, la física y la metafísica, traducidas, al parecer, por hebreos de las obras de Aristóteles. Se ha dicho que estas traducciones fueron de los árabes, quienes al trasportarlas del idioma de Homero al de Mahoma las comentaron á su placer. Está probado que los árabes de los siglos medios no conocieron el griego.

Hasta aquí sólo se había interpretado el *Organum*, pero ya se penetraba en otro terreno, donde Amalrico de Bene y David de Dinant se vieron castigados por los sinodos, á consecuencia de las doctrinas panteístas, hijas de la escuela de Parménides. Y era tal la confusión del momento, que se condenó también á Aristóteles; pero la escuela de Paris se apresuró á suavizar el dictamen, modificó los términos y procuró combatir el realismo manifestando su disgusto por la sentencia fulminada por el Concilio.

Al fundarse el Califato de Occidente por el primero de los Omeyyas que penetró en España, según hemos dado á conocer en el capítulo VII, la ilustración de los musulmanes no alcanzaba gran desarrollo ni esplendor. Los cristianos



que fueron respetados en su culto por una necesidad imperiosa de los conquistadores, siguieron sobre todo en Córdoba capital del Califato, las prácticas religiosas, especialmente en algunas iglesias y en aquellas escuelas que habían sido creadas en virtud del cuarto Concilio de Toledo. San Eulogio, Alvaro Paulo llamado el Cordobés, el abad Sansón y el de *Spera-in-Deo* fueron los verdaderos sostenedores de la ciencia *mozárabe* cristiana, que siempre se inspiró en la ciencia de San Isidoro. Los árabes no comprendían los estudios filosóficos, y sus filósofos, si tal pueden llamarse en general, deben buscarse entre los sirios, persas ó españoles. Si hay en ellos algo que les pertenece, si alguno merece el título de tal, forzoso será encontrarle en los jefes de sus sectas. El conocimiento de Aristóteles y de otros griegos no fué suyo, si bien supieron luego comentarlo á su antojo y apropiarlo á sus doctrinas.

Las inauditas persecuciones que sufrieron los cristianos á la muerte de Abderrahmán, y las nuevas herejías que se desarrollaron y difundieron con nefanda intención, levantaron la horrosa tempestad que rugía continuamente en derredor de los hijos de Jesús, para que tomase seguro vuelo el panteísmo judaico-hispano de Avicibrón (Ben Gabriol), y después el de Moisés ben Mayemón conocido entre los hebreos por *Rambán* y Maimónides por los cristianos. El genio fecundo y audaz de Averroés ejerció un predominio absoluto sobre la ciencia de Occidente, fundando la escuela que se ha llamado *arábigo-hispana*, que no sin razón se ha considerado como la más brillante y avasalladora de aquellos tiempos.

Averroés y Avicena con sus comentarios, —no en las traducciones de las obras del Estagirita como suele decirse,— tan reñidos con la ciencia é inspirados en el panteísmo de la escuela cordobesa, de la cual eran sus genuinos representantes, recordaron las extravagancias de antiguos sistemas hasta alcanzar á la India; y *el autor del Libro de las causas* sobre quien recayó la responsabilidad de los nuevos errores, propagaron de consuno el realismo impio, que combatió con el mayor entusiasmo la Iglesia católica. Los obispos de París y de Lincoln, Guillermo de Auvergne y Roberto Greathead, fueron partidarios del realismo. El doctor Juan de la Rochela se declaró imitador de Avicena, á quien siguió con cierta independencia. Estas funestas doctrinas fueron aniquiladas en su esencia por Raimundo Llull y después por J. Luis Vives.

Avicena no aceptó muchas veces las doctrinas peripatéticas, sostuvo el panteísmo y se separó de la ortodoxia musulmana. Al-Gazél de Tus lo refutó empleando un misticismo quizá dudoso. En el averroísmo Dios carece de libertad y de providencia y la personalidad humana deja de existir, es un mito. La inmortalidad del alma racional no es otra cosa que el renacimiento eterno del linaje humano, y el último término de su perfección está en su absorción en

Dios. Averroés equipara el mosaísmo, el Cristianismo y el mahometismo, condensando en pocas palabras todas las blasfemias de la incredulidad; sus doctrinas son esencialmente antireligiosas, siendo probablemente el primero que hablara de los *tres impostores*, que mucho después dió origen á un libro vulgar y de escasisimo mérito.

Ejerció gran influencia en la propagación de las doctrinas sankia y panteísta de Averroés, el hebreo Maimónides su discípulo, á quien sus correligionarios dieron los epítetos de águila de los doctores, estrella de Occidente, luz de Oriente, sólo inferior á Moisés. Thopail contribuyó también al éxito de esta propaganda.

Eichborn señaló á Maimónides el primer lugar entre los rabinos, superior á Rabi-Moseh, Avicibrón, Avempace y Jehudá Levi; y Escaligeno dijo de él: *primus fuit inter Hebreos qui nugari desiit*. La mayor parte de sus obras fueron traducidas en distintos idiomas por Pococke, Prideaux y Clavering. Selden lo colma de elogios, y por mucho tiempo se denominó el año de su muerte de *lamentum lamentabile*.

Este hombre extraordinario fué perseguido y murió en extraña tierra. Sus obras principales fueron el *Morch-Nebuchin* y el *Jad-Hahzakah*, que es el código completo de la ley escrita, las cuales excitaron un cisma entre las sinagogas, porque quiso purgar el judaísmo de las extravagancias del Talmud. Y mientras en Montpellier, Barcelona y Toledo se entregaban estos libros á las llamas en la plaza pública y se excomulgaba á los lectores, en Narbona y otras sinagogas encontraba el *Morch* ardientes y entusiastas defensores. Terminado el cisma la autoridad de Maimónides se reconoció otra vez por los hebreos sphardim, que siempre fueron muy ilustrados, como se puede reconocer en muchos de sus escritos, sobre todo, en el *Agadota* y el *Cetro de Judá*. La ciencia de los árabes debió una gran parte de sus progresos á los judíos sphardim.

Entre los muchos sabios que florecieron en el siglo XIII en medio de las empresas guerreras contra musulmanes y las prolongadas disensiones del Papado con la casa de Suabia, apareció en el estadio de la filosofía escolástica y de la teología un hombre extraordinario, grande entre los más grandes y sabio entre los más sabios. Tal fué Alberto apellidado el *Grande*, individuo de la antigua familia de los condes de Bollstadt. Había nacido en Lavingen en Suabia en 1193 (ó 1205 lo más probable).

Entró en la orden de predicadores de Santo Domingo (1221) y tanto en Colonia como en París fué seguido con frenético entusiasmo por la juventud que de todas partes acudía á su cátedra. De estatura mediana, demacrado por las vigiliás y el estudio, el maestro Alberto era el oráculo de todos por su elocuen-



cia fascinadora y por su profundo saber. Parecía que el cielo y la tierra abrían sus arcanos, que no tenían para él secretos, y la ciencia manaba á raudales de los labios del fraile dominico. Sus obras forman veinte y dos volúmenes in folio.

¿Fué Alberto el *Grande* uno de tantos sostenedores del realismo filosófico de la Edad media? Muchos críticos lo han colocado en esta escuela, y otros creen que sus escritos se han interpretado con ligereza y superficialidad, debiendo considerársele como nominalista.

En la escuela realista notamos que los seres se multiplican sin necesidad; su inteligencia sólo concibe una transformación rápida ó instantánea de tantas entidades del género de la sustancia realizada en su imaginación, y de este modo pueblan al mundo arquetipo, el universo y el pensamiento de seres ficticios. Mas la controversia escolástica había girado principalmente hasta entonces, sobre los universales *in re*, es decir, sobre los géneros y las especies, que fueron considerados por los realistas como sustancias y sujetos evidentes, y por los nominalistas como modos esenciales ó maneras de ser inherentes á la sustancia de los individuos. En esta cuestión Alberto el *Grande* sostiene las mismas opiniones que Abelardo, dándolas á conocer con lealtad y sin reserva alguna en sus comentarios sobre la lógica, la física y la metafísica peripatética.

Con efecto, define las cosas que están en acto final, las que son objeto de averiguaciones ó de estudios empíricos y aquellos seres cuyo conjunto forma el Universo, cual lo hicieran antes los nominalistas. Cuando se ocupa de los universales *ante rem*, critica con severidad las entidades del mundo platónico y asegura que nunca ha concebido como una idea puede estar separada de la inteligencia que la ha formado. Por último, al explicar su doctrina sobre los universales *post rem*, lo hace de tal manera y con un criterio tan levantado, que no puede reprocharse bajo ningún concepto que se la estudie. Sus conclusiones son nominalistas en verdad; pero dejan no obstante mucho campo á la discusión y á la controversia, hallándose identificado en todos aquellos puntos y proposiciones que fueron controvertidos anteriormente por Abelardo contra Guillermo de Champeaux y Bernardo de Chartres. En fin, Alberto el *Grande* fué sin ningún género de duda un verdadero nominalista, y de ninguna manera el fundador de un nuevo realismo, como han pretendido muchos de sus oyentes, quienes interpretaron á su manera los principales términos de su escuela.

Alberto el *Grande* murió en Colonia, donde se había retirado, en 1280; su mucha ciencia hizo que pasase por mago y hechicero, opinión sin fundamento alguno, que sólo probará la generalidad de sus conocimientos.

Uno de sus discípulos, el más sobresaliente tal vez de su época, el Doctor que con su gran talento ha llenado el orbe católico, fué Santo Tomás de Aquino, que hizo sus votos también en la orden de predicadores de Santo Domingo.

Á la muerte de Alberto el *Grande* se deslindaron completamente las dos escuelas militantes, representadas ya por los religiosos dominicos como entusiastas nominalistas, y por la orden de franciscanos que eran acérrimos partidarios del realismo. De ambas comunidades salieron genios eminentes, y cada escuela guardó sus principios con fe ciega, sin ceder en lo más mínimo á su contendiente.

El colosal talento de Santo Tomás de Aquino, vaticinado por el maestro, fué la gran figura del siglo XIII, y colocó á los dominicos en una posición ventajosa y en mejores condiciones para la contienda hasta el punto, que no ha habido en el mundo católico otra teología que la *Summa* de Santo Tomás.

Su obra magna la *Summa theologiæ* es un sistema teológico completo, que abraza la moral general y particular, y todos aquellos conocimientos que se veían diseminados entre los cristianos y los árabes.

Si en los siglos posteriores se ha pretendido separarse de las resoluciones presentadas por el Doctor Angélico, han marchado hacia la herejía; si se ha querido colocar una palabra á fin de aclarar un concepto en cualquiera de sus conclusiones ó para hacerla más fácil é ingeniosa, en seguida se ha hecho sospechoso y ha caído bajo las censuras de la Iglesia.

Á pesar de los progresos de la ciencia experimental y de sus forzadas interpretaciones, la influencia de la escuela tomista se deja sentir entre la mayoría de los sabios de nuestros tiempos, y la tradición escolástica tiene recuerdos placenteros, que en su mayor parte se deben á las obras de Santo Tomás de Aquino.

La parca lo arrebató á la ciencia cuando apenas contaba 48 años. La Universidad de Paris reclamó la gloria de pertenecerle y lo proclamó el segundo Agustín, el Doctor de los doctores, el ángel de las escuelas, el Doctor Angélico; sus lecciones públicas alcanzaron un éxito extraordinario, y todas sus conclusiones eran recogidas por la juventud estudiosa como la última palabra de la ciencia.

Alberto el *Grande* atacando al doctor Alejandro de Hales había herido el orgullo y susceptibilidad de los franciscanos, y Santo Tomás lleno de respeto para con su maestro y de ardiente celo para con la orden, entró sin temor en la contienda, abrasado de fe y entusiasmo á favor de los nominalistas.

La lucha era colosal y trascendente, los ataques llenos de vigor y sostenidos por estudios profundos, los asaltos continuados y repetidos; pero Tomás



sabía defenderse con energía, hacía frente á todos los combatientes con notables ventajas, y rechazaba á sus adversarios con la fuerza de una lógica poderosa é irresistible, auxiliada por una metafísica suspicaz y profunda.

Preguntando ¿cuál era la naturaleza de las ideas? Los peripatéticos consecuentes, dicen; que las ideas no se distinguen en esencia del sujeto pensante,



Rogelio Bacon.

y las consideran como modalidades del *intelectu*. Empero Santo Tomás de Aquino sostiene, que las ideas son formas permanentes que residen en el entendimiento, distintas y separadas entre sí; identidades sustanciales que se hallan en un mundo imagen del mundo externo, esto es, el mundo intelectual.

Este realismo psíquico diferente, en verdad, del realismo ontológico de G. de Champeaux, dió origen á la crítica nominalista, y de aquí resultó un

nuevo debate. La discusión giró otra vez sobre los universales *a parte rei*, y Enrique de Gand y Rogelio Bacon, ambos franciscanos, pretendieron combatirle, haciendo cuantos esfuerzos les sugería su brillante imaginación, para eclipsar las glorias de Santo Tomás, sin que pudieran alcanzar su objeto. Empero, los consejos de San Buenaventura encaminados á mirar la ciencia con indiferencia y propicios á abandonar la escuela, hicieron también sus prosélitos, y llegaron hasta el punto de romper la unidad franciscana; efecto sin duda de un misticismo que estaba sostenido por Dionisio el *Areopagita* y varios monjes de San Víctor. Aquel sabio mallorquin, de genio fecundo y prodigioso, extraordinario y original, Raimundo Llull, decimos, contribuyó de un modo eficaz con su *Ars magna*, al descrédito de la escolástica.

De aquí resultaron algunas defecciones que pudo sujetar el valor y talento de Guillermo de Lamarre, sin embargo, los dominicos presentaron como antagonista á Egidio Colona, llamado el Doctor *fundamentarius*, que sostuvo con brillante erudición la bandera tomista. Estos debates terminaron sin que ninguno de los contendientes alcanzara la victoria.

Duns Scoto, — que no debe confundirse con Juan Scoto, monje irlandés que floreció en el siglo IX, conocido con el nombre de Erigenes ó Erigena, como antes hemos indicado, — Duns Scot, Scoto, ó Escoto, decimos, se lanzaba á la palestra á favor de los franciscanos, y por necesidad debía renovarse el combate con tan poderoso atleta. Siendo muy joven profesó en la orden de San Francisco, y muy joven también daba á conocer su gusto literario, su aptitud colosal y extraordinaria capacidad. Murió á los 34 años, y á pesar de una vida tan corta sus trabajos forman 25 volúmenes in folio, de los cuales 13 son de filosofía.

Alberto el *Grande* había buscado los fundamentos de las ciencias en la filosofía natural, Santo Tomás de Aquino creyó encontrarlos en la psicología y Duns Escoto con una arrogancia, que casi degeneraba en insulto, declaró, que todo conocimiento viene directamente de la lógica. El silogismo dijo, es la regla única de la certeza. La escuela tomista daba distinto valor á los fenómenos aislados, distinguiéndolos de los atributos generales, y fué combatida en todos sus principios y fundamentos.

Duns Escoto quiso encontrar esta distinción en la naturaleza del sujeto pensante, y no en la naturaleza íntima de las cosas. La tesis que sirvió de punto de partida al filósofo realista consiste únicamente en considerar á la materia separada de toda forma, y la forma de la materia; ó bien suponer, que la materia se halla separada de ciertas y determinadas formas, si bien conserva algunas. Á cada una de estas nociones, á cada uno de estos conceptos diferentes, corresponden, en sentir del filósofo, una naturaleza y una existencia.



Ciertamente que el camino emprendido por Duns Escoto era peligroso y estaba sembrado de abrojos. Es muy probable que el sabio franciscano tuviese á la vista las obras que tradujeron ó escribieron originales en latín Domingo Gundisalvo y Juan de Sevilla, llamado *Hispalense*, bajo el patrocinio de don Raimundo, arzobispo de Toledo. Á pesar de estos escollos, Duns fué una de las inteligencias más robustas y privilegiadas de su tiempo; sólo Espinoza pudo más tarde aventajarle. Los franciscanos olvidaron bien pronto á su antiguo maestro Alejandro de Hales, para seguir con el mayor entusiasmo la ruta que les señalaba Duns Escoto. Por estos tiempos hubo un Miguel Escoto que ejerció gran influencia en la corte de Federico II, que como sabemos acariciaba el materialismo.

Las discusiones y la controversia continuaban al través de los siglos, y las escuelas nominalista y realista estaban sostenidas con calor por los religiosos de las órdenes de Santo Domingo y San Francisco de Asís. Los contendientes se renovaban todos los días, y saltan de la prensa para uso de los alumnos diferentes manuales tomistas y escotistas; sólo las revoluciones políticas aboliendo y dispersando aquellas comunidades y congregaciones religiosas, pudieron dar fin al combate.

Al mediar el siglo XIII apareció un hombre extraordinario, de gran talento, de imaginación fecunda y bulliciosa, el cual presentó durante su vida una serie de accidentes y peripecias, que han sido historiadas con exactitud por profesores contemporáneos. Tal fué el ya nombrado por su celebridad Raimundo Llull (Lulio). Considerado por muchos escritores del Renacimiento como uno de los alquimistas más influyentes del último período de la Edad media, llamado en los siglos posteriores el Doctor iluminado, los trabajos que hoy poseemos debidos á la constancia y laboriosidad de los señores Helfferich, Roselló, Weyler y Laviña, Canalejas, Luango y otros no menos ilustres investigadores como Menéndez Pelayo, han podido aclarar, que el sabio Mallorquín no se ocupó de la crisopeya, ni fué cabalista aun cuando diera á conocer un insignificante libro; y sí, un pensador profundo que llegó á fundar el *racionalismo* dentro de los santos dogmas de la Iglesia católica, insigne poeta y novelista, sagaz observador de los fenómenos de la naturaleza, y filósofo consumado cuyo sistema se ha conocido con el nombre de *lulismo*.

De suerte, que aquellos autores que creyeron que el ilustre Mallorquín debía ser consumido por la hoguera como mago, hechicero y cabalista, han recibido un solemne mentís, después de tan laboriosas investigaciones.

¿Pudo ejercer Raimundo Llull (Lulio), alguna influencia sobre las escuelas de su tiempo? Creemos que sí, y muy poderosa. Colocado frente á frente del averroísmo que tenía aprisionada á la Universidad de París, y con ella á todos

los centros de enseñanza, focos entonces de las contiendas escolásticas, siguiendo Lulio muchas veces, el camino trazado por la inspiración de Santo Tomás de Aquino; pero siempre dentro de la fe católica en todos sus misterios y fundamentos, su escuela alcanzó días de gloriosos triunfos. Entre sus enemigos y detractores, se puede recordar á Fr. Nicolás Aymerich, de la orden de Predicadores é inquisidor general en los reinos de Aragón. Á pesar de todo, la escuela de Raimundo Llull (Lulio) hizo grandes progresos, y en el siglo XV tenía valiosos sostenedores como Raimundo Sabunde, y en el pasado á Fornés, Pascual y Torreblanca. En Palma de Mallorca hubo cátedras lulianas que han alcanzado hasta nuestros días, desempeñadas por profesores de profundo y sólido saber. Raimundo Llull (Lulio) se halla inscrito en el catálogo de los bienaventurados que venera la Iglesia católica.

Empero es lo cierto, que por esta época, ya en el siglo XIV, la disciplina y el rigor de escuela habían roto la cadena que daba á conocer la historia de su consecuencia filosófica. El Doctor Pedro Oriol, que pertenecía á los franciscanos, siguió, no obstante, el nominalismo. Dialéctico de primer orden, supo conservar la independencia peculiar á la ciencia, á pesar de la animosidad, que convertía en precepto lo que debía ser producto del estudio y de la meditación. Entre los dominicos se presentó como independiente el Doctor Durand de Saint-Pourçain, que debe considerarse como el precursor de Guillermo de Ockam.

G. de Ockam discípulo y entusiasta de Duns Escoto, se hallaba en París antes del conflicto ocurrido entre el pontífice Bonifacio VIII y Felipe rey de Francia, llamado el *Hermoso*. Los franciscanos aceptaron la causa del monarca, y Ockam se permitió circular un manifiesto, en el que censuraba la autoridad del Papa. Otros escritos poco respetuosos contra Juan XXII le obligaron á emigrar, y estando bajo la protección del Duque de Baviera, fué condenado con los compañeros de emigración, al destierro por sus propios hermanos en el capítulo general de la orden (1331).

Las doctrinas de este filósofo prestaron á la ciencia eminentes servicios. Con el tono y convicción propias del genio, dijo: que para explicar la inteligencia y la sensación son necesarios dos términos; un sujeto que siente y un objeto sentido; un sujeto pensante y un objeto pensado. Y entrando de lleno en la cuestión de los universales *ante rem*, demostró de una manera convincente, que los realistas no habían conocido si no de un modo superficial la inteligencia humana, su manera de obrar y su modo de ser; por cuya razón se separaron del verdadero concepto respecto á la inteligencia divina. G. de Ockam fué un nominalista inteligente y atrevido, que supo reformar la física y la metafísica sobre la crítica de la razón pura.



Con Guillermo de Ockam puede decirse que la escolástica perdió su vitalidad, y poco á poco fué debilitándose para condensarse solamente en la monótona austeridad de los conventos. Al terminar el siglo XIV se oyó una protesta solemne á la razón humana, que daba á conocer su impotencia y enseñaba sus desaciertos y desvarios. El Canciller de la Universidad de Paris, Juan Charlier



Juan Charlier de Gersón.

de Gersón, profundamente condolido por la marcha que habían llevado los estudios filosóficos, exclamaba: «Pues pongamos un término á estas frívolas cuestiones y pidamos sólo á la razón la verdad que no tiene. Es á la fe á quien debemos seguir; y si algunos espíritus inquietos ú orgullosos se complacen aún con sus sutilezas filosóficas, deploramos sus extravíos y vamos con el corazón humilde á buscar lejos de la escuela, en el seno de la Iglesia la paz, la luz y la vida. Así es como se recomienda por la teología mística.»

Cualquiera que fuese el mérito y la autoridad del ilustre Canciller, estas amonestaciones no tuvieron ningún resultado, y la mayoría de la juventud estudiosa siguió oyendo los discursos de los filósofos más avanzados.

La escolástica llegó al fin á desacreditarse por completo, no obstante de continuar aún por mucho tiempo entre las órdenes religiosas y en varios centros de enseñanza; los pensadores fatigados de la lucha se mostraron apáticos ó indiferentes; los lógicos aumentaron las complicaciones y la inteligencia estaba todavía oprimida por el peso de la autoridad; y buscando una filosofía más comprensible y general, tropezó con los *libre pensadores*. Á la verdad que al terminar el último siglo de la Edad media adquiría el título de libre pensador todo aquel que se había señalado por su saña y antagonismo contra la Iglesia católica.

Tal fué la marcha que siguiera la escolástica durante los dos últimos períodos de la Edad media. Á pesar de aquellas contiendas y disputas los conocimientos humanos, en su conjunto, marcharon natural y progresivamente en todas las esferas, sin que la Religión católica sufriera otros ataques que los poco justificados de ciertas escuelas. Y cuando en el calor de la lucha y en los desvarios del combate alguno de los contendientes se separaba del buen camino para poner el dogma en peligro, pronto la Iglesia corría presurosa haciendo notar los errores, y aquellos ataques quedaban casi siempre desvanecidos.

En España la reconquista tuvo siempre absorbidos los ánimos; así el feudalismo se redujo á unos pocos hechos aislados y las cruzadas no tuvieron la importancia que en otros países. Los árabes primero y después los bereberes y hasta los moros que podemos llamar españoles, en medio de sus vicisitudes, defecciones, trastornos, asesinatos y continuas guerras civiles, vieron extinguir poco á poco el brillo de su civilización y de su importancia política. Aquel poderío y omnipotencia vinieron á sucumbir en su último baluarte, en la encantadora Granada, que conquistaron en prolongada y sangrienta lid los monarcas castellanos. La decadencia literaria y científica de los moros granadinos en su último período, estaba allí perfectamente representada; pues donde antes hubo academias y liceos, sólo se veían talleres para fabricar armas y petrechos de guerra.

¡Ah! La historia de los sectarios del Korán en España, es el gran libro donde los modernos detractores del Catolicismo verán desvanecidos los pretendidos conflictos. Aquellas dos religiones tenían su cuna en el mundo semítico; y sin embargo, sus tendencias y aspiraciones fueron, y son aún, del todo opuestas. El árabe obra siempre impulsado por una recompensa material; la virtud á un fin moralizador no existe para él; todo cuanto hay de mundano le



es grato y placentero, sus pasiones son violentas y la falta de ilustración aumenta su crueldad é instintos sanguinarios. Vive muelle y sensualmente entre el deleite, recibiendo el néctar embriagador de una hermosa que se arrastra en el fango de la miseria y del envilecimiento... La doctrina del Profeta se materializa hasta alcanzar desdén y repugnancia, y las recompensas que el creyente hallará en el paraíso son denigrantes é inmorales. Por esto consideramos que el señor Draper al parangonar el *rezo y aspiraciones futuras del católico* con lo que llama *desinterés y piadosa resignación del islamita*, ha andado un poco desconcertado.

Dirijamos ahora nuestros estudios sintetizando, y veamos cual fué la marcha progresiva que, en general, siguió la ciencia durante este prolongado período y completaremos de este modo el superficial bosquejo que hemos diseñado sobre la Edad media.

Al terminar el siglo XV se cerraron por completo todas las puertas de esta importante época. Durante tan prolongado espacio de tiempo el imperio de Oriente se hizo trizas, como antes sucumbiera el de Occidente á las hordas del Norte, y los visigodos doblaron la cerviz á los árabes que se hicieron dueños de nuestra España con increíble prontitud.

Si, es muy cierto. Los sectarios del Korán, casi todos bereberes, realizaron en poco tiempo una conquista, que los romanos y los godos no pudieron conseguir en dilatados años. Empero téngase en cuenta, que Witiza había desarmado á los pueblos para reducirlos á la impotencia, que la preponderancia de los judíos y su gran influencia en las decisiones del monarca visigodo acrecentaban los odios de raza, y las luchas particulares que tanta importancia daban á los partidos aumentaron la acción de los magnates con detrimento del trono. Elementos tan distintos todos de disolución y desprestigio, prepararon aquella conquista y ayudaron al éxito favorable, para que un puñado de musulmanes se apoderasen de España, que en otras circunstancias hubieran sido vencidos sin grandes esfuerzos. Es más, no habrían pasado el Estrecho.

La civilización se concentró en los monasterios; pero volvió á la vida por un efecto providencial y se desarrolló con pastosa actividad en la escolástica y en la escuela cordobesa. El feudalismo comenzó á desquiciarse para perderse entre las brumas de otra civilización; las cruzadas imprimieron á las artes un nuevo sello y tremoló el estandarte de la fe católica en la cúpulas de Jerusalem; la clase media se entronizó como poder político, se inauguró el derecho aboliendo la esclavitud y se instalaron otra vez los municipios ó concejos como entidad gubernativa. Se inventó la pólvora, se descubrió la imprenta y se aplicó la brújula á la navegación. El arte de la guerra sufrió grandes modificaciones, se sistematizó, empezándose á plantear los ejércitos permanentes y se funda-

ron las órdenes militares. Las herejías de los albigenses, cátaros ó patarinos y de los valdenses, pobres de Leon é insabattos, maniqueistas los primeros y comunistas y laicistas los segundos que tanto comprometieron al monarca aragonés, habían tomado un carácter político y les costó la vida; la fracción de los discípulos de Juan Wicleff y las arengas imprudentes de Savonarola alarmaron á la Iglesia de Occidente y dieron lugar á los concilios de Constanza, Basilea, Florencia y Ferrara. Un estado bárbaro é incivilizado se engrandece con la toma de Constantinopla por Mohammed II, y funda un nuevo imperio; al paso que la magnánima Isabel y el astuto Fernando lanzan de la Península las hordas sarracenas, que condensadas en el reino Granadino formaban otro estado político y poderoso. Vasco de Gama dobla el Cabo de las Tormentas ó de Non, que toma el nombre de *Buena Esperanza*; Cristóbal Colón pone á los piés de la heredera de Castilla un nuevo hemisferio y Sebastian El Cano y luego Drake dan la vuelta al mundo. Hé aquí diseñado á grandes rasgos el cuadro de cuanto había constituido la Edad media, al establecerse la unidad en España y comenzar el siglo XVI. En la historia de la humanidad se la ha llamado alguna vez *Edad de hierro*, y en ella solamente se ha visto ignorancia, superstición y barbarie. Para nuestro criterio se desarrolló de nuevo el sentimiento filosófico, se afirmó el religioso y la ciencia experimental comenzó á adquirir carta de naturaleza iluminada por la antorcha del Catolicismo. La Edad media, que pudiera llamarse Católica, ofrece en todos los ramos y esferas de la inteligencia, del valor y de la santidad, hombres ilustres y eminentes que dieron á Europa un aspecto placentero, que debió ser el presagio de un lisonjero porvenir.

En el Oriente la ciencia árabe había nacido del trato con los cristianos, sirios y caldeos. Arún-al-Raschid abandonaba la triste misión de caudillo para convertirse en protector de la ciencia. El hijo de este nuevo Carlo-Magno llamado Al-Mamún fundó la academia de Bagdad. Uno de los primeros traductores de los libros de Aristóteles fué el médico nestoriano Honeinben-Is-hah. Aquí comienza la civilización de los árabes orientales. Afianzado el país de Occidente por el primero de los Omayyas, se erigieron escuelas, academias y bibliotecas en Córdoba, Toledo, Sevilla y después en Murcia; en Granada también se establecieron desde sus primeros señores. En el siglo XII tenían los musulmanes españoles setenta bibliotecas. ¿Qué queda hoy de aquella ciencia musulmática en Bagdad y en Damasco? ¿Qué queda en el Cairo y Alejandría?

«Se encarecen mucho las bibliotecas musulmanas, dice el señor César Cantú; pero quizá las relaciones que de ellas se han hecho adolezcan de la acostumbrada exageración oriental. Las que existen en el día son bastante pobres y reducidas.»



La filosofía árabe bebió en la cuna las aguas del judaísmo, y las del Cristianismo en su desarrollo; pero las costumbres é instituciones de un pueblo que le han hecho comprender que la ciencia y la sabiduría están contenidas en el Korán, lo arrastraron por la pendiente del abismo. Para que llegaran á realizar algunos progresos y adelantos, se traspasaron los límites y preceptos dogmáticos de su secta. Comentaros siempre y sólo algunas veces, muy pocas, originales, fueron indudablemente los maestros de la Europa durante una buena parte de la Edad media. Auxiliados de los rabinos sphardim, interpretaron á su antojo algunos de los libros de Aristóteles, que no pudieron traducir directamente porque no conocieron el griego, é impulsaron en los siglos posteriores la mayor parte de los conocimientos humanos, especialmente los de inmediata aplicación. Propagadores constantes del germen anticatólico, levantaron la incredulidad y la duda filosófica, y, tal vez, la duda sistemática de ciertas escuelas modernas, que aun no han abandonado su triste misión. La predestinación y el fatalismo los alejó de la sublimidad de Platón. Hay entre ellos sofistas como Al-Kendí, escépticos ó racionalistas como Thopail, místicos embizados representados por Al-Gazél y eclécticos y panteístas como Avicena y Averroés. Y si en algunos escritores islámicos encontramos ideas y conceptos que parecen nacidos en nuestros tiempos, como hace notar el señor Draper, téngase en cuenta, que los griegos fueron sus maestros, y de ellos habían hablado los epicúreos y en particular su discípulo el latino Lucrecio en el magnífico poema, que tantas bellezas literarias contiene y tantas exageraciones científicas admite.

Los árabes desde el siglo IX hasta la expulsión, ostentaron escritores eruditos que narraron con pesada minuciosidad los hechos y acontecimientos históricos. Alguno como Ibn-Alenthiá, Hosein-ben-Assim, Ibn-Hazm, Ibn-Hayyán y Casim-ben-Asbag fueron bastante verídicos en sus detalles; Fausto Avieno sobresalió en sus cantos; otros en sus mejores tiempos hicieron alarde de una fecundidad prodigiosa, como Abdo-Melik-ben-Habid-Ac-Çalemi hijo de Hueter Tajar, próximo á Granada, que aseguran escribió mil cincuenta libros; Mo-hammad-Al-Razi médico persa que dió á conocer ciento seis; Avicena, del cual aún se citan los títulos de cuarenta y siete; Kacub-Al-Kindi, Abulcassís, Ibn-Al-Khatib, Ibn-Chozy, Ibn-Batutah y otros muchos que sería difuso enumerar (1).

(1) No ignoramos los adelantos de los árabes y de los moros españoles en sus buenos tiempos. Lamentamos las exageraciones de algunos arabistas contemporáneos. Respecto al reino de Granada podemos decir, que el rey Yusuf I que reinó de 1333 á 1354 de nuestra era, fundó según parece, la Universidad de esta ciudad, y mandó construir un suntuoso edificio dotándolo con rentas suficientes,

A pesar de los importantes trabajos que nos han legado los sectarios del Islam, en todos ellos se vislumbran las escuelas griegas, por desgracia, siempre adulteradas.

Empero, al comenzar el movimiento progresivo de la inteligencia, se vió aquella inspiración católica, que emprendió con santo entusiasmo la colosal empresa de las Cruzadas. Las Cruzadas daban al mundo un espectáculo grandioso y sublime, donde la cristiandad levantándose como un solo hombre á la mágica voz de un ermitaño, que secundaba, tal vez sin advertirlo, un gran pensamiento del Pontífice santificado por el concilio de Clermont y sobre todo por el de Plasencia, reunió á pueblos diferentes, á los que la Iglesia católica confió el sagrado estandarte de la fe de Jesucristo. El Occidente asombrado despertó, al fin, de su prolongado letargo para precipitarse sobre el Asia; el sentimiento piadoso guiado y sostenido por la oración, impulsó á las masas, y todos, sin distinciones de clases ni jerarquias, corrieron á la conquista de aquellas tierras regadas con la sangre del Redentor... La bandera de la Cruz al fin ondeó triunfante en las cúpulas de Jerusalem, y el cetro que empuñara Godofredo de Buillón, se debilitó desgraciadamente entre sus sucesores, quienes no supieron ó no quisieron imitar la abnegación y profunda fe de su caudillo. Guido de Lusinián sucumbió al poder y arrojo de Saladino que no supo contener.

Las Cruzadas han sido siempre un acontecimiento histórico, que ha dado pábulo á cierta crítica mordaz y apasionada de parte de los enemigos del Catolicismo. Estas múltiples expediciones hijas del entusiasmo religioso de aquellos siglos, guiadas por valientes caudillos y sostenidas por la mágica inspiración de virtuosos pontífices y fervientes prelados, mantuvieron á raya y llegaron á dominar la audacia y la temeridad de los mahometanos. Las disensiones y locas

el cual debió ser el sitio donde estaba la antigua casa del Ayuntamiento, frente la Real Capilla (Casiri, Bibl. Arab. Hisp. Ecur. II, 304). Hoy fábrica de tejidos de hilo.

Había además en Granada una ó más Academias de ciencias y letras. Sabemos que en 1175 cierto Mo-hammed ben Abdellhacé compiló y dedicó á la Academia de Granada una Anthología poética del ilustre poeta valenciano Aburrabi (Ibid. I, 135), que se conserva manuscrita en la Real Biblioteca del Escorial.

En la segunda mitad del siglo XIII se fundó en Granada una Academia alcoránica, ó sea de teología y derecho musulmán, por el distinguido juriconsulto Ibn Arrabi (Ibid. II, 201).

En la segunda mitad del siglo XIV existieron en Granada y Málaga, Academias científicas que dieron su aprobación á cierta obra dogmática caudónica, que se conserva manuscrita en la Real Biblioteca del Escorial (Ib. I, 517).

Además el número extraordinario de sabios y talentos sobresalientes que produjo el reino granadino en este período, indica desde luégo que existían muchos Institutos científicos y literarios, á causa de haberse concentrado en ella la literatura arábica después de la conquista de Córdoba por San Fernando.



enemistades de los príncipes católicos comprometían con harta frecuencia los productos y ventajas del valor, de la pericia, del arrojo y sobre todo de la fe.

Expediciones eran aquellas, emprendidas en épocas diferentes y con ele-



Entusiasmo general por las Cruzadas.

mentos diversos, para conquistar y conservar los Santos Lugares, realizadas bajo los auspicios de la Santa Sede, y cuyos numerosos individuos sin atender á su procedencia, se distinguían únicamente por una Cruz roja: distintivo del

cristiano, que igualó todas las posiciones sociales, dando un gran paso en el progreso y civilización de aquella sociedad, que fué la base de los adelantos de los siglos posteriores.

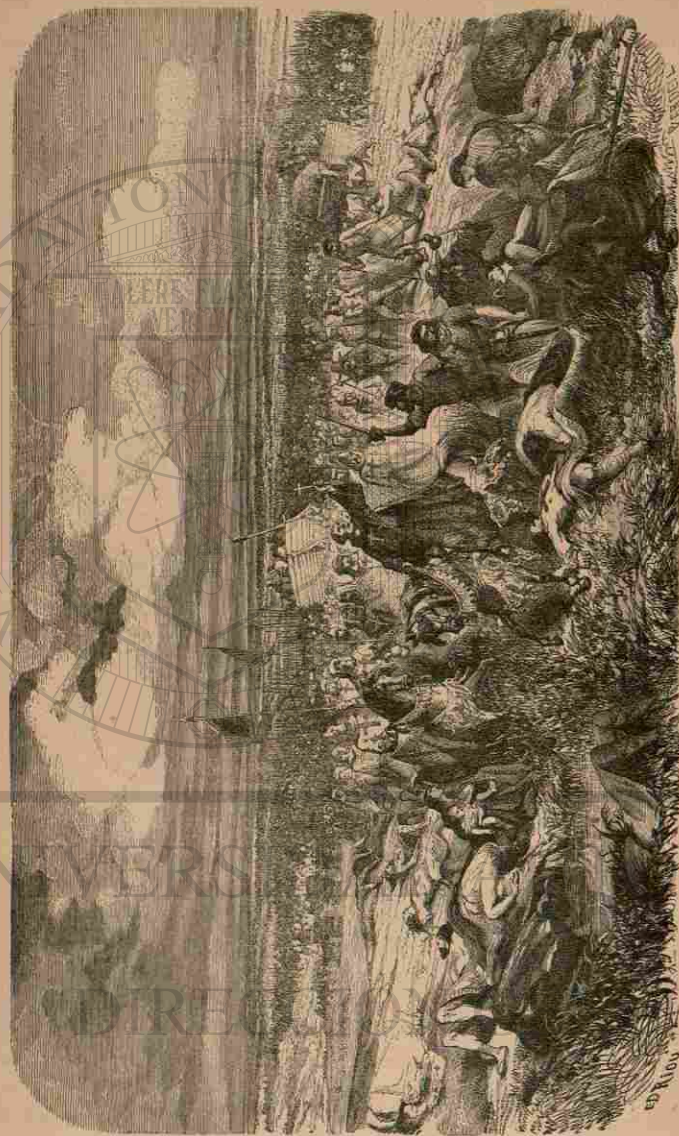
La santa ciudad de Jerusalem había sufrido toda suerte de calamidades, cuando Constantino celebraba el año trigésimo primero de su reinado, inaugurando el templo que tenía en su recinto el Santo Sepulcro del Redentor (335). La fe de los cristianos se multiplicaba todos los días, y las peregrinaciones alentaban las esperanzas de conseguir la salvación, aun de aquellos que habían sido grandes pecadores. El celo de Santa Elena mandó erigir muchos templos, tuvo la dicha de hallar el sagrado leño que depositó en la gran basílica, y con ello aumentó el entusiasmo de los peregrinos, que en tropel acudían á la tierra regada con la preciosa sangre de Jesucristo. ¿De qué sirvieron las vandálicas invasiones de Cosroés II, si tenían que ser castigadas por Heraclio el joven? ¿Ni cómo proteger después aquellas peregrinaciones cristianas, que en esta época casi concluyeron con la de San Antonino, del poder de los sectarios de Mahoma que dirigieron desde luego sus destructoras conquistas á la ciudad de David y Salomón? Omar se posesionó de los Santos Lugares, y mandó construir una mezquita junto al Sepulcro de Cristo, los peregrinos no cesaron de cumplir sus promesas, y los califas perseguían y castigaban con más ó menos crueldad á los hijos de Jesús. La suerte de los cristianos siempre precaria, sufría algunas veces terribles sacudidas, hasta que Al-Raschid queriendo imitar á Carlo-Magno y buscando su amistad, le entregó las llaves del Santo Sepulcro de Jerusalem.

Al-Mamoud siguió la conducta de su padre, se fundaron hospicios y hospederías, aumentaron los peregrinos y un viaje á los Santos Lugares servía para perdonar los mayores crímenes de grandes y pequeños potentados. Las discordias entre los musulmanes quebrantaban su unidad, de aquí tomaron nacimiento nuevos emires, que entregados á la molice y á la lascivia se convertían en tiranos y perseguidores de los cristianos. Si Zimiscez después de haber salvado á Jerusalem del poder de los árabes no muriera envenenado, la ciudad santa no habría sucumbido al alfanje de los fatimies.

Hakem fué un fanático demente, y la sangre cristiana corrió con abundancia en la Siria, el Egipto y la Palestina. Las predicaciones de Silvestre II (Gelberto) conmovieron á los pisanos y genoveses que guiados por Bosón, rey de Arlés, emprendieron una expedición por las costas de Siria, que sólo sirvió para aumentar las persecuciones. Esto, no obstante, no entibió la fe de los peregrinos, que á la vez estaba sostenida por la abrumadora creencia que presagiaba la fin del mundo.

Daher fué más humano, y á no haber sido por las victorias y conquistas de





Pedro el Ermitaño guiando a los primeros cruzados.

los turcos, la Palestina habría continuado recibiendo las muchísimas visitas de grandes y poderosos príncipes y señores que corrían en santa peregrinación para perdón de sus culpas y pecados, y hasta para morir en el mismo sitio donde fué sacrificado el Redentor.

Los nuevos conquistadores fueron más crueles que los califas, y los peregrinos morían de hambre y sed por no poder pagar la moneda de oro que exigían para entrar en la ciudad. Los días más señalados por los cristianos, eran los en que se sacrificaban mayor número de infelices romeros.



Partida de los primeros cruzados.

La decadencia de los griegos era bien conocida de todos y el Cristianismo sólo conservaba fórmulas pueriles y baladies, cuando la doctrina del Evangelio enardecía los espíritus de los pueblos de Occidente. El emperador Miguel Duca, imploraba del Pontífice inmediatos auxilios, pues veía amenazados sus Estados por los turcos. Estas súplicas fueron atendidas por el gran Gregorio VII que á la sazón ocupaba la Silla de San Pedro.

Pedro el Ermitaño con el fervor del apóstol y el valor de un mártir salió de su retiro para recorrer la Palestina. Lleno de celo por la fe de Jesucristo predicó la santa cruzada; y junto con Simeón, lloraron las calamidades y las aflicciones de la ciudad santa. Inspirado por una visión celeste, retrocede á



Europa, donde Urbano II toma bajo su amparo tan comprometida conquista, y encarga á Pedro que anuncie á los cristianos la próxima libertad de Jerusalem.

Solemnes, elocuentes é inspiradas fueron las palabras de aquel ermitaño, que arrastraba á la multitud obediente á sus mandatos y sus profecías. El Pontífice convocó el concilio de Plasencia, donde los embajadores de Alejo Comneno solicitaban que los príncipes latinos salvaran á Constantinopla y á Jerusalem. Nada, sin embargo se decidió en esta asamblea; fué preciso convocar la de Clermont, en la cual, después de varias sesiones para atender á las necesidades de la Iglesia, habló Pedro el *Ermitaño* con gran vehemencia y lleno de fe, el cual se vió secundado por el papa Urbano con elocuente lenguaje y á la voz de: «Dios lo quiere!» que se repetía por el pueblo entusiasmado. Los príncipes, el clero superior, los nobles de todas categorías, el pueblo todo, empuñaron las armas para marchar á la Tierra Santa; el día de la Asunción de 1096 fué el señalado para la partida, en medio de un entusiasmo y efervescencia general.

Esta *primera cruzada* pues, había sido predicada con gran fervor religioso por Pedro el *Ermitaño* y por el mismo pontífice Urbano II. Marchaban á su frente guerreros valientes y experimentados, como Godofredo de Buillón, Eustaquio y Boduino su hermano; Hugo de Vermandois, Roberto II, duque de Normandía; Esteban, conde de Blois y de Chartres; Boemundo, duque de Tarento; Tancredo su sobrino, Raimundo de Tolosa y otros mil cuyos nombres recuerda la historia con entusiasmo y profunda veneración: bien puede decirse que todo cuanto de valiente, noble y emprendedor había en la cristiandad, estaba en aquella primera cruzada. Diez y nueve nacionalidades confundían sus usos, costumbres é idiomas para correr á la conquista de la Tierra Santa. Allí no había más que cruzados.

Los más fervientes cristianos se habían anticipado marchando sin orden ni disciplina, guiados por Pedro y por Gualtero; pero desgraciadamente sufrieron las consecuencias de su impremeditación. Los ejércitos, acompañados de multitud de peregrinos con sus correspondientes jefes y capitanes marcharon bajo un pensamiento antes meditado, y al fin de continuadas etapas y de los encuentros y eventualidades de tan colosal empresa, la toma de Nicea después de una resistencia tenaz y porfiada de parte de los turcos que se defendieron con valor heroico, fué el premio de tanta abnegación y sufrimientos. La arrogancia de la media luna se vió humillada y los defensores del Korán completamente deshechos y derrotados. La ocupación de Nicea dió á conocer á Kilidj-Arslán que los soldados de la Cruz eran valientes, y sus caudillos, guerreros experimentados. La conquista de Nicea era el prelude de otras victorias.

Pocos días de descanso habían bastado para rehacer las fuerzas de aquellos paladines de la cristiandad y tomando el camino de Siria y Palestina (Judea);

el 1.º de Julio (1097) se hallaban en la llanura de Dorylée. El Sultán lleno de despecho había reunido una hueste fuerte de trescientos mil combatientes, y trataba de vengar la pérdida de su querida ciudad. La batalla comienza siendo favorable á los musulmanes; empero avisado Godofredo, acude presuroso y cambia por completo el aspecto del combate. Reanimados los cristianos toman la ofensiva y los turcos son vencidos por todas partes, á pesar de su nueva táctica y de sus singulares esfuerzos. Kilidj-Arslán abandona el campo y mientras huye á todo escape, dice á los árabes que le seguían de cerca: «Vosotros no conocéis á los francos, vosotros no habéis experimentado su valor; esta fuerza no es humana sino celeste ó diabólica.»



Vista de Jerusalem.

Los dos ejércitos de los cruzados conocieron cuan imprudente había sido su separación y convinieron marchar siempre reunidos. Llenos de valor y de nuevo se dirigieron hacia Antioquia sin que les arredrase lo escabroso del terreno, la falta de aguas y algunas veces la escasez de los alimentos. Algunos caudillos mal avenidos tuvieron disgustos personales que ejercieron sobre los soldados fatales resultados; y el mismo Boduino se dirigió sobre Edesa, donde le recibieron como su libertador. Una conducta egoísta y cautelosa lo condujo á sujetar á su amir, que le nombró hijo adoptivo. Ejerciendo un dominio soberano, compró á Samosate y extendió sus conquistas por la Mesopotamia. Boduino ya no se acordaba del objeto principal de la cruzada, había



olvidado que el Santo Sepulcro estaba aún en poder de los sarracenos y todos sus esfuerzos se dirigían á defender sus ricos Estados compuestos de las más florecientes provincias del antiguo reino de los asirios.

No puede dudarse que su nuevo reino era el producto de la injusticia, de la audacia y de la violencia; pero por su situación y por la forma que el caudillo le diera, contó el valor y la arrogancia de los turcos y de los sarracenos. Durante la segunda cruzada sirvió de refugio seguro á los francos, que habían recorrido las orillas del Eufrates.

La Cilicia se hallaba también en poder de los cruzados.

El sitio de Antioquía mandado por Godofredo fué terrible y prolongado; sitiados y sitiadores experimentaban toda suerte de privaciones y calamidades; el hambre, la peste, las ruinas, todas las penalidades conocidas se acumulaban entre aquellos esforzados y valientes soldados; sólo el heroísmo invencible de Godofredo pudo dominar tantos desastres, destruir el ejército combinado de los amires y poseionarse de la deseada ciudad: eran los primeros días del mes de junio de 1098.

Poco tenía que durar la alegría del ejército de los cruzados: los príncipes de Alepo y de Damas, el gobernador de Jerusalem y veinte y ocho amires de Persia, Palestina y Siria reunen sus huestes y el ejército coligado marcha animoso para recuperar la ciudad. La lucha es terrible y comprometida, los cruzados se ven en graves apuros; se hacen invocaciones y plegarias y se descubre la lanza que hirió al Salvador. Allí se oye la angusta y sagrada voz de los santos sacerdotes, allí se reciben las inspiraciones de alguno que después de largas y penosas jornadas consigue incorporarse con el ejército; allí, en fin, resuena entre los soldados la mágica voz de ¡milagro!... y el jefe de los musulmanes, el terrible Kerbogá se ve humillado primero por las exigencias de aquellos que parecían vencidos y derrotados, y después destruido y aniquilado con todo su formidable ejército. Y fué tal la impresión que causó á muchos sarracenos la defensa de Antioquía y la derrota de las tropas musulmanas, que muchísimos abandonaron su secta para abrazar la Religión del Crucificado. La toma de Jerusalem, después de un sitio sostenido y de alguna otra batalla como la de Ascalón era ya inevitable; el ejército de la Cruz obtuvo el premio justísimo de tanto valor y sufrimiento, la gloria inmarcesible de su fe católica inquebrantable y la recompensa de su religiosidad nunca desmentida (1099 á 1100), llegaron á su mayor altura y Jerusalem se entregó á los cruzados. Los ejércitos del Catolicismo embriagados de alegría por sus portentosos triunfos, vieron llenos de admiración la enseña del Salvador ondear en las cúpulas de la nueva Sión; el Santo Sepulcro de Cristo fué rescatado, y aquella tierra regada con su preciosa sangre cayó bajo el poder de sus hijos. El gran pensa-

miento de Urbano II y los concilios de Clermont y de Placencia quedaba realizado.

Los cruzados formaron en Jerusalem un reino cristiano á cuyo frente se



Toma de Jerusalem por los cruzados.

colocó uno de sus jefes más caracterizados, Godofredo de Buillón, el que más había sobresalido entre ellos, se vió coronado en medio del beneplácito general, y en muchas ciudades inmediatas se fundaron principados y señoríos para premiar á los caudillos y capitanes.



¡Ah! La historia de la primera cruzada, — que nosotros apenas hemos hecho más que apuntar muy á la ligera, — es grande y sublime. ¿Representa acaso un pensamiento político? Tal vez. Entre la Iglesia y el Estado se había levantado una barrera formidable, que sólo podía desaparecer usando de excesiva prudencia, de sostenida calma y utilizando con tino y sagacidad las circunstancias que los acontecimientos político-religiosos pudieran ofrecer. El gran pensamiento de una cruzada vino á llenar este inmenso vacío, y el Pontífice tuvo el tacto y la discreción de conocer el estado especial en que se encontraba la cristiandad, la crisis comprometida que tiempo hacía estaba atravesando, y con su poderosa influencia y prestigio supo alentar una guerra en remotos países. Separó de su suelo, la cizaña que tantos males causaba al imperio y al Catolicismo, poniendo á la cristiandad al abrigo de un golpe airado de parte de los sarracenos.

No fué, por cierto, una multitud fanática, supersticiosa é indisciplinada, como gratuitamente se ha supuesto, que corría en busca de una ilusión engañadora. Fué el mundo católico en masa, que guiado por la Fe quiso oponer un fuerte dique al valeroso musulmán que tenía resuelto invadir á los pueblos que profesan la Religión del Crucificado. Fueron, por último, las naciones hermanadas y unidas por el sentimiento religioso católico, que marcharon juntas á un fin moral y civilizador, del cual la humanidad ha reportado inmensas ventajas y beneficios.

La situación de Godofredo de Buillón después de la toma de Jerusalem, era en extremo comprometida. Verdad que bajo su cetro debía hallarse el antiguo reino de los israelitas desde las montañas del Líbano al Mediterráneo, pero es lo cierto que estaba reducido á la capital y á unas veinte poblaciones inmediatas. Allí se reunieron las gentes desocupadas de todos los pueblos europeos con sus exigencias y sus peticiones; allí pululaban los aventureros, los criminales y los grandes pecadores; allí conservaban sus viviendas y moraban juntos árabes, turcos, egipcios y cristianos; allí, en fin, la holganza, el abandono y el vicio estaban en íntimo consorcio para presentarse como otros tantos obstáculos al establecimiento del nuevo poder cristiano. Basta decir que el estandarte del profeta ondeaba sin inconveniente junto al símbolo de la Redención. El cultivo de los campos y el ejercicio de los oficios más necesarios para la vida se habían abandonado, hasta el punto que tuvieran que dictarse severas órdenes interesando el amor á la propiedad. Un año de cultivo ó de abandono absoluto en una hacienda, daba ó quitaba el sagrado derecho de propiedad.

Godofredo procuró con sus expediciones sujetar á los sarracenos, y Tancredo penetró por Galilea, donde se apoderó de muchas poblaciones regadas con las aguas del Jordán.

El Monarca era respetado de todos, y muchos amires admiraban en él su modestia y resignación; es probable que las colosales fuerzas de que estaba dotado, contribuyeran á la obediencia que le manifestaban. Así es, que en general, daban muestras de estar sumisos, y en apariencia eran tan exageradas sus demostraciones, que casi se les podía calificar de aduladores que sólo aguardaban mejores tiempos para levantar el estandarte de los rebeldes.

El rey había llamado á Jerusalem á sus caudillos y capitanes, y el mismo Boduino (ó Balduino), conde de Edesa y Boemundo, príncipe de Antioquia, se presentaron á pesar de creerse independientes. Los caudillos compañeros de las glorias y reveses de Godofredo teniendo iguales miras é idénticas ambiciones que los que tuvieron los generales de Alejandro el Grande, miraban con repugnancia la obediencia, sin tener en cuenta que habían cambiado los tiempos y las circunstancias.

En el palacio llamado de Salomón se reunieron los sabios y hombres piadosos más distinguidos, para formar un código apropiado á aquellas circunstancias y propio para los Santos Lugares, y los francos prestaron los principales elementos de su jurisprudencia; Godofredo ansiaba proteger los derechos particulares y generales de las nuevas colonias, y sus levantadas aspiraciones se vieron colmadas con usura. El Asia y la misma Europa admiró las nuevas leyes dictadas por los cruzados, las cuales marcaron un paso decisivo en la marcha de la civilización. Este cuerpo de doctrina jurídica mereció los plácemes de los inteligentes y se le llamó *Cartas del Santo Sepulcro* ó *Juntas de Jerusalem* (actas ó acuerdos de las) que fueron depositadas en la Iglesia de la Resurrección, con gran pompa y solemnidad.

Y para comprender que la situación de Godofredo al empuñar el cetro de Jerusalem era asaz comprometida, bastará recordar la pobreza y carencia de lo más preciso para la vida, lo cual unido á las inmensas ruinas de la ciudad, aumentaron los conflictos de los cruzados. El Monarca hizo diferentes expediciones, que afortunadamente dieron buenos resultados. Los amires continuaron en su conducta capciosa é hipócrita, si bien en la apariencia se presentaban con sumisión y respeto. Se estableció el Patriarcado, siendo el primer patriarca el señor de Daimbert con olvido por sus desarreglos de Arnaldo de Rohes primer obispo de Jerusalem: entonces arribaron varios peregrinos dirigidos por el Arzobispo de Pisa.

El impulso que todos los centros administrativos recibieron, especialmente el de guerra, en medio de tantas contrariedades, hizo crear á los indígenas una idea radical: tal fué, que el poder de los hijos de Jesús en el Oriente se arraigaría y toda la Palestina sería cristiana. El rey recorrió el valle del Jordán, y en Joppé se sintió acometido de grave dolencia; al llegar á Jaffa á pe-



nas podía sostenerse á caballo y su debilidad era excesiva; hasta el punto de tener que trasladarlo en litera para que pudiera llegar á Jerusalem. Empero su valor era tan levantado, que dirigía aún nuevos proyectos y señalaba la ruta que debían seguir otras expediciones. Cinco semanas estuvo el ilustre guerrero en el lecho del dolor y en medio de atroces sufrimientos y después de haber sabido que Carphas se había rendido, recibió con cristiana resignación los Santos Sacramentos y entregó su alma á Dios el 17 de julio de 1100.

¿Había el augusto caudillo de la cristiandad sucumbido al veneno? Nada de cierto nos dice la historia; si bien se cuenta que en su postrera expedición recibió de algún amir ciertos regalos y exquisitas frutas.

Godofredo de Buillón al bajar al sepulcro dejó un nombre ilustre, cargado de laureles, que siempre recordará las grandes victorias de los primeros cruzados. Se le ha citado con justicia como modelo acabado digno de imitarse por sus virtudes, por su sobriedad, por su bravura en los combates y su magnanimidad después de la victoria. Se dice que su fuerza era extraordinaria y corría parejas con su valor y arrojo; Godofredo fué el tipo del caballero cristiano y como, tal el fiel representante del Vicario de Cristo. Contestando á una de tantas exigencias de los cruzados, dijo: «que la torre de David y la ciudad de Jerusalem pertenecían en toda soberanía á la Iglesia, en el caso que muriese sin sucesión.»

La muerte de Godofredo trajo naturalmente graves trastornos que fueron acallados al empuñar el cetro de Jerusalem Boduino I. Tancredo tomó posesión del principado de Antioquía.

El reinado de Boduino I tuvo muchas alternativas; empero los reveses no impidieron que sus territorios aumentasen. Si las calamidades de la guerra traían en pos de sí el hambre, la peste, la disentería y otras muchas enfermedades, ellos mismos se acusaban de haber disminuído su piedad y fervor religioso, haciéndose merecedores de tamaños castigos. Allí el interés personal pocas veces hacía desnudar la espada, blandir la lanza ó empuñar la maza; porque aquellos hombres sólo combatían para alcanzar el reino de los cielos. Dios había confiado la herencia de la virtud y de la fe á la devoción de todos los fieles, y el universo católico respondía de este depósito sagrado. Los enemigos del monarca se multiplicaban de día en día y le tenían agobiado, hasta el punto que tuvo de oír, mal de su grado, las exhortaciones del Patriarca de Jerusalem y del Arzobispo de Pisa. Boduino I puesto de hinojos ante la Cruz del Salvador, dijo: «El juicio de la muerte se halla cerca de nosotros; de todas partes nos rodean los enemigos; sé muy bien que no puedo vencerlos si la gracia de Dios no está conmigo; yo imploro el auxilio del Todopoderoso, y juro establecer la concordia y la paz del Señor.»

Monta enseguida á caballo y se lanza impetuoso al combate; un lienzo blanco que ondea en su lanza sirve de enseña y guía á sus guerreros para que cumplan como buenos sus sagrados juramentos. El entusiasmo renace, la fe inunda de valor los corazones de aquellos varones y por todas partes la victoria corona tantos esfuerzos y tanto heroísmo.

El hermano de Godofredo pudo muy bien haber abandonado el trono que los cruzados erigieran en Jerusalem, cimentado con la sangre de los heroes de la cristiandad. Su valor temerario le hizo perder algunas batallas; pero su bravura, su extraordinaria actividad y su nunca entibiada fe católica le salvaron de tantos contratiempos, de ingratas defecciones y de inmotivadas rivalidades. Deseoso de buscar un camino á propósito para pasar á Egipto, murió rodeado de sus amigos y compañeros, encargando que su cuerpo dispuesto con sal y esencias á la manera de embalsamamiento, fuese enterrado junto al de su hermano Godofredo, al pié del monte Calvario. Había reinado diez y ocho años (1118).

A pesar de tantos contratiempos y veleidades, el poder de los cristianos en Oriente había aumentado durante el reinado de Boduino I. Arsuf, Cesárea, Tolemaida, Tripoli, Biblos, Beyrouth y Sidón fueron incorporadas al imperio, los cruzados adquirieron fuerza y respetabilidad, aumentó la legislación, repobló la Ciudad santa amparando á los cristianos diseminados por Arabia, Siria y Egipto, dotó con esplendidez las iglesias, erigió en obispado la de Bethleem y fundó varios establecimientos religiosos.

Muchos guerreros de gran fama habían bajado al sepulcro en estos tiempos; entre ellos no debe pasar en silencio el tan renombrado Tancredo.

Si antes Boduino había sido altanero y ambicioso, apenas ocupó el trono de Godofredo ejerció la templanza, la moderación y la clemencia, siguiendo el ejemplo que tanto había enaltecido á aquél que en las batallas tenía la fiera del león, y en la vida íntima la dulzura y resignación de un cenebita.

El pueblo y el clero eligieron á Boduino II, llamado Dabourg, pariente del antecesor y conde de Edesa.

Nuevas luchas siempre desastrosas combatían el imperio de los cruzados. El principado de Antioquía fué aniquilado por los musulmanes conducidos por Ilgazy, quienes derrotaron á Roger; empero el Monarca acude presuroso, vence á los infieles, y el mismo Ilgazy muere de repente.

Balaac con sus correrías infundió por las orillas del Eufrates gran terror y espanto, los caudillos cristianos se vieron aherrojados, y hasta el mismo Boduino II cayó en una emboscada hábilmente preparada; la huida de Josselino trajo los asesinatos de los prisioneros por el vengativo musulmán, escapándose de tan atroz venganza sólo el Monarca.





Las cruzadas.—Godofredo de Flandes en Constantinopla.

Tantos infortunios y descalabros, dieron brios á los sarracenos del Egipto, quienes en poderosa y aguerrida hueste se dirigieron sobre Ascalón para lanzar á los francos de la Palestina. Los cruzados se defendieron con valor y denuedo, y á pesar de lo reducido del ejército tomaron la ofensiva. Aparece en la atmósfera un meteoro ígneo; el *fuego del cielo* cae sobre los musulmanes que llenos de pavor retroceden; empero los cruzados se creen favorecidos y se precipitan sobre sus enemigos, destruyéndolos completamente. Los restos de aquel ejército se refugiaron al abrigo de las murallas de Ascalón. Al propio tiempo rindieron los cruzados la ciudad de Tiro, y Boduino II adquirió la libertad. Los soldados de la Cruz tenían que defenderse de los califas de Bagdad y del Cairo, del príncipe de Damas y de los amires de Mossul, de Alepo y de los descendientes de Ortoe, jefe de una gran parte de la Mesopotamia. Este Monarca había abierto en persona el sínodo de Naplusa.

Á la muerte de Boduino II, ocupó el trono de Jerusalem el anciano Fulque conde de Anjou. El reino que fundara Godofredo se hallaba en su mayor apogeo y celebráronse varias alianzas que al parecer indicaban un porvenir más tranquilo. El conde de Joppe antes rebelde, fué asesinado traidoramente, y castigado el asesino.

Sin embargo, los emperadores griegos presentaron sus exigencias sobre Antioquía, y de aquí provino una guerra donde halló la tumba Juan Comneno su emperador. Fulques se había posesionado de Paneas que le aseguraba las fronteras de su reino por la parte del Líbano y murió de una caída de caballo (1145), cuando atravesaba la llanura de Tolemaida. Había perdido la memoria y todas sus facultades psíquicas se hallaban trastornadas; de manera que lejos de pensar en nuevos proyectos de conquista, procuró más bien conservar sus Estados.

Subió al trono Boduino III hijo mayor del antecesor, que apenas contaba 12 años, bajo la regencia de su madre la reina Melisenda. Es indudable que el reino de Jerusalem debió quebrantarse entregado primero á un anciano celoso, y luego á una señora y un niño. La prudencia de la reina y el valor temerario que dió á conocer el joven monarca al empuñar el cetro de Godofredo, no pudieron evitar la anarquía, las defecciones y las turbulencias de los cristianos.

En Europa el celo ardiente y el entusiasmo religioso de San Bernardo junto con la santa devoción del pontífice Eugenio III y del abad Sugerio, ambos discípulos suyos, prepararon una *segunda cruzada*, (1147 á 1149), que salvados los inconvenientes y graves dificultades salió para Tierra santa. Esta segunda cruzada tuvo por jefes á Luis VII rey de Francia y á Conrado II emperador de Alemania.



Boduino III aunque joven daba todos los días pruebas inequívocas de sus relevantes dotes; recibió á los cruzados después de haber sufrido toda suerte de infortunios, y juntos emprendieron la conquista de Damasco. Luis y Conrado no fueron muy afortunados en sus proyectos helicócos y casi puede decirse que en la mayor parte de sus empresas experimentaron grandes reveses y repetidas calamidades. La indisciplina se hizo sentir entre los cruzados, la discordia se apoderó del ánimo de los caudillos, y cuando se hallaban próximos á recoger el fruto de sus sacrificios con la toma de la Ciudad deseada, regresaron á Europa para infundir el terror y el espanto entre la cristiandad.

El espíritu anticatólico encontró ocasión oportuna, y la sátira y el sarcasmo se cebaron contra la fe y la piedad de los monarcas y grandes potentados que formaron parte de la segunda cruzada. No importa el sentimiento religioso sobresalía siempre y los mismos jefes, acusados por su conciencia, buscaban en la austeridad y en la penitencia un lenitivo á sus desgracias para volver á la lucha con mayor empuje que antes. Respetemos, decía el Emperador, los altos juicios de Aquel á quien nadie se atreve á preguntar, *por qué habéis hecho esto...*

Boduino III había contraído matrimonio con la nieta del emperador Manuel (1133). Esta boda trajo una alianza y con ella la paz, para que el reino prosperase y se olvidara aquella antipatía que aun se conservaba entre griegos y latinos. El Monarca siempre activo y propicio á empuñar la espada ó blandir la maza, encontró su sepulcro en Beyrouth siendo muy joven: sus restos fueron conducidos á Jerusalem. Le sucedió en el trono su hermano Amaury. (1160).

Los cruzados en sus conquistas para dominar la Palestina, sólo obedecían al Santo nombre de Jesucristo y de su primer Vicario el discípulo predilecto de San Pedro; de quienes siempre se consideraron sus sumisos y fervorosos servidores. Muchas ciudades de Siria pagaron tributos á los francos que aspiraban á la gloria de haber tomado la iniciativa en las cruzadas, y con efecto, la lengua francesa fué la que más se difundió y mereció mayor aceptación y la que servía para comprenderse en las transacciones.

Los peregrinos hacían continuamente sus expediciones, donde se confundían en abigarrado tropel los obreros, menestrales, marchantes, hombres ociosos, muchachos abandonados, mujeres de todas clases y condiciones y hasta niños lactando, que, como dijo un cruzado testigo ocular, se parecía al pueblo de Israel atravesando el desierto. Muchas veces esta multitud desordenada arrojó los mayores peligros, sufrió grandes miserias y soportó toda suerte de infortunios. En estas repetidas calamidades y aun durante los combates oraban con fervor y con sus cantos y plegarias pedían al Dios de las misericordias la victoria para sus valientes hermanos.

Los años trascurrían en medio de triunfos y reveses sin que los sectarios del Profeta pudieran lanzar á los hijos de Jesús, ni éstos afianzar sus conquistas de Oriente de un modo estable y permanente. Los guerreros de una y otra parte se sustituían y se reemplazaban; cuando moría un cadí ó un amir, cuando faltaba un sultán no tardaba en tener un sucesor; lo mismo que el cetro de Godofredo pasaba de unos á otros monarcas sin que se debilitara su ardiente fe católica y el cariño para conservar los preciosos tesoros acumulados en aquellos santos lugares.

Los cristianos tuvieron con los infieles negociaciones de diferente carácter; celebraron tratados, se cruzaron cuantiosos intereses y en muchos pueblos reinaba una tolerancia político-religiosa, que unos y otros, vencedores y vencidos admitían con la más refinada hipocresía. Cuando el cadí y el amir de Cesárea preguntaron á los guerreros que habían sitiado la ciudad: «¿Por qué queréis invadir nuestro país y darnos la muerte, pues está escrito que Dios nos ha creado como á vosotros á su imagen?» Los cristianos respondieron: «No invadimos vuestro país, pero reclamamos una tierra que pertenece á los Apóstoles; no queremos tampoco heriros, mas el Señor ha dicho: *Yo soy el Dios de las venganzas, y la clava será lanzada contra aquellos que faltan á mi ley.*»

Amaury después de un reinado agitado y turbulento bajó al sepulcro, recién llegado á Jerusalem, no sin que antes hubiese aceptado el oro que le ofrecieran los amires de Damasco para que desistiera del sitio de Paneas (1174).

La cristiandad debía al fin experimentar un profundo y terrible sacudimiento, una catástrofe espantosa que pudo anegarla en sangre inocente y aumentar el número de sus mártires, un acontecimiento trascendental y funesto que inundó de pesar y dolor á los hijos del Crucificado. La Ciudad santa, la nueva Sión, la Jerusalem bendecida con la sangre del Redentor, había sido de nuevo conquistada por las huestes musulmanas acaudilladas por Saladino (1187). El Occidente viste de luto, la aflicción embarga el corazón de los católicos, y todos elevan al cielo sus plegarias y oraciones. El pontífice Clemente III y Guillermo, arzobispo de Tiro, predicán una *tercera cruzada* para que los Santos Lugares vuelvan al poder de los cristianos.

De nada había servido que el hijo de Amaury sucesor del cetro de Jerusalem recibiera el óleo santo y ciñera la corona con el nombre de Boduino IV. Este joven monarca devorado por la *lepra*, se vió expuesto á una menoría que se disputaron dos poderosos rivales; el presuntuoso y malvado Milón de Plenev y el altanero é impaciente Raimundo, conde de Trípoli.

Saladino había sabido triunfar de sus enemigos, y aparentando que su ambición se reducía al triunfo del islamismo, presentábase como sucesor de las



conquistas de Noredino, recibiendo del Califa de Bagdad el título de Profeta. Poco tiempo después fué proclamado sultán de Damasco y el Cairo.

Las excursiones de los francos no dieron resultado alguno, mientras que Saladino dominaba casi sin resistencia la dinastía de los Ayubies. Atacó enseguida la Palestina, pero fué completamente derrotado en la llanura de Sarón próxima á Asealón, en la mañana de la fiesta de Santa Catalina.

Los nuevos magnates venidos de Occidente no mejoraron el estado precario de los cruzados, que cada día era más aflictivo por las sequías y el hambre. Guido de Lusínán había casado con la hermana del rey, Saladino se presentaba otra vez potente y sus soldados asaltaron el castillo del *vado de Jacob*, y como Boduino se hallara en un estado lastimoso á causa de su enfermedad, falto de vista y su cuerpo putrefacto, nombró regente á Guido; elección que no satisfizo á los cruzados.

Las defecciones que el monarca sufrió fueron terribles, así como las faltas del de Lusínán dignas de censura, y fué reemplazado por el jefe de Joppe, coronando al hijo de Sibila con el nombre de Boduino V. La muerte del Monarca leproso, sólo sirvió para aumentar el encarnizamiento de los partidos. Boduino V también bajó al sepulcro siendo muy niño. El Patriarca coronó á la condesa de Joppe y ésta á su marido Guido de Lusínán.

Saladino invadió de nuevo la Palestina, tomó á Tiberiades, y deseando los cruzados recuperarla tuvo lugar la sangrienta jornada que concluyó con el ejército del rey Guido de Lusínán, el cual lleno de pavor gritaba, *¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡todo se acabó para nosotros, y el reino está perdido!*

Saladino después de la victoria fué cruel y sanguinario. Tolemaida, Napisa, Jericó y Ramla abrieron sus puertas al vencedor, las demás ciudades corrieron la misma suerte que Tolemaida y el estandarte amarillo ondeó en sus torres y murallas.

Para Saladino, Jerusalem era la casa de Dios, y al pretender entrar en la Ciudad santa, que retiene en su seno el sepulcro del Hijo unigénito, un eclipse de sol cubrió la tierra de tinieblas, siendo inútiles los esfuerzos de Baleán de Ibelin en una defensa que sólo servía para aumentar el número de las víctimas y consumir los tesoros de los templos. La actitud heroica de los cristianos y el valor y arrogancia de Baleán salvaron la Ciudad santa y el vencedor admitió aquellas condiciones. Saladino sentado en su trono vió pasar aquel pueblo afligido, á cuyo frente marchaba el Patriarca acompañado del clero custodiando los ornamentos y los vasos sagrados.

El sentimiento religioso católico no se había extinguido entre los hijos de Jesús. Tal vez pudo estar latente ó permanecer velado por resentimientos é intrigas personales, por ambiciones mezquinas, que traían entre los príncipes

y poderosos magnates defecciones que pudieron debilitar el poder de los defensores de la fe.

Empero, á la augusta voz de los prelados y al santo llamamiento del Pontífice acudieron inmediatamente tres grandes y poderosos monarcas capitaneando



Ricardo Corazón de León.

sus respectivos ejércitos. Felipe Augusto rey de Francia, Ricardo *Corazón de León*, rey de Inglaterra y Federico Barbaroja emperador de Alemania. Todos llenos de fe é inspirados por el sentimiento religioso-católico, marcharon para conquistar segunda vez la codiciada Jerusalem.

El éxito de esta nueva cruzada, era la tercera, que se prolongó mucho más



tiempo de lo que se había calculado; no correspondió á las halagüeñas esperanzas que antes se concibieran; el ejército de Federico fué derrotado en Asia y el emperador pereció en Cilicia (1190); y los otros dos monarcas se vieron precisados á buscar un refugio en San Juan de Acre. Las fatales emulaciones y la soberbia, siempre mala consejera, despertaron una rivalidad, por cierto, incalificable pero peligrosa, que impulsó á Felipe para que regresase á Francia (1191), dejando á Ricardo en situación nada ventajosa si tenía que continuar la lucha en Palestina. Este Monarca pudo al fin conseguir de Saladino una tregua de tres años.

Semejantes contrariedades al paso que affligian á los católicos daban bríos á los musulmanes, y la cristiandad buscó la reconquista del Santo Sepulcro en una *cuarta cruzada*, que con católico fervor predicaron el pontífice Inocencio III y Fulques de Newilly (1202 á 1203). Tomaron la dirección de los cruzados Boduino IX, conde de Flandes; el senescal de Champaña, Villehardoin; Bonifacio II, marqués de Montferrato y Enrique Dándolo, dux de Venecia.

Parecía que con tan buenos auspicios los resultados debían ser completos; sin embargo, el ejército de los cruzados no pasó de Constantinopla, desalojando á Alejo el *usurpador* (1203), para que ocupara el trono Alejo IV, llamado el joven. Empero la ciudad de Constantino había sido de nuevo avasallada por otro tirano apellidado Murzuphle ó Alejo V, que tuvo la audacia y temeridad de declarar la guerra á los cruzados. Estos se apoderaron otra vez de ella, y el imperio griego se dividió entre sus jefes, tomando Boduino IX el nombre de emperador. El tirano, en castigo, fué arrojado desde lo alto de una columna. En la distribución los venecianos se hicieron dueños de los puertos marítimos mejor situados.

Á la muerte de Saladino le sucedió su hermano el valiente Malek-Adel: entonces se entablaron ciertas relaciones diplomáticas aunque sin resultado alguno.

Posteriormente se emprendió la *quinta cruzada*, que predicó el papa Honorio III (1217 á 1221), y á pesar de estar encomendada al valor y pericia de Juan de Briena, que ya se titulaba rey de Jerusalem, y de Andrés, rey de Hungría, tampoco dió resultado alguno. Éste tuvo que retroceder para sujetar las sublevaciones de los magnates, y aquél tomó á Damietta, para abandonarla muy pronto.

La *sexta cruzada* se realizó de 1228 á 1229, bajo el pontificado de Gregorio IX, estando encomendada al emperador de Alemania, Federico II, que entró en los Santos Lugares sin obstáculos, donde se coronó rey de Jerusalem.

Las dos últimas cruzadas pertenecen á San Luis rey de Francia. La primera, *séptima*, tuvo lugar de 1248 á 1254 siendo pontífice Inocencio IV, y la otra, *octava*, de 1268 á 1270, durante el pontificado de Clemente IV. Aquella se dirigió

contra Egipto, tomaron á Damietta y obtuvo notables ventajas sobre los masires; pero la peste se había desarrollado en el ejército cristiano, el Monarca quiso sostenerse en su puesto y cayó prisionero. La libertad de Luis IX se consiguió con grandes sacrificios, pasó luego á Palestina donde permaneció cuatro años ocupado en fortificar varias plazas, volviendo á Francia en 1254, después de haber fallecido la reina madre Doña Blanca que ejercía las funciones de Regente del Reino, durante la ausencia del monarca su hijo.



Federico II se corona rey en Jerusalem.

En la otra cruzada, que era la octava, el Monarca francés iba acompañado de sus tres hijos y del rey Eduardo de Inglaterra (1270). Desde luego se dirigieron sobre Túnez, abrigando la esperanza de convertir á Mohammad el Mostanser; pero apenas llegado bajo los muros de la ciudad, se vió acometido de una enfermedad contagiosa que lo llevó al sepulcro. Su hermano Carlos de Anjou tomó el mando del ejército, consiguió algunas ventajas sobre los sarracenos, obligó á Mohammad á pagar todos los gastos de la guerra y se reembarcó para volver á Francia.

Después de esta última expedición las colonias cristianas establecidas en el



Oriente bajo la protección y amparo de los cruzados, fueron destruidas y saqueadas, y la Palestina volvió otra vez al yugo mahometano.

Pasadas tantas desventuras, el poder de los turcos avanzó hacia el Danubio, la Hungría sostuvo con heroísmo una lucha continuada para encerrarles dentro de la ciudad de Constantino, y la voluntad omnimoda del emperador Carlos V impulsada por su genio, ayasalló la ambición de Solimán que de otro modo continuara sus rápidas y destructoras conquistas. Los sectarios del Korán profesan una religión que los conduce al quietismo y los arrastra á la inacción; hé aquí porque sus conquistas se vieron muchas veces paralizadas y detenidas por una civilización progresiva al amparo del Catolicismo.

¿Qué consecuencias produjeron las Cruzadas para el adelantamiento de la sociedad? ¿Qué bienes y mejoras adquirió aquella civilización?... No hemos escrito la historia de las Cruzadas ni mucho menos; empero, á pesar de todo, estamos convencidos que nadie negará, sin faltar á la evidencia, que las Cruzadas, fueron el gran acontecimiento del último período de la Edad media, y un espectáculo sorprendente para las generaciones contemporáneas. Todas sus marchas, todas sus penalidades y sufrimientos, todas sus victorias y reveses ejercían en Europa una influencia fascinadora, que sumergía á los católicos en grandes trasportes de entusiasmo y alegría ó en profundas manifestaciones de arrepentimiento por medio de ayunos y plegarias. El choque de sus armas con las de los infieles resonaba en toda la Cristiandad y sus centellas inflamaban el corazón de los creyentes en la fe de Jesucristo.

Como al mediar el siglo XV y en el XVI, los libre pensadores sacaron de nuevo la escuela materialista, defendiéndola con inusitada ceguedad, las Cruzadas fueron calificadas de un modo asaz inconveniente; pero en los siguientes, esto es, en el XVII y XVIII se lanzaron con mayor ensañamiento sobre estas santas y nobles expediciones, toda suerte de dictérios y acriminaciones, siendo últimamente Voltaire y los enciclopedistas franceses quienes llevaron el estandarte, fulminando sus anatemas contra el piadoso San Luis.

¿Qué importa? La opinión pública comenzaba á modificarse; estudios detenidos é imparciales daban á conocer mejor la historia y aspiraciones de estas conquistas, y no faltó algún autor distinguido, como el señor Robertson, ó alguna sabia Academia, que llamara la atención del mundo ilustrado acerca la influencia que pudiera tener la conquista de Tierra Santa por los cristianos, en el progreso y libertad del desarrollo del espíritu humano. Desde luego las Cruzadas fueron consideradas como un elemento civilizador: opinión que aceptaron la generalidad de los sabios.

¿Quién duda que la legislación establecida por los cruzados al conquistar la Palestina, ha servido en los siglos posteriores para mejorar la que imperaba

en la Europa ya llamada civilizada? ¿Cómo negar que muchas de las costumbres de nuestros antepasados fueron corregidas y modificadas por las que trajeron del Oriente los cruzados? Y sin mencionar ahora el rudo golpe que el feudalismo recibiera por todas partes, sin pararnos en analizar como el sentimiento liberal se inoculaba por medio de los Concejos ó Comunes, ni como las



Muerte de San Luis.

reformas en el orden público y en la higiene iban ganando terreno; diremos á la ligera que las artes industriales y manufactureras comenzaron á echar raíces, floreció el comercio, prosperaron las ciencias y vimos á dos pueblos, el Oriente y el Occidente, darse el fraternal abrazo para marchar juntos en busca de una común civilización, asegurada y garantida con el santo y sagrado



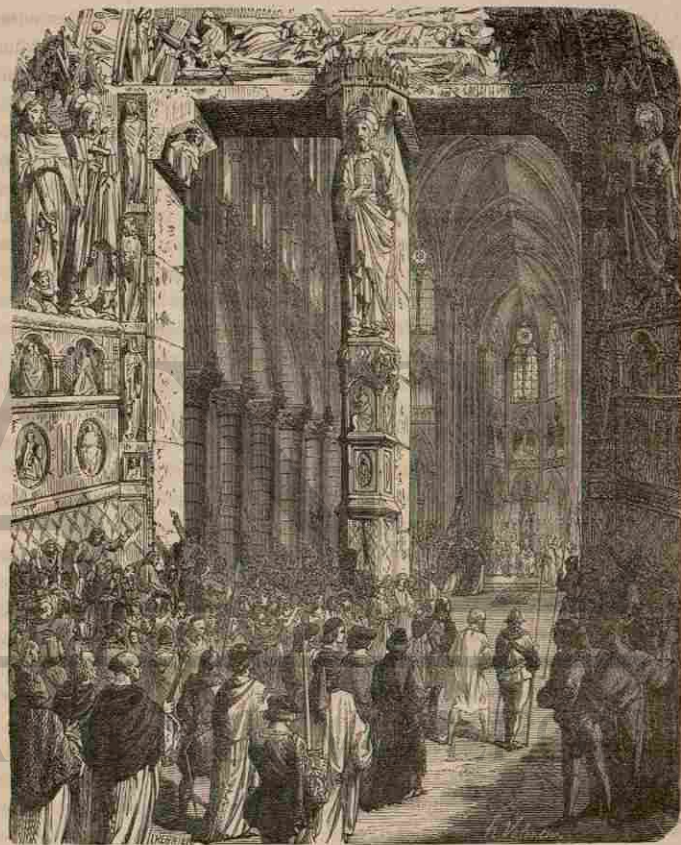
vínculo de la Religión católica. Aquellas costas berberiscas inaccesibles antes, fueron frecuentadas por el comercio; los piratas desaparecieron, la crueldad y la barbarie huyeron doquiera que la Cruz de la Redención fijó su imperio y los sabios y los viajeros penetraron en el interior de África para descubrir nuevos horizontes. Bien puede decirse que con las Cruzadas los mares y los continentes habían adquirido la libertad natural para que el linaje humano pudiera comunicarse por todos los ámbitos de la tierra. La construcción de las naves, que hoy llamamos arquitectura naval, adquirió notable perfeccionamiento, se exploró el fondo de los mares, se observaron la dirección e intensidad de los vientos, de las corrientes y de las mareas, y tanto la náutica como la hidrografía adquirieron un conjunto de conocimientos prácticos de gran estima y valer para la navegación. Preciso será que los detractores de las Cruzadas depongan sus enojos y convengan con nosotros que las expediciones de los cruzados fueron civilizadoras, y que entre muchas cosas que pudieran citarse, corresponde a España y en particular a Barcelona, la gloria de haber presentado al comenzar el siglo XII un código marítimo, quizá el primero que se conociera, el cual arreglaba los derechos de los navegantes. Este código fué redactado por los *pro-hombres de la mar* de Barcelona. Los venecianos, los pisanos y los genoveses lo aceptaron con entusiasmo, y con el nombre de *Consulado del Mar*, era el derecho común tanto del Mediterráneo como del Océano. Entre las leyes marítimas de la Edad media recordaremos las *Ordenanzas de Wisbi*, los *Juicios de Damme* y sobre todo las *Rotas ó tribunales de Olerón*, que han servido de fundamento para otras legislaciones.

Las artes plásticas adquirieron nuevos y positivos adelantos, y hasta los hombres de armas, avergonzados del oficio, comenzaron á olvidar sus malas pasiones para confundirse con el pueblo. La agricultura conoció especies vegetales que importó con asombro general; la zoología otros seres que motivaron especiales estudios; el mosaico hasta entonces admirado, y la pintura sobre el cristal del todo desconocida, tomaron en Europa carta de naturaleza para ser el fundamento de importantes industrias; hasta la arquitectura, olvidando las formas graves de Grecia y Roma, aceptó el gusto oriental.

En esta última época de la Edad media tuvieron lugar dos grandes acontecimientos, tales fueron el célebre proceso de los Templarios y la expedición de catalanes y aragoneses á Grecia.

Nadie puede poner en duda que el arte, bajo el amparo del sentimiento católico, adquirió grandeza y majestad, y como dijo Hegel, «apareció inspirado por un espíritu dominador é incommensurable, moviéndose libre en las puras formas del infinito.» La pintura y la escultura vinieron á espiritualizarse en los recuerdos misteriosos y sacrosantos del Hombre-Dios y su sacrificio en el Cal-

vario. Y la música religiosa con sus sublimes melodías y sus cantos severos arrobó el alma de los católicos para elevarlos á las regiones de los ángeles. ¿Habéis oído alguna vez el *Te-Deum*, el *Ave María*, el *Stabat Mater*, el *Miserere*, el



Raimundo VII de Tolosa supliendo una penitencia en la iglesia de Nuestra señora de Paris.

*Regina caeli*, ó el *Dies iræ*?... Si sois católicos de seguro los habéis oído, y vuestra alma se ha visto extasiada para volar á los cielos y echarse en brazos de la purísima Esposa de Jesús. Dentro de nuestras basílicas, debajo de aque-



llos atrevidos arcos, epopeyas que representan una civilización vigorosa que dá á conocer las glorias de Jesucristo, se ve la ciencia sagrada y la síntesis de las verdades que unen al mundo natural con el sobrenatural.

Veamos ahora, siquiera sea someramente, la marcha que siguieron las ciencias de aplicación y experimentales, que desde remotos tiempos venían avanzando con lentitud por el campo de la práctica y la rutina, sin que la luz filosófica sirviera de guía á sus difíciles conquistas.

La química manual ó el conocimiento empírico de varias preparaciones que se conocían de anteriores épocas, el uso de ciertos productos para las necesidades de la vida, la confección de artefactos que servían de base á muchas artes ó industrias, se transmitía por la tradición oral desde la India, la China y la Fenicia, ó del Egipto, de Grecia y de Roma, pero la ciencia no había establecido aún sus preceptos generales, los principios que la sirven de fundamento se ignoraban y las leyes que rigen al mundo de las acciones moleculares no fueron siquiera vislumbradas de la antigüedad. La ciencia experimental no existía en el concepto de *ciencia verdadera*.

En vano pretenderíamos buscar entre las escuelas filosóficas que hemos recorrido, ni mucho menos en los estudios que se refieren á las ciencias físicas y naturales propiamente dichas, una explicación satisfactoria, una teoría científica que pudiera servir de fundamento para dar á conocer las reacciones y fenómenos de la química. En buen hora que entre los egipcios y otros pueblos antiguos se conocieran ciertas artes basadas en la experiencia, y que aplicasen con recto criterio el de interrogar á la naturaleza por medio de pruebas y ensayos; pero es lo cierto, que la ciencia era desconocida, que sus axiomas fundamentales se ignoraban y la antorcha de la teoría no iluminaba á la razón para buscar las causas de los fenómenos naturales. Repetimoslo otra vez: no había *ciencia experimental*.

La práctica precede siempre á la teoría, ha dicho con razón el señor Hoefler. Todas las industrias son más antiguas que la ciencia; ésta viene después para conciliar la teoría con la práctica. ¿Ni cómo podían esperarse adelantos en la especulación científica, si los primeros rudimentos se encerraron con misterioso énfasis en los templos de Tebas y de Menfis? Los depositarios de la *ciencia oculta* eran los iniciados, y para ello se hacía preciso revestirse del carácter sacerdotal, reservado como privilegio á ciertas castas y familias.

Los filósofos de la escuela alejandrina más tarde nada adelantaron, el *arte sagrado* constituía para ellos la ciencia de las reacciones, y á pesar de su jerarquía entre el sacerdocio y de la inspiración en aquello que provenía de la Religión revelada, cayeron en los errores propios de su tiempo, cuando faltos

de la observación y de los estudios experimentales, quisieron penetrar en aquellos fenómenos tangibles por excelencia.

Empero esto no produjo *conflicto* alguno. Las hipótesis y las teorías han tenido sus secuaces y adeptos, que las han sostenido con todo el calor y entusiasmo de una convicción profunda.

¿Quién duda que el agua que bebemos, calentada se convierte en vapor y deja un residuo sólido? Hé aquí un hecho innegable que preocupó á los antiguos, y de él dedujeron como verdad inconcusa, que el agua se transformaba en aire y tierra. Se calcinaba el plomo y se convertía en cal; se calentaba esta cal con granos de trigo y el plomo revivía. ¿No decían que transformaban el hierro en cobre, porque en una solución de vitriolo azul (sulfato cúprico) introducían una barra de hierro que desaparecía para presentarse otra igual ó parecida de cobre? ¿Cómo negar estos fenómenos basados en la práctica y en experiencias que todos podemos repetir?

De aquí aquel axioma alejandrino, *que en la naturaleza nada perece, todo se transforma*; de suerte que para aquellos sabios la *transmutación* de la materia era un hecho real y evidente. Véase, pues, como la teoría de la transmutación de los metales estaba cimentada sobre sólidas bases y en axiomas esencialmente prácticos y experimentales. Negar estas verdades hubiera sido en aquellos tiempos aventurado é inconveniente... Sin embargo, nada hay más absurdo, ni más erróneo en nuestros días, que semejantes hipótesis y teorías transformistas á pesar de su empirismo.

De aquí nacieron los *alquimistas*, que siguieron el mismo camino con extraordinaria constancia y sacrificaban fortuna, hacienda y hasta la vida para resolver los dos grandes problemas que recibieron como por vía de herencia; tales fueron, la transmutación de la materia, según hemos apuntado, y la prolongación de la vida hasta lo infinito sin tocar por la triste ancianidad; la *pedra filosofal* y la *panacea universal* fueron el objetivo de sus delirios científicos.

La alquimia, ha dicho un autor distinguido, fué la *química* de la Edad media. (El doctor D. Rafael Sáez Palacios, que acaba de bajar al sepulcro: junio de 1883).

Hacia el siglo VIII, Gheber (Abén Moussa-Djafar-Alsofi), fué el primero que se presentara ante el mundo científico como fundador de la escuela árabe experimental. Su libro *De summa perfectionis* se considera por los eruditos la obra más antigua de química, donde la ciencia de las reacciones se halla emancipada de la medicina.

Se admitían ya algunos principios simples, entre los cuales se colocan el mercurio, el azufre y el arsénico; se aceptaron ciertos agentes que sirven de



fundamento á la teoría, como las sales, el vitriolo, el vinagre y el fuego; se indicaron medios para ayudar al arte, como la calcinación, la solución, la destilación; se perfeccionó el alambique; se descubrió el ácido nítrico y el sublimado corrosivo; se habló del agua-regia y del elixir rojo; y el arte de la farmacia y la terapéutica hallaron nuevos agentes que aumentaban el catálogo de los medicamentos conocidos.

Preciso será volver otra vez la vista á los árabes. Ellos se titulaban maestros de la humanidad, y aspiraron á sujetarla al carro triunfante de sus conquistas; empero, en las ciencias no fueron más que los naturales continuadores de los filósofos alejandrinos. Los árabes cultivaron con poco lucimiento la historia, y sus libros están plagados de prodigios, fábulas y maravillas que rechaza una crítica razonada; se intitulan fundadores de la farmacia y maestros de la química; pero no sabemos que establecieran doctrina alguna, ni que inventaran una teoría capaz de formar escuela. Por más que buscamos un descubrimiento de primer orden ó fundamental ó una teoría basada en las leyes de la materia, no la encontramos.

Desde el siglo XI el escolasticismo y la dialéctica sirvieron de auxiliares á la teología, y aspiraron á dirigir las ciencias en sus diversas evoluciones. El arte de discutir fué para los padres del peripato un manantial inagotable que robusteció los estudios abstractos y metafísicos en detrimento de la ciencia experimental, que estaba oprimida y avasallada.

La Iglesia católica había luchado con tesón contra el oscurantismo, y batallando con el espíritu refractario á toda idea civilizadora impulsó el progreso en la esfera del pensamiento, allanando por este medio el camino á los estudios experimentales y de observación que todavía permanecían envueltos en el misterio. Verdad que la ciencia, antes constituida por los Santos Padres aventajó á la que legara la antigüedad clásica, y sus levantadas aspiraciones fueron principios fecundos de vida científica para lo porvenir. La Iglesia de Jesucristo fué el poderoso elemento civilizador que luchó frente á frente con el ferreo poder de los grandes y pequeños déspotas y con la ignorancia de la Edad media.

La filosofía escolástica influida por el averroismo; pero falta en el fondo de originalidad, había no obstante subyugado el espíritu científico de los siglos XII y XIII; y sus principios ejercieron notable presión en el desarrollo intelectual. Y si bien las sostenidas contiendas entre nominalistas y realistas tenían absorbidos los talentos más fecundos y vigorosos, llegaron no obstante á demostrar ya en el siglo XIV, el vacío de la escolástica, á pesar de su refinada dialéctica.

Durante el siglo XIII se crearon las Universidades de Nápoles, Bolonia y

Padua en el reino de Nápoles; la de París tomó mayor incremento y se fundaron las de Montpellier y Tolosa; las de Oxford y Cambridge en Inglaterra; las de Valencia, Tortosa y Salamanca en España; la de Roma, y, por fin, las de Coimbra y Lisboa en Portugal. Inocencio III por medio de una Bula garantizó á los profesores y escolares de la excomunión, y los reyes y magnates les concedieron privilegios y distinciones.

Aquellos que en sus especulaciones guiábanse únicamente por la observación y la experiencia, engreídos con el retumbante título de *alquimistas*, eran



Marco Polo.

los representantes de la *Ciencia grande* por excelencia y continuaban afanosos buscando la *pedra filosofal*.

De poco sirvió que el célebre Rogelio Bacón, franciscano y discípulo de Alberto, estableciere las leyes de la física experimental y diera á conocer importantes descubrimientos, ni mucho menos los adelantos de Ripley y los escritos de Hermesius; todos se entregaban con afán á la transformación de la materia y á buscar la misteriosa *panacea universal*, que tanto halagaba las risueñas esperanzas de ricos y poderosos.



Arnaldo de Villanueva publicó el *Rosario filosófico* y *La flor de las flores* y otras muchas otras de indisputable mérito; *La llave de la sabiduría*, *Del saber de astronomía* y otras varias debidas al rey de Castilla Don Alfonso X, llamado el *sabio*; el tratado sobre el antimonio, de Basilio Valentin, intitulado de *Currus triumphatis antimonii*, y otros mil de acreditados alquimistas de reputado mérito y erudición.

Más de un siglo había ya trascurrido que Marco Polo recorriera los mares de la India y las costas de la China. En sus escritos buscaron los marinos de los siglos XV y XVI sus grandes aspiraciones, y aquellos atrevidos viajes exploradores, le han conquistado el epíteto honroso de *Humboldt del siglo trece*. En verdad que este siglo entre las peripecias que ofrece, tiene de singular y notable, que grandes y ostentosos magnates y poderosos monarcas protegieron y cultivaron el estudio de las ciencias, quizá por oposición al escolasticismo. Federico II, el pontífice Urbano IV, Manfredo, Holagu de Persia y Kobilai en la China tendieron una mano amiga á los estudios experimentales y de observación para levantarlos del olvido á que los redujeron las contiendas filosóficas.

Después de la toma de Constantinopla por los turcos (1453), el pontífice Nicolás V mandó á varios humanistas para que recogieran los tesoros filosóficos y científicos de aquella esplendorosa civilización. Con estos últimos restos bien puede decirse que la Grecia había emigrado á Italia. ¡Y cuántos daños recibió el Catolicismo con semejantes tesoros! Sobre ello los sabios han opinado de diverso modo.

Al terminar la Edad media se inauguraba el *Renacimiento* y la *Reforma religiosa*.



## CAPÍTULO X

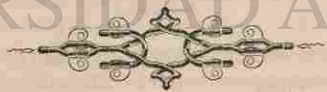
### EL RENACIMIENTO Y LA REFORMA

El siglo XVI.—La imprenta, sus ventajas.—Las nuevas escuelas filosóficas.—El arte de curar.—Se abandonan las ciencias ocultas.—Paracelso.—Sus doctrinas; funda la escuela iatro-química.—Copérnico; sus hipótesis.—La Reforma Religiosa.—Lutero y sus sucesores.—La noche de San Bartolomé.—Cristóbal Colón; sus proyectos.—La Universidad de Salamanca.—Bramer se presenta riguroso con los católicos y muy olvidadizo con los racionalistas de los siglos XVII y XVIII.—Giordano Bruno.—Galileo; sus descubrimientos, su proceso y su muerte.—Se fundan otras ciencias sobre la filosofía experimental.—La reforma filosófica de Bacon.—Las causas finales.—Descartes.—Juan Kepler.—Gasendi.—Descartes desarrolla su nueva doctrina.—La Química.—Se fundan varias academias.—Newton; sus descubrimientos y su muerte.—La fuerza de atracción según alguno de los sabios de nuestros días es una fuerza de explicación.—Desaguiera.—Locke.—Leibnitz.—Teoría stahlianiana.—Francisco Leboé (Sylvius).—Sanctorius.—Boërhaave.—Algunas reflexiones sobre este período de la historia de la ciencia.—Conclusión.



En la ciencia sagrada y la profana se habían emancipado completamente, y ambas giraban en su propia órbita con absoluta independencia, lo vemos ya al comenzar el siglo XVI. Seguía la primera las inspiraciones reveladas sin separarse del dogma, y la segunda marchaba bajo el impulso de aventuradas especulaciones, influida por el espíritu investigador del mundo experimental. Las ciencias exactas, físicas y naturales, que muy poco merecieron á las luchas escolásticas, comenzaron también á tener vida propia y moverse en su esfera de acción. Todas emprendieron á la vez nuevas y opuestas rutas para alcanzar el mismo fin. Las continuadas meditaciones en el campo de la abstracción ó los repetidos descubrimientos en el constante y asiduo trabajo del gran laboratorio de la naturaleza, les dieron nuevos elementos de vida y prosperidad, haciéndoles entrever más vastos y risueños horizontes hasta entonces no conocidos.

Los escolásticos perdiendo la disciplina en medio de una fermentación intelectual vertiginosa, prepararon el Renacimiento, que prestó eficaz apoyo á la Reforma religiosa, dió segura existencia á los estudios empíricos para alcanzar





un cambio radical en la marcha progresiva de los conocimientos humanos. Un espíritu suspicaz y atrevido sin duda habría vaticinado en aquellas circunstancias, que entre la Religión verdadera y las evoluciones de la materia existía un abismo, que al parecer no podía franquearse; ó bien que había entre ellas un antagonismo odioso de principios que las hacía inconciliables. Sin embargo, el tiempo ha venido á demostrar su perfecto acuerdo y su admirable armonía, por que jamás la duda filosófica, cualquiera que sea su origen y fundamento, debe hacer vacilar la fe religiosa, si ésta se halla bien cimentada en las enseñanzas de la Iglesia católica.

No comprendemos como haya aún quien pueda dudar de la íntima relación que existe entre la santa revelación mosaica y la ciencia; sobre todo, con la geología y sus análogos. Dudar de esta verdad, es confesar paladinamente que se conoce bastante poco la una y la otra.

Las sectas filosóficas de las escuelas materialista, panteísta y atea, aunaron sus esfuerzos para hundir al Catolicismo, que entre prolongados disgustos y continuas aflicciones había quedado sostenido y amparado por los Pontífices; quienes lejos de manifestarse hostiles á las ciencias experimentales, aplaudían y auxiliaban sus progresos y adelantos. Los libre pensadores primero y el libre examen después, fueron, sin duda alguna, el comienzo del protestantismo y luego se convirtieron en sus principales sostenedores, facilitándoles las bases y fundamentos de la doctrina.

Todos convenían en que la Reforma religiosa era una necesidad imprescindible atendida la relajación de las costumbres en el clero que alcanzaba ya lo más profundo de la disciplina. Todos veían con pesar la escasa ilustración del sacerdocio en general, y los continuados actos de simonía que se repetían con el mayor descaro y desenfado. Los reyes Don Fernando y Doña Isabel oyendo al cardenal Fr. Francisco Jiménez de Cisneros, habían tomado la iniciativa autorizados por la Santa Sede, sobre lo cual, clamaron muchos escritores y magnates. No faltaban, por cierto, ministros católicos sabios y virtuosos, preladados y doctos varones que llenos de unción evangélica pretendieron con el ejemplo y santo fervor cristiano, encauzar la corriente por el buen camino antes trazado por muchos Pontífices. La Reforma era en un principio disciplinaria y de ninguna manera dogmática, como se quiso dar á entender con siniestra intención.

El espíritu humano impulsado por una filosofía de novedad y aventurera, quiso sacudir el yugo de la autoridad, protestando, no obstante, de su fe católica; pero los enemigos de la Iglesia llenos de coraje y con la mayor osadía y resolución, se lanzaron al libre examen. El descubrimiento de la imprenta había multiplicado la palabra, la luz divina se difundió por la sociedad y llegó á

inspirar santa confianza tanto en lo porvenir científico y en el genio del laborioso artesano, como en el tímido espíritu del labriego que vivía ignorado en el fondo de la cabaña. La razón en el hombre, cuando la fe religiosa la impulsa y la creencia la sostiene, tiende siempre á un progreso moral y humanitario que si palidece por un instante pasajero, se aviva bien pronto con un resplandor más brillante, fecundo y trascendental.

Jamás debemos anteponer la autoridad de la razón humana, por deslumbradora que aparezca, á la fe que nos inspiran las revelaciones divinas que nos ha dado á conocer el historiador sagrado.

La opinión filosófica quiso ser reformadora, llamó á la libertad de conciencia y pasó nuevamente por el crisol de la discusión las hipótesis, teorías y sis-



El cardenal Cisneros.

temas de las antiguas escuelas; multitud de libros impresos, muchos de ellos mal purificados y peor alambicados, se lanzaron sin reflexión al mundo estudianto, y los escritos de Platón y Aristóteles recordaron las opiniones de Heráclito, Pitágoras y Jenófano, abriendo á la inteligencia impresionada por la tradición clásica, dilatados y fecundos campos donde militaban la generalidad de los hombres consagrados á la filosofía ó á las ciencias experimentales. Parecía, con efecto, que el triunfo de las nuevas escuelas no era dudoso, y que la inteligencia podría, al fin, fijar el imperio de la verdad sobre un trono indestructible para mejorar los destinos del linaje humano. Guttemberg, Fusth y Schœffer fueron genios inspirados por el soplo santo de Dios. La primera obra impresa que se lanzó al mundo fué cristiana.

El Renacimiento, pues, era para los filósofos y humanistas un nuevo mun-



do intelectual, lleno, en verdad, de nebulosidades, henchido de locas esperanzas y bullendo entre mil fantásticas ilusiones. Allí volvieron á revivir todas las ideas, todas las hipótesis, todos los delirios de pasadas civilizaciones para ofrecer á las futuras edades una vida y educación paganas influidas por engañosas creencias y llenas de zozobra por su incierto porvenir; allí la incredulidad religiosa aumentó sus prosélitos y la libertad filosófica marcó la ruta que debía emprender la Reforma en su funesta carrera; olvidando que el «Cristianismo, como decía el señor Reynals y Rabassa, no es un derecho nuevo, sino una moral y una sociedad nuevas. El derecho cristiano lleva el elemento moral al derecho histórico, y el derecho histórico da nacionalidad al derecho universal cristiano.»

Esta fué la primera conquista de los libre pensadores que preparó la gran revolución social que hizo temblar todas las instituciones existentes. El Catolicismo fué rudamente atacado, tal vez en su comienzo, sin pretenderlo sus autores; empero es lo cierto, que al examinar las antiguas escuelas que habian imperado en Grecia y Roma, se vieron combatidos de un modo violento los dogmas de la Religión de Jesucristo por Philelpho, Reuchlin, Pedro de Osma, Erasmo, Fiscimo, Valla y otros sabios letrados y humanistas.

Sobresalía entre ellos Erasmo, humanista holandés, de saber variado, elocuente, sarcástico y atrevido; el cual ejerció notable influencia entre muchos de los hombres ilustres de su tiempo. Sus escritos ya sagrados ya profanos, salpicados muchas veces con frases agudas y locuciones festivas menoscabaron la alta dignidad y sagrada misión del sacerdocio católico, especialmente de las órdenes religiosas. Escritor fecundo en demasía, de ingenio y agudeza incisiva, mordaz é inflexible, alcanzó cierto dominio sobre la mayor parte de los sabios de su época. Atacando en todos los terrenos posibles, y no posibles, lo que llamó abusos, vicios y relajaciones de la Iglesia, llegó hasta los principios dogmáticos del Catolicismo, sembrando la duda, desacerditando altas y sagradas instituciones y pervirtiendo la disciplina. Fraile agustino sin vocación, sucumbiendo á la necesidad por falta de recursos y de su valetudinaria y débil salud, jamás tuvo energía ni heroísmo bastante para emprender con valor una decidida y consecuente cruzada. Era católico, y probablemente sin quererlo, facilitaba el camino y servía de guía á los reformistas; y sin embargo, Erasmo fué enemigo de los frailes, miró con ojeriza á los teólogos y escribió contra Martin Lutero. Tuvo muchos partidarios y amigos, fué protegido y pensionado por magnates, cardenales, papas y reyes, y entre los españoles le distinguieron el arzobispo Fonseca, el inquisidor Manrique, J. Luis Vives, Fr. Alonso Virnés y Alfonso de Valdés, cuya admiración y cariño rayaba ya en delirio. Tuvo por enemigos á los frailes en general, á López de Stúñiga, Sancho Ca-

ranza de Miranda, Fr. Luis Carvajal, el príncipe Carpi, Sepúlveda, etc. Los escritos de Erasmo, las controversias á que daban origen y las conclusiones de ellas obtenidas, fueron, á no dudarlo, los fundamentos del luteranismo que tantos males debía acarrear á la Religión católica.

En esta misma época florecía Juan Luis Vives, el cual tenía estrecha amistad con Erasmo. Nacido en Valencia, fué pensador profundo, consumado humanista, filósofo juicioso que en sus métodos se anticipó á Bacon el *Gran Canciller*, á Descartes y á Reid. Enemigo franco y pertinaz de la escolástica, innovador atrevido, elocuente y detestando al averroismo, era uno de los partidarios más



Erasmo.

entusiastas y laboriosos del Renacimiento, mirando á Aristóteles con seria prevención y á Platón con estudiada calma. Vives vino á ser un eclético entre estos extraordinarios genios de la filosofía griega, que con admirable sagacidad colocó la razón frente al principio de autoridad, y recomendó la experiencia. La escuela del filósofo valenciano dió una pléyade de sabios que influyeron poderosamente en el porvenir, como Foxo Morcillo, Sepúlveda, Gómez Pereira, Martínez Brea, Monzó y otros muchos de sobresaliente mérito.

El Renacimiento ha sido calificado con exactitud por el reconocido talento de Tennemann. «Es una época de fermentación intelectual, dice este sabio, donde la inteligencia del hombre se levanta en alas de la ventura, impulsada por el espíritu de novedad. Todo se conmueve, todo oscila, todo se agita por



el furioso y desencadenado vendabal. Los sistemas filosóficos se multiplican, los maestros y doctores corren sin freno desbocados ante una independencia perturbadora, y aquellas dos escuelas nominalista y realista que vinieron á condensarse en las dos órdenes religiosas dominica y franciscana, dejan su aplomo, olvidan la dignidad y se lanzan á apasionados debates y furiosos ataques, donde pierden la lógica y el buen gusto. Con el Renacimiento volvió á tomar nuevos bríos el espíritu pagano de Grecia y Roma que yacía sepultado bajo el peso de la fe católica, infiltrándose poco á poco en la enseñanza para introducir la duda y debilitar las creencias, la fe y la moral.

Quando el hombre se separa de la verdad en cualquiera de sus actividades, sólo encuentra la anarquía, que siempre se refleja sobre sus facultades individuales y en la familia, y hasta en sus aspiraciones sociales.

La toma de Constantinopla por los turcos dispersó por el Occidente á muchos griegos ilustrados, que dieron á conocer los libros de Platón y de Aristóteles, y muchos de los que los romanos y alejandrinos no supieron interpretar. La tradición clásica hizo sus conquistas y halló entusiastas prosélitos en Italia. Gemisthius Pletho y Teodoro de Gaza comenzaron la lucha en opuestos bandos, y el escolasticismo sufrió un violento ataque. Florencia, cual antes fuera París ó Córdoba, era el centro de esta propaganda, que arrastraba la bulliciosa juventud de todos los pueblos de la Europa culta. Las escuelas perdieron el prestigio, la disciplina desapareció de aquellos centros y la ciencia se apoderó de los ánimos para introducir la confusión y la anarquía. Las artes liberales en sus cuatro bellas manifestaciones se lanzaron irreflexivas en el campo del sensualismo. Parecía que el genio pagano revivía para resucitar la civilización greco-romana; y tanto la arquitectura, como la escultura, el grabado y la pintura se inspiraban en el espíritu anticatólico, que venía envuelto en las formas livianas de la mitología. La literatura también participó de estas nuevas transformaciones.

Y mientras el cardenal Nicolás de Cusa (Cuss) recomendaba con Sextus una mediana confianza en las afirmaciones de la razón contentándose con lo verosímil, y Marcilio Ficino desde la cátedra sagrada quería la lectura de Platón; Juan Pic de la Mirandola dejó avasallarse por la cábala y la astrología, y emprendió la extravagante tarea de amalgamar á Orfeo, Zoroastro, Hermes-Trimegisto y Platón con el Evangelio, los alejandrinos, los cabalistas y los escolásticos. He aquí en la escena á una falange de reformadores cabalistas y de mágicos capitaneados por Juan Reuchlin, Jorge de Venecia, Cornelio Agripa, Paracelso, Raimundo de Tárrega (?), que recordaron más de una vez las primeras fórmulas de Davit de Dinant.

En medio de ese vértigo fascinador que nada respetaba, queriendo inno-

varlo todo, Pedro Pomponat preguntaba con la mayor delicadeza é intención, si Aristóteles había admitido la inmortalidad del alma, asegurando que en ninguno de sus múltiples escritos se descubre un solo argumento á favor de este principio. Cuestión que ha renovado en nuestros días el honorable señor Bartolomé Saint-Hilaire: los trabajos de Pomponat hicieron que la juventud estudiosa volviera á recorrer y examinar los archivos de los peripatéticos.

La educación se extendió con increíble velocidad y el paganismo con su hábito impuro ejerció su influencia sobre la sociedad católica. ¿Qué de extraño



Pedro Ramus.

tiene que aquella juventud bulliciosa no desdeñara la Reforma y en los siglos posteriores estuviese dominada por el ateísmo volteriano?

Leoncio Thomæus fué uno de los peripatéticos más lógicos del siglo décimo sexto, y Zabarella discurrió con notable prudencia sin comprometer jamás su opinión; pero los más entusiastas representados por Aquilino, imitador de Averroës, y Zimara, abrieron ancha senda á Jerónimo Cardán, el cual en su libro intitulado *Mis confesiones*, da á conocer la suma de sus vicios y locuras y los desaciertos de una vida agitada, llena de tristes peripecias; y en los tra-



tados *De subtilitate* nos recuerda todo su ingenio y agudeza. Cesalpino era un panteísta que defendió la identidad de lo absoluto, Vanini entusiasta indiscreto de la libertad del pensamiento, vino á Francia buscando seguro refugio para morir en la hoguera. Y, bien fuese que imperara Aristóteles ó porque Telesio propagara las doctrinas de Platón por los estados de Nápoles y Patrizzi por la Roma papal, el panteísmo se manifestó en las conclusiones de todos ellos, predominando en las escuelas italianas durante el siglo XVI.

Las luchas tanto civiles como religiosas habian en Francia debilitado los estudios filosóficos, cuando Ramus (Pedro Laramée) las sacó del olvido, y combatiendo á Aristóteles de un modo inusitado y volviendo sus aspiraciones á las doctrinas de Rodolfo Agricola, levantó de nuevo la escolástica, le dió otra vez preponderancia y excitó la curiosidad pública recomendando los libros de Platón. Sus discípulos tanto en Inglaterra como en Alemania se apellidaron *Ramistas*.

Si durante los siglos medios la escuela filosófica francesa habia imperado por todas partes, teniendo su centro en la Universidad de París, donde ejercía una influencia poderosa la de los filósofos cordobeses, el Renacimiento halló en Italia un decidido apoyo y de allí se irradió por otros países.

Las doctrinas de Ramus encontraron sus adversarios en Nizolius, Gouvey y Charpentier, hasta el punto que el maestro fuese condenado por el Parlamento de París: poco tiempo después fué asesinado. El cardenal Belarmino, el doctor *avinió* Francisco Suárez, Alfonso Tostado, César Scaliger, Pedro Balbo y otros muchos religiosos defendieron con fervor los dogmas del Catolicismo... Era ya tarde para disipar la tormenta que por tanto tiempo habia estado cerniéndose sobre la Iglesia; la tempestad rugía contra la Silla de San Pedro. La Reforma religiosa dogmática era ya inevitable; es más, era un hecho; y el escéptico Montaigne señalaba también el camino á la reforma filosófica que debia emprender más tarde el gran canciller de Inglaterra Francisco Bacon, siguiendo á Vives y á su discípulo Gómez Pereira.

Aquellos sabios dedicados á la transmutación de la materia y al descubrimiento de la piedra filosofal, henchidos de locas esperanzas y aguardando un porvenir venturoso á sus experiencias, enorgullecidos con el éxito favorable de algunos medicamentos extraídos por procedimientos químicos cuya acción terapéutica habia sido activa y eficaz, pretendieron sujetar la medicina á su capricho, creyendo que esta parte del estudio del hombre se hallaba asimismo bajo su dominio.

El arte de curar habia seguido los trastornos y vaivenes de los siglos anteriores, y después de la invasión de los bárbaros y de la conquista de los árabes, éstos unidos con los hebreos, llegaron á ejercer la supremacía en la medicina y en la farmacia.

Ya en el siglo XVI la medicina, la física y la química y en general, todas las ciencias naturales y de experimentación, recibieron grande desarrollo y beneficioso impulso. Médicos, físicos, matemáticos, químicos, astrónomos, metalurgistas, todos se dedicaban con ahínco á especiales trabajos para aumentar los conocimientos que en último resultado reflujaban sobre la clase productora.

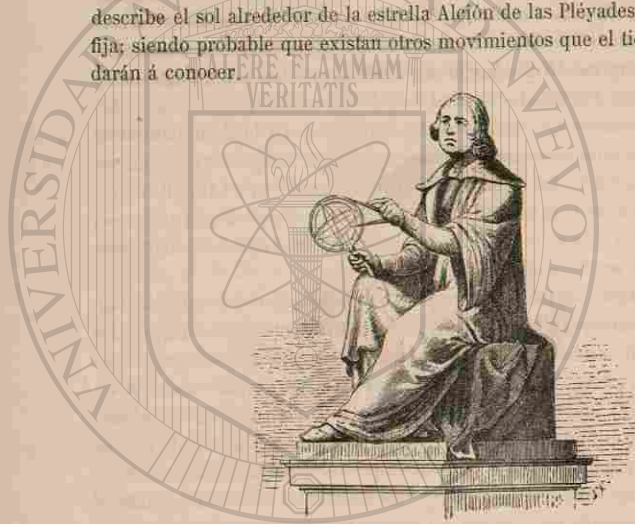
Los partidarios de las ciencias ocultas cedieron el campo á la observación y á la experiencia, y los descubrimientos se sucedieron con admirable rapidez, abandonando la rutina y la cábala para seguir el sendero de ilustración que marcaba la antorcha luminosa de la ciencia. Á las extravagancias de Cornelio Agripa sustituyeron los útiles trabajos de Agricola y Glaser; á la sagacidad y locuras de Jerónimo Cardán, los adelantos de Le-Fevre, La-Mort y Globoero. Las preparaciones mercuriales y sulfurosas, los antimoniales y otras de naturaleza inorgánica se preconizaban como remedios heroicos, y los príncipes y magnates, los hombres de fortuna no se desdeñaban de seguir aquel impulso cuya tendencia fué siempre ensanchar los límites de la civilización y el progreso. Á pesar de todo, los sabios naturalistas, cualesquiera que fuesen sus doctrinas, prestaron grandes servicios á la humanidad.

En tal estado apareció Paracelso, que lleno de arrogancia y originalidad, favoreciendo la teurgia y á la cabeza del charlatanismo médico, se dirige á los *doctores de guante blanco*, y les dice con el mayor desenfado: «Vosotros que después de haber estudiado á Hipócrates, Galeno y Avicena, creéis saberlo todo; pues, no sabéis nada, puesto que prescribís medicamentos y no conocéis el arte de prepararlos. La química da la resolución de todos los problemas de fisiología, patología y terapéutica; no conociendo la química estaréis siempre envueltos en tinieblas y en la más crasa ignorancia.» Para la escuela de Paracelso, *el hombre es un compuesto químico; las enfermedades reconocen como causa una alteración cualquiera de este compuesto; es necesario, dice, usar medicamentos químicos para combatir estas enfermedades*. Esta atrevida proposición fué el fundamento de la *Chemiatría* ó escuela *yatro-química*, de la cual se constituyó el jefe. Escuela que en el siglo siguiente sacó del olvido Francisco Leboé, llamado *Sylvius*, la cual tuvo numerosos adeptos; pero si bien fué combatida, no pudo aniquilarse ni destruirse. En ella están afiliados en nuestros días muchos partidarios, amantes del materialismo y positivismo científico.

La astronomía, hija querida de la física, se habia emancipado de la astrología, y sus descubrimientos llegaron á ser el punto de partida sobre que fundaron varios filósofos la revolución científica por tantos años preparada. Copérnico, célebre astrónomo que nació en Thorn en febrero de 1473 y bajó al sepulcro á los setenta años de edad (24 de mayo de 1543), fué uno de los sabios más sobresalientes de su época. Enseñó matemáticas en Roma y era ca-



nónigo de Frauenburgo. Sujetó á un escrupuloso examen todos los sistemas establecidos por los astrónomos que le habían precedido, y se decidió, al fin, por aquel que hace girar todos los planetas en derredor del sol, y al propio tiempo da á la tierra dos movimientos; uno de rotación sobre sí misma y otro de circunvalación al rededor del astro solar. Hoy conocemos tres movimientos de nuestro planeta, el de rotación en derredor del eje; el de revolución al rededor del sol; y el de traslación en el espacio sobre la inmensa órbita que describe el sol alrededor de la estrella Alción de las Pléyades, llamada estrella fija; siendo probable que existan otros movimientos que el tiempo y el estudio darán á conocer.



Copérnico.

Copérnico había encontrado el fundamento de su teoría en autores antiguos, sobre todo, en Pitágoras, Aristarco y Silolao. Los hombres más ilustres de la antigüedad, como Platón, Aristóteles, Cicerón, Plutarco y otros, habían indicado esta hipótesis; pero la hizo suya, apoyándose en una serie de observaciones y cálculos que le pertenecían. Las matemáticas no tenían el desarrollo que después adquirieron, y el célebre astrónomo, temiendo las contradicciones en una época en la que imperaba en absoluto la hipótesis de Claudio Ptolomeo, que coloca la tierra en el centro del sistema planetario, no publicó estos trabajos hasta al fin de su vida; así es, que el libro intitulado, *De Revolutionibus orbium caelestium* (Nuremberg 1543), dedicado al pontífice Paulo III, lo recibió impreso el mismo día de su fallecimiento.

Semejante teoría, como hemos dicho, no era nueva; los filósofos griegos

la conocían perfectamente y enseñaron la redondez de la tierra; Pitágoras dió á conocer el sistema heliocéntrico, llamado generalmente *sistema copernicano*. El cardenal Nicolás de Cussa (Cusa) al igual que Copérnico, lo sacaron del olvido en que yacía, y éste lo dió á la estampa. Hipótesis, en verdad, que halló naturalmente una oposición fuerte y sistemática; pero de ella no surgió *conflicto* alguno entre el Catolicismo y la ciencia porque daba á conocer una de las leyes establecidas por Dios en la creación, aun cuando hubiese estado ignorada ó mal conocida de los hombres. No se comprende como después de haber sido nuevamente discutida la ciencia de los griegos bajo todos aspectos, donde se había condensado el saber de los pueblos que les habían precedido,



Lutero.

olvidasen que los astrónomos caldeos conocieron la redondez de la tierra muchos siglos antes.

La teoría del sabio toscano (*polaco*, dice el señor Rubió y Ors en su memoria contestando á Draper), presentada á la consideración de los hombres ilustrados de su tiempo, debió alarmar las conciencias de los más tímidos. Los inquisidores y los miembros de la Congregación del Índice, naturalmente asustadizos, mirarian con espanto una hipótesis que colocaba á la tierra en un papel subalterno y la rebajaba de las augustas prerogativas que el atraso científico le habían señalado. Al examinar Ptolomeo las propiedades de la fuerza centrífuga, es posible que creyera que el movimiento de la tierra sobre el eje en el espacio de tiempo de veinticuatro horas, debía producir en todos los puntos de la superficie una velocidad extraordinaria, de la cual resultaba una fuerza de proyección incalculable, capaz de lanzar á los espacios todos los cuer-



pos colocados en ella. Quizá esta consideración científica mal conocida y peor interpretada, fuese el fundamento para decir que la tierra era un planeta sin movimiento. El sistema copernicano fué aceptado como hipótesis, prohibiéndose su discusión en calidad de una *tesis perfecta*.

Ya por este tiempo la Reforma religiosa había planteado sus nuevas doctrinas por una parte de Alemania, por Suiza, Dinamarca, Holanda, Suecia é Inglaterra. La Iglesia católica se veía atacada sin consideración alguna por sus mismos hijos y debía defenderse para conservar ileso el depósito sagrado de la fe y de los fundamentos dogmáticos.

En los primeros años del siglo diez y seis (1517), comenzó el luteranismo. Los concilios de Constanza y Basilea, lejos de realizar cual convenía, la regeneración del clero, es decir, la reforma de la disciplina, colocaron á la Iglesia católica en un estado lastimoso que como dijo el cardenal Juliano Cesarini, anunciando una revolución láica: *Los ánimos tienen que engendrar pronto algo trágico*. El Cardenal por sus conocimientos teológicos y filosóficos y por la pureza de sus costumbres, mereció que el papa Martino V le nombrara legado y presidente de la asamblea congregada en Basilea. En verdad que la filosofía escolástica había sido fatal á la fe y á la razón, y los nominalistas por sus exageraciones con aquella y los realistas por la supremacía que quisieron dar á ésta, contribuyeron no poco al desarrollo impulsivo del luteranismo.

Muchos humanistas y letrados fueron entusiastas racionalistas y allanaron, casi sin pretenderlo, el camino á Lutero y sus secuaces. No fueron, nó, aquellos mal llamados abusos de la corte de Roma que quiso dar á conocer en el siglo XII Guillermo de Malmesbury, ni las supuestas invenciones de ciertos ateos con las cuales se acusa al pontificado por el señor Draper, repitiendo las vulgaridades de otras épocas, ni mucho menos lo que se designa con el nombre de *comercio de indulgencias*, las causas que motivaron la sublevación del joven fraile agustino; fueron los libre pensadores con sus doctrinas perturbadoras que tiempo había tenían planteadas, y con ellas la división del mundo católico. Estos sabios ostentando una ortodoxia ajena á sus sentimientos filosóficos, marcaron la ruta que debía recorrer la nueva escuela para alcanzar una revolución religiosa que inundó de sangre la Alemania, la Francia, la Suiza, la Inglaterra y otros países católicos.

Carlos I de España, hijo de Doña Juana, llamada la *Loca* y del archiduque de Austria, Felipe, apellidado el *Hermoso*, quería á todo trance ceñir la corona imperial de Alemania, y consiguió tan anhelada victoria manifestando gran interés y simpatía para la defensa de los alemanes que otra vez se veían amenazados de los turcos. Conseguido su objeto y satisfechas con usura todas sus ambiciosas aspiraciones, tomó el nombre de *Carlos quinto*. Parecía que al prin-

cipio protegía la Reforma religiosa, siquiera fuese para anonadar y deprimir al Pontífice.

Los príncipes alemanes soñaban también adquirir cada uno su correspondiente corona y elevarse á la suprema dignidad de monarcas; para lo cual consideraron que la Reforma proclamada por Lutero les brindaba á conseguir su objeto, y la aceptaron llenos de entusiasmo, prestando al fraile reformista toda suerte de protección y auxilios. Se habían, al parecer, olvidado la sangre



Carlos V.

derramada y los tesoros gastados durante la terrible lucha sostenida por la ambición de las casas de Franconia y de Suabia contra el Papado.

Causa sorpresa el considerar que el atrevido reformista, que el joven catódrico de la Universidad de Wittemberg, irreverente con los superiores al criticar una ligereza, si así place que sea, ó tomar por pretexto los medios empleados por la corte Romana para allegar recursos pecuniarios á fin de realizar la mejora y restauración de la sublime obra artística, gloria y honor del Papado, la gran basilica de San Pedro, ejerciera tan poderosa influencia llegando hasta romper la unidad católica. En verdad que el gran pontífice León X, se ocupó



de las artes liberales con más predilección que de los intereses del Catolicismo puestos á su amparo, mereciendo la censura del ilustrado cardenal Pallavicino.

Justo será dejar aquí consignado, que los escritos de Wiclef, Wessel, Hus y de Goch habian abierto el camino, antes señalado por otros, que el reformista tenía que recorrer. Quizá en aquella época hubo pocos pensadores católicos que fijasen la atención en los escritos de Erasmo, Pedro de Osma, Ficino, Hutten, Morus y otros sabios del Renacimiento que tanto perjudicaron á la fe ortodoxa. El antagonismo de la raza germánica contra la latina, debió influir poderosamente, para que la Reforma encontrase celosos partidarios y se propagara por determinados países con excesiva prontitud.

Es innegable que las contiendas de las escuelas filosóficas y las acaloradas discusiones sobre la pasividad ó actividad del hombre, tenían agitados los espíritus más católicos, y una simple cuestión teológica, al parecer, tomó tanta importancia que suscitó sangrientas y desastrosas guerras, terribles suplicios, ruínas é incendios que llenaron de luto á toda la Europa durante repetidos años.

La Reforma protestante dirigió únicamente sus envenenados tiros al dogma católico; no se ocupó de la ciencia, ni procuró mejorar la moral, sino que muy al contrario, la ciencia le era antagónica y los jefes reformistas la ridiculizaban. Según el señor Hettinger el protestantismo retardó más de un siglo la marcha de la civilización alemana, y los pueblos divididos por el sentimiento religioso, ocupados en destructoras guerras, apenas se acordaron del estudio de los fenómenos de inmediata utilidad y la evolución psíquica quedó sojuzgada por el espíritu avasallador de un fanatismo que jamás quiso transigir. Los hombres se mataban por preocupaciones de creencia, entregaban sin compasión al puñal de miserables asesinos á sus correligionarios, á sus deudos y á sus amigos y perseguían con atroz encarnizamiento á los sabios que habian consagrado su vida al progreso de los conocimientos humanos.

Un conjunto de circunstancias favoreció al religioso agustino y le dejaron tiempo para obrar. Excitó al pueblo con sus predicaciones y sublevó á los estudiantes alemanes, mientras que las rivalidades entre Carlos V y Francisco I y la guerra con los turcos, le facilitaron el camino con tanta audacia emprendido.

Es muy posible que si Lutero no hubiese tenido á su lado al sabio Felipe Melancthon, autor de multitud de escritos, manuales, folletos y compendios que servían de texto en las escuelas y se repartían con gran profusión sosteniendo la curiosidad y el entusiasmo, no habria alcanzado la Reforma tanta preponderancia; quizá sucumbiera en la cuna á pesar del odio de raza.

Sin embargo, el emperador Carlos V al ver las tendencias y preponderancia de los luteranos, adivinando, tal vez, sus atrevidas aspiraciones y su objeto, se declaró su principal enemigo en la dieta de Augsburgo. Luégo en la de Spira (1529) tomaron el nombre de *protestantes*, todos aquellos que *protestaron* contra el decreto y se retiraron de la asamblea.

De este modo la sociedad universal religiosa católica, por un efecto de su condescendencia se vió dividida en dos campos opuestos, que no han podido aún reconciliarse, á pesar del trascurso de los siglos. El primero es el representante de la *divina gracia*, y el segundo del mérito personal.



León X.

Y tales eran las imponentes proporciones que habia alcanzado el protestantismo que en la dieta de Ratisbona (1541) se le atendió indebidamente, adquiriendo un poder y estabilidad que nunca debió obtener. El emperador Carlos V en el monasterio de Yuste se quejaba de haber tenido con Lutero tanta consideración, hasta el punto de dejarle marchar, como dijo, con su salvo conducto sin hacerle daño alguno.

Carlos V era ahora el defensor nato del Catolicismo y Francisco I, el rey *Caballero*, el protector de los protestantes de Alemania. Las resoluciones de este Monarca, así políticas como religiosas, variaban al influjo de un interés personal, mezquino y pasajero.

De todos modos es lo cierto que el protestantismo sólo ha podido condensar dentro de sus doctrinas las condiciones temporales y externas de la moral,



mientras que el Catolicismo abraza las condiciones eternas, temporales y físicas de esta misma moral, sin que ninguno de sus dogmas se debilite, ni mucho menos se altere ó modifique: superioridad de la Iglesia católica, que ha sido ya reconocida por ilustres pensadores de la moderna Alemania. El Catolicismo como expresión de la verdad revelada confía siempre en el porvenir, que le pertenece por derecho de humanidad.

Apenas iniciada la Reforma de Lutero cuando se vió invadida por distintas sectas, cuyas tendencias más bien políticas que religiosas, la pusieron en una contradicción manifiesta que provenía de la falta de solidez de sus dogmas, demostrando al propio tiempo que la verdadera Religión cristiana está en el Catolicismo.

Ahora bien, ¿qué adelantos hizo el estudio experimental con la Reforma religiosa de Lutero, Melanchthon, Zwinglio, Servet y Calvino? Ninguno; absolutamente ninguno.

Las ciencias naturales y las físicas y experimentales, la medicina y la farmacia, las ciencias psíquicas, las políticas y administrativas, la filosofía y el derecho, la literatura y la poesía nada deben á Lutero ni á los sectarios de sus doctrinas. El ilustre presbítero Don Jaime Balmes ha dicho, con incontestable verdad, «que el protestantismo no dió ni una idea que fuese suya; en él, dice, no hay sistema ni plan premeditado; todo se reduce á presentar á la Iglesia católica una oposición sostenida y una resistencia obstinada á su autoridad.»

El protestantismo fué un elemento perturbador, de retroceso y de oscurantismo; porque en una época en la cual las doctrinas de Aristóteles triunfaban de sus enemigos para avasallar los talentos más sobresalientes, renegó del Estagirita y le apostrofó con toda suerte de dicerios.

Las predicaciones de Lutero dieron bríos y aumentaron las corrientes de la inmoralidad y del vicio; nada hizo contra el orgullo, tampoco combatió los excesos de la codicia, ni mucho menos los delirios del sensualismo. La Reforma del fraile agustino ha sido considerada como una fuerza retrógada.

Sin embargo, no han faltado católicos que han creído que bajo el punto de vista teológico, se han dilucidado algunos de los grandes problemas que de otro modo hubieran continuado en la duda. Es cierto que la autoridad fué avasallada por la dignidad personal y social; que el principio de certeza sirve hoy de guía á la ciencia y que el problema del Verbo creador en el hombre, idéntico al Verbo de Dios constituyendo su semejanza con Dios y haciéndole operar su propia creación en la tierra al mismo tiempo que la inmortalidad en el cielo, es decir, la existencia de sí mismo, estaría aún olvidado como lo estuvo durante la Edad media, lo propio que otros estudios de gran trascendencia y va-

ler. En verdad, que si el protestantismo se salvó, lo debió á la influencia de la Francia y al poder de los turcos. Estas dos potencias se aunaron contra la casa de Austria que fué siempre la pesadilla de Francisco I.



Lutero echando públicamente al fuego la bula del Papa.

Toda vez que Lutero y sus adeptos lograron dividir la unidad del mundo católico, preciso fué que la Iglesia apelase á todos los procedimientos posibles para destruir aquella herejía y rehacer la constitución y pureza del dogma, formando una sola comunión. ¿Pudo conseguirlo? ¿Ha visto realizadas sus no-



bles y santas aspiraciones? ¿Han vuelto aquellos hijos extraviados á la obediencia del Santo Padre y al redil del Catolicismo?... Desgraciadamente la historia de los tres últimos siglos contesta de un modo negativo.

La Europa, repetimos, se vió anegada en sangre por haber roto los protestantes aquella unidad de creencias religiosas. ¿Y el nuevo cisma sostenido con las armas durante continuados años, llegó á satisfacer los deseos de los reformadores? ¿Acalló las conciencias de los que se separaban de la comunión católica para conseguir la paz del alma y el bienestar social? ¿Y no influyeron en aquellas luchas cubiertas con el manto de la Religión, más que la antipatía á Roma, el interés personal, la ambición, la mala fe, el dolo, el engaño, el odio de raza, las bastardas aspiraciones de los magnates como en todos los tonos proclaman los enemigos de la Silla Apostólica? Nosotros siempre hemos creído que á más del espíritu filosófico y reformista, hubo otras causas poderosas de carácter *político*, las cuales sostuvieron aquel movimiento religioso que tantos males causó á la sociedad.

El antagonismo contra el Papado estaba minando el terreno desde el último siglo de la Edad media y Lutero no fué más que el botafuego que hizo estallar la mina. La cuestión religiosa venía de molde á ciertos poderes para sujetar el vuelo que adquiría la casa de Austria, y los Pontífices sirvieron para entretejer á los curiosos que oían con inocente candor las atrevidas diatribas inventadas por la codicia de unos, el desprecio de otros y la audacia de los más. La Santa Sede, bien fuese por casualidad ó por otra circunstancia cualquiera, *que el señor Draper rechaza con todas sus fuerzas*, el Pontífice, decimos, había conducido á buen puerto la nave que Dios le confiara, á través de cuantas borrascas se habían presentado: la herejía sucumbía siempre ante la verdad del dogma católico.

El estado especial en que se encontraba la Europa ante el poder de los turcos que amenazaban con nuevas invasiones, y las mezquinas exigencias de los príncipes alemanes que aspiraban á la independencia para constituirse en monarquías, como antes apunlamos, dió á Lutero poderosos recursos.

Verdad que el emperador Carlos V había jurado en un acto solemne, tal vez para desvanecer aquella protección indirecta que antes prestara á Lutero, defender la cristiandad, la dignidad pontificia y la Iglesia de Roma; pero este acto de generosidad católica no le relevó de mirar con indiferencia los progresos de la Reforma y hasta de proteger á los magnates que la aceptaron en el fuero de su conciencia. Sólo al ver la conducta torcida y falaz del rey de Francia, fué cuando el emperador se acordó de su ferviente Catolicismo para declararse sin embozo el campeón del Papado y el defensor de los intereses de la Silla de San Pedro. La guerra tomó, con efecto, un aspecto religioso muy mar-

cado durante el reinado de su hijo Felipe II; pero la Francia, si bien católica en apariencia, mantuvo el valor de los sectarios de Lutero, les auxilió con todos sus elementos de acción y les prestó su poderosa influencia política. Si luego todos estos hechos se han explotado contra el Catolicismo en vista del desenlace que proporcionó la paz de Westfalia, no fué por cierto porque los reyes Francisco I y Enrique II dirigieran sus actos á un fin nacional preconcebido, sino que obraron impulsados por una causa de rivalidad é interés privado,



siendo la Religión sólo un pretexto. Catalina de Médicis y su hijo provocaron con su funesta política la terrible noche del 24 de agosto de 1572 llamada la *San Bartolomé*. El gran Richelieu, á pesar de su elevado rango de cardenal de la Santa Sede, no fué extraño á la protección que la Francia siempre dispensó á los protestantes, y, tal vez, en el último período, debieron su salvación á tan ilustre prelado como astuto político.

— Empero, vengamos al terreno práctico y no andemos rebuscando en añejas



hablillas, en vulgares preocupaciones ó en libros inspirados al fragor del combate, escritos quizá á la luz vacilante de los campamentos; libros donde rebosa la pasión y sobresale el encono, la ira, la envidia y la parcialidad; vengamos al terreno práctico respecto de la Reforma protestante y de sus ventajas y positivos adelantos en bien de la humanidad.

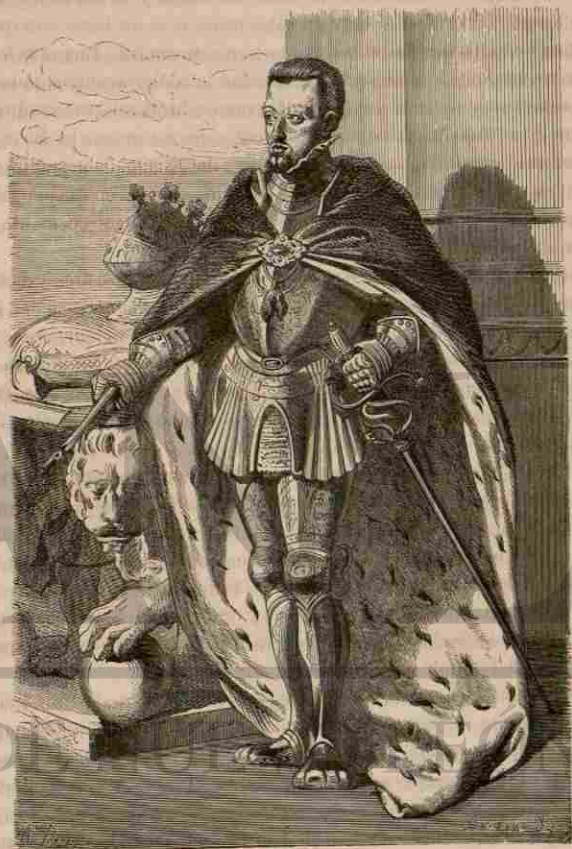
Ya hemos dicho, que después de los torrentes de sangre humana derramados durante la guerra de los treinta años, después de los asesinatos sin cuento, de las persecuciones é incendios y de tantos males y calamidades como sufrieron la Alemania, los Países Bajos y la misma Francia, no fué ni será jamás el protestantismo una fuerza religiosa que vivifique y dé esplendor al progreso y á la libertad: es más, nos parece que en este instante (1882) está herido de muerte.

No olvidemos nunca que un cambio ó una modificación no es un progreso real que sirva de adelanto á la sociedad.

El protestantismo tomó diferentes fases y se dividió en muchas sectas apenas salido de la cuna. Basta indicar el luteranismo ortodoxo y el calvinismo, los sincretistas y los arminiatistas, los latitudinarios, los universalistas, los socinianistas, los pietistas y los quakeros, todos los cuales vinieron con sus eternas disputas, forzadas interpretaciones y exageradas deducciones místicas, á oscurecer la verdad y á envolvernos en otros conflictos. Hasta los jansenistas aumentaron el número de los sectarios que odiaban el dogma católico. Los nombres de Lutero, Melancthon, Calixto, Calvino, Zwinglio, Servet, Coornhert, Jacobo I de Inglaterra, Camerón, Amyraut y después Jansenio, recordarán á los fautores de las doctrinas que han traído la perturbación á la Iglesia católica, haciendo vacilar las creencias verdaderas y sosteniendo la lucha y la controversia durante los siglos modernos. ¿Ha reportado la humanidad, repetimos, alguna ventaja de aquellas destructoras contiendas? Ciertamente que *no*. ¿Ha suspendido la ciencia empírica su marcha progresiva en medio de estas sangrientas luchas? Nos parece que *tampoco*.

¡Ah! El error tiene también sus secuaces que le defienden con sorprendente tenacidad; el error cuenta asimismo con sus sacrificios y con sus mártires. La lógica del error es terrible, porque no admite réplica; y así como vemos que la filosofía moderna acepta por axiomas el acaso, la eternidad de la materia, el panteísmo y toda suerte de goces materiales; que la antropología de los discípulos de Hegel se eleva á la categoría de doctrina; y los delirios y extravagancias de Owen, Saint-Simón, Fourier, y Leroux son considerados como fundadores de una sociedad nueva; vemos del mismo modo en el orden científico, extraviados lamentables que han sumido á inteligencias privilegiadas en desvarios funestos, predicaciones absurdas que ponen en grave peligro la sociedad en que vivimos. Dígase lo que se quiera respecto al protestantismo, de los trastornos y las des-

gracias que la humanidad ha sufrido en los tres últimos siglos, según opinión de un autor respetable nada sospechoso, (F. Laurent), sólo deben responder Lutero y sus adeptos.



Felipe II rey de España.

«Nunca como en los presentes días, dice el Excmo. Sr. D. Manuel Durán y Bas, en el *Estudio biográfico y literario de Reynals y Rabassa*, lo propio en nuestra nación que fuera de ella, ha sido tan necesaria la autoridad de la Igle-



sia; pocas veces, sin embargo, tan desconocida. En el siglo XVI los poderes públicos se habían dividido; pero si algunos estaban en frente, los demás continuaban al lado de la Iglesia como hijos fieles y campeones decididos de sus derechos. Hoy, en hostilidad abierta unos, en tibieza vergonzosa los más, no acuden los gobiernos á su amparo; y si su resistencia no fuese otra que la de las instituciones humanas, envuelta estaría ya entre ruínas. Pero si la fe alienta en el momento en que más arde el peligro, el dolor acongoja ante el frecuente espectáculo de los agravios, y del corazón brota sangre cuando el furor del enemigo acompaña la inercia de los obligados á combatirle. En tales circunstancias lo que no hace la fuerza colectiva del Estado, debe suplirlo la asociación voluntaria de los individuos. ¡Felices los pueblos en que en tales días nada viene á destruir la unión exterior de los que están internamente unidos por una misma fe.

Se acusa á la Religión católica de los innumerables desastres y horribles pugilatos que tuvieron lugar en aquella prolongada tormenta, y todos los días se recuerda con dañada intención la llamada *noche de San Bartolomé*, noche fatal cuyo solo nombre espanta á los corazones humanos, promovida por la ambición é intrigas de una reina que seguía una política tenebrosa, cubierta aún de siniestro misterio, y por la debilidad y falta de carácter del rey su hijo.

Nos es sumamente sensible tener que refutar con la historia las aseveraciones del señor Draper cuya ilustración se ofusca muchas veces por el espíritu intransigente de secta. En su libro sobre la *Historia de los conflictos entre la Religión y la ciencia*, nos dice: «Nadie puede leer sin espeluznarse las tentativas que se hicieron para establecer la Inquisición en los países en los cuales todavía no existía. Toda la Europa católica y protestante quedó horrorizada por las matanzas de la noche de San Bartolomé en 1572, pues nada hay parecido en los anales del mundo en atrocidad y perfidia.

«Los esfuerzos desesperados del Papado, continúa, para destruir á sus enemigos por medio de matanzas, asesinatos y guerra civil, fueron imponentes... etc.» (Traducción de la casa Perojo: Madrid 1876: Edición económica, pág. 168. Siempre que citemos la obra del señor Draper, nos referimos á esta edición).

El hecho sangriento de la noche de San Bartolomé es histórico; pero el señor Draper olvida como otros muchos, los antecedentes y datos, las situaciones y circunstancias que la misma historia proporciona para buscar la verdad. Los ilustrados é imparciales señores Wachler, Lingard y Döllinger nos suministran abundantes materiales para juzgar sin preocupaciones tan triste como funesto acontecimiento, que los escritores protestantes han explotado á su sabor, des-

figurando de un modo lamentable los hechos que al través de los siglos adquieren distinto colorido á fin de que aparezca como un cargo grave contra el Catholicismo. Sentimos que la índole y objeto especial de este libro no nos permita extendernos cual quisiéramos; mas, á pesar de todo, contestaremos al profesor de la Universidad de Nueva York.

Zwinglio había dirigido su profesión de fe á Francisco I rey de Francia, el cual protegía abiertamente, como hemos manifestado, el protestantismo; de aquí los desacatos, imprudencias, ultrajes y desmanes que contra lo más sagrado y venerando que tiene su Iglesia, sufrían los católicos. La política y el odio personal del Monarca hacia el emperador le precipitaron á grandes desva-



Calvino.

rios, hasta conquistar las ciudades de Metz, Toul y Verdún con el apoyo de los protestantes alemanes.

La idea religiosa no era la que imperaba en la elección de los reformistas; sólo la política guiaba todas las acciones de aquellos magnates. Así es, que las medidas y resoluciones severas dictadas por Francisco I y sus sucesores Enrique II y Francisco II, fueron estériles y hasta escarnecidas. La herejía fué sostenida por los príncipes de la sangre y los Borbones, siendo rechazada por el condestable de Montmorency y los Guisas que se intitulaban príncipes de Lorena. El matrimonio de Francisco II con María Stuardo, reina de Escocia y sobrina del duque de Guisa, dió gran importancia á estos príncipes, uno de los cuales, el cardenal de Lorena, fué nombrado ministro de Estado y su hermano Francisco generalísimo de los ejércitos.

El partido protestante, llamado *hugonote*, tenía á su frente á Antonio de



Borbón y á su esposa Juana de Navarra; á Luis, príncipe de Condé y al astuto y prudente almirante Coligny. Ambos partidos eran poderosos y temibles.

Las capillas protestantes, según el rito ginebrino, pululaban por todas partes; los católicos fueron atropellados y en el sínodo de Paris (1559) se había aceptado la doctrina de Calvino. Semejante desacato, tanta audacia y arrojo á pesar de los edictos y ordenanzas publicadas, dió lugar á la ley contra el culto protestante (14 de noviembre 1559). Esta ley se miró con el mayor desprecio, y aparecieron multitud de pasquines subversivos, preparando una insurrección general; pero salvando con toda hipocresía al rey, los príncipes de la sangre real y el Estado. El príncipe de Condé valiéndose de un tal Renaudie, tramó la conjuración de Amboise (1560).

Descubierta la trama por un protestante y salvado el Monarca y su familia del terrible atentado que les amenazaba, dictáronse medidas rigurosas, que evitaron por cierto otra nueva conjuración de parte del mismo Condé que por casualidad pudo salvarse de un justo castigo, merced á la inesperada muerte de Francisco II.

La reina madre, Catalina de Médicis, quedaba de regenta del Reino durante la menor edad de Carlos IX. La política que impulsó á esta señora para sus ocultas tramas, ha sido hasta aquí un misterio. Empero es lo cierto, que su conducta ambigua y sus manifiestas supersticiones llegaron al extremo de casar á una de sus hijas con un Guisa, ferviente católico, y la otra con un Borbón (Enrique, rey de Navarra), que era entusiasta hugonote. Cualesquiera que fuese el desenlace de la lucha religiosa que servía de pretexto, uno de los yernos ocupaba el trono, si con efecto el misterioso horóscopo se realizaba. La descendencia masculina de los Valois, quedó extinguida después con la muerte de Enrique III (2 de agosto 1589).

La conducta de Catalina alentó á los hugonotes, que se desbordaron en sus iniquidades contra la Religión católica, y quien sabe hasta donde hubieran llegado, si Antonio de Navarra no se reuniera de un modo inesperado con los Guisas, con el mariscal de San Andrés y Montmorency, que eran los jefes de los católicos.

Despechada Catalina con esta repentina defección, se entregó á los hugonotes, lo cual dió origen al edicto que concedió á los protestantes el libre ejercicio de su secta y el derecho de reunión; pero con el compromiso de volver á los católicos las iglesias ocupadas (enero, 1562). Muchos pueblos como Montpellier, Amiens, Orleans y el mismo Paris fueron atropellados; el clero católico se vió despojado de sus bienes, y se amenazó con pena capital á todo aquel que practicase las ceremonias del culto externo; por todas partes se asesinaba á los católicos, y sólo el conde de Montgomery (1569), mató tres mil en

Orthez. Doscientos sacerdotes fueron precipitados en un abismo próximo á San Severo, y, en fin, un sínodo protestante acordó destruir todos los altares católicos. Cincuenta catedrales y multitud de iglesias fueron saqueadas, devastadas ó quemadas.



Francisco II.

El embajador inglés que estuvo muy propicio en este negocio, recibió, quizá en recompensa, las importantes plazas marítimas del Havre y Dieppe y la terrestre de Rouen. El mariscal de San Andrés y Antonio de Navarra habían bajado al sepulcro, y el duque de Guisa estaba herido de un balazo que traídramente le asestara Poltrot. Este estado de cosas dió por resultado la ordenanza de Amboise, que preparaba una reconciliación; pero nada de esto llegó á rea-



lizarse. Los reformistas continuaron en sus maquinaciones, trataron de apoderarse del rey, y como se les frustrara su intento llevaron á efecto en Nantes la *niquelada*; es decir, que sacaron á viva fuerza de sus casas á ochenta católicos y los arrojaron á un pozo.

Semejante desenfreno traspasó los límites de la crueldad. Sólo recordaremos que un tal Briquemant llevaba un collar formado con orejas de los sacerdotes asesinados por él ó por los suyos. Auxiliados los hugonotes por Inglaterra, el elector Palatino y por los Países Bajos, establecióse una especie de fregua, de la cual resultó la paz de San Germán (8 de agosto 1570), por la que adquirieron el derecho del libre ejercicio de su culto y la aptitud para los cargos públicos de cualquier clase y jerarquía. Los católicos, si bien vencedores siempre con las armas, eran sin embargo siempre vencidos por la intriga y la política.

Carlos IX siempre receloso y ambiguo en su conducta, se entregó en brazos del almirante Coligny; fomentáronse los odios entre la familia real, y la reina madre considerándose ofendida miró con desprecio y horror al almirante, cuya muerte era ya inevitable.

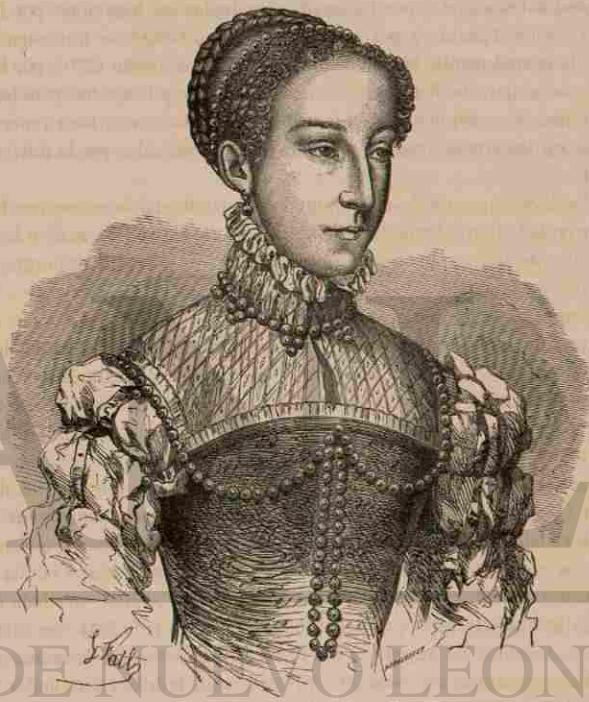
El duque de Guisa fué asesinado traidoramente, y Coligny alcanzó en la corte una influencia extraordinaria y un poder omnimodo. Catalina de Médicis falta de prestigio y valer para con el rey su hijo, vivía mortificada, y por fin el almirante á su vez fué herido también de un tiro. Probablemente no era del todo extraño á este accidente el de Anjou, como tampoco lo sería Coligny al asesinato del de Guisa.

El partido hugonote auxiliado con eficacia por sus correligionarios de Inglaterra y de otros países estaba insolente, los imprudentes socorros ofrecidos á los neerlandeses y la entrevista del Monarca con el almirante, que no sin razón veía en el atentado que por poco le cuesta la vida la mano oculta de la reina madre, fueron circunstancias que obligaron á Catalina, ayudada de su otro hijo Enrique de Anjou, de los duques de Nevers y de Retz, del mariscal Tavannes, del conde de Angulema y del canciller de Birague á descubrir al rey los verdaderos autores del asesinato frustrado. Allí le hizo comprender todas las crueldades, asesinatos, robos é incendios de los hugonotes, sus desmanes y ambiciones, el poder peligroso de Coligny y sus audaces proyectos en unión del rey de España, el estado comprometido de su propia existencia y la de sus mayores deudos y amigos, hasta el punto que Carlos no pudiendo ya defender al almirante, confuso y aturdido, lleno de asombro y estupefacción, consintió en aquella horrosa carnicería.

Carlos IX era un hombre de corazón endurecido, de conducta variable, receloso y hasta cruel y sanguinario. Sin reflexión alguna, acosado por las exi-

gencias de su madre y de varios consejeros reunidos en el Louvre, les dijo con tono sereno y decisivo que *matasen al almirante pero que matasen también á todos los hugonotes de Francia, á fin de que no quedase uno que después pudiese censurárselo.*

Todo estaba previsto, todo estaba meditado. Enrique de Guisa que quería



Maria Estuardo, reina de Francia.

vengar el asesinato de su padre, y dos mil hombres á sus órdenes, con una cruz blanca en el sombrero y un lazo también blanco en el brazo, que debía servirles para conocerse, á una señal convenida se lanzaron furiosos y frenéticos á los gritos de *traición* y al toque de rebato contra los hugonotes. Á favor de las tinieblas se asesinaba sin compasión y se degollaba sin misericordia; se satisfacían odios y rencores personales, se realizaban venganzas de partido, y



el pillaje y el robo cubrieron á Paris con un negro y lúgubre crespón. Carlos IX siempre irresoluto y pusilánime, siempre perplejo y contradictorio, declaró, por último, ante el Parlamento, *que todo se habia hecho de orden suya* (28 de agosto).

En otras poblaciones se repitió esta sangrienta escena, conocida en la historia por la *noche de San Bartolomé* (24 de agosto 1572).

Este triste y espantoso acontecimiento fué únicamente político. En toda esta lúgubre historia, en todas las juntas y conciliábulos que tuvieron lugar, la religión era un pretexto, y cuando se arrancó del rey el fatal consentimiento sólo figuraba en la real cámara el elemento militar. El Catolicismo en sus representantes, no tomó la menor parte en aquel crimen sangriento, preparado por la perfidia de la reina Catalina de Médicis y consentido por la debilidad y perversos instintos de su hijo Carlos IX.

Escenas sangrientas que horrorizan y espantan á todo corazón humano realizadas en aquella malhadada noche y continuadas después con atroz encarnizamiento. Hordas de fanáticos desalmados, impulsados por una sed de venganza insaciable, se entregaban al pillaje, al vicio y al asesinato en medio de una orgía infernal y repugnante.

¿Y esta terrible hecatombe pudo apaciguar los ánimos para que la corte y los magnates emprendiesen un nuevo camino más digno, honrado y más conforme con las máximas de la moral? Ciertamente que nó. El rey continuaba en sus indecisiones y veleidades, la reina madre en sus maquiavélicas intrigas, y de aquí resultaron órdenes y mandatos que casi siempre se hallaban en opuestas contradicciones.

Con un cinismo que espanta escribía el Monarca á los gobernadores de las provincias, diciéndoles que aquellos asesinatos se cometieron inopinadamente sin que él tuviera la menor parte en las escenas de la noche y día de San Bartolomé.

El estado intranquilo y exaltado de los ánimos continuaba á pesar de aquella matanza; Nîmes, Montalbán, La Rochela y otras poblaciones, se mantenían rebeldes, siendo La Rochela una de las ciudades más tenaces. La reina madre deseaba coronar á su hijo el conde de Anjou, y al propio tiempo prolongar su alianza en la Alemania protestante, la miseria era general, todo estaba paralizado, y hasta una enfermedad extraña á la ciencia auxiliada del hambre, diez-maba los pueblos y los ejércitos de uno y otro bando. Una transacción capciosa acabó, al parecer, con tan horrorosa lucha.

El rey Carlos IX fué perdiendo poco á poco la salud; buscaba en la caza fuertes emociones, alcanzando convalecer de esta dolencia, para oír las exigentes peticiones de los diputados hugonotes del mediodía, las cuales fueron

rechazadas con entereza y dignidad. Sin embargo, las cavilidades de Catalina de Médicis aumentaron su impopularidad, los padecimientos del rey se habían agravado é inspiraban serios temores. Una conspiración que alentaba su otro hijo el duque de Alenzón, fué descubierta á la reina, la cual dispuso que la corte saliera de San Germán, conduciendo al Monarca en una litera para situarse en el bosque de Vincennes. Carlos IX fué agravándose, y lleno de remordimientos bajó al sepulcro el día de la Pascua de Pentecostés del año 1574.

Retrocedamos ahora algunos años para relacionar nuestro relato.

Cristóbal Colón al descubrir un nuevo hemisferio, dió á conocer que la dirección de la brújula no era constante, y González y otros navegantes acabaron de demostrar hacia 1534, que la aguja imantada se desviaba á derecha ó á



Luis II, cardinal de Guisa.

izquierda del meridiano, según la posición del lugar en que se hallaba el observador. La brújula había sido conocida con el nombre de *raynetta*.

Y, puesto que hemos nombrado al ilustre almirante, no queremos, no debemos dejar sin contestación el aserto gratuito que el señor Draper ha echado á volar, siguiendo á otros autores que se precian de eruditos y se hacen eco de una vulgaridad que la historia ha desvanecido. Algunos todavía afirman que los proyectos de Colón hallaron en el claustro de la Universidad Salmantina, — que el señor Draper inadvertidamente llama *Concilio*, — una oposición fuerte y tenaz.

Nosotros algunas veces nos hemos dicho; aunque la tierra donde vivimos fuese llana ó esferoidal, como dijeron los caldeos, y está consignado en los libros santos; aunque los antiguos de cierta escuela creyesen que al límite de



ella hubiese una montaña muy alta para que el sol pudiera ocultarse durante la noche, ó que se hubiese colocado una *BARANDILLA* á fin de que algún incauto ó distraído no se precipitara en el abismo; aunque se la creyera cercada por una barrera ó muralla de hielo; aunque el mar tenebroso de los árabes fuese el caos ó *erebo* de los primeros pueblos semitas; á pesar de que estos errores en la geografía y cosmografía, y aun en la cosmogonía y astronomía misma hayan sido objeto de opiniones y diferencias entre los filósofos alejandrinos y de las distintas escuelas que luego siguieron ó se fundaron mucho después y que tanto preocupan al profesor norteamericano; aunque el proyecto de Colón, — que no buscaba un nuevo hemisferio, y si un camino más breve para la India, — fuese debatido, aprobado, modificado ó rechazado por los cosmógrafos del sapientísimo Claustro de doctores y catedráticos de la muy ilustre Universidad de Salamanca, gloria y prez de aquel siglo y de los posteriores y emporio de las letras y ciencias españolas, reunidos en claustro pleno según los estatutos ó bulas de aquellos tiempos, ó bien, que fuese mejor la comunidad de los dominicos de San Esteban la que tuviera la honrosa misión de examinar y dar dictamen al proyecto del marino genovés, porque el claustro, como tal, no intervino para nada, y no un *Concilio* como asegura el señor Draper: ¿Qué *conflicto*, preguntamos nosotros á este profesor, podía todo esto producir entre los santos preceptos de la Religión católica y la ciencia experimental en aquel momento?

Déjense los materialistas y positivistas de nuestros días de soñar conflictos, donde no pueden existir, ni atribuyan á los Santos Padres de la Iglesia conceptos y doctrinas que no les pertenecen, ni han emitido en ninguno de sus escritos: párense un poco los rebuscadores de conflictos; examinen con calma y sin espíritu de secta los libros en que está fundamentada la Religión de Cristo, y los de estas mismas lumbreras del Catolicismo, y sin duda alguna encontrarán como nosotros, algo que explica, si bien de un modo alegórico, sencillo y con el mayor laconismo, la configuración de la tierra y les dará á conocer otras muchas cosas que les tiene alarmados en demasía. Y no se crea que nuestras indicaciones tengan novedad alguna, todo cuanto apuntamos ahora y mucho de lo que daremos á conocer en la segunda parte de este libro, está consignado hace siglos en libros muy conocidos. Refrenen este espíritu de secta que los devora y consume, y verán como los *conflictos entre la Religión católica y la ciencia*, desaparecen como una ilusión óptica, serán pura fantasmagoría. Consulten, ante todo, el libro de los Salmos y de la Sabiduría, y hallarán en estos libros sagrados que se habla de la *redondez* de la tierra y de los habitantes que la pueblan.

Por otra parte, el gran descubrimiento de Cristóbal Colón no cambió las condiciones geológicas, paleontológicas y antropológicas del planeta. El conocimiento del nuevo hemisferio completó el estudio científico de la creación, y como dice el sabio Agassiz en sus especiales y eruditos estudios sobre los terrenos de la Unión americana, demostró una vez más la existencia de un Dios creador, siendo nosotros meros intérpretes de esta suprema inteligencia; probando también la armonía perfecta entre la revelación mosaica y la ciencia de la naturaleza en sus diferentes manifestaciones.

Para reivindicar al respetable claustro Salmantino y comunidad de San Esteban de la orden de predicadores que estaba agregada y formaba parte de él, de las injurias que se le han inferido, copiaremos á la letra el párrafo que dedica á este asunto el señor Don Alejandro Vidal y Díaz, bibliotecario que fué



Enrique de Lorena, duque de Guina, llamado el Balafre.

en la Universidad de Salamanca y hoy en la biblioteca del Instituto de San Isidro de Madrid, en calidad de ayudante, en la *Memoria histórica* de dicha escuela universitaria (1869). Dice así:

«Ocasión es ésta, y no la desaprovecharemos por cierto, de consignar que la Universidad de Salamanca contribuyó con su ilustración al gran suceso que dió á España un nuevo mundo, prestando su decidido apoyo á Colón en su gigantesca empresa después de haber sido tratado como loco ó oído con indiferencia en Génova, Portugal y Londres. Por más que antes de nosotros haya habido varios escritores que han reivindicado para esta escuela gloria tan inmarcesible, no podemos, no debemos, no queremos nosotros pasar en silencio esta circunstancia, antes por el contrario, estamos en la ineludible obligación de hacer constar una vez más, como dicen escritores de nota, que sin la aprobación de los filósofos y cosmógrafos de Salamanca á la idea de Colón, sin el



apoyo caballeresco del Guardián de Palos, Pérez de Marchena, sin la nobleza de Isabel I, sin la generosidad del convento de Dominicos de San Esteban de Salamanca y el tesón del maestro Deza, catedrático de Prima de la Universidad, no se hubiera llevado á cabo la expedición más gloriosa que el mundo ha presenciado en el descubrimiento de una raza ignorada que recibió de España costumbres, lengua y religión, dándole en cambio tesoros inmensos é importancia política que la puso en estado de colocarse á la cabeza de las naciones más poderosas. Ahora bien: si el convento de Dominicos formaba parte de la Universidad por estar incorporado á ella, si el maestro Deza que como director de la educación del príncipe Don Juan contribuyó tanto á la realización de la empresa, era además catedrático de Prima de la escuela Salmantina ¿se nos podrá tachar de presuntuosos atribuyendo esta gloria más, sobre las muchas que ostentar puede esta célebre Universidad? Para hacerlo nos fundamos no sólo en las razones expuestas, sino en nuestra convicción profunda, opuesta en un todo á la de los que se atrevieron á asegurar que los doctores de Salamanca no ponían dificultades en que pudiera verificarse la ida al nuevo mundo, pero si á la vuelta, que creían imposible: y mientras los que tal dicen no prueban su aserto con documento alguno histórico, nosotros apoyamos el nuestro en muchas autoridades de escritores antiguos y contemporáneos: Fr. Antonio González, Remenzal, Don Fernando Pizarro, Bartolomé Leonardo de Argensola, Dávila, Ruiz y Madrazo, y Doncel.

»Conste, pues, y quede sentado, continúa el señor Vidal, que la Universidad de Salamanca no sólo no puso obstáculo al gigantesco proyecto de Colón, sino que por el contrario lo alentó con su protección decidida, con sus favores y luminosos informes y con la influencia de que sus esclarecidos hijos gozaban en la corte, no desmintiendo tampoco en esta ocasión la fama que tenía de ser un gran centro donde se rendía culto á las diferentes manifestaciones de la ciencia, siquiera tuviese que hacer frente á las arraigadas preocupaciones de la época, que siempre, bajo pretextos religiosos, trataban de cerrar el paso á toda idea nueva encaminada á destruirlas.»

Oigamos ahora lo que ha escrito el señor Cavanilles en su *Historia de España*: «No se sabe, que de orden superior fuese Colón á Salamanca á consultar con aquella Universidad que era entonces una de las más famosas del orbe; no hay documento alguno que así lo diga. Mas sino fué por real precepto, iría por su voluntad; pues es lo cierto que se hospedó en el convento de Dominicos de San Esteban; que en él, y en una granja que tenían los religiosos, se celebraron las conferencias, y que fueron los Dominicos los más entusiastas protectores de Colón. Es sabido que entonces ejercían los Padres de esta orden presión sobre el claustro, y no se concibe que la Universidad diese un voto

negativo. El gran protector fué el P. Fr. Diego de Deza, confesor del príncipe Don Juan, catedrático á la sazón de Salamanca, uno de los hombres más eminentes de su tiempo, á quien, según el mismo Colón, se debe el descubrimien-



Iglesias incendiadas en Inglaterra por los protestantes.

to del *Nuevo Mundo*. No habría sido tal vez unánime el dictamen; pero sin duda hubo muchos votos en favor, y la Universidad de Salamanca no merece la nota con que quiso afearla, sin dato escrito, sin apoyo histórico, Washing-



thon Irving. El protegido por la reina y por los frailes no podía abrigar tal recelo, y consideramos esto como una vulgaridad, que hasta entre los sabios hay vulgo.»

Y luego añade: «Los sabios no lo entendieron. Y en verdad, esto nada tiene de extraño: tratábase de mares no surcados, de países no conocidos; eran comunes los errores cosmográficos: padecíalos el mismo Colón, que colocaba, siguiendo á Marco Polo, al Japón mucho más oriental de lo que se encuentra; que ignoraba la verdadera magnitud del grado terrestre, siguiendo en esto á Alfragano, cosmógrafo árabe, que iba á buscar la India y no podía prever que había de encontrar un continente intermedio. Y si esto pasaba al hombre que de sí mismo dice: «Desde muy pequeña edad entré en el mar navegando, é lo he continuado hasta hoy. Ya pasan de cuarenta años que voy en este uso. Todo lo que hasta hoy se navega todo lo he andado. Trato y conversación he tenido con gente sabia, eclesiásticos é seglares, latinos é griegos, judíos y moros con otros muchos de otras sectas. El Señor en la marinería me hizo abundoso, de astrología me dió lo que bastaba, y así de geometría y aritmética; y en genio me en el ánimo y manos para dibujar esfera, y en ella las ciudades, ríos y montañas, costas y pueblos, todo en su propio sitio;» ¿qué extraño que dudasen y vacilasen hombres teóricos, sin tanto motivo de conocer á fondo estas materias?» «Sirve, sin embargo, á extranjeros indoctos, continua el señor Cavanilles, la repulsa que algunos cosmógrafos dieron á Colón para tacharnos de ignorantes. ¿Sabíase más entonces en el mundo? Génova, la ciudad marítima, ¿tenía mayores conocimientos? ¿Teníalos acaso Portugal, el país más adelantado en esta clase de ciencias? Y si como ordinariamente se cree, á Francia é Inglaterra fué Colón ofreciendo en vano su empresa, y si recordamos cuando empezó la importancia marítima de ambas naciones, ¿podremos figurarnos que estarían mucho más adelantadas?»

Otro historiador (el señor Muñoz en la *Historia del Nuevo Mundo*) hablando del gran almirante Cristóbal Colón, ha consignado lo que sigue: «No alegrándose (*en las conferencias*) por una y otra parte pruebas demostrativas, no es de maravillar que los ignorantes persistiesen en sus preocupaciones, y que los doctos, unos suspendiesen el juicio, y otros se dividiesen en varias sentencias. Pero la misma división y el calor de los partidos sirvieron para dar nombre y consideración al sujeto y aumentar el número de sus protectores. Y fué así que Colón se reputó, no ya como un arbitrista vano, sino autor de un designio conducente al bien de la república. Por este concepto se le agregó á la real comitiva, honrándole con la recomendación y las franquicias en alojamientos, caminos y posadas que solían concederse á los que seguían la corte.»



Asesinato del duque de Cádiz (22 de diciembre de 1598).



Por nuestra parte, nos consideramos en el deber de decir cuatro palabras sobre tan importante acontecimiento, siquiera sea para satisfacción del señor Draper, y honra de nuestra patria.

Está ya debatido y puesto fuera de duda que Cristóbal Colón buscó la protección y apoyo de su patria primero, y luego de las cortes de Lisboa y Londres antes de solicitar la de los reyes de Castilla y Aragón ocupados entonces en lanzar á los moros del reino granadino de su último baluarte. Es innegable que Colón perdió algún tiempo protegido por el duque de Medinaceli, quien hubiera acometido tamaña empresa de buen grado. Así es, que hasta 1480 no se presentó en la corte castellana recomendado por la benevolencia del magnánimo duque. Natural y lógico era, que mientras el ilustre genovés activaba sus pretensiones, los monarcas hicieran examinar aquellos proyectos por varias personas entendidas que juzgaban del éxito con arreglo á sus conocimientos en cosmografía y filosofía, suscitándose conferencias y cuestiones que el marino defendía con la convicción de su conciencia científica. Sólo la constancia de la reina Isabel pudo aún alentar las proyectos de Colón, sin que tuviera que hacer el sacrificio de sus joyas para realizarlo, como vulgarmente se ha dicho y todavía se cree.

Lo que después opinó la comunidad de Dominicos de San Esteban y otros filósofos y cosmógrafos de la Universidad Salmantina en 1487, se deduce fácilmente de las disposiciones de que Colón fué objeto en la corte de Isabel y Fernando, así de los reyes como de los magnates. Claro está, que si el último dictamen hubiese sido desfavorable al gran proyecto, el marino quedaba desprestigiado y le habrían retirado su protección y confianza.

Hasta el otoño de 1491 no se presentó Colón en el convento de la Rábida, donde contrajo amistad con el guardián Fr. Juan Pérez; el cual enterado de sus proyectos y habiendo oído al entendido cosmógrafo de la misma comunidad Fr. Antonio de Marchena, quiso intervenir en tan árduo negocio escribiendo á la reina Doña Isabel, de quien había sido confesor. Véase, pues como de dos personajes distintos se ha formado el Fr. Juan Antonio Pérez de Marchena, que aparece en muchos libros.

No podemos menos de tachar de apasionado y parcial al Sr. Dr. J. W. Draper, cuando á pesar de su sagacidad y reconocido talento rebusca los errores de cosmografía y geografía, pequeños descuidos, sin duda, de las corporaciones religiosas de aquellos tiempos, corporaciones que todo el mundo conviene en que gozaban de alta reputación científica y que á decir verdad, gozabanla con justicia, pues sólo en los claustros podía buscarse en los siglos XV y parte del XVI, una regular y sólida instrucción.

Nosotros damos por supuesto que el claustro de la insigne Universidad

Salmantina hubiera puesto dificultades al proyecto de Colón, ¿qué era aquella junta de sabios más que un *cuerpo consultivo*, el cual debía estudiar el proyecto con calma y hasta con recelo, examinando las teorías y doctrinas de un innovador que llevaba contra sí la repulsa de otras cortes y hasta la envidia de extranjero?



El almirante Colón.

Y si al profesor de ciencias, si al ilustre catedrático de química y fisiología de la Universidad de Nueva York, si al autor de un tratado, entre otros de *Fisiología humana*, le ha llamado tanto la atención que al terminar el siglo XV una reunión de sabios pudiera dudar de la certeza ó probabilidad de un proyecto atrevido que estaba en oposición con las ideas generalmente aceptadas por todos en aquellos tiempos, y se manifiesta por ello enojado y algún tanto



desdeñoso y parcial con la Universidad de Salamanca, ¿por qué, preguntamos nosotros, su rigurosa y severa crítica no alcanza también á otras sabias corporaciones, que en tiempos más despejados para la ciencia, han rechazado reformas y proyectos de alta importancia científica? Ahí está la docta y distinguida Academia de ciencias de Francia, á cuyo frente se hallaba el ilustre señor marqués de Condorcet, que miró con el mayor desdén al concluir el siglo XVIII, el proyecto de nomenclatura química que presentó uno de sus miembros, el inmortal Lavoisier, á nombre suyo y de Guyton de Morveau, Berthollet y Fourerroy.

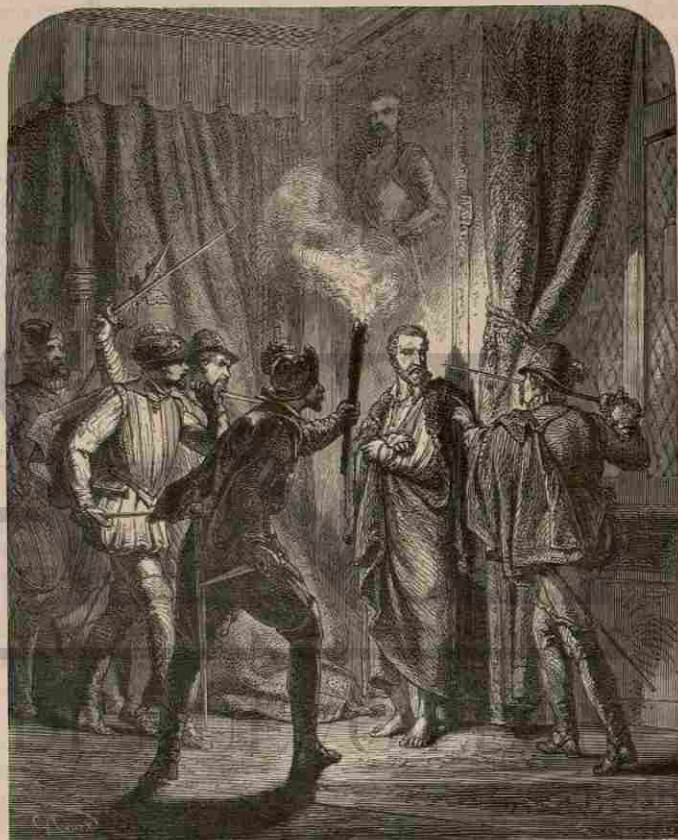
Habían pasado tres siglos, caballero Draper, desde que los monarcas castellanos pidieran informes al claustro de la Universidad de Salamanca, ó á la comunidad de dominicos; las ciencias todas habían hecho prodigiosos adelantos y el materialismo y el racionalismo comenzaban á recoger los sangrientos frutos de sus insensatas doctrinas y absurdas predicaciones. El sabio señor de Bergmann había hecho un llamamiento general á todos los hombres ilustres consagrados al estudio de la química; bien lo sabéis, sólo Morveau respondió á tan justa exigencia. El informe de la Comisión de la Academia de ciencias de Francia, fechado el 13 de junio de 1787, firmado por sus autores Beaumé, Cadet, D'Arcet y Sage y refrendado por el marqués de Condorcet, es un documento que hubiera debido examinar el señor Draper, para que su crítica mordaz é incisiva contra el Catolicismo tuviera las apariencias de justicia é imparcialidad propias del escritor concienzudo. Con estos y otros olvidos que dejamos en claro, hubiera demostrado el profesor norte-americano, que su libro intitulado *Historia de los conflictos entre la Religión católica y la ciencia*, ya que no resolvía ninguno de los problemas fundamentales de actualidad; al menos estaba inspirado por un análisis razonada, imparcial y justa...

Toda vez que Granada se hubo rendido, los reyes activaron la expedición de Colón, que tan beneficiosa y humanitaria había de resultar para la corona castellana.

Volvamos á reanudar nuestro relato.

El sistema copernicano no fué admitido por la generalidad de los astrónomos, sino como una hipótesis probable; y sufrió rudos ataques de otro astrónomo que en su tiempo gozó de justa y levantada fama. Tycho Brahe, nacido el 13 de diciembre de 1546 en Scania y que á pesar de las contrariedades de su padre se había consagrado al estudio de la astronomía. Mereció la protección del rey de Dinamarca, estableciendo su observatorio en la isla de Huene, donde emprendió sus más profundos estudios; impugnó á Copérnico sobre los movimientos de las estrellas fijas, y negó su sistema planetario fundando otro

que puede llamarse ecléctico, según el cual la tierra se halla en el centro del universo y alrededor de ella gira el sol y la luna, y Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno hacen sus revoluciones alrededor del sol. Este sistema, ad-



Asesinato del almirante Coligny en la noche de San Bartolomé.

mitido por de pronto con general aplauso, fué poco á poco cayendo en descrédito, de modo que hace muchos años que pertenece á la historia.

Después de la muerte del rey de Dinamarca, Tycho vióse perseguido, y vino



á refugiarse bajo el manto del emperador Rodolfo que le asignó una respetable pensión, y para que continuara sus estudios le nombró dos auxiliares, Longomontanus y Kleper. El célebre astrónomo que aun conservaba alguna de las preocupaciones de la astrología, murió en 1601 á los cincuenta y cinco años de edad. Tycho-Brahe perfeccionó y mejoró los instrumentos astronómicos. Brillaron también por este tiempo los célebres matemáticos españoles Céspedes, Medina, Rojas, Jerónimo Muñoz, Monzó, Cortés, Rocamora y otros no menos ilustres.

Las opiniones de Tycho-Brahe habían ejercido poderosa influencia durante su época. Gregorio XIII oyó á este astrónomo, y después de haber consultado á la Universidad de Salamanca, emprendió la corrección del calendario Juliano.

Bruno Jordano (Giordano) nació en Nola á mediados del siglo XVI. Había sido religioso dominico y aunque nunca abrazó la reforma protestante, sin embargo, hallándose en Ginebra se declaró ardiente panteísta. En la mayor parte de sus escritos combale las doctrinas de Aristóteles, y se presenta acérrimo partidario de Raimundo Llull (Lulio), y mejor de Luis Vives. Había recibido generosa hospitalidad en Inglaterra, donde publicó muchas obras, algunas de las cuales eran una burla manifiesta de todas las religiones positivas. Siempre levantisco, guiado por un espíritu reformador y aventurero, le vemos en París declamar contra los aristotélicos; faltar de salud y de recursos en Witemberg (1586) continúa sus diatribas atacando al Catolicismo, y publicando nuevos libros, algunos de ellos plagados de excentricidades; pasa después á Praga y luégo á Brunswick (1589), donde es protegido por dos grandes potentados; pero su carácter revoltoso le llevó á Francfort de donde fué expulsado en 1591. En ambas ciudades dió á luz algunos trabajos. No se conoce el motivo que le impulsara á buscar un refugio en Italia que siempre habia sido para él tan antipática y cuya religión y costumbres tantas veces habia escarnecido. Vacilante y atribulado, se entregó á la Inquisición por voluntad propia en Venecia, donde por mucho tiempo permaneció encarcelado, haciéndose repetidas gestiones para que abjurara sus errores dogmáticos; empero pérdida toda esperanza y al ver sus perplejidades y contradicciones, fué enviado á Roma (1598). Bruno dijo á sus jueces al ser condenado por violador de sus votos y hereje por el tribunal de la Inquisición: *Tal vez tengáis más miedo al pronunciar esta sentencia, que yo he tenido al escucharla.*

Bruno era un hombre extraordinario que en algunos momentos aparece superior á su siglo. En sus doctrinas como filósofo, es indudablemente el precursor de Espinoza, y sus opiniones científicas encontraron muchas veces favorable acogida entre sus contemporáneos, especialmente en las sociedades

sabias de Italia. La intemperancia y un miedo ridículo ahogaron la voz del sabio que presentaba á la faz del mundo científico sus hipótesis y teorías más ó menos aceptables, hipótesis y teorías reproducidas en nuestros días sin que por ello se haya resentido el dogma católico.

Las obras de Bruno son muchas y variadas, y la que según parecer de dis-



Catalina de Médici.

tinguidos eruditos tiene mayor importancia, se intitula: *De Monade, numero et figura liber consequens quinque de minimo, Magno et Mesura; item de innumerabilibus, immenso et infigurabili, sive de universo et mundis.*

Á pesar de la influencia y de la presión de la escuela aristotélica pura sobre las ciencias experimentales, amanecieron los gloriosos días preparados para Galileo, en los que el pensamiento y el genio, despojados de trabas inútiles, se



zaron á nuevas conquistas. Lejos de difundir sistemas generales y desfigurar con débiles comentarios los trabajos de sus antepasados, Galileo interroga á la naturaleza y busca medios eficaces para penetrar en su santuario; la experiencia y la observación reemplazan á la confianza y ciega credulidad, y desde luego funda sus teorías haciendo obrar los cuerpos artificialmente y midiendo su dirección, su existencia y su energía. Las artes industriales y manufactureras y las ciencias en general, aparecieron como una nueva creación, la estrella de la alquimia corrió á sumergirse en el ocaso, las confiendas peripatéticas perdieron su importancia, y el nuevo astro vivificador destinado por la Omnipotencia á aclarar el vasto horizonte de la civilización, infundió una luz regeneradora que en vano otros filósofos habían procurado buscar.

Con efecto, Galileo, que había nacido en Pisa en 1564, da á conocer las oscilaciones del péndulo y el isocronismo, y de ello deduce un reloj astronómico, que más tarde perfeccionó Huyghens. Sus profundos conocimientos en mecánica y matemáticas le condujeron á inventar la balanza hidrostática, y estimulado por el marqués de Guido Ubaldi, se dedicó á estudiar el centro de gravedad, llegando á descubrir la resistencia del aire en la caída de los cuerpos y la verdadera teoría del movimiento uniformemente acelerado. Hacia el año 1593 dió á la física y á las matemáticas varias máquinas ó instrumentos, entre los cuales mencionaremos el *termómetro* y el *compás* de proporción, que se llamó *compás militar*. No contento con haber escrito los *Cuatro diálogos*, que tantos disgustos le acarrearón, publicó la *Gnomónica*, una obra de *Mecánica*, un tratado de *Fortificación* y otro de *Astronomía*. En 1604 probó hasta la evidencia, que la estrella descubierta en la constelación del Serpentario se hallaba más allá de la región que los peripatéticos llamaban *región elemental*, aumentando por esta época la fuerza de los imanes por medio de armaduras convenientemente dispuestas.

En 1600 inventó Galileo el telescopio, ó tal vez lo aplicó á sus observaciones en los espacios celestes, y con ayuda de este instrumento observó la superficie de la luna y la del planeta Venus, con las mismas fases que la tierra; á Júpiter con sus cuatro satélites, la vía láctea, las nebulosas, y, en fin, la inmensidad de los cielos tachonados de infinidad de pequeñas estrellas. Entonces fué cuando descubrió en el sol varias manchas, dió á conocer que los eclipses de los satélites de Júpiter eran de grande importancia para medir las longitudes, y se dedicó con el mayor ahínco á una serie de observaciones de gran interés científico acerca la construcción de tablas destinadas á la navegación.

Hasta aquí la vida del filósofo había sido una serie no interrumpida de triunfos. Dedicado en los primeros años de su juventud á la medicina, que

abandonó para consagrarse por completo á las ciencias físicas, fué nombrado á los 24 años de edad, por la intercesión de los duques de Médicis, catedrático de matemáticas de la Universidad de Pisa; empero profesando en física ideas avanzadas, renunció la cátedra en 1592. Por la influencia de Sagredo, embaja-



Muerte de Carlos IX de Francia.

dor de España y la protección de la república veneciana, ocupó una cátedra en la Universidad de Padua, donde pasó como unos veinte años; pero nombrado matemático del gran duque de Toscana, fijó su residencia en Florencia, y como gozara de la protección y favores de este príncipe, la emulación y la envidia vinieron á turbar su reposo, siendo perseguido por sus émulos. Se ha



dicho para atenuar esta vergonzosa persecución que Galileo fué buen astrónomo pero mal teólogo.

Los peripatéticos puestos en derrota por la lógica de Grimaldi, demostrados sus errores por los razonamientos inductivos á que conduce la experiencia según las leyes de Bacon, que en verdad no eran nuevas, y desvanecidos sus fundamentales axiomas con los descubrimientos de Galileo, levantaron una cruzada para perseguirle y aniquilarle.

Acérrimo defensor del sistema copernicano, que en España había sido defendido también por el sabio teólogo agustino de Salamanca, Diego López de Zúñiga, fué denunciado en 1633 por segunda vez (contaba entonces 70 años) ante el tribunal de la Inquisición de Roma, acusándole que en la obra sobre los sistemas del mundo de Ptolomeo y Copérnico, intitulada los *Cuatro diálogos* estaba en contradicción con la Biblia. Se le condenó á que abjurara sus doctrinas puesto de rodillas, y se le privó de la libertad por un tiempo ilimitado. Todo esto ha sido negado por historiadores autorizados.

Mucho se ha hablado, mucho se ha escrito sobre las persecuciones que sufrió este sabio por haber defendido el sistema copernicano, presentando Draper este hecho, lo mismo que otros autores, como uno de los *conflictos* más grandes que puede haber surgido entre la Religión católica y la ciencia.

Para los enemigos del Catolicismo este proceso es una mina inagotable que explotan todos los días á medida de sus deseos; y, sin embargo, la teoría ó sistema copernicano no era nuevo en su esencia, fué conocido de los antiguos y no ofrecía *conflicto* alguno con el dogma católico.

«Sabeis, dice el R. P. J. Agustín Escudero, quienes fueron los enemigos personales y los verdugos del gran Galileo?... Fueron, dice, los jesuitas, por considerarle un rival poderoso en la ciencia. Preguntadlo, prosigue el Agustino, á la historia y os designará á los PP. Scheiner, Grassi, Firenzuolo y Caccini.»

Nos parece que también figuraron como enemigos de Galileo algunos profesores de las Universidades de Paris y Pisa, como Claudio, Barigardo y Chiaromonte. Todos fueron fanáticos y poderosos perseguidores de aquel hombre grande y virtuoso, á quien Dios iluminaba con un rayo de su luz divina.

No es cierto, como se ha dicho, que Galileo estuviese encerrado en los fétidos calabozos del Santo Oficio ni se le sujetara al tormento, ni que muriese en el destierro; tampoco es verdad aquella famosa protesta que se le atribuye pronunciada por lo bajo, *e pur si muove*, á pesar de haberse así esculpido hasta en su sepulcro. Según un autor que tenemos á la vista, por cierto nada sospechoso á los materialistas ni apasionado al Catolicismo, se le dió por cárcel la habitación de uno de los oficiales superiores del tribunal (quizá la del fiscal de su

causa), aunque siempre bajo la vigilancia de un empleado. Pasado algún tiempo se le permitió trasladarse á una casa de campo cerca de Florencia, donde pudo continuar sus estudios. Sin embargo, no quiso publicar nada más. Cuando ya contaba 74 años de edad perdió la vista y murió cuatro años después: era el 9 de enero de 1642. ¡Cosa sorprendente y notable! En este mismo año nació el célebre Newton. ¡Quién será capaz de escudriñar los sabios decretos de la providencia! ¡Quién será tan osado que se atreva á sondear los arcanos del Autor de todo lo creado!

Y por estar intimamente relacionado con el malhadado proceso formado á Galileo, que ha causado tanto ruido, recordaremos que el cardenal Belarmino



Cristóbal Colón.

interrogó á los astrónomos del colegio romano acerca las estrellas fijas, la vía láctea, la naturaleza de Saturno, el cambio de figura de Venus, la desigualdad de la superficie de la luna, y el número de estrellas móviles en derredor de Júpiter; y los padres Clavio, Griemberger, Malcozzo y Lembo, dieron sus contestaciones, que estaban en todo conformes con las observaciones que Galileo daba á conocer en su libro intitulado *Nuncio sidéreo*.

Y á la verdad, que el mismo Galileo no estaba plenamente convencido de las doctrinas que patrocinaba, como hace observar muy juiciosamente el sabio historiador César Cantú. Y esto nada tiene de extraño si se examina que faltaban aún muchos datos y descubrimientos, que más tarde dieron á conocer los trabajos é investigaciones de Newton, Bradley, Laplace, Herschel, Arago, Foucault, y otros sabios astrónomos. De cualquier manera, preciso será convenir



que la persecución de Galileo fué una inconveniencia incalificable, lo mismo que las que sufrieron otros hombres ilustres en aquellos tiempos.

Las ciencias han progresado al compás de los descubrimientos, y sus doctrinas y teorías han seguido la luz regeneradora de los nuevos sistemas, sin que jamás hayan alcanzado la última palabra. Tales han sido siempre la historia de la humanidad y las evoluciones de la ciencia. Nunca hemos creído que la Iglesia católica haya descendido de su augusta misión espiritual, moral y religiosa, para calificar y combatir, siquiera haya sido á título de justa y legítima defensa, las hipótesis y teorías más ó menos heterodoxas que se han dado á conocer para explicar los fenómenos de la naturaleza. El proceso infortunado del gran Galileo ha hecho mucho ruido, y mucho daño al Catolicismo; porque se ha comentado de mil maneras bajo el imperio de las circunstancias y al calor de las pasiones anticatólicas. Este acontecimiento ha sido la piedra de toque, donde la impiedad ha buscado sus recursos para zaherir al Sumo Pontífice. Y nosotros preguntamos, ¿ha habido alguna bula, encíclica, breve ú otro documento cualquiera, donde el jefe de la Comunión católica haya condenado la hipótesis copernicana? Creemos que no, al menos podemos asegurar que no la conocemos. El juicio de la Congregación del Santo Oficio y la del Índice, aun suponiendo que merecieran la aprobación tácita del Papa, no deben ni pueden considerarse como dogmáticos; para ello son necesarias y precisas especiales condiciones, que, por cierto, no se encuentran en dicha hipótesis. Todos aquellos juicios y otros que en contra se han emitido en nuestro tiempo, no pasan de ser opiniones de teólogos unas y de materialistas otras que no comprometen en poco ni en mucho la autoridad dogmática é infalible de la Iglesia católica. Recordaremos al señor Draper que la célebre obra de Copérnico, se adoptó entonces de texto por la Universidad de Salamanca. Finalmente; las principales piezas del proceso de Galileo se han dado á la prensa por el docto escritor señor Enrique L'Épinois, esparciendo mucha luz sobre un asunto que ha servido de pretexto á los enemigos del Catolicismo.

Y, ¿qué diremos ahora al recordar los tormentos del sabio y profundo Campanella, por haber escrito contra el fanatismo de su época? Se horroriza, en verdad, el hombre honrado y estudioso, cualquiera que sean sus creencias religiosas, sólo al pensar que sufrió el tormento siete veces. Nosotros, católicos sinceros, no alcanzamos á comprenderlo, y por lo tanto estamos convencidos de que tantas atrocidades lejos de corregir el error,—si es que en aquellos escritos había error,—lejos de atajar el mal y destruir la herejía, aumentáronlo aún más: nosotros creemos que si tales escritos lastimaban los fundamentos del dogma, debían combatirse de un modo enérgico y decisivo valiéndose de la misma ciencia; porque *los errores de la ciencia con ella misma se corrigen.*

No queremos los excesos ni la intolerancia. Estamos íntimamente convencidos de que dentro las leyes de la ciencia empírica bien interpretadas está la defensa más completa del simbolo de los Apóstoles, y que sus detractores filó-



A su vuelta Colón es recibido en Barcelona por los Reyes católicos.

sofos ó positivistas serán otra vez más confundidos y aniquilados. Queremos seguir las máximas que está difundiendo tan oportunamente y con paternal solicitud la Santidad de nuestro Padre el venerable Pontífice León XIII.

Vanos fueron los esfuerzos de los partidarios del Peripato para entorpecer



el impulso que había recibido la ciencia, inútiles las trabas que por todas partes oponían los defensores del platonismo, vergonzosa y estéril la rivalidad con el sabio de Pisa; la marcha misma de los acontecimientos daba nuevo giro á los estudios experimentales, y á la par rasgaba el velo de la hipocresía para presentar la verdad bajo un nuevo aspecto y desnuda de las sutilezas escolásticas.

Y si bien es cierto que el conocimiento de la antigüedad había hecho revivir los venturosos tiempos de Grecia y Roma que en nada favorecían á la enseñanza de una sociedad eminentemente católica: que el estudio analítico de los clásicos devolvía al Occidente los tesoros de una literatura casi olvidada descuidando la nacional; se entibió naturalmente la fe religiosa, el escepticismo hizo sus prosélitos, fomentando el engaño y la superstición pagana y aherrrojando el pensamiento cristiano á una controversia engañosa. Los descubrimientos de Galileo y de otros sabios despertaron de nuevo la idea de dar á los conocimientos humanos la unidad reclamada por los progresos del siglo, impulsando á la inteligencia que quería ya remontarse en alas de la razón. Y á medida que la teología especulativa se separaba de esta lucha, la filosofía natural proclamaba su poder autónomico y extendía la influencia sobre los estudios físicos y sociales, fundándose la nueva escuela práctica y experimental emancipada del sentimiento católico. Montaigne y Charrón fueron escépticos, Campanella acariciaba el comunismo, y tanto la ciencia del derecho como la de la riqueza recordaron anteriores estudios, y tuvieron sus comentadores y apóstoles en Alciato, Cuyacio, Budeo, Serra y Grocio.

A pesar de todo, los dogmas de la Religión católica subsisten aún inalterables, si bien la autoridad de la Iglesia fué entonces atacada por los reformadores, quienes auxiliados por una secta democrática capitaneada por Roetie de Sarlat, Hoffmán y Lanquet intentaron desquiciar el orden social constituido. El puñal de dos miserables asesinos y los escritos de varios teólogos extraviados, demostraron hasta donde alcanzaban las influencias de aquellas hipótesis y teorías que ofuscan el buen sentido y perturban la razón.

Ocupó también á los hombres pensadores la política, la estadística y el derecho internacional y de gentes; y cuando el astuto y perverso Maquiavelo buscaba en su diabólica imaginación razones y sutilezas para sostener los intereses particulares del príncipe, Bodino protegía los derechos generales de la nación, confundiendo no pocas veces la política con el principio nacional, y buscando en lo pasado la filosofía del hombre. Tomás Moro impresionado, tal vez, por la relación de Hythloedeo, comenzó á predicar aquellas extravagancias que más tarde sirvieron de fundamento á las acaloradas fantasías de Saint-Simón y Fourier. Utopistas que recordaron y trajeron á la memoria la soñada



Muerto de Cristóbal Colón



ciudad del sol de Campanella, las poéticas ilusiones del Dante, los viajes á la luna de Bergerac y las islas flotantes de Morely; estudios, entre otros infinitos, debidos á imaginaciones fecundas que seguían la marcha de los descubrimientos sobre hipótesis más ó menos aceptables.

El campo de la discusión había tomado un desarrollo fecundo; el espíritu innovador se propagaba entre aquellos contendientes y todos los ramos del saber humano volvían al crisol de la conciencia individual; la escuela de Aristóteles estaba desacreditada; el averroísmo no tenía prestigio alguno; de todas partes brotaban nuevos gérmenes de vida intelectual, y los ingenios se habían apoderado de la libertad del pensamiento y proclamaban audaces los derechos de la razón. Hasta aquella mística que arrojó los corazones católicos, representada por Alcántara (San Pedro), Fr. Luis de Granada y Santa Teresa de Jesús, se vió criticada, y, tal vez, escarnecida.

En este estado de agitación y entusiasmo, de zozobra é incertidumbre, de duda y vacilación, de arrobamiento y angustia, aparecen en el palenque filosófico Bacon y Descartes, quienes trazan los dos caminos, que en lo futuro seguirá la moderna civilización. Y en verdad que estos dos grandes pensadores, apreciados de tan distinta manera, no dieron á conocer ningún pensamiento nuevo.

Francisco Bacon, barón de Verulamio, nació en Londres en 1560. Dedicado al estudio de la filosofía quiso establecer un sistema, que partiendo de las sensaciones y de los hechos particulares se elevase lentamente, por medio de una marcha gradual y progresiva, al conocimiento de las proposiciones generales.

Este método, en verdad, parecía que era diferente del que había seguido Aristóteles y su escuela; que, *partiendo de las sensaciones y de los hechos se lanza de improviso á los principios más abstractos y generales.*

De este modo Bacon pasaba de las sensaciones á los hechos individuales, llegó á las nociones un poco más extensas y así sucesivamente por una serie gradual hasta llegar á las nociones generales que constituyen los axiomas más abstractos, los cuales lejos de formar el cimiento de la ciencia son, en opinión del filósofo, la coronación. Así el gran canceller fundó el método *racionalista por inducción*, que ya Aristóteles había indicado en el estudio de los animales; método que por de pronto pasó desapercibido, para proclamarse después por la escuela volterriana el fundador de la *filosofía experimental*. Sin embargo, Bacon no era sensualista; pero su doctrina llevó á su escuela al sensualismo. Enseña el árbol genealógico de la ciencia, tomando por fundamento Dios, la naturaleza y el hombre; mira con desdén las causas finales, y por esa mezcla de devoción é indiferentismo mereció más tarde las censuras de Hume y de D'Alambert. Si Galileo supo recorrer con pasos agigantados el vasto campo de

la filosofía natural, reduciendo sus grandes principios al terreno de la experiencia y de la observación, Bacon enseñó el camino á la filosofía, zanjando los cimientos de la *escuela inductiva* que ha servido de fundamento para los descubrimientos ulteriores. No ha faltado en nuestros días un escritor (Draper), que haya atribuido esta gloria, que estamos muy lejos de negar, al célebre pintor Leonardo de Vinci. En el siglo pasado decía un profesor de la Universidad de Salamanca, que el *nuevo órgano de las ciencias* de Bacon valía más que cuanto escribieron Aristóteles, Epicuro y Demóstenes.



Tycho Brahe.

En cambio el señor Don Francisco Caminero, distinguido teólogo, bibliófilo profundo, pensador eminente y concienzudo, en el discurso de recepción leído ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas hablando del gran canceller Francisco Bacon (pág. 10, 11 y 12), ha consignado lo que sigue:

«Poco tenemos que decir del primero de ellos (Bacon) en el orden cronológico, del fundado por el autor del *Novum organum*, si es que fundó algún sistema filosófico, cosa que con harto motivo podría ponerse en tela de juicio. El mismo título puesto á su obra, *nuevo instrumento* para las ciencias ¿no ar-



guye ya una falta casi absoluta de espíritu filosófico? ¿La experiencia y la inducción podían inventarse de nuevo cerca de veinte siglos después de Pitágoras, de Aristóteles, de Arquímedes, de Hipócrates, de Teofrasto, de Plinio, y de tantos otros como se consagraron en los tiempos antiguos al estudio de la naturaleza? ¿Y no es la observación de los hechos natural al hombre, y el medio más común de conocer, y por consiguiente siempre practicado? Proponer, pues, un *nuevo instrumento* para las ciencias, ¿no vale tanto como proponer al hombre un nuevo pie ó un tercer ojo, según la frase del conde de Maistre? Pues eso es lo único bueno que tiene: el haber llamado la atención de los doctos hacia la necesidad de la experiencia para el estudio de la naturaleza, con preferencia al estudio de los autores antiguos, al que solían limitarse en las escuelas. Pero adviértase bien. Obraban así los que no eran físicos ni naturalistas de profesión, sino que estudiaban el cuadro de los conocimientos filosóficos propiamente dichos, y si trataban de física, era principalmente bajo el aspecto general y sintético del universo, es decir, apenas otra cosa que la metafísica de las cosas naturales. Pero Copérnico, Tycho-Brahe, Keplero, Galileo, Leonardo de Vinci y otros mil que le precedieron ó fueron coetáneos, pero sin conocer sus doctrinas, á la experiencia y á la inducción se atenían, y por cierto que sus trabajos tuvieron algún alcance más que los del tan gratuitamente ponderado canciller. ¿Por qué, pues, alcanzó tanto crédito y le alcanza aún para muchos materialistas rezagados? El siglo XVIII y la escuela volteriana se le dieron, porque no veían en él sino al innovador, al enemigo de la civilización y ciencias católicas, y se complacieron en exagerar la novedad de su ingenio y de sus obras. Por lo demás, no sólo no inventó nada con su *nuevo método*, aun en el terreno de las ciencias físicas y naturales, — única filosofía, según él, pues que á la moral, la política y la jurisprudencia las llamaba *artes populares et opinabiles*, y decía de la metafísica que no se debía gastar en ella el tiempo; — sino que convertiría yo la gravedad de este acto en una escena de sainete, si me deluviera en recordaros los errores, las ridiculeces, los absurdos que inventó, él que llamaba á Platón mentecato, hablador á Aristóteles, charlatanes á Hipócrates y Galeno, y que rechazó la teoría de Copérnico, los descubrimientos de Galileo y hasta el peso del aire, porque no halló diferencia entre el de una vegiga llena y vacía; que tanta fué su ignorancia en medio de su orgullo, y tan poco le sirvió su *nuevo método*, para no conocer que la vasija llena de aire y vacía debía pesarse conservando igual volumen. Aun como preconizador de la experiencia y de la inducción está muy lejos de ser inventor, pues antes que él hizo un libro Campanella con este objeto, y nuestro eminente Luis Vives dió para la inducción reglas harto más útiles, juiciosas y científicas que las del celebrado canciller. Pero no trató con

desdén á la teología ni á la filosofía propiamente dicha, ni á las ciencias morales y políticas, provocando así un movimiento sensualista, materialista y positivista y ateo al fin, sobre el cual volveremos, y que es el verdadero fruto de las incubaciones del canciller inglés; y por eso es desconocido Vives y divinizado Bacon por la turbamulta de los que siguen sus inspiraciones aun sin haberle leído, que no son pocos.»

El método deductivo había imperado hasta finalizar el siglo XVI. El estudio de los fenómenos naturales, bastante descuidado durante el largo período de la Edad media, había visto pasar sin fruto alguno el sistema inductivo, que fué más que indicado por muchos filósofos especialmente españoles. La induc-



Galileo Galilei.

ción, pues, que los empiricos de hoy quieren que sea un instrumento científico desconocido, tiene su origen y fundamento en las escuelas de los filósofos griegos, y los partidarios de Telesio y Aristóteles reclamarán probablemente la prioridad.

La Inglaterra, ávida de los laureles del barón de Verulamio, ve aún sostenido el entusiasmo por muchos de sus hombres más ilustres, entre los cuales sobresalen Stuart Mill, Buckle, Bagheot, Bain, Hebert-Spencer, etc. Á pesar de todo, los sabios que juzgan con imparcialidad esta cuestión fundamental de nuestro siglo, están de acuerdo en decir que la estrella de la escuela materialista desciende rápidamente de su zenit, porque la experiencia y la observación que tanto invocan, han probado su ineffectividad para constituir un



cuerpo de doctrina, que pueda satisfacer todas las eventualidades de esta misma ciencia.

Al consignar el ilustre Canciller, — á quien su correligionario J. W. Draper ha tratado con tan poca consideración como respeto, — al consignar, decimos, en sus escritos, que debía prescindirse de las *causas finales*, declaróse el primer materialista de la escuela moderna. Y con efecto: ¿no era el filósofo inglés un consumado positivista, cuando comparaba las *causas finales* á las vírgenes infecundas consagradas al Señor? Y, ¿no se encuentra marcada ironía, cuando pretende que las *causas finales* sean estériles para llegar al conocimiento de la naturaleza? ¿No se descubre desdén y acrimonia, al leer en sus escritos que las *causas finales* deben lanzarse á la esfera de la metafísica como inútiles para el sistema inductivo? Bacon creía que la metafísica para nada servía. Janet pretende hoy que ha pasado el tiempo de las grandes contradicciones metafísicas, porque, á su parecer, la materia triunfa por todas partes. En cambio Kant, que no vale menos que el primero, y Virey que muy bien puede equipararse con el segundo, el uno quiere que la metafísica sea el complemento de toda cultura de la razón humana, y el otro asegura que en las ciencias fisiológicas con frecuencia se hace necesaria la metafísica.

Parémonos un momento siquiera sea para desvanecer el error acerca las *causas finales*, que es uno de los más culminantes del positivismo.

Desgraciadamente el estudio de las ciencias experimentales y de observación se ha hecho, en general, bajo la presión de la escuela materialista: y, en verdad, que nada hay más falaz y engañoso que las inducciones á que arrastra el mundo fenomenal. Empero, cuando el estudio de las ciencias naturales se eleva á su verdadero punto de vista y se deja guiar por la sana razón, el alma se ve conducida sin esfuerzo alguno al conocimiento de Dios y al espiritualismo filosófico.

Los fenómenos de la física, de la química y del organismo viviente pueden reducirse á movimientos, como dijo Kant, en el espacio y en el tiempo. La materia ó *substratum* ya aceptando el monismo dinámico, ya siguiendo el atomismo filosófico, diferente del atomismo químico ó corpuscular, lleva en sí una fuerza que le comunica actividad, y esta facultad de moverse es igual así en los cuerpos materiales como en las almas. Empero los fenómenos que se refieren al pensamiento, á la sensación y á las voliciones pertenecen exclusivamente á los espíritus; esto es, á las sustancias simples, las cuales encerradas en los cuerpos ejercen ciertas influencias en los fenómenos corpóreos, favoreciendo ó modificando los que corresponden al orden psicológico.

Todas cuantas modificaciones, cambios y evoluciones se verifican en el gran laboratorio de la naturaleza, tienen sus leyes especiales que con su per-

manencia é inmutabilidad imperan en el pequeño círculo donde el hombre se agita.

Semejantes leyes recuerdan á cada paso un plan general, del cual son una pequeña parte, y todas ellas concurren á un mismo objeto final. El hombre jamás alcanzará, á pesar de la audacia y atrevimiento de ciertas escuelas, á comprender ese *plan general*, que forma el conjunto de la creación, en su unidad ni en sus detalles aún cuando en alguno de sus puntos haya logrado una inmediata evidencia. En el conjunto de los complicados fenómenos que se



Machiavello.

reproducen con admirable constancia al través del tiempo, está encarnada la idea fundamental que nos dice que el Creador del universo obró con arreglo á este plan preconcebido. La ciencia con sus descubrimientos no ha podido menos de reconocer esta verdad, que entraña en sí la creación de un mundo elemental, sacado por Dios de la nada, sin más que su voluntad y su palabra.

«Las divisiones y clasificaciones del reino animal, dice el señor de Agassiz están basadas en una inteligencia divina, y nosotros somos intérpretes inconsistentes de esta suprema inteligencia. La producción del mundo orgánico ha



tenido por base un plan unitario de creación preconcebido, independiente de toda circunstancia exterior, emanado de la concepción libre y reflexiva de un espíritu omnipotente; plan que existió en la mente de *Agué*, antes de revelarse en formas tangibles, y cuya realización quedó completa en la creación del hombre.»

Los principios necesarios se encuentran con toda su realidad en una sustancia inteligente y *necesaria* por sí, porque las leyes del mundo físico exigen una *razón suficiente* de su existencia contingente que sólo se halla en la Sustancia Eterna, inteligente y libre, la cual ha establecido estas leyes por su voluntad y para su conveniencia.

El universo con todas las sustancias y materias que lo constituyen, con la disposición primera que tuvieron los átomos para realizar sus agrupaciones, con todas sus leyes y fenómenos y con todas sus actividades respectivas, tiene por *causa primera* aquella sustancia, en la cual los principios necesarios existen eternamente á título de pensamientos. Sustancia única, precisa, necesaria y eterna; Sér exclusivo que tiene en sí la razón de ser, y por lo tanto es infinito é indivisible en su existencia, en su sustancia activa y simple, en su poder, en su pensamiento, en el amor á sí propio que es el amor del bien absoluto contenido en *Él*, y por consiguiente del bien que se halla en los demás seres creados.

El plan del universo, como antes dijimos, se encuentra en el pensamiento de Dios; la *causa final* que determina la elección de este plan elegido por la potencia y voluntad creadora es un acto de poder, de inteligencia y de amor; acto del cual resulta la duración del mundo, necesariamente limitado por haber tenido su principio en el tiempo; pero ilimitado en el porvenir.

Entre los seres que están dotados de vida, este porvenir sin límites sólo pertenece á las *almas racionales*, que tienen en sí la libertad, la idea del bien y del mal moral, la del mérito y el desmérito y la del infinito; cuyo destino no puede ser perfecto, sino por la constancia indefinida de su personalidad más allá de la vida presente.

Como el hombre está hecho á imagen de Dios, por esto sus operaciones intelectuales se aproximan á las obras del divino pensamiento. Y mientras la razón no puede producirse por las fuerzas físicas, una revelación cualquiera del pensamiento será una prueba más que suficiente para afirmar la existencia de un sér pensante, como causa primera de este pensamiento.

La necesidad de una *causa primera*, única, infinita, indivisible, eterna, soberamente inteligente y buena, unida á la demostración de la contingencia y de las causas segundas, excluyen de una parte el ateísmo y al panteísmo materialista, y de la otra el panteísmo idealista y el fatalismo, por la sustancia-

lidad y activa eficacia de estas causas *secundarias*; y sobre todo, por la libertad moral del hombre, tal cual lo testifica la conciencia. Al propio tiempo la Providencia se halla plenamente justificada, y el optimismo de la razón tiene un apoyo seguro en el orden general del universo y en la doctrina del progreso.

En todo aquello que depende ó está sujeto á un mecanismo cualquiera, sólo



Santa Teresa.

vemos una regularidad monótona que hiela el corazón y mata la inteligencia y la inspiración.

¿Cómo es posible concebir, que el universo pancósmico no haya sido creado, y que las leyes que lo gobiernan sean hijas del acaso? ¿Cómo admitir que la materia sea inmortal, indestructible, increada y eterna? Todas las escuelas de Grecia y Roma y las de la Edad media consideraron á la materia como inerte, inactiva, muerta. Sólo Espinoza lanzó la atrevida idea de que la mate-



ria no era más que un fenómeno lo mismo que el pensamiento. El espacio y el pensamiento; he aquí los atributos de la materia. Doctrina errónea é inadmisiblemente, que representa un panteísmo científico, que conduce sin remedio á un ateísmo desconsolador.

Nos llena de la mayor sorpresa y admiración el ver que el señor Doctor Isnard, uno de los materialistas ateos más furibundos é intransigentes de nuestros días, diga en su obra intitulada *Espiritualismo y materialismo*: «abandono las concepciones metafísicas, los sueños imaginarios; la idea de Dios, rechazada por la ciencia, desaparece;» y, sin embargo, en seguida añade: «El materialismo científico se apoya en la experimentación y en las deducciones lógicas que de la misma se derivan. Ciertamente, no puede explicarlo y probarlo todo, siendo todavía muy imperfectos nuestros conocimientos actuales» etc. Si el materialismo científico está basado en la experimentación y en las deducciones lógicas, no puede menos de conceder la creación, y rechazar la eternidad de la materia, aun cuando sea una de las bases fundamentales de su doctrina.

El estudio de la naturaleza adquiere vigor y lozanía cuando va unido al conocimiento del hombre y de la divinidad. Ambos conocimientos marchan, al parecer, por caminos opuestos, si bien han de encontrarse en un mismo punto al terminar su laboriosa carrera. A pesar de todo y de estas doctrinas ateas y disolventes, la humanidad, al menos aquella que marcha á la cabeza de la civilización y el progreso, sigue consecuentemente bajo la autoridad dogmática del Catolicismo, mirando con menosprecio esas utopías positivistas y materialistas propagadas por varios sabios, que pretenden arrastrar con su autoridad á las masas y sumir la sociedad en un abismo.

Aquellos que han pretendido absorber todas las ciencias bajo la presión de la psicología han caído en un error lamentable, por el cual sus contrarios se han precipitado por el extremo opuesto. Á los que nada creen, á los que nada ven más allá de lo que conocen por los sentidos, á los que pretenden construir un mundo *a priori* según han imaginado, y luego lo identifican á sus propias ideas de universalidad, les consideramos como seres extraviados, tanto más dignos de lástima cuanto mayor es el talento y el ingenio que han manifestado. Es una aberración que perjudica lo mismo á las ciencias que á la filosofía. Estas concepciones del positivismo que absorben el yo y todas las realidades del ser abstracto, conducirían al nihilismo absoluto, si el espíritu humano no retrocediera espantado para tomar otro camino mejor. Ó tenemos que vernos dominados por un espiritualismo exagerado, ó somos víctimas de un materialismo ó racionalismo repugnante y desconsolador.

Además de estos extravíos, encontramos otros muchos inconvenientes para

explicar satisfactoriamente los fenómenos del mundo físico, ya por la confusión y amalgama que se hace entre la teología y las ciencias, ya por el uso constante de las *causas finales particulares*. Ante todo, jamás debemos olvidar que la causa primera es Dios; pero recordando asimismo, que las causas segundas, llamadas *fuerzas ó agentes* naturales han sido creados por ÉL, y cada una tiene su sustancia, sus propiedades, sus fenómenos que obedecen á leyes generales, cuyo estudio enaltece al hombre y lo separa de todos los otros animales, aun cuando la anatomía y la biología recuerden ciertas analogías morfológicas.

Decir que Dios es la causa primera de tal ó cual fenómeno, nada enseña; porque ya sabemos que Dios es la causa primera de todo cuanto existe. Atribuir á la Providencia ésta ó aquella metamorfosis preparada ó dispuesta de an-



Kepler.

temano para conseguir un efecto útil, conduce á enseñar al que no sabe, mediante pruebas claras y evidentes por medio de las causas segundas ó fuerzas naturales; es decir, que es indispensable saber cuales son las causas inmediatas del fenómeno. En una palabra; la averiguación de las causas finales supone la de las causas secundarias ó eficientes, que no se pueden dispensar en el importante estudio de la naturaleza.

Si el conocimiento de las causas finales lo hacemos de un modo limitado y presuntuoso, entonces sólo conseguimos sustituir á nuestras concepciones también limitadas, las mezquinas y erróneas creencias religiosas ó los impulsos de una pasión desordenada.

El hombre reflexivo no debe dejarse arrastrar imprudentemente por exageraciones febriles ó por delirios pasajeros y efímeros de nuestra fantasía, cual si fueran una parte del designio inmenso y eterno de Dios. Antes de hablar en



absoluto como si hubiéramos penetrado en sus consejos, conviene al menos haber estudiado sus obras; pero no superficialmente en éste ó aquel detalle elegido *ex-profeso*, ni bajo un determinado objetivo, sino en todo el conjunto; es decir, en la inmensidad del mundo pancósmico.

No sin razón han consignado los señores Tait y Balfour-Stewart, en su obra intitulada: *The unseen Universe, or physical speculations on a futur State*: «Preciso será no olvidar, bien sea que tengamos á la vista la ciencia, ya que consideremos la Religión, que el gran objetivo de toda nuestra vida en el seno del universo invisible, ha sido siempre el de aprender. Los progresos de la ciencia cuando se relacionan con la constitución del sér humano exigen imperiosamente que prosigamos sin cesar hacia este gran objetivo y que prosigamos con energía y de una manera continuada, porque como nos recuerda San Juan en la primera epístola, *la victoria que alcancemos sobre el mundo será la obra de nuestra fe.*»

Por esto la Santa Asamblea católica congregada en el Vaticano, dijo: «Jamás el Catolicismo ha negado á la ciencia el perfecto derecho de investigar dentro de su propia órbita, poniendo en juego sus métodos de investigación y sus principios conocidos. El Catolicismo quiere únicamente conservar incólume la dignidad de sus dogmas, rechazando los errores que hacen vacilar la moral y perturban la fe y la creencia.» Tal se desprende del texto del Concilio del Vaticano. (Const. de Fide Catholica, Cap. IV.)

Por otra parte: ¿cómo apreciar debidamente el juego del complicado y maravilloso mecanismo del universo, sin sospechar y apereibir el uso? La noción general del orden y de las causas finales, da el resultado perfecto de la contemplación inteligente de la naturaleza. Es la primera palabra de la ciencia. Empero el conocimiento preciso de las causas finales generales y dominantes y de las particulares y subordinadas, constituye el complemento y es la conclusión de la ciencia. Conclusión que sólo podrá ser legítima cuando sea el resultado de largos y minuciosos estudios, de perseverantes investigaciones y de serias y juiciosas meditaciones. Todo esto es, en verdad, un punto en lontananza, que sería temerario pretender alcanzar; pero que probaría también marcada imprudencia en aquel que se alabara de haberlo conseguido con demasiada facilidad. Es, en fin, un punto brillante hacia el cual debemos volver los ojos con frecuencia para orientarnos en nuestro azaroso camino, sin dejarnos deslumbrar por su excesiva brillantez.

Seamos justos. En las obras de Francisco Bacon hay verdades generales de importancia científica, en medio de repetidos errores de detall. Se critica al gran Canciller de que su método no es original y de que ya fué indicado por filósofos de otras épocas. ¿Qué concepción humana nació perfecta, para que al

través de los siglos no haya sido modificada, ampliada y mejorada, sin haber alcanzado la deseada perfectibilidad? Nadie podrá negar á Bacon la gloria de haber formulado el método experimental.

Si las hipótesis de la evolución y el transformismo, si las doctrinas monísticas fuesen ciertas, si los trabajos de los señores Darwin, Hackel, Comte y otros sabios se viesen sancionados por la observación y la experiencia, entonces los esfuerzos que ha hecho el ilustrado profesor señor Luis Büchner y sus amigos para combatir las *causas finales*, se verían colmados de gloria y pla-



Gassendi.

centera satisfacción; empero por fortuna estas ilusiones desaparecen como una visión óptica, son espejismo, nada más que espejismo...

Reanudemos otra vez nuestro relato.

Juan Kepler descubrió las leyes astronómicas que más tarde sirvieron de punto de partida á Newton, dió á conocer algunos principios de óptica, habló del microscopio, de la combinación de las lentes, de la pesantez como fuerza universal y con un antejo diferente del de Galileo reconoció las montañas de la Luna. Nombrado matemático del emperador Rodolfo II, fué desatendido y tratado con ingratitud. Después de su muerte Catalina II adquirió todos los manuscritos del ilustre sabio que aun no se habían publicado.

Gassendi contemporáneo y amigo de Kepler, discípulo y admirador de Bacon, digno compañero de Galileo y precursor de Newton y de Locke, fué uno de los sabios que más contribuyeron á la propagación de la filosofía inductiva.



Historiador y anticuario, biógrafo, físico y naturalista, astrónomo, geómetra y anatómico, helenista y dialéctico, le vemos á la vez escritor erudito y elegante. En sus obras se nota cierta mezcla de fe y de expansión epicurea que casi constituye un escepticismo especial. No debe extrañarse: porque Gassendi era hijo de la escuela de Epicuro; el sistema atomístico del filósofo griego desarrollado luego por su discípulo Lucrecio, conducía al ateísmo; en los estudios de Gassendi parece que se pretende rebajar la soberanía del Creador. El atomismo actual no sostiene que los átomos sean increados ni eternos, rechaza con argumentos deducidos de la observación y de la experiencia los errores de pasadas escuelas, para sostener en toda su pureza la esencia del sistema.

Hobbes, amigo de Gassendi, que siguió el mismo camino, vino á degenerar en un materialismo social, y hasta si se quiere en el ateísmo. La ley fundamental de las ciencias, decía Hobbes, está en lo sensible material. La sensación es un movimiento que los nervios transmiten al cerebro, y la idea una actividad de este órgano. No se puede ser más materialista.

Los racionalistas de la escuela inductiva guiados por la experiencia y la observación enaltecian las ventajas de su método, aun para aquellos que se dedican á los estudios morales y teológicos. Los partidarios de la escuela deductiva ostentaban las galas de la fantasía y reclamaban las preeminencias del espíritu, aspirando á subyugar á su sistema las verdades y axiomas del mundo externo.

La discusión y la controversia alcanzaban ya grandes proporciones, y cuando la victoria se inclinaba á favor de los naturalistas, Descartes sistematizando el idealismo puro presentó un nuevo método tan completo, que fué por entonces la piedra angular que sostuvo el edificio de la filosofía deductiva. Elogios son estos que quizá algún filósofo de nuestros días encuentre exagerados.

Descartes había nacido en el Haya (Turena), en 1596. Dotado, por más que se diga, de un espíritu creador, animado por un carácter independiente, quiso reformar la filosofía partiendo de la *razón pura*, y considerando como inútiles las verdades á que conduce la experiencia y la observación. Profundo matemático, gran astrónomo, eminente físico, pensador reflexivo, reunía, en verdad, una suma de conocimientos variados y profundos, suficientes para emprender tamaña empresa. Siguiendo á Aristóteles y á Bacon quiso también prescindir de cuanto sabía diciendo, que para buscar la verdad es indispensable olvidar cuanto se conoce á fin de construir de nuevo el sistema de ideas adquiridas. Puede asegurarse que Descartes supo reemplazar con un solo principio la complicada lógica de los peripatéticos: *El espíritu puede afirmar de una cosa, todo aquello que está contenido en la idea de ella; ó bien, «La evidencia es el único sello que marca la verdad de nuestros juicios.»*

Por esta razón, dice el filósofo, la lógica peripatética con sus silogismos y la mayor parte de sus instrucciones, sirve á lo más para explicar á otro las cosas que ya sabe; lo mismo que el arte de los alquimistas enseña á hablar sin juicio de aquello que aun se ignora.

Animado con el renombre que había adquirido por la feliz idea de aplicar el álgebra á la geometría, y con los rápidos progresos que en las ciencias físicas hiciera, comenzó á reedificar el edificio de los conocimientos humanos, según su tema dominante de la *razón pura*, y partiendo de un fenómeno de conciencia. *Yo pienso, dice el filósofo, luego yo existo.* De aquí se eleva por una serie de deducciones sublimes á las verdades más abstractas del orden moral.



Descartes.

Respecto al mundo objetivo, Descartes tomó por base de su cosmogonía una proposición de los filósofos de la escuela pitagórica. *La materia es inerte y por sí carece de forma y energía.* De esta proposición dedujo una serie de consecuencias, con las cuales se llega á conceder que la materia carece de atributos.

Descartes separándose de cuantos sistemas se habían imaginado para explicar de un modo más ó menos satisfactorio los fenómenos de la naturaleza, inventó una materia primera, única y elemental, con la que quiso dar á conocer la formación del universo; esta materia divisible al infinito, capaz de modificarse por sus movimientos, susceptible de descomponerse y aun de organizarse, era para el sabio francés la panacea de su sistema. Al propio tiempo dijo que el espacio era infinito, consideró el vacío como una quimera y admitió que aquel



fluido invisible é imponderable estaba esparcido por la naturaleza, penetraba por el interior de todos los cuerpos y trasmitía las fuerzas del calor, luz, gravitación y electricidad: tal era el *éter* que buscó entre los recuerdos de los filósofos griegos y sobre el cual sabemos muy poco, casi nada.

¿Cómo ninguno de los discípulos de la escuela cartesiana podía imaginarse que en el último quinto del siglo XIX sería este ente misterioso nada menos que el *azoe* ó nitrógeno?

Según Descartes existen tres elementos formados de millones de moléculas que se hallan como hacinadas las unas al lado de las otras, y chocándose, ro-



Pascal.

zándose y estrellándose entre sí, son arrastradas por un movimiento rápido, como los torbellinos alrededor de los diferentes centros, de donde tienden á separarse en virtud de la fuerza centrífuga que nace del movimiento circular. Por medio de estos torbellinos explicaba todos los fenómenos naturales, dando á conocer la pesantez, las mareas y otros del dominio hoy de la geología. Pero los trabajos principales de este célebre filósofo, se hallan en el estudio sobre la luz. En la *dióptrica* habla de las propiedades generales de este fluido imponderado, ó de este movimiento ondulatorio del *éter*, enseña las leyes de la *reflexión* y *refracción*, y sobre todo demuestra: que cualquiera que sea la oblicuidad de un rayo luminoso que pasa de un medio á otro de diferente densidad (refrangibilidad?), la relación del seno de incidencia al seno de re-

*fracción es constante é invariable*. Analizó además los fenómenos de la visión y cuanto guarda analogía con el organismo del ojo humano; habló del cómo se pintan las imágenes en la retina, y por qué siendo doble aquella imagen la vemos en el estado normal simple y sencilla. Descartes con el peso respetable de su autoridad, afianzó más y más los dos axiomas científicos de mayor importancia que jamás hayan podido ofrecerse á la humanidad; tales fueron, el sistema de Copérnico, base del sistema del mundo, y la circulación de la sangre, origen de todos los conocimientos fisiológicos. La escuela cartesiana contó entre sus adeptos á Malebranche, Pascal, Geulieux, Leibnitz, y otros sabios de nota, que algunos como Wittich y Roël quisieron aplicarla á la teología racio-



Malebranche.

nal. No ha faltado quien en nuestros días haya consignado que Descartes fué el precursor de Büchner y Moleschott.

El *éter* del filósofo francés vuelve á tomar su lugar preferente, y junto con la materia ponderable son los dos factores únicos que sirven para explicar los más complicados fenómenos, así del mundo atómico como de los diferentes sistemas planetarios. Los continuos é incesantes movimientos, dicen, desenvuelven una potencia eléctrica que produce corrientes electro-telúricas, por medio de las cuales se realizan todos cuantos movimientos se verifican en los átomos ponderables, que para algunos forman con el *éter* una sustancia única; negando de este modo la acción á distancia. Teoría atrevida que encontrará en los fenómenos de la física y de la química obstáculos, que probablemente no



podrá vencer: así como no le será dable explicar las relaciones entre la sustancia material y la extensión, ni las energías y armonías, la intención, la finalidad y otros varios fenómenos del orden moral.



Fundación de la Academia francesa (1635).

El idealismo filosófico de Descartes marchaba ufano hacia su apogeo, no sin que en su ruta fuese detenido y, tal vez, amedrentado, por los múltiples y portentosos descubrimientos de las ciencias experimentales. Huyghens, Des-

guliers, Newton, Locke y Condillac coadyuvaron con sus estudios y experimentos á tan halagüeño triunfo contra la escuela cartesiana. La discusión volvió de nuevo á excitar los talentos privilegiados, y la lucha entre las escuelas de Bacon y Descartes comenzó otra vez, para recordar pasadas épocas de la historia de la ciencia. Alguno como Espinoza tomó un rumbo opuesto, y sus discípulos y propagadores se engolfaron en graves cuestiones metafísicas y teológicas, hasta que alcanzaron el panteísmo. Empero, estos escritos promo-



Porta.

vieron un disgusto general, y fueron desde luego apreciados como delirios de imaginaciones extraviadas ó enfermizas, á pesar de su unidad y rigor lógico.

La química había sacudido el yugo de las ciencias ocultas, la alquimia ó crysopeya se consideraba como un sueño y los antagonismos, las simpatías y los arquetipos divinos como quimeras y delirios. Una nueva era brillaba ya sobre el horizonte de la ciencia de las reacciones, y asiduos é importantes trabajos preparaban los gloriosos días de una trascendental y provechosa regeneración.

Casi al mismo tiempo se fundaron varias academias científicas que coloca-



das frente á frente del escolasticismo y del peripato, que todavía dominaban en muchos claustros universitarios y comunidades religiosas, sirvieron de poderosa palanca á la nueva civilización. Separados aquellos centros académicos, como entonces estaban, de todo patronato oficial y fuera de la influencia doctrinaria administrativa, marchaban con desembarazo al frente de las ciencias experimentales y de observación, y fueron los maestros y sostenedores de aquellas modernas hipótesis y teorías. La Nueva Atlántica de Bacon, la Academia de los Lynceos del príncipe Ceci, la Sociedad real de Londres, la Academia del Cimento, la Academia imperial de los curiosos de la naturaleza, la Real Academia de ciencias de París y otras varias en Roma, San Petersburgo, Bolonia y Stokolmo, reunieron y cobijaron en su seno los hombres más ilustres y eminentes de la época. Columna y Porta, Le-Fevre y Lemery, Boyle y los hermanos Wilis, Borelli y Reddi, Bausch y Fehr, Bourdelot, Duhamel y Glazer, Homberg, Becher y Stahl, y tantos y tantos otros no menos célebres profesores que sería largo nombrar. Estos fueron los precursores de la gloriosa escuela que ha alcanzado hasta nuestros días, conservando su justa fama y renombrada celebridad.

Newton con ese espíritu investigador que tanto le distinguió, comienza su brillante carrera desterrando de la física cuanto está basado en vanas hipótesis. Acomete la grandiosa empresa de crear la filosofía natural, y lucha con las escuelas idealistas de su tiempo. Apoyado en las observaciones del padre Kircher, hizo públicas sus opiniones sobre la fuerza que retiene á los planetas en sus órbitas respectivas, y somete la física á la experiencia directa y á los preceptos de la geometría. Después de haber demostrado la ley de gravitación universal, de ella hace depender los grandes fenómenos del sistema planetario. Desde luégo considera la gravedad en la superficie de los cuerpos celestes y como resultado de las atracciones ejercidas entre todas las moléculas elementales, y de ello vino á deducir aquella propiedad notable y característica de la atracción recíproca en el cuadrado de las distancias, á saber: *que dos esferas formadas de capas concéntricas de variable densidad, se atraen mutuamente como si sus masas estuviesen reunidas á sus centros.*

Guiado por las leyes de Kepler y con el auxilio del cálculo de las fluxiones que él mismo había inventado, descubre que la atracción solar y la terrestre decrecen en razón inversa del cuadrado de la distancia. Prueba asimismo, que el movimiento de rotación de la tierra ha debido en su origen aplanarla por los polos, y determina las leyes de las variaciones de los grados de los meridianos y de la gravedad de la superficie. Ve que las atracciones del sol y la luna causan y mantienen en el Océano las oscilaciones de las aguas, y de ahí deduce los principios del flujo y reflujo de los mares. Reconoce también, que

muchas desigualdades de la luna y el movimiento retrógado de sus nodos son debidos á la acción del sol. Considera, con ese talento suspicaz é investigador que tanto le distingue, el relieve del esferoide terrestre en el ecuador como un sistema de satélites adherentes á la superficie; aprecia la *precesión de los equinoccios*, que ya conocieron los astrónomos babilónicos; así, pues, la causa éfi-



Duhamel du Monceau.

ciente de este gran fenómeno dependiente del aplanamiento de la tierra y del movimiento retrógado que la acción del sol imprime á sus nodos, son dos principios que Newton dió á la astronomía. La mutación terrestre fué otro de los fenómenos que dió á conocer nuestro sabio. Su *óptica ó tratado de la luz* donde desarrolla la teoría de las *emisiones*, completamente distinta de la de los cartesianos, el *tratado de los principios*, que por ser muy metafísico pasó des-



apercibido de sus contemporáneos, el invento del cálculo diferencial, la mejora y perfección de los telescopios hasta el de reflexión, (que el abate Nollet quiso más tarde que su inventor fuese el abate Gregory), son descubrimientos y adelantos que la humanidad debe al célebre Newton. «Esos planetas principales,—decía el gran filósofo,—que describen alrededor del sol círculos de los que él es el centro, y cuya semejanza y plan es para todos el mismo con corta diferencia, nos manifiestan movimientos regulares que no proceden de una causa mecánica, porque los cometas siguen un rumbo diferente. Pues bien, este magnífico sistema del sol, de los planetas y de los cometas, no ha podido ser abortado sino por la voluntad y el poder de una *inteligencia omnipotente...*» Isaac Newton había nacido el 23 DE DICIEMBRE DE 1642 en Wolstrop, provincia de Lincoln en Inglaterra, y falleció en Kensington, Londres, el 20 de marzo de 1727: tenía ochenta y cuatro años, dos meses y veinte y tres días.

El genio extraordinario y fecundo, el gran talento, el profundo pensador, el sabio Newton, en fin, que ha llenado y llenará de asombro al mundo científico, acaba de ser ridiculizado por un filósofo positivista de nuestros días; el cual ha extrañado que Newton en sus últimos años sólo leyera los libros de Isaías y el Evangelio de San Juan.

Uno de los grandes descubrimientos de Newton fue sin duda alguna la ley de la atracción planetaria, que después se admitió como ley universal, así en lo infinitamente grande como en lo infinitamente pequeño. Y esta sublime concepción de la humana inteligencia, que ha llamado la superior atención de los sabios, y se ha difundido por las gentes de todas las jerarquías y condiciones, las leyes de la *atracción*, en fin, que inmortalizaron á Newton, que lo elevaron sobre el pedestal de la ciencia y á ellas han doblado la cerviz todas las inteligencias, acaban de ser puestas en duda por la superior perspicacia del abate Moigno en su opúsculo intitulado *Materia y Fuerza*.

Ya no es la atracción química la que mantiene los átomos y las moléculas á sus distancias respectivas y determina el estado de solidez, liquidez y fluidez aeriforme, ya no es la atracción planetaria, la cual se ejerce en razón directa de la masa é inversa del cuadrado de las distancias, la que sostiene el equilibrio en el sistema del Universo.

La atracción *no* es una *fuerza real*: es, *si*, según la expresión del sabio canónigo de San Dionisio, el ya citado abate Moigno, una *fuerza de explicación*.

Antes de buscar las leyes de la pesantez, decía Descartes, es preciso que sepa lo que es la pesantez: sólo la causa debe explicar los efectos.

El sabio é ilustre químico, el señor Sainte-Claire Deville, hablando de la atracción, manifestaba que en la hipótesis de Newton, las cosas se realizan

como si el sol atrajese la tierra. ¿Y por qué el sol la atrae?... Si en un examen os preguntasen ¿qué es lo que hace girar la tierra alrededor del sol? Responderíais: la atracción. Mas si en seguida os pidiesen ¿qué es la atracción? Responderíais: la fuerza que hace girar la tierra en derredor del sol. Luego repetición de principio, círculo vicioso. *La química no conoce semejante fuerza.*

La física que estudia la acción de los agentes imponderados sobre los cuerpos ponderables se apoya en la teoría de las radiaciones, de la cual depende



Newton.

la unidad de las causas físicas, que engendra el movimiento, el calor, la luz y la electricidad. Nada de esto pertenece á los tiempos de Newton, que aceptó la teoría de las emisiones, y otros muchos principios aceptados como leyes y difundidos por la respetabilidad de su autor, pero que el tiempo y los nuevos estudios han probado su falsedad.

Mil ideas se agolpan á nuestra mente en estos momentos, y desearíamos que tanto los positivistas como los materialistas científicos, incluso el señor Draper, reflexionaran un instante acerca la inestabilidad de las cosas humanas, y cuán efímeras y fugaces se presentan las decantadas teorías y brillantes hipótesis que tanto enorgullecen á ciertos hombres.



Entre los numerosos partidarios de Newton, digno es de honrosa mención Desaguliers, el cual con aplauso general, reemplazó á Kell en la Universidad de Oxford.

Locke queriendo refutar las ideas innatas de Descartes, establece el principio de que todas las ideas vienen de los sentidos y de la reflexión; es decir, de las operaciones propias del espíritu ó del entendimiento sobre las sensaciones, como había enunciado Bacon. De suerte, que Locke tomando por punto de partida la simple percepción, esto es, la conciencia que tiene nuestro espíritu de las impresiones sensitivas, marcha, por medio de una serie no interrumpida de consecuencias, hasta las operaciones más complejas y abstractas del pensamiento. La doctrina sensualista ó empírica de Locke hizo los mayores progresos, fué seguida por muchos filósofos y sirvió de fundamento, según veremos, para los sistemas erróneos que se difundieron en el siglo XVIII, contando entre sus sostenedores al célebre Condillac, el cual no sólo la popularizó, sino que la aplicó á todas las ciencias. Locke ha definido la conformidad del objeto con la idea, y su ensayo sobre el gobierno civil dió abundantes materiales á Rousseau para escribir el *Contrato Social*.

Los esfuerzos del genio eminente y generalizador de Leibnitz, cuyos universales conocimientos han sido reconocidos y encomiados por la posteridad, se dirigian á dar al método mayor perfección ampliándolo con ideas y principios llenos de novedad, siéndole la física dendera de importantes teorías.

El célebre Leibnitz dijo que la naturaleza y la gracia conspiran en unión de las maravillas físicas á mantener constantemente el fuego divino que calienta las almas afortunadas. Con frecuencia, añade este sabio, he observado que aquellos que no se dejan impresionar por las bellezas naturales, son á penas sensibles á lo que verdaderamente debe llamarse amor de Dios.

La escuela peripatética ya en sus últimos resplandores había sido avasallada por la teoría estahliana. El hipotético *flagisto* destruyó los cuatro elementos; los filósofos de las dos esenelas militantes buscan los medios de saber si los órdenes y los tipos que resultan de una clasificación tienen en el mundo externo existencia real ó son simples reflejos de la inteligencia humana que, según opinión de muchos sabios, tiende sin cesar á la unidad de las cosas... Estas son las mismas cuestiones que la filosofía viene debatiendo de veinte y dos siglos á esta parte, esta es la lucha que, en la antigüedad sostuvieron Platón y Aristóteles, la misma que en la Edad media acandilló á los pensadores en dos bandos opuestos con los nombres de *realismo* y *nominalismo*; y después, y aún en nuestros días, sirve de fundamento á los dos partidos llamados *espiritualista* y *sensualista* en todas sus distintas esferas y jerarquías.

Los adelantos de la química hicieron sentir su influencia sobre la fisiología

y la anatomía humana. La medicina, en general, vino á subordinarse á la nueva ciencia, que con sus innumerables conquistas iba ganando en extensión y poder, á pesar del anatema que sobre ella lanzara la facultad médica de París. El descubrimiento de nuevos preparados que ejercen una acción marcada y eficaz sobre la economía viviente, y que se aplicaban con éxito en la patología, y el establecimiento de clínicas por vez primera en la Universidad de Leiden por el célebre profesor Francisco Leboé, llamado Sylvius, dió origen al sistema *chemiátrico*, siguiendo las doctrinas de Paracelso. Sistema altamente materialista que pretende explicar los fenómenos de la economía animal tanto



Locke.

en el estado normal como en el patológico, valiéndose de las leyes de la química, de la misma manera que si tuvieran lugar en una retorta ó en un crisol.

¿Ni cómo era posible que las cuestiones metafísicas pudieran alterar los progresos de la química, que comenzaba á teorizar sirviéndole de faro los estudios prácticos del laboratorio y la observación diaria en el gran libro de la naturaleza? ¿Ni cómo era posible que estos adelantos bastasen por sí para dar á conocer los múltiples y complicados fenómenos del mundo de la vida? Las funciones de los seres organizados se quisieron explicar con sujeción á las leyes de los cuerpos brutos, el cálculo se aplicó á la economía viviente y las matemáticas y la física vinieron, al parecer, á suministrar medios para penetrar en los misterios del organismo vivo. Sanctorius fué el primero que indicó á los médicos la transpiración insensible, y cuando Harvey hubo demostrado la



circulación de la sangre, indicada antes por Servet, se tronizaron dos sectas que tomaron los nombres de *yatro-matemática* y *yatro-mecánica*.

Boërhaave aceptó con entusiasmo ambas escuelas, (aun cuando en sus escritos se observa que da la preferencia á la *yatro-mecánica*); pero más precavido que alguno de sus contemporáneos, se hizo un verdadero ecléctico. Las doctrinas mecánico-químicas fueron bien pronto reemplazadas por el *animismo* de Stahl y el *vitalismo* de Hoffmann. Sectas médicas que marcharon, en verdad, por opuestas sendas, sin que sus hipótesis pudiesen encontrar una solución experimental que satisficiera las necesidades de esta rama del árbol frondoso de la ciencia.

El conocimiento de la imprenta había sido sin disputa la causa primera que difundió las luces de las ciencias todas por los pueblos que ostentaban una civilización más ó menos acabada. Los descubrimientos que se hacían en Europa, se trasmitían á los sabios de los demás países, se reproducían con admirable facilidad y con igual prontitud se sabían los adelantos que tenían lugar en las regiones más apartadas del globo; la imprenta guarda con cuidadoso afán todos los errores y todos los verdaderos adelantos de los hombres.

Este período de la historia científica del progreso humano, lleva encarnado también los sentimientos opuestos y contradictorios de todas las aspiraciones de los grandes hombres que en él han figurado. Hay en toda esta época una mezcla tan heterogénea de acontecimientos religiosos, políticos y científicos, de sucesos extraordinarios, de virtudes y de vicios, de adelantos positivos y de barbarismo, de errores y de progreso verdadero, que el espíritu del hombre pensador y reflexivo se detiene perplejo ante esa confusión informe de lo antiguo con lo moderno. Verdad que en este espacio de tiempo descuellan varones eminentes, genios sublimes, talentos inspirados, que con sus luces y descubrimientos empujan el carro victorioso de la ciencia hacia su mejoramiento y perfección; empero, se aplauden y se premian acciones infames y crímenes horrendos, la guerra y la desolación enaltecen á los príncipes y magnates, las creencias, la fe religiosa y la unidad de la Iglesia católica se ponen á disección para turbar las conciencias, se castiga con inusitada crueldad los errores y preocupaciones de creencia, se proclama por alguno el racionalismo y de ahí nacen multitud de opiniones encontradas que trastornan el buen sentido y hacen vacilar á los católicos de corazón. Mas en medio de tanta ironía y entusiasmo, entre el fanatismo y la verdadera creencia, al través del puñal y el veneno, brillan los esplendores de la fe católica y se enaltecen los descubrimientos de las ciencias exactas, físicas y naturales; se aplican los verdaderos principios del derecho y, tan útiles como beneficiosas aplicaciones en todas las esferas sociales, se hallan siempre en perfecta armonía con la Religión revetada

y con los dogmas del Catolicismo. El progreso de la humanidad continúa la ruta señalada por la Providencia; la moral y el derecho natural se separan del empirismo y buscan el auxilio de la psicología, y gracias á su amparo cuenta la experimentación con algunos, aunque pocos, principios ciertos que están dentro los preceptos de la Religión católica y de la filosofía científica. Se destruyen á cada paso viejas y nuevas teorías y rancias ó flamantes hipótesis y se



Montesquieu.

olvidan antiguas preocupaciones y añejas creencias científicas ó modernos axiomas, arraigados en la imaginación del hombre para que sean sustituidos por otros también nuevos, que, al parecer, explican mejor los hechos observados y los fenómenos del mundo cósmico. Se lucha una vez más sobre los mismos temas; todos se afanan para buscar la *verdad*, y la duda viene á anular y entristecer nuestro fatigado espíritu; una pléyade de hombres ilustres



acepta principios generales que admite como verdades incuestionables, con ellas dirige á la humanidad y ésta vive á su amparo contenta y complacida; mientras que otro grupo de hombres también ilustres por su ciencia, destruye y hace ver que todo cuanto se sabía era falso y engañoso; se dirigen acerbos reproches, cruentos ataques y apasionada crítica á los mandatos y cánones de la Religión católica; y los incrédulos de oficio, los ateos por especulación y los sofistas por conveniencia, repitiendo hasta la saciedad las vulgaridades de todos los tiempos, se creen cantar victoria; empero el profundo y meditabundo Pascal sale á la defensa, Descartes hinca la rodilla con respeto ante la Providencia y no quiere abandonar la religión de sus padres, y Buffón acata y admira en la naturaleza el trono divino de Dios; Benthey contempla con asombro el poder de una *primera causa* increada, Newton dobla la cerviz á esta Religión católica tan mancillada por sus enemigos, pero jamás vencida... y todos reverentes y extáticos con H. d' Halley, A. Cauchy, Faraday, Stokes, Baumgartner se prosternan reverentes ante la grande y maravillosa obra de la *creación*, desapareciendo como por encanto los *conflictos*, que decían los emancipados del Catolicismo, habían surgido entre la Religión católica y la ciencia en distintas épocas de la historia. Las declaraciones terminantes, solemnes y espontáneas de muchos filósofos modernos en el transcurso de su vida ó en los postreros momentos de su existencia, entre otros, Boulanger, Montesquieu, Montaigne, Isuard... etc., prueban sin ningún género de duda, que *entre la Religión católica y la ciencia no puede existir conflicto alguno*. No sin razón el Concilio del Vaticano, que tanto impugna el profesor Draper, ha dicho: *Procediendo las ciencias de Dios, Señor de ellas, su empleo regular debe, con el auxilio de la gracia, conducirnos á Dios*. (Const. de Fide Catholica, C. IV).



## CAPÍTULO XI

### LA CIENCIA MODERNA

El siglo XVIII. — Bacon y Leonardo de Vinci. — El entusiasmo reformista. — Los viajes. — Se renuevan los ataques al Catolicismo. — Comienza la adición á los estudios orientales y arqueológicos. — El equilibrio Europeo. — Los hacendistas y los economistas. — El filosofismo y los enciclopedistas franceses. — El derecho internacional y de gentes. — El determinismo. — Las escuelas de Kant y de De-Maistre. — Las matemáticas, la física, la historia natural y la química. — La nueva nomenclatura química. — Se fonda la nueva escuela química francesa. — La gran ley de Salomón consignada en el Libro de la Sabiduría. — Las ciencias de la razón pura. — La filosofía idealista. — Kant, Fichte, Schelling y Hegel. — El señor O. F. Crupp. — La medicina en esta época. — Extravíos de algunas escuelas. — La república Norte-Americana. — El socialismo. — El krausismo. — La escuela positivista. — Los derechos políticos de la mujer. — La pluralidad de mundos. — Consideraciones generales. — Conclusión.



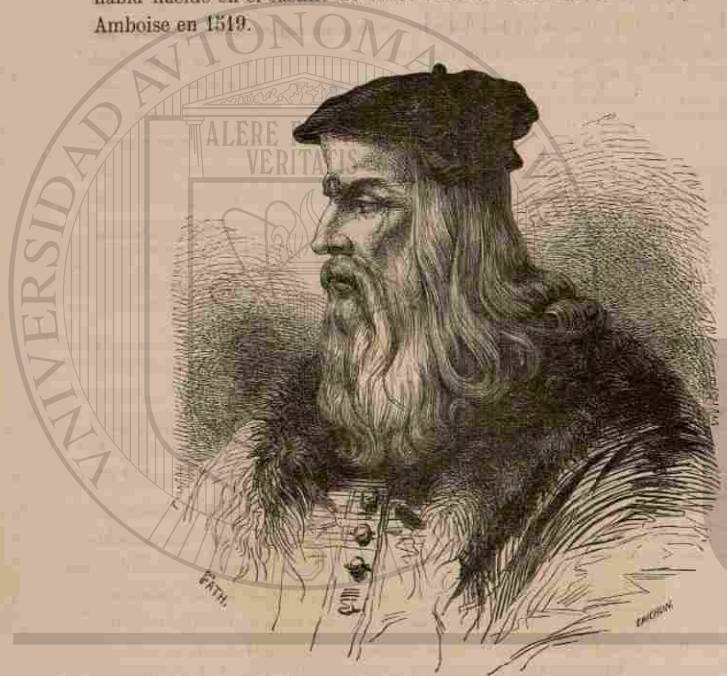
FRANCISCO Bacon, Gran Canciller de Inglaterra, apenas entrado el siglo XVIII, era proclamado por la escuela volteriana el regenerador de la ciencia. El hombre y la naturaleza, dijo el sabio Barón de Verulamio, la memoria, la razón y la imaginación son las facultades que sirvieron de fundamento para sus principios generales. La escuela volteriana contribuyó poderosamente á la nombradía que adquirió este filósofo. El Gran Canciller había formulado el método experimental que, si bien con notables defectos de detalle, era verdadero en cuanto al conjunto. El señor Draper atribuye el sistema inductivo á Leonardo de Vinci, añadiendo que Bacon ignoraba las matemáticas, que siempre miró con desdén las teorías de Copérnico y no creía que los instrumentos sirviesen de poderoso auxilio para las investigaciones científicas. Ya hemos indicado respecto á este sabio la opinión consignada por el ilustre académico señor Don Francisco Caminero.

Nosotros recordaremos al profesor norte-americano, que el método inductivo lo conocieron mucho antes el insigne J. L. Vives, y después su discípulo Gómez Pereira.

De todos modos, es para nosotros sumamente satisfactorio tributar un recuerdo de respeto al célebre pintor de la escuela florentina, distinguido arqui-



tecto, escultor, ingeniero y mecánico, y hasta conocedor de muchos fósiles; que mirando con menosprecio la frialdad con que fué recibido en Roma, después de haber sido director de la academia de Milan, vino á fijar su residencia en Francia, donde Francisco I le colmó de distinciones. Leonardo de Vinci había nacido en el castillo de Vinci cerca de Florencia en 1452, y falleció en Amboise en 1519.



Leonardo de Vinci.

Es indudable que Leonardo de Vinci fué uno de los hombres más ilustres de su tiempo. Estableció sobre una teoría razonada los principios de los terrenos estratigráficos, y presentó atendibles consideraciones científicas y filosóficas, que estudiadas posteriormente, constituyen la base de la paleontología de las conchas fósiles.

La ciencia de Dios, del hombre y de la naturaleza basada en la razón pura, de donde emanan los conocimientos teológicos y morales; las matemáticas llamadas puras y mixtas; la medicina, la historia natural y la química; la histo-

ria así sagrada como profana con todas sus divisiones hijas de la memoria; y la poesía, las artes liberales y la música que dependen de la imaginación, tenían sus genuinos representantes siguiendo la escuela inductiva. Al Gran Canciller en medio de sus errores filosóficos, se le consideraba de hecho como jefe del materialismo científico.

En los primeros años de aquel siglo la escuela filosófico espiritualista suspendió por unos momentos su marcha invasora; parece que meditaba, que



Jovellanos.

reflexionaba comparando los sistemas que se sujetaron al examen para emprender de nuevo su misión reformadora. El entusiasmo exagerado, se vió que siempre era perjudicial; los razonamientos sutiles y ampulosos se relegaban ya al olvido; las metáforas ridículas y altisonantes de Velladier, Góngora, Besse, Bosquier, Hita, Gracián, Silva, etc.; fueron eclipsados por la sencillez de la forma, la pureza en la idea y la elegancia de la dición siguiendo á Flechier, Ercilla, Bossuet, Jovellanos, Fenelón, Covarrubias, Calderón y Moratín.



Las contiendas peripatéticas que siempre ponían á la discusión algún tema que se rozaba con las creencias católicas, fueron por de pronto suscitadas por otros estudios más prácticos y de utilidad inmediata. Los viajes se multiplicaron y el conocimiento de la antigüedad volvió de nuevo á llamar la atención de los sabios.

Desgraciadamente sus resultados no fueron nada satisfactorios, los cuales unidos á las observaciones inexactas, las descripciones fabulosas y las gratuitas exageraciones, introdujeron en la ciencias multitud de cuentos y patrañas que desfiguraron la verdad, y sirvieron á muchos reputados escritores de material científico, sacado como decían de la naturaleza ó hallado en la historia del hombre, para fundar errores que se han admitido como entidades reales. La arqueología y la numismática se hicieron intérpretes de las religiones, de la política y de la civilización general de pasados tiempos, y de aquí la protección que se dispuso á los estudios orientales. La filosofía extendió su esfera de acción y se crearon la lingüística y la etnografía. Passeri y Winckelmann, Visconti y Duret, Nieburh, Palas y Hervás fueron, entre otros, los que más sobresalieron en esta clase de conocimientos.

No sin razón ha dicho el Excmo. é Ilmo. Sr. P. Fr. Zeferino González en la introducción de su obra *Filosofía elemental*: «La historia de la filosofía escolástica está aún por escribir. El día que esta historia se escriba y que en lugar de los trabajos más ó menos aceptables é incompletos de Rousselot, Haureau, Cousin y demás publicistas que de esta materia se ocuparon, poseamos una historia concienzuda, imparcial y sobre todo completa de la filosofía escolástica, desaparecerán la mayor parte de esas inculpaciones, y esa filosofía será juzgada y apreciada bajo su verdadero punto de vista.»

¿Qué extraño parecerá que los racionalistas del pasado siglo como Voltaire, Diderot, Condorcet, Bailly, D'Alembert, Destruitt de Tracy, Cabanis, etc. dirigieran todos sus envenenados dardos al escolasticismo nominalista, que era la filosofía de la Iglesia católica, apreciado de tan distinta manera y tan poco conocido en sus detalles?

Todos los trastornos y excesos contemporáneos y anteriores, que nada representan considerados en la esfera de la ciencia, junto con las rivalidades personales de monarcas poderosos, engendraron la política moderna, basada en el equilibrio de la fuerza y del poder; equilibrio que se creyó serviría de garantía á los estados subalternos; y acudiendo á la costumbre que llegó á considerarse como ley real, se dió forma tangible al derecho público y de gentes, que llevaban encarnado las ideas universales de *humanidad* y *nacionalidad*. La ciencia, no obstante, vino á poner de manifiesto la ineficacia de tan decantado equilibrio, y la experiencia con sus severas lecciones probó que toda combina-

ción podía fracasar ante el genio y temeridad de un Carlos XII, de un Federico II, de un Carlos V ó de un Napoleón I.

La sociedad, cansada de tantas revueltas, se hallaba anonadada; el movimiento intelectual, al parecer fatigado de la lucha, en suspenso; las clases industriales y manufactureras abrumadas por el fisco; el comercio exterior paralizado y el interior oprimido; el lujo, la ostentación, el fausto y el desenfreno de los poderosos que hacían sus demandas al extranjero habían empo-



brecido á la agricultura y absorbían los últimos restos de la ya exhausta riqueza pública, y la inmensa cantidad de bienes en poder de manos muertas abatía al colono y le encerraba en estrecho y reducido espacio. Esta amortización de la mayor parte de la propiedad agotaba los recursos y esterilizaba las fuerzas vivas y productoras de las naciones. Tal conjunto de circunstancias sirvieron á los filósofos y economistas de poderoso aliciente, para declamar contra toda clase de privilegios. El Catolicismo, por un abuso propio de la época, se vió otra vez rudamente atacado.



Entonces se pensó en prolegger y fomentar todas las fuentes de la riqueza pública, naciendo la ciencia económica, y emprendiendo mejoras positivas bajo la dirección de Sully y de Colbert, de Riperdá, Aranda y Floridablanca, de Chatham y Pitt,—su hijo segundo,—y otros célebres hacendistas; pero estas reformas, estos laudables propósitos no pudieron evitar que aquella civilización, hija de una educación engañosa, marchara desbocada por la pendiente del racionalismo y hasta del ateísmo. A la creación del papel moneda, siguió la de los bancos de emisión y descuento, siendo Law el primero que alcanzó realizar esta importante mejora.

La economía política en el pasado siglo separándose de su objeto principal y científico, se hizo materialista y en extremo utilitaria.

Véase, pues, como el filosofismo se había apoderado del hombre y de la sociedad, el análisis aprisionó a las inteligencias, se proclamó la *duda* como principio de verdad, y un materialismo grosero parecía que dominaba el orden moral e intelectual. La incredulidad, el sarcasmo, la malicia y hasta, si se quiere, la poca decencia de algunos escritores, llamaron la atención de la muchedumbre y consiguieron aumentar el número de prosélitos. Voltaire, Reinal, Volney, Le Blond, Dupuy, Cabanis, Holbach, Diderot, D'Alembert, Du Marsais, Condorcet, La-Metrie, Destruitt de Tracy, y Deslandes... lanzaron sus horribles blasfemias en nombre de la filosofía racionalista y de la civilización.

Concibieron éstos la audaz idea de reunir y concentrar todas las fuerzas para principiar la nueva campaña; de suerte, que si al comenzar el siglo XVIII los ánimos se habían quietado, fué tan sólo en apariencia; era el descanso del caminante después de una larga y penosa jornada para continuar luego la ruta con mayor afán y perseverancia. Diderot y D'Alembert se pusieron al frente de lo que llamaron la *regeneración social*, de la que pretendían ser representantes los enciclopedistas franceses, quienes de consuno subordinaron sus trabajos a la filosofía racionalista y materialista. Conjunto heterogeneo que entraña principios disolventes encubiertos con el velo de la ciencia y sujetos al alfabeto; pero falto de unidad pudo, al parecer, satisfacer las necesidades de los curiosos del momento sobre todo en las artes industriales y manufactureras, marchando desenfrenado sobre utopias impuestas por la moda cuando penetraba en otros terrenos.

Justo será y muy lógico que dejemos aquí consignado, *que los enciclopedistas franceses del pasado siglo no supieron más que destruir.*

Siglo aquel fatal y malaventurado, siglo escéptico y materialista, siglo metalizado, procaz y dúctil, refractario y quebradizo; trabajado por toda suerte de males y de infortunios, siglo sin fe religiosa, racionalista y ateo... ¿Qué habría sido de las criaturas humanas si hubiera faltado el auxilio de la Religión

católica, tan disfamada y perseguida por los que se habían llamado hijos suyos? ¿Se pudieron, acaso, oscurecer tantos varones doctos é ilustres, llenos de abnegación, saturados de moral, y rebotando saber en las ciencias profanas, que siguieron en sus íntimas convicciones la fe de la Religión católica?

¡Ah! Aquellos hombres desgraciados tenían ofuscadas sus inteligencias y se



Fenelón.

volvieron ateos. Sí; en su delirio negaron la Revelación divina y cuanto dejaron escrito los apóstoles y evangelistas, especialmente San Juan y San Pablo. Si para ellos todo era falso y mentiroso ¿para qué hablarles de Dios ni de Jesucristo, de Revelación, de tradición ni de evangelios, ni de nada, en fin, de cuanto está bajo el amparo de la luminosa fe religiosa, de la creencia católica y de la evidencia, que es el criterio de la verdad?... Desgraciadamente el materialismo ac-



tual y su última forma científica, el positivismo unicista, vuelven á proclamar las mismas doctrinas. Es que la educación en el fondo no ha variado.

Ya Montesquieu, uno de los juriconsultos modernos más ilustres, apoyándose en la historia había hablado de la filosofía de las leyes, Condillac de la de las ideas y Buffon de la de la naturaleza. Rousseau supo rechazar el grosero sensualismo, y á la par que introducía la escuela racionalista natural amalgamada con la Religión, defendía los derechos del pueblo y exaltaba el sentimiento íntimo de la virtud, sembrando la semilla revolucionaria y comunista, tan fructífera después. Saint-Pierre siguió también tan atrevida reforma filosófica; anduvo errante buscando la soñada realidad y se hastiaba de sí mismo; entusiasta y admirador de la naturaleza, cantó sus sublimes bellezas á la humanidad y llegó hasta el optimismo. Y era tal el frenesi de aquellos filósofos reformistas, que algunos como Condorcet proclamaban la igualdad de las naciones, y todos de consuno coadyuvaban á porfía á la idea suprema de hacer triunfar las escuelas materialista y racionalista que representaban de distintas maneras y bajo diferentes formas y aspectos. El mismo marqués de Condorcet se levantó furioso en pleno siglo XVIII contra el Papado; Smith le siguió en tan desatinada carrera, y la pasión y el encono fueron dos elementos que manejaron á su antojo aquellos filósofos.

El derecho internacional y de gentes vino á aumentar los discípulos de la escuela de Puffendorf; Burlamaqui pretendió que la felicidad del hombre estaba en el origen de las leyes y de las obligaciones; Wattel puso en duda los derechos históricos sancionados por el tiempo; Binkershoek estudió el derecho marítimo; Moser el derecho público y Bentham y Kant llegaron al extremo de idear una paz general para todos los pueblos europeos. Y como este derecho fuese aceptado con general aplauso por todas las naciones y por todas las razas, implícitamente todas ellas reconocieron de hecho la unidad del reino hominal.

Mientras el filosofismo avanzaba imponente proclamando con banderas desplegadas los derechos de la razón, la ciencia de la riqueza adquirió gran preponderancia, elevándose en pocos años á una respetable altura. Child, Locke y Stewart discurren acerca la *cosa pública* como principio de riqueza; Quesnay dirigió sus investigaciones á la distribución de esta riqueza, mereciendo la preferencia la agricultura y de aquí nacieron los *fisiócratas*; Smith analizó la ciencia agronómica, si así podemos llamarla, y dió á la economía una gran importancia; otros como Arturo Young enaltecieron el fomento agrícola por medio del mercado y Morellet y sus amigos atacaron el monopolio; los hubo, como Chastelleux, que santificaron el trabajo material; y, por fin, Malthus y Mac-Culloch, recordando el anónimo de un español sobre la población y las sub-

sistencias, recorrieron los hondos repliegues de las grandes cuestiones sociales para que Sir W. Pitt estableciera la base del impuesto en el *in come tax*. De este modo los problemas de interés público entraban también bajo el dominio de la ciencia; y véase, aunque de paso, como unos estudios que apenas habían salido de la cuna, se hallaban en marcada disidencia, y sus axiomas entraban en el terreno de una discusión apasionada.



Colbert, ministro de Hacienda.

El *determinismo* fué otro sistema filosófico que negó el libre albedrío, y según opinión de Proudhon: «Convierte el sér pensante en maniquí de la materia.» Niega la libertad humana, aceptando como principio que la actividad es la naturaleza, y ésta una causalidad mecánica; y con sus sutilezas y extravagancias aumentó la confusión en las ideas, dando lugar á un liberalismo mentiroso. Este sistema confunde y oscurece las hipótesis y teorías, para con-



ducir á los hombres por caminos intransitables, perdiendo las creencias que heredaron de sus mayores. Hoy se acude al determinismo para cubrir la ignorancia que se tiene sobre las leyes de la fisiología y de la morfología.

Todo cuanto acabamos de apuntar, fué la consecuencia de aquellas indiscretas disputas que siguieron á la escolástica y al peripato sobre la esencia de la materia y del espíritu, donde con frecuencia se confundía la filosofía con la Religión y la razón con la fe.

Todo esto era el resultado natural de aquella educación que recordaba el paganismo de Grecia y Roma. El método de Bacon ó de Vinci había impulsado las ciencias físicas y naturales hacia su progreso; pero sembró el germen de una escuela errónea. Descartes en medio de sus extravíos filosóficos, decía «que quería conservarse siempre en la Religión (católica) en que había sido educado,» marcando el camino de las ciencias intelectuales y sistematizando el idealismo puro; Malebranche llegó hasta las últimas consecuencias de este idealismo; Locke y Condillac desconocieron la existencia de las ideas absolutas y prepararon el camino á J. J. Rousseau; y, por fin, Leibnitz, el sabio que en su tiempo abarcó mayor número de conocimientos, distinguió la percepción de la sensación, pretendiendo amalgamar la ciencia con la Religión. El siglo XVIII deslumbrado con tantos adelantos, suspende por de pronto su carrera; mas extasiado con los descubrimientos de las ciencias exactas, físicas y naturales, y aguijoneado por la antigüedad clásica, se lanza irreflexivo en brazos de la experiencia proclamando el triunfo de la razón, y desdeñando la sensatez, la conciencia y hasta el buen sentido se hizo materialista ó panteísta.

En vano dos nuevas escuelas representadas por Kant y De-Maistre hicieron esfuerzos extraordinarios para desviar ó aminorar el empuje que tomaran las opiniones científicas y filosóficas, y como consecuencia las creencias ortodoxas. Ni la *Crítica de la razón pura* del primero, que se ha dicho fuese inspirada por el escéptico Hume, ni la *Justificación temporal de la Providencia*, donde el segundo suscitó la fe á la filosofía, fueron bastantes para sujetar el torrente reformador que tenía aprisionados á los hombres más distinguidos. La escuela escocesa á cuyo frente se puede colocar á Reid, quiso reunir la observación exterior y los hechos internos, para buscar una conciliación beneficiosa á la ciencia y á la sociedad contra el sensualismo de Locke y el escepticismo de Hume, como más adelante veremos.

Los filósofos del siglo pasado quisieron alterar la organización social; y en verdad que las conquistas de las ciencias naturales y experimentales, junto con las ilusiones reorganizadoras y los desmanes de la época, convidaban á ello y les suministraban datos suficientes para conseguir tan suspirada evolución. Las matemáticas fueron siempre uno de los estudios preferentes de las

escuelas filosóficas y siguieron en sus naturales progresos y marcados adelantos bajo la dirección del P. Guido Grande, Vega, P. Tosca, Ciscar, Prony, Laplace, Jorge Juan, Monge, Lagrange, Freycinet... etc. La física que desde remotos tiempos había merecido singular protección, marchaba ufana á la par que otras ciencias; sus diferentes tratados se enriquecían todos los días; se inventaron nuevos aparatos y máquinas que contribuyeron á aumentar el número de sus leyes y axiomas. La mecánica, las acciones moleculares, los



El conde de Floridablanca.

fluidos imponderables, la meteorología y hasta la cosmografía hicieron notables adelantos en manos de Eulero, Belidor, La Hire, Coulomb, Grey, Dufay, Franklin, Bernoulli, Richmán, Knight, Gregory, Drebbel, Reaumur, Lalande, Epinus, Volta, Arago, Herschel, Gay-Lussac y tantos otros sabios cuyos nombres recuerda la historia con respetuosa veneración. La historia natural seguía también la marcha progresiva de la evolución científica, y los viajes repetidos aumentaban el número de datos, enriqueciendo de un modo pasmoso la geo-



grafía, y permitieron construir con alguna exactitud mapas y cartas geográficas sobre observaciones más verídicas, suministrando elementos para conocer y estudiar la historia del planeta en que vivimos y los seres que lo pueblan. Byron, Vyllis y Bougainville, Cook, Damberger, Patterson y Pallas, Linneo, Tournefort, Buffon y Müller, Vallisnieri, Verner y Kirván, Dolomieu y Hamilton, los PP. Misioneros de la Compañía de Jesús y otros naturalistas que consagraron su vida a tan importantes estudios, hicieron que estos conocimientos se difundiesen por la generalidad de las gentes y formasen parte integrante de la educación de los pueblos.

La química, esta ciencia maravillosa que pasa del gabinete del sabio al taller del artesano, y que como dijo el poeta:

*parece formar seres de la nada;*

esa ciencia que se ocupa del conocimiento de los cuerpos simples y de la acción íntima y recíproca de las moléculas de todos ellos, no había aún adquirido una forma científica concreta al comenzar el pasado siglo. Stahl, fundándose en una distinción abstracta acerca el fuego libre y combinado, estableció la teoría del *flogisto*, y desde entonces la química fué considerada como ciencia; el *arte espagírico* pertenecía á la historia.

Bergmán, Scheele, Priestley, Parmentier, Cavendish, Blak y Gættling, Gir-tanuer, Bondt y Deimán, los condes Mocozy y Balbo, el abate Fontana y tantas y tantas celebridades, como se consagraron al mundo experimental ofrecieron á la química repetidos y admirables descubrimientos que sirvieron de base y sólido fundamento á Lavoisier para presentar su teoría *anti-flogística*, que ha alcanzado justa fama y celebridad hasta nuestros días. En vano muchos de aquellos sabios pretendieron sostener la hipótesis stahliana; el descubrimiento del *oxígeno* vino á derribar el edificio del ilustre alemán.

Lavoisier coordina los descubrimientos de sus contemporáneos bajo un nuevo punto de vista filosófico y los sujeta á la precisión de la balanza; sus asiduos y repetidos trabajos le conducen á establecer como axioma, que *los fenómenos de la química son debidos á la unión ó separación de los cuerpos*. Su teoría fué aceptada con general aplauso y el entusiasmo aumenta entre los amantes de la ciencia de las reacciones, cuando llegan á persuadirse que el cálculo viene á confirmar lo que la experiencia ha realizado. Nada se crea, nada se pierde en las acciones moleculares, dice el ilustre reformador, la materia es siempre la misma, y la balanza acaba de patentizar todas estas verdades. ¡Lavoisier! víctima sacrificada á la saña revolucionaria, tu nombre siempre augusto rodeado de aureola inmortal, pasará con veneración á las generaciones

futuras! Lavoisier murió en la guillotina el día 8 de mayo de 1794 á la edad de cuarenta y dos años.

«El abandono de la teoría flogística, dice el señor Draper, nos demuestra la facilidad con que la ciencia renuncia á las hipótesis que no se conforman con los hechos observados.» (Obra citada).

La teoría del flogisto como otras muchas que acaricia el profesor de Nueva-York; decimos nosotros, demuestra de una manera incontestable, cuán efíme-



El conde de Aranda.

ras y contradictorias son las especulaciones científicas á pesar de basarse en hechos esencialmente experimentales. Después de las doctrinas del inmortal Lavoisier, parecía que la ciencia de las acciones moleculares había alcanzado la meta de su perfección y desarrollo. Sin embargo, ¿cuántas hipótesis y teorías no se han dado á conocer para explicar los fenómenos de la química? El señor Draper lo sabe perfectamente, sin que se haya dicho aún la última palabra.

La revolución francesa en toda su plenitud había estallado el año 89. Los



abusos en todos los ramos de la administración pública tenían apesadumbrado el bondadoso monarca Luis XVI, y los nobles y cortesanos desdeñosamente confiados miraban con descuido ó aceptaban con entusiasmo las máximas filosóficas de las escuelas racionalista y materialista inoculadas por todas las clases de la sociedad. Los desaciertos en la hacienda tenían empobrecido el país, y los nombres respetables de Turgot y Necker no fueron bastantes para evitar la catástrofe. Calonne aun que fecundó para arbitrar recursos, tampoco pudo disipar la tormenta, y la presunción de monseñor arzobispo de Tolosa, el señor de Brienne, precipitaron los *Estados generales*, y tras ellos toda suerte de calamidades y sangrientas escenas. Aquello fué una tragedia romana con todos sus desastrosos episodios y sangrientos accidentes.

En medio de tantos disturbios político-sociales, la química realizaba una de las reformas más trascendentales que jamás haya podido ofrecer ninguna otra ciencia. La antigua terminología química era insuficiente, recordando á cada paso las doctrinas místicas del arte sagrado ó de la alquimia; Black y Bergmann, profesores ilustres, lo conocieron, y buscaron el concurso de todos para establecer de común acuerdo una nomenclatura sistemática. En 1782 el sabio al par que modesto Guyton de Morveau había presentado un plan de reforma, el cual perfeccionado después por otros tres compañeros se sometió al juicio científico de la Academia de ciencias de Francia (18 de abril de 1787).

Los señores comisarios Baumé, Cadet, d'Arcet y Sage, decían en su informe (13 de junio 1787), entre otras cosas: «Esta nueva teoría (la nomenclatura química), es la obra de cuatro hombres justamente célebres en las ciencias y que hace mucho tiempo se consagran á ellas... Pero ¿qué teoría (la del flogisto) debió jamás su nacimiento á hombres dotados de más genio, ni á un trabajo más asiduo y porfiado? ¿Cuál otra reunió jamás á los sabios por un acuerdo de bellas experiencias, por un conjunto de tantos hechos brillantes como la doctrina del flogístico?... No es en un día que se reforma, que se reduce á la nada casi, un lenguaje ya entendido, esparcido y familiar á toda Europa, y que se le sustituye por otro nuevo según las etimologías extrañas á su genio ó tomadas de una lengua antigua, ya casi ignorada de los sabios, y en la cual no se puede tener huella ni noción alguna de las cosas, ni de las ideas que debe significar...» Esta reseña de la sabia Corporación oficial fué muy pronto desprestigiada por los inmensos servicios que la nomenclatura prestó á la química, cuyos progresos se hicieron sentir inmediatamente sobre todas las ciencias empíricas, sobre las artes, las industrias y la agricultura. *Qué también yerran los centros oficiales donde se condensa el saber de los pueblos modernos.*

En el sistema pneumato-químico fundaron los cuatro químicos Guyton de Morveau, Fourcroy, Berthollet y el mismo Lavoisier el lenguaje técnico, ó sea

la nomenclatura química que es el fundamento de lo que se llamó *escuela francesa ó pneumática*. Esta escuela fué propagada y enaltecida por Chaptal, d'Arcet, Pelletier, Deyeux, Van-Mons, Achar, Chavaneau, Ruelle, Adet, Vauquelin, Berard, Cadet, Orfila y otros ilustres y sabios profesores. Empero los principios establecidos por Lavoisier y su escuela fueron modificados cuando se dió á conocer la teoría de los átomos y las leyes de los equivalentes quími-



cos, y los discípulos de aquel genio emprendedor y extraordinario explicaron los fenómenos de atracción molecular por medio de la electricidad. Wenzel y Richter, Daltón y Wollaston, Ampère y Berzélius, Davy y los dos Becquèrell dan á conocer las proporciones múltiples, los equivalentes y la teoría electroquímica y Proust y Gay-Lussac con sus levantados trabajos dan estabilidad y fijeza á la teoría presentada, para que la química ofrezca un conjunto armónico de glorioso y brillante porvenir.



Siguiendo los químicos con constancia los estudios del laboratorio, sólo la observación y la experiencia guía á todas sus conquistas y Thénard, Carbonell, Dulong, Petit, Dumas, Mischerlich, Boure, Regnault, Liebig, Graham, Thomson, Wähler, Gutiérrez, Pelouze, Faraday, Fremy, Hofmann, Cahours y tantas otras celebridades contemporáneas ilustran con sus trabajos y descubrimientos el sendero de las teorías modernas.

La química orgánica parecía que estaba sujeta á leyes especiales distintas de las inorgánicas; el análisis y la síntesis de esta parte de la ciencia se consideraban como dudosas ó imposibles; filósofos eminentes entre los cuales figuraba J. J. Rousseau dirigian á los químicos sus sarcásticos apóstrofes, y hasta los hombres encumbrados como Liebig, Berzélius y Gerhardt, desconfiaban ó negaban en absoluto la posibilidad de alcanzar la síntesis orgánica. Es que no se habían examinado aún con verdadero criterio los principios orgánicos y organizados.

Berthelot y Wurtz franquean la valla que tiene aprisionados á los químicos, y siguiendo y secundando los trabajos de Wähler y Kolbe, realizan la tan suspirada síntesis de aquellos principios orgánicos, que por sus propiedades, resultado de la agrupación de sus moléculas, se pueden equiparar con las sustancias minerales.

Ahora bien; si por *síntesis* entendemos reunir los elementos de un principio compuesto dados por el análisis para regenerarlo, como dice el Diccionario de la Real Academia Española, bien podemos asegurar que tal *síntesis orgánica* no existe ni siquiera en los cuerpos que llamamos orgánicos; y en todo caso sólo la encontraríamos en reacciones muy sencillas. Empero los químicos admiten como tal, todos los cambios que tienen lugar en una molécula orgánica cuando se altera la posición de equilibrio de los átomos que la constituyen, ya aumentando el número de estos átomos, ya separando una parte de ellos, ya por combinación de muchas moléculas ó por el desdoblamiento y división de otras. De suerte, que considerada la síntesis orgánica bajo este punto de vista, ha prestado grandes servicios á la ciencia, y ofrece para lo sucesivo las más halagüeñas esperanzas. El señor Berthelot ha dicho, que *el objeto de la síntesis orgánica era la reproducción artificial de los principios inmediatos ó de sus combinaciones*; es decir, que la *síntesis orgánica sólo realiza las especies químicas*.

Ninguno de los descubrimientos de las ciencias experimentales de nuestros tiempos ha sido más exagerado por aquellos que miran las cosas de un modo superficial, como la renombrada síntesis orgánica, hasta el punto, que con una arrogancia inusitada y confundiendo las operaciones de la química, nos dijera el señor L. Büchner en su obra intitulada *Fuerza y Materia*, que se habían ob-

tenido *bujías* con la pizarra (sic); faltó que el sabio profesor añadiera *BETUMINOSA*. No es de este lugar ni nos parece conveniente aclarar ahora el tal *mita-gro* del progreso de la química positivista de estos señores; comprendemos perfectamente la metáfora del ilustre Doctor, sabemos á que alude, y le probaremos en nuestra *Segunda parte*, cuán equivocados están todos los que sostienen ciertos absurdos, encubiertos con el nombre de síntesis orgánica. Tanto el señor Müldre como los señores Mialhe, Vogt, Virchow y otros profe-



sores de la misma escuela, no podrán presentar *ni un solo principio mediato orgánico ú organizado* obtenido por medio de la fuerza química combinando los elementos inorgánicos. Y esto que conocemos perfectamente las dos síntesis, que se llaman directas, del alcohol y del ácido fórmico. Es más, les retamos á que presenten un *cuerpo organizado*, un tejido ó parte de él, valiéndose de cualquiera de los medios sintéticos de oxidación, reducción, sustitución, metamorfosis, etc. No olvide el señor de Isnard, que ha tenido la *feliz* ocurrencia



de salir ahora con la zarandeada *urea*, olvidando que esta sustancia puede considerarse como un *cianato amónico*, que la síntesis que hoy conocemos se limita á *compuestos definidos*.

En el estado actual de la ciencia, próspero sin ningún género de duda y lleno de ilusiones para lo porvenir, debemos confesar nuestra impotencia; el problema de la síntesis orgánica queda incompleto, sólo conocemos su primera parte, y dejamos intactos los otros problemas fundamentales. La fuerza creatriz y omnipotente de la naturaleza, — como dicen aquellos que desdeñan á la Providencia, — capaz de producir sin semilla alguna y con sólo los elementos de las rocas disgregadas, ó bien con los restos de vegetales sin vida, plantas y



Schlegel.

animales, organismos dotados de las elevadas funciones de crecer y multiplicarse, son ideas quiméricas y tan inadmisibles, como pretender que por medio del *espíritu animal* se puede elaborar hierro, plata, fósforo, oxígeno ó azufre. La síntesis orgánica no es más que elemental y se refiere á aquellos cuerpos que podemos equiparar con los del reino inorgánico, que pueden cristalizar si son sólidos, ó tienen un punto de ebullición fijo cuando líquidos.

Comparar las funciones de la digestión y asimilación á una operación química ordinaria; decir que el estómago es una miserable retorta; pretender que con una retorta y una lámpara de alcohol se consiguen los productos vegetales, como cuenta el doctor Büchner con el mayor entusiasmo científico; asegu-

rar de un modo formal que la ciencia de la vida no es más que una función; que la *fuerza vital* es una sombra sin cuerpo, y que sólo existe en aquellos cerebros que no están á la altura de la ciencia... ¡Inocentes que decís todas estas extravagancias impulsados por un fanatismo que os arrastra, bien á pesar vuestro, hacia ese espíritu de secta que os devora con su intransigencia! Sabios extraviados que tenéis en ciertos momentos la razón velada, sabed que las sustancias alimenticias, cualquiera que sea su naturaleza, no pueden por sí solas mantener la existencia del hombre; necesitan de una elaboración preliminar y especial bajo la influencia de la *vida*, que constituye la *digestión*. Cuando este fenómeno no se realiza, el hambre se deja sentir con todas sus



D'Alembert.

consecuencias á pesar de los alimentos ingeridos en el estómago; pero así que la *fuerza vital* ha obrado sobre estos alimentos, adquieren propiedades que los hacen á propósito para llenar las funciones que corresponden al mecanismo orgánico de cada individuo. Sabios que os habéis ofuscado, en casos determinados, hasta el extremo de haber lanzado vuestros duros apóstrofes, y ¿en dónde? en el terreno de la química orgánica; ¿y á quién? á la respetabilidad del sabio, del ilustre, del gran J. Liebig. ¿Cuánto no daríais muchos de vosotros para que se os pudiese equiparar con el fundador de la química orgánica moderna!

Déjense de sofisterías y de abrigar ilusiones engañosas; habrá siempre un



mundo orgánico y otro inorgánico, por más que la química propiamente dicha no sea más que una. Tal, al menos, es la opinión de muchos sabios á quienes nos unimos, cuidando de no amalgamar, ya sea por descuido ó por un entusiasmo irreflexivo, los fenómenos de las acciones moleculares con los que corresponden á la biología y á la morfología.

La química del carbón ó de los radicales compuestos, entraba en otra faz científica para franquear el paso á Laurent y Gerhardt, quienes presentan á la



Lagrange.

consideración de los sabios la nueva escuela francesa, cuyo representante y jefe es hoy el eminente, el sabio, el distinguido y respetable señor Dumás.

La teoría de los tipos que nació de la ley de la metalepsia, y la de la atomicidad ó dinamicidad, imperan en el día frente de esta nueva escuela, que ofrece á la actividad humana gran esperanza y porvenir. Gracias á los desvelos y constancia de levantados profesores, entre los cuales debemos mencionar á los señores Wurtz, Berthelot, Naquet, Hofmann, Odling, Williamson, Cannizzaro, Brelaz, Bischoff... etc. Aünados todos estos sabios podrán elevarla á su mayor apogeo, y cimentar sus doctrinas sobre axiomas y principios ciertos de-

ducidos de la observación y de la experiencia, los cuales, apoyados por la razón y un espíritu filosófico levantado, conseguirán que su escuela adquiera estabilidad y firmeza.

Nadie duda ya de la influencia de la química sobre todas las industrias manufactureras, sobre la agricultura, sobre la farmacia y la medicina, y, en general, sobre todos los elementos de prosperidad intelectual y material de las naciones modernas. La civilización de todos los pueblos coloca en el día como uno de los principales elementos civilizadores el estudio de la química...

Hemos dado alguna mayor latitud al desarrollo que ha tenido la química hasta alcanzar nuestros días por dos motivos; el primero para complacer al



Lavoisier.

profesor de química de Nueva York, y el segundo para probarle, que siendo esta ciencia una de las últimas que han tomado carta de naturaleza, y teniendo sus fundamentos eminentemente experimentales ó empíricos, ninguna mejor que ella ha de darnos á conocer, si, con efecto, ha surgido algún conflicto entre la Religión católica y la ciencia de las reacciones. ¿Y qué conflicto pretende el señor Draper que surja, cuando en los libros del historiador sagrado está el fundamento de la química moderna? ¿No ha dicho Salomón hace más de cuarenta siglos, en el sentencioso libro de la Sabiduría, cap. xi v. 21, que Dios ha dispuesto todas las cosas con justa medida, número y peso? Pues si esto está previsto por la mano del Altísimo, si está consignado en los libros sagrados, si después de tantos siglos como viene recorriendo la humanidad ha podido la



ciencia descubrir esta *verdad* sublime en medio de afanes y sinsabores, esta ley invariable de la naturaleza, este principio fecundo y fundamental de las ciencias experimentales, el cual está fuera de toda duda y al abrigo de toda objeción, sobre el que es inútil y hasta imposible presentar discusión alguna, porque la experiencia cotidiana al través de los siglos lo enseña y demuestra de un modo real y evidente ¿por qué buscar ni suponer *conflictos* entre esta misma ciencia y la Religión católica, en pequeñeces y nimiedades, en impru-



Berzelius.

dencias, tal vez, de los hombres, que están fuera de la órbita de la ciencia que tanto se invoca y son completamente ajenas á las doctrinas santas, sublimes y humanitarias del Catolicismo? *Sed omnia in mensura, et numero et pondera disposuiste.* Desde el momento que la ciencia, en su continuada lucha entre el espíritu y la materia, ha demostrado en el terreno práctico y experimental la verdad de aquella ley consignada en los libros sagrados, *no es ya posible conflicto alguno formal y serio con la Religión católica.* Abrigamos la esperanza de que el señor Draper como buen químico y fisiólogo será de nuestra misma opinión.

Y por cierto que esta ley fundamental de la química moderna no se hallará en los Vedas de los brahmanes, cuando el señor Jaccoliot no la ha desenterrado para consignarla en su libro *La Biblia en la India.*

El materialismo y el positivismo científico, dígase lo que se quiera, han sucumbido una vez más ante la fuerza de la Religión revelada.

Las ciencias llamadas de la *razón pura* aspiraban como siempre á la supre-



Lavoisier.

macia, y casi llegaron á romper el estrecho lazo que ha debido existir entre la ciencia del alma, de las ideas y de Dios con el estudio de la naturaleza creada por su omnipotencia. La naturaleza representa los fenómenos y las formas, que reflejan la unidad perfecta y absoluta de Dios. La naturaleza por sí, no es otra cosa que el conjunto de todos los seres corpóreos, tal cual son, han sido ó serán, con sus diversas actividades, y las leyes invariables de estas mismas actividades creadas y comunicadas por una inteligencia infinita y eterna. Ciertos



filósofos pretendieron, al parecer, olvidar que la *ciencia primera* tiene por objeto principal dirigir por buen camino á todas las demás; y esta augusta misión se hace ilusoria desde el momento que falta la armonía entre ellas. Uno de sus primeros deberes es seguir paso á paso los progresos de las ciencias experimentales para utilizar sus fecundos resultados. Algunos naturalistas inspirados por la escuela positivista y unicista, temen el contacto de la metafísica, porque consideran que sus tendencias especulativas no pueden conciliarse con la ex-



Kant.

periencia y la observación, y apoyados en estos erróneos principios, proscriben la psicología como un tejido de suposiciones gratuitas que carecen de pruebas evidentes y efectivas. Ambos extremos son perjudiciales, porque conducen á una lucha interminable. En el día no es posible negar á las ciencias exactas, físicas y naturales sus principios y sus leyes espiritualistas fundamentadas muchas de ellas en los conocimientos que presta la metafísica.

El materialismo, el positivismo unicista y aquellos que se titulan libre pensadores, pretenden dirigir á su manera la sociedad moderna, y sólo utó-

pias irrealizables ofrecen para mejorar la condición del hombre y el bienestar de nuestra turbulenta sociedad. Pero anonadados por la triste experiencia, perdidos ante los hechos inauditos que todos deploramos y abatidos por las lúgubres catástrofes que á cada paso se suceden, quieren que exista una distancia inmensa entre el materialismo de la ciencia y el materialismo de la vida. Subterfugio pobre, impropio de la sublimidad de la ciencia, y que se destruye examinando solamente las doctrinas disolventes que se propagan, y que tan funestas son en la época que atravesamos.



Franklin.

La filosofía idealista siempre verá con pesar que algunos de sus maestros hayan invadido el terreno experimental para desvirtuar sus mismos sistemas. Habrá poco más de medio siglo, que en la docta Alemania, Baader y Oker siguiendo las huellas de Schelling ó del método de *construcción à priori*, quisieron penetrar en el dominio de las ciencias naturales por medio de teorías fantásticas é ilusorias que recordaban los sistemas de Parménides, Pitágoras y Plotino. Estas hipótesis hallaron en Francia sus naturales representantes, y el abate F. Lamennais y Bautin tuvieron la peregrina idea de adaptar á las ciencias físicas, sin tener en cuenta su brillante estado de progreso, algunas de las extravagancias y excentricidades de Paracelso, Van-Helmont y Kronland.



Apenas la escuela del ilustre *padre* Kant, como le llaman sus adeptos de hoy, hubo demostrado que todo lo que se halla fuera de nosotros no tiene más que un valor relativo respecto de nosotros mismos y de las leyes de nuestra inteligencia; cuando á su manera hubo probado que legítimamente nada se puede afirmar acerca la realidad exterior, las ciencias físicas, exactas y naturales fueron consideradas por esta escuela, como un sistema de nociones metódicamente encadenadas; pero careciendo de objeto real, fuera del espíritu que las concibiera. Entonces se debió temer, que esta doctrina postergara y aún



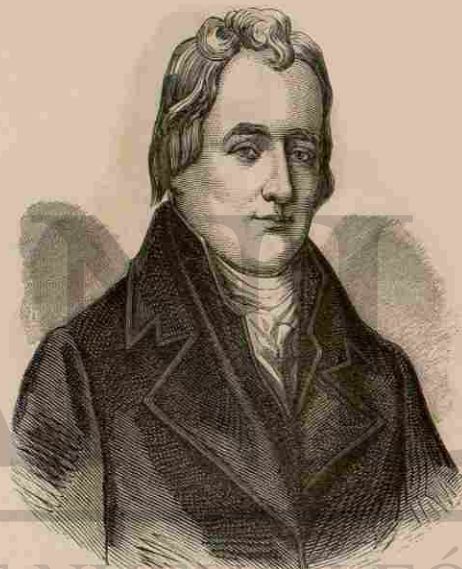
Linneo.

destruyera el importante estudio de la observación y de la experiencia; pero no fué así, y los mismos sabios que tanto declamaban contra las ciencias naturales, se entregaron á su estudio como parte integrante del conocimiento del *yo*.

Atónitos los partidarios de Kant sobre la pendiente del escepticismo, donde bien á pesar suyo fueron impulsados por la voz augusta de la conciencia moral que había sustituido á la certeza del raciocinio, descendieron al abismo de la duda, á fin de encontrar un sendero expedito que les condujera á la certeza objetiva. Fichte (padre) creyó haber hallado tan ansiado camino demostrando que el *yo* existe por sí, que está basado en sí, y dentro de él se halla el *no-yo*

cuando se niega á sí *propio*; de modo que la ciencia del *yo* y de sus actos constituye la ciencia universal. Nótese desde luego que semejante dogmatismo negativo parece ser más perjudicial en el estudio de la naturaleza, que el ideal escepticismo de Kant. Si en la ilustrada Alemania no se hubiese levantado otra escuela filosófica, es innegable que las ciencias naturales para tener vida propia habrían roto abiertamente con la filosofía idealista contemporánea.

El señor de Schelling para ocultar este panteísmo subjetivo, para oscurecer esta apoteosis del *yo* único y solitario, entroniza el panteísmo objetivo de



Schelling.

la *Filosofía de la naturaleza*. Este distinguido filósofo enseña que sobre el *yo* individual, la intuición inmediata revela el *yo* absoluto, del cual cada *yo* representa una limitación, en una palabra, el *yo* absoluto es la identidad del subjetivo y objetivo, del pensamiento y de la extensión. De aquí deduce, que la filosofía elevándose á la intuición inmediata de lo absoluto, puede y debe construir *à priori* el sistema de las manifestaciones de ese absoluto cuya expresión representa la enciclopedia de la ciencia.

Hegel para contestar al método de su maestro busca una fórmula adecuada,



dando un valor lógico al *sistema de la identidad*. Según este distinguido autor no es sólo en lo absoluto donde se unen é identifican los adversarios, sino que lo hacen en todos los grados de su *sér*; así es, dice, que el pensamiento es igual al *sér*, y su desarrollo representa la evolución de la *idea*, que procede siempre por *tesis, antítesis y síntesis*, como si dijéramos, por *afirmación, contradicción y solución*. Las leyes de esta evolución se conocen por la inteligencia, que es idéntica á la inteligencia absoluta, la cual percibe las determinaciones de la *idea*, y constituye la lógica de donde emana la ciencia univer-



Tournefort.

sal. Hace más de cinco siglos que Duns Escoto había dicho ya que todo conocimiento viene de la lógica.

Mucho se puede decir acerca del *yo* humano. No es, á la verdad, el alma racional la que única y exclusivamente constituye el *yo*. Este *yo* representa la persona completa, la *sustancia completa* que corresponde á el alma y al cuerpo unidos por su misma naturaleza, es decir, unidos hipostáticamente; los cuales, por sí y separados, serian incompletos é incapaces de formar la personalidad humana.

No sin razón el ilustre D. Jaime Balmes calificó de pensadores vulgares á

los autores de esa fraseología indigesta y jactanciosa, que como dijo más tarde Schopenhauer no eran más que juegos de palabras sin sentido, pensamientos pobres y mezquinos ataviados con lujosas expresiones.

En cambio el señor O. F. Crupp ha sostenido que la filosofía idealista ha sido siempre perjudicial á la ciencia, añadiendo que las escuelas de Kant, Fichte, Schelling y Hegel, han servido de estorbo para el progreso de las ciencias y las artes. Estos son los contrastes de los sabios. El mundo moderno, en general, se lanza frenético por el campo de lo tangible, el positivista siglo



Yaguella.

en que vivimos busca en demasía las sensaciones placenteras, sacrifica á veces una fortuna para oír unos gorgoritos que se pierden en el aire, desdénando con soberbia cuantas aptitudes provienen del espíritu. Para algunos este será el mundo á la moda; pero preciso es convenir, después de haber estudiado el corazón humano y las necesidades del *yo*, que para alcanzar la felicidad y bienestar de los pueblos necesitamos, además de las bellas artes y las bellas letras, esto es, de todas las grandes concepciones del genio y aun de la fantasía, de los adelantos de las ciencias experimentales y sus inmediatas aplicaciones á la



industria, al comercio y á las artes manufactureras de modo que sean perfectamente compatibles Newton, Lavoisier, Monge, Laplace, Foulton, Wat, Liebig, Lyell, Breguet, D'Orbigny, Dumás, Berzelius, Mors, Bernard ó Comte, con Santa Teresa, Fr. Luis de Granada, San Juan de la Cruz, Rafael, Velázquez, Miguel Angel, Fenelón, Calderón de la Barca, Camoéns, Schiller, Cervantes, Bossuet, Kant, Canova, Berruguete, Mozart, Byron, Rossini, Chateaubriand, Balmes, ó Donoso Cortés.

Para concluir este bosquejo sobre la evolución científica en el pasado siglo y una buena parte del actual, añadiremos que la medicina había también se-



Galvani.

guió el impulso general de la ciencia, y la escuela vitalista de Montpellier adquiría por de pronto muchos prosélitos. Hofmann entronizó la teoría *mecánico dinámica*, hija de la filosofía de Leibnitz, que equipara las fuerzas de la materia con las intelectuales. Bagliri presentó el *solidismo*, hasta que Haller concluyó con el mecanismo de Boheraave, aceptando la *irritabilidad* de la fibra, que obra con absoluta independencia de los espíritus. Cullen combina la irritabilidad con la dinámica. Bichat sienta las bases de la doctrina fisiológica. Bordeu añade nuevos materiales á esta escuela y acepta que los fundamentos de la vitalidad están en el organismo, y Barthez, en fin, entroniza de nuevo el *principio vital*, sobre el que habían hablado sus predecesores.

En medio de estos sistemas y teorías Mesmer proclamaba el magnetismo animal y recibía los aplausos de la multitud, y Gall fundaba la frenología, considerando el cerebro como un conjunto de órganos. El mesmerismo y la frenología y craneoscopia fueron presa del charlatanismo; pero se sujetaron después á la concienzuda observación para fallar de su importancia real en bien de la humanidad. Desde luego nos parece que la craneoscopia se mira con cierto desdén, considerando estos estudios como la psicología del positivismo. Empero, los progresos que en nuestros días han hecho la anatomía y la fisiología han



Fourcroy.

demostrado que no es posible localizar las facultades psíquicas en los diferentes órganos de que consta el cerebro, con otras anomalías y aberraciones que no son de este lugar y que tampoco favorecen esta clase de estudios. También ha merecido llamar la atención del público el *hipnotismo*. Casi en nuestros días han nacido la *homeopatía* de Hannemann, la *hidroterapia* de Priessnitz, y muy reciente la dosimetría del doctor Burggraave.

El siglo XVIII debió ser materialista por necesidad; en él sólo se habló de derechos, así como en el anterior hicieron mucho ruido los deberes. Las creen-



cias religiosas estaban amortiguadas y se carecía de fe; la metafísica exagerando sus hipótesis conducía naturalmente á la *duda* que jamás debió mitigar las creencias; y las ciencias exactas, físicas y naturales cimentadas en la realidad objetiva halagaban los sentidos y presentaban al parecer, la certeza con toda su integridad, porque se creyó que representaban la encarnación viva de las leyes establecidas por Dios sobre la materia.

Los extravíos de la secta comunista, que antes había tomado otro nombre; las extravagancias de los socialistas que les siguieron: los impúdicos desenfrenos de Warville, precursor de Proudhón; las locuras materialistas de Mirabeau, Robespierre, Dantón y Marat en plena revolución, vinieron á condensarse después de sangrientos y horrorosos episodios en el comunismo místico y religioso de Saint-Just ó en el anárquico y ateo de los herbetistas; y Babeuf y sus secuaces profesaron la igualdad con el comunismo. El entendimiento humano después de tantos delirios, tantas aberraciones, tanta sangre derramada, tantas monstruosidades coronadas con el mayor de los absurdos proclamados por Proudhón, ha venido al fin á buscar el augusto manto de la Religión Católica para rehacerse de sus infortunios.

Este socialismo ha cedido el campo en el siglo XIX á otro más atrevido, si cabe, pero más trascendental, apoyado en aspiraciones filosóficas y sostenido por los Marx, Wagner, Cosumano, Schopenhauer y otros pensadores modernos. Estos nuevos socialistas son hostiles al Catolicismo; es más, son refractarios á toda religión positiva, y dirigen sus envenenados dardos á la Iglesia de Jesucristo á la que ridiculizan con audaz atrevimiento.

Desgraciadamente este materialismo, este nihilismo, ha penetrado en nuestra sociedad industrial y agrícola, despertando también en las clases obreras ideas destructoras que han venido á inocular de nuevo el virus maléfico en el seno de la familia y han arrastrado á los hombres honrados y laboriosos á la desesperación, á la incredulidad y á una inevitable ruina. Toda la agudeza de estos desventurados apóstoles, toda la sutileza de sus falsos raciocinios, toda su audacia encubierta con la máscara de una libertad ficticia y licenciosa y de unos derechos y deberes que proclaman para sí sin concedérselos á los demás, sólo ha servido para querer monopolizar á su antojo el Estado, el pueblo, la tierra, la familia, la sociedad, la educación, el capital, el trabajo y hasta el sentimiento religioso.

Ahora mismo repiten los ateos las preguntas de siempre. ¿Quién es Dios? ¿Qué es el alma? ¿De dónde ha provenido el mundo que habitamos? ¿Qué origen tuvo el Universo? ¿Existe criterio para la verdad?... Esto mismo recuerda el señor Draper en su libro *Historia de los conflictos*. Esto mismo repiten los fautores del *colectivismo* en sus congresos, en sus folletos y en sus periódicos.

Las soluciones dadas á estos problemas desde la infancia de la humanidad, y, en particular, desde el comienzo del Cristianismo, han sido siempre las mismas; y á pesar de lo que el materialismo y el positivismo llaman *ciencia moderna*, á pesar de los adelantos de la experimentación y de los progresos de la biología y de la morfología, es preciso buscar en los estudios sobre el pen-



Reaumur.

samiento puro, sino una solución perfecta, al menos una fórmula consoladora que ilumine y aclare tan tenebroso camino. Compadecemos á todos aquellos que voluntariamente renuncian á las creencias que no se oponen á los goces de una vida honrada y laboriosa, ni mucho menos á los adelantos de la ciencia ni al derecho de reunión.

Estos apóstoles del desorden y de la incredulidad en sus frenéticas lucubra-



ciones pretenden que prevalezcan por la fuerza ciertos dogmas exagerados, ciertos principios extremos que halagan el oído y acarician las pasiones humanas, haciendo que la moral y la fe católica se perviertan al influjo de las predicaciones positivistas y federalistas. La fe católica representa la unidad del dogma; empero, si la historia recuerda marcadas formas de gobierno que existieron en lejanos tiempos, ó que pueden permanecer hoy si el trabajo y la honradez sirven de guía á los hombres, y son la norma del ciudadano, también enseña que aquellas instituciones políticas desaparecieron por insuficientes para el bienestar de las naciones, cuando faltos los pueblos de virtudes cívicas y domésticas se entregan á la holganza, al desorden y á la crápula; llenando, algunas veces, á la humanidad de baldón ó ignominia ó anegándola en lagos de sangre.

Hoy día se presenta por Draper como un ejemplo digno de imitarse, la República de los Estados Unidos de América: república reciente, establecida en país virgen, con una extensión de territorio incalculable para que lo utilicen los más atrevidos ó afortunados, sin ninguna clase de intereses históricos, cruzado por multitud de ríos navegables: república eminentemente mercantil y agrícola, especuladora por necesidad y como tal *librecambista*, con las otras naciones; república exuberante de riqueza, con sobranes de gran consideración en todos sus productos que le conviene colocar, por cuya razón proclama y sostiene las ventajas del librecambio que sólo ella tiene que utilizar contra los intereses de las naciones europeas: república, decimos, donde se cobijan los descontentos de todos los pueblos y países, con lo cual aumenta la población y se manifiesta á la humanidad desinteresada y filántropa; y sin embargo, y á pesar de tantas ventajas y prosperidades, ha sufrido y sufre todos los días trastornos y sacudimientos profundos, que procuran desvanecer y aminorar los aristócratas del dinero, los grandes capitalistas, los cuales temen perder ó menoscabar sus inmensas fortunas.

Si, recorred, estudiad, comparad ese pueblo industrial y manufacturero que con tan vivos colores y filial cariño, os describe el distinguido profesor de Nueva-York, con otro cualquiera de nuestra vieja Europa. Allí veréis toda una generación encerrada en los talleres ó viviendo á grandes profundidades de la superficie de la tierra: la abeja y el castor trabajando noche y día, para que los señores del moderno feudalismo desechen el mal humor recostados muellemente en cómodos y lujosos carruajes; allí está el criticismo utilitario, el egoísmo especulador y el individualismo absorbente que transforma al sabio en capitalista, al artista en fabricante y al fundador de hospitales y casas benéficas en constructor de hipódromos, circos y teatros. El hombre en esta región que llaman afortunada, al terminar el siglo XIX, no es aquella intelligen-

cia caída, en lucha incesante con los órganos y que la Escritura sagrada representa como una *lid entre la carne y el espíritu*, sino que olvidando la misión que viene ejerciendo la Iglesia cristiana, sólo busca deslumbradores palacios, ricas alfombras, terciopelos, sederías, broncees, plata, oro, esmeraldas, perlas, zafiros, rubies y diamantes para insultar á sus hermanos con tantas y tan resplandecientes riquezas, mientras la multitud trabajadora está hacinada en medio de la hediondez, de la corrupción y del vértigo... Ahí está la República



modelo presentada en bosquejo; en ella difunde sus doctrinas materialistas el profesor de Nueva York, el doctor Draper; pero en medio de su fausto y de su opulencia, presenta el espectáculo más triste y desconsolador del mundo de la materia y de la corrupción.

Cuando vemos á los utopistas declamar á favor de la alianza universal de todos los pueblos, cuando oímos anatematizar los ejércitos permanentes y anular las nacionalidades, parécenos todo ello delirios de exaltadas ó enfermizas imaginaciones. La guerra, por desgracia, es casi una ley imperiosa de la natura-



leza humana, los ejércitos una necesidad fatal de los pueblos y del progreso en que vivimos, sea cual fuere su forma de gobierno, y aun del comercio y de la riqueza nacional. El trabajo está santificado por Dios: pero la experiencia enseña que la agricultura por sí no puede labrar la felicidad de un Estado, y mucho menos dominando una ilustración materializada. Desgraciado el país donde sólo floreciera única y exclusivamente la agricultura: esta comarca á pesar de tener la primera materia y la base de la alimentación, sería pobre, miserable y ni pensaría más que en lo material: la civilización, aherrrojada por los caciques, se hallaría constantemente en la infancia, sin experimentar adelanto ni progreso alguno. Cuando en un país hay sobra de braceros sus habitantes se degradan y envilecen, y si les falta además el cultivo de las facultades de su inteligencia, entonces embrutécense y buscan el ansiado sustento, para satisfacer la imperiosa necesidad del hambre, en los grandes centros de población donde en vez de hallar caridad sólo encuentran filantropía.

«Toda idea ó principio, dice un autor contemporáneo (que como tenemos indicado no es sospechoso para los materialistas ni afecto á la Iglesia católica), cuyas tendencias conduzcan al individualismo, es altamente perjudicial, porque engendra la anarquía y el aislamiento que sirven de base fundamental al egoísmo. Por esto algunos filósofos miran con prevención y rechazan el protestantismo: pues que condensando la Religión á un sentimiento individual, destruye el santo vínculo que une á la humanidad y mata la idea de fraternidad. La formación de los estados independientes es obra de Dios, que por medio de Jesucristo destruyó la opresión, la tiranía y la esclavitud que traía en pos de sí el socialismo moderno.» (F. Laurent.)

Hace muchos años, y aun siglos, que han desaparecido los privilegios odiosos, las franquicias y las prerogativas injustas; los últimos restos del feudalismo dejaron de existir con la revolución francesa que elevó la clase media á los primeros puestos del Estado, de la magistratura y del ejército; las constituciones políticas de todos los pueblos tienden al progreso civilizador, y las leyes que de ellas emanan establecen la igualdad de derechos y deberes. ¿Qué más se quiere? Dígase con franqueza: ¿se pretende acaso patrocinar la internacional ó el nihilismo, ó el colectivismo, cuyos solos nombres horripilan á todos los ciudadanos sin distinción de creencias religiosas, posición social y matiz político? Los principales socialistas, los internacionales más furibundos, los comunistas más obcecados, los nihilistas más sanguinarios, los anarquistas más exigentes, sacrifican su vida en holocausto de una idea, mientras que sus jefes guardan sus riquezas y muchos hacen alarde de un lujo y vanidad, que por cierto forma contraste con la mísera condición de sus hermanos. Esto nos recuerda que en cierta ocasión preguntábamos al señor E. Sue nos dijera qué

parte había repartido á los obreros y jóvenes desgraciadas de los muchos miles de pesetas que le habían producido sus populares novelas y sobre todo *Los Misterios de París* y *El Judío errante*.

En las grandes ciudades, en los distritos manufactureros y en muchas comarcas agrícolas ya conocen por una triste experiencia lo que pueden esperar de tan descabelladas predicaciones, y nosotros no titubeamos en consignar en este libro, que no ha habido *ni un solo autor* que haya dejado el producto de sus obras ó publicaciones socialistas ó comunistas en beneficio del pobre y



Gay-Lussac.

honrado obrero que ve á sus hijos hambrientos, mientras sus jefes y muchos correligionarios nadan en la abundancia y se ahogan en lo supérfluo. Después de los repetidos pujilatos que desgraciadamente hemos presenciado, después de los trastornos que tantas víctimas han producido, después de los horrores del incendio y el asesinato, los obreros juiciosos, los obreros ilustrados, los obreros que tienen moralidad y son amantes de su dignidad y buenos padres de familia, aquellos que aman el trabajo prudencial y cumplen con los deberes que les impone la verdadera civilización, los que saben que antes de exigir el de-



recho al trabajo hay que reconocer el *deber* de trabajar, los que en su buen criterio comprenden que el trabajo no consiste sólo en el uso y aplicación de la fuerza muscular, sino que hay trabajo de inteligencia; los obreros, decimos, que están convencidos de que el trabajo material por sí nada significa ni representa sino está asociado al capital y á la inteligencia, que son los tres factores del gran problema de la sociedad presente, los obreros, en fin, que al reclamar sus derechos de asociación, saben respetar estos mismos derechos en otros que no quieren asociarse por iguales motivos que ellos se asocian, han rechazado con todas sus fuerzas aquellos sangrientos trastornos y repugnantes pujilatos y crueldades... Hoy día no hay una sola persona que se precie de sensata que no anatematice los asesinatos, los incendios y crueldades del nihilismo. Ahora mismo que estamos corrigiendo este manuscrito (14 de Marzo de 1881) acaban de asesinar al emperador de Rusia Alejandro II. La prensa del mundo todo, protesta de tamaña infamia, y de tan horroroso crimen... Al terminar el pasado siglo la escuela llamada *filosófica* habia abierto el debate, y la sociedad vió confundidos todos sus intereses en medio de una lucha sangrienta y destructora. Del seno de aquella revolución gigante que anegó á la humanidad en lagos de sangre é hizo temblar todos los tronos de la vieja Europa, salió el afortunado dictador que colocado frente á frente de las antiguas monarquías, supo dictar leyes para encadenar al pueblo al carro triunfante de sus victoriosas huestes. Entonces el mundo presenció el sangriento contraste de un rey por derecho divino que sube al cadalso, al paso que es condenado al ostracismo otro soberano por derecho popular á los pocos días de su brillante apoteosis.

Las leyes del mundo físico, han sido creadas por la *presciencia* divina. Dios autor y conservador de la existencia de estas leyes que rigen al Universo todo, es la causa primera de las causas segundas; es la Providencia activa que abraza y condensa el todo lo mismo que los detalles; providencia paternal y bienhechora, siempre justa, siempre presente y cuidadosa, hácia la cual se eleva la oración en virtud de un instinto común á todos los pueblos, esencial á la naturaleza humana y que en las grandes emociones del alma se manifiesta con entusiasmo inefable como don que debemos á la benevolencia de Dios, aun en aquellos que por un momento pudieron separarse de la fe religioso católica.

La humanidad está iluminada por la *verdad eterna*, inspiradora de sentimientos generales á todos los pueblos, cualquiera que sea su estado de civilización. ¡Ah! Nosotros diremos también con el filósofo cristiano, «la Omnipotencia de Dios supo sacar el mundo del caos, los seres de la nada, el tiempo de la eternidad, el espacio de la inmensidad, la luz de la palabra, de su voluntad suprema el orden y de su espíritu el alma inmaculada del hombre justo é inocente.» (El presbítero Sr. D. José Ortiz y Jové).

Cualquiera que sea el punto de vista bajo el cual se consideren las leyes físicas y naturales, ya como emanadas de la voluntad de Dios, ya como producto de su propia esencia, llegamos á su conocimiento valiéndonos del raciocinio deductivo. Las causas finales y generales no comprometen la estabilidad de las leyes de la naturaleza, que son finitas, y la metafísica ilumina los tenebrosos antros del empirismo que la inducción incompleta no pudo aclarar. La *teología immanente* de los partidarios de la identidad absoluta que aleja de sí las causas finales y las mira con desdén, está asimismo en oposición con la naturaleza, que siempre pasa de lo conocido á lo desconocido, siguiendo los



Ortiz.

preceptos invariables y el orden primitivo que el Creador estableció para el mundo físico. Cuanto más estudiemos las leyes invariables de la creación, bien sea en los cuerpos cósmicos que giran en el espacio inconmensurable, ó en los diminutos átomos de la materia ponderable, siempre descubriremos el sello sagrado de una Providencia sabia, eterna, suprema, immanente, principio y fin de todo lo creado.

Si la docta Alemania impulsada, quizá, por una filosofía ambiciosa quiso explicarlo todo durante los primeros lustros del presente siglo valiéndose de la metafísica, en cambio la que corresponde á este último tercio lo enseña por



teorías materialistas y positivistas ó unicistas, basadas en las ciencias experimentales y de observación. La patria de Kant, ha dicho un escritor moderno y nosotros lo hemos apuntado antes, es la tierra de promisión para las teorías.

Con efecto, la moderna escuela de Krause, enaltecida y generalizada por sus discípulos señores Ahrens, Sanz del Río y Tiberghien, ha presentado una teología filosófica que viene á turbar la paz de los católicos de corazón.

Ya un profundo filósofo de esta comunión, el señor Scheiermacher, había dicho «que la religión considerada á su manera, es un sentimiento, una intuición que se halla dentro del corazón humano, en su conciencia y en su propio sér, y comprende la idea de lo infinito y de lo eterno.»

La verdadera Religión, que es la católica, inmutable por su esencia divina, se convierte según estos principios en una secta filosófica, y entra en el palenque de las escuelas y de los partidos, lo cual es, en nuestra opinión, un absurdo.

Las corrientes filosóficas de las escuelas alemanas han dado á conocer distintas teodiceas, siempre con el objeto de que la religión fuese considerada como intuición del corazón humano.

La escuela krausista, que tanto influye en la civilización actual, sobre todo en España, es en extremo positivista, aun cuando sus adeptos aseguren lo contrario, y relega todo lo que se refiere á la Revelación y cuanto concierne á los hechos sobrenaturales. Para ella todo se puede explicar por medio de la ciencia y la razón, y elevándose gradualmente busca lo infinito, que es la causa de todo lo existente; á esta última concepción le llama Dios. En cambio otra escuela, la positivista, ó unicista, no quiere infinitos. He aquí probada la falsedad de estas sectas.

Para Krause no hay más que *filosofía*, y la caída, la armonía y la redención son actos propios de la razón; en su odio implacable contra la Iglesia católica, pretende que todos sus misterios sean mezquinos recuerdos y mistificaciones del paganismo griego. Si en ello hay algo de verdadero ó verosímil, no vemos daño ni perjuicio alguno, como dijo San Clemente de Alejandría. El imperativo *categorico* de esta escuela, da origen á una moral ficticia en la que se obra el bien por el bien. Nos ocuparemos otra vez de esta concepción filosófica, puesto que en España ha sido la que más discípulos tiene entre la actual generación.

Toda esta doctrina anticatólica, que forma las delicias de muchos pensadores modernos, y que nos recuerda el señor Draper, es á la verdad muy antigua, pues fué ya examinada por San Pablo y San Agustín y por otros filósofos cristianos; pero hoy se ha inoculado paulatinamente hasta el fondo de nuestras propias familias y hace sin cesar marcados progresos; tortura el sentimiento

católico y aspira á cambiar la faz de nuestros hábitos, costumbres y tradiciones. El panteísmo conduce á una religión sin culto, que solo pretende desear á Dios y á su soberana perfección, amar y santificar la naturaleza, sin idea alguna de Revelación y admitiendo solamente la inspiración. El krausismo es un elemento destructor del orden social, en nada favorece la ciencia y en sus extravagancias y erróneas deducciones turba la paz de los hombres y les precipita en el abismo de su eterna perdición. Schopenhauer y su discípulo Hartmán



Thouard.

son moralistas metafísicos cuyas doctrinas socialistas conducen al pesimismo, si bien siguiendo caminos distintos. Místicos que no creen en Dios, y sin embargo, todos sus sistemas están basados en principios *à priori*. Sobre estas doctrinas haremos todavía algunas reflexiones.

Otra escuela que ostenta con arrogancia el doble carácter de filosófica y religiosa, ha pretendido también dirigir en nuestros días á la humanidad por senderos sembrados de abrojos, trazados por un materialismo intransigente y encubiertos por un misticismo hipócrita; escuela que quiere tener su apoyo en



los fenómenos de la naturaleza, que constituyen los estudios de las ciencias exactas, físicas y naturales.

Esta nueva filosofía religiosa, material y tangible, es la que forma el *positivismo*, cuyo primer iniciador fué, sin duda alguna, el Gran Canciller de Inglaterra al dar á conocer el método inductivo, presentado de nuevo por su incansable apóstol el señor Augusto Comte bajo la forma de escuela, y difundido en Francia por sus discípulos más entusiastas, con especialidad por el señor Littré, que hace poco bajó al sepulcro. (Junio 1881).

El moderno positivismo ha visto levantarse á su alrededor como aterradoras fantasmas, distintas sectas, que si bien todas ellas tienen por fundamento un materialismo furibundo, han tomado diferentes rumbos y opuestas direcciones.

El principio fundamental de Aristóteles, la escuela inductiva de Bacon y de Vinci y las doctrinas de Gall, Spurzheim y Broussais les han suministrado abundantes materiales. Augusto Comte quiso regenerar á la humanidad, y en sus delirios inventó una religión falsa, que llamó universal y del porvenir, á la cual dió el nombre de *religión positiva*.

La religión ó mejor la secta positiva, es atea, materialista y sensualista.

La humanidad y cuanto corresponde al mundo de las ideas ha de pasar por los tres períodos teológico, metafísico y científico ó positivista. Robinet, Constant Rebeque, Buckle, Draper, Bagheot, Stuart Mill, Hebert-Spencer, Bain, Grote, y Littré, son los maestros que difunden estas engañosas doctrinas combatiendo muchas veces á los discípulos de Krause; pero siempre sembrando el error y el desconsuelo en nuestra trastornada sociedad.

En esta escuela positivista nada hay que sea sobrenatural ni abstracto. No más filosofía especulativa, ha proclamado el señor Krup, ante la docta Alemania. Dios para estos desgraciados, no es otra cosa que una figura teológica ó metafísica, que para nada sirve en el día; Él no ha creado al hombre, dicen, en cambio el hombre ha creado á Dios. El alma humana para ellos, es el conjunto de las facultades morales, intelectuales y prácticas que caracterizan á cada uno de los servidores del linaje humano.

El positivismo, —que ahora no hacemos más que indicar,—no quiere ser demócrata, aborrece los banquetes democráticos, rechaza el sufragio universal y mira con horror las revoluciones políticas. El dominio del espíritu fundado en el amor á la verdad, es uno de sus dogmas fundamentales, y sin embargo, turba, conmueve y agita la conciencia para aniquilar la familia y la sociedad.

La escuela positivista, cualquiera que sea la forma ó modificación que haya experimentado por un determinado autor, lleva en el fondo, según sus adeptos, la moralidad y exacto criterio de todos sus actos. Á nosotros nos pa-

rece que carece de las condiciones de sociabilidad de que tanto alardea, y que su objeto es destruir lo existente con apariencias de humanidad y con hipocresía.

No son la sociología del maestro desarrollada después por Bagheot, ni el nuevo giro que le diera Buckle y H. Spencer, ni el electicismo de Draper, ni la autoridad de Meine, ni el entusiasmo exagerado de Littré, quienes podrán imprimir al positivismo la marcha reguladora que debe conducir á la sociedad al progreso intelectual, político y moral de los tiempos que atravesamos. Negando el positivismo toda idea teológica y metafísica destruye las creencias religiosas y sociales de los pueblos, para imponerles preceptos y dogmas materialistas que



Volney.

halagan los sentidos, aniquilan la sublimidad del pensamiento y patrocinan un individualismo egoísta y corruptor; dando á sus creencias una preeminencia exclusiva, enseña la doctrina empírica sujeta á principios, que aun cuando los llama inmutables, son hijos de una hipótesis ó teoría más ó menos cierta que podrá admitirse condicionalmente para explicar determinados fenómenos naturales en un momento dado, pero que no enseña su origen ni su causa eficiente; reclamando los derechos políticos para la mujer, transforma á esta mitad del linaje humano, destinada por Dios á ser el ángel tutelar del hogar doméstico, el consuelo de la familia y el dulce lazo de la honestidad y de un amor sublime, santo é ideal, convirtiéndola en un monstruo abominable de travesura,



en una harpía sin entrañas, en un foco de maldad y corrupción, en un ente inútil, é infecundo para llenar los altos y sagrados fines que le señaló la Providencia.

No comprendemos ese afán vertiginoso de muchos escritores norteamericanos y algunos de la vecina República, en querer cambiar las bases en que descansa la sociedad, predicando el divorcio y otros absurdos sociales que trastornarían el orden de la naturaleza.

Utopistas extravagantes que queréis sumergir á la mujer en el lodazal materialista, donde se marchite su hermosura en tan fétidas emanaciones, y se sequen los santos y levantados sentimientos que la enaltecen, para que arrastrada por un histerismo orgánico se aminore su desarrollo moral y físico y envejezca antes de tiempo, adquiriendo un aspecto extenuado, asqueroso y repugnante: ¿No habéis observado que la mujer en todas las fases de su vida no es más que amor y siempre amor? ¿Cuándo la paternidad ha tenido los disgustos, los peligros, los sufrimientos, los dolores ni los incommensurables placeres que trae en pos de sí el dictado de *madre*?

El que llamamos *sexo bello*, será, siguiendo las doctrinas positivistas que propagan Stuart Mill, Bachoffen, Lubbock, Girardin, Dumás (hijo) y otros excéntricos pensadores, el sexo envilecido, que habrá degradado la dignidad humana, el sexo desecado y revoltoso, perturbador y atrabiliario, que lejos de ser el amparo de los pobres y desvalidos, el dulce consuelo en todas las desgracias de la vida, se habrá convertido en laboratorio de iniquidad, de corrupción y de desórdenes morales y domésticos.

No somos nosotros, por cierto, de aquellos que niegan á la mujer iguales facultades que al hombre; por el contrario, le concedemos las mismas, y quizá alguna de ellas desarrollada con mayor perfección. Tampoco pondremos en duda su privilegiada aptitud para desempeñar determinadas profesiones y marcados ministerios; pero falta saber, si las condiciones con que Dios le plugo dotarla, si sus funciones en la sociedad civil, si las circunstancias peculiares á su sexo y las cualidades propias á su manera de ser, no presentarán obstáculos que hagan incompatibles su santa y honrada misión en el seno de la familia y en la educación de la primera edad, con el desempeño de profesiones especiales, como la medicina (aun cuando se limite al sexo), el derecho, ó el ejercicio de las armas y el desempeño de cargos oficiales; si su organismo de mujer, en fin, no encontrará obstáculos á los estudios anatómicos, á las disecciones ó á estos minuciosos trabajos para descubrir el lugar que debe ocupar entre los seres de la creación, ocupaciones y estudios todos que la colocarían en una esfera algo apartada de la propia y peculiar á su sexo, la esfera de la familia y del hogar, cuyo fuego sagrado ha de alimentar con su amor y sus solícitos cuidados.

Semejantes exigencias no son de estos tiempos, ni corresponden á los positivistas; se tuvieron ya en la época de Aristófanes. Sólo la religión de Cristo enalteció á la mujer, emancipándola de la eselavitud y levantándola del fango en que la ignorancia y el paganismo la tenían sumergida, para colocarla sobre el trono de sus virtudes; el Catolicismo la hizo igual al hombre como hija querida de Dios y patrocinada por la Virgen María; le dió representación en la sociedad legitimando sus derechos por leyes canónicas superiores á las civiles, santificando el matrimonio y elevándolo á sacramento.

Recordaremos lo que ha estampado el Exemo. Sr. D. Manuel Durán y Bas, en el *Estudio biográfico y literario del Sr. Doctor D. Estanislao Reynals y Rabassa*, hablando de las instituciones fundamentales del derecho civil, la familia, la propiedad y la sucesión. «Respecto á la de la familia, dice, la unidad, como carácter; la autoridad paterna, como base; la sumisión como medio de educación; la desigualdad, como condición natural, son sus principios fundamentales. Estos son los elementos de la familia natural, y en ésta se encuentran, según Reynals, los elementos de la familia jurídica. Y á la verdad así enseña la historia que ha sobrevivido al través de los tiempos la familia-tipo, la familia que podemos hoy llamar cristiana. Pero ¿cómo se forma? No por el matrimonio civil, sino por el matrimonio religioso; y religioso, nó como en la sociedad pagana, sino como en la sociedad cristiana.» «Hé aquí, continúa el Doctor Durán y Bas, como lo describe nuestro consocio: «La ceremonia religiosa en la antigüedad consistía tan sólo en poner bajo la protección de los dioses la unión celebrada para que dieran á los contrayentes prosperidad y ventura acá abajo, librándoles de los caprichos y reveses de la fortuna y haciéndoles aquélla cada día más propicia; y en la sociedad nueva el sacramento es la santificación de los contrayentes para que con ella se mantengan puros sus sentimientos, ardiente su entusiasmo de servir á Dios en su estado, inquebrantable su resignación en las adversidades, viva la luz que les ha de guiar á ellos y á su prole en su peregrinación por la tierra hacia el cumplimiento de sus deberes y á la vida eterna.» *El que cuida de las avicillas del cielo*.—tiene la sociedad nueva escrito en su frontispicio,— *no puede abandonar al hombre*; y el que ha dicho que el matrimonio era indisoluble y santo, ¿no daría, dice la sociedad nueva, á los que le celebran bajo sus preceptos y su fe, la santificación que necesitan para llenar los preceptos y los designios del Criador?—Este es el matrimonio cristiano: religioso, porque es indisoluble; indisoluble, porque es religioso. No es su religiosidad é indisolubilidad un hecho como casual y transitorio, cual en el paganismo: es el hecho necesario y constante; es la buena semilla que no necesita sino tiempo para alfombrar la tierra de verdor y hermosura.



»El matrimonio civil, continúa el Sr. Durán y Bas, por el contrario, no es más que el naturalismo; tiene todos los caracteres de mero contrato; y si le acompaña algún acto religioso es mera ceremonia, pero no condición constitutiva de él. Sin duda que, aparte de la revelación y de idea religiosa, demuestra la razón que el matrimonio es, por su índole, indisoluble; pero la razón, añade Reynals, no afirma un naturalismo en cuya virtud el Estado puede atar y desatar. Por el matrimonio no se hace cada uno en la unión objeto del derecho de otro, cosa cambiante y cambiada; no vive el hombre para sí, sino para Dios; y reproduciendo las profundas palabras del Cardenal Arzobispo de Santiago establece que en el matrimonio parece que Dios se asocia al hombre y á la mujer, tomándolos como un instrumento, como una concausa para continuar la creación de seres racionales. Con él ha de producir Dios una criatura racional que le conozca y adore. Véase, dice, si todo esto es la *cosa* del contrato. Por esto, ni aun con la libertad de cultos se justifica el matrimonio civil; su introducción en España es incompatible con el modo de ser de un pueblo eminentemente católico; innecesaria, aun cuando la constitución establezca la libertad de cultos; irregular por su forma, comparada con los diversos sistemas seguidos sobre esta materia por otras naciones de Europa; falsa en su base, por no ser de la competencia del Estado dar y quitar á la unión conyugal sus caracteres esenciales; corruptora de la moral social, porque suprime todo elemento santificador de la relación entre los dos sexos; peligrosísima para los mismos principios de unidad é indisolubilidad que proclama, porque la lógica ha de conducir al repudio y al concubinato como en el mundo antiguo; é injustificable por las razones políticas y sociales que se invocan en su defensa.

»Y de la misma manera, prosigue, que del matrimonio civil, es adversario del divorcio. No lo tiene por una conquista de la razón y de la filosofía. Lo habían admitido las sociedades antiguas porque en ellas el Estado absorbía al hombre entero, la religión era parte del patrimonio, el padre tenía el *jus vite et necis*, la mujer era poco menos que esclava, y todo, todo era humano. Pero en la sociedad moderna una de las más grandes obras del Cristianismo es la divinización de la familia, y con ella la indisolubilidad del matrimonio. Este representa algo más que dos voluntades que se unen: en él hay la representación viva del enlace de Jesucristo con la Iglesia. «¿Cómo!—dice—Hombre y mujer han adquirido derecho, el uno en el cuerpo del otro, de mancillar la obra divina; y este derecho no ha de tener por punto de partida y por término sino su libre albedrío, y esta unión nada más ha de representar que dos miradas que se han atravesado, dos voluntades que se han confundido! Tanto hubiera valido no haber derribado el mundo antiguo; como hubiera valido ser en el alma y en las leyes, paganos.» Y con el ejemplo de lo acontecido en

la Edad media confirma lo civilizador del principio de la indisolubilidad del matrimonio; y acusa al código civil francés de no haber visto más que la obra de la filosofía de su tiempo haciéndonos retroceder diez y ocho siglos, y volviéndonos allá de donde nos separan un lago de sangre de los mártires y un largo período de contiendas y de luchas. Distinto el espíritu del mundo antiguo del de el mundo moderno, distinta la civilización pagana de la civilización cristiana, no pueden menos de ser distintos el espíritu y el carácter de las instituciones jurídicas de una edad y otra; y «hé aquí, dice, porqué el matrimonio cristiano es tan diferente del de los paganos así en sus efectos como en su eficacia. En la antigüedad el principio es: *en el matrimonio religioso ó no religioso, como en los contratos, los actos se extinguen de la misma manera que se han hecho existir, y se disuelve con la difarreación el matrimonio que con la confarreación se había celebrado. El hombre no separa lo que Dios ha unido, es el dogma de la sociedad nueva...*; y en ésta el sacramento es la santificación de los contrayentes...»

Hoy se enseña en la docta Alemania un materialismo grosero y perturbador, cuando en tiempos no muy lejanos dominaban de un modo absoluto las escuelas de Kant y de Hegel. Es que la filosofía idealista á fuer de sublimarse y espiritualizarse ha caído en descrédito para ceder el campo á otras doctrinas excesivamente exageradas, más perjudiciales, en verdad, que las sostenidas por aquellos pensadores. Tal es la condición de la ciencia en todas sus manifestaciones desde su origen, según hemos tenido ocasión de observar.

Otros filósofos contemporáneos, hombres de gran mérito y saber, observadores constantes de la naturaleza y astrónomos profundos, abogan con abundante copia de datos y repetidos estudios, por la teoría que da á conocer la *pluralidad de mundos*; teoría que fué indicada y sostenida por muchos sabios de la antigüedad y de otras épocas no muy lejanas.

¡Ah! ¿Cómo desconocer que en todos los tiempos la contemplación de la inmensidad de los cielos ha despertado la curiosidad de los doctos y de los ignorantes? Los infinitos astros que giran en el espacio inconmensurable, el estudio de sus revoluciones periódicas; las especulaciones más ó menos verídicas que juiciosas sobre su habitabilidad, acerca los organismos con sus formas caprichosas, la existencia de nuevos seres en cada uno de estos lejanos mundos con sus condiciones especiales; la realidad de distintos sistemas planetarios con sus respectivos centros de atracción, sus planetas y cometas propios ó de aquellos que pasan de uno á otro sin conocer la filiación, y los demás movimientos que se admiten para nuestro sistema solar; las nebulosas; la vía láctea y otros muchos problemas astronómicos pancósmicos que hoy siguen el impulso de la corriente, sin que puedan resolverse más que hipotéticamente, iniciados ya



en las primeras edades del hombre, sostenidos con entusiasmo por unos y negados por otros durante la preponderancia de las escuelas griegas, aceptados después de luchas y controversias por muchos filósofos de Roma en medio de sus extravíos y contrariedades, sacados de la oscuridad por los alejandrinos, diversamente apreciados durante la Edad media; pero vueltos á la luz en el Renacimiento, para ofrecerse con todo su esplendor por los libre pensadores del siglo pasado, siguiendo hasta nuestros días, ya en libros serios y elocuentes, ya en obras superficiales y festivas ó en estudios conciliadores; nos enseñan, más que otra cosa, la inconveniencia de mezclar la Religión cristiana con las concepciones y estudios astronómicos, filosóficos y científicos, sujetos en general, á continuas controversias, á modificaciones sin cuento, á especulaciones del momento para interpretar los fenómenos de la naturaleza bajo un punto de vista diferente.

Cuando fuera de todo dogma religioso estudiamos los progresos de la astronomía, de la física, de la química, de la historia natural, de la biología y de la antropología; cuando vemos las maravillas que se dan á conocer por medio de los nuevos instrumentos y aparatos de amplificación; cuando examinamos las ventajas que todos estos estudios y descubrimientos proporcionan al bienestar de la humanidad, que, á la verdad, es todo el anhelo y afán á que se consagra el Catolicismo de un modo preferente; no podemos menos de admirar los altos designios de la Providencia que viene siempre á socorrer los desvelos y sinsabores del hombre entregado á conocer los arcanos de la ciencia.

La naturaleza se presenta siempre majestuosa y esplendente, donde quiera que se la contemple; ella ha inspirado en todos los tiempos á aquel que ha sabido interpretarla. Hemos indicado que en las civilizaciones del Oriente, ha habido muchos modos y maneras de manifestar y dar á conocer los fenómenos que se observan en los espacios celestes, y las conjeturas más ó menos aceptables acerca la naturaleza, forma y habitabilidad de los innumerables mundos que ruedan en ese aparente y engañoso infinito; estudios que han sido objeto de serias investigaciones, sobre todo, de atrevidas hipótesis y sagaces teorías. Para nosotros, son enigmáticos muchos de los escritos que se ocupan de esta materia, y la manera y forma de interpretarlos; no podemos apreciar la intención de sus ilustres autores, y hasta que punto pueden y deben admitirse como descubrimientos formales y concienzudos, con especialidad los que corresponden á la Edad media, al Renacimiento y á los siglos posteriores hasta nuestros días.

Las escuelas de la antigüedad hasta el Cristianismo, cuando quisieron descorrer el velo que cubre la idea de los mundos para ellas hipotéticos, no presentaron principios concretos, claros y definidos en el terreno tangible de la

ciencia. Verdad que no conocieron los instrumentos ópticos de amplificación de que se dispone en el día; así es que Lucrecio dió á conocer después, los dogmas que el materialismo de Epicuro había establecido, Plutarco siguió luego la ruta emprendida y Cleombroto y otros sabios griegos y latinos no se detuvieron ante ningún obstáculo, y de sus talleres imaginarios salieron las ficciones más atrevidas y extravagantes que jamás haya podido concebir la inteligencia humana. Es una novela no interrumpida, cuyas descripciones fantásticas y diabólicas arrebatan al lector, y donde la mitología con todas sus gracias y defectos, unas veces punzantes y otras joocosas ó serias, sirven de saz y pasatiempo. ¿Y, por qué no hemos de conceder á los retóricos y poetas, filósofos y literatos de aquellos tiempos su indisputable mérito en todas estas producciones, en las cuales siempre encontramos algo cierto y verdadero y mucho de curioso para la ciencia?

Viajes á la luna, casi siempre satíricos ó escritos con marcada malicia; excursiones por los planetas, en las que los autores alardean de conocimientos astronómicos y físicos, ó de observaciones curiosas; visitas á los espacios interestelares; investigaciones acerca las manchas lácteas y las nebulosas, que representan al telescopio aglomeraciones de infinidad de mundos que la mente apenas puede concebir; descubrimientos admirables y sorprendentes con el espectroscopio que con frecuencia traspasan los límites de lo científico; inducciones más ó menos bien fundadas que se presentan con todas las galas de la poesía; hipótesis probables que no repugnan á la razón ni ofenden al buen sentido, cuando se las despoja de la fábula y de lo ridículo; afirmaciones ó interpretaciones siempre peligrosas, porque su punto de partida es un dato desconocido ó de dudoso origen en la ciencia; posibilidades que se hallan fuera de la órbita de lo probable y del criterio razonable; hé aquí lo que encontramos en todos cuantos estudios se analicen sobre los viajes por las regiones etereas, desde la India ó el Egipto de los griegos, romanos y alejandrinos hasta los hombres con alas de murciélago observados en nuestros tiempos en la luna; descubrimiento que se atribuyó al señor John Herschel y cuyos dibujos recordamos perfectamente y los viajes de Poe y Boilard, que traen á la memoria á Nicolás de Cusa (sabio cardenal de la Iglesia romana que hemos dado á conocer), Cyrano de Bergerac, Godwin, Kepler, Huygens ó Fonténelle y otras muchas novelas científicas escritas con gracejo por autores ilustrados, como las del señor Julio Verne, basadas, en verdad, en las ciencias de observación y experimentales; pero que en el fondo no son más que *novelas*.

La imaginación del hombre es muy fecunda. Negar esta verdad sería una solemne injuria al linaje humano. Y este sér inteligente, que comparado á la tierra que le sustenta es un individuo imperceptible, insignificante, microscó-



pico; átomo invisible ante la inmensidad y grandeza de la creación; ente miserable y raquítico, que para algunos mal humorados, no tiene importancia y ha salido del seno de las aguas, del mónero, de la plasticla, ó de donde mejor les plazca; sabe, no obstante, inventar y crear en su fecunda fantasía miles de miles brillantes concepciones, que con sagaz ingenio trasporta á otras esferas y á otros mundos, viajando por los espacios llamados infinitos é insondables, donde aplica lo poco que conoce de real y evidente y se halla bajo su inmediata inspección en el pequeño globo en que mora, á los grandes y desconocidos que brillan en la inmensidad de los cielos, valiéndose de la suposición, de la posibilidad y de la hipótesis. El hombre, imagen creada á semejanza de Dios su creador, será muy diminuto si se compara á la tierra, como pretende el racionalismo, y más aún si esta comparación se lleva al planeta Saturno ó á Júpiter; pero ese sér microscópico, que apenas se divisa para estos extraviados pensadores, está dotado de una imaginación que abraza el Universo, su razón alcanza más allá de lo incommensurable y su fecundidad recuerda á cada instante su divino origen. ¡Por qué empequeñecer y deprimir tanto al hombre!

Nosotros no disputaremos sobre la pluralidad de mundos. Es una hipótesis como otras muchas, que tendrá algunas probabilidades bajo el punto de vista teórico y del sistema inductivo. ¡Ojalá la ciencia invente nuevos aparatos que le permitan llevar el campo de las observaciones en lo grande y en lo diminuto fuera del terreno de las conjeturas! ¡Ojalá que no tengamos que acudir al ridículo, á la crítica ó á la fantasía para recordar que en todos tiempos y épocas la pluralidad de mundos ha sido aceptada por muchos sabios! Hoy podemos conceder ó negar esta hipótesis, según convenga á las especulaciones filosóficas, científicas ó religiosas. Las mismas razones hay para lo uno que para lo otro, á pesar de los datos que proporciona la observación telescópica, de la inspección analítica de los aerolitos, de las investigaciones espectrales y de los progresos del cálculo que en estos estudios se prodiga con profusa liberalidad. Los señores Meunier y Daubrée llaman *Geología comparada ó Geología sideral*, al estudio que aplica á todos los planetas de nuestro sistema las leyes geológicas de la tierra, fundándose en comparaciones entre la constitución de los aerolitos y de las rocas que se encuentran en la superficie de nuestro esferoide.

Todas las interpretaciones sobre la pluralidad de mundos se hallan, por ahora, bajo el imperio fatal de la *suposición* y de la *posibilidad*. Así es, que cuantos han tomado la noble tarea de defender al Cristianismo han colocado los misterios del dogma en el resbaladizo terreno de una discusión científica sujeta á interpretaciones más ó menos forzadas que peligrosas, las cuales excitan los ánimos, y como dice el señor Th. Henri Martin, la ciencia aun no ha

probado nada en pro ni en contra acerca la hipótesis de la pluralidad de los mundos.

Y, que es muy posible que estos mundos existan en condiciones apropiadas para que puedan estar poblados de seres orgánicos, sea en buen hora. Ya Lucrecio en su magnífico poema sobre *La naturaleza de las cosas*, lo había indicado con brillante lenguaje y poético estilo: «Todo este Universo visible no es único en la naturaleza, decía el poeta latino, y debemos creer que hay en otras regiones del espacio otras tierras, otros seres y otros hombres.» Hé aquí bien indicado por uno de los sostenedores más sobresalientes de la escuela materialista de Epicuro, uno de los problemas difíciles de resolver y que tanto han



Dios.

enaltecido muchos pensadores modernos. Si hoy ha despertado la curiosidad de los astrónomos buscar las analogías que pueden existir entre el globo de la tierra y la inmensidad de mundos que se mecen en las regiones etereas; si apoyados en la inducción y el telescopio pretendemos penetrar por esas masas astronómicas que cual puntos fosforescentes nos indican su desconocida naturaleza; si renaciendo en nosotros aquellas emigraciones y encarnaciones que revelan las primeras teogonías del linaje humano, donde por medio de la observación y el estudio al través de la fantástica ilusión celeste, cuyo purísimo azul fascina todos los días nuestra vista, buscamos concepciones reales, existencias positivas, sistemas sostenidos por estudios realizados durante repetidos si-



glos, no será difícil encontrar en los pueblos antiguos todas cuantas ilusiones pululan hoy entre los sabios de las escuelas incrédulas del siglo XIX, como manifestación explícita de una filosofía positivista, que en su esplendorosa metafísica, por más que dice rechazarla, pretende derribar las creencias que emanan de la Religión verdadera.

El señor Faye con su autorizada voz nos ha dicho, que fuera del planeta Tierra, sólo dos de nuestro sistema tienen probabilidades de reunir las condiciones astronómicas para la vida; y la luna, único globo donde pudiera afirmarse con certeza, no tiene condición alguna para que esté poblada de habitantes ni para que la vida permanezca en ella. Si el señor Faye, que tiene ante la ciencia adquiridos iguales títulos y consideraciones que todos los demás sabios que han hablado de la pluralidad de mundos no se ha engañado, claro está que semejante hipótesis será, tal vez, otro de tantos delirios inventados y sostenidos para afianzar la extravagante doctrina de los espiritistas.

Séanos permitido trasladar las opiniones conciliadoras manifestadas por el R. P. Félix, en una de sus conferencias sobre *el Génesis y las ciencias modernas*, dadas en la cátedra del Espíritu Santo de Nuestra Señora de París, al ocuparse de la interpretación de los principales misterios del Cristianismo.

«La narración de Moisés, dice el sabio orador católico, hace de la tierra el centro de toda la creación: y el dogma católico también la considera como el teatro reservado para los grandes designios de Dios. En ella, Dios se ha encarnado; solamente este polvo terrestre fué tocado por los divinos pies y regado por la sangre reparadora. Y, según la enseñanza católica, únicamente la tierra sostiene á la inteligencia y á la vida; sólo en ella Dios ha dejado caer seres inteligentes y libres, capaces de hacer subir hasta Él el himno universal que canta la creación. Ahora bien ¿fué razonable circunscribir á este punto el teatro de la vida y las manifestaciones de la gloria de Dios? ¿no parecen los astros hechos expresamente para servir de sostén á seres vivientes? ¿no es también más digno de la idea que debemos tener del Creador, pensar que por todas partes existen seres capaces de conocerle y de publicar su gloria, que despojar al Universo de todos los seres inteligentes, reduciéndolo á una profunda soledad en donde no se hallasen más que los desiertos del espacio y las espantosas masas de una materia inanimada? Por otra parte, ¿por qué este planeta que ante la inmensidad de los cielos es como una gota de agua en el Océano y como un átomo en medio de los soles, por qué este pequeño planeta hubiera de ser el sólo en la creación honrado con la presencia de la vida? ¿Y cómo admitir que Dios haya confiado á este imperceptible rincón del Universo á los solos testigos inteligentes de su sabiduría y de su poder? No, no; que el Cristianismo lo tenga por dicho: la ciencia moderna no admitirá ya esta hipótesis de la

teoría cristiana; no renunciará ya á sus conquistas. Al Cristianismo corresponde ver y decidir si quiere romper con la ciencia, ó marchar con ella por las nuevas sendas que cada día se abre á través de los cielos.

«Parece á primera vista que esta objeción había de desconcertarnos. Nada de eso, sin embargo; y yo pudiera con una sola palabra satisfacer á todos los sabios que hicieran de esta objeción de la moderna ciencia una razón perentoria contra el Cristianismo. Pudiera decirles: ¿queréis absolutamente descubrir habitantes en la luna; queréis encontrar, en las estrellas y en los soles, hermanos en inteligencia y en libertad; y como dicen ciertos genios que aspiran á la visión intuitiva de todos los mundos, queréis saludar desde lejos, á través de los espacios, sociedades y civilizaciones astronómicas? Sea. Si no tenéis otras razones para romper con nosotros, nada se opone á que os tendamos la mano y á que nos tendáis la vuestra. Poned en los mundos siderales tantas sociedades como os plazca, bajo la forma y en el grado de temperatura material y moral que queráis imaginar; el dogma católico es en esto de una tolerancia tal que os va á sorprender: solamente os pide no hacer de estas generaciones siderales una posteridad de Adam ni una posteridad de Cristo.

«En verdad, sobre esta grandiosa hipótesis, científicamente y bajo el punto de vista de la demostración rigurosa, hay bastante que decir, y sobre todo bastante que desear. Durante largo tiempo aun, para demostrar que el sol, la luna y las estrellas sostienen la inteligencia y la vida como nuestro planeta, buscaréis un axioma, un punto de partida, de donde pueda surgir con el brillo de la evidencia una conclusión rigurosa. Suponed que Dios quiso hacer de un átomo el centro de la creación: ¿quién, pues, entre vosotros, osaría alegar contra la sabiduría divina, y, en nombre de la ciencia, convencer de absurdo á Dios? Y en este caso, señores, ¿fuera tan absolutamente absurdo suponer que Dios hubiese concedido á la tierra, á pesar de lo infinitamente escaso de su importancia material, un privilegio escepcional en la creación? Concedido que Dios ha escogido á la tierra para posar en ella el pie y desarrollar por completo el gran misterio de la Encarnación y de la Redención, ¿quién no ve que la tierra, por esta vocación de preferencia, adquiere en la universalidad de las cosas una dignidad que la eleva mil veces más que el privilegio de la masa y de la extensión material, y que una gota de la sangre divina, la hace más grande que todos los soles y todas las estrellas juntas?

«Pero, en fin, ¿se quiere absolutamente que los planetas, los soles, las estrellas tengan sus habitantes, capaces como nosotros de conocer, de amar y de glorificar al Criador? Yo me apresuro á proclamarlo, el dogma no lo repugna, no niega ni afirma nada sobre esta libre hipótesis. La economía general del Cristianismo concierne á la tierra, nada más que á la tierra; abraza á la huma-



nidad, nada más que á la humanidad; á la humanidad descendiente de Adam y redimida por Cristo. Fuera de esta gran economía del Cristianismo tocante á la humanidad adámica, ¿deben admitirse en los globos celestes naturalezas inteligentes que tengan alguna analogía con la nuestra? José de Maistre cuya austera ortodoxia á nadie se oculta se inclinaba á creerlo; grandes pensadores en el Catolicismo se inclinan á ello igualmente; y es muy pobre y desautorizada mi propia opinión, para que os manifieste sobre este punto mis preferencias personales. Mas en lo que concierne al dogma católico, del cual esta mi palabra quiere ser siempre fiel intérprete, no solamente no siento ningún embarazo ante esta gran hipótesis, no me arredra el decirlo, sino que encuentra un recurso para contestaros á vosotros mismos, y un arma más para defenderse contra vuestros propios ataques.

«Hay una cosa que es para muchas inteligencias una piedra de escándalo que las detiene en el camino, y un arma de la que se hace uso para atacarnos mejor: es el número relativamente pequeño de los justos y los elegidos que alcanzan su fin. ¿Cómo Dios, que es todo bondad, ha podido crear á la humanidad, teniendo en su infalible vista la caída de la mayoría, si no de la universalidad? Señores, yo no discuto por el momento el valor intrínseco de esta dificultad; pero me pregunto: ante la hipótesis posible de la pluralidad y de la habitación de los mundos, ante las perspectivas incommensurables que abre ante nosotros, ¿á qué se reduce ese escándalo tan retumbante del pequeño número de los elegidos y del gran número de los condenados? Si, como se pretende, todos los mundos tienen su población de seres inteligentes proporcionada á su volumen y á su importancia material; y si, como podemos suponer, todos esos seres, permanecidos fieles á la ley de su vida, deben alcanzar el objeto de su existencia, ¿á qué se reduce entonces la defeción de la humanidad culpable en el plan general de la Providencia, si no es como una discordancia apenas perceptible en el concierto universal?»

Somos de sentir que estos razonamientos del sabio teólogo cristiano no satisfarán á los positivistas, ni mucho menos á los racionalistas y ateos; porque la pluralidad de mundos es la negación de la Encarnación y de la Redención.

El espíritu anticristiano viene sosteniendo su audacia desde los primeros siglos de nuestra era; pero se presentó más sutil y atrevido al comenzar la escolástica y en las últimas evoluciones de la Edad media; y su descaro lejos de disminuir ha crecido después, hasta el punto de haber acariciado la desconsoladora idea de que podría acabar con el Catolicismo. Se quiere que la Religión marche al compás de las ciencias filosóficas y experimentales, y que sufra los embates y vaivenes de las pasiones mundanales; se pretende que la Religión sea la consecuencia del mundo fenomenal. Esto es absurdo. ¡Desgra-

ciada religión que tal hiciera! Entonces dejaría de ser el sentimiento íntimo encarnado en la esencia de la humanidad y el pan espiritual que alimenta el alma del hombre; entonces ya no sería religión, sería, sí, uno de tantos delirios sistemáticos presentados con más ó menos ingenio y erudición por un espíritu atrevido y reformador. La Religión de Jesucristo, no nos cansaremos de repetirlo, es inmutable, sus dogmas son inquebrantables, sus preceptos no varían, siempre son los mismos cualquiera que sean las evoluciones de las ciencias en el siglo que corremos ó serán en los venideros. La Iglesia al penetrar con paso firme en el último quinto del siglo XIX, no ha cambiado, conserva incólume sus principios dogmáticos que conservará hasta la consumación de los tiempos.

¿De qué se quejan? ¿Habrà habido ninguna otra institución religiosa que haya seguido con más tino y prudencia el desarrollo paulatino de sus dogmas y preceptos que el Cristianismo? ¿Se conoce alguna otra que haya sufrido mayores persecuciones, castigos y sinsabores que la Religión de Cristo? Siempre dulce, tolerante y civilizadora, atrae los corazones, habla al entendimiento, modifica las costumbres y usos que perjudican á la moral y pueden perturbar la tranquilidad y el bienestar de las familias. La Religión católica es Religión de paz, de progreso y de fraternidad.

En todo aquello que se halla bajo el dominio del hombre, se pretende descubrir esa ley que antes indicamos, llamada *ley del progreso*. Progreso indefinido dicen, pero lento; que manifiesta la marcha azarosa de la humanidad, los esfuerzos de la inteligencia y las controversias que han suscitado las distintas apreciaciones de las escuelas sobre el mundo fenomenal; empero la Religión católica, como revelada, se halla al abrigo de estas vicisitudes y de las opiniones filosóficas; y las ciencias experimentales y de observación han podido seguir sus distintos derroteros, sin que aquélla haya cambiado los fundamentos dogmáticos.

Hay, con efecto, cierta marcha progresiva en el desenvolvimiento científico de la humanidad, y en sus aplicaciones á las necesidades de la vida social; sin embargo, el libro de la historia nos recuerda á cada momento la opulencia y esplendidez de muchos pueblos y regiones que hoy se ven yermas y abandonadas ó arrastrando una existencia azarosa bajo el peso de una miseria horrible y de un embrutecimiento que no puede concebirse. ¿Cómo ha desaparecido el esplendor de la India, la grandeza del Egipto y la prosperidad de muchas zonas asiáticas? ¿Por qué estos pueblos antiguos no han seguido la ley del progreso que se presenta como *ley universal*, constante é ineludible?

Uno de los sabios ingleses contemporáneos, por cierto hijo de la secta protestante, el honorable señor de Macaulay, ha dicho de un modo terminante



que el Catolicismo y el Papado son imperecederos. El mismo sabio declara que «la Religión no es progresiva, y los progresos de la ciencia no tienen nada de común con la Religión. Un hombre muy ilustrado, continúa el señor Macaulay, puede creer ciertos misterios que la razón califica de absurdos; y por esto se ven en pleno siglo XIX, aceptadas por las clases elevadas de la sociedad las más groseras supersticiones.» Digase lo que se quiera, aunque entre las variadas escenas y sectas filosóficas, alguna habrá presentado á la explicación razonada ó á la discusión especulativa los problemas y teoremas más ó menos afines con el dogma católico, los mismos escritores de nuestros días que se ocupan de estas graves cuestiones, después de discutir cuanto de más sublime y sagrado tiene el Cristianismo; después de haber pretendido demostrar aquella engañosa idea de que la filosofía preparó el Cristianismo; después de manifestar á la faz del mundo con el mayor desdoro su antagonismo á la autoridad de la Iglesia, vienen concediendo de *motu proprio* y por su especial criterio, que el Cristianismo no es una copia ni imitación de ninguna filosofía, que existen diferencias entre ellas y que la superioridad del Cristianismo sobre todas las escuelas y sectas filosóficas es innegable. Contradicción manifiesta que por sí sola sería suficiente para demostrar sus diabólicos planes. ¿Será, acaso, este elogio con alguna intención malévolá? No lo creemos; pero en tal caso no desconocemos tampoco el objeto que lo motiva. Es incontestable que de aquí á la Revelación mosaica, no hay más que un paso.

A pesar de todo ¿cómo no reconocer los progresos que las ciencias experimentales y de aplicación práctica en todas sus manifestaciones, habían alcanzado al principiar el presente siglo? ¿cómo no admitir los grandes descubrimientos y sorprendentes aplicaciones á las comodidades de la vida, que como continuación, hemos presenciado en nuestros días? ¿cómo no apreciar debidamente las inmensas ventajas que ha reportado la sociedad con tan útiles como trascendentales beneficios? ¿cómo olvidar, en fin, las mejoras materiales que constantemente se realizan y los inventos reproductores que siempre refluyen en ventaja y á favor del hombre, ya perfeccionando las costumbres, mejorando sus hábitos, aumentando el número de sus goces, haciendo más soportable su posición, enalteciendo su dignidad y elevándolo á la altura que de derecho le corresponde como criatura humana hija de Dios y hecha á su semejanza? Todos estos progresos y adelantos la Iglesia católica los reconoce, es más, los protege y ampara.

El estudio de la naturaleza, el descubrimiento de muchas de sus leyes y las aplicaciones á las necesidades de la vida y de la sociedad, proporcionaron multitud de adelantos en las artes y en los oficios que mejoraron desde luego las condiciones físicas de los pueblos. La naturaleza es el libro sublime y el gran

monumento que Dios ha dado á los hombres para que ejerciten su actividad intelectual y conozcan la Omnipotencia divina; la naturaleza es el misterioso laboratorio donde se estudian los maravillosos fenómenos de la materia y las leyes que los dirigen. Estudios que separan al hombre de los brutos, especialmente cuando se tiene la insensatez y se pretende compararle con la especie antropeidea.

En el conocimiento físico y moral del hombre están condensados todos los conocimientos, accidentes y atributos de la primera y más importante de las creaciones. Es un *macrocosmo* que representa la obra mejor acabada y perfecta que saliera de las manos del Supremo Artífice; *substratum* ó materia unida á un espíritu racional que obedece á las leyes eternas que no pueden modificarse ni variar por el capricho ó la conveniencia de los sabios.

El hombre es el único sér viviente que eleva su pensamiento á las regiones del infinito, que perpetúa su paso por la tierra, que trasmite á sus semejantes cuanto ha podido saber y aprender, y deja imperecedoras sus concepciones y las fantásticas ilusiones de su brillante imaginación. Sus deseos, sus propios estudios sobre cuanto le rodea, sus minuciosas investigaciones van más allá de la tumba y traspasan los límites de la vida. Por esto en el día el hombre constituye un sér aparte, distinto de los demás animales, á quienes estudia, mientras que él por ninguno es siquiera requerido. ¿No basta la nobleza de su alma, el sentimiento moral y lo sublime de sus funciones psíquicas? El sabio y distinguido señor Flourens, que no puede ser sospechoso á los materialistas, ha dicho «que existe un abismo profundo entre el hombre y las demás especies, y que no hay lazo ni puente alguno, ni género, ni familia inmediata al género y á la familia humana.» El reino hominal está ya aceptado por distinguidos naturalistas. La terquedad del respetable señor Bourgeois, que ha vuelto á iniciarse, sobre el hombre de la época terciaria, fundada en unos cuantos pedernales rodados de la caliza de la Beaulice, nada prueba como hecho científico.

Se han intentado muchas cosas y realizado todos los esfuerzos imaginables para demostrar que el hombre existía antes de la época que la Revelación bíblica señala á Adam, y como esto no haya sido posible, se ha acudido á la socorrida idea de las evoluciones lentas y sucesivas.

Esta es otra hipótesis eventual, indemostrable, que también encuentra sus graves dificultades y se halla desechada por los profesores que rechazan el transformismo de las especies.

Aquí recordaremos con el señor de Agassiz que «hubo un tiempo en que los seres con vida no existían; la geología nos lo demuestra. Las leyes que entonces regían la materia no han cambiado, son iguales á las de hoy, las cuales



no pueden dar origen á la vida; de modo que las circunstancias exteriores nunca fueron bastantes para producir ningún organismo viviente. Dios *debe haberlos creado.* ¡Idea sublime, pensamiento profundo que no nos cansaremos de repetir!

No es de escasa importancia y frívolo concepto admitir que el reino hominal desciende de un padre único, ó que para el linaje humano ha habido diferentes creaciones. El materialismo y el positivismo buscan en vano en la ciencia datos para probar estas soñadas creaciones, con las cuales negarían el pecado original y el misterio de la Redención. *Demostremos, dicen, que la humanidad no es un reino único, que no desciende de Adam, que ha habido diferentes creaciones representadas por las familias y razas diversas que pueblan los continentes, y habremos destruido todo el sistema en que descansa la mayor parte de las creencias cristianas.* Todos estos atrevidos y diabólicos pensamientos, se han visto frustrados ante los progresos de las ciencias experimentales y de observación que ellos mismos invocan.

No negaremos por cierto que la higiene pública y privada y la policía sanitaria estuvieran descuidadas en poblaciones de importancia, como dice el señor Draper; pero por fortuna en nuestra España, dominada por los sarracenos, se conocían de muy antiguo algunos reglamentos que permitieron utilizar los progresos de la ciencia, y sobre todo del buen sentido, en beneficio de la generalidad, cuyos preceptos se conocieron y se observaron al ir realizando la reconquista. Educar, dirigir y cultivar las facultades físicas, intelectuales y morales del hombre, ha sido el objeto preferente del Catolicismo donde quiera que ha tenido influencia, auxiliado de los gobiernos así en Europa como en América.

Los adelantos de las ciencias de aplicación fueron y son en el día la panacea salvadora de las clases productoras; todo está sujeto á la industria y aplicación del hombre. Desde el origen del Cristianismo ¿cuántos descubrimientos y adelantos no registra la historia? ¿cuántos beneficios no ha permitido la Omnipotencia de Dios en bien de la humanidad?... Las industrias se desarrollan y progresan todos los días de un modo pasmoso, y la actividad humana se deja sentir por todas partes; la tintorería y fabricación de estampados adquieren de continuo nuevos mecanismos y sólidos colores naturales ó artificiales; se ha introducido el blanqueo por el procedimiento bertholiano; se inventan otras máquinas para la estampación con varias tintas; se emplean reservas y contramordientes, y se consiguen colores sólidos por doble descomposición; las máquinas para la fabricación de hilados y tejidos de seda, lana, lino, cáñamo y algodón y otras materias textiles alcanzan una perfección inconcebibles; la imprenta toma un vuelo sorprendente y todos sus ramos accesorios adquieren grandes y ex-

traordinarias mejoras; adelantan prodigiosamente la litografía y cuanto de ella depende; la sosa ficticia de Leblanc, el alumbrado por el gas, la calefacción, el conocimiento de nuevos ácidos, la extracción de la gelatina, la fotografía, las artes cerámicas, la metalurgia, las del jabonero y del curtidor, la fabricación del cristal y vidrios planos y huecos, el uso del fósforo, los abonos artificiales para la agricultura, la destilación de los aceites volátiles y purificación de los fijos, la elaboración y mejora de los vinos, alcoholes y aguardientes, las bujías esteáricas, las de parafina y el papel continuo, la aplicación del esparto como materia textil, la del palmito y de la celulosa en general para el papel común, las telas metálicas, las impermeables, los charoles y barnices, las materias explosivas... y tantos y tantos descubrimientos como cuenta tan sólo la historia de la química aplicada hasta alcanzar nuestros tiempos, indican la in-



Morzeus.

fluencia de los estudios experimentales en el bienestar de la sociedad. Todos los ramos de la física y de la historia natural han corrido también hacia su desarrollo progresivo; la aplicación del vapor como fuerza motriz fué á la vez el motor de la civilización; el empleo de la electricidad dinámica, la fijación de las imágenes por la cámara oscura sobre una superficie convenientemente preparada; el electro-magnetismo con sus grandiosas y gigantescas aplicaciones al telégrafo, á la electro-dinamia y á la galvano-plastia en todas sus acepciones; el alumbrado con sus acumuladores que permiten fraccionar el fluido condensado; etc.; etc.; las ventajas de los adelantos de la mecánica y de la hidráulica; los teléfonos, los megáfonos y los termófilos; la combustión del gas del alumbrado como generador de fuerza, y la quema de los gases que aquella produce como fuente de calor, con otros cien más que podríamos presentar, son otras tantas pruebas que dan á conocer la superioridad del hombre



sobre los demás seres de la creación. Y, nótese, que no mencionamos los pasmosos adelantos de la agricultura, porque el señor Draper no la recuerda para nada. ¡Cosa extraña para un hombre de su ciencia! ¡Descuido que sus émulo no han de perdonarle!

En vano se presentarán como motivos de objeción, esos desgraciados entes humanos abyectos y empobrecidos, degradados y hasta envilecidos frente de una civilización potente y vigorosa, que viven en apartadas regiones como si estuviesen relegados del mundo inteligente, en los cuales los rudimentos más elementales de las ciencias no han penetrado aún; seres que no conocen el sentimiento del pudor y en los que la mayor parte de las ideas subjetivas están todavía latentes; corazones apagados donde la moral no ha hecho vibrar aún las fibras de la virtud. Empero estos entes humanos marchan con la cabeza erguida, sienten el daño que les inflieren sus enemigos y las ingratitudes de sus compañeros, aprecian y comparan las defecaciones de sus amigos y, en los momentos de desesperación, levantan los ojos y las manos al cielo por un sentimiento interior que ellos en su lenguaje, siquiera sea imperfecto y limitado, no pueden explicar. Estos seres degradados y abyectos conocen siempre á sus hijos, conservan el instinto y tienen deseos, y cualquiera que sea su civilización se presentan con la estación vertical, tienen cuantas propiedades esenciales se reconocen por los anatómicos y biólogos en el sér humano civilizado, propiedades que les separan en absoluto de los antropoídeos.

Estos hombres incivilizados hoy, fueron en algún tiempo civilizados; tienen inteligencia práctica y en todos se descubre el instinto industrial y artístico que algunas veces se ha desarrollado en grado prodigioso. Es que estos seres, como individuos del gran reino hominal, obran hoy sólo á impulsos de un sentimiento íntimo y desconocido, en virtud de una tendencia inexplicable y de una fuerza irresistible, que los arrastra por el escabroso camino de la perfectibilidad para que se desarrolle ese germen desconocido que tuvieron en otros tiempos y que constituye el distintivo primero del sér humano sobre todas las especies que admite la zoología.

Mucho se ha exagerado también por el señor Draper, el progreso del pueblo norte-americano, que nosotros estamos muy lejos de negar; progreso plausible y humanitario que todo el mundo reconoce, si bien no son admisibles las causas á que atribuye tan sorprendente fenómeno de su país. Tierra virgen y fecunda aquella, regada por multitud de ríos, navegables los más, que la cruzan en todas direcciones; sociedad exuberante de vida y hospitalaria por sus nobles y libres pensamientos; pero que en ello entra también en mucho el cálculo, la especulación y la conveniencia; país que recibe en su seno los emigrados políticos de la civilizada Europa y del mundo todo, que van á introducir los

adelantos y descubrimientos de la industria, de las artes, de la agricultura y del comercio de los siglos XVIII y XIX, emigrantes á quienes tiene librada carta de naturaleza; nacionalidad vigorosa que aumenta sin obstáculos; actividad creciente metalizada que sigue desarrollándose por el imperio de las circunstancias, bajo el influjo mágico de la ciencia moderna y con capitales reales de mucha respetabilidad y nominales de gran consideración; centro universal, que como dice el ilustre señor Claudio Janet, está entregado al lujo, á la disipación y á la banca; donde se han perdido los lazos sociales y de familia en pos del omnipotente *dollar* que todo la avasalla y domina; nación en la cual el *dios dinero* es el tutelar, pues para el yankée no hay más que el dinero, ¿qué le importa la honra, la virtud y la moralidad, si en cambio existe la riqueza?



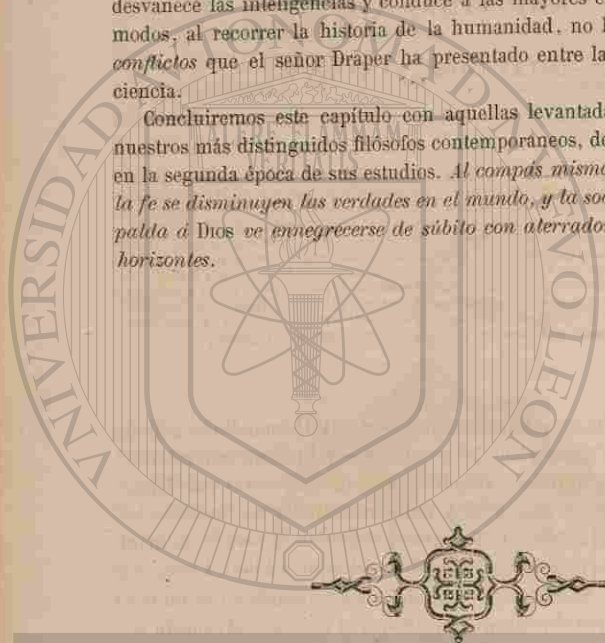
Macaulay.

Por esto aseguran algunos publicistas que la ciudad de Nueva-York es la más inmoral que existe en el mundo; y, en fin, según ha consignado el señor Hepworth Dixon: «La sociedad anglo-americana está desconcertada por una multitud de enfermedades de las mujeres, mesas giratorias, sociedades anti-conyugales, falansterios de *amor libre*, libertad de afecciones y hasta *clubs antimaternales*. ¿Cómo se atreve nadie á equiparlo con las conquistas de Méjico y el Perú por los españoles? ¿qué analogía existe entre aquellos pueblos y sus conquistadores y el nuevo pueblo norte-americano? Preciso será que el señor Draper al hacer semejantes comparaciones haya cerrado sus ojos á la luz de la razón y sólo esté inspirado por un sentimiento repulsivo hacia los españoles, que casi en su totalidad profesan el Catolicismo; de otro modo no nos explica-



mos ese constante afán de mancillar las glorias de Cortés y de Pizarro en aquellas grandes conquistas que son todavía la admiración y asombro de los hombres doctos é imparciales. Desgraciadamente domina y embarga aún á ciertos autores que profesan el comunismo intelectual, el funesto espíritu de secta que desvanece las inteligencias y conduce á las mayores exageraciones. De todos modos, al recorrer la historia de la humanidad, no hemos encontrado esos *conflictos* que el señor Draper ha presentado entre la Religión católica y la ciencia.

Concluiremos este capítulo con aquellas levantadas palabras de uno de nuestros más distinguidos filósofos contemporáneos, del ilustre Donoso Cortés en la segunda época de sus estudios. *Al compás mismo con que se disminuye la fe se disminuyen las verdades en el mundo, y la sociedad que vuelve la espalda á Dios ve ennegrecerse de súbito con aterradora oscuridad todos sus horizontes.*



## CAPÍTULO XII

### EL SIGLO DIEZ Y NUEVE

*La emancipación de los pueblos norte-americanos y la revolución francesa. — Influencia de los enciclopedistas. — Las nuevas ciencias. — Se realiza en Francia la revolución. — Napoleón I. — La propaganda de los ejércitos franceses. — Importancia del levantamiento en España. — La sexta coalición contra Napoleón. — Muerte de Napoleón en Santa Elena. — Consecuencias de la propaganda reformista. — Pronunciamiento del año 20 y sus resultados. — Emancipación de los pueblos americanos. — Idea de una conciliación. — La nueva filosofía de Locke y de Hume. — El materialismo francés. — El sensualismo inglés. — Escuela escocesa. — Indicase la sociología. — El sensualismo en Alemania. — Como se ha apreciado el idealismo alemán. — La escuela kantiana. — El teísmo ideal de Henán. — El sentimentalismo de Jacobi. — Los discípulos de Kant. — Escuela de Hegel. — Opinión del Excmo. Sr. P. Zeferino González acerca de este filósofo. — Escuela de Krause. — Examen de esta doctrina por el Excmo. Sr. P. Zeferino González y el presbítero D. Antonio Comellas y Ciset. — La reforma de Herbart. — Schopenhauer. — Hartmann. — El eclecticismo de Royer Collard y Victor Cousin. — El sincrétismo. — El naturalismo. — La filosofía crítica. — Consecuencias de estas doctrinas ateas y disolventes. — La sociología. — Sus diferentes fases. — Conclusión.*



o había terminado aún el siglo XVIII, cuando dos grandes y trascendentales acontecimientos habían impresionado al mundo. Los unos veían amenazados sus privilegios, sus prerogativas y todas sus influencias tradicionales, mientras que los otros vislumbraban para la humanidad nuevos horizontes de progreso y libertad civil. Era la lucha que comenzaba á generalizarse entre un ideal tradicionalista arraigado por el tiempo, y el espíritu mo-

derno influido por la filosofía inglesa de Locke y de Hume, que en íntimo consorcio con el materialismo francés, se colocaban frente á frente del espiritualismo católico.

La emancipación de los pueblos norte-americanos y la revolución francesa conmovieron los cimientos de las viejas monarquías, señalaron la ruta que debían emprender los antiguos Estados, y marcaron el camino á los países que se constituyeron con los descubrimientos de Colón, las conquistas de Cortés y el temerario arrojé de Pizarro, Ojeda y Almagro.

El espíritu librepensador había recogido los podridos frutos de sus descabelladas predicaciones, de sus atrevidas utopías y de sus tenebrosas maquinaciones; una filosofía engañosa y falaz se apoderaba de muchas intelligen-



cias privilegiadas, para usufructuar el vergonzoso legado de otras generaciones entre lagos de sangre, cruentos sacrificios y horribolas devastaciones, impulsadas por la fiebre devoradora de la impiedad y del sacrilegio.

El influjo de los enciclopedistas y los extravíos de la mayoría de los filósofos franceses impulsados por el sensualismo británico, habían producido tantas miserias y tantos desastres á aquel pueblo honrado y laborioso, sin mejorar en nada sus infortunios, que desgraciadamente olvidó los consuelos de la Religión y escarneció el santo nombre de Dios, corriendo aquella sociedad desbocada á merced del furioso vendabal que la sumergió en un mar de desventuras y desdichas.

En vano las ciencias exactas, físicas y naturales continuaban sus lentos y progresivos descubrimientos: en vano tomaban carta de naturaleza la química, la anatomía comparada y la astronomía científica y entraban á formar parte activa de los humanos conocimientos la geología y la arqueología, la numismática y la etnografía, la paleontología y la antropología, la economía política, el derecho público y de gentes, y por último la sociología; la revolución francesa levantando con una mano la tea destructora y empuñando con la otra el puñal fratricida, se cebaba sobre inocentes víctimas consumando su terrible hecatombe con sus mismos hijos y con sus más entusiastas propagadores, como Lavoisier, Bailly, Chenier, Clootz, Malesherbes, Bobel, Daltón... etc.

¿Qué pretendían aquellos desdichados? ¿qué sistema de gobierno era el suyo? ¿cuáles serían los fundamentos de su política? ¿qué creencias, qué principios religiosos imperaban en aquella multitud desenfundada, sedienta de sangre, viviendo entre la corrupción, sin fe, sin esperanza y sin porvenir, y alimentándose del vicio, del pillaje y de la orgía? ¿Era, tal vez, que los franceses en su mayoría aspiraban á una nueva regeneración política y social? ¿era que aun existían los tradicionales privilegios, las humillantes prerogativas y las odiosas distinciones de otros tiempos, cuya soberbia se guarecía en las inexpugnables almenas del feudalismo?

Se había derribado la monarquía y la Real familia encarcelada inhumanamente en el Temple era víctima expiatoria del furor popular; se había proclamado la república, se reconocieron y se sancionaron los derechos del hombre, que hoy se llaman ilegislables; la libertad en todas sus fases y manifestaciones no conocía límites; la nobleza había desaparecido y sus bienes estaban confiscados; se abolieron los privilegios, las distinciones y toda suerte de prerogativas; la alta banca atemorizada, la agricultura en absoluto abandono, las industrias y los oficios perdidos; todo andaba en sangriento desorden, cambiando las constituciones fundamentales al compás de los deseos de sociedades secretas y de los grupos anárquicos que en destructora lucha sostenían la agitación ver-



Lista XVI distribuyendo limosnas.



tiginosa de los clubs; habianse segado las cabezas de muchos inocentes y las de la Real familia habían al fin rodado por el cadalso confundidas con las de los criminales; por último, la santidad de la Religión de Cristo se vió ultrajada, escarnecida y avasallada por los desacatos y profanaciones de la *diosa Razón* y la *fiesta al Sér Supremo*. Grecia y Roma en vertiginosa orgia, fueron parodiadas y ridiculizadas vergonzosamente por aquellos desdichados que ébrios de coraje no se cansaban de inmolar inocentes víctimas á su loco frenesí anárquico y á su despótico furor antisocial.

En medio de tantas calamidades y destructoras hazañas, se llevó á la guillotina al Duque de Orleans, que en un momento de deslumbradora popularidad tuvo el mal gusto de hacerse apellidar Felipe Igualdad y también fueron sacrificados ó subieron al cadalso centenares de hombres honrados, comerciantes, industriales y artesanos, diputados y estadistas, los más de ellos autores é iniciadores activos de la revolución. Los girondinos, los herbetistas, los jacobinos, los entusiastas más fervientes y patriotas propagandistas como Camilo Desmoullins, Dantón, Chabot... y el mismo Chaumette que tan propicio estuvo para organizar aquellas repugnantes bacanales paganas, marcharon unos en pos de otros á la guillotina. En Noviembre del año 93 se sacrificaron en un sólo día 200 diputados... ¡Qué más! El tristemente célebre Robespierre con sus amigos Saint-Just, Philippaux y otros jacobinos exaltados amantes del terror, sirvieron de befa al populacho desenfrenado que en infernal algazara vió rodar sus cabezas por el enrojecido tablado.

La Francia lleva ya tres ensayos republicanos; y si el primero se resumió en una tiranía salvaje y fué la síntesis de todas las iniquidades y de todos los atropellos, el segundo impulsado por una democracia de sangre, ha sido impotente y nulo en medio de su audacia y de sus excesos y crueldades. En estos instantes (31 de Agosto de 1883), no sabemos cual será al desenlace del tercero, vistas las complicaciones de la política europea, el aislamiento de la Francia, su falta de consideración con las órdenes religiosas y con el clero en general, la apoteosis de los incendiarios de la *Comunne*, y otros muchos incidentes funestos que la cercan por todas partes, como la muerte del conde de Chambord en estos momentos.

Y no se diga que la revolución francesa rompía las cadenas de la esclavitud política, civil y religiosa para destruir el oscurantismo y proteger con mano franca la ciencia y el progreso de la humanidad; porque aquellos hombres desalmados y sin corazón, respondiendo al impulso de un salvajismo aterrador, sanguinario, tuvieron la audaz insensatez de contestar á la comisión que reclamaba *algunas horas de vida* para el sabio, para el gran Lavoisier. «LA REPÚBLICA NO NECESITA SABIOS.» ¡Qué entenderían aquellos hombres por república!

La primera República francesa al terminar el pasado siglo se precipitó desbocada en un abismo sin fondo, y sucumbiendo al Directorio ahogó en sangre sus proyectos y aspiraciones. El Directorio á su vez debía también sufrir una



En el Palais Royal cada café tenía sus gradas.

suerte análoga y hundirse entre el cieno de sus iniquidades y de sus homicidios. La Francia estaba fatigada de tantos excesos, de tantas crueldades y de tantos crímenes.



Los jefes republicanos habían herido el sentimiento católico de la generalidad de los franceses y se anegaron en lagos de sangre, se divorciaron de la moral y del derecho para arrastrarse por el fango de la prostitución y del error; y aquellos extraviados ciudadanos, aquellos hombres convulsos y delirantes en medio de su ateísmo y faltos de fe religiosa tuvieron miedo de su propia obra. Por todas partes se hacían sentir los vértigos de una atmósfera viciada por las emanaciones pestilenciales de tantas víctimas, frenéticos y arrepentidos y casi asfixiados por aquellos miasmas se lanzaron presurosos y sin condiciones en brazos del soldado afortunado que en Italia había vencido el poder del Austria humillando a la vieja Europa. La elevación de Napoleón I al Consulado y al Imperio después de la gloriosa campaña de Egipto, fué un hecho providencial para poner término á tan sangrientas hecatombes.

Al comenzar el siglo XIX la Francia republicana volvía otra vez á adquirir la forma monárquica, y con ella su perdido esplendor. Y al proclamar á Napoleón I emperador de los franceses, adquirió el brillo de su antigua corte y la magnificencia de un pueblo ilustrado y laborioso, desarrollándose de nuevo todos los elementos de riqueza, ciencia y prosperidad que la señalaban un glorioso porvenir.

La Religión católica recuperó cual era de esperar, sus sagradas basílicas, y el derecho como ley santa y social imperó por lo común en el ánimo de los legisladores. El poder de la Francia y su importancia guerrera, científica y política se hallaban en todo su apogeo: empero tantas glorias y laureles debían marchitarse y sucumbir muy pronto bajo el peso de una coalición formidable, nacida del sentimiento católico ultrajado por la soberbia del Emperador en la respetabilidad del Sumo Pontífice.

Á pesar de todo, la propaganda de los ejércitos franceses era inevitable, y sus excesos y atropellos sobre el Catolicismo do quiera ejercían su dominio, daban á conocer bien á las claras los recuerdos de la revolución que los había engendrado. Las sociedades secretas hacían sus progresos tanto en Europa como en América, las logias se multiplicaban de una manera pasmosa y por todas partes dejábase sentir su influencia perniciosa, estando en ellas afiliados muchos hombres de mérito y reconocido saber. Y si en algunos pueblos y países no dieron el resultado que sus autores apetecían, como sucedió en España, débese al sentimiento religioso que constituía la base de nuestra educación, difundida entre todas las clases sociales y arraigada en el corazón de casi la totalidad de los españoles. Napoleón I quiso mirar con desdén la Religión católica romana, que tanto había contribuido á su engrandecimiento, la afligió con toda suerte de calamidades y excesos, y natural y sucesivamente fué rodando de precipicio en precipicio para dar lugar á aquella coalición que labro

su completa ruina. Ahora mismo la República francesa que lleva á cabo el tercer ensayo, ha querido menoscabar el sentimiento religioso encarnado en la mayoría de los ciudadanos franceses, y de crisis en crisis, de descalabro en descalabro, de desierto en desierto busca su ruina, que para muchos de los grandes políticos y estadistas es un hecho inevitable, después de la muerte de León Gambetta y la del representante de la monarquía absoluta.

Es que en los acontecimientos de los pueblos hay siempre un pasado que pesa sobre el presente, así como el presente pesará también en el porvenir. Y, si una individualidad alcanza un poder extraordinario, debido á circunstancias especiales, capaz de subyugar á un pueblo para arrastrarlo ciego á sus ideales aventuras; el tiempo con su guadaña destructora desata los lazos y corta los nervios que le comunicaban movimiento y vida, para que se desvanezca su poder é influencia y los sucesos vuelvan á su curso natural. ¡Tales son las inexorables leyes de la Providencia!

La emancipación de los pueblos anglo-americanos y la revolución francesa, pues, habían esparcido por Europa la semilla materialista y comunista que hasta entonces sólo fructificaba entre algunos sabios y filósofos representados por los semisensualistas y librepensadores, discípulos de Locke y de Hume, y cuya mayor parte se encuentran entre los enciclopedistas. Sus seductoras predicaciones engañaron á la generalidad, que falta de verdadera y sólida ilustración las aceptó sin reserva, haciendo que la clase media aspirara á salir de su esfera y la proletaria á exigir derechos y garantías no conocidas, que encontraron natural resistencia entre la nobleza y la banca, y en cuantos gozaban de privilegios, distinciones é inmunidades, ó se hallaban al frente de los grandes centros industriales, manufactureros y mercantiles. Se había roto el equilibrio entre las jerarquías sociales, y las oscilaciones del rugiente mar de la política aterrorizaron á los gobiernos y les hicieron perder su aplomo.

Sin embargo, el período de incubación fué largo y penoso, la propaganda francesa no había encontrado aquella simpatía y leal cooperación que sus autores creyeron en un principio; en general era rechazada y los ejércitos invencibles comenzaban á sufrir algunos descalabros. La ambición de Napoleón I, tal vez impuesta ó llevada más allá de sus cálculos y combinaciones, quizá arrastrada por la necesidad de las circunstancias y la marcha misma de los acontecimientos; pero conocida de todos los Gabinetes europeos; su amor propio herido al ver la sostenida malquerencia de los principales monarcas de Europa y en particular el de San James, á pesar de sus triunfos militares y del sacrificio de su primera esposa, no bastaron á contenerlo, siguiendo su fantástico proyecto del bloqueo continental y su sueño olímpico de dar un trono á cada individuo de su familia.



España, huérfana de sus reyes legítimos que mal aconsejados y peor dirigidos habían provocado los tristes acontecimientos de Aranjuez, para marcharse unos en pos de otros después de inconvenientes abdicaciones y de ridículas protestas y reunirse en Bayona y Valencey, donde dejaron al Emperador dueño absoluto del trono de San Fernando, se levantó heroicamente en masa cual si fuera un sólo hombre para defender su nacionalidad, su Religión, su monarca, sus hogares, sus leyes y sus costumbres. Los nombres de tantos heroes representados en Daoiz y Velarde serán siempre venerados de los españoles.

Después de mil contrariedades y peripecias de parte de los gobernantes, se reunieron al fin las Cortes de Cádiz, en las que los diputados más avanzados, probablemente librepensadores, elaboraron la primera Constitución que recordaba los derechos del hombre proclamados por el abate Sieyès en plena revolución francesa, que todos hemos conocido con el nombre de Constitución del año 12; código fundamental que fué recibido con general aplauso, que muy pocos comprendieron y que anulado aún antes de que se sentara en el trono el rey Don Fernando VII, a la caída del Emperador fué restablecido en España en 1820, é imitado por otras naciones.

Napoleón I debía, al fin, descender del solio de San Luis empujado por el poder de sus enemigos que habían formado la sexta coalición después de los desastres de Rusia, para ocupar un remedo de trono en la isla de Elba, que le fué concedido por la magnanimidad de los soberanos coaligados cuyos representantes firmaron el Tratado de París. Emperador sólo en el Congreso de Viena, donde se propusieron la pacificación de Europa, se firmó el acta de la *Santa Alianza*. La distribución política y civil de los Estados europeos experimentó cambios y radicales modificaciones que anularon por un instante pasajero el reinado de los *cien días*. El emperador cual meteoro luminoso brilló sobre el cielo de la Francia por un momento, y habiendo perdido la batalla de Waterlòo tuvo que entregarse á los ingleses sus irreconciliables enemigos. El Congreso de Viena había consignado en sus acuerdos y resoluciones el arreglo definitivo de los tronos cual conviniera á los intereses de los monarcas allí reunidos, y por fin Napoleón I fué conducido sin consideración ni respeto á la isla de Santa Elena, donde murió el 5 de Mayo de 1821.

Las escarpadas rocas de una isla risueña y llena de vida habían oído los primeros ayes de un niño arrullados entre el dulce murmurio de las brisas; y las peladas é imponentes masas petreas de otra isla inhospitalaria se aterraron al exhalar el gran Capitán del siglo el último suspiro que se perdió entre los bramidos del furioso y desencadenado huracán.

Formaron la sexta coalición y por lo tanto firmaron el acta de la Santa Alianza, Inglaterra, Rusia, Francia, Austria, Portugal y Suecia.

No era en verdad tan fructífera y trascendente la propaganda reformista de la nueva escuela liberal como parecía en un principio, ni las modificaciones y arreglos emprendidos para mejorar los diferentes ramos de la administración según estas doctrinas, merecieron el aplauso unánime de la generalidad de los países donde se habían establecido, á pesar del espíritu volteriano y jansenista que desde mediados del siglo anterior se había infiltrado, sobre todo en España, en las elevadas regiones del poder y de las ideas de las escuelas filosóficas imperantes, todo lo cual venía minando el sentimiento tanto monárquico como católico de los pueblos. El contacto más ó menos prolongado de los ejércitos del Emperador de los franceses con las masas, no produjo efecto al-



Felipe Igualdad, Duque de Orleans.

guno, por el contrario, se avivó con mayor entusiasmo el antagonismo natural, especialmente entre los españoles; de suerte que el napoleonismo se hizo repulivo, sobre todo en las comarcas agrícolas y rurales, por sus amaños, por sus desafueros y por sus atropellos; tanto más cuanto que vieron perseguidas sus creencias religiosas, robados y saqueados sus templos y violados los claustros de las hijas del Señor. La Europa contempló asombrada tan extraños acontecimientos, y vió como un sueño abatirse el levantado vuelo de las águilas imperiales por el heroísmo de un puñado de valientes españoles, sin instrucción, faltos de armamento, acandillados por temerarios guerrilleros que se lanzaban ciegos al combate en grupos irregulares sin orden ni disciplina, con el nombre de *Somatenes*. ¿Cómo comprender que aquellos bravos soldados y aguerridos



capitanes de las Pirámides, de Austerlitz y de Jena depusieron en España sus águilas vencedoras en los campos de Bailén y bajo los muros de Gerona y Zaragoza? La suerte de Napoleón I se decidió en España y, de muy poco hubiera servido la sexta coalición, si el Emperador contara con el favor de la Península Ibérica, con los tesoros consumidos sin resultado, con la multitud de soldados fenecidos y con los numerosos ejércitos ocupados en sostener á su hermano José que se intitulaba rey de España.

Desde 1814 á 1820 la historia de las nacionalidades europeas recién establecidas por aquel Tratado, no es nada tranquilizadora. Por todas partes hay afrancesados á quien perseguir con más ó menos rigor; liberales exaltados que tienen que abandonar el hogar doméstico; demagogos intransigentes, tristes recuerdos del año 90; clubs ocultos, sociedades secretas, con nombres distintos que celebran con gran exposición sus conciliábulos; tentativas frustradas, víctimas expiatorias de las pasiones políticas, de los resentimientos y de las venganzas personales. En este estado de general disgusto, zozobra y de justo temor, acaeció en España el pronunciamiento de 1820, el cual alentó las esperanzas de unos, llenó á otros de terror, abrió las puertas de la patria á los emigrados, y otra vez se emprendieron las reformas antes proyectadas. Muy pronto se vieron las defecciones, las deficiencias y las peripecias, los funestos amagos de los clubs y sociedades llamadas patrióticas, las recrudecidas enemistades, los odios y las venganzas que estaban latentes y los desastrosos administrativos, más por la impaciencia que por el fondo del principio económico que les servía de fundamento. Se creía que el pueblo tenía la ilustración suficiente para aquellas radicales reformas, en medio de repetidos levantamientos absolutistas que menudeaban por todo el ámbito de España. Este estado de descomposición social dió lugar á que se perdieran una gran parte de nuestras colonias del Nuevo Mundo, y que una intervención francesa derribara aquel sistema de gobierno, volviendo á Fernando VII en el pleno goce de su poder absoluto.

Las posesiones inmensas é importantes de las Américas Españolas que habían permanecido fieles á la metrópoli, al ver el desconcierto y al escuchar los relatos de los emigrados, comenzaron á declararse en rebeldía, y emprendieron una lucha tenaz y porfiada hasta que consiguieron su completa emancipación y su propia autonomía. De aquí tomaron origen las diferentes Repúblicas americanas, las cuales emprendieron atroces é incalificables persecuciones contra todo cuanto podía tener relación con la madre patria. El matrimonio de D. Fernando VII con D.<sup>a</sup> María Cristina cambió la política española para emprender una marcha más conciliadora con los progresos del siglo.

Nótese que desde el comienzo de la revolución se distinguían dos tenden-

cias antagónicas y enemigas inconciliables que profesaban y aún profesan principios y doctrinas opuestas tanto en política como en religión; una que siempre ha sostenido el régimen absoluto, y otra que proclama las reformas de la escuela liberal, no sin que ambas hayan dejado de fraccionarse tomando diferentes nombres y aspirando á distintos sistemas de gobierno. Ideales que no se han colocado en su justo medio, pues si por una parte se ha creído erróneamente que debían derribarse antiguas y venerandas instituciones, por otra se ha demostrado desmedido apego á lo que, por ser contingente, puede sufrir alteraciones hijas de necesidades nuevamente creadas.

Tiempo es ya que ambos partidos aleccionados por una triste experiencia, cedan de sus exageradas pretensiones y de sus engañosos ideales en uno y otro sentido; tiempo es ya que se aproximen para constituir un solo cuerpo nacional; tiempo es ya que se reúnan y se compacten en un elemento común para que con el patriotismo de todos pueda regenerarse nuestra trabajada patria. La Religión no es patrimonio de nadie, y la católica romana, que es la que profesan casi la totalidad de los españoles, continuará su misión divina guiando á la humanidad por el camino de la moral, del derecho y del progreso.

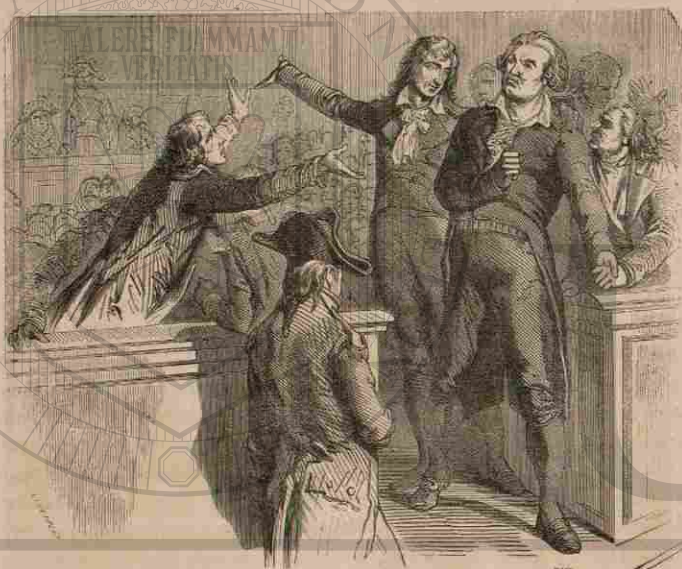
Ante esas predicaciones insensatas de una y otra parte, conviene oponer la doctrina católica; ante esas sectas perturbadoras ó fanáticas, la santidad y pureza de los preceptos Evangélicos; ante esa ciencia mentirosa, la verdadera Ciencia experimental y de observación. Que sea el Catolicismo la antorcha resplandeciente, el faro salvador, el foco de luz celestial que salve al linaje humano, enseñándole la verdad de una civilización siempre progresiva. El Catolicismo no es la bandera de una exigua fracción política, ni de ninguna secta desgraciada. En la manifestación pastoral del Excmo. Sr. Cardenal Payá, Arzobispo de Compostela, del 2 de Agosto de 1882, dice el docto prelado á sus católicos diocesanos: «*La suerte de la Religión (católica romana) no ha de depender jamás de la de ningún partido político: ella se levanta sobre todas las miserias y pasiones que se agitan en el terreno en que bullen las pasiones mundanales; ella no recibe inspiraciones de los hombres, sino de Dios; tiene su política propia, basada en la divina palabra é inspirada por el Espíritu Santo; debe ser el puerto de refugio para todos los que incesantemente buscan al Señor, vengan de donde vengan, y no un alcázar cerrado cuyas puertas tan solamente se abren á determinadas procedencias.*»

Sin embargo, es innegable que al alcanzar el año de 1830, muchas de las doctrinas reformadoras encontraron sus secuaces é hicieron sus apóstoles, y los acontecimientos que se sucedieron, por un efecto providencial, presentaban en todas partes un nuevo cariz, que hacía presagiar tiempos más bonancibles. Fué preciso que el poder absoluto transigiera con la opinión general, aceptando, si



bien con ciertas reservas y restricciones, una buena parte de los principios y aspiraciones del espíritu moderno: he aquí la Europa política al comenzar el año de 1834.

Ha llegado ya el momento que una larga experiencia ha hecho ver con datos irrecusables que el sentimiento católico no se opone á la marcha progresiva del siglo, y que la Iglesia católica, apostólica y romana extiende sus beneficios morales y espirituales á la humanidad que vive bajo su augusto manto.



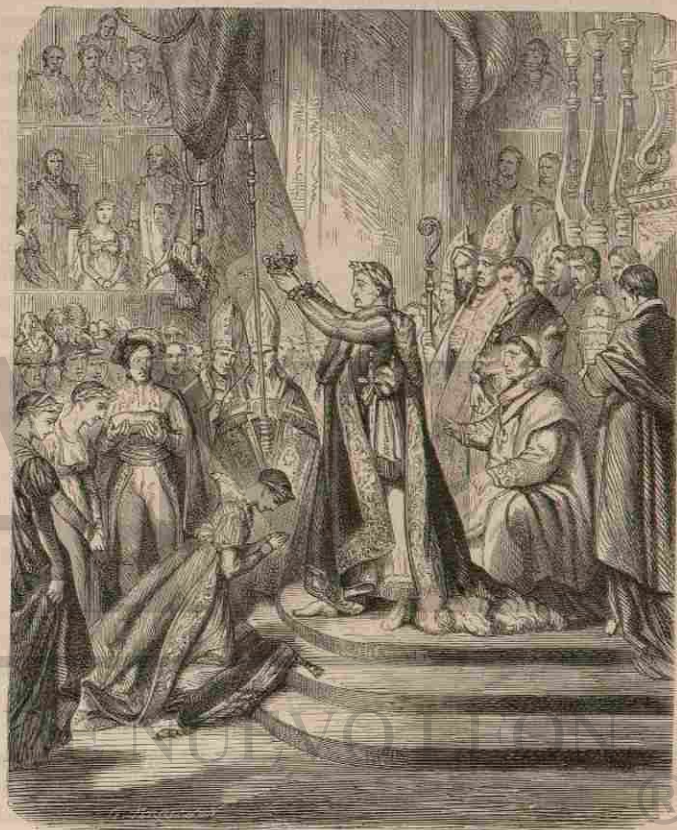
Danton y Camilo Desmoulin sentenciados á muerte (5 de abril de 1794).

sin examinar cual sea la forma de gobierno de las naciones donde ejerce su santa misión apostólica mientras esta forma no sea contra la moral y la justicia.

¿Y cuál sería pues el verdadero progreso de los estudios filosóficos al comenzar el siglo XIX? Difícil será contestar á esta pregunta, si hemos de complacer á las diferentes escuelas de hoy; no perdiendo de vista el estado de honda perturbación que generalmente dominaba en Europa, el cual ejercía su poderosa y natural influencia en todos los estudios tantos abstractos y filosóficos como experimentales y de observación.

En Inglaterra pululaban aún y tenían grandes simpatías y entusiastas admi-

radores las doctrinas de Locke y de Hume que habían propagado el sensualismo, siendo los inmediatos protectores del materialismo. Protección que llegó á ser fundamental bajo el eficaz impulso que le diera J. Toland, ya como libre



Coronación de Bonaparte y su esposa (2 de diciembre de 1804).

pensador, ya como sensualista psicólogo. Y no se diga por los amantes del positivismo moderno que A. Comte fuese el autor de un credo positivista que abrazaba toda una confesión natural, porque aquel sabio presenta su cosmogonía materialista, en la que hace alarde de dar á conocer una nueva religión de



la naturaleza y de la humanidad en la que el culto de la verdad, de la libertad y de la salud, esos tres grandes factores de la vida, ocupan un lugar preferente; pues á la vez en ella hay también un calendario en el cual hallan su lugar los hombres notables de todos los tiempos y de todos los países y naciones.

Doctrinas iguales á éstas en el sentido materialista hemos visto en nuestros días, que proclaman con el mayor desenfado la teoría del acaso, la eternidad de la materia y niegan la existencia de Dios y del alma; doctrinas que verdaderamente han alarmado las conciencias de muchos hombres timoratos que sólo ven en ellas la perversión de la sociedad; doctrinas, empero, que suelen aceptar con gran algarazá y contentamiento, algunos ilusos que hablan de sus derechos individuales como si los demás no los tuviesen también iguales; doctrinas, en fin, en las cuales se amatematiza el Estado, el poder civil y la propiedad individual. Sin embargo de estas utopías que trastornan el buen sentido del hombre honrado consagrado al trabajo y que se halla fuera de esta palabrería insulsa aunque altisonante, palabrería superficial, errónea y capciosa en la cual va envuelta un sistema positivista perturbador y anárquico, la escuela inglesa sentó como principio ya en el pasado siglo, siguiendo el espíritu materialista, por medio del profesor señor Hartley en su *Sistema de psicología*, que los fenómenos psíquicos se reducen á funciones orgánicas que aun no pueden determinarse; pero que en ellas se descubre un movimiento vibratorio de la sustancia cerebral que debe considerarse como la fuente única del pensamiento y de las sensaciones. Y otro profesor daba á conocer un tratado de *Zoología*, en el cual se descubre el materialismo desarrollado en todos los problemas psicológicos que presenta. Bacon y Newton, Gassendi y Descartes habían trazado el camino á Locke, Hume y Condillac.

Los partidarios del materialismo buseaban con afán en los progresos de las ciencias biológicas y en los de las ciencias exactas, físicas y naturales, sus armas de combate, atacando aún cuando fuese de soslayo, los principios fundamentales de la metafísica; y llenos de bélico entusiasmo se lanzaban á vagas interpretaciones mecánicas sin datos ni observaciones; todo lo cual les condujo á lamentables extravíos y á utopías filosóficas, olvidadas algunas de ellas por inútiles. Osadía impremeditada era ésta, que dió alas al sensualismo para que se apoderase y llegara á dominar, siquiera fuese por algunos momentos, á la escuela idealista; ésta tuvo la insensatez de amilanarse y colocarse sin pudor bajo su amparo, admitiendo como preliminar la teoría del conocimiento, que difundió con cierto escepticismo y con ribetes de crítico severo. Y aquí está el fundamento de la filosofía kantiana en Alemania, nacida, en opinión de algún sabio, de las íntimas relaciones entre las dos doctrinas idealista y sensualista; pero que debía ejercer grande y poderosa influencia en el espíritu filosófico del

siglo XIX. La doctrina de Locke, bajo el punto de vista crítico-ideológico, oculta en su fondo el criticismo kantiano, y á la vez oprime con toda su fuerza, tanto el idealismo de Berkeley como el escepticismo de Hume.

Ni las ciencias biológicas, ni las exactas, físicas y naturales, de las cuales algunas como la geología, la paleontología, la antropología etc., no se conocían aún, se hallaban á la altura correspondiente para resolver estos problemas complejos; era preciso que pasasen todavía muchos años de experiencia y que la



observación directa ayudada del estudio minucioso del laboratorio, sirvieran de guía á las nuevas doctrinas para que el sensualismo y el materialismo salieran victoriosos. En Francia se levantó una cruzada materialista, como hemos dado á conocer, que propicia en destruir, no pensó en reconstruir nada que fuese aceptable para la humanidad futura. En el último tercio del pasado siglo y en los primeros años del actual los materialistas franceses apoyados en los descubrimientos de las ciencias positivas, creyeron haber hallado un método



eficaz y seguro que sin esfuerzo alguno les conducía á demostrar la ineficacia y nulidad de los principios generales y hasta de las hipótesis. Y cuando ufanos llamaban á su nueva creación, *filosofía razonable y moderada*, tuvieron que buscar en su apoyo la suposición y la posibilidad, que casi siempre conducen á lamentables errores, para explicar á su manera los fenómenos de la percepción y de la inteligencia, haciendo que cuanto nos enseña la psicología se confundiera con la física y la química, que entonces se hallaban en gran favor.

El sensualismo inglés había hecho sus llamamientos; empero el materialismo francés no correspondió cual deseaban aquellos sabios, aun cuando entre los materialistas, algunos de los más importantes como Diderot, D'Alembert, Helvetius y otros, entre los cuales se halla el naturalista genovés Bonnet, no fueron consecuentes con sus primeros principios fundamentales. Destrutt de Tracy, uno de los discípulos más sobresalientes de Condillae, y el mismo Cabanis su amigo íntimo, el primero quiso reconocer que todos los fenómenos psíquicos y sociales se reducen por completo y sin residuo á factores fisiológicos; y el segundo dijo: «Debemos buscar en la fisiología la solución de todos los problemas y el apoyo de todas las verdades. La psicología no es más que una fracción de la biología, esto es, la fisiología cerebral.» En estas ligeras indicaciones vemos el materialismo en todo su apogeo. Los materialistas parece que siempre han querido confundir á sabiendas la sensibilidad con la inteligencia, atribuyendo á propiedades y principios de la biología cuanto corresponde á el alma racional. Lo repetiremos una vez más: cuando la filosofía se divorcia de la Religión verdadera, se desboca y corre sin freno á precipitarse en el abismo de la duda, del error y de la ineredulidad.

Talentos indudablemente de gran alcance científico se vieron arrastrados por el torbellino de las corrientes materialistas puestas en práctica por la plebe inconsciente, que fueron el azote de la generalidad de los sabios del siglo XVIII, y que cayeron en trascendentales errores que la misma ciencia empírica, con sus portentosos adelantos posteriores, ha desvanecido por completo. La verdadera ciencia experimental ha seguido, y continúa aún paulatinamente su evolución progresiva, y los descubrimientos de la experimentación fisiológica y morfológica juntos con los de la química orgánica, no pueden estar en armonía perfecta con aquellos sistemas que consideraron como posibles, y donde apoyaban sus ideales y sus fantásticas creaciones Hartley, Toland, Darwin (abuelo de Sir Carlos), Cabanis, Gall, Broussais y otros muchos precursores del positivismo de Saint-Simon y Augusto Comte. Honra sin duda alguna á los filósofos españoles D. Andrés Piquer, el P. Ceballos, Hervás y otros ilustres pensadores que miraron con prevención el sensualismo inglés y procuraron evitar que fructificasen las malas semillas que de Francia traspasaban los Pirineos.

Y aquí conviene notar como dos escuelas que presentaban á últimos del siglo XVIII muchos puntos de contacto, se hayan descuidado ó casi olvidado en el día, ó al menos perdido su antiguo prestigio é influencia, contentándose con haber representado un papel importante en la historia de la evolución filo-



Sitio de Zaragoza (30 de diciembre de 1808 á 21 de enero de 1809).

sófica en Inglaterra, desde Cumberland hasta Paley, Bentham y James Mill ó desde Herbert y Reid hasta Hamilton.

La escuela del *buen sentido*, conocida con el nombre de escuela *escocesa*, y que con justa razón se la calificó de ecléctica, provenía en parte de las doctrinas de Hume, á quien muchas veces defendieron contra los ataques de Berkeley. Sus adeptos decían con Reid su fundador: «despreciamos el concurso del sensualismo, prefiriendo atenernos al *buen sentido*.» Estoicismo que á la ver-



dad nada tiene de científico, y no obstante conduce al mismo punto con menos molestia. Encontramos en Reid, que los actos de la percepción y el que da la certeza de la existencia de los objetos, constituyen para la conciencia un todo indivisible y Dugald-Stewart establece como ley fundamental la existencia de un mundo externo, el cual sirve de guía á las creencias de la humanidad. De suerte, que al terminar el siglo XVIII y durante una buena parte del actual, la escuela escocesa ocupó un lugar distinguido entre los filósofos y mereció fijar la atención de los sabios más ilustres y distinguidos del mundo científico.

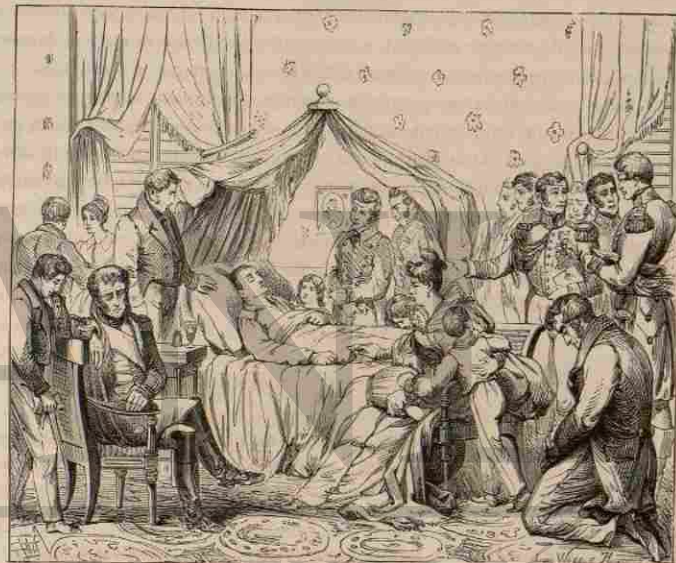
Al propio tiempo respetables profesores ingleses tomaron por norma las formas simples de la filosofía moral, y estudiando los problemas más sublimes y complicados de nuestra sociedad, se elevaron sobre todas las leyes de la evolución orgánica para echarse en brazos del idealismo puro. Y véase como los sensualistas pudieron llamar exagerado cuanto se encuentra en las regiones de lo hiperorgánico, y acudieron de nuevo á sus primeras teorías sensualistas puras para rebajar el brillo de aquella psicología. Muchos de estos distinguidos pensadores, representantes de las doctrinas de la filosofía moral, continuaron sus estudios para el conocimiento y solución de estos importantes problemas tanto de moral social, como de derecho y de economía política; entre ellos citaremos á los ilustres profesores Hutcheson, Ferguson, Adam Smith, Bentham... etc. Condorcet y Turgot adquirieron en Francia mucha fama, y sus investigaciones sobre la psicología fisiológica positiva y social, engendraron la *sociología* moderna; ciencia admitida hoy con general aplauso, y que abraza los principales problemas de las ciencias morales y políticas bajo un punto de vista poco tranquilizador.

Grande era el movimiento entre los sabios materialistas en los últimos años del siglo pasado y primeros del actual, comparando la psicología con la fisiología del cerebro y atacando de frente la metafísica para que sobresaliera la biología con todas sus consecuencias. Estos trabajos emprendidos con inusitado entusiasmo fueron auxiliados también por algunos sabios italianos, sobre todo, por Genovesi, Gioia, Verri, Lampredi y el célebre Beccaria, sucesores de Vico, quien había dado á conocer los primeros rudimentos de las doctrinas sociológicas.

Turgot con aquella mirada penetrante del águila, apreciaba la filiación de todos los periodos históricos, y deducía de ella una acumulación de saber que aumentaba la fuerza del hombre, pretendiendo anonadar á la teología y disolviendo la metafísica en sus ideales imaginarios para que sólo brillara la ciencia experimental con todo su esplendor positivo. Resultados efectivos eran éstos, según Condorcet, que se desarrollan con lentitud, pero siempre progresivos é inevitables; porque provienen de las causas sociales naturales. Este pen-

sador materialista trazó un cuadro que enseña la marcha de la civilización, la cual en su sentir corresponde á las distintas fases que recorre la humanidad en su desenvolvimiento fisiológico, buscando un paralelismo entre la forma orgánica social y el organismo animal. Idea que ha renacido en nuestros días.

En Alemania el sensualismo de Locke y de Hume respetó sus fronteras, aquellas atrevidas concepciones de Bolingbroke y su discípulo Libbon no tuvieron gran aceptación y sólo hasta nuestros días no se han dado á conocer



Muerte de Napoleón (5 de mayo de 1821).

con carácter propio tal vez, para luchar frente á frente del materialismo de Büchner, Manasley, Feuerbach y Vogt, y oponerlas á las generalizaciones científicas de Helmholtz, de Wundt, de Du Bois-Reymond ó de Hæckel. Es lo cierto, que en el pasado siglo el sensualismo inglés y el materialismo francés, amalgamados á su manera por otras influencias, pudieron engendrar un idealismo especial desarrollado con notable valentía que constituyó la escuela kantiana. Era un panteísmo idealista que desde mediados del siglo XVIII, dieron á luz los genios fecundos de Kant, Fichte, Schelling, Hegel y Herbart. Y cualesquiera



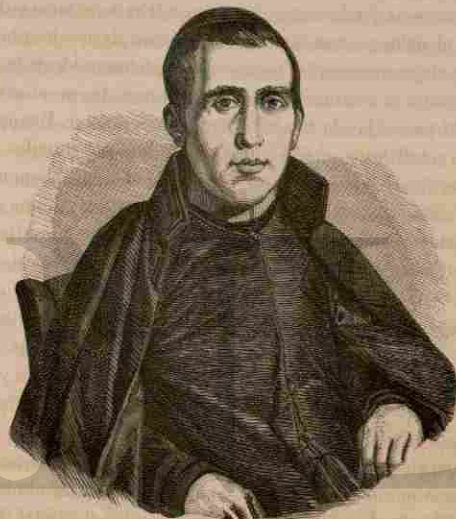
que fuesen los progresos del sensualismo y hasta del materialismo, las doctrinas kantianas asombraron al mundo filosófico, y todos los hombres ilustrados se pararon ante una fraseología especial y altisonante, que, tal vez, muy pocos comprendieron; pero que de todos modos aceptaron con aplauso y sirvió para cimentar las bases de la unidad absoluta.

La influencia de la sociología ha sido en Alemania poco eficaz, y el estudio de los problemas sociales quizá del todo nulo; habiendo uno de sus escritores de reconocido mérito, el ilustre señor de Herder, buscado sus inspiraciones en la escuela de Kant, dejando vislumbrar algunos reflejos sensualistas.

No puede negarse que muchos sabios en los primeros años de este siglo, aplaudieron y dejaron correr las nuevas concepciones de los filósofos idealistas de allende el Rhin, porque no alcanzaron, quizá, á descifrar aquellos sublimes y vaporosos ideales expresados con un lenguaje embrollado, confuso y probablemente poco inteligible y cuyas tendencias se perdían entre el laberinto de una metafísica ya en extremo exagerada. En verdad que en muchos centros de ilustración y saber hicieron poca mella estos progresos de la escuela idealista alemana, quedando en general circunscrita á determinados círculos y especiales individualidades, pues tanto en las Comunidades religiosas como en los Colegios y Universidades continuaron con la filosofía escolástica, de la cual conservaban aún en sus archivos, gratos y placenteros recuerdos (1).

(1) Aquí, por un movimiento de nuestra alma que no podemos evitar, quisiéramos que se nos dijera qué se hizo en España de la inmensa riqueza literaria y artística que se sacó de los conventos y monasterios al comenzar la revolución política después de la muerte del rey Don Fernando VII... Nos figuramos, y ¡ojalá nos equivocásemos! que lo que pasó en Granada, donde residíamos desempeñando la cátedra de Química aplicada á las artes, pasaría poco más ó menos en las otras provincias. En los primeros momentos de la expulsión de las Órdenes monacales, hubo algo que sin escrúpulo puede calificarse de vandálico; luego se trasladaron los libros (y también las pinturas) á una sala del suprimido convento de Santo Domingo, donde quedaron hacinados, aunque bajo la custodia de una comisión. Pasaron muchos años; hubo alguna tentativa, hija de laudables deseos, para organizarlos debidamente, hasta que al fin fueron trasladados á la Universidad, en atropellado desorden para colocarse una parte sobre los estantes de la Biblioteca, y otra en el suelo de una de sus separaciones. Es lo cierto que se nombraron varias comisiones, de las cuales formamos parte, que se hicieron nuevos inventarios y comenzaron á clasificarse aquellos libros, encontrándose muchas obras mancas, incompletas y mutiladas; otras estaban duplicadas y aun triplicadas. Durante nuestro Rectorado en la propia Universidad, establecimos varias economías en el exiguo material de la Biblioteca, lo cual nos proporcionó medios para mandar construir cuatro grandes estantes de dos frentes, en los cuales tuvieron colocación casi todos aquellos libros, por tantos años hacinados y ya tal vez olvidados, tanto del público como de las regiones oficiales. La extraña y anómala organización que en este punto (Bibliotecas Universitarias) tiene el Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, donde dentro de la Universidad funciona un jefe de la Biblioteca con absoluta independencia del Rector, y sin que esta autoridad académica intervenga en nada y para nada en los asuntos y negocios generales y administrativos

El sensualismo no cesó en su carrera durante la primera mitad de nuestro siglo, y por sus tendencias y aun por el método que había adoptado era un sistema metafísico, por cierto muy modificado. El mismo Locke no atacó directamente el sentimiento católico; pero sujetó la religión á un criterio científico, aceptó una tolerancia repugnante y fundó un racionalismo teológico que con Shaftesburg, facilitó los atrevidos sarcasmos de los enciclopedistas y sus amigos y correligionarios.



Jaime Balboa.

Nada le importa ya aquel movimiento intelectual debido á los progresos de la escuela alemana que llenó de admiración y fué acatada de muchos sabios; no le asombra esa aureola que ha ceñido su frente durante los cuarenta pri-

de la Biblioteca; — que por otra parte se intitula *Biblioteca de la Universidad*, — hizo que dejáramos de conocer en la parte administrativa de aquel centro que, al parecer, debiera funcionar cuando se halla enclavada en la Universidad y es parte constitutiva de ella, como si fuese un Decanato de una facultad cualquiera, es decir, con independencia del Rector en todo aquello que tiene el carácter literario ó científico, y con la intervención del jefe académico, en cuanto se relacione con la administración. Nuestros hombres de gobierno no piensan más que en descentralizar, sin acordarse que las divisiones y subdivisiones en la acción administrativa enervan la fuerza impulsiva, debilitan su acción y anulan la iniciativa de un jefe laborioso, activo y entendido...



meros años del siglo XIX, ni le turban los elogios y los plácemes que le ha tributado el mundo filosófico; sino que constante en sus tendencias avasalladoras ha sabido transformar á su modo la teoría del movimiento, tanto de la escuela materialista como de la idealista, amalgamándose y absorbiendo los principios que ántes combatía sin consideración científica alguna. El neo-kantismo en Alemania y los nuevos materialistas en Francia, servirán para probar estas ligeras indicaciones. Los sabios de nuestros días han encontrado en las teorías é hipótesis de Kant, Fichte, Schelling y Hegel el sofisma y el error, cubiertos con pomposas y relumbrantes frases y llenos de falso y deslumbrador oropel. Quizá el primero que llamara la atención de los hombres ilustrados sobre esta engañosa fraseología de la escuela alemana idealista, fué nuestro malogrado paisano, el presbítero Don Jaime Balnes. Pocos años van trascurridos, y ha sido ya calificada también por Schopenhauer, Gruppe y Janet, de charlatanismo y sofistería; añadiendo, este último, que aquellos filósofos confundieron entre frases pomposas y en nombre de la independencia de la razón, á la *razón cristiana* que se halla á otra altura y muy por encima de semejantes aberraciones contrarias al buen sentido y á la verdadera filosofía.

Bien es verdad que durante la primera mitad de nuestro siglo, las distintas escuelas filosóficas no se habían generalizado; si bien en todos los países se encontraban personas dedicadas á sus estudios y centros oficiales donde se dilucidaban sus adelantos y sus teorías; pues las luchas políticas, en las cuales el Catolicismo salta siempre lastimado, y las leyendas inmorales y obscenas que cundían entre la clase media, absorbían la atención de las gentes y sólo allanaban el camino y preparaban medios para que las exigencias de las asociaciones de trabajadores aflojaran los lazos de unión, á fin de que desapareciera el íntimo consorcio que necesariamente debe existir entre el obrero y sus patronos, entre el labrador y sus terratenientes, entre el capital, la inteligencia y el trabajo.

Declamen cuanto gusten algunos filósofos de nuestros días, y califiquen con epítetos más ó menos fuertes y destemplados la escuela que levantó el filósofo de Königsberg. Es lo cierto, que los enciclopedistas franceses ayudados de muchos pensadores racionalistas como ellos, tuvieron avasalladas las inteligencias, absorbiendo todas las fuentes del saber, para que el escepticismo y el sensualismo materialista imperaran en absoluto. El estudio de la filosofía degeneró visiblemente, se vió postrado y perdió los alientos hasta alcanzar una superficialidad fútil y empalagosa.

Kant la levanta de tanta postración y abatimiento, le da nueva vida, y con su genio potente le comunica el impulso y actividad de que carecía. Lleno, al parecer, de buenas intenciones, aspira á combatir el sensualismo materialista

de Francia, y al propio tiempo pretende anonadar el idealismo de Berkeley y el escepticismo de Hume. ¿Pudo conseguirlo? ¿Alcanzó la meta de sus deseos y aspiraciones? Desgraciadamente sus estudios no condujeron á nada provechoso y conveniente, y sus discípulos extremaron los términos para separarse del Catolicismo. Será indudablemente el fundador de las nuevas direcciones que ha tomado la filosofía de nuestros días, excepción hecha de la cristiano-católica; enhorabuena, puesto que con ello se ha corrido el velo que ocultaba el error para enseñarnos sus deformes y abstrusas immoralidades y los desvaríos de un desenfrenado materialismo.

En la concepción kantiana encontramos primero un dogmatismo que se aproxima á Leibnitz, y después el criticismo que da autonomía propia á la vo-



Kant.

luntad. ¡Desgraciada moral si sólo dependiera de la voluntad autónoma de cada hombre! El criticismo kantiano se inició al estudiar el espacio y el tiempo; se le llama también *filosofía trascendental*.

La *Crítica de la razón pura* es una tesis escéptico-idealista. La *Crítica de la razón práctica* y los *Principios metafísicos de la moral* comprenden toda la filosofía moral kantiana, y representan una reacción contra su filosofía especulativa. El imperativo categórico da á conocer la expresión de la ley moral que se apoya en la autonomía de la voluntad, lo cual exige la libertad como causalidad primitiva é independiente del mundo fenomenal y sensible. La ley moral reconoce como postulados suyos la personalidad sustancial del yo, la libertad, la inmortalidad del alma y la existencia de Dios.



Empero, encontramos en todo ello marcadas y flagrantes contradicciones, sobre todo en la afirmación de los juicios sintéticos; porque los más principales que se dan á conocer tienen el carácter analítico. Si como se infiere, y teniendo en cuenta lo que el autor asegura en su doctrina, no conocemos sino aquello que es puramente fenomenal, la voluntad y la razón en su perfecto estado de simplicidad quedan oscurecidas y fuera de la categoría del entendimiento que no tiene nada de objetivo y real. Estos principios fundamentales de la razón práctica se ven destruidos por la razón teórica ó especulativa, y concluyen por no tener valor alguno.

La fase idealista de la tesis kantiana contiene la razón suficiente, y de aquí las construcciones aprioristas y esencialmente idealistas de Fichte, de Schelling y de Hegel. Y sí, con efecto, es cierto que la *razón dicta é impone sus leyes á la naturaleza*, como pretende Kant en un momento de arrogancia racionalista; con igual derecho ha podido decir Fichte que el *yo produce el no-yo* y comunica al mundo la existencia, Schelling que el *absoluto* es una unidad primitiva ó idéntica en todo y Hegel afirmar como axioma que todo lo *ideal* es *real* y lo *real*, *ideal*.

«El *yo* de Fichte, dice el Excmo. Sr. D. Manuel Alonso Martínez, la *idea* de Hegel, el *todo* de Strauss, la *selección natural* y la *lucha por la existencia* de Darwin, y en suma, todas las hipótesis con que se intenta reemplazar al Dios del *Génesis*, son meras abstracciones, creaciones caprichosas de la fantasía que si fascinan un momento por su aparato científico, por lo vasto de su concepción y la riqueza de sus desenvolvimientos, se desploman luego á los golpes de la piqueta del buen sentido y de la sana crítica, quedando sólo en pié y sobrenadando en el naufragio de todos los sistemas filosóficos, el Dios del Cristianismo.»

Del criticismo kantiano derivó el teísmo ideal de Renán con su exegesis particular que arrojó lejos de sí todos los elementos sobrenaturales, y la hipótesis cósmica, de Vacherot que formó el complemento anticatólico. La escuela de Tubinga, hija también de aquel criticismo, entraña las bases y premisas naturales y racionalistas del filósofo de Königsberg, y la teoría de la *moral independiente*, hoy tan recomendada, pertenece por completo á las doctrinas de Kant.

En medio del general aplauso, no todos los sabios consagrados á la filosofía aceptaron estas doctrinas, sino que muchos las impugnaron, haciendo ver sus errores y marcadas contradicciones; entre ellos mencionaremos á Eberhard, Selle y Tittel, Herder, Stattler y otros. Kant no obstante halló sus defensores en Schulz, Snelly y Born, Schiller, Reinhold, Krug y Maimon.

Jacobi dió á conocer un sistema religioso y al propio tiempo sentimenta-

lista, que en el fondo era kantiano, el cual tuvo sus partidarios en Köpper, Salat y hasta en el mismo Wagner, profesor de Würtzburg. Aquí repetiremos aquel pensamiento profundo y saturado de verdad que ha consignado el Excelentísimo é Ilmo. Sr. Arzobispo de Sevilla, R. P. Zeferino González en su *Historia de la Filosofía*: «La historia y la experiencia demuestran que la razón humana si se coloca en el terreno dogmático se viene al panteísmo de Espinoza, y si en el terreno crítico á un escepticismo que es la negación del conocimiento objetivo y real del mundo, de Dios y del hombre.»

Manuel Kant, llamado con frecuencia el filósofo de Königsberg, su patria, recibió de Dios un talento superior y privilegiado, un tesón y constancia inquebrantables, propios de los que en Alemania se consagran á la investigación tanto filosófica como científica; todos convienen que en los principios que



Fichte.

constituyen la base de sus doctrinas hubo sana intención. Sin embargo, los resultados de sus meditaciones y de sus teorías no han podido ser más desastrosas ni más perturbadoras. Hoy día la filosofía irreligiosa, la filosofía anticatólica en sus diferentes fases y direcciones, siguen de una manera más ó menos embozada ó modificada los engañosos caminos que aquel sabio les señalara, y para algunos no hay salvación posible en el campo filosófico sino se retrocede hasta alcanzar el Padre de la novísima filosofía, repitiendo algún autor, que es indispensable volver á Kant.

Digan cuanto gusten estos sabios, que en el fondo están inspirados por un espíritu de secta, los principios religiosos verdaderos son los de la fe cristiana, sin la cual el hombre no puede interesarse por nada. Tanto los librepensadores como los positivistas y racionalistas buscan esta creencia en la indestructibilidad de las fuerzas físicas y en la invariabilidad de sus leyes y, en sus desvarios, sos-



tienen que en la ciencia se encuentra la religión de la humanidad. Y ¡cosa extraña! aceptan sin escrúpulo las fantásticas revelaciones naturales, como en la *oveja* y el *lobo*, y, sin embargo, les chocan las revelaciones bíblicas. El mundo sobrenatural no se menciona en los estudios racionalistas de los fenómenos cósmicos.

A pesar de todo es innegable, que en los sistemas de los discípulos de Kant se notan esenciales diferencias y distintos modos de apreciación; aun cuando en el fondo reconozcan todos una misma procedencia y filiación. Fichte, Schelling, Krause, Schopenhauer, Hegel en particular y otros muchos, representan lo que se ha llamado el *panteísmo germánico*; donde el primero concibe la idea diabólica de renovar una de las escuelas budhistas anteriores al Cristianismo, y el segundo, afirmando la identidad universal, renueva la doctrina consignada en los Vedas: *Brahma solo existe, y todo lo que no es Brahma es pura ilusión*. Estos sistemas por fortuna yacen ya completamente olvidados.

No sucede lo mismo con el sistema *hegeliano*. Hegel fué el representante más profundo y genuino del panteísmo idealista germánico; su doctrina y teorías son notables por la universalidad de sus aplicaciones y por el organismo sistemático, unitario y enciclopédico que comunican á la ciencia; empero bajo otros conceptos son repulsivas á la filosofía cristiano-católica. En este sistema desarrollado por Hegel se descubre también como base principal y allá en último término, el panteísmo brahmánico; porque así como Brahma es todo para los indios, la *idea* es todo para Hegel.

La filosofía hegeliana se divide en tres partes fundamentales: *la Lógica, la Filosofía de la naturaleza y la Filosofía del espíritu*, todas ellas representan únicamente evoluciones de la *idea*, y miran con desdén y hasta como inútil el espíritu de contradicción, buscando un apoyo eficaz y seguro en aquel axioma que dice: *Todo lo que es racional es real, y todo lo que es real es racional*.

La concepción de este gran filósofo es gigantesca, abraza una síntesis científica general y sistemática, en la que el concepto de *idea* se irradia por todas partes y direcciones, vivificando los diversos organismos en sus múltiples evoluciones de naturaleza, de Dios, de hombre, de historia de la filosofía, de los Estados políticos, de su libertad, felicidad y últimamente de cuanto concierne al arte, á la religión y á la ciencia.

Hegel ha ejercido una influencia grande, poderosa y fascinadora sobre el espíritu filosófico contemporáneo. Hay entre los modernos pensadores algunos que todavía están dominados por aquella escuela, conservando señalados vestigios de sus doctrinas conservadoras, como Michelet, Noack, Schmidt y Schkarz (Enrique); otros continúan en la extrema izquierda y por consiguieren-

te son ateos, entre ellos se hallan Feuerbach y Stirner (este señor unido á otros se ha convertido al Catolicismo); y por último, se podía sin repugnancia colocar á Strauss como el punto medio de los dos extremos, sino se hubiese lanzado en pos de un radicalismo materialista que indudablemente amargaré los postreros años de su existencia.

Diremos aquí siguiendo al Excmo. é Ilmo. Señor Arzobispo de Sevilla, Reverendo Padre Zeferino González: «Justificada y muy justificada, útil y provechosa además sería la influencia científico-literaria ejercida por el filósofo de Stuttgart (Hegel), si la verdad y solidez de la doctrina se hallaran en relación y armonía con la profundidad aparente, con la grandiosidad externa de su sistema. No sucede así, por desgracia: cuando el espíritu, deslumbrado un momento por el brillo esplendente de esa grandiosidad externa y de las majestuosas y bellas proporciones del edificio, penetra en su interior, experimenta amarga cuanto inevitable decepción. La ilusión desaparece por completo para cualquiera que con mirada escrutadora y penetrante llegue hasta el fondo del sistema, en donde descubrirá solo una concepción, cuya base es la nada ó el no-sér, cuya ley interna es el absurdo ó la contradicción, cuya esencia íntima y verdadera se resuelve en panteísmo ateo con todas sus consecuencias y derivaciones lógicas.»

Y al propio tiempo que la escuela de Hegel se propagaba por el orbe filosófico y sus doctrinas avasallaban las inteligencias más sobresalientes y privilegiadas, escribía y publicaba sus estudios y meditaciones otro filósofo influido por el criticismo kantiano, por el escepticismo cartesiano y el panteísmo espinosista; pero buscando con hipócrita afán una solución aceptable para la filosofía cristiano-católica. Federico Krause, contemporáneo de Hegel y que casi bajaron ambos al sepulcro al mismo tiempo, había pasado desapercibido de la generalidad de los hombres pensadores, y sólo después de su muerte lograron sus discípulos, por cierto bastante reducidos en número, fijar la atención de los sabios, sobre todo, en Bélgica y en España.

Los partidarios del sistema krausista sostienen que dentro de su concepción filosófica están los elementos que deben conciliar lo que llaman dualismo cristiano y panteísmo. Este sistema, el krausismo, no es otra cosa más que una fase diferente del panteísmo germánico, el cual á todo conceder, sólo representará y dará á conocer el buen deseo de sus propagadores para armonizar las concepciones antitéticas é inconciliables por su esencia, por su trascendencia y por sus fundamentales principios; tales son, el teísmo cristiano y el panteísmo en cualquiera de sus manifestaciones.

El krausismo fué importado á España por el señor doctor D. Julián Sanz del Río, á quien el Gobierno pensionó para que en Alemania estudiara los sistemas



filosóficos más en boga, teniendo en cuenta las pocas personas que entre nosotros se dedicaban á esta clase de conocimientos (1843), quién, vuelto de su viaje y después de la reforma general de Instrucción Pública que realizó el Excmo. Sr. Marqués de Pidal (D. Pedro José), regentó la cátedra de Historia de la Filosofía, establecida en aquel entonces, en la Universidad de Madrid (1). Casi todos los hombres de algún valer que hoy figuran como eminencias político-literarias, son hijos de dicha cátedra, aun cuando muchos de ellos hayan tomado después un rumbo diferente al del Maestro. Nos consideramos en el deber de decir cuatro palabras sobre el sistema y teorías de Krause, que predominan hoy en nuestras escuelas oficiales, no para encomiarlo á nuestros lectores sino para que se conozcan algunos de sus principios fundamentales, y sirva de aviso á aquellas personas sensatas que dirigen la educación de la juventud que ha de dedicarse á una carrera literaria.

Tarea por cierto enojosa para la cual tendremos á la vista las opiniones respetabilísimas de ilustres Prelados y Sacerdotes, y la de Profesores que gozan de gran celebridad en el mundo filosófico en el último cuarto del siglo XIX.

(1) Hemos creído ver cierta emulación acerca el iniciador del nuevo Plan de estudios, que en 1854 vino á reorganizar nuestra abandonada instrucción pública. Muchos de nuestros sabios, y entre ellos algún escritor ilustre dice, que lo *mandó formar* el Excmo. Sr. D. Pedro José Pidal ministro del interior ó de Fomento, al ver el estado desastroso y de pura desidia de los claustros, los cuales presentaban una idea triste y desconsoladora de nuestra enseñanza, y, sobre todo, de nuestra civilización.

El mal venía de muy antiguo. Los claustros tenían autonomía propia, cada uno se regía por sus especiales constituciones y atendía á las necesidades de su escuela por medio de acuerdos.

Los monarcas habían dictado distintas disposiciones y aun especiales planes de estudios, para dirigir la enseñanza general del Reino, que siempre venían á estrellarse en la inercia de los Claustros y en los partidos que se formaban en su seno. Verdad que la Teología, los Cánones y las Leyes dieron alguna vez señales evidentes de prosperidad; pero en cambio la filosofía era elemental y se quedó rezagada, las ciencias exactas, físicas y naturales estaban desconocidas en absoluto, y la medicina separada de la cirugía era incompleta, pobre y teórica solamente. A todos estos males podemos añadir los que provienen de los trastornos políticos que desde el comienzo de nuestro siglo venían socavando el espíritu de la sociedad española. El plan de estudios de 1807, las reformas, aunque interinas, de 1805 y siguientes, el plan de 1821 y el de 1824 su antagonico, la creación de un Centro oficial ya con el nombre de Inspección ó Dirección general de Instrucción pública, después las reformas que se iniciaron emanadas de este centro, el proyecto-plan del Excmo. Sr. Duque de Rivas, y demás disposiciones dictadas durante la Regencia, hasta alcanzar el plan de 1845; todo revela que los Gobiernos no perdían de vista la Enseñanza pública y deseaban organizarla de un modo conveniente dándole unidad y separándola de la anarquía en que la colocaban los Claustros. ¿Pudieron conseguirlo? No sabemos que contestar. Sólo diríamos, que se comparen los Universidades de los tiempos que nosotros alcanzamos con las actuales; es decir, desde 1818, 1827 y 1838 con el estado que tenían en 1850 ó que tienen hoy. Si en España había algún centro que marchara con los adelantos del siglo, debemos buscarlo en las escuelas especiales, en alguna que otra escuela particular puesta bajo determinados patronos y en los Colegios de Medicina y Cirugía de Madrid y Barcelona. En la revolución del 68, se

¿Qué importancia filosófica conceden los sabios á la concepción krausista? Bien poca; casi ninguna. Como escuela, y escuela que tenga en la exposición ó en el fondo alguna originalidad, ha merecido las más amargas y severas censuras, demostrándose que participa del subjetivismo de Fichte y de la doctrina de Schelling, del panteísmo de Espinoza y hasta de un escepticismo inicial; pues busca su punto de partida en la duda universal de Descartes. El señor Menéndez Pelayo en el tomo III de los *Heterodoxos*, hablando de Krause, dice: «La escuela krausista, modo alemán del eclecticismo, se presenta, después de cosechada la amplia mies de Kant, Fichte, Schelling y Hegel, con la pretensión de concordarlo todo, de dar á cada elemento y á cada término del problema filosófico su legítimo valor, dentro de un nuevo sistema que se llamará *racionalismo armónico*. En él vendrán á resolverse de un modo superior todos los antagonismos individuales y todas las oposiciones sistemáticas: el escepticismo, el idealismo, el naturalismo entrarán como piedras labradas en una construcción más amplia, cuya base será el criticismo kantiano. La razón y el sentimiento se abrazarán estrechamente en el nuevo sistema. Krause no

quiso emancipar la enseñanza de la tutela oficial, se habló de libertad de enseñanza, se dictaron algunos decretos dando autonomía á los Claustros, y... no queremos recordarlo: á haber durado dos años más aquel desbarajuste en la enseñanza, hubiéramos alcanzado otra vez un atraso peor que el que teníamos en 1818; porque entonces las clases trabajadoras, agrícolas y mercantiles, pocas veces se acordaban de la Universidad, mientras que ahora todas aspiran á un título académico sin tener en cuenta la necesidad de estudiar.

Nos dice el Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo hablando de este asunto, en el tomo III de los *Heterodoxos*, pag. 638: «En suma: nada de lo que quedaba en las Universidades españolas el año 45 merecía vivir (respondan por nosotros todos los que alcanzaron aquellos tiempos y vieron por dentro aquella grotesca anarquía del cuerpo docente). En este sentido, el plan de estudios era de necesidad urgentísima, y fué gloria de D. Pedro J. Pidal haberle mandado formar. Y aquí cumple advertir (porque justicia obliga) que nunca estuvo en su mente, y así lo declaró cien veces de palabra y por escrito, convertir aquella reforma en un plan de enseñanza anticlerical, antes reprobo siempre el espíritu de hostilidad á la Iglesia, que informa el libro *De la instrucción pública en España* (1), publicado años después en defensa é ilustración de aquel plan por un subalterno suyo, oficial de la Dirección entonces, D. Antonio Gil y Zárate, que tuvo parte no secundaria en la redacción del proyecto juntamente con los Sres. Revilla y Guillén. El libro de Gil y Zárate es oración *pro domo sua*, y aun para ésto no hubiera sido preciso amontonar tantas impertinencias contra los Papas, los Jesuitas y los Escolásticos.»

Fieles nosotros también al principio del Sr. Menéndez Pelayo, que *justicia obliga*, diremos cuatro palabras acerca del autor de aquel plan general de Enseñanza pública, que se ha venido cono-

(1) Madrid imp. del Colegio de Sordo-Mudos; tres tomos, el primero de 371 págs. el segundo de 340 y el tercero de 382.

El Sr. Gil y Zárate quiere atribuirse toda la gloria y la responsabilidad del plan. Hace bien y nadie ha de disputársela. (Nota del Sr. Menéndez Pelayo).



rechaza siquiera á los místicos: al contrario, él es un teósofo, un iluminado y sentimental, á quien los filósofos trascendentales de raza miraron siempre con cierta desdeñosa superioridad, considerándole como un filósofo de logias, como propagandista francmasónico, como metafísico de institutrices, en suma, como un charlatán de la alta ciencia, que la humillaba á fines inmediatos y no teóricos. Y el señor D. Francisco Caminero en su erudito discurso antes citado, ha consignado (pág. 36), que «Krause era ferviente masón, y tenía por lo tanto determinadas tendencias respecto á religión y política: esas tendencias, ó mucho me engaño, han logrado más en su favor que el sistema filosófico no exento de escepticismo inicial,—que nunca logra vencer ante el severo juicio de los que le estudian debidamente,—con manifiestas imitaciones cartesianas en el método, y conformidad real, aunque disimulada y negada por los adeptos, con el panteísmo de Espinoza, de Schelling y de Hegel.»

El krausismo, copiando á Descartes, comienza por la intuición del *yo*, como percepción no adquirida, y elevándose por el principio de razón suficiente, llega al conocimiento del Sér ó de Dios. Aquí no se busca aquel conocimiento

ciendo y aún se conoce con el nombre de *Reforma de Pidal*: justo será darle á cada uno lo que de suyo le pertenezca.

Ante todo cumplé á nuestro deber protestar, y protestamos de la manera más solemne, que nuestro ánimo no es rebajar en lo más mínimo el mérito que pudiera contraer ante la posteridad cualquiera de aquellos señores excelentísimos, ya como Ministro del ramo, ya como Director general ó bien como oficiales de este Centro directivo. Somos muy viejos; desde el año 33 hemos pertenecido al profesorado oficial en una Escuela de aplicación dependiente del Real Conservatorio de Artes de Madrid; en la Reforma pasamos á la Universidad, y teníamos el honor de conocer personalmente á todos estos Señores.

Es la verdad, que desde el año 40 al 43 se dictaron por el Gobierno algunas disposiciones encaminadas á mejorar los sueldos del profesorado universitario y reponer en sus cátedras algunos catedráticos separados durante anteriores trastornos políticos. Entonces se pensó llevar á debido efecto un nuevo Plan general de enseñanza, el cual fué iniciado y desarrollado por el oficial ó jefe de Sección del Ministerio del Interior ó Fomento, que ostentaba, que sepamos, las borlas de Teología, Cánones y Leyes; persona muy instruida y competente, que recordamos fuese natural de Zaragoza y llevaba por nombre de pila D. Inigo (no estampamos un apellido por temor de confundirlo con otro): á este señor le vimos en 1844, Director de las Compañías de Diligencias generales de Zaragoza y Francia.

He aquí, pues, el autor de aquel plan, cuya bondad no pretendemos analizar. Si el Ministro que le prolió dándole su nombre notó en él, algo que no se armonizaba con sus principios, y hasta con sus creencias católicas; ¿por qué no lo tachó?

El señor D. Antonio Gil y Zárate era uno de los subalternos del Negociado y pudo intervenir en la obra de D. Inigo ó al menos conocerla, saber que no pudo plantearse por temor al aumento que ocasionaba en el presupuesto, y sacarla del olvido cuando se presentó ocasión oportuna. Se hallaba también en aquel Negociado en calidad de escribiente, D. Manuel García Baeza, quien

adquirido por medio de la conciencia, siguiendo la escuela cartesiana; esto es, del *yo* activo ó pasivo, cosa pensante, sensitivo, sujeto ó objeto; porque Krause acepta un *yo indeterminado*, que no puede llamarse intuición inmediata, y no obstante ha sido la base fundamental para llegar á Dios, y el eje sobre que ha girado la existencia y determinación de los conceptos naturaleza, espíritu y humanidad.

El sistema de Krause se divide en dos partes: la *intuitivo-analítica* y la *deductivo-sintética*, ó sea la *subjetiva* y la *objetiva*.

La *ciencia*, en el verdadero y genuino sentido, según el krausismo, debe ser una y entera, constituyendo un todo cierto é indubitable, informado y vivificado por un solo principio, que á la vez sea principio de ser y de conocer; principio tan evidente que el mismo escéptico tenga precisión de admitir como condición de su duda. Y si bien la unidad de la ciencia sólo puede ser verdadera cuando el objeto fundamental sea uno y sólo uno, la ciencia no excluye ni su objeto elimina ni mucho menos niega, la pluralidad y la variedad. Así vemos que en todo sér organizado donde impera la unidad del principio vital y de la ciencia, no por ello dejan de realizarse la variedad de manifestaciones bajo las cuales se representa la vida, ni la multiplicidad de fenómenos que se producen por su influencia.

De suerte, que el conocimiento cierto é inmediato, punto importantísimo de donde parte la ciencia, debe encontrarse en todo espíritu sin otro conocimiento de certeza inmediata ó preparatoria; porque en este caso la certeza ó el conocimiento preparatorio serian cada uno de por sí el punto de partida de la ciencia.

Y Krause pretende saber, si en la conciencia de cada hombre existe ese conocimiento cierto con certeza inmediata, y dice: «Desde luego y bajo el punto

puso en limpio dicho plan de enseñanza pública; este señor fué luego oficial de la Dirección general, y murió siendo Catedrático de Toxicología práctica de la Universidad de Madrid, para lo cual se dividió en dos la asignatura que regentaba el Doctor D. Pedro Mata.

Con estos datos, que no queremos, por cierto, darles mayor extensión, se comprenderá fácilmente, que aquel *Plan de Estudios* estaba confeccionado por una persona muy competente, doctor en tres facultades (tal vez en cuatro), y cuya competencia era reconocida por cuantas personas figuraban entonces en la república de las letras y de las ciencias. El señor Gil y Zárate contribuyó en lo que pudo por aquel entonces, como oficial del Negociado, y el manuscrito estaba de puño y letra de García Baeza.

Entrado el año 45, y considerando el Gobierno llegado el momento de reorganizar la enseñanza, salió á luz el Plan de Estudios, que conocía perfectamente el señor D. Antonio, y se puso en ejecución por el Ministro del Interior ó de Fomento. Seamos justos, que justicia obliga: ¿qué podía comprender este señor de Derecho, Filosofía, Medicina, Ciencias y Farmacia, á pesar de ser un buen literato é inspirado poeta?



de vista de la conciencia ordinaria, el que haya comprendido la pregunta responderá: sí; encuentro en mi tres conocimientos ciertos, con certeza inmediata, tales son: *primero*, el de mi mismo, el de mi *yo*; *segundo*, el de mis semejantes, el de otros hombres; *tercero*, el de los objetos corporales, ó de las cosas exteriores...

«Analizando, determinando y comparando, dice el Excmo. é Ilmo. Señor Arzobispo de Sevilla R. P. Zeferino González, cuando habla del krausismo, lo que la conciencia, la razón y la experiencia descubren dentro y fuera del *yo*, adquiere el hombre la convicción, bien que anticientífica, ó si se quiere la presunción, de la existencia de la razón ó espíritu, de la naturaleza y de la humanidad, los cuales constituyen tres esferas ó reinos del Sér, infinitos cada uno en su género, y conteniendo cada cual un número infinito de seres de su orden: por ejemplo, que el número de los espíritus finitos contenidos en el espíritu, es infinito.

«Este triple concepto del espíritu, la naturaleza y la humanidad, al cual llega el entendimiento por evoluciones lógicas, aunque precientíficas, hace surgir espontáneamente la presunción ó presentimiento de la necesidad de un sér infinito, absoluto y superior por ende á los tres seres expresados, en el cual y por el cual tengan su fundamento uno y su esencia: este sér no es otro que el mismo Dios, cuya esencia es toda esencia, y fuera de la cual nada es ó sólo existe la nada.»

Empero se nota desde luego, que en este procedimiento intuitivo-analítico hay ciertos juicios ú opiniones mal presentados y peor comprendidos, que conducen á ver el sér uno y absolutamente infinito, que por una transición arbitraria, se convierte de presentimiento en intuición de Dios. Además la idea que uno se forma de continenencia, causa, límite, fundamento, finito, infinito y otras de más ó menos valer é importancia en este *processus*, no puede apreciarse en su alcance filosófico sin dejarse arrastrar á errores fundamentales; y como dice el señor Caminero: *Se creen* (dirigiéndose á los alumnos dóciles é inexperimentados) *ver á Dios, como el famoso personaje de Cervantes creía ver muchas cosas.*

En esta intuición del sér ó de Dios, está, según Krause y sus discípulos, el lazo de unión entre el movimiento analítico que termina y el sintético que comienza, transformando en conclusiones científicas aquellas *anticipaciones racionales*, como las calificaba el señor Sanz del Río, que no son más que postulados hipotéticos, suposiciones gratuitas, ideas peculiares á la razón general, que encuentran su significado en el lenguaje vulgar de cada pueblo.

Como aplicaciones y deducciones del principio fundamental, Krause y sus discípulos establecen varias tesis en la parte sintética, que el Excelentísimo

é Ilustrísimo Señor Rdo. P. Zeferino González, presenta de la manera siguiente:

«a). Dios es la esencia una, infinita y total, fuera de la cual nada hay; es el sér indeterminado é infinito, todo el sér, y por consiguiente es todo lo que es, realidad ó esencia inmanente en todas las cosas; si bien cuando este sér es comparado con la naturaleza, el espíritu y la humanidad, en cuanto representan esencias determinadas y finitas, puede decirse trascendente y distinto del mundo. Sin embargo, esta trascendencia y distinción tienen más de nominales que de reales, toda vez que la relación del mundo con Dios, es como la relación de la parte con el todo, lo cual excluye la verdadera trascendencia, y no se puede decir que el mundo es *otro* con respecto á Dios.

«b). Así como la esencia de Dios, considerada como esencia una, entera é infinita, contiene en sí todos los seres finitos, no ya sólo como la causa al efecto, sino como el todo á la parte, y como sér idéntico y *no otro* respecto del mundo, así también es una vida; y siendo además el organismo de todos los seres finitos, síguese de aquí que la vida de Dios contiene en sí la vida de la razón, de la naturaleza y del espíritu. Pero esta vida una de Dios, no es eterna, ni inmutable, sino que por el contrario, es producida libremente por el mismo Dios, de manera que está en un desarrollo ó *feri* continuo ó perpetuo; y como quiera que la vida del hombre está contenida esencialmente en la vida de Dios, síguese de aquí que vivir, para el hombre, es realizar la esencia divina, convirtiéndose en actual posible lo virtual de la misma. La voluntad libre del hombre representa y entraña un poder eterno (porque eterna y divina en su esencia es la vida del alma), en virtud del cual comunica existencia y realidad á lo que era puramente posible.

«c). Esta teoría de la vida y de su desarrollo en Dios y en el hombre, nada tiene de extraña, toda vez que Dios es el fundamento temporal de su misma vida, y que Dios se determina á sí mismo perennemente en el tiempo, realizando su propia esencia por medio de determinaciones infinitas.

«d). La libertad humana ó finita, puesto que es un desarrollo y realización de la esencia y vida de Dios, es producida eternamente en Dios y por Dios; de donde se infiere que hasta el mal uso de aquella libertad es producido ó causado en Dios por Dios.

«El bien es la esencia misma de Dios, esencia que éste realiza en la vida por medio de determinaciones y desarrollos sucesivos y permanentes en el tiempo. Y como quiera que la vida y la libertad del hombre son una parte, una determinación de la vida y de la libertad de Dios, el bien para el hombre consiste en realizar una parte de la esencia de Dios. De aquí el imperativo categórico ó precepto fundamental del orden ético: *quiere y obra el bien por el*



bien, ó sea por que es una parte de la esencia divina como realizable y realizada en el tiempo.

»Según queda apuntado, la doctrina expuesta contiene solamente las líneas generales del sistema krausista. Hacemos aquí abstracción de otros puntos menos fundamentales, pero que constituyen aplicaciones y consecuencias más ó menos inmediatas y lógicas de los principios establecidos. Tales son entre otros, la eternidad de la materia; la negación de la creación *ex nihilo*; la pre-existencia *ab eterno* de las almas humanas; su inmortalidad en sentido espiritista ó sean sus transformaciones y encarnaciones en diversos puntos del espacio y del tiempo; la persecución por parte de las mismas de un ideal infinito, y por ende inasequible; el origen espontáneo del lenguaje; con algunas otras tesis é ideas semejantes que encontramos en Tiberghien, Sanz del Río y otros discípulos.»

Á continuación presenta el mismo Excelentísimo Señor Arzobispo de Sevilla, una Crítica razonada, que copiada á la letra es como sigue:

«CRÍTICA: En nuestro sentir, la concepción filosófica de Krause representa un ensayo de conciliación entre el panteísmo y el teísmo cristiano; y aquí debe buscarse precisamente la causa de su fracaso y de sus errores; porque no podía menos de fracasar una tentativa que tenía por objeto armonizar, fundir y conciliar cosas absolutamente incompatibles é inconciliables. Todos los esfuerzos de Krause y de sus discípulos, no lograron ni lograrán jamás llenar el abismo profundo que separa el teísmo cristiano del panteísmo. Porque el teísmo cristiano que afirma la pluralidad de esencias finitas y su distinción real y sustancial de la esencia y existencia de Dios; el teísmo cristiano que afirma la trascendencia perfecta de Dios y su existencia extramundana; el teísmo cristiano que afirma que el mundo y todos los seres que contiene, inclusa la materia, comenzaron á existir con el tiempo y no desde la eternidad, y fueron producidos ó sacados de la nada, lleva consigo la negación radical del panteísmo, cuya tesis entraña la afirmación de una esencia que constituye el fondo esencial de todas las cosas, y fuera de la cual no hay esencia ni sustancia alguna que sea *otra* ó distinta de aquella; que afirma la immanencia de la sustancia divina en el mundo; que afirma la eternidad de éste y de la materia, y que niega su producción *ex nihilo*. Y el sistema de Krause, que contiene todas estas afirmaciones, es un sistema esencialmente panteísta, á pesar de todas sus reclamaciones en contra, de todos sus alardes de panenteísmo y del empeño que pone en emplear fórmulas de locución semejantes á las empleadas por el teísmo cristiano para significar las relaciones del mundo y Dios.

»El mundo, dice el krausismo, no está fuera de Dios, sino *en* Dios; no existe al lado de Dios, sino *bajo* Dios; no existe por sí mismo, sino *por* Dios, y el

mundo se compara á Dios como el efecto á la causa, como la parte al todo, como la criatura al Creador, lo cual coincide con la doctrina del teísmo cristiano. Por de pronto el teísmo cristiano no admite que el mundo se refiera ó se compare á Dios como la parte al todo.

»a). Ya porque en el teísmo cristiano, Dios es *quid simplicissimum* que excluye toda composición de partes, aun metafísicas.

»b). Ya porque la sustancia del mundo es absolutamente distinta y diferente de la sustancia divina.

»c). Ya también porque la existencia del mundo es finita en duración y tuvo principio, mientras que la de Dios es eterna y sin principio.

»Añádase ahora, continúa el sabio Prelado, que la semejanza entre las fórmulas del panteísmo y las del teísmo cristiano, es más aparente que real, siendo muy diferente el sentido ó significación que puede y debe atribuirse á algunas de ellas. El mundo está *en* Dios, dice el panteísmo krausista, sobrentendiendo que está como la esencia determinada y particular en la esencia indeterminada y universal, como la parte en el todo, como desarrollo sustancial immanente de la esencia divina; pero el teísmo cristiano, si alguna vez dice que el mundo está en Dios,—locución que no suele emplear—sobrentiende que está en Dios como el efecto está virtualmente en la causa, y también en cuanto que Dios contiene en la simplicidad de su esencia cuanto hay de perfección y realidad en el mundo, no por identidad de esencia, según supone el krausismo, sino de una manera eminente y por equivalencia, si es lícito hablar así, *eminenter*. El mundo no existe al lado de Dios, añade el krausismo, sino *bajo* Dios; y al hablar así, intenta significar que el mundo está *bajo* Dios, porque es una determinación particular y finita, pero esencial é interna de la esencia una, divina; y al decir que no está *al lado* de Dios, quiere significar que la esencia del mundo no es una existencia sustancialmente diferente de Dios, no es una esencia *otra* de la de Dios. Para el teísmo cristiano, que tampoco suele emplear estas fórmulas de locución, éstas sólo serán aceptables en el siguiente sentido: el mundo no está ó no existe *al lado* de Dios; es decir, no es un sér independiente de Dios y extraño á su acción, como suponían los maniqueos; pero sí está al lado de Dios, como sér distinto real, sustancial y esencialmente de Dios; como sustancia *otra* de Dios; el mundo está y es *bajo* Dios, porque y en cuanto todo efecto está subordinado y es inferior á su causa; porque y en cuanto todo sér finito está y es bajo el sér infinito, ya porque es menos perfecto que éste, ya porque depende del mismo en cuanto á su origen, existencia y conservación. Y ésto basta para comprender al propio tiempo en que sentido admite el teísmo cristiano que el mundo es ó existe *por* Dios, no ciertamente porque el mundo sea desarrollo eterno y necesario de la esencia



divina, como supone el panteísmo, sino porque comenzó á ser en virtud de la Omnipotencia y de la voluntad libre de Dios, y sobre todo, porque Dios es el que conserva su sér, su sustancia y sus fuerzas, influyendo y obrando continuamente en él, por medio de su poder infinito, según el apotegma de la teología cristiana: *conservatio est veluti continuata creatio*.

Estas indicaciones son igualmente aplicables á las demás fórmulas tomadas del teísmo cristiano, fórmulas que suelen aducir ó citar algunos partidarios del krausismo, sin tener en cuenta que su significación teístico-cristiana, apenas tiene nada de común con la que le atribuye el panteísmo. Porque el Dios del teísmo cristiano es un Dios cuya esencia es perfectísima é inmutable desde la eternidad, con anterioridad é independencia de todo desarrollo en el tiempo, al paso que el Dios del panteísmo realiza en el tiempo ó sucesión infinita, su esencia, su divinidad.

Aparte de la tesis panteísta que entraña incontestablemente la concepción de Krause y que constituye su vicio radical, hay en ella otro punto flaco, cual es la afirmación gratuita de la intuición ó visión de Dios. Cuando al llegar al término de la analítica, Krause nos habla de la intuición de Dios como resultado de la ascensión subjetivo-sintética, el filósofo alemán supone y afirma lo que necesita para levantar su edificio, pero no demuestra su realidad y existencia, y por consiguiente transforma en tesis una hipótesis gratuita, y convierte en verdad axiomática lo que era sólo un postulado.

Por lo demás, el sistema filosófico de Krause mirado en conjunto, considerado por parte de su método y de sus elementos históricos é internos, representa una especie de fusión y conciliación entre el elemento espinosista, el psicologismo cartesiano—cuya influencia se descubre á través del procedimiento ó método subjetivo-analítico,—el idealismo panteísta é intuitivo de Schelling, cuyas reminiscencias y cuyo espíritu se revelan en la parte analítica y en la concepción cosmológica de Krause, y finalmente el deísmo naturalista de Kant, del cual son encarnaciones y derivaciones evidentes el imperativo categórico de Krause, lo mismo que sus *Mandamientos de la humanidad* y la mayor parte de sus ideas morales.

Y para completar su crítica razonada nos dice el Excmo. é Ilmo. Sr. Fray Padre Zeferino González por medio de una nota: «El señor Scholten observa, no sin razón, que el Dios de Krause no es otra cosa más que la *sustancia* cuyos accidentes principales son la *naturaleza*, el *espíritu* y la *humanidad* así como para Spinoza estos atributos principales se resumen y condensan en el *pensamiento* y la *extensión*, añadiendo que, en este concepto, Hegel y otros representantes del panteísmo son superiores á Krause.»

Y finalmente, para terminar este estudio sobre el sistema filosófico krau-

sista, copiaremos á la letra la parte crítica que da el ilustrado presbítero Don Antonio Comellas y Cluet en su última publicación intitulada *Introducción á la filosofía ó sea Doctrina sobre la dirección al ideal de la ciencia*. Al examinar la doctrina krausista, dice así:

«Bajo el punto de vista de cada uno de los tres momentos, empírico, abstractivo y deductivo, es vicioso el método krausista.

«En el momento empírico, al tomar el yo por único punto de partida, es inconsecuente, no tiene la extensión debida, y explica falsamente la percepción exterior. Sobre esto mismo decíamos en nuestra *Demostración de la armonía entre la Religión católica y la ciencia*: «Percebimos nuestro yo, ciertos actos de nuestro espíritu, y muchos seres corporales, quedando completamente ciertos de la existencia de estos objetos, por razón de aprehenderlos en percepción ó visión de los mismos. Fuera inconsecuencia admitir alguno de estos objetos sin admitir los demás, porque á favor de todos milita una misma razón. El escéptico, declarando que no sabe nada ó que duda de todo, es inconsecuente; pues á lo más podrá alegar que ve claramente esta duda ó ignorancia suya, cosa que también se verifica respecto de otros muchos objetos. La percepción del yo aun no tiene la claridad por parte del sujeto, ni la precisión y determinación por parte del objeto, que reúnen otras percepciones, señaladamente las de objetos corporales. La percepción de los actos de nuestro espíritu, y la de los objetos exteriores, son conocimientos inmediatos que no se derivan de otro conocimiento; y por tanto, pueden servir muy bien de punto de partida. Para ver un objeto corporal, para percibir un acto de mi espíritu, basta que este objeto, este acto, afecten la potencia perceptiva, y que ésta se dirija á ellos y los aprehenda, sin necesidad de que antes haya visto otros objetos. Decir que nosotros no conocemos las cosas exteriores sino en cuanto percibimos nuestros sentidos y las condiciones especiales en que se encuentran, es afirmar lo que está destituido de fundamento. Si consultamos la experiencia psicológica, hallaremos, por ejemplo, que no vemos nuestro ojo al hacer el acto de la visión, y que la existencia del objeto no la deducimos de las modificaciones de este órgano. Si nos preguntan: que cosa vemos, no decimos que veamos el ojo ó su modificación, sino tal ó cual objeto exterior. Si nos preguntan si existe realmente este objeto, decimos que nosotros mismos lo estamos viendo, pero no contestamos que dada la modificación del ojo haya de existir el objeto por precisión. La fisiología viene á confirmar esto mismo. En cada ojo se pinta una imagen de este objeto en posición inversa. Si nosotros viéramos los objetos en cuanto percibiésemos los órganos y sus modificaciones, habríamos de ver los objetos duplicados y en posición inversa, conforme á la imagen.—La sola percepción del yo no puede elevarnos á la plenitud del



«conocimiento abstractivo, pues no vemos todas las categorías en aquella percepción. Si dirigimos nuestra atención á nuestros actos en concreto, en cuanto á los producimos nosotros mismos, conocemos que obramos, que nosotros somos la causa de tal ó cual acto en particular. Y después que nos hemos conocido á nosotros mismos como causa especial, podemos por abstracción elevarnos á la idea general de causa. La percepción de nuestros actos es algo más que la percepción del solo yo; con ésta sola no encontramos un acto especial de causalidad, ni tenemos el fundamento necesario para la correspondiente abstracción.»

«La elevación al principio de la ciencia, esto es, del conocimiento del sér ó de Dios, no corresponde al momento abstractivo que de necesidad ha de seguir al momento empírico. Para fecundar el terreno de la experiencia son necesarios principios generales; y estos se conocen contemplando lo universal, que es el objeto de las ideas ó conceptos formados en la abstracción. Dos cosas están comprendidas en el momento abstractivo: 1.ª la abstracción ó sea la formación de conceptos ó ideas que expresan lo universal y precinden de las determinaciones individuales; 2.ª la contemplación de lo universal ó del objeto abstracto para descubrir su contenido.

«Según las declaraciones del krausismo, ni lo uno ni lo otro tiene lugar en su elevación al principio de la ciencia. Este, según afirma Krause, no puede consistir ni en una idea, ni en un juicio, ni en una conclusión. No es una idea; porque ella es pensamiento de lo universal, eterno é inmutable, y así excluiría el conocimiento de lo temporal, de lo individual y de cuanto en la vida es bueno y bello de una manera limitada. Tampoco consiste en un juicio; porque entonces sería un conocimiento subordinado y dependiente, por suponer el de los dos extremos cuya relación se afirma en un juicio. Por fin, no puede consistir en una conclusión; ya que ésta, además de ser un juicio, se funda en otra ú otras proposiciones que son sus premisas. Por tanto, no puede tener ninguno de estos caracteres el principio de la ciencia, en el cual y por el cual son conocidas todas las cosas.

«Asimismo enseña Krause que el principio de la ciencia no es una contemplación de lo universal ó de un objeto abstracto, es «el puro y total pensamiento del Sér,» es una intuición que comprende no solamente lo universal, sino también todo lo individual y finito. Semeja en esto al pensamiento del yo, que abarca lo universal que hay en mí, y las proposiciones individuales.

«Estas doctrinas de Krause están desmentidas por la observación de nosotros mismos. Observando el modo como llegamos á los principios científicos vemos que es formando por medio de la abstracción, conceptos ó ideas y com-

pletando los objetos universales de ésta. Es decir llegamos á los principios trayendo á efecto las dos partes comprendidas en el momento abstractivo. Basta examinar los diversos principios científicos para conocer la verdad de este aserto. Así es, que si formamos el concepto de sér, y contemplamos este objeto universal, vemos el principio de contradicción. Si formamos los conceptos de todo y parte, y contemplamos estos objetos generales, vemos el axioma que el todo es mayor que la parte.

«No trataremos aquí, continúa el sabio señor Comellas, el error de Krause, cuando reduce toda la ciencia á un principio único, ya que después hemos de ocuparnos de esta cuestión. Advertiremos, empero, que Krause invierte el orden de la ciencia al querer elevarse primero á un principio único, á la contemplación del Sér ó de Dios, para encontrar allí las categorías y ver los demás principios de las ciencias. Después del momento empírico debemos ante todo elevarnos á concepciones generales, para ver los principios científicos, y mediante la combinación de estos principios y de los hechos experimentales podemos finalmente conocer la existencia y atributos de Dios. Lo que Krause considera como principio, es para el hombre lo conocido en último lugar.

«Tampoco corresponde al momento abstractivo la elevación de los krausistas al principio de la ciencia, porque en aquel momento, al contemplar el objeto abstracto, no vemos su existencia ni la de su contenido, sino en cuanto nos apoyamos en la experiencia. Contemplando el todo y sus partes, el entendimiento ve que el todo es mayor que su parte; de manera que donde haya un todo, se ha de verificar también el ser mayor que su parte. Para que de hecho exista el todo, y por consiguiente se verifique el ser mayor que su parte, esto no lo sabemos sino por medio de la percepción. La inteligencia ve el enlace del objeto y de su contenido; y las facultades perceptivas han visto la existencia del objeto.—Estos hechos los desconoce el krausismo cuando pretende estar cierto de la existencia de Dios por su sola noción. Al contemplar al Sér infinito, veo encerradas allí su existencia, su sabiduría, etc. Pero por esta concepción no veo la realidad del Sér infinito; para conocerla en el movimiento abstractivo debiera antes haberla visto por medio de una percepción. Y como que esto no tiene lugar tratándose del Sér infinito, no podemos conocer su existencia en el momento deductivo.

«Por fin, no corresponde al momento abstractivo el procedimiento krausista de adoptar en su elevación al principio de la ciencia la noción de Dios dada por el panteísmo, de considerar á Dios como el Sér total, absoluto é infinito. En el momento abstractivo no se tiene por real ninguna cosa contradictoria, porque se sabe que lo contradictorio es imposible. Y el krausismo no repara



en tener por real una de las mayores contradicciones y absurdos, cual es la de un sér que á su tiempo sea infinito y forme un todo. El Sér infinito, á causa de su perfección sin límites, ha de ser simplicísimo; teniendo encerrado su sér en la más alta unidad posible, ha de ser independiente hasta de las partes que lo constituirían, á ser un todo. Decir que Dios es un todo y que es infinito, es juntar dos cosas que se rechazan y destruyen mutuamente.

»En el momento deductivo son muchos y grandes los desaciertos de la escuela krausista. No nos detendremos aquí en probar que el mundo no es increado, ni necesario, ni infinito, ni eterno. Bien y sólidamente lo tienen demostrado la teodicea y la cosmología contra las pretensiones del krausismo. Si éste hubiera procedido de la manera debida en el momento abstractivo, no habría adoptado una noción de Dios falsa y contradictoria, ni hubiera tenido ocasión de caer en aquellos errores tocante al origen y propiedades del universo.

»En el momento deductivo desdeña el elemento empírico, y no le aplica los principios metafísicos, puesto que considera suficiente su único principio para ver allí todas las verdades. Si hubiese combinado los hechos experimentales y los principios metafísicos, como hace el escolasticismo, habría conocido legítimamente la existencia, naturaleza y propiedades de seres tocante á los cuales ahora profesa gravísimos errores, ó que á lo menos no conoce por el legítimo procedimiento de intuición verdadera ó de sólida demostración.

»Así, pues, la escuela krausista por una parte exagera las fuerzas del entendimiento humano admitiendo un principio único para todos nuestros conocimientos; y por otra se opone á su pleno desenvolvimiento en cuanto adopta un punto de partida insuficiente, se extravía en su contemplación del Sér, y descuida el elemento empírico en sus deducciones. Por esto es que no ha merecido bien ni de la extensión, ni de la pureza, ni de la solidez de la ciencia.

»Ultimamente, para los krausistas la Religión cristiana es un sueño, cuyos misterios se enseñan sólo á los niños. Salgamos de la infancia, dice Edgardo Quinet, que tiempo es ya que seamos hombres. Para este sabio todo es poco con tal de deprimir á la Iglesia católica, y en sus delirios descubre por todas partes al paganismo con sus olimpos reencarnados en nuestros artistas, poetas y literatos. Digan cuanto gusten los amantes del krausismo; sus conclusiones son anárquicas, impías y socialistas. Y sino, examinad la serie de proposiciones que constituyen sus fundamentales principios. El trabajo, para el krausismo, no es una maldición, sino un deber y un honor; así como el lujo tampoco es un vicio, porque representa la eflorescencia de la civilización. Las

alegrías y los goces de la vida no son un robo hecho á Dios, sino un beneficio del cielo. La miseria tampoco es una necesidad impuesta al hombre, sino una desgracia que debe combatirse á fuerza de trabajo, ó por el crédito y por la acción combinada de las fuerzas sociales. La tierra, lejos de ser una tienda para albergar los peregrinos que suben al cielo, es por el contrario una morada fija y cómoda. La Iglesia separa lo que debiera estar unido; el marido y la mujer, los amos y los criados; y une por la prohibición del divorcio, lo que debía estar separado; y en fin, la caridad universal es un principio nuevo, que no es compatible con un culto exclusivista, que divide á los hombres en fieles é infieles, en elegidos y réprobos.

Nunca el Catolicismo se ha visto más rudamente atacado por las diferentes escuelas filosóficas ateas y materialistas, que al recorrer la segunda mitad del siglo XIX. Empero, nunca el sentimiento católico ha alcanzado una altura tan elevada y sublime, y su filosofía tan relevantes garantías para la salvación de las almas, como en la actualidad.

En vano niegan unos el espíritu racional del hombre y hasta la existencia del Sér Supremo; en vano otros con pretensiones de cristianos quieren que Dios sea todo para el hombre, y que el hombre, circunscrito á su individualismo, nada sea para con Dios. Y mientras algunos ilusos se pierden en los ideales de la moral y del derecho para emanciparse de toda Religión positiva, los hay que se lanzan frenéticos en el campo de la razón general para disolverse entre una abstracción inconcebible: niegan el orden sobrenatural y acarician con frenesí los infinitos; proscriben la metafísica y se entregan á ilusiones pretenciosas que llaman la filosofía de la ciencia.

Aberraciones son aquellas que los filósofos católicos han desvanecido de una manera absoluta é incontestable, ya recordando las sublimes palabras de Jesucristo *iam non sunt duo, sed una caro. Quod, ergo, Deus conjunxit, homo non separet*, ya consignando lo que dijo San Pablo: «Ya no hay judío ni griego; ya no hay esclavo ni libre, ni hombre, ni mujer, porque no sois más que uno en Cristo,» ya por último demostrando que la idea del divorcio, disuelve y destruye la familia, anula los santos lazos del matrimonio, aniquila una de las leyes de la naturaleza sancionada por la Religión católica, viola infamemente el derecho de los hijos, hunde la sociedad en inmundo lodazal, y, en fin, escarnece y se hurta horriblemente de la debilidad de la mujer. El Moisés y el Evangelio, inspirados por Dios, se hallan en perfecta armonía con las condiciones y necesidades del hombre para guiarle por el camino de la virtud, y estas utopías ridículas que desde Platón á Saint Simón y Krause vienen turbando la paz y el bienestar de nuestras sociedades, sólo sirven para demostrar, una vez más, que si la ciencia puede, hasta cierto punto, aliviar



los padecimientos del cuerpo, sólo la Religión católica sabe curar radicalmente los que corresponden al sentimiento y al espíritu racional ó el alma humana.

A este movimiento filosófico de estos últimos años, que hemos indicado superficialmente, debemos añadir la reforma indicada por Herbart, cuyas afirmaciones é hipótesis aventuradas, donde se abusa del cálculo matemático (monología mecánica á la manera de Leibnitz, si bien la de este filósofo era dinámica) marchan al materialismo, contribuyendo á la reacción contra el trascendentalismo de los discípulos de la escuela de Kónisberg.

Otro filósofo cuyas opiniones en nuestros días han llegado á formar escuela es Schopenhauer, el cual bajó al sepulcro en 1860. Su concepción es panteísta y materialista; es más, es atea, pues busca el objeto de la filosofía en la esencia íntima á la cual se llega por la observación interna y externa y no se ocupa en indagar de dónde procede, para qué, ni cómo es el mundo, sino que es. Empero, lo considera sér único con una sola esencia llamada *Voluntad*, objetivándose unas veces concientemente y otras inconcientemente. La realidad para este filósofo es también una ilusión, un conjunto de fenómenos ó apariencias, y la vida entera un dolor permanente. Esta escuela ha sido difundida por Hartmann, Asher, Bahnsen, Mainlander, y particularmente por el fisiólogo materialista Frauenstädt. En ella se nota la influencia kantiana y ciertas reminiscencias hegelianas y la teoría moral es un recuerdo ó una reproducción de la moral budhica con su pesimismo y su *nirvana*.

Hartmann, es el representante genuino é independiente de Schopenhauer, si bien en su obra principal modifica de un modo notable los principios de su maestro.

La *idea* es el principio del mundo como esencia; pero principio pasivo ó inerte, que representa un atributo del Absoluto, del sér *Uno-Inconciente*.

La *voluntad* es el principio del mundo como existencia activa, y atributo de fuerza de aquel Absoluto, del sér *Uno-Inconciente*.

De aquí resulta, que la idea y la voluntad son los dos factores necesarios y relativamente independientes, los cuales comprenden la realidad metafísica del cosmos. La idea representa el proceso lógico, y la voluntad el proceso ilógico; las dos son impotentes para explicar por sí solas el mundo y los seres que le pueblan, porque hay en él *orden* y *fuerza*; de donde resulta, algo anterior, sujeto de ambos, que se llama el *Sér inconciente*; hace común de los principios verdaderos y efectivos de las cosas que son la idea y la voluntad. El universo no es más que una sucesión de fenómenos del Inconciente, que se presenta principalmente como materia, como fuerza generatriz y como ciencia.

«El término fatal de todo, dice el sabio sacerdote D. Francisco Caminero en la Memoria antes citada, es la aniquilación no sólo de la Voluntad conciente, sino de la Voluntad absoluta, y el verdadero destino moral del hombre es entregarse con completa abnegación al *processus* natural de las cosas, para que este *processus* concluya más pronto, y cese toda voluntad, y con ella desaparezca el mal ó dolor y se llegue á la supresión de toda existencia, al nihilismo absoluto, y estamos otra vez en pleno budhismo, cuya moral es para Hartmann muy superior á la cristiana, puesto que ésta se funda en un teísmo personal, y sólo en la budhística halla fundamento sólido la moral pesimista. Y un filósofo que establece el más explícito panteísmo, y niega expresamente la personalidad humana y la existencia del alma como sér espiritual é inmortal, y la libertad, y da por destino al hombre y al mundo todo la aniquilación completa, de modo que cese el *processus* del mundo sin dejar elementos para otro nuevo, anda discurrendo y escribe libros sobre la *religión del porvenir*, que será, dice, un panteísmo lo más impersonal posible, y una fusión de las ideas budhistas y de las cristianas, en que desaparezcan las imperfecciones y se reúnan las ventajas de una y otra religión. Y esto hace gran ruido en el mundo científico, y se traduce y comenta y discute con seriedad, y es la concepción de un hombre lleno de doctrina y de talento. Á tales extremos puede reducir al humano entendimiento el mareo engendrado por la ciencia trascendental, por los ensueños panteístas, por el contagio de protesta y de incredulidad respecto á lo sobrenatural y tradicional, que nunca se abandona impunemente, porque es una ley de la humanidad.»

Dejamos bosquejadas las diferentes direcciones que había tomado el espíritu filosófico hasta alcanzar los presentes días, inspirado en el fondo por las doctrinas de Locke, Condillac, Cabanis, Destrut de Tracy, y sobre todo por Kant y Hegel. El racionalismo empírico ó experimental también ha dado señales evidentes de vida robusta, como hemos apuntado en el capítulo anterior; y recordaremos en el presente para discutir sus problemas más principales en la *segunda parte* de esta obra.

Una escuela basada en el sentimentalismo, que tuvo á su frente á Laromiguière, dió lugar á una concepción filosófica debida á Royer Collard, la cual fué desarrollada con todas las galas de la ciencia por Victor Cousin: esta nueva escuela, que en España tuvo también sus adeptos, era el *eclecticismo*, que buscó en todos los sistemas, tanto antiguos como modernos, cuanto tuviesen de verdadero y bien probado.

En ella se descubre el espíritu racionalista, más en la contienda entablada entre el materialismo ateo de los enciclopedistas y el racionalismo espiritualista, terció principalmente el sentimiento católico representado por Chateau-



briand, Bonald, De Maistre y otros filósofos cristianos. Es probable que al examinar el fondo del eclecticismo de Cousin, se encuentre que su punto de partida se halla en la escuela escocesa y en el subjetivismo cartesiano.

Todas estas doctrinas, pues, manifiestan las diferentes escuelas filosóficas que ha recorrido la humanidad durante el siglo XIX, y con especialidad en su segunda etapa. En medio de sus vaivenes, de sus progresos y de sus derrotas, la escuela materialista y la positivista han continuado con todo su atrevimiento y temeridad, con aquella intolerancia y exclusivismo que siempre las han hecho repulsivas, buscando ciertas amalgamas de elementos esencialmente diversos por su origen y filiación, á las cuales se les da el nombre de *direcciones especiales sincréticas*. Lotze, Helmholtz, Weber, Carus, y otros profesores de notable saber, han buscado inútilmente la armonía y el acuerdo de los principios en que se funda la doctrina kantiana y las evoluciones de sus discípulos, que en vano han pretendido absorber á la filosofía cristiano-católica.

Hay cosas que de suyo se rechazan y son irreconciliables, á pesar de cuantos esfuerzos haga la inteligencia del hombre estudioso y pensador. La escuela racionalista fracasará siempre que su audacia quiera avasallar la dirección cristiano-católica; porque probablemente se incurrirá siempre en errores teológicos que la Iglesia reprueba: tal sucedió á Günther. En Alemania donde con excesiva frecuencia se presentan nuevos filósofos, nada tendrá de extraño; por el contrario será lo más lógico y natural, que vuelvan al campo de la discusión las doctrinas ya debatidas de Leibnitz, ó de algún filósofo de las escuelas griegas; donde en confusa mezcla siempre sale á luz el kantismo, y particularmente la concepción hegeliana.

Ya hemos dado á conocer el materialismo contemporáneo que apadrina la filosofía positiva de A. Comte, Littré, Stuart Mill, y otros muchos profesores de especialidades científico-empíricas, como Bain, Lewes, Ardigó y Hebert Spencer, que elevándose á la metafísica positiva, por más que sus adeptos niegan de la metafísica, plantea y á su manera resuelve los principales problemas de la *sociología* y de la escuela utilitaria inglesa.

Para estos materialistas no hay más que *materia ó movimiento de la materia*: para ellos el *placer* sensual y el goce de los sentidos es el bien supremo. Esta doctrina, funesta en sus consecuencias, ha sido popularizada en Alemania por L. Büchner y otros profesores, publicando el primero las obras intituladas: *Fuerza y Materia, Naturaleza y Espíritu y El hombre según la ciencia*.

Aquellos profesores, que como antes dijimos formaban la parte más intransigente de la escuela hegeliana, como C. Wogt, Littré, Moleschott, Virchow, Tindall, Huxley, Jacquot, Burmeister, Bois-Reymond, Dühring y particularmente Löwenthal, que en su *Sistema é historia del naturalismo* se ha com-

placido en levantar el estandarte de guerra contra Dios, negando con el mayor cinismo y desvergüenza cuanto corresponde á los seres espirituales y supra-sensibles, han conmovido los cimientos de nuestra sociedad productora, emponzoñando el corazón de los hombres laboriosos y honrados, que no ven en esto una cuestión de escuela, sino que descienden al proletariado, al trabajo, al capital, á la propiedad y al Estado. Mientras estas exageraciones materialistas no han traspasado los límites de los dorados y confortables salones de las academias, ateneos y liceos, la humanidad, en general, no se ha resentido y las distintas jerarquías sociales se han respetado mutuamente en sus derechos y deberes; empero, cuando las diabólicas concepciones de hombres turbulentos é incrédulos han penetrado con su propaganda en los talleres y en las fábricas, en el campo y en los distritos rurales, se ha levantado un clamoreo inmotivado, se ha tenido repugnancia al trabajo, han aumentado todos los crímenes y reaparecido las sangrientas luchas que dieron en no lejanos días abundante cosecha de víctimas, incendios y toda clase de perturbaciones. Nuestro siglo, con su materialismo práctico, será para la historia el siglo funesto que en medio de sus adelantos verdaderos en las ciencias de aplicación, habrá conculcado todos los principios y fundamentos del derecho y de la moral cristiana.

¿Y qué lugar ocupa en el desarrollo filosófico contemporáneo la nueva escuela que lleva por nombre *Filosofía crítica*? ¡Ah! esta concepción, á cuyo frente se hallan los señores Renán, Taine y Vacherot, es atea, y como tal funesta para el hombre del trabajo y para la juventud estudiosa.

Aquí el pensamiento vaga indeciso y confuso entre el hecho material y la abstracción metafísica; se niega lo sobrenatural, buscando su punto de apoyo en el positivismo materialista y en el darwinismo. El análisis psicológico y la crítica histórico-literaria, forman los fundamentos del método que ha tenido la presunción de hallarse á igual distancia del teísmo y del ateísmo, del idealismo y del positivismo, del escepticismo y del dogmatismo, y del absoluto trascendente y del absoluto inmanente.

Renán pretende que Dios sea la categoría más elevada de lo ideal, y que el cielo no sea más que el pensamiento del hombre que se ocupa de aquella categoría.

Para Taine la idea de Dios es una ley que preside el desarrollo de los seres cósmicos; es decir, una fuerza inmanente del mundo, que por una abstracción del entendimiento se transforma en sér ideal y filosófico, el cual puede representarse por un ente metafísico y místico si el movimiento de abstracción se junta con el entusiasmo y exaltación de nuestra mente.

Vacherot piensa de la misma manera, si bien se presenta más claro y con-



tundente: no hay más Dios, dice este filósofo tan desgraciado como sus colegas, que el Cosmos, el Mundo.

Además toman parte activa en esta escuela el señor Béraud, para quien Dios es una concepción ideal del espiritualismo humano, como dijo también Renán con hipócrita sentido; Renouvier, que ha mezclado el neo-kantismo con el panteísmo idealista de Hegel y el positivismo darwinista; y algún otro visionario utopista, para quienes lo divino debe buscarse en la naturaleza y en la historia.

Hipótesis todas estas á cual más descabellada que tocan al absurdo y tienen que buscar en los idiomas de los pueblos civilizados palabras adecuadas, y algunas veces hasta malsonantes, para dar á conocer la esencia materialista y atea que entrañan en su seno. Sin embargo, puede asegurarse, que como nada han probado en el terreno de las ciencias filosóficas, ni en el de las ciencias empíricas y experimentales, nos hemos quedado lo mismo. Tal vez no los hubiéramos mentado aquí; pues la *Filosofía crítica contemporánea*, á nuestro modo de ver, representa un nuevo esfuerzo, y por cierto que no será el último, del positivismo científico para sostener las ilusiones de sus adeptos.

Y en esta revista general filosófica correspondiente á nuestros tiempos, que estamos nada más que indicando, y cuyas consecuencias por desgracia experimentamos todos los días, corresponde una buena parte á las doctrinas disolventes que han difundido muchos profesores consagrados al estudio de la naturaleza, entre los cuales ocupa un lugar preferente el sistema de la evolución y el transformismo, que con otros problemas de la misma índole examinaremos en los capítulos que forman la *segunda parte* de este libro. Empero, séanos permitido recordar aquí al profesor E. Hœckel á quien ya hemos nombrado alguna vez, el cual entre los secuaces del naturalista inglés es el que indudablemente ocupa con mayor entusiasmo y tenacidad lo que se puede llamar la *extrema izquierda* de esta escuela. Naturalista atrevido, amante de nuevos sistemas y de extremadas teorías, ha publicado un tratado de *Morfología general*, otro de *Historia natural de la creación*, un tercero de *Antropogenia* y varios trabajos aislados de especial interés científico, sobre todo para la controversia, habiendo dado á luz recientemente su *Viaje por la India*. A él debemos la peregrina idea de un reino intermedio entre el vegetal y el zoológico, que designa con el nombre de *reino de los protistas*; idea que ya se le había ocurrido á Bory de Saint-Vincent (le llamó el reino *psicodiarío*). Los nombres respetables de Huxley, Zöllner, Jäger, Schlesiden y de otros varios ha aumentado el valor científico de esta escuela, que como otras de su misma índole marcha rápidamente á su ocaso. ¡Ah! es que los siglos y las generaciones se suceden sin interrupción, y los sabios de todos los tiempos luchan en vano para descorrer el tupido velo

que cubre las leyes misteriosas de la creación. Estas luchas, son la audacia de la vanidad humana, el pugilato del hombre caído, contrariado á cada instante por un sin número de obstáculos, que le hacen conocer su pequeñez, cuando ciego y fuera de sí reniega ó desconoce el Sér Supremo, á quien debe su existencia. Y el hombre arrastrado por el orgullo, dominado por sus erróneas concepciones, abrumado por el conjunto de maravillas que le cercan por todas partes, se ve muchas veces impulsado por un fatalismo materialista que le aleja de la luz divina y le precipita en el abismo de la incredulidad.

Y en esta avalancha de sistemas y escuelas al terminar el siglo XIX, en cuyo fondo se descubre siempre el ateísmo, sobresale un hombre que se ha hecho célebre por sus diabólicas locuras y por sus espantosas predicaciones político-sociales. Tal ha sido Proudhon en sus múltiples producciones, todas anárquicas, antisociales y nihilistas. ¿Qué se puede esperar de aquel desgraciado que sienta como fundamento de su doctrina, que el primer deber del hombre inteligente y libre consiste en arrojar continuamente de su espíritu y de su conciencia la idea de Dios? ¿Cómo es posible que un hombre que piense y tenga su juicio cabal diga que el principio social es la justicia, y la consecuencia inmediata la perfecta igualdad? ¿Qué de extraño tiene que un hombre que piense y tenga su juicio cabal diga que el principio social es la justicia, y la consecuencia inmediata la perfecta igualdad? ¿Qué de extraño tiene que un hombre que piense y tenga su juicio cabal diga que el principio social es la justicia, y la consecuencia inmediata la perfecta igualdad? ¿Qué de extraño tiene que un hombre que piense y tenga su juicio cabal diga que el principio social es la justicia, y de ello deduzca aquella tenebrosa definición, *la propiedad es el robo*?

Ante esas doctrinas perturbadoras y disolventes que en estos días agitan y conmueven las masas inconscientes que se llaman desheredadas, ante esas luchas y pugilatos sociales emprendidos hoy contra la clase media y laboriosa, ante esa revolución constante so pretexto de soñados derechos y de liquidaciones sangrientas, ante ese materialismo absorbente deslumbrado por la idea del placer y de la orgía; deberán oponerse fuertes y poderosos diques sostenidos por el principio moral, por el derecho y por los santos preceptos del Catolicismo que siempre ha procurado difundir la ilustración, buscando los medios más justos para mejorar las condiciones y bienestar de las clases obreras y proletarias consagradas al trabajo.

¿Quién duda que el obrero en todas partes, tiene hoy una ilustración mayor que en otras épocas? La inteligencia humana, en general, ha experimentado adelantos positivos que reclaman mayor recompensa al trabajo; empero, estas retribuciones justas, necesarias y hasta morales, tienen que estar en armonía con la importancia de la manufactura, la extensión de la demanda y el estado de las transacciones mercantiles. Sería imprudente y hasta temerario pedir aumento de salario, *nunca disminución de horas de trabajo*, con el pretexto de instruirse. ¿No hemos visto en que ocupan el tiempo la mayoría de nuestros



obreros, sobre todo en las poblaciones rurales? Si la manufactura elaborada no tiene inmediata salida, y se halla estancada por no poder competir con las similares de otros países, sufre una pérdida real; las *huelgas* serán siempre un mal para la industria y para el obrero.

¡Desgraciada la nación que no cuenta con vida propia e independiente para moverse separada de toda tutela y protección! Entonces los elementos de su existencia y los fueros de su independencia se ven absorbidos por aquellos que cuentan con mayor ilustración y con más veneros de riqueza estable y permanente. De aquí la necesidad imperiosa de proteger y fomentar la agricultura y el trabajo nacional que son la base del comercio; de aquí lo que llamamos escuela proteccionista, que muy bien pudiera calificársela de escuela nacional.

¿Qué entenderán por reciprocidad de derechos y deberes, aquellos que buscan en los trastornos político-sociales su medro personal?

Los derechos mal llamados *individuales*, que se dicen ilegales, son peculiares y comunes á todos los hombres, porque son derechos que da Dios al reino hominal. Y como estos derechos imponen deberes, de aquí que las obligaciones sean iguales para todos los hombres, ora sea obrero, ó menestral, ora comerciante ó hombre de letras ó ciencias, ora agricultor, propietario, burgés, banquero, aristócrata ó de otra clase y posición cualquiera.

¿Qué se desea, ó á qué se aspira con destruir lo que se llaman jerarquías y privilegios de capacidad y posición industrial ó fabril?

Lo diremos con franqueza. Retroceder algunos siglos, volver al estado de salvajismo, donde imperará el derecho del más fuerte. Utopía ridícula y vergonzosa, reclamada á grandes voces por una multitud de hombres dedicados al trabajo, á quienes deslumbran y engañan unos cuantos desgraciados, que por su indolencia, quizá por su poco apego á este trabajo ó por otra causa cualquiera, carecen de los medios suficientes para atender á las necesidades de la vida. El talento, la disposición individual, el valor, la honradez, la suerte... (deidad veleidosa y muchas veces injusta) serán siempre cualidades que elevarán á ciertos hombres sobre la generalidad de los demás. Mirad lo que acontece en las sociedades, asambleas y reuniones, cualquiera que sea el rango y categoría de sus individuos. Aquel que sobresale por alguna de aquellas dotes, es el que se elige para presidente, jefe ó director. Hombre hay que no sabe á quién ni por qué ha dado su sufragio, que, tal vez, haya decidido del éxito de la elección y de la suerte de todo un sistema económico.

Á aquellos que cantan himnos á la fraternidad humana y que no quieren fronteras para las naciones, ni diferencias de raza, les diremos en el sentido político-social, que se pasean por el *jardín de las Hespérides*, ó que se hallan bajo la influencia de un sueño magnético. Sí; todos tenemos un común origen

y somos iguales en presencia de Dios y después ante la ley civil, y por esto la Religión católica, apostólica y romana, es la Religión verdadera y universal que cobija bajo su augusto manto á la humanidad entera sin conocer nacionalidades, razas ni privilegios de sangre ni de otra cualesquier especie. Aquí está la igualdad con toda su desnudez y pureza.

Aquellos que proclaman la unión compacta, universal y uniforme de los trabajadores con las demás posiciones sociales para alcanzar por sí su emancipación, acarician una ilusión engañadora que en vano llegarán á realizar. El pueblo se divide, porque esta división es una condición inherente á la humanidad; el trabajador se separa también y se agrupa, porque así lo exige el mérito y el valor de las faenas que cada uno realiza; los obreros se diferencian entre sí, por que la inteligencia y la percepción es distinta, así como los diversos grados de aplicación; la sociedad, en fin, se ha fraccionado en otras épocas, se fracciona hoy y se fraccionará siempre, porque la evolución individual tiene sus fases variadas y sus períodos diferentes, en los cuales cada individualidad emplea para recorrerlo un espacio de tiempo desigual; y mientras un hombre recorre todos estos períodos en los primeros treinta años de su existencia, otro sér semejante en todo, anatómica y fisiológicamente considerado, muere en edad avanzada sin haber salido jamás de la primera etapa de su evolución social.

Hoy se ha inventado una palabra, la *burgesia*: palabra usada por primera vez por Luis Blanc en la *Historia de los treinta años*. ¿Qué son los *burgeses*? preguntará probablemente algún honrado padre de familia consagrado al trabajo cotidiano. Los *burgeses* son la clase media, la clase laboriosa, aquellos que disponen de algún capital, que unido á su trabajo personal y á su inteligencia en la dirección de los negocios, proporcionan ocupación en los talleres, obradores y fábricas á multitud de operarios de ambos sexos. El burgés, que constituye también nuestro *menestral acomodado*, trabaja diez, once y doce horas diarias, y luego roba al sueño algún tiempo para atender á la correspondencia, hacer sus apuntes particulares y otras muchas detalles que le impone su calidad de maestro, director y dueño. ¿Es esto digno de vituperio? ¿Podrá decirse que se impone al obrero, y que estruja el sudor de su frente, como se propala inconscientemente todos los días por algunos?... Creemos que no.

Por todas partes una fracción de los hombres trabajadores tiene amortiguado el sentimiento católico y la fe cristiana, y á medida que las creencias se debilitan, aumentan las necesidades de la vida animal y crece el egoísmo y la emulación. Los gastos de la familia aumentan también progresivamente y nada es suficiente para sostener los caprichos de la moda que absorbe los intereses que debieran destinarse á las comodidades de la familia y al bienestar



del hogar doméstico. De aquí nace este disgusto general de los obreros, esa lucha constante entre el capital y el trabajo, ese pugilato sin tregua ni cuartel entre el rico ó el capitalista y el obrero, entre el trabajador y su patrono. Lucha y pugilato que trae en pos de sí sublevaciones, huelgas, asociaciones clandestinas, congresos y toda suerte de trastornos que en el fondo entrañan un movimiento político. Los obreros se asocian para contrarrestar, como dicen, la imposición del capital y ahuyentar el hambre; los patronos se coaligan asimismo en uso de igual derecho, á fin de defender sus intereses comprometidos continuamente y expuestos á miles de contingencias y vicisitudes que no tiene el trabajador. Nos parece que otra de las causas principales que aquejan á la clase trabajadora y proletaria debe buscarse en el poco amor que, en general, se tiene á la familia.

Aquella reunión de comunistas alemanes que en 1847, bajo la dirección de Carlos Marx, daba á todos los trabajadores la voz de alarma gritando *¡proletarios de todos los países, uníos!* adquirió vida en el meeting de San Martin-Hall, llamado de Polonia, donde se fijaron las bases de la *Internacional*, adquiriendo colosales proporciones y haciéndose temible en el congreso de Lausana (Ginebra) de 1867. Todos los gobiernos, de un modo más ó menos directo, se vieron en la necesidad de reprimir las aspiraciones disolventes de estas asociaciones colectivistas que, impulsadas por un radicalismo sin freno, no producen más que el desorden, las huelgas inmotivadas, los tribunales de sangre, los incendios, los asesinatos misteriosos, la muerte, en fin, de la sociedad. Hoy la Internacional cuyo principio fundamental es el *anarquismo* y la destrucción, existe disfrazada con nombres diferentes, las que antes fueron sociedades ó reuniones internacionales, hoy se llaman secciones de anarquistas, que celebraron en Sevilla un congreso, estando afiliados en España hasta 40.000, divididos en 600 secciones y en 250 federaciones. (*Memoria del último Congreso anarquista: Sevilla*). En dos palabras: lo que hoy con énfasis empalagoso se llama *sociología*, es un anarquismo disolvente, ambicioso, que cuando reúne á sus afiliados en congreso ó asamblea, se vuelve político, predicando la *Revolución social*, so pretexto de aliviar al obrero y al proletario.

Los nombres de Schulze, Carlos Marx y Bakounine condensan todos los principios, todas las ideas, todos los dogmas que proclaman la igualdad política, social y económica, porque en su modo de ver el mundo está dividido en explotadores y dominadores y explotados y esclavos. De aquí ¿cuántos delirios no deducen estos hombres funestos para combatir la Religión? La serie de congresos celebrados en varios países por la tolerancia punible de los gobiernos, presentan conclusiones aterradoras contra toda clase de riqueza, lanzando todas sus iras contra la clase media que llaman burguesía, para descender á una

liquidación social, á un colectivismo anárquico, á una federación que partiendo de las clases ínfimas llegüe hasta las más elevadas, sin autoridad, sin leyes, sin religión, pudiendo cada uno ser proletario, burgés, propietario, juez, magistrado, *gobernarse por sí mismo*, en una palabra, *libre federación de libres asociaciones de productores libres*.

Empero, en medio de ese cuadro desconsolador donde brillan con luz tenebrosa y se agitan en vertiginoso movimiento tantos elementos perturbadores y anticatólicos, la Religión del Crucificado ha sabido conservar al través del furioso vendaval su misión civilizadora, moral y santa; misión augusta y levantada que sostiene hoy con dignidad, y sabrá sostener mañana sean cuales fueren las tribulaciones que los acontecimientos futuros le tengan reservado. Y no se crea que entre los católicos falten sabios ilustres, filósofos profundos y pensadores distinguidos, naturalistas eminentes y profesores de alta capacidad científica, quienes en todos los ramos del saber humano sostengan los principios dogmáticos, combatiendo los errores de las escuelas ateas del siglo XIX, como lo hicieron otros sabios en todas las épocas de la historia de la Cristiandad.

En nuestros tiempos hemos visto como las distintas direcciones racionalistas y positivistas, fundadas en las hipótesis de Kant, Augusto Comte, Büchner, Darwin, Huxley, Hœckel, H. Spencer, Proudhón, Bakounine y Fanelli han encontrado en su camino eminencias literario-científicas de primer orden que han aplanado la soberbia de aquellos innovadores. Los nombres de Chateaubriand, Bonald, De Maistre, Frayssinnous, Montalembert, el P. Félix, Bautain, Gratry, Maret, Augusto Nicolás, Ozanán, el abate Moigno, Joly, Quatrefages, Arcelín, Hamir, y otros; los del P. Rosilli, el P. Ventura, el P. Carbonnelle, L. Veuillot, Lapparent, Amadeo de la Margerie, Meignán, el P. Secchi, Gilbert, Morichón, Hettinges, Güther, Kuhu y Locherer, Frochschem, Rosmini, Balmes, Standenmaier, Gioberti, Sanseverino, el P. Zeferino González, el P. Cornoldi, el P. Bonniot, Donoso Cortés, el P. Mir, Alfredo Stor, el P. Llanas, Drey, Reush, Bechamp, padre é hijo, Saintpierre, Proost, James Mill, Olschinger, el P. Mendive, y otra pléyade de ilustres profesores y sabios de reconocido mérito y, saber: quienes han desvanecido aquellos sofismas y errores, siguiendo con especial atención las evoluciones de la falsa ciencia para demostrar sus locuras y sus extravíos.

El materialismo y el positivismo ó monismo, con su concepción sociológica, se aniquilarán indudablemente por sí solos, después de haber tenido la triste satisfacción de trastornar nuestra sociedad, en medio de desastrosas y terribles contiendas y apasionadas luchas de sangre, incendios, devastación y muerte. De todas partes, de todos los países ilustrados, de todos los pueblos de Europa y América se levanta un grito universal y unánime, que rechaza las



doctrinas anárquicas y disolventes que difunden esas escuelas llamadas filosóficas, positivistas, unicistas y colectivistas, las cuales buscando en las ciencias experimentales y sociales las pruebas de sus sofismas ó de sus ilusiones, han penetrado en los campos, en los talleres y en las fábricas para agitar á muchos ambiciosos esparciendo el terror y propagando el nihilismo.

¿Qué le importa al hombre del trabajo, al labrador ni al de negocios, al burgés ó al obrero que las edades geológicas tengan entre sí espacios de tiempo inmensos, ni que los habitantes de la Tierra del Fuego carezcan de civilización, ni mucho menos que los primeros hombres se sirviesen de utensilios de piedra tosca ó pulimentada? Estos problemas serán muy útiles y convenientes para la ciencia, servirán de tema ó discusión á academias, á memorias y libros; pero carecerán de importancia cuando descendan al campo, al taller ó á la fábrica.

Las predicaciones del fanático Pedro Siciliano, contra Dios, el derecho y la moral, producen sus efectos entre la multitud ignorante, y dan sus funestos resultados; y haciéndose eco de la sociología más furibunda é intransigente, se ofrece como un nuevo redentor del hombre y de la sociedad. La sociología, según este autor, es la gran protesta de la filosofía científica contra el *apriorismo* y el *ortodoxismo*; ella protesta también de aquellas teorías que dan á la sociedad humana un origen divino; protesta de la narración mosaica y de las ideas *geocéntrica* y *antropocéntrica*; protesta asimismo de la Providencia Omnipotente; hace una división arbitraria de trabajadores y holgazanes; protesta contra el capital ocioso, contra el trabajo falto de legítima y justa recompensa, y, en fin, en el afán de protestar, protesta hasta de su propia existencia. ¿Cómo desatender la importancia del trabajo y su legítima recompensa, en la sociedad del siglo XIX? De ninguna manera.

«El trabajo, dice Julio Sandeau, al terminar su *Magdalena*, es el que debe ser bendecido; por él habéis recobrado la juventud, el amor y la felicidad.» Y para la ciencia de Ricardo y Roscher, es el origen de la fortuna y la prosperidad de las naciones.

¿Es que la sociología ha olvidado la íntima unión de Dios con el hombre? Ó bien ¿es que prescinde de las creencias aceptadas por la humanidad, sobre que ha girado la civilización moderna? Ó, en fin, ¿la sociología va á levantar un nuevo palacio do se albergue el sentimiento, la razón y el derecho, para cuya construcción empleará nuevos materiales no conocidos hasta aquí? ¿Qué pretende esa sociología exagerada y disolvente al terminar el siglo XIX?

Proclamáis un organismo *unitario* para la humanidad entera, amalgamando á granel las razas y mezclando todas las civilizaciones, todas las costumbres, todas las creencias de una colectividad, que desde los primeros tiempos

se halla fraccionada. Y sois tan buenos y tan cándidos que en vuestras utopias os hacéis la ilusión de unir las hordas salvajes de la Polinesia, de la América ó de la Australia, con la elegancia y pulcritud que la educación ha dado al francés, al italiano y al español, y en general á las naciones que formaron la antigua Europa; queréis equiparar la sagacidad nómada de las tribus árabes y de muchas asiáticas, con la severidad del inglés ó la rectitud del alemán y buscáis puntos de contacto íntimo en los hábitos de servidumbre de ciertas comarcas del imperio ruso, con la libertad licenciosa y descocada que predomina en los pueblos de la Unión americana. Olvidáis sin duda, al marchar á su ocaso el siglo en que hemos nacido, que en la vasta superficie de la tierra habitada por el hombre, encontramos aquí una monarquía absoluta, allá monarquías constitucionales, acullá un despotismo ilustrado; unos viven felices y contentos bajo el cetro autoerático de un monarca y otros en vertiginoso movimiento se apellidan republicanos unitarios, posibilistas ó federales, y estas democracias, más ó menos perturbadoras, agotan el cáliz del trabajo sino quieren verse sumidas en la postración y la miseria. En un mismo imperio podemos estudiar todas las fases de la sociedad actual, desde la pristina salvajez hasta la civilización más refinada, científica y profunda. Encontramos tribus de pastores que viven á la ventura y comarcas industriales y agrícolas organizadas por castas; grandes sociedades manufactureras que sostienen un comercio activo, y no obstante los trabajadores y obreros están reglamentados cual si fuesen esclavos, mejor dicho, son esclavos de hecho; y pueblos, en fin, regidos por el sistema representativo, donde el operario recibe su salario antes convenido como recompensa de su trabajo. No queréis el salario por creerlo denigrativo, y proclamáis la colectividad anárquica constituyéndoos en poder político para la abolición de las clases. ¿Pues qué, estas clases no tienen el mismo derecho de rechazar unidas la fuerza con la fuerza?

Á tanta variedad de situaciones, podemos añadir que unos son monoteístas y otros politeístas, que los hay monógamos y polígamos, y que se descubre donde quiera que se dirija la observación atenta y desapasionada, la esclavitud, la servidumbre ó el salario. La guerra, de que tanto se ha hablado en opuestos sentidos, la destrucción y la muerte civil, existen hoy en el último quinto del siglo XIX, como han existido siempre, como nos recuerda la historia de la humanidad en todos sus periodos. Ved porque no me canso de calificaros de utopistas y soñadores. Hoy estudiáis los usos y las armas de aquellas regiones poco ilustradas y mañana les llamaréis razas adámicas, monumentos prehistóricos y utensilios de una época desconocida y fabulosa ó reclamaréis ciertas leyes que habéis prohibido por pareceros contrarias á la libertad y que sólo castigaban al monopolio que hoy se ejerce en todas las esferas.



Bien sabemos que todas las naciones, y especialmente las europeas, se hallan minadas por sociedades secretas, sociedades que con distinto nombre están socavando y destruyendo el orden moral y el sentimiento del derecho, que todas viven sobre un inmenso volcán, el cual puede estallar de un momento á otro. Es una conspiración vasta, profunda, quizá universal, sostenida por el proletariado, que ha declarado guerra á muerte á cuanto existe, valiéndose del asesinato, de las exacciones, de la tala, del incendio, del robo, del secuestro, de la huelga y de toda suerte de atropellos, amenazas y destrucción, el cual tiene su correspondiente tribunal de sangre, fundado en el nihilismo absoluto. ¡Guerra al capital cualquiera que sea su procedencia; guerra á la sociedad en todas sus jerarquías! Estos son los axiomas fundamentales de estos clubs tenebrosos; todos los medios son buenos, dicen, si conducen á realizar el primer objeto, la liquidación social.

¿Qué más? El manifiesto que en febrero de 1883, el señor Piat daba á sus correligionarios recomendándoles la candidatura de Berezowski para sustituir al señor Gambetta, decía: «Obreros, Berezowski es obrero; republicanos, Berezowski es regicida; ciudadanos, Berezowski es un forzado (presidiario). Votadle, pues, á él, que representa el derecho al trabajo, el derecho á la república y el honor del deber. Sí, rehabilita el deber, honra la pistola... Tenéis de ella necesidad ante la triple negación de vuestra soberanía: los príncipes, los clérigos y los propietarios. Nadie como Berezowski ha prestado tantos servicios, ha sufrido tanto y tiene la misma energía, la misma audacia y el mismo odio contra los comunes enemigos. Basta de palabras, basta de escritos. No se trata de talento, de saliva, ni de tinta. Es necesario sangre, es necesario fuerza. La república peligra; sólo la elección de Berezowski puede salvarla, sino le elegis, está perdida...» Después de este lenguaje que sintetiza toda la inmoralidad y perversión del sentido político, son inútiles los comentarios; el alma desfallece y ve aniquilarse por instantes el amor á la patria y los sentimientos de honradez y virtud propios de todo ciudadano.

¿Convendría estudiar el estado en que se hallan las corporaciones obreras, trabajadoras y proletarias, comparándolas con la clase media, con la *burguesía*, con los grandes capitalistas y hasta con la aristocracia? Indudablemente; semejante estudio sería humanitario y hasta conveniente para el porvenir de todos. Es innegable que en los Estados de la Unión americana en medio de su deslumbradora opulencia, los obreros en su mayor parte viven hacinados y faltos de todo, y en particular de higiene y moralidad; allí el desequilibrio es espantoso. En Europa hay en el fondo miseria; sí, mucha miseria; pero ciertas regiones industriales y manufactureras gozan de mayores comodidades que las circunscripciones rurales y exclusivamente agrícolas, sujetas á los

cambios inesperados de la atmósfera, donde las nieves y las heladas durante los meses de marzo y abril destruyen las esperanzas mejor fundadas del aplicado labrador. Llamam también la atención los precios fabulosos que en todas partes alcanzan las primeras materias necesarias é indispensables para vivir, y la escandalosa subida que han tomado las viviendas, cuyos alquileres son siempre desproporcionados al estado en que vive la generalidad de los obreros y menestrales. Dificiles serán siempre estos problemas, por luchar en ellos intereses individuales encontrados, y la organización del trabajo en el terreno práctico, deberá basarse en una libertad recíproca y razonable entre el beneficio que su importancia reclama y el salario que le corresponde atendiendo á las circunstancias y detalles en aquel momento, ya en los mercados y puntos de consumo, ya en las poblaciones donde se confeccionan; pues si con efecto merece grande consideración la mano de obra, son dignos también de respeto el capital y la inteligencia.

En los países civilizados de Europa y América la cuestión obrera preocupa no sin razón á los gobiernos y legisladores, á los estadistas y hombres de ciencia. La solución de los problemas que ha presentado la sociología es difícil y complicada si ha de encontrar una fórmula satisfactoria que concilie y salve tales intereses de suyo opuestos y antagónicos. Así vemos que todas las academias, sociedades, congresos y reuniones de hombres ilustres, los municipios de las ciudades más importantes, delegaciones especiales y hasta los mismos gobiernos por medio de cuestionarios dirigidos á los sindicatos gremiales, desean saber, y que se les conteste con lealtad y franqueza, la opinión que hayan formado acerca de ese malestar de las clases trabajadoras, que tiene en continua alarma á los pueblos y á las naciones.

¡Ah! al terminar el siglo XIX los estadistas previsores y concienzudos contemplan, llenos de espanto, el estado colosal del desarrollo á que ha alcanzado el *crédito*. Los pueblos asociados según sus constituciones políticas y su posición geográfica, emprenden grandiosos proyectos con capitales enormes, que sirven para fomentar varias industrias potentes, las cuales alimentan á millones de individuos y son el áncora salvadora del comercio. De aquí esas luchas volvemos á repetir, entre el capital y el trabajo, entre el burgés y el obrero. De aquí esa multitud de sociedades en menor escala que monopolizan los principales elementos para la vida y el encarecimiento de las subsistencias y de las viviendas; el obrero y el menestral no cubren con el jornal de todos los días las imperiosas necesidades que exige la vida por modesta que sea y aun con las privaciones que impone la pobreza. El abuso del papel moneda, los valores nominales representados por millones de títulos que circulan en los centros bursátiles, los enormes gastos de todos los gobiernos europeos que exigen



esos formidables ejércitos permanentes, provistos de un material de guerra fabuloso; los presupuestos generales de las naciones y aun de las provincias y municipios, acusan cifras abrumadoras, que indudablemente han de conducirnos á graves crisis y á soluciones poco tranquilizadoras. ¿Cómo remediar tamaños males, cuando son la consecuencia legítima del tan decantado progreso?

La libertad en todos los hombres como consecuencia del libre albedrío, es la que impulsa la razón y el pensamiento á ideas generales y abstractas, para que el hombre elija entre aquello que más le plazca y encuentre conforme con su voluntad libre y señora. Así es que dentro de sí, la humanidad tiene todas las condiciones naturales para preferir esto mejor que aquello, y si en casos dados y en situaciones marcadas escoge lo peor ó lo más malo, será porque le complace esta elección, puesto que en su mano estaba evitarlo, escogiendo lo bueno, lo útil, lo mejor, lo más conveniente y aceptable. El excelentísimo Señor Don Antonio Cánovas del Castillo, al combatir el determinismo, siguiendo estas ideas espiritualistas, ha dicho: «La voluntad, la libertad, la responsabilidad constituyen de consuno la moralidad, y sucesivamente se ejercitan en lo íntimo del hombre; cada vez que él decide acomodarse ó nó á la ley moral. Suprimase dicha ley, con su sentido estético, desinteresado, tal como lo siente y conoce el género humano, y veremos cuán imposible sea establecer ninguna esencial diferencia entre una ú otras obras humanas, y entre éstas y las de los seres irracionales; no habría más ni actos morales, ni actos jurídicos; todos por igual serían indiferentes ó arbitrarios. Y la moralidad, por su lado, no existe sino cuando se juntan con lazo estrechísimo, en la conciencia, lo cósmico, de que tan exigua parte somos, con el principio universal perfecto, incógnito, infinito que sobre todo cuanto es, está. Lo cual significa que no basta á producir la moralidad la afirmación, ni aun el conocimiento de la ley moral, sino que se necesita asimismo una convicción, religiosa ó deísta, pero que al fin confiese á Dios. Dicho se está, no obstante, que para mí no es moral perfecta más que aquella que predicada como la Religión definitiva por el Cristianismo, vive, florece, impera todavía en el mundo culto; aquella que ha de informar siempre, quiérase ó nó, el progreso de que tan orgullosos estamos.» ¿Y este progreso que tanto se enaltece en nuestros días, será una de tantas leyes del socialismo? No sabemos hasta que punto se puede aceptar.

Vemos, con efecto, que la ley del progreso humano se realiza en las sociedades modernas, y especialmente en Europa y América; pero falta completamente en muchos pueblos antiguos, aun cuando el racionalismo y el positivismo unicista la exageren de un modo inconveniente é inoportuno. Y con sobrada razón preguntan algunos sabios, ¿por qué esos imperios del Asia oriental, tan florecientes un día, lejos de progresar siguiendo la ley de la humani-

dad, han desaparecido unos, y otros se hallan en marcada decadencia? ¡Ah! jamás hemos sido exclusivistas; mas en la historia creemos encontrar la causa de tan sorprendente fenómeno. El Oriente siguió la escala progresiva de su desarrollo intelectual, moral y político, y llegó á todo su apogeo; vivió inmóvil durante muchos siglos; creencias, costumbres, industria, comercio, nada progresó entre ellos ni pasó de cierto límite, y las guerras y las revoluciones lejos de mejorar su precaria situación y abrir nuevos horizontes trajeron ruinas y desgracias para cambiar solamente de dueños y señores: el Oriente debía de generar de un modo paulatino. El Occidente, como de un mismo origen, siguió paralelamente aquel desenvolvimiento progresivo en todos los conocimientos humanos; Grecia y Roma alcanzaron el apogeo de sus glorias y de una civilización vigorosa; se habría, tal vez, paralizado para comenzar su decadencia, al menos así lo daban á conocer el estado civil y político; cuando la presencia del Cristianismo cambió totalmente la manera de ser, para que se abrieran nuevos manantiales, donde brotaron las limpias linfas de este progreso indefinido, que impulsa á la humanidad hacia un bien inefable en el seno de la omnipotencia de Dios.

Si el positivismo ha pretendido que la moral no sea más que un simple episodio de la higiene, ó bien una necesidad cooperativa, resultado inevitable de la asociación de los hombres, representada por el *otroísmo*, el cual se opone á todo sentimiento egoísta, con ello nada adelanta, ni resuelve cuestión alguna; porque las máximas sublimes y santas del Evangelio se hallan muy por encima de todos estos abortos de imaginaciones extraviadas. La ciencia de estos sabios librepensadores no alcanzará jamás á rebajar en lo más mínimo la verdad de la moral cristiana, porque ni el impulso irresistible que se supone en el hombre por P. Janet, para su perfeccionamiento físico y racional, ni el ideal antiegoísta del italiano Ardigò, ni mucho menos la fórmula de H. Spencer para conseguir lo que llama hombres *honrados*, ciudadanos de buena conducta, lo mismo que el triste pesimismo de Schopenhauer y Hartmann no servirán sino para demostrar, una vez más, la inconsecuencia del positivismo y del unicismo. No hace mucho tiempo que el señor Teodoro Reinach preguntaba á sí propio si sería posible que el problema sobre la moral se resolviera. «Sólo al porvenir toca decirlo, escribía éste casi escéptico positivista; pero motivos hay para no abrigar en ello sino modestísimas esperanzas. El bien existe; los hombres lo practican sin conocer la razón; algo hay que dice que cada día se depura en ellos la conciencia, y determina con más exactitud la extensión y naturaleza de sus deberes; pero la moralidad es un misterio, y, como el silencio, desaparecería si saliese su definición de los labios.»

También se ha pretendido que la sociedad humana desde sus primeros al-



bores, no ha sido otra cosa más que un organismo evolutivo, que en su desarrollo sigue las mismas fases del organismo individual; pensamiento emitido por el Marqués de Condorcet en el pasado siglo. Examinadas las proposiciones que derivan de este principio al parecer tan sencillo como inocente, se encuentra un materialismo profundo y radical, muy exagerado y hasta repugnante á la lógica y al buen sentido. Los que creemos en Dios y en la creación, los que seguimos con fe todos los dogmas y preceptos que nos enseña nuestra santa madre la Iglesia católica y romana, y estudiamos los problemas de la metafísica y de la biología, no podemos menos de rechazar semejantes hipótesis delirios. La evolución paleontológica es un problema perdido para el positivismo y el unicismo, y tanto la hipótesis transformista como la heterogénista se hallan en completa derrota. Si con efecto el reino hominal está dotado del libre albedrío, como no es posible dudarlo, y éste por su heterogeneidad formula la ley del pensar y del querer, podremos aceptar como leyes fundamentales propias y peculiares á los hombres, la ley del progreso y la de asociación.

La síntesis de todo organismo sociológico con carácter definitivo será una quimera y los resultados prácticos que han dado los delirios de Carlos Fourier, Saint Simón, y Augusto Comte lo han demostrado con la mayor evidencia. Cuando se examina el hombre sólo en su estado de animalidad, cuándo se le circunscribe á un determinado período de su historia, ó se le considera como un parásito que vive sin saber por qué sobre la superficie de la tierra; como un insecto microscópico que anida en la piel de este gran monstruo, abandonado al azar y sin Providencia alguna directriz...; dicho se está que las consecuencias son terribles y espantosas y el porvenir del humano linaje un fondo tenebroso y desconsolador; ya se llame Fourier, Saint-Simón, Dagheot ó Comte, Spencer, Subbock ó Hœckel el sabio que ha difundido tan extravagantes hipótesis, y tenido la audacia de consignar, cual si estuviéramos entre una horda de antropófagos ó caribes, que «hay derecho á creer que la necia filantropía (ó sea la caridad cristiana), que no piensa sino en disminuir los males del momento, sin hacerse cargo de los lejanos ó indirectos, es más funesta al humano linaje que el egoísmo extremo.»

Aquí para terminar, no podemos prescindir de copiar literalmente unos párrafos de un discurso académico del excelentísimo Señor Don Fernando Cos-Gayón. «La Religión es eterna, dice este ilustre filósofo y eminente político, contra ella no prevalecerán los ataques de sus enemigos. El sentimiento religioso, mientras la tierra no pueda satisfacer las aspiraciones del hombre al infinito, es decir, siempre, formará parte integrante del alma humana, que no se dejará mutilar por las abdicaciones de una metafísica debilitada, ni por las

osadías de un naturalismo temerario. Los misterios, siempre por sí tremendos, que la muerte y la vida futura encierran, nunca serán tan seriamente pavorosos por las profecías de la ciencia contra todas las razas como por el recuerdo de la culpa en la conciencia del individuo. El sentimiento común es también inmortal, y ante él pasarán sin aniquilarlo todos los sofismas y todas las paradojas. La autoridad, la propiedad, las instituciones necesarias en las sociedades humanas, subsistirán á pesar de todas las amenazas que se les dirigen. El orden político mismo no desaparecerá nunca en definitiva, porque ningún país tolera gobierno ni anarquía que lleguen á hacerse insoportables. Lo que sí puede menguar, lo que definitivamente disminuye, y pierde y muere, son las naciones.

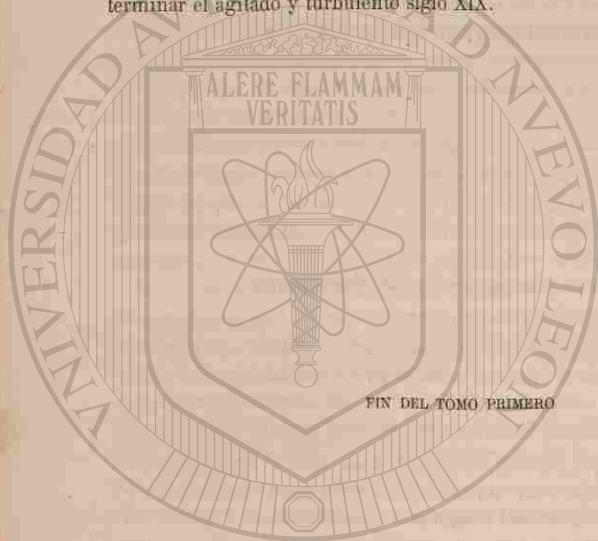
»Y ninguna ha sido tan accesible como la nuestra á ciertas ideas perturbadoras. Sistemas filosóficos perniciosos que en otros pueblos, donde nacieron, no han logrado producir confusión sino en las escuelas, en España la produjeron en todas las esferas de la vida nacional. El federalismo de Proudhón, el individualismo de Krause y de Roeder, en ningún otro país tuvieron tanta fortuna como en el nuestro para encontrar discípulos poderosos que los llevasen á las realidades de la historia; y síntomas graves se han notado más de una vez, de que el naturalismo y el socialismo podrían estallar en tremendas demostraciones de que en el suelo de nuestra patria sus semillas han germinado con abundancia y vigor excepcionales. Por algo, entre nosotros, el siglo XIX ha sido más agitado y turbulento que en ninguna otra parte; por algo hemos consumido más que ningún otro pueblo en guerras civiles y en revoluciones las fuerzas que habríamos empleado mejor en la paz y el orden; por algo nos hemos quedado tan atrasados en tantas cosas respecto del movimiento general del mundo civilizado.

»Para que ese atraso no se convierta en mayor peligro, para que nuestra patria se prepare á ocupar un puesto menos rezagado y una situación menos debilitada entre las naciones europeas, es preciso, que en España, más que en ninguna otra parte, los hombres pensadores trabajen sin descanso, haciendo tan activa la propaganda de la verdad como lo es la del error.»

Concluamos pues la *primera parte* de nuestra tarea, harto comprometida y enojosa al presentar la serie de acontecimientos y vicisitudes así literario-científicas, como filosófico-político-sociales que ha recorrido el siglo XIX, desnudas de un criterio apasionado y de la intolerancia de esenela. Demos con agrado y con fe á Dios lo que le pertenece, que es nuestro corazón; nuestra razón y nuestro entendimiento, suya es nuestra alma; y procuremos en este mundo de desdichas el bienestar de nuestros hermanos, mejorando las leyes civiles y las condiciones morales para que no nos arrastren á mistificar los derechos y los



deberes sin saber aún de una manera clara y precisa lo que á cada individuo corresponde en el bullicioso concierto de la humanidad. Las leyes que ha establecido la sociología, bien interpretadas, se hallan muchas de ellas dentro del Catolicismo; de esta Iglesia católico-romana tan ultrajada hoy por las escuelas ateas, pero que ha salvado á la humanidad en sus angustiosos derroteros, y que será también el áncora bienhechora que amparará á la sociedad al terminar el agitado y turbulento siglo XIX.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE

### DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO PRIMERO

	Pág.
Á la memoria de mi hija Justa. . . . .	V
Prólogo-censura. . . . .	VII
Dos palabras á los lectores. . . . .	XV
Introducción. . . . .	XXIII

#### Capítulo I.—Idea de Dios en la Humanidad

La idea de Dios está encarnada en todas las razas del reino hominal.—Los Aryas.—El Oriente es el origen de las instituciones humanas.—La idea religiosa.—El Pentateuco.—La Revelación á Moisés establece un culto y una nacionalidad.—La India.—Los fragmentos de un poema caldeo.—Los Vedas según el Sr. M. N. Bouillot.—La impiedad y el ateísmo.—La filosofía no ha de confundirse con la Religión.—Los hebreos conservan sus tradiciones á través de las vicisitudes.—Se pierde la unidad de Dios.—Decadencia y ruina.—Grecia.—Los senados aristocráticos.—Hesiodo y Homero.—El politeísmo.—Los legisladores y los filósofos.—Las dos escuelas dinámica y mecánica.—Pitágoras y su escuela.—Los eleáticos, los atomistas y los sofistas.—Sócrates, los cínicos, los cirenaicos y los escépticos.—Platón y los académicos.—Aristóteles y los peripatéticos.—Conclusión. . . . .

47

#### Capítulo II.—Alejandro el Grande

Nacimiento de Alejandro y muerte de su padre Filipo.—En Corinto le nombraron general.—Sus conquistas en Asia.—Egipto.—Funda la ciudad de Alejandría.—Batalla de Arbela.—Entrada triunfal en Babilonia.—Pasa á la India.—Muerte de Darío.—Muerte de Clito y de Calixtenes.—Se apodera de la India.—Su carácter se había modificado.—Perdona la insubordinación de los soldados griegos.—Incendia el palacio de Jerjes.—Muerte de Alejandro.—Su cuerpo se conduce á Menfis y luego á Alejandría.—Juicio acerca de este guerrero y conquistador.—Influencia de sus conquistas en la civilización.—El Oriente tenía una civilización propia que había alcanzado gran desarrollo.—Conclusión. . . . .

83

#### Capítulo III.—Roma, hasta el nacimiento de Cristo

Roma: su fundación y progreso.—Númitor.—Rómulo y Remo.—Numa Pompilio.—La era de los primeros reyes termina con Tarquino.—La República.—Los Cónsules.—La Dictadura.—Breno, jefe de los galos, es derrotado por el dictador Camilo.—Roma adquiere preponderancia.—Cartago; sus



guerras con Roma. — Sifa y Mario. — Primer triunvirato. — Catilina y Cicerón. — César y Pompeyo. — Batalla de Farsalia. — Progresos de César: muere asesinado. — Competidores a la dictadura. — Octaviano. — Triunvirato entre Octavio, Marco Antonio y Lépido. — Muere Cicerón. — Muerte de Bruto. — Marco Antonio y Cleopatra. — Reconciliación de M. Antonio y Fulvia su esposa. — Muerte de Fulvia. — M. Antonio recibe de Octavio la mano de su hermana. — División del imperio. — Muere Sexto Pompeyo. — Muere Lépido. — Antonio abandona a Octavia y vuelve a Egipto. — El Senado romano declara la guerra a Cleopatra. — Batalla en el mar Jónico. — Muerte de Antonio y Cleopatra. — Se reviste a Octavio con todas las dignidades. — Augusto emperador. — Rápida ojeada acerca la civilización romana hasta la muerte de Augusto y nacimiento de Cristo. — Conclusión. . . . . 99

#### Capítulo IV.—Los Lagidas en Egipto

Generalidades. — División del imperio de Alejandro. — La dinastía de los Lagidas. — Consideraciones acerca de las ciencias hasta la venida de Cristo. — Reflexiones generales. — Conclusión. . . . . 117

#### Capítulo V.—El Cristianismo y sus consecuencias

Generalidades. — La humanidad. — La ciencia entre los griegos. — Nacimiento de Cristo. — Antigüedad del judaísmo. — El dogma cristiano es el único verdadero. — El Evangelio. — Tiberio. — Muerte de Jesús. — Los Apóstoles. — Las catacumbas. — Comienza la decadencia de Roma. — Emperadores que se degradan. — Primeras persecuciones. — Constantino protege la Iglesia de Jesucristo. — La cuna de la ciencia moderna no fué el Museo alejandrino. — Las persecuciones aumentan el número de cristianos. — El Cristianismo mejora las costumbres. — Roma y Constantino. — Constantinopla. — La Iglesia católica no es hostil a la ciencia. — Los Pontífices y los Prelados han protegido la ilustración de los pueblos. — La Iglesia católica impulsa el progreso estético e industrial. — División del imperio. — Juliano. — Joviano. — Valentiniano. — Valente. — Graciano. — Teodosio: su reinado. — Se divide el imperio entre Arcadio y Honorio. — Irupción de los bárbaros. — Estilicón. — Alarico. — Ataulfo: se casa con Placidia. — Sigérico. — Walla. — Constancio. — Gaína. — Antemio. — Polqueria. — Teodosio II. — Guerra de Persia. — Valentiniano III. — Aecio y Bonifacio. — Atila. — Polqueria se casa con Marciano. — Honoria ofrece su mano a Atila. — Segunda invasión. — Batalla de Chalons. — Vuelve Atila. — Se casa con Ildegunda. — Muere por los excesos de la boda. — Asesinato de Aecio. — Muere el monarca. — Máximo emperador. — Genserico. — Avito. — Mayoriano. — Los Bagaudos. — Ricimero. — San Severo. — Egido. — Olibrio. — Julio Népoce. — Orestes. — Augústulo. — Odoacro. — El Senado Romano abdica el imperio del mundo. — Reflexiones acerca los acontecimientos de esta época, los progresos del Cristianismo, los descubrimientos científicos, los Santos Padres, las herejías y los conflictos que todo esto haya podido acarrear entre la Religión católica y la ciencia empírica. . . . . 141

#### Capítulo VI.—Mahoma

Prolongada agonía del imperio de Oriente. — Justiniano. — Cosroés. — Focas. — Heraclio: sus victorias. — Nestorio. — Los nestorianos. — Los árabes. — Sus cuatro razas. — Los escitas. — Las tres Arabias. — Religión. — Nacimiento de Mahoma. — Principian sus predicaciones. — Su muerte. — Nuevos califas. — Sus conquistas. — La Tingitania. — Abandonan la conquista. — Vuelven pasados veinte años. — Oeba funda la ciudad de Kairován. — Kocela. — Esclavitud de los bereberes. — Zohair. — Hassán. — La Kahena. — Muza. — España. — La casa de los Baitas. — Sube Recaredo al trono de Leovigildo. — Liuva II. — Witerico. — Sisebuto. — Recaredo II. — Suñtula. — Ricimero. — Sisenando. — Chintilla. — Tulga. — Chindasvinto. — Recesvinto. — Wamba. — Ervigio. — Egica. — Witiza. — D. Ro-

drigo. — El conde D. Julián y su hija Florinda. — Traición del conde. — Primer reconocimiento de Tárik. — Tárik vuelve a España. — Batalla de Guadi-Becca. — Traición de los hijos de Witiza y D. Oppas. — Tárik se dirige a Sevilla y luego a Toledo. — Moquits a Córdoba. — Los hijos de Witiza reciben lo estipulado. — Muza en España. — Desavenencia entre los dos caudillos. — Teodomiro. — Tratado de Oribuela. — Abdalaziz. — Los dos caudillos parten para Damasco de orden del Califa. — Abdalaziz es nombrado wali. — Se casa con Egilona. — Muza es castigado y sus hijos asesinados. — Muere Muza. — Walies que siguieron. — Consideraciones generales sobre Mahoma, su secta y su civilización. . . . . 203

#### Capítulo VII.—Los Musulmanes en España y la Reconquista por los Cristianos hasta su completa expulsión

Los estudios árabes. — La civilización de los árabes en España suele exagerarse. — Los Omeyyas y los Abasyyes. — Sus odios y destrucción de los Omeyyas. — Abdo-r-Rahmán ben Moáwiya funda el califato de Occidente. — Nace el príncipe Hixem. — Abderrahmán I sofoca varias rebeliones y muere: mandó construir la mezquita mayor. — Hixem I. — Al-Hakem I. — Abderrahmán II. — Mohiammad I. — Al-Mondhir. — Abdalfah. — Abderrahmán III. — Pone el busto en la moneda. — Al-Hakem II. — Hixem II: su memoria. — La sultana Sobeha. — Al-Manzor (el victorioso). — Los negocios de África. — Los ziríes. — Muerte de Al-Manzor. — Sus dos hijos Al-Modaffer y Abderrahmán. — Muere la sultana Sobeha. — Muere Al-Modaffer. — Abderrahmán pretende suceder al joven amir. — Guerra civil. — Muere Abderrahmán. — Mohammed el Meruán y Suleimán. — Hixem II muere para el pueblo. — Al-Wadhíh. — Hixem II sale del escondite y recobra su dignidad. — Mandó matar al Meruán y luego Al-Wadhíh. — Klairán. — Desaparece Hixem II. — Suleimán se apodera de Córdoba. — Los zanhagas. — Hixem III. — Gehwar y su hijo. — Desaparece el califato. — Se fundan varios reinos, taifas ó señorios. — Reclaman el auxilio de los Al-Moravies. — Yuquf fundador de Marruecos viene a España cuatro veces. — Los Al-Mohades. — Progresos de los cristianos. — Yakub Al-Manzor. — Batalla de Alarcos. — Batalla de las Navas. — Al-Nasir. — Abén Hud y Al-Hamar. — Se funda el trono de Granada. — Algunas reflexiones. — Comienza la reconquista. — Derrota de Al-Kamah en Covadonga. — Pelayo es aclamado rey. — Reyes, Condes y Señores que ocuparon los tronos de Asturias, Cataluña, León, Navarra, Castilla y Aragón, hasta que se unieron para formar la unidad Española por el enlace de D.<sup>a</sup> Isabel I de Castilla y D. Fernando V de Aragón. — El reino de Granada hasta su capitulación por Boabdil. — Opinión del emperador Carlos V. — Apéndice. . . . . 233

#### Capítulo VIII.—Luchas del Papado

Falta de consideración a la respetabilidad del Pontífice. — Los abusos y anomalías. — El Evangelio de San Mateo. — Lo que fué en su origen la Religión cristiana. — Como piensa cierta escuela sobre la supremacía de los Papas. — El superior Jerarca toma el nombre de Papa. — Se separa el poder temporal del espiritual. — Gregorio III. — La dinastía Merovingia. — La ciencia se concentra en el clero. — Pipino de Heristal. — Pipino el Breve es elegido rey de los francos y consagrado por el Papa. — El Pontificado recibe cuantos Estados. — Carlo-Magno: es coronado por el Pontífice: protege la ciencia, abre escuelas y funda la Universidad de Paris. — La Alemania adquiere la dignidad imperial. — Comienzan los graves disgustos con el Papado. — Gregorio VII. — Enrique IV. — Courado. — Enrique V. — Guerra de las investiduras. — Pascual II. — Gelasio II. — Gregorio VIII. — Calisto II. — La casa de Franconia queda extinguida y se entroniza la de Hohenstaufen. — Los Güelfos y los Gibelinos. — Inocencio II. — Güelfos y Gibelinos italianos. — Federico I, Barbarroja. — Adriano IV. — Muerte de Arnaldo de Brescia. — Alejandro III. — Enrique VI. — Inocencio III. — Federico II. — Honorio.



Gregorio IX.—Inocencio IV.—Conrado IV.— Con su muerte la casa de Suabia abandona la corona imperial.— Se forman dos Confederaciones.—Urbano IV.—Manfredo.—Carlos de Anjou.—Conradino.—Emprende la restauración.—Sufré algunos desengaños y pierde la batalla de Tagliacozzo.—Caer prisionero con sus primos Federico y Enrique.—Clemente IV lo reclama.—Carlos de Anjou les condena á muerte.— Sus restos fueron depositados en el Convento del Carmen de Nápoles.— Conclusión. . . . . 349

### Capítulo IX.—El Feudalismo, los Municipios, los Escolásticos y las Cruzadas

La Edad media.—Su división.—Elementos que contribuyeron á formar la Edad media.—Influencia de la invasión sarracena.—El Catolicismo latino.—San Leandro y San Isidoro.—Las escuelas de Carlo-Magno.—Ilustración de los árabes.—El feudalismo.—Su decadencia.—Los municipios.—El municipio tiene su origen en los romanos.—La escolástica.—Toma nacimiento en las escuelas de Carlo-Magno.—Los nominalistas y los realistas.—Sus contiendas filosóficas hasta Guillermo de Ockam.—La protesta de Carlier de Gersón.—Resultados generales del largo período de la Edad media.—Las Cruzadas.—Sus consecuencias.—La Alquimia y los alquimistas.—En el siglo XIII se fundan varias Universidades.—Notables personajes que se dedicaron á las ciencias en esta época. . . . . 343

### Capítulo X.—El Renacimiento y la Reforma

El siglo XVI.—La imprenta, sus ventajas.—Las nuevas escuelas filosóficas.—El arte de curar.—Se abandonan las ciencias ocultas.—Paracelso.—Sus doctrinas; funda la escuela yatro-química.—Coperónimo; sus hipótesis.—La Reforma religiosa.—Lutero y sus secuaces.—La noche de San Bartolomé.—Cristóbal Colón; sus proyectos.—La Universidad de Salamanca.—Draper se presenta riguroso con los católicos y muy olvidadizo con los racionalistas de los siglos XVII y XVIII.—Giordano Bruno.—Galileo; sus descubrimientos, su proceso y su muerte.—Se fundan otras ciencias sobre la filosofía experimental.—La reforma filosófica de Bacon.—Las causas finales.—Descartes.—Juan Kepler.—Gassendi.—Descartes desarrolla su nueva doctrina.—La Química.—Se fundan varias academias.—Newton; sus descubrimientos y su muerte.—La fuerza de atracción según alguno de los sabios de nuestros días es una fuerza de explicación.—Desaguliers.—Locke.—Leibnitz.—Teoría stahliana.—Francisco Leboé (Sylvius).—Sanctorius.—Boërhaave.—Algunas reflexiones sobre este período de la historia de la ciencia.—Conclusión. . . . . 403

### Capítulo XI.—La ciencia moderna

El siglo XVIII.—Bacon y Leonardo de Vinci.—El entusiasmo reformista.—Los viajes.—Se renuevan los ataques al Catolicismo.—Comienza la afición á los estudios orientales y arqueológicos.—El equilibrio europeo.—Los hacendistas y los economistas.—El filosofismo y los enciclopedistas franceses.—El derecho internacional y de gentes.—El determinismo.—Las escuelas de Kant y de De-Maistre.—Las matemáticas, la física, la historia natural y la química.—La nueva nomenclatura química.—Se funda la nueva escuela química francesa.—La gran ley de Salomón consignada en el Libro de la Sabiduría.—Las ciencias de la razón pura.—La filosofía idealista.—Kant, Fichte, Schelling y Hegel.—El señor O. F. Crupp.—La medicina en esta época.—Extravíos de algunas escuelas.—La república Norte-Americana.—El socialismo.—El krausismo.—La escuela positivista.—Los derechos políticos de la mujer.—La pluralidad de mundos.—Consideraciones generales.—Conclusión. . . . . 479

### Capítulo XII.—El siglo diez y nueve

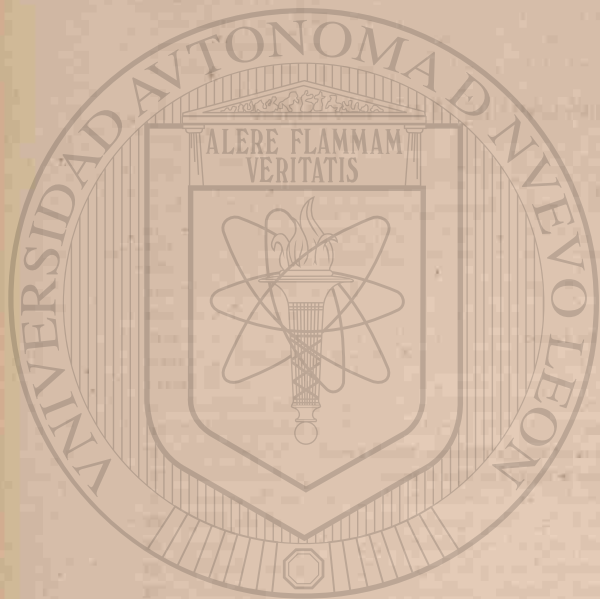
La emancipación de los pueblos nort-americanos y la revolución francesa.—Influencia de los enciclopedistas.—Las nuevas ciencias.—Se realiza en Francia la revolución.—Napoleón I.—La propaganda de los ejércitos franceses.—Importancia del levantamiento en España.—La sexta coalición contra Napoleón.—Muerte de Napoleón en Santa Elena.—Consecuencias de la propaganda reformista.—Pronunciamiento del año 20 y sus resultados.—Emancipación de los pueblos americanos.—Idea de una conciliación.—La nueva filosofía de Locke y de Hume.—El materialismo francés.—El sensualismo inglés.—Escuela escocesa.—Indicase la sociología.—El sensualismo en Alemania.—Como se ha apreciado el idealismo alemán.—La escuela kantiana.—El teísmo ideal de Renán.—El sentimentalismo de Jacobi.—Los discípulos de Kant.—Escuela de Hegel.—Opinión del Excelente Señor P. Zeferino González acerca de este filósofo.—Escuela de Krause.—Examen de esta doctrina por el Excmo. Sr. P. Zeferino González y el presbítero D. Antonio Comellas y Cluet.—La reforma de Herbart.—Schopenhauer.—Hartmann.—El eclecticismo de Royer Collard y Victor Cousin.—El sincretismo.—El naturalismo.—La filosofía crítica.—Consecuencias de estas doctrinas ateas y disolventes.—La sociología.—Sus diferentes fases.—Conclusión. . . . . 311

### ERRATA NOTABLE

En la página 329, línea 34, donde dice: castillo de Cañora, léase: castillo de Canosa.







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GRABADOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO PRIMERO

	Pág.
La creación. . . . .	XXIV
Creación del hombre. . . . .	XXV
Caída del hombre. . . . .	XXIX
Adam y Eva arrojados del Paraíso. . . . .	XXXII
La familia de Cain. . . . .	XXXIII
El diluvio universal. . . . .	XXXVII
Noé maldice á su hijo. . . . .	XL
Dispersión de los pueblos. . . . .	XLI
Moisés salvado de las aguas del Nilo por Thermutis, hija de Farón. . . . .	53
Dios manda á Moisés sacar de Egipto á los hijos de Israel. . . . .	56
Confucio. . . . .	57
Niúve. . . . .	64
Templo de Ramsés. . . . .	65
Homero. . . . .	69
Demóstenes. . . . .	72
Jenofonte. . . . .	73
Sócrates. . . . .	77
Platón. . . . .	80
Aristóteles. . . . .	81
Medalla de Alejandro. . . . .	85
Alejandro el Grande en Jerusalem. . . . .	88
Templo de Júpiter Ammón. . . . .	89
Phoción. . . . .	96
Phoción rehusa los regalos de Alejandro. . . . .	97
Rapto de las sabinas. . . . .	101
El enviado de Roma encuentra á Cincinato entregado á sus faenas agrícolas. . . . .	104
Julio César. . . . .	105
Asesinato de César. . . . .	109
Cicerón. . . . .	112
El Coliseo. . . . .	113
Ptolomeo en el templo. . . . .	120



	Pág.
El Coloso de Memphis. . . . .	121
Egipto.—Pirámide de Gizech. . . . .	123
Templo de Osiris. . . . .	128
La Aguja de Cleopatra. . . . .	129
Egipto.—La Esfinge. . . . .	133
Isis y Osiris. (Sacada de un dibujo egipcio). . . . .	136
Egipto.—Las pirámides. . . . .	137
Nacimiento de Jesucristo. . . . .	144
Amaos los unos á los otros. . . . .	145
Llegada de Israel á Egipto. . . . .	149
Los primeros discípulos de Jesús. . . . .	152
Cristianos en las Catacumbas. . . . .	153
Nerón presenciando el incendio de Roma. . . . .	156
Diocleciano. . . . .	160
Constantino. . . . .	161
Constantino entra en Constantinopla. . . . .	165
Juliano el apóstata. . . . .	168
Atila en la cumbre y los hunos al pie levantando las antorchas. . . . .	169
El papa San León el Grande detiene á Atila en las puertas de Roma. . . . .	173
Virgilio. . . . .	176
Misión de los doce Apóstoles. . . . .	177
Templo de Efezo. . . . .	181
Somos de ayer y sin embargo llenamos todo el imperio. . . . .	184
Retrato de la Virgen María. . . . .	185
Coliseo. (Lado del Mediodía). . . . .	192
Brahma, Vishnú, Siwa. . . . .	193
Muerte de Sócrates. . . . .	200
Constantino herido repentinamente por la luz del Cristianismo. . . . .	201
Dstrucción del ejército de Sennacherib. . . . .	206
Entrada de Mahometa II en Constantinopla. . . . .	208
Árabes en el desierto. . . . .	211
Mahoma. . . . .	213
Batalla de Guadi-Becca (llamada de Guadalete). . . . .	221
Corte del califa Abderrahmán I (el Magnánimo). . . . .	240
Puerta del Sol en Toledo. . . . .	241
Interior de la Mezquita mayor de Córdoba (hoy Catedral). . . . .	243
Entrada en la vega de Granada. . . . .	249
Batalla de las Navas de Tolosa. . . . .	251
Batalla de Poitiers. . . . .	253
El Alcázar de Sevilla. . . . .	255
Pelayo. . . . .	260
Covadonga. . . . .	261
Ramón Berenguer I el Viejo, séptimo conde de Barcelona. . . . .	264
La Alhambra de Granada. . . . .	265
Toma de Sevilla por San Fernando. . . . .	267
Don Jaime I de Aragón, el Conquistador. . . . .	269
Don Alfonso X, el Sabio. . . . .	271

	Pág.
Suplicio de los hermanos Carvajales. . . . .	280
Muerte de D. Pedro el Cruel. . . . .	285
Doña Isabel I. . . . .	289
Don Fernando V de Aragón. . . . .	291
Restos de un arco moruno. . . . .	293
Rendición de Málaga. . . . .	295
Bosbdil, último rey de Granada. . . . .	297
Dagoberto I (Dag-ber). . . . .	321
Pipino el Breve forzando el paso de los Alpes. . . . .	323
Coronación de Carlo-Magno. . . . .	325
Enrique IV en traje de penitente ante Gregorio VII. . . . .	330
Inocencio III recibe el homenaje de Juan Sin Tierra. . . . .	335
Federico II poniéndose la corona de hierro. . . . .	337
Conradino. . . . .	339
Señor feudal volviendo de una excursión por sus dominios. . . . .	346
Señora feudal saliendo de su castillo. . . . .	349
La piqueta y la horca junto al castillo feudal. . . . .	351
Juan de Padilla, jefe de los comuneros de Castilla. . . . .	353
Abelario enseñando filosofía. . . . .	357
Rogelio Bacón. . . . .	364
Juan Charlier de Gersón. . . . .	368
Entusiasmo general por las cruzadas. . . . .	374
Pedro el Ermitaño guiando á los primeros cruzados. . . . .	376
Partida de los primeros cruzados. . . . .	377
Vista de Jerusalem. . . . .	379
Toma de Jerusalem por los cruzados. . . . .	381
Las cruzadas.—Bodino de Flandes en Constantinopla. . . . .	386
Ricardo Corazón de León. . . . .	391
Federico II se corona rey de Jerusalem. . . . .	393
Muerte de San Luis. . . . .	395
Raimundo VII de Tolosa cumpliendo una penitencia en la iglesia de Nuestra Señora de París. . . . .	397
Marco Polo. . . . .	401
El cardenal Cisneros. . . . .	405
Erasmus. . . . .	407
Pedro Ramus. . . . .	409
Copérnico. . . . .	412
Lutero. . . . .	413
Carlos V. . . . .	415
León X. . . . .	417
Lutero echando públicamente al fuego la bula del Papa. . . . .	419
Francisco I. . . . .	421
Felipe II rey de España. . . . .	423
Calvino. . . . .	425
Francisco II. . . . .	427
María Estuardo, reina de Francia. . . . .	429
Luis, segundo cardenal de Guisa. . . . .	431



	Pág.
Enrique de Lorena, duque de Guisa, llamado Balafre.	433
Iglesias incendiadas en Inglaterra por los protestantes.	435
Asesinato del Duque de Guisa (23 de diciembre de 1588).	437
El almirante Coligny.	439
Asesinato del almirante Coligny en la noche de San Bartolomé.	441
Catalina de Médicis.	443
Muerte de Carlos IX de Francia.	445
Cristóbal Colón.	447
A su vuelta Colón es recibido en Barcelona por los Reyes Católicos.	449
Muerte de Cristóbal Colón.	451
Tycho-Brahe.	453
Galileo Galilei.	455
Maquiavelo.	457
Santa Teresa.	459
Kepler.	461
Gassendi.	463
Descartes.	465
Pascal.	466
Malebranche.	467
Fundación de la Academia francesa (1635).	468
Porta.	469
Duhamel de Monceau.	471
Newton.	473
Locke.	475
Montesquieu.	477
Leonardo de Vinci.	480
Jovellanos.	481
Flechiér.	483
Fenclón.	485
Colbert, ministro de Hacienda.	487
El conde de Floridablanca.	489
El conde de Aranda.	491
Voltaire.	493
Rousseau.	495
Diderot.	496
D'Alembert.	497
Lagrange.	498
Condorcet.	499
Parmentier.	500
Lavoisier.	501
Eulero.	502
Franklin.	503
Linneo.	504
Berthollet.	505
Tournefort.	506
Vauquelin.	507
Galvani.	508

	Pág.
Fourveroy.	509
Reaumur.	511
Volta.	513
Gay-Lussac.	515
Orfila.	517
Thenard.	519
Volney.	521
Biot.	529
Berzelius.	537
Macaulay.	539
Luis XVI distribuyendo limosna.	543
En el Palais Royal cada café tenía sus oradores.	545
Felipe Igualdad, duque de Orleans.	549
Dantón y Camilo Desmoulins sentenciados á muerte (5 de abril de 1794).	552
Coronación de Bonaparte y su esposa (2 de diciembre de 1804).	553
Sieyes.	555
Sitio de Zaragoza (30 de diciembre de 1808 á 21 de enero de 1809).	557
Muerte de Napoleón (5 de mayo de 1821).	559
Jaime Balme.	561
Kant.	563
Fichte.	565







